

El veneno que nos separa

Irene Hall



El veneno que nos separa

Irene Hall



**El
veneno
que nos separa**

Volumen I

**El
veneno
que nos separa**

Irene Hall

Los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia no intencionada por la autora.

Fotografía de portada: Miriam Gómez Blanes© Todos los derechos reservados.

Modelo de portada: Amparo Gómez Blanes

Corrección estilística y ortotipográfica: Miguel Martín Bordoy

Primera edición: 2014

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-617-2286-0

Asiento Registral: 16 / 2014 /2738

Impreso en España

Printed in Spain

A veces, cuando crees que ya está todo escrito,
alguien aparece en tu vida con una goma de borrar.
Tu historia se reescribe y sin saber por qué,
dejas de mirar atrás y comienzas a sonreír.

*Ubi amatur, non laboratur,
et si laboratur, labor ipse amatur.
(San Agustín de Hipona)*

Creo que he vuelto a engordar. Esta falda no me quedaba tan ajustada. La cremallera sigue cerrando pero los pliegues que forma la tela me alertan de unas caderas descuidadas a las que ya creía haber dejado atrás. Aliso las arrugas con las palmas de las manos pero en cuanto doy un paso, vuelven a aparecer. Inspiro para no alterarme.

Intento sacar más blusa sobre la falda para cubrirlas pero no tengo suficiente tela para maniobrar. Tiro de ella pero solo consigo desabrocharme un botón. Me lo abrocho de nuevo y aprovecho a cerrar otro más. No quiero dar impresiones equivocadas.

Observo mi reflejo y no puedo ocultar mi desaprobación. Este conjunto antes me quedaba como un guante. Falda lápiz negra y blusa blanca de manga francesa. El lavabo me impide verme las piernas pero seguro que no tienen mejor aspecto que lo que veo. Alzo una para verme las pantorrillas. Demasiado músculo. Y lo que es peor, en esta postura tengo una total e inmejorable vista de la curva de mi culo. Algo que antes se podía llamar curva y que ahora forma parte del *scalextric* que es mi cuerpo.

Resoplo resignada y me concentro en retocarme el maquillaje. Me aplico un poco de *gloss* cereza en los labios cuando noto la vibración de mi móvil. Rebusco en el bolso y veo el mensaje de Sandra:

«¿¿Dónde estás?? ¡Nos acaban de llamar!».

Lanzo el móvil al bolso y cojo mi abrigo no sin antes dejar caer la larga trenza negra sobre el pecho. La mujer al otro lado del espejo me guiña un ojo azul y desaparece por la puerta intentando no matarse con los tacones.

En cuanto llego a la salita, Sandra ya está de los nervios. Tampoco he tardado tanto. Recojo mi maletín del suelo mientras una mujer joven nos espera de pie junto al pasillo. La seguimos en cuanto se pone en

marcha.

—Ni una cagada, ¿está claro? —masculla Sandra a mi lado—. Esta cuenta es un caramelo, tiene que haber otras cien agencias babeando por ella. Si nos la llevamos nosotros, Gerardo nos besarán los pies.

Asiento con ganas. Yo también estoy nerviosa. IA Software acaba de despedir a su agencia de prensa y necesitan un sustituto de inmediato. Su director de PR está desbordado y alguien tiene que liberarlo de esa carga. Esperamos ser nosotros.

Gerardo, nuestro director general, ha movido hilos y vamos a entrevistarnos con el propio presidente de la compañía. Él está de viaje y no puede hacerlo así que seremos nosotras quienes nos llevemos el mérito o el rapapolvo.

Según lo que he visto en su página web, IA es una multinacional española con mucho potencial y tirón en el mercado tecnológico. Antes tan solo llevaba banca pero ahora también me han asignado este sector y aún ando un poco perdida. Aunque no hay que ser muy listo para ver la cantidad de dinero que puede invertir IA en nuestra agencia.

La chica se detiene frente a la puerta de una sala de reuniones y nos indica que entremos.

—Daniel Morales vendrá en un minuto. ¿Quieren tomar un café mientras esperan?

—Sí, por favor. Con leche —pide Sandra mientras saca su portátil.

—¿Y usted?

—Solo agua, por favor.

La chica asiente sonriente y cierra la puerta tras ella.

Yo también saco mi pequeño MacBook Air, ligero como un cuaderno e ideal para la labor comercial de diario. La verdad es que solo pienso tomar notas con él y levantar acta de la reunión. Sandra no me da grandes oportunidades de abrir la boca en ninguna de nuestras visitas. Introduzco algunos términos sobre gestión de crisis pero poco más. Básicamente, creo que me obliga a acompañarla para que los clientes me pongan cara y sepan con quién van a tener que solucionar cada marrón que se les presente cuando nos contraten.

Es una buena jugada. Lo que no sabe es que no se me da nada mal desenvolverse en situaciones desesperadas y que los clientes me

adoran por ello. Cualquier día prescindirán de ella y solo me llamarán a mí pero se lo merece por vaga y por caradura. Es tan fácil presentar la compañía con una sonrisa a un posible cliente y después no mover ni un dedo por él.

No tengo batería. Me agacho bajo la mesa para enchufar el cable. Sandra ya está tecleando sobre su portátil. Imagino que abriendo la presentación. Cruza las piernas a punto de sacarme un ojo con los tacones. Lleva un traje gris de raya diplomática que la hace parecer mayor. No le favorece pero me fijo en que tiene unos muslos bonitos y torneados. Mi falda le quedaría mejor.

Oigo cómo se abre la puerta y veo las piernas trajeadas de un hombre que entra en la sala. Rápidamente, enchufo el conector y reculo de rodillas para salir de debajo de la mesa pero choco contra mi silla y se me engancha un tacón. Sandra tiene que estar taquicárdica.

—Hola Daniel, soy Sandra Martín, de la red comercial de McNeill Media.

—Encantado, Sandra. Llámame Morales, por favor.

El tobillo de mi compañera se estrella contra mi cintura. Del susto, me enderezo de golpe y me doy un sonoro cabezazo contra la mesa.

—¡Ay!

Esto no me puede estar pasando. Qué dolor y qué vergüenza. Me rasco la cabeza con fuerza sin saber por qué, eso duele más. Me levanto dolorida tras la mesa pero me quedo atónita.

Normalmente, nuestros clientes no son tan atractivos. De hecho, ni siquiera lo son un poco. Lo que espero y lo que encuentro en nuestras visitas son hombres de negocios, no macizos con aspecto de estrella de cine. Lleva un elegante traje marrón chocolate, camisa blanca y una corbata gris marengo. Me pierdo recorriendo su aspecto como si quisiera grabarlo en mi retina, como si fuera a añorar de antemano que el resto de mis futuros clientes no vayan a ser como él.

—Mi compañera es Carla Castillo, comercial junior de la compañía —presenta Sandra—. Me dará apoyo en mi discurso.

No puedo hablar, se me ha olvidado.

Mis ojos se posan en los del hombre y veo cómo sus iris verdes me observan divertidos.

—Encantado, Carla. ¿Estás bien?

Me tiende la mano y yo asiento embobada.

Su pelo es castaño claro y ligeramente largo para su estatus. No es que no le esté permitido llevar el pelo medio largo y despeinado al dueño de una compañía mastodóntica pero normalmente, en estos casos, me encuentro con hombres que me triplican la edad, están medio calvos y disponen de muy pocas habilidades sociales. Este no es ninguno de esos casos.

Antes de que se me olvide, le estrecho su mano con la mía, blanda y frágil. Sin embargo, él la sujeta con fuerza y doy un respingo en cuanto noto una sutil pero no imaginaria caricia de su pulgar sobre la piel. Siento que el aire se me ha quedado bajo la mesa.

Esboza una ligera sonrisa y se sienta sobre su silla al otro lado de la mesa. Sandra también se sienta. Yo vacilo pero lo consigo, mis piernas son dos fideos temblorosos.

En ese momento, entra la chica de antes con un carrito que contiene lo que hemos pedido. Sonríe diligente y deja las bebidas sobre la mesa, así como un platito con pastas de té. Me encantan esas pastas pero tienen demasiada mantequilla. Claro está, que si no la tuvieran, no estarían tan buenas.

—No tengo mucho tiempo. Me ha surgido una comida en la otra punta de Madrid y no puedo cancelarla —nos informa Morales acomodándose en su asiento con los codos sobre los antebrazos.

No sé cuántos años echarle. Diría que treinta y tantos pero no sabría decir el pico. La chica cierra la puerta y nos deja a solas.

—Decidme básicamente qué es lo que tiene McNeill que no tengan las demás agencias y por qué debo confiar mi reputación empresarial en la vuestra y no en otra.

No podría ser más directo. Eso me gusta pero a Sandra probablemente no. Nos hemos pasado horas preparando esta presentación y sus notas, estará echando humo pero no lo sé porque no la veo.

Mi mente está concentrada en imaginarse un torso desnudo bajo esa pulcra camisa blanca. Levanto la vista hasta encontrarme con una media sonrisa y unos ojos que brillan en mi dirección. La aparto ruborizada. Ya puedo calmarme, me siento como una perra en celo. Pero es que esto es muy inusual, no acostumbro a encontrarme fenómenos de la naturaleza como este todos los días. Lo mínimo que puedo hacer es alegrarme la vista un rato.

—McNeill Media es una de las agencias de prensa y

comunicación corporativa más importantes de este país —asegura Sandra—. Llevamos treinta años dando cobertura mediática a importantes multinacionales españolas y extranjeras; y nos avalan varios premios en diversos sectores.

—Todo eso ya lo sé. Es lo que leí en vuestra página web.

Tiene razón pero Sandra sin su presentación y sus notas se queda en bragas.

—Si me permite mostrarle tan solo un momento... —ruega mientras hace amago de girar su portátil.

Pero Morales la interrumpe.

—Lo siento pero de verdad que no tengo tiempo. Solo necesito una respuesta a las dos preguntas que os he hecho.

Miro a Sandra. Se acaba de quedar en blanco. No la culpo, a veces pasa. Conozco esa sensación, es horrible. Pero tenemos que salir de esta de alguna forma.

—En McNeill estamos desarrollando un nuevo plan de comunicación para las empresas del sector tecnológico —intervengo lo más serena que puedo. Sus ojos vuelven a centrarse en mí con notable interés—. Estamos abriendo un departamento que tendrá la única finalidad de resolver crisis de imagen corporativa y dado que en este sector las compras, alianzas, absorciones y demás transacciones son tan frecuentes es vital contratar a alguien con un departamento especialista. El resto de agencias no disponen de ello, van por detrás de nosotros.

Un zumbido interrumpe mi discurso. Voy a perder el hilo. Morales saca su móvil del bolsillo de la chaqueta sin dejar de mirarme y lo apaga dejándolo sobre la mesa. Ni siquiera se ha detenido a ver quién era.

—Continúa.

Respiro hondo.

—Eso hace que seamos diferentes de las demás. Y en cuanto a confiar la reputación de la empresa en nosotros, imagino que todas le dirán lo mismo...

—Te dirán.

—¿Perdone?

—Te dirán, tutéame.

Tengo la boca seca. Me hago con el botellín que me han dejado y doy un par de sorbos mientras intento aclarar mis ideas.

—Para nosotros la calidad de las noticias que genera su

empresa, tu empresa —me corrijo rápidamente—, es primordial. Por eso nuestra redacción está compuesta de empleados formados en tecnología y no en otros ámbitos. Además, está mal que lo diga pero cobran por encima de la media y eso hace que su motivación sea mayor. Por eso también nuestras tarifas son algo más altas —Sandra vuelve a maltratarme con su pie bajo la mesa—. Lo que hace que pagues por calidad tangible y no por información mediocre. La inversión se ve compensada por los frutos que genere en el futuro.

Se pasa una mano por el pelo. Cómo me gustaría enredar mis dedos en él, despeinárselo aún más y tirar con fuerza hasta hacerle gritar.

Por suerte, mi sentido común despierta y me abofetea. “Para Carla, concéntrate. Estabais hablando de la inversión y sus frutos”.

—¿Por qué?

¿Cómo que por qué?

—Yo no arriesgaría mi dinero en una agencia que genera material informativo por cumplir un cupo y cuyos empleados estén formados en textil y escriban sobre *software* —replico encogiéndome de hombros—. Si en un futuro la empresa se ve en una situación crítica, querrás que lo gestione alguien con una unidad específica para eso y con redactores que sepan lo que dicen.

El móvil vuelve a vibrar y Morales sigue estudiándome con detenimiento. Sus ojos encendidos me abrasan, me siento desnuda, expuesta. Como una musaraña insignificante arrollada por un zorro.

Enrosco unos dedos nerviosos en mi trenza y miro a Sandra buscando apoyo verbal. Yo ya me he ganado el variable con este discurso, ella podría emitir vocablo también.

Morales apaga el móvil de nuevo contemplando mi trenza. Aparto los dedos de golpe, casi me la deshago. Dejo las manos sobre la falda, bajo la mesa, para que no las vea. Creo que van a echarse a temblar de un momento a otro si no lo están haciendo ya.

Tengo que dejar de mirarlo a los ojos, es mejor prestar atención a su boca que es por donde habla, algo de lógica tiene que tener. Apoya un brazo sobre el codo y se lleva una mano a la barbilla. Se da ligeros toquecitos con los dedos en los labios sin dejar de vigilarme. Igual la boca no ha sido tan buena idea. Mi pie derecho oscila como una serpiente cascabel bajo la mesa.

—¿Tú también tienes estudios de informática?

Trago pesadamente. Qué más le dará lo que yo haya estudiado, yo no soy quien escribe las noticias. Al menos, ya no. Hace seis meses que me incorporaron al departamento comercial a razón de que lo suplicara desde que llegué a McNeill.

—Estudié Periodismo —contesto en apenas un susurro.

—Y sin embargo estás presentando los servicios de tu compañía a una empresa de un sector que desconoces.

Intenta volver mis palabras en mi contra pero no lo va a conseguir.

—Acaban de asignarme este sector, por eso mismo soy junior y no sénior.

Su lengua se pasea parsimoniosa por su labio inferior. Mi corazón se desboca justo en el momento en que se muerde ese mismo labio, húmedo y sonrosado. Parpadeo, me meso la trenza. No sé adónde mirar. ¿Qué está haciendo?

—¿Has insinuado que las agencias con las que he trabajado hasta ahora tenían trabajadores no cualificados y que podrían haber dicho cualquier burrada sobre mi empresa?

—Sí... —carraspeo. Me aclaro la voz—. Sí —Sandra me da un puntapié. Me va a amaratar la pierna—. Es la verdad, nosotros hemos puesto las cartas sobre la mesa. Contratamos licenciados en informática y el resto de agencias no lo hace. No me invento nada, cualquier redactor podría preparar la información de IA antes de distribuirla. Nosotros seremos más caros pero aseguramos una calidad que el resto de agencias no dispone.

Sonríe ante mis palabras pero eso no es lo que me sorprende. Sus ojos le traicionan, me está mirando las tetas. Dejo de respirar. Aprieto los muslos como si quisiera aprisionar el deseo en mi interior y hacerlo invisible. No puede ser tan directo, ni tan cerdo.

Aunque pensándolo bien, yo le imaginaba los pectorales hace un momento. No puedo controlarme, vuelvo la vista a ellos y me recreo en mi recuerdo. Me pregunto si a ese torso y a esa cara de no haber roto un plato se le unen un buen culo.

Sus pectorales se hinchan, está inspirando profundamente. Me está provocando pero no puedo apartar la vista, estoy hipnotizada. Si me obliga a mirarlo a los ojos, estoy perdida.

Un leve carraspeo de Morales me vuelve la vista al frente.

Sonríe mostrándonos unos dientes perfectos. Lo sabía, algo se funde en mi interior. Vuelvo a coger la botella y trago otro par de sorbos. Cómo me gustaría borrarle esa sonrisa permanente de la cara. Se la borraría de un tortazo y después le obligaría a chuparme los dedos de los pies.

Abro los ojos de par en par ante mi pervertido arrebató. No necesito agua, necesito un copazo. Y, un polvo también. ¿Tanto tiempo ha pasado desde la última vez?

—Aprecio tu sinceridad. En todos los sentidos —pestaño volviendo a su rostro hollywoodiense. No sé si lo estoy entendiendo bien—. A pesar de que me hayas dicho que he sido un ignorante escogiendo a aquellos que trabajan para mí.

Suelto la botella.

—Yo no quería...

—Me hubiera gustado contrataros desde un principio y no haber perdido el tiempo con un redil de inútiles todo este tiempo.

—Si se me permite, ¿por qué no nos habéis llamado antes?

Sandra, por favor, no entres al trapo. Se está quedando con nosotras.

—IA no era lo que es ahora, por aquel entonces no nos podíamos permitir pagar vuestras altas tarifas.

Lo que yo decía.

—Pero ahora sí. Siempre que sean razonables, claro está —se inclina con las manos entrelazadas sobre la mesa—. Quiero una propuesta en firme mañana por la mañana para estudiarla cuanto antes. No me puedo permitir más tiempo sin agencia de prensa. Es una situación crítica que requiere de un trato específico.

Me mira divertido pero pongo los ojos en blanco. No sé si con esta cuenta llegaremos a alguna parte pero yo estoy bien orgullosa de lo que he dicho en esta sala. Ojalá Gerardo lo hubiera visto.

Se levanta dándonos a entender que la reunión ha terminado. Sandra y yo recogemos nuestros bártulos dejando nuestras tarjetas de visita sobre la mesa. Morales las recoge y juguetea con ellas entre las manos. Cuando cruza la estancia, yo camino tras él. No es mucho más alto que yo. La chaqueta del traje no me permite apreciar sus nalgas con claridad. No sé si llegan a ser exactamente como me las imagino.

Al llegar a la puerta, Sandra me da un toquecito de advertencia en el hombro. Alzo la cabeza, casi me doy de bruces contra su espalda.

Morales nos abre la puerta y salgo al exterior con un leve asentimiento como agradecimiento.

—Si me gusta lo que vea mañana, os llamaré para una segunda reunión —nos dice en el pasillo—. De lo contrario, no tendré más remedio que volver a ponerme en manos inútiles.

Sandra le estrecha la mano sonriente y yo lo hago a regañadientes. Sin embargo, me quedo anonadada cuando veo que no me devuelve mi mano.

—¿Tú qué opinas, Carla? ¿Crees que me gustará lo que me enseñes?

El calor vuelve a acelerarse por todo mi cuerpo y me enciende las mejillas. No puedo apartar mis espantados ojos de los suyos, brillantes y burlones. El corazón se me va a salir del pecho en cualquier momento.

Mi cerebro se ha ido de vacaciones, ni siquiera acierto a abrir la boca. Sandra reacciona al ver que no respondo ni doy señales de poder hacerlo.

—No te defraudaremos, Morales. Estoy segura de que quedarás encantado con la oferta de McNeill.

Acto seguido, pone una mano sobre mi espalda dejando bien claro que tiene tantas ganas de salir de aquí como yo.

—Yo también lo creo —contesta Morales. Suelta mi mano con lentitud arrastrando sus dedos sobre los míos hasta cesar el contacto. Contengo un jadeo. La descarga eléctrica se desplaza directa desde mis dedos hasta jugar entre mis muslos. Ladea la cabeza y se cruza de brazos—. Ha sido un placer.

Sí, sí que lo ha sido. Un poco más y me corro en mitad del pasillo.

Sandra presiona su mano y me obliga a girarme. Echamos a andar por el pasillo y me baja el brazo derecho que aún sigue adormecido en posición de saludo. Madre mía, tengo que parecer idiota entre la rigidez con la que se desplaza mi cuerpo y la cara de espanto que se me ha quedado. Si aprieto los muslos un poco más, voy ver fuegos artificiales.

Siento la mirada de Morales incendiándome por la nuca, la espalda, el culo y las piernas hasta mis zapatos. Me falta el aire. Sandra sigue con la mano apoyada en mi espalda. Probablemente piense que me voy a dar la vuelta y voy a salir corriendo a follármelo aquí mismo.

Tiene su lógica porque es exactamente lo que haría si no fuera

un posible cliente y yo su posible proveedor. Qué vida más triste, ¿por qué no habrá llamado a otra agencia y le habré conocido un sábado por la noche? Es más, ¿dónde se esconden estos tíos los sábados por la noche?

En cuanto doblamos un par de veces y llegamos a los ascensores, soy consciente de cómo se está autocontrolando Sandra. Pero ya no queda mucho.

Tres: el ascensor se abre y entramos dentro. Dos: pulsa el botón. Uno: las puertas se cierran.

—¡Pero qué ha sido eso! —sus ojos negros centellean de furia y yo suelto todo el aire de golpe. No sabía que estuviera aguantando la respiración. Qué liberación—. Ya te puedes andar con cuidado, Carla. No le sigas el juego a este macaco, si por él fuera esta noche ya estarías calentándole la cama.

¿Esta noche? ¿La cama? Un poco más y me tiro encima de él.

—Ha sido... raro. No sabía que en este sector los clientes fueran así. ¿Son todos así?

Sandra se echa a reír.

—En veinte años de carrera es la primera vez que veo algo parecido, y créeme, he visto de todo. Lo que has visto hoy no volverá a suceder. Me encargaré de ser yo quien hable a partir de ahora.

—¿Por qué?

—¿Hablas en serio? Si te permito volver a venir conmigo, ese hombre se concentrará en cualquier cosa menos en el trabajo, y a ti te pasará lo mismo. Te asignaré otra cuenta menos problemática.

Siento una punzada de decepción en el estómago. Pero supongo que tiene razón, es mejor poner límites ahora a empeorarlo.

—Además, si sigues por el camino por el que has comenzado hoy, nos llevarás a la ruina. Tienes suerte de que no vaya a decirle ni pío de esto a Gerardo.

Por supuesto que no. A ver cómo le explicas que ha sido tu segunda la que ha llevado la voz cantante en una cuenta de un potencial de cifras millonarias.

—Tenías que haberme dejado hablar a mí.

La miro sin poder ocultar mi asombro.

—Sé que ha sido un discurso muy agresivo Sandra pero nos lo estaba pidiendo a gritos. Desde el principio ha dejado claro que quería ir al grano y yo le he dado lo que quería. Si me hubiera andado con tonterías,

habría dejado de escucharnos y hubiéramos corrido el riesgo de perder la cuenta sin que ni siquiera nos prestase atención.

—Menos mal que te dije que no la cagaras, hemos tenido mucha suerte. No vuelvas a adoptar ese tipo de registro en una reunión. Nos puedes traer muchos problemas.

Madre mía, el tortazo que te metía ahora mismo si no fueras la mujer del jefe.

Navego un rato por la red antes de mi próxima reunión. Eso me permite actualizar mi perfil de LinkedIn y añadir que además del sector bancario y finanzas, ahora también llevo tecnología.

Manu se acerca hasta mi mesa y se sienta sobre el borde.

—¿Gafas nuevas? —pregunta señalándome.

—Sí, me cansé de las anteriores.

Las nuevas son redondas y de pasta color *havana*. Me dan un aire más interesante cada vez que enciendo el ordenador.

Observo cuán de ajustados lleva Manu hoy los pantalones. Su camiseta verde musgo hace que resalten más sus ojos azules. Es curioso que hasta hace poco me pareciera un chico atractivo. Desde que he conocido a Daniel Morales, el resto de hombres me parecen cascarilla.

—¿Qué miras tanto?

—¿Qué miras tú?

Sacude la cabeza. Los mechones rubios le caen sobre los ojos.

—Tan cariñosa como siempre. ¿Vienes a fumarte un cigarro?

—No puedo, tengo que salir en cinco minutos.

Cierro LinkedIn y me meto en Twitter. Tengo un par de menciones de Eva sobre mi cumpleaños del próximo sábado. Eso me recuerda que aún tengo que pensar lo que voy a hacer de cenar.

—¿Cómo llevas la organización de tu fiesta? —pregunta Manu con la vista fija en mi pantalla.

—No es una fiesta propiamente dicha. Es una reunión de amigas.

—¿Sigues sin querer invitar a nadie del trabajo?

—Por supuesto.

Mi compañero hace exagerados pucheros sobre mi sitio.

—¿Ni siquiera a mí?

Suspiro.

—Ya te lo he dicho Manu, solo chicas.

Sé que está deseando volver a reencontrarse con Eva. La invité a la fiesta que celebró McNeill por su trigésimo aniversario y ninguno de los dos se despegó del otro en toda la noche. Según Eva, Manu tiene un cuerpo para el pecado pero unas manos y una lengua torpes. No ha querido volver a verlo.

Sigo buceando por Twitter, voy a aprovechar a buscar el perfil de IA Software y ver lo que han hecho hasta ahora. Solo por curiosidad.

Cuál es mi sorpresa cuando veo que no encuentro ni rastro de su perfil. Está claro que nos necesitan. Espero que el trato se cierre. Aunque no lo vaya a llevar yo directamente, me alegrará saber que al menos tuve algo que ver en ello.

Antes de abandonar el ordenador, mi sentido común me juega una mala pasada. Tecleo el nombre de Daniel Morales casi sin pensar en la barra del buscador de la red. Sin embargo, tampoco encuentro nada. Me siento tentada de comprobarlo en otras de las redes sociales a las que soy asidua pero me abstengo. Ni siquiera sé qué pretendo. Apago el monitor.

—Puede que dentro de poco tengas una cuenta nueva que llevar —le comento a Manu.

—¿Y eso?

—IA Software. Hemos ido a verlos esta mañana y me estoy fijando en que no están en ninguna red social.

—Llevo tantas cuentas ahora mismo que por otra más, ni me voy a enterar.

Manu es *community manager* de clientes tecnológicos. Se pasa el día generando y recopilando información de gigantes de Silicon Valley para filtrarla por las redes sociales.

Desde que llegué a McNeill, hicimos buenas migas. Fue mi cicerón y mi paño de lágrimas cuando las palabras se me atascaban en mi trabajo en la redacción. No me sentía cómoda todo el día enfrascada en noticias corporativas. Necesitaba salir, poner cara a los clientes, conocer sus necesidades y sus inquietudes.

Me gusta mucho más planificar y elaborar planes de comunicación que llevarlos a cabo. Sin embargo, Manu sí que disfruta ganándose el sueldo a base de rellenar muros de Facebook. La verdad es que es un trabajo más complicado de lo que parece y él lo hace estupendamente.

Sandra sale de una sala de reuniones hablando por los

auriculares del móvil. Se acerca a su mesa y pone el auricular en silencio haciéndome señas.

—Nos vamos ya. ¿Cómo llevas la oferta de IA?

Me quedo boquiabierta.

—¿La hago yo?

—Pues claro, Carla. ¿Por qué?

—Creía que no me querías más en esa cuenta.

—Lo que no quiero es que vuelvas a aparecer por allí conmigo. Pero eso no significa que me des apoyo en la parte administrativa. Vamos, espabila, te vendrá bien para introducirte en el sector.

Esto es increíble. No se puede tener tanta cara.

Sandra nos da la espalda mientras continúa al teléfono y yo me quito las gafas y recojo mis cosas.

—¿Por qué no quiere que vuelvas? ¿Ha pasado algo?

—pregunta Manu.

Río para mis adentros. Sí que ha pasado.

—Si te lo contara no te lo creerías. Tengo que irme, nos vemos mañana.

Manu se encoge de hombros y vuelve a su mesa. No puedo ir por ahí aireando cómo me pongo cachonda en las reuniones con los clientes. No llevo mucho tiempo en este departamento, con que lo sepa la mujer del jefe tengo más que suficiente.

Hago señas a Sandra pero me indica que vaya bajando. En cuanto me encamino al ascensor, noto la vibración de mi móvil. Sonrío, es Vicky.

—Hola, guapa.

—Oye, ¿cuál es el *gloss* que utilizas siempre?

Pienso durante un segundo.

—*Cherry 01*.

—OK, te lo llevo el sábado.

—¡Genial!

Es lo que conlleva tener una amiga en el departamento de comunicación de una multinacional de cosmética. Gran parte de mi neceser me sale gratis. Siempre nos trae muestras de productos que acaban de lanzarse al mercado y después nos invita a las fiestas de lanzamiento.

Los eventos a los que voy yo suelen ser seminarios y conferencias interminables que poco aportan a mi círculo de amistades.

Claro que si supieran con qué clase de clientes me codeo ahora, probablemente se lo pensarían un par de veces antes de rechazar la invitación.

—Me ha llamado Carmen.

Frunzo el ceño. Qué raro. Carmen siempre me llama a mí primero. Fui yo quien las presentó. Mientras que Eva, Vicky y yo nos conocimos en la universidad, a Carmen la conocí posteriormente en mis primeras prácticas en una empresa textil.

—¿Qué quería? ¿Me vas a revelar algún detalle sorpresa de mi cumpleaños?

—No —contesta riendo sin ganas—. Es por lo de siempre. Estaba llorando.

Otra vez el estúpido de su novio. No entiendo cómo todavía no le ha dejado.

—¿Qué ha pasado?

—Al parecer, le ha cogido varios vestidos del armario y se los ha tirado sin que se enterara.

—Déjame adivinar... los más cortos de todos.

—Sí, porque cree que también le faltan algunos *shorts*.

—Ese tío es anormal —me meto en el ascensor para descender hasta el garaje—. ¿Y ella qué ha hecho?

—Ya te lo he dicho. Llámame y echarse a llorar.

Qué triste, con lo inteligente que me parece Carmen y lo boba que se comporta en esta relación absurda.

—Tengo que hablar con ella, esto no puede seguir así. La está anulando como persona. Carmen antes no era tan pava.

—No la llames, por favor —suplica Vicky—. No eres nada imparcial, por eso me ha llamado a mí en vez de a ti.

—¿Pero cómo voy a ser imparcial con un retrasado como ese? ¿Lo eres tú, acaso? ¿Crees que lo que ha hecho está bien?

Vicky resopla.

—No lo sé, no debemos opinar. Es su relación y ella ya es mayorcita para saber lo que hace. Además, solo tenemos su versión, no sabemos la historia completa.

—Me da igual, si tu novio te tirara la ropa a la basura, ¿te echarías a llorar y ya está? Yo le soltaría un guantazo.

—Qué violenta eres.

—Es que se lo está ganando a pulso. Cada semana tenemos un capítulo nuevo, ¿qué va a ser la próxima?

—Pues más de lo mismo pero límitate a escucharla y darle cariño, no a darle sermones como si fueras su madre.

—Es que no lo entiendo, de verdad que no.

—Algo habrá —se queda callada un segundo—. Será un animal en la cama.

Me río a carcajadas antes de que se abran las puertas del ascensor. Sí, puede que lo sea pero por muy bien que folle, yo no podría soportar semejante comportamiento. Unos minutos de éxtasis no anulan una vida de celos, posesión y actitud enfermiza. Lo sé por experiencia. Mi ex, Rober, era un posesivo patológico y por eso mismo le mandé a paseo.

—Tengo que colgar, voy a coger el coche y Sandra bajará en un segundo. ¡Oh, no!

—¿Qué pasa?

—Tengo un arañazo nuevo, parece que los colecciono.

—¿Seguro que no habrás sido tú?

—Imposible, en Santander me enseñaron a conducir pero en esta ciudad no sé lo que os enseñan porque ni sabéis conducir ni por lo visto sabéis aparcar.

—Ya empezamos, te dejo antes de que te salgan rayos gamma por los ojos. No hables con Carmen, por favor.

—Está bien.

En realidad con quien me gustaría hablar es con él. Le dejaría un par de cosas bien claras y le dejaría otro par de cosas para hacer tortilla.

—Chaíto, guapa.

—*Bye, bye.*

Cuelgo sin dejar de mirar a mi querido Serie 1. Intento rascar sobre la carrocería blanca pero las líneas negras se quedarán ahí, tal y cómo me las han dejado de recuerdo. Maldigo en voz alta y me meto en el asiento del conductor a esperar que baje Sandra.

Acabo de ver el *e-mail* que ha mandado Sandra y en el que me ha puesto en copia. Ayer estuve hasta las tantas terminando la oferta de IA y la hemos repasado en cuanto he llegado esta mañana a la oficina. Apenas ha pulido nada, me ha quedado rozando la perfección. Soy consciente de que soy buena en mi trabajo pero evidentemente, Sandra no me ha hecho mención alguna en el texto que ha enviado a Morales.

Me ruge el estómago. Ayer no cené terminando la oferta y el yogur y la manzana que he desayunado no me sacian ni diez minutos.

—Buenos días, Carla.

Levanto la vista de mi ordenador. No me había fijado en que Gerardo me estaba observando.

—Hola Gerardo. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Bastante productivo. Nos han aceptado la ampliación de fondos para el departamento de crisis. Vamos, que te voy a dar más trabajo.

Sonrío comedida.

—Eso es bueno.

Él sonríe también.

—Sí, lo es. Te iba a pedir que no olvidaras mencionarlo en tus reuniones comerciales con los clientes pero Sandra ya me ha dicho que te has ocupado de ello. ¿Cómo te fue ayer en tu primera incursión en la tecnología?

Me pongo en guardia. Con él delante no tengo a Sandra visible. No sé qué le ha contado. Tengo dudas sobre si esta conversación quiere llegar a alguna parte que me incomode.

¿Habrà tenido las santas narices de confesarle mi flirteo ocasional con un cliente? Lo cierto es que yo no flirteé, eso lo hizo él. Yo me limité a un comportamiento naíf, propio de una adolescente mojigata. Ni que fuera el primer hombre que veo en mi vida. Qué vergüenza, menos mal que no tengo que volver a verlo.

Me entra el pánico solo de imaginar lo que pensarían mis compañeros y Gerardo sobre lo ocurrido. Me pondrían de patitas en la calle y si se corriera la voz, no volvería a encontrar trabajo en el sector.

Gerardo me observa con seriedad a través de los mismos ojos negros que su mujer. Se mesa el bigote oscuro con los dedos esperando mi respuesta. Me paso la lengua por los labios. No ha pasado nada, no lo volveré a ver, no tengo por qué preocuparme.

Opto por ser más escueta que cauta.

—Bien. IA parece una cuenta con la que podríamos hacer muchas cosas.

Desde luego, a mí se me ocurren unas cuantas. Si dejo que mi imaginación eche a volar podría empezar a enumerarlas y no parar, pero no creo que ni Gerardo ni McNeill estén interesados en ninguna de ellas.

—Sandra me ha contado que hay probabilidades de una segunda reunión. Seguid detrás de la cuenta a ver cómo respiran. Morales es un genio en lo que hace pero en lo que se refiere a prensa no lo están haciendo muy bien. Tenéis que hacerle ver de lo que somos capaces si nos contratan.

Sí, sí. Sería capaz de muchas cosas pero lo que sea que le haya contado Sandra me eclipsa cualquier otro pensamiento.

—Supongo que Sandra te ha comentado que ya le hemos enviado una propuesta.

—Así es. Llamadle si no sabéis nada de él en un par de días. El viernes tenemos reunión de facturación y quiero saber el estatus de todas tus cuentas —su habitual melodía del iPhone le reclama desde el bolsillo de su pantalón. En cuanto echa un vistazo a la pantalla, comienza a alejarse de mi sitio—. Buen trabajo, Carla. Suerte en tu próxima reunión.

Asiento agradecida. En cuanto se aleja por la sala ensimismado en su conversación, busco a Sandra con la mirada. Sus ojos me observan condescendientes entre mechones de pelo negro. Menea la cabeza de vuelta a la pantalla de su ordenador.

Puede que tenga más cara que espalda pero me alegra comprobar que no es una chismosa. Aunque no sé qué le habrá contado a Gerardo para explicarle que no voy a volver a IA nunca más.

Echo un vistazo al reloj del iPhone. Manu ya tiene que estar esperándome en la cocina. Dejo mis gafas y cojo mi paquete de té rojo del cajón para encaminarme a su encuentro.

—Salimos en media hora —me reclama Sandra sin levantar la vista de su mesa.

No me gusta que haga eso, yo también tengo correo electrónico y calendario. Sé cuándo tengo mis próximas visitas pero a ella le encanta recordármelo. Le gusta ejercer poder sobre mí. Imagino que se quedó encantada en cuanto le dijeron que tendría un comercial a su cargo, aunque a veces me siento más su secretaria que su compañera. De hecho, ni siquiera sé qué está haciendo en su ordenador, toda su tarea administrativa la hago yo.

En cuanto llego a la cocina, Manu ya se está comiendo medio sándwich. Me apresuro a poner el hervidor de agua para unirme a él con mi té.

—Tienes mala cara.

Me quedo pasmada.

—Gracias.

—No, en serio. Tienes ojeras.

—Ayer estuve trabajando hasta tarde.

Echa un trago a su lata mientras engulle un enorme trozo de pan con pollo *teriyaki*.

—¿Otra vez sacando mierda de Sandra adelante?

—¡Chist! —le suelto un manotazo en el hombro—. Ten más cuidado, te puede oír alguien.

Manu se ríe.

—Da igual, todos sabemos cómo es. No es ninguna novedad.

—Ya pero que ella sepa que yo también lo pienso no me va a hacer la vida más fácil precisamente. Ya tengo bastantes cosas en la cabeza, no quiero tener a Sandra por partida doble.

—¿Qué cosas tienes?

Preparo una bolsita con las hojas de té mientras me siento en una banqueta frente a él.

—No sé ni qué me voy a poner, ni qué voy a hacer de cenar el sábado.

Alza las cejas dejando de comer.

—Tu vida es francamente dura, Carla.

Eso me ha dolido. Manu no me conoce lo suficiente como para poder establecer semejante afirmación. No sabe lo que dice pero tampoco me importa lo que piense.

—Tengo que ir de compras, comprarme algún vestido nuevo de temporada. Pero tampoco quiero gastarme mucho dinero.

—No me extraña, para ponértelo una sola vez... ¿Alguna vez repites modelito?

—Claro que sí, no digas chorradas —le reprendo mientras vierto el agua en mi taza—. Aunque eso ha sido muy observador por tu parte.

—No hay ni muchas chicas guapas, ni otras muchas con tu estilo en esta oficina que digamos.

—Gracias. Supongo.

—Podrías llevar el pelo por abrigo y nada por debajo. Eso sí que tiene que molar.

—Eres bobo.

Se echa a reír y se tapa la boca con la mano para no escupirme el sándwich a la cara. A veces es tan infantil, no aparenta los veintinueve años que tiene en absoluto. Además, tiene cara de crío y eso no ayuda a tomarle en serio.

—¿De qué te ríes?

Intenta calmarse dando un sorbo a su refresco.

—¿Te acuerdas de la Familia Addams? ¿El Primo Eso?

No me fastidies.

Mi cara tiene que ser un poema porque su ataque de risa resucita hasta casi ahogarle. Le doy unas palmaditas en la espalda algo más fuertes de lo normal. Casi lo doblo sobre el taburete pero me da igual, se lo merece.

No tengo el pelo tan largo. Vale, sí, sí lo tengo. No puedo envolverme en él como un paquete de regalo pero lo llevo liso como una tabla y abundante como una catarata de crudo brillante hasta casi medio culo. Por eso mismo, acostumbro a recogérmelo en el trabajo. Soy consciente de que no es usual llevar el pelo tan largo pero a mí me encanta. Me da mucho juego y a mi peluquero le fascina.

—En serio, Carla, ve en pelotas. Con ese pelo y esos ojazos ya tendrás todo hecho.

—Para ya.

Sigue riéndose. Se está arriesgando a echar el pollo por la nariz.

—Qué mal encajas los cumplidos, no los soportas, ¿verdad?

No, no lo hago porque tampoco me los creo. Manu puede llegar a ser muy adulator. Es parte de su encanto, estoy acostumbrada, pero no tiene por qué ganarme en nada.

—A mí déjame en paz. Resérvate para Eva.

Manu vuelve a masticar pesadamente con los ojos puestos en el vacío. No sabía que le hubiera calado tanto.

—Si al menos me devolviera las llamadas... Me harías un favor muy grande si me invitaras a tu cumpleaños.

A veces es demasiado insistente.

—Está bien, está bien... —parece realmente abatido. Me arrepiento de haberlos presentado. Si al menos ambos se hubieran divertido y punto, me sentiría orgullosa de mi arreglo, pero creo que solo he conseguido que mi compañero se coma la cabeza por una causa perdida—.

—¿Tiene acompañante para la boda de vuestra amiga?

Es verdad, la boda de Susana. Queda menos de un mes y yo aún ni tengo qué ponerme. Últimamente el trabajo no me deja tiempo para nada. Tengo pendiente quedar con Vicky para ir en busca del vestido perfecto. Una boda siempre es buena ocasión para conocer a alguien. Aunque de momento es algo que solo he visto en las películas.

—Eva no va a la boda, no está invitada.

—¿No? Pero tú y la otra, sí, ¿no?

—Vicky —lo corrijo—. Vicky y yo estamos invitadas pero Eva no. La novia y ella no se llevaban bien. Líos de tíos.

—¿Se los quitaron la una a la otra?

—Algo así.

No soy quién para ir por ahí contando los antiguos escarceos de mis amigas. Y menos a alguien que pretende camelarse a una de ellas. No quiero ponérselo fácil simplemente porque no creo que tenga posibilidades. Eva no tiene precisamente problemas para ligar, los hombres le sobran. Manu es otro *checkbox* que marcar en su larga lista de conquistas. Pero por lo que veo, a él no le haría mucha gracia saberlo. Es mejor no dar alicientes a quien no tiene ninguna oportunidad.

—¿Quieres que te acompañe a ti?

Lo miro espantada.

—¿Perdona?

—Para que no parezca que estás soltera.

—Pero es que quiero parecerlo.

—Ah, ya veo... —está desesperado, si se lo cuento a Eva le dará un ataque de risa. Pobre, me da lástima. ¿Qué cosas hace esta mujer en la cama para dejar ese efecto en los hombres?—.

—Pensé que podrías querer un novio de alquiler como Jennifer Aniston.

Doy los últimos sorbos a mi té antes de que se enfríe.

—No soy tan mayor para eso, es patético. Además, ¿por qué querría comparar mi vida con una peli de Jennifer Aniston? Mi trayectoria sentimental no es tan triste.

Levanta una mano tan rápido que casi me tira su lata encima.

—No te metas con Jennifer.

Intento disimular la risa. No sé por qué le gusta tanto, cada peli que saca es aún peor que la anterior. A mí solo me gusta verlas por los maromos con los que comparte reparto.

Aunque ahora que lo pienso, Eva se parece bastante. Me pregunto si será una coincidencia.

—Desde que estás en McNeill no te he conocido pareja.

—¿Y?

Se encoge de hombros escrutándome con sus ojos índigos pero sostengo su mirada. Si me está retando a ver quién se explaya primero sobre sus penurias sexuales, lo lleva claro. Bastante tengo ya con acodarme de cómo fue la última vez que follé, como para confesarle cuándo fue.

—Ha pasado un año.

—Madre mía, eres peor que una vieja de pueblo, ¿cómo puedes ser tan cotilla?

—Lo soy por los dos, tú nunca me preguntas nada.

—¡Porque me importa una mierda!

Abre mucho los ojos. Su rostro muda de asombro. A veces soy muy bruta.

—Perdona, Manu. Quiero decir que soy más educada y que tengo más tacto que tú.

Aunque la verdad es que me importa bien poco.

—No puedo más —contesta dejando medio sándwich dentro del plástico de la máquina—. ¿Quieres?

No me tientes.

—No, gracias.

—¿De verdad? Lo voy a tirar.

Me quedo absorta mirando el resto del pollo en el envase. Huele bien y mi estómago sigue contrayéndose famélico.

—Carla...

—No —aparto la vista y me levanto para dejar mi taza en el lavavajillas—. He desayunado en casa, ya sabes que no me gusta comer entre horas.

Manu pone mala cara pero acaba tirando los restos a la basura.

—¿Te da tiempo a un cigarro?

—No me apetece.

No fumo mucho, soy básicamente una fumadora social pero Manu me arrastra al vicio casi a diario. Debería dejarlo pero es difícil.

—¿Me acompañas al menos?

Echo un vistazo al reloj de la cocina y asiento.

—Pero date prisa.

—Vaya, eso no me lo dicen muy a menudo.

Hace tiempo que no salgo a correr, estoy un poco oxidada. No obstante, me hace falta. Hago un esfuerzo y me enfundo las zapatillas, las mallas, una camiseta térmica, un impermeable, el brazalete del iPhone y me lanzo a la calle. Está diluviando aunque eso no me va a detener. Es más, seguro que hoy habrá mucha menos gente en el Retiro.

En cuanto entro al parque, está casi medio vacío. Comienza a hacer frío y los niños no están tanto tiempo en la calle. Además, ya ha anochecido y eso le da un aspecto sombrío e invernal que lo transforman en un marco fantasmagórico.

En cuanto llevo diez minutos corriendo me saco el iPhone para hacer *check in* en Foursquare. Hoy es un día estupendo para correr. La lluvia, el frío y el temprano anochecer lo despejan para corredores, patinadores y ciclistas que añoramos una calzada libre y espaciosa.

A ritmo de David Guetta doy vueltas por el parque con una resistencia mayor de la que pensaba. Creo que aguantaré bastante antes de los primeros calambres.

No me gusta este temporal. El olor a humedad y a tierra mojada me traen recuerdos de mi tierra. Me acuerdo de la leña de la chimenea crepitando en esta época del año. Me encantaba quedarme embobada mirando el fuego con una manta sobre el sofá. Mi madre me arropaba así cada noche antes de meterme en la cama. Lo recuerdo como si me hubiera sucedido ayer. Es una de las imágenes a las que me he debido aferrar tanto que ya no creo que nunca logre apartarme de ella. La saco de mi mente justo en el momento en que suena el tono de llamada y se corta la música en mis auriculares.

—¿Sí?

—Hola, cariño.

—Hola, tía —contesto jadeando.

—Cariño, ¿estás bien? ¿dónde estás?

—He salido a correr.

—Me estabas asustando —ríe mi tía al otro lado del teléfono—. Puedo llamarte mañana si quieres.

—¿Ha pasado algo?

—No, no. Era para mantenerte al corriente de un par de cosas pero pueden esperar a mañana.

Continúo mi carrera sin detenerme.

—Puedes contármelo ahora si no necesitas mucha conversación por mi parte.

Escucho que tapa un poco el auricular y habla con alguien. Estoy casi segura de lo que me quiere contar y tengo bastante claro que sabe lo que le voy a responder.

—Perdona, tu prima se queja de la cena y se piensa que yo tengo tiempo para cocinar —responde al volver a mí—. A ver, cielo, la semana que viene hay reunión de accionistas del bufete. He pensado que como la han fechado en viernes, podrías venirte el jueves por la tarde y pasar el fin de semana con nosotros.

Justo lo que pensaba.

—No, tía. Tengo mucho trabajo ahora, dile al tío que se encargue, por favor.

No oigo respuesta alguna durante unos segundos.

—Como quieras. Vendrás en Navidad al menos, ¿no?

—Sí, claro que sí.

Es de las pocas veces que me permito volver a Santander a lo largo de todo el año. Preferiría quedarme en Madrid y cenar pizza repanchingada sobre el sofá viendo cualquier tontería en la televisión pero sé que no debería pasar esas fechas sola. La compañía de mis tíos suaviza en cierto modo mi aversión a las fechas navideñas aunque hay veces que duele igual.

—Vale, ya me dirás los días que te coges para organizar algo.

—No creo que pueda cogerme muchos, es una mala época en la empresa. Hay un pico de trabajo muy alto.

Mi tía no contesta. Si la música no se reanudara en mi teléfono al colgar, casi habría dicho que la llamada se habría cortado.

—Pero haré lo que pueda —me apresuro a contestar—. Ya queda poco, ¿verdad?

No quiero herir a mi tía. Bastante mal lo pasa como para tener que aguantar mis desplantes pero me resulta inevitable. Bien sabe cuánto

odio la Navidad.

—Sí, tengo ganas de verte. Te echo de menos, cariño, todos te echamos de menos.

—Y yo a vosotros —es cierto, añoro a mi familia, pero mantenerme lejos de ella me alivia el dolor—. ¿Algo más?

—Sí. La asociación dará una charla en Madrid este mes. Te mandaré un correo con la dirección por si te quieres pasar a echar una mano o simplemente a saludar. Creo que esta vez es en un instituto de Vallecas.

—OK, vosotros no venís, ¿no?

—No, ya sabes que no. Ojalá tuviera más tiempo en el hospital pero es imposible. Solo podemos encargarnos de las reuniones por la zona pero tan lejos no.

—Vale, mándame el correo y veré si puedo ir.

No es un plan que me entusiasme pero no me importa acudir y hacer de voluntaria como he hecho tantas otras veces. La intención de mis tíos con la asociación es más que buena, es brillante. Tendría que involucrarme más y ser más proactiva con ella pero, de alguna forma, también he querido apartarme de ella desde que me vine a estudiar a Madrid.

—Muy bien, cielo. Espera —escucho voces amortiguadas de fondo pero no las comprendo—. Noelia está hablando con tu primo por el móvil. Dice que te manda besos y algo sobre que te comas un bollycao. No lo entiendo.

Sonrío bajo la lluvia. Es una frase estúpida que me repetía continuamente hace años. Cuando dejé de comer y volver a hacerlo me supuso un esfuerzo sobrenatural.

Comienzo a agotarme, noto cómo el corazón se me desboca peligrosamente. Voy a ir bajando el ritmo hasta parar un poco.

—Te dejo, tía. Voy a volver a casa.

—Me parece perfecto, ya es tarde y todavía tendrás que darte una ducha y cenar. Por mucho trabajo que tengas, no descuides tu salud, ¿vale? Si me entero de que te pones enferma, me veré obligada a hacerte un escáner.

Se me escapa una risotada. Cuando mis primos y yo éramos niños y nos portábamos mal, nuestras madres nos amenazaban con meternos en el escáner del departamento de Neurología de mi tía. Nos

aterraba, creíamos que era una especie de máquina del tiempo que te trasladaba a donde fuese y no era capaz de hacerte regresar.

—No hará falta, tía, estoy perfectamente. Pero gracias.

Mi tía suspira.

—Te quiero cariño, te volveré a llamar.

—Besos a todos.

La llamada se corta y aprovecho para detenerme y doblarme hasta apoyarme sobre las rodillas. Estoy muy floja, no puede ser. Tengo que volver a hacer esto más a menudo, hasta que mi cuerpo vuelva a acostumbrarse. Estiro un poco antes de acercarme a una fuente. Abriría la boca al cielo y me bebería la lluvia pero con la de porquería que hay en el aire en esta ciudad, no quiero que me salga un tercer brazo en la espalda.

Me inclino para no acercar mis morros al grifo y beber del chorro de agua fría que me sabe a gloria. Cuando me siento saciada, vuelvo a incorporarme y al dar media vuelta me quedo petrificada.

Daniel Morales levanta la mirada desde no sé dónde hasta mi cara. ¿Qué está haciendo aquí?

Va ataviado con una gabardina beis hasta las rodillas y sujeta un paraguas negro con una mano para taparse. Su pelo sigue tan formalmente despeinado como lo recordaba. Es terriblemente atractivo. Su sola imagen ahí de pie, en silencio y con los ojos verdes bien abiertos me basta para encenderme. Lleva una sombra de barba de dos días que me lleva a imaginarme cómo tiene que raspar entre los muslos.

¿Pero qué hago? ¿Qué hace aquí?

Esboza media sonrisa. Habla. Dice algo pero la música me impide oírle. Me quito los auriculares y los dejo caer sobre el cuello de la capucha.

—¿Qué?

—Estás mojada.

Oh, sí. Empapada.

Creo que me acabo de ruborizar. Noto cómo me arde la cara. Se me ha olvidado hablar otra vez. No entiendo por qué me afecta tanto. Hay hombres guapos por todas partes. No sé si será por su permanente sonrisa, su continuo tono despreocupado o por la forma en que me mira pero es desconcertante.

Tendré que decir algo. Cerebro; piensa. Boca; ábrete.

—Llevo un impermeable.

Estupendo.

El pulso se me dispara en cuanto veo cómo se acerca hasta mí a paso lento. No se detiene hasta cubrirme con el paraguas sin dejar de sonreír. Que pare, por favor, que pare, que se cabree y frunza el ceño.

—¿Mejor así?

Me aparto un poco la capucha de la cara para mirarlo. ¡Mi cara! Estoy sin maquillar. Tendré una pinta horrible. Qué vergüenza.

Aunque no sé por qué me importa. No tiene que fijarse en mi cara sino en mi trabajo. Que no se me olvide lo que es, no puedo olvidarlo.

Abro la boca, hago un poder y hablo.

—No importa, llevo un impermeable.

Madre mía, o he vuelto a tener seis años de repente o me he vuelto anormal.

El agua que me bañaba la cara hasta hace un momento sigue empapando mi piel. Sus ojos descienden y se clavan en mi boca. Noto una gota de lluvia resbalar primero por mi labio superior y después por el inferior. Sus iris se oscurecen.

Rápidamente, me froto la boca con los dedos y me seco la cara con las manos. Total, ya no puedo empeorar más mi aspecto.

—¿Qué haces aquí?

Muy bien, sé hablar.

—Tenía una reunión por la zona y ahora tengo una cena al otro lado del Retiro. Me apetecía dar un paseo e ir andando.

—¿Lloviendo?

—Tú sales a correr lloviendo —contesta sacudiendo los hombros—. Te he visto aquí y he pensado en aprovechar para saludarte y decirte que me gustaría hablar sobre la propuesta.

Lo miro horrorizada.

—¿Ahora?

—No —responde riendo. El fresco aliento de su carcajada me inunda el rostro y parpadeo. Estamos demasiado cerca el uno del otro. Debería dar un paso atrás pero no quiero. Me cuesta mucho apelar al sentido común con esos ojos sonriéndome sin vergüenza—.

—Quiero que volvamos a reunirnos. ¿Mañana te va bien?

Titubeo.

—Ahora mismo no lo sé, tengo que recordar mi agenda.

—Pues recuerda. Te espero.

Tiene que estar de broma. Dime que se va a ir, que me va a dejar en paz y que no va a insistir en cuanto vea que le doy largas. Aunque lo veo muy decidido, anclado al suelo, con el paraguas en la mano y alzando las cejas sin dejar de mirarme.

No puedo citarme con él. Me lo han prohibido. No me lo ha prohibido mi jefe pero no debería desobedecer a alguien que está por encima de mí.

—Tengo que consultarlo con Sandra.

—No hace falta, ven tú sola. Fuiste tú quien monopolizó la reunión, estoy seguro de que lo entenderá.

—No, no lo creo. Será mejor que vayamos las dos.

De esa forma, podrá volver a sacarme de allí en cuanto me desarmes de nuevo.

—Insisto, no es necesario. Está claro que sabes lo que dices, puedes aclararme todas las dudas que tenga sin ayuda de nadie. ¿O no te ves capaz?

Me está retando, no sabe con quién está hablando.

—Claro que sí. Ya lo viste ayer.

—Desde luego que lo vi. Pero quiero ver más.

El corazón me va a salir despedido como un misil hasta rebotar contra su pecho. Me paso la lengua por los labios. Mala idea, vuelve a abandonar mis ojos. Me muerdo el labio inferior. Peor, alza una ceja e inspira hondo. Me tapo la boca con la mano y toso pesadamente.

No sé qué estoy haciendo. Tengo que salir de aquí.

—En cuanto llegue a la oficina mañana, miraré mi agenda y te mandaré una convocatoria para reunirnos. Aunque preferiría hablarlo con Sandra...

—Ya te he dicho que espero. Haz memoria, ¿tienes un hueco mañana para mí?

Ojalá tuviera más que eso, ojalá tuviera una eternidad para tirarte del pelo hasta que gimieras en mi boca.

Por favor, esto no lo he pensado ni con Bradley Cooper ni con el Sawyer de “Perdidos”. Y mira que me los he imaginado veces.

Vale, está bien, no se va a ir.

—Mañana no puedo.

—Pasado.

—Pasado sí, tal vez.

—Quedemos para comer.

Arrugo la frente.

—Para lo que vamos a ver es mejor que lleve el portátil y hablemos en tus oficinas.

—Llévatelo al restaurante. ¿A las dos?

Sandra tiene una comida este jueves pero yo estoy libre. No sé si será prudente que haga esto pero cómo se le dice que no a un cliente. Gerardo podría matarme por ello. Está deseando incorporar a IA a la cartera de clientes de McNeill. La verdad es que no puedo desaprovechar esta oportunidad.

—Vale.

Sonríe enseñando los dientes. Qué pesado es. Pero es el cliente, él manda.

—Te mando la convocatoria yo mismo en cuanto decida el sitio. ¿Vives por aquí? ¿Quieres que te acompañe? Ya estás empapada.

Sí, chorreante.

—No hace falta. Seguiré corriendo.

Contiene la risa.

—Tú misma.

Cambia el paraguas de mano y noto el contacto puntiagudo de sus dedos en mi estómago. En un acto reflejo doy un respingo echándome atrás.

—Ah, perdona. No sabía si preferías esto o un par de besos.

Sube la mano para bajarme la capucha. Me quedo sin aliento. Vuelvo a enmudecer. Se detiene durante unos segundos, está buscando mi pelo, lo sé. Pero lo llevo recogido en la nuca y parece que lo advierte al momento. Deja la mano sobre mi hombro pero el pulgar roza lo suficiente mi mandíbula como para despegarme los labios de asombro.

Sin esperar respuesta, me planta un beso en cada mejilla pasando peligrosamente cerca de mi boca. Tanto, que casi tengo el impulso de morderle la suya.

—Nos vemos el jueves —me recuerda. Tiene los labios mojados. Ha debido de ser la lluvia de mi cara. Se relame a gusto dejándome atónita—. No se te ocurra cancelarlo o iré a buscarte.

Se aleja con su paraguas. Me deja sola, bajo una lluvia que me cala y temblando de pies a cabeza.

—Tengo que acompañarla. No puede ir sola a una reunión así como así y menos con una cuenta con tanto potencial como esa.

Sandra no está nada contenta con lo sucedido. He tenido la suerte o la desgracia de encontrar a Gerardo junto a su mesa en cuanto he llegado a la oficina y he ido a contarle lo ocurrido. Gerardo tiene muy claro lo que debemos hacer pero a Sandra va a estallarle toda la rabia contenida que le corre por las venas.

Si el jefe no hubiera estado aquí en este momento, probablemente Sandra se habría callado lo ocurrido y habría acudido a la comida en mi lugar. El problema es que estoy convencida de que las consecuencias no habrían sido nada buenas para McNeill. Ni tampoco para mí, sobre todo teniendo en cuenta que Morales me amenazó con ir a buscarme si no me presentaba yo misma.

Quiero creer que Morales está realmente interesado en lo que vende McNeill. Pero la forma con que me provoca sin pudor alguno, delata lo mucho que se divierte tonteando conmigo. Eso me preocupa. No sé si solo quiere reírse de mí o contratar de verdad los servicios de la agencia. Sea como sea, yo tampoco me siento cómoda acudiendo a esa cita.

—Sandra tiene razón. Tenemos que ir las dos. Igual lo mejor es que cambie la fecha al viernes.

—El viernes tampoco puedo, tendré que ir el lunes —apunta ella.

—No, Carla. Tienes que ir tú. Si él dijo mañana, irás mañana —insiste Gerardo. Después observa a Sandra con seriedad—. Si es el propio cliente el que ha pedido que vaya uno de mis comerciales en concreto, irá ese mismo y ningún otro. No estamos en disposición de llevarle la contraria, sobre todo en este punto en el que aún se está negociando. No tengo nada más que decir.

—Yo también debo ir, Gerardo. ¿Y si hay algo que Carla no sepa contestar? ¿Y si mete la pata diciendo algo que no debe?

No sé qué me ofende más, que diga semejantes tonterías o que hable como si yo no estuviera delante.

—¿Mencionó Morales a Sandra en algún momento?

Sí, cuando me dijo que no quería que fuese.

—No.

Gerardo vuelve a concentrarse en Sandra pero se le está acabando la paciencia. Lo noto, y su mujer, tras todos estos años, debería adivinarlo también.

—Ya has oído, Sandra. Mañana tenemos la comida con los directores escoceses y quiero que estés. No vamos a retrasar la cita con Morales para darle más tiempo a pensarse nuestra oferta y rechazarla, ¿no crees?, ¿desde cuándo le dices que no a un cliente?

No se trata de eso. Sandra y yo lo sabemos. Ambas sabemos que el problema no es ni la cuenta, ni la oferta, ni las negociaciones. El problema soy yo.

—Muy bien —acepta Sandra de morros—. Carla, espérame en la sala de reuniones, tenemos que preparar esta reunión. Lo haremos las dos. Porque al menos eso sí que podremos hacerlo juntas, ¿no?

Creo que yo ya sobro en esta conversación.

Pongo mis pies en polvorosa y me dirijo a mi mesa a por mi portátil y mis gafas para encerrarme en la sala de reuniones. Ha sido muy poco profesional que Sandra se encarase a su jefe delante de mis narices aprovechando su cercanía personal. No soy quién para meterme ahí en medio pero está claro que Gerardo tomará medidas de alguna forma. La verdad es que se parecen muy poco, son la antítesis el uno del otro. Aunque puede que sea por eso por lo que lleven media vida casados y aún se soporten.

Sandra entra en la sala hecha una furia y deja caer su cuaderno de notas sobre la mesa con estrépito.

—¿Qué paso anoche, Carla?

—¿A qué te refieres?

—¿Os habéis liado? ¿Morales y tú?

—¡Por supuesto que no!

La miro anonadada, espantada y alarmada. Que de verdad piense que he podido hacer eso con un cliente dice mucho de la imagen que tiene de mí y de lo poco que me conoce.

—Dime la verdad. Está claro que está encaprichado contigo,

tenemos que andarnos con mucho cuidado. Se puede crear un conflicto muy gordo como te atrevas a tener algo con un cliente.

—Sandra, para ya —me levanto de un salto—. No he tenido absolutamente nada con él ni voy a tenerlo. No soy de esa clase de mujeres ni soy idiota. Sé que se está divirtiendo conmigo, poniéndome nerviosa y apabullándome, pero soy más inteligente que todo eso. Creo que te lo he demostrado de sobra.

Nos retamos con la mirada. Sus ojos negros centellean atravesándome pero los míos, azules y enormes como platos, relampaguean rabiosos. Sabe que digo la verdad. Los músculos de la cara se le relajan al tiempo en que se sienta sobre su silla.

—Hazme caso, Carla —me dice más tranquila—. No dejes que te utilice. Eres una chica lista. Tienes la juventud, la inteligencia y las tetas para poder conseguir a cualquiera que te propongas. Olvídate de él, piensa con la cabeza. No. Te. Dejes. Llevar.

Eso mismo intento pero me es muy difícil cuando lo tengo delante. Y ahora estoy aún más preocupada. Antes era complicado enfrentarme a su presencia pero ahora me persigue en mi soledad. Ayer, cuando volví a casa y me metí en la ducha, no pude evitar pensar en él. No podía quitármelo de la cabeza. Lo veía delante de mí, observándome con una sonrisa socarrona, unos ojos verdes penetrantes y un pelo que suplicaba ser despeinado.

Por eso mismo no pude evitar masturbarme pensando en él. Es algo que no me había pasado nunca. Me he masturbado pensando en mucha gente pero nunca en alguien realmente cercano a mí. Después de esto, ya no sé cómo voy a reaccionar cuando lo vea.

He solucionado lo del vestido de mi cumpleaños. He encontrado uno bastante sugerente. Es negro, con falda tubo por encima de las rodillas y la parte de arriba algo holgada para permitirme respirar.

Ahora debería buscar algo para mañana. Algo no tan atrevido, de hecho, debería tener cierto aire monjil. Eso me facilitará bastante las cosas. Me recogeré el pelo en un moño pues está claro que eso le ha llamado la atención a Morales y no quiero darle oportunidad de disfrutarlo.

Eva me ayuda a decidirme entre los escaparates de Serrano. No le he contado nada sobre Morales. No debería haber nada que contar

excepto la graciosa o desafortunada anécdota de lo cachonda que me pongo al verlo. Si solo es eso, no hay por qué darle tanta importancia.

Mientras caminamos cargadas de bolsas, hago cálculos con la mente. Ya llevo gastado un buen pellizco entre el vestido de Roberto Verino, un par de juegos de ropa interior de La Perla y una minifalda de *paillettes* preciosa de Armani. Es bastante más de lo que pensaba gastarme en el día de hoy pero es que una vez que empiezo, no puedo parar. Además, Eva no me ayuda en absoluto cuando insiste en que todo me queda fabuloso y que debo comprarlo porque simplemente me lo puedo permitir.

Reconozco que mi papel como accionista mayoritaria en el bufete de abogados de mi padre me facilita bastante las cosas.

Entramos en el centro comercial de la zona. No me convence ningún otro vestido después del que he elegido para el sábado pero Eva se dirige derecha a la sección de zapatería y me traslada a mi perdición. Decenas de hileras de zapatos me llaman, me suplican ser comprados desde sus estantes. Nos probamos unos cuantos, solo por pasar el rato. No tengo intención de comprarme ninguno.

—Mira esto, Carla. Están hechos para ti.

Madre mía, sí que lo están. Son unos Alexander McQueen de salón en ante negro y con unas brillantes perlas en el talón. No me resisto, me los pruebo y camino con ellos.

—Son perfectos para el vestido que te has comprado. Además, ya tienes un bolso de fiesta de McQueen. Es justo el complemento que te faltaba.

—La verdad es que no me faltaba ningún complemento, Eva. Ni siquiera los necesito, ya tengo zapatos negros de salón.

—Pues date un capricho, ¿qué más da? Con lo divertido que es estrenar cosas.

Echo un vistazo a la etiqueta. Me muerdo el labio, es tarde, no me los tenía que haber probado. Maldita Eva, ¿por qué tendrá tan buen gusto para todo? No puedo volver a ir de tiendas con ella. Vicky tiene bastante más cabeza a la hora de aflojar el dinero.

—Son un capricho de más de ochocientos euros que no necesito.

—Entonces sustitúyelo por el vestido de mañana y busca uno en tu armario que te pegue con ellos. No me negarás que ya no te puedes resistir.

Me conoce muy bien, al menos en este aspecto. Sabe perfectamente que me los acabaré comprando. La verdad es que me estilizan las piernas y no son muy incómodos. Echo un vistazo a los suyos. Unos Louboutin metálicos que le quedan de muerte. Eva tiene muy buen estilo y muy buen tipo. Prácticamente le queda todo bien. Es más alta que yo así que con tacones está deslumbrante. Es de piernas largas, melena de mechas californianas bien cuidadas y ojos grises.

Tiene el aspecto de muñequita que adoran en la televisión. Seguro que no tuvieron que pensárselo dos veces cuando la contrataron para reportera del magazín más visto de las mañanas. Se pasa el día persiguiendo famosos de un lado a otro por todo Madrid, no tiene mucho tiempo libre, ni tampoco es el trabajo de sus sueños. Sin embargo, sé que lo disfruta como una enana. Su aspiración es dejar el periodismo de calle y sentarse en las mesas redondas de los platós y parece que va por buen camino. Cada vez tiene más minutos en plató y ya la reconocen por la calle. No deja de sorprenderme tener que hacerle fotos con desconocidos y verla después en imágenes de cuentas anónimas en Twitter. A ella, por supuesto, le encanta.

—¿Te los vas a comprar? Son preciosos.

Eva niega con la cabeza sin dejar de mirar su reflejo en el espejo.

—No, me han gustado más los Weitzman que hemos visto fuera.

Enarco una ceja. Los Weitzman estaban bien pero estos le sientan mucho mejor.

—Vale, estos están mucho mejor pero no los puedo pagar. Me conformaré con los otros.

—¿Quieres que...?

—No, Carla —me interrumpe mientras se descalza—. No hagas eso más.

—¿Pero por qué? A mí no me importa y a ti te encantan, mírate, estás haciendo pucheros sin querer.

—¿De verdad? Normal, es que son una joya, ¿qué mujer no los haría?

—Déjame comprártelos.

Eva se levanta y deja su par de zapatos donde estaban.

—No, Carla. Es extraña la fuerza de voluntad que tienes sobre

tus propios gastos y lo poco que te cuesta agasajarnos a las demás. Con la de pasta que tienes, yo ya iría con el triple de bolsas que llevas hoy.

Es cierto. Tengo conciencia sobre el dinero, la tengo de verdad. No voy de compras muy a menudo y me controlo bastante pero Eva tiene razón cuando dice que si me lo puedo permitir, por qué no consentírmelo de vez en cuando.

No es la primera vez que les regalo algún que otro capricho a mis amigas. No me importa gastar mi dinero en ellas. Es más, me siento mejor cuando hago eso que cuando gasto para mí.

—Si no los quieres como regalo, puedo comprarlos por ti y tú me puedes pagar a plazos.

Eva se gira y me observa pensativa. Eso le ha gustado.

—En los plazos que quieras, por supuesto.

Frunce el ceño, se está conteniendo porque se lo está pensando de verdad.

—Qué asco que no tengamos el mismo número. Podríamos comprarlos a medias y usarlos en custodia compartida.

Me río mientras me dirijo con ambos pares a la dependienta de la tienda.

—Pero no es así, tendrás que aceptar mi oferta. Págame los cuando quieras.

Eva me envuelve en un abrazo que está a punto de impedirme respirar. La dependienta nos mira confundida.

—¿Lo cargo a la cuenta habitual?

Asiento aún en brazos de Eva.

—Si no fueras una tía, ya estaría enamorada de ti. Te empezaré a pagar el mes que viene.

Sé que lo hará, siempre cumple su palabra.

La vibración de mi móvil me obliga a apartarla.

Tenía la esperanza de que a estas horas se le hubiera olvidado. Acabo de recibir la invitación de Morales para mañana. Solo indica la hora y el lugar, ni siquiera hay texto. No me extraña, con su puesto tiene que ser un hombre muy ocupado.

Me asombro al ver el restaurante. Es el Santceloni. En lo que se refiere comer, Morales no se anda con tonterías. No sé cómo va a sentarle esto al de financiero de McNeill en cuanto vea la invitación al cliente reflejada en mi nota de gastos. Aunque si esto ayuda a que haya una

inversión millonaria a futuro, seguro que a Gerardo no le importa tanto.

He optado por uno de mis vestidos rojos. Tiene manga larga, escote diamante y me llega por debajo de las rodillas. Creo que es de los menos atrevidos que tengo y me siento mucho mejor con esto que con un aburrido traje de chaqueta y pantalón. No quiero llamar la atención de Morales pero me niego a cambiar mi estilo por él.

También me he recogido el pelo. Me he hecho mi trenza habitual y la he enrollado en un moño que me ha quedado bastante vistoso.

Bajo los escalones del Santceloni con cuidado de no tropezar con mis zapatos nuevos. No me he podido resistir hasta el sábado. Una azafata me pide el abrigo para guardarlo antes de conducirme por entre las mesas. Todavía no hay mucha gente pero no veo a Morales por ninguna parte.

Me quedo blanca en cuanto la azafata abre el privado del restaurante. No sé qué necesidad tiene este hombre de meterme en un privado para lo que vamos a hablar. No vamos a negociar la prima de riesgo del Estado ni nada por el estilo.

La sala es bastante amplia, sobre todo para ser solo dos. Es alargada, interior y de tonos cálidos. La luz tenue de los focos la envuelve en un escenario aún más íntimo de lo que ya es. Nuestra mesa está en el mismo centro y ahí mismo se encuentra él. Hoy lleva un traje gris con una corbata verde que hace que sus ojos brillen aún más. Me lanza una mirada que me estudia desde los pies hasta la cabeza dejándome paralizada. Tengo que dejar de sentirme de esta forma cada vez que lo veo pero se me hace terriblemente difícil.

—¿Quiere que le guarde también el maletín?

Vuelvo mi atención hacia la azafata. Me observa interrogante desde la puerta.

—No —hago un esfuerzo por vocalizar y no trabarme—. No, gracias.

Asiente.

—En breve les traerán la carta —nos dice antes de cerrar la puerta dejándonos solos.

Morales da la vuelta a la mesa y me ofrece la silla sonriente. Me va a resultar muy complicado librarme de esa sonrisa si tengo que mirarlo a la cara durante toda la comida. Me pregunto si podría encauzar la reunión sin levantar la vista del plato. Es ridículo.

—Por favor.

Esbozo una sonrisa fugaz a modo de agradecimiento y me siento mientras me arrima a la mesa. Dejo mi bolso sobre el respaldo y el maletín del portátil en el suelo. Tengo la impresión de que ni siquiera voy a tener que sacarlo.

Morales se vuelve a sentar cruzando las piernas y recostándose sobre su silla. Se me queda mirando el moño con ojos entrecerrados. Alucino con lo descarado que es, tiene que saber que sé perfectamente lo que está pensando, es como un libro abierto. Es imposible que no le importe que lo sepa.

Se inclina y abre la boca pero la puerta vuelve a abrirse y entran dos camareros. Menos mal, no quiero hablar de mi pelo, quiero hablar de McNeill.

—Encantado de volver a verte, Morales —saluda uno entregándonos la carta—. Señorita.

—Hola —saludo comedida. No me encuentro bien, quiero salir de aquí y volver a la oficina. Me siento muy incómoda.

El otro camarero nos sirve un aperitivo y llena nuestras copas de agua.

—¿Sabe lo que quiere beber, señorita, o desea ver la carta de vinos?

Deja la carta junto a mi plato. Miro a Morales confundida. Qué raro, estas cosas siempre las dejan en manos de los hombres. Aunque está claro que el camarero ya conoce a mi acompañante y sabrá de sobra lo que va a beber. No se me escapa que este hombre también lo tutea. Se me hace curioso que pida semejante trato en su posición, pero no me molesta, al contrario, me parece humilde por su parte.

—¿Señorita?

—No hará falta. Tomaré un Chivite, por favor.

Sé perfectamente que forma parte de su bodega, no es la primera vez que estoy aquí, aunque sí que es la primera que conozco el

privado.

El camarero sonríe pero Morales alza las cejas. Parece sorprendido.

—Está claro que entiendes de vinos.

—No —confieso—. Es el vino blanco que pedía mi padre.

El otro camarero sale de la sala.

—Pedía...  ya no bebe?

—No, ya no bebe.

Asiente sin dejar de alzar las cejas. No quiero que siga por ahí así que me hago con la carta y echo un vistazo a los pescados.

— Puedo pedir por ti?

Ahora la que enarca una ceja soy yo.

—No.

Atisbo a ver una ligera sonrisa en boca del camarero. Nadie pide por mí.

—Lubina con verduras, por favor.

Morales me mira confundido.

— Y ya est ?  No quieres ningún entrante?

—No tengo mucho apetito.

—Pues yo s  —contesta dirigiéndose al hombre—. Cabrito para mí. Tráenos también la tabla de quesos para compartir.

Genial, envolvernos en cabrales me va a venir de perlas para olvidarme de su presencia.

El camarero anterior vuelve con mi vino. Me llena el vaso pero no hace lo mismo con el de Morales. Ambos se van dejándonos solos de nuevo. Será mejor que empiece a hablar yo antes de que piense que soy retrasada por todos mis silencios o de que quiera hablar sobre cualquier otra cosa que no sea la que me interesa.

— Qu  te ha parecido la oferta que te enviamos?

No me contesta. Se toma su tiempo. Coge el vaso de agua y da un largo trago sin dejar de observarme. Le sostengo la mirada, quiero dejar de amilanarme ante su presencia.

—Est  bien pero quiero hacer algunos cambios.  Qui n la redact ?

Nunca me han preguntado eso. Nadie muestra interés por algo tan trivial. Me halaga que por fin alguien se lo pregunte.

—Yo. Siempre las redacto yo.

—¿Montas el plan tú sola?

—Bajo supervisión. Como ya te dijimos, soy comercial junior, hay muchas decisiones que no puedo tomar en solitario.

Asiente cruzándose de brazos.

—Tienes mucho potencial. ¿A qué aspiras en McNeill? ¿Solo quieres formar parte de la red comercial?

—¿Qué más da a lo que yo aspire? —no he podido evitar expresarme en voz alta—. Lo importante es que si cerramos el trato, llevaremos tu cuenta con la mayor responsabilidad y profesionalidad posible.

—Eso ya me lo imagino pero me gusta conocer a la gente que trabaja para mí. Déjame conocerte Carla, ábrete a mí.

Me paso la lengua por los labios. ¿Que me abra? Como me lo pida una segunda vez me abro de piernas cuando quiera.

El camarero vuelve a entrar con una tabla de quesos. Qué pena, no hay cabrales por ninguna parte. Tienen una pinta estupenda, se me hace la boca agua.

—Prueba este cheddar, es delicioso —pide Morales mientras se sirve un poco.

Probaré lo que me dé la gana.

Unto un trocito de lo que parece brie en una minitosta.

—Como seas así en todo, tienes que ser una comercial horrible.

Lo miro espantada con la boca llena. Sus ojos se detienen en la bola de queso que sobresale de mi carrillo. Mastico lentamente bajo una mirada encendida. Qué chabacano es. Trago.

—¿Perdona?

—Nunca haces lo que te dicen, ¿no? O al menos te cuesta mucho aceptar sugerencias.

—Eso no ha sido una sugerencia, me has dicho que lo pruebe sin más. Y no soy una comercial horrible, si lo fuera no me habrías llamado para una segunda reunión.

O eso quiero creer.

Sonríe. Engulle un queso tras otro. Por cada bocado que doy yo, él se come tres más. Come una barbaridad. ¿Cómo mantiene ese cuerpo a semejante ritmo?

—¿Querías venir a esta comida? —pregunta con la boca llena.

Aprieto los labios, qué poco educado. Tiene un comportamiento extrañamente campechano para una comida de negocios.

—¿Por qué no iba a querer venir?

—El otro día me dio la impresión de que no querías esto. ¿No quieres cerrar el trato? ¿Ya tienes tu cuota más que cubierta?

Sí, qué más quisiera.

—Claro que quiero. No te voy a mentir, incorporar IA a nuestra cartera es algo muy bueno para la reputación de McNeill.

—¿Y para ti?

—También, claro. Pero si llegamos a un acuerdo será Sandra quien lleve la cuenta.

Morales deja de comer de golpe. Frunce el ceño y me mira iracundo. No es posible que enfadado esté aún más irresistible que risueño.

—¿Por qué?

Se abre la puerta, nos traen nuestros platos. No quiero hablar de esto con gente delante. Tampoco sé cómo lo voy a justificar a solas. Los camareros vuelven a dejarnos.

—¿Por qué? —repite.

Bebo un buen trago de vino para darme tiempo a pensar.

—Porque tiene la experiencia suficiente para poder llevar a cabo un trabajo de semejantes características.

Morales también se hace con su copa pero le tiembla la mano. ¿Le pongo nervioso? Me parto solo de pensarlo.

—¿Tan complicada es mi empresa?

Aparto la piel del pescado.

—No me refiero a eso. No creo que sea complicada pero sois una cuenta alta. Lo lógico es que la lleve un comercial con mucha más experiencia que yo.

—¿Y si te dijera que solo quiero que la lleves tú?

Ya, eso me imaginaba.

—No creo que sea posible.

No puedo empezar a ir a verte cada semana y soportar no tirarme encima de ti para que me la metas entera. Es así de simple en mi cabeza y así de complicado explicarlo en voz alta.

—Pues entonces ya no tenemos nada de qué hablar —detengo el trozo de lubina a mitad de camino—. ¿Quieres marcharte ya?

Vuelvo a posar el tenedor. Está cabreado de verdad. Un mechón de pelo le cae sobre los ojos. Se lo aparta con brusquedad. Su mirada brilla furiosa. Me cruzo de piernas y hago presión entre los muslos. Cómo me pone el muy canalla.

—¿Eso es lo que querías cambiar de la oferta?

—No, hay más cosas pero ese punto no es negociable. Creía que una agencia como McNeill podría permitirse satisfacer una necesidad tan simple como esa pero ya veo que estaba equivocado.

Sigue sin comer. ¿Qué hago? No puedo hablar por McNeill sobre esto.

—Déjame hablarlo con nuestro director general.

—No tienes nada de qué hablar. Yo mando, yo decido. Soy el cliente y te quiero a ti. ¿Tan descabellado es que un cliente quiera elegir a su propio ejecutivo de cuentas?

No, es lo más lógico.

—Tienes que entender que yo no puedo tomar esa decisión, no es cosa mía.

Sigue mirándome colérico. Bebo vino, tengo que redirigir mi atención a cualquier otra cosa. Coge su vaso de agua y se lo termina de un trago. Me sirvo más vino. A este ritmo voy a acabar borracha perdida.

—Háblalo con quien lo tengas que hablar pero hazles saber que no estoy dispuesto a ceder en esto.

Sandra me va a matar. Yo no tengo la culpa de que este hombre se haya encaprichado de mí. Maldigo el día en el que me asignaron este sector.

Morales trincha su carne con avidez.

—¿Puedo preguntar...?

—¿Sí?

No tendría que haber empezado la pregunta. ¿O sí? Tengo todo el derecho a saberlo.

—¿Por qué quieres que sea yo quien lleve IA?

Traga antes de contestar. Menos mal.

—Porque tomas la iniciativa, lo que me enviaste me encantó (hasta donde yo puedo entender de comunicación), y porque el lunes me demostraste que tienes aspecto de ser responsable y resolutiva.

Me quedo patidifusa. Es lo más bonito que me han dicho en la vida.

—¿Por qué creías? ¿Por tu cara bonita?

Y eso es lo más horrible que me han dicho también. ¿Por qué se comporta como un imbécil integral de repente? ¿Por qué está tan nervioso?

Morales levanta la vista del plato.

—¿Qué?

—Que no pensaba en absoluto que fuera por mi cara bonita pero...

—¿Pero?

Está eufórico. Ahora la que se está poniendo nerviosa soy yo. Doy otro sorbo a mi vino.

—No entiendo por qué teníamos que vernos en un restaurante, ni mucho menos en un privado. Hay ciertas señales que me confunden.

Se limpia comedido con su servilleta antes de volver a observarme pensativo.

—Carla, ¿por qué crees que he reservado el salón privado?

—Pues eso te estoy diciendo, que no lo sé.

Coge un mandito que tiene junto a su plato. Gira la cabeza y apunta al fondo de la sala. Sigo su dirección. Una pantalla comienza a deslizarse por la pared sonrojándome de vergüenza.

—No hay muchas pantallas para proyectar en el resto del restaurante. Si querías usar tu portátil, solo podías hacerlo aquí.

Cojo mi vaso y lo apuro de un trago de nuevo. Ahora sí que estoy confundida. ¿Todo lo que he visto hasta ahora me lo he imaginado? Salta a la vista que este tío me pone como una moto pero está bastante claro que a él le pasa algo parecido conmigo. ¿O no? ¿Me estoy volviendo loca?

Tengo que comprobarlo.

Me lleno la copa y doy otro sorbito pero ¡uy! ¡Qué torpe! Se me caen unas gotitas de Chivite por el pecho. Cojo mi servilleta haciéndome la inocente. Soy una actriz estupenda.

Qué maravilla, ni han rozado la tela del vestido. Se me cuelan por el canalillo. Empapo las gotas sujetándome el escote con una mano. Miro a Morales de soslayo. Tiene los ojos muy abiertos y apuntándome directamente a las tetas. Respira taquicárdico.

Pues eso, bastante más de lo que esperaba pero lo que esperaba al fin y al cabo. Si eso no significa algo es que de repente se me ha

olvidado todo lo que sé sobre los hombres.

—¿Quieres que...? —traga—. ¿Quieres que llame a una camarera?

—No, no es necesario, no me he manchado el vestido. ¿Ves? —le digo inclinándome sobre la mesa alzando el escote.

Esto ya sobraba pero creo que es el Chivite quien habla por mí ahora mismo. Voy a comenzar con el agua.

—Sí, ya lo veo.

Dejo la servilleta sobre mi regazo y continúo con la lubina.

—Te favorece mucho.

—¿El qué?

—El color —lo miro sorprendida—. El vestido. Todo.

Me ruborizo y vuelvo a mi plato. Ya estamos yéndonos por donde no debemos y esta vez es culpa mía.

—¿Siempre te recoges el pelo cuando vas a trabajar?

—Sí, es demasiado largo.

—¿Te lo exigen en McNeill?

—No, por favor —me río brevemente—. Nunca lo han hecho pero estoy segura de que tampoco les agradaría. Reconozco que es un poco escandaloso.

Lo miro y veo que sonrío de nuevo.

—Me gusta lo escandaloso.

Engullo el pescado casi sin masticar. No sé por qué estoy tan nerviosa, solo es un hombre, no un alienígena.

—¿Te gustaría entonces que tus noticias fueran escandalosas?

—Me gustaría hacer algo diferente y creo que tú puedes ayudarme. También es por eso por lo que te prefiero a ti y no a Sandra.

—¿Ah, sí?

—Sí, eres joven, savia nueva. Estás más abierta a iniciativas diferentes —estoy abierta a lo que tú quieras—. El perro viejo es más reticente para este tipo cosas. Les molestan los cambios, no los entienden. Que conste que no estoy llamando perra a Sandra.

Me atraganto con las verduras. Me ahogo convulsionándome sobre la silla. ¡Qué vergüenza! Cojo el agua e intento beber a sorbitos pero la escupo. Se me llenan los ojos de lágrimas mientras boqueo.

Morales se levanta corriendo y rodea la mesa hasta ponerse a mi lado y darme palmaditas sobre la espalda. ¿Por qué me pasan estas

cosas?

—Respira —aconseja poniéndose en cuclillas. Está casi a mi altura pero no puedo mirarlo, no quiero recordar este momento nunca. Coge mi vaso de agua y me lo ofrece—. Ten, bebe ahora.

Bebo, lo aguanto un poco mejor. El roce de mi servilleta deslizándose por mis muslos me paraliza. Lo miro y veo que la acerca a mi cara. Me sujeta la barbilla con una mano mientras con la otra me da ligeros toquitos con la tela alrededor de mi boca. Por favor, que pare, si escupo ahora le llenaré toda la cara de babas.

—Te has puesto perdida —me limpia unas lágrimas por las mejillas. Sonríe conteniéndose la risa—. ¿Puedes abrir aún más los ojos?

—¿Qué...?

Toso estrepitosa pero le arrebato la servilleta para taparme antes de rociarle de saliva. Su mano aterriza vacía sobre mi rodilla. Me sobresalto, él también. Noto la tensión de su piel sobre parte de la mía. Me quema.

—Estás ardiendo —susurra haciendo una ligera presión. Dejo de respirar— ¿Demasiado vino?

Demasiado de ti.

Acaricia el vestido con el pulgar pero me quedo pasmada en cuanto lo desliza bajo la tela y me acaricia por debajo sin dejar de mirarme a los ojos. Vuelvo la vista al frente, no voy a poder aguantarlo sin lanzarme a su boca. Lo último que quiero que recuerde de esta comida es cómo le tosí dentro llenándole de pescado.

Resopla y retira el dedo.

—¿Quieres postre?

Niego con la cabeza.

—Yo sí, todavía tengo hambre. El postre es algo que no perdono nunca, Carla. Ni siquiera a ti. ¿Quieres compartirlo conmigo?

Me encojo de hombros mientras se incorpora y vuelve a su asiento. Noto un nuevo destello de furia en sus iris verdes. La ausencia de su contacto me hiela. Es como una corriente de calima sofocante que de pronto se aleja dejándote en bragas en mitad de un iceberg del Polo Norte.

—¿Te gusta el chocolate?

Me pirra el chocolate, tengo un problema con el chocolate.

Asiento mecánicamente.

—A mí también. Aquí tienen un postre de chocolate blanco y

jengibre buenísimo.

—Lo sé —contesto con voz rasposa.

—¿Lo sabes?

Carraspeo para aclararme la voz.

—Conozco el restaurante.

Me mira boquiabierto.

—¿Habías estado aquí antes?

No sé por qué le sorprende tanto. ¿Se pensaba que me estaba descubriendo algo?

—¿Sueles acudir a este tipo de sitios?

—A veces. Me gustan todo tipo de restaurantes.

Parece decepcionado. Sí, está claro que quería sorprenderme.

Un camarero vuelve a entrar en la sala con un móvil en la mano. Parece un poco cohibido al dirigirse a Morales.

—Morales, sé que pediste que no te interrumpieran pero este contacto lleva llamando varias veces desde que os habéis sentado. Son muchas llamadas, parece urgente.

Me sorprende que el dueño de una multinacional se haya dejado el móvil en el bar del restaurante. Sospecho que se lo haya dejado al camarero a conciencia. Morales hace una mueca de disgusto y echa un vistazo al móvil.

—Tráenos el cremoso de chocolate para compartir, por favor.

El móvil vibra al instante y el camarero vuelve a salir por la puerta.

—Perdona, Carla. Tengo que coger.

No importa, no me tiene que pedir permiso. Comienza a hablar en inglés. Tiene un acento muy cerrado. Sonrío, yo hablo mucho mejor. Me siento como una cría, borro mi sonrisa y bebo un sorbo de agua aún recuperándome de mi ataque de tos.

No presto mucha atención a lo que dice, me fijo más en cómo tamborilea los dedos sobre la mesa mientras habla. Su ritmo constante me hace imaginar cosas. Cosas pervertidas con las que pienso volver a masturbarme en la ducha y esta vez sin ayuda del patito. Si no puedo follármelo, juro que seguiré tocándome pensando en él. Eso no me lo puede prohibir nadie. Pienso seguir disfrutándolo. Los mejores orgasmos que he tenido en mi vida me los he provocado yo sola. Me consolaré pensando que con él no habría sido distinto.

No puedo evitarlo. Morales rezuma sexo con cualquiera de sus movimientos. Me anticipo a mi perversión. Sus dedos largos y finos dando ligeros toquitos alrededor de los labios de mi sexo, hinchándolos, humedeciéndolos. Inspiro. Sus dedos decididos masajeando mi clítoris, pellizcándolo, tirando de él y deslizándose de nuevo hacia mis labios. Tamborilea más fuerte, mi vientre se contrae. El corazón se me desboca. Morales deja de tamborilear de golpe y contengo un jadeo. Esconde varios dedos extendiendo únicamente el índice y el corazón. Los miro boquiabierto. Se deslizan arañando el mantel con las uñas. Primero hacia delante y después hacia atrás.

¿Es un cerdo o yo tengo la mente muy sucia?

El “Wake Me Up” de Avicii me sobresalta. Me giro rápidamente para sacar el móvil de mi bolso y apagarlo. Veo que es Carmen, nunca me llama durante el día. ¿Qué querrá? Un chasquido de dedos me obliga a levantar la vista. Morales me hace señas para que coja.

—Carmen, estoy reunida.

—Ah, perdona. Te llamo luego.

—¿Es urgente?

—No, es que no puedo ir a tu cumpleaños.

—¿Perdona?

—Sí, es que se me había olvidado que ya habíamos quedado con los padres de Raúl este fin de semana.

No me hagas reír.

—¿Se te había olvidado? ¿El qué? ¿Mi cumpleaños?

Esto pasa de castaño oscuro. Una cosa es que tenga problemas con su novio y otra que nos mienta a las demás por su culpa.

—No, que ya estaba comprometida. Perdona Carla, no te importa, ¿verdad?

Miro a Morales, me observa con verdadero interés. Me giro sobre la silla sin pudor alguno y hablo para el fondo de la sala lo más bajito que puedo. La rabia que me hierve dentro me obliga a arrastrar las palabras.

—¿Cómo no me va a importar que no vengas si hace semanas que no te veo? Qué menos que aparecer el día de mi cumpleaños.

Carmen suspira al otro lado del teléfono.

—Perdona, Carla, de verdad. No puedo dejar a mis suegros tirados, iría si fuera mañana pero...

La noto realmente arrepentida, sé que quiere venir.

—No vienes porque Raúl te lo prohíbe.

—No, Carla, yo...

—Carmen, entiendo que haya gente que cuando tiene novio prefiera quedarse en casa con él antes que salir con sus amigas. A las amigas no te las puedes follar. Pero hay tiempo para todo, ¿sabes?

—Quedaremos para comer la semana que viene.

—No —niego tajante. Carmen es guapa e inteligente pero tan insegura de sí misma como yo. Puede conseguir a cualquier tío que se proponga, tiene que dejar a ese insustancial cuanto antes—.

—Plántate, hazle saber que tienes vida más allá de él. Échale huevos de una vez. ¿Cuándo fue la última vez que saliste?

—Puf... ya ni me acuerdo.

—¿Ya no te apetece?

—Claro que sí.

—Pues deja de inventarte excusas y ven.

Silencio.

—Tú no lo entiendes. Él... es que él...

—¿Qué? ¿Te pega?

—¡No! ¡Carla!

—¡Y yo que sé, Carmen! ¡Ya no sé qué pensar de ese retaco! Me recuerda a Rober, bien sabes cómo era.

—Él no es así.

—Es igualito.

—Te equivocas, me adora.

—Ya, a mí me decía lo mismo y es una forma muy rara de demostrarlo.

Respira al otro lado del teléfono. No sabe cómo justificarse pero yo no puedo seguir teniendo esta conversación aquí, no es el momento ni el lugar.

—Mira, Carmen, ahora no puedo hablar. Si no vienes, simplemente no lo entenderé. Estás deseando venir. Una pareja es cosa de dos, no puede decidir él por ti continuamente. Piénsalo.

Cuelgo.

Me giro y Morales se echa hacia atrás de golpe. El postre ya está sobre la mesa. No me he enterado ni de cuándo han entrado. Me tiende una cucharita cauteloso.

—¿Problemas?

—No —ríó nerviosa. ¿Cuanto habrá oído?

—¿Quién es Carmen?

Madre mía, me recuerda a Manu. No se puede estar callado.

—Una amiga.

—¿Y Rober es su novio?

—No, ese era mío. Mi ex, quiero decir.

Asiente relamiendo la cuchara.

—¿Qué le pasa a tu amiga?

—No quiero hablar de eso. Forma parte de mi vida privada y no tiene nada que ver con mi trabajo.

—Perdona.

Sus disculpas me tienen confundida. ¿Será igual de educado follando?

—¿Hablabas de tu cumpleaños o del suyo? No lo he pillado bien.

Mastico hastiada.

—¿Has estado escuchando?

—No me has pedido que no lo hiciera.

—Pero me he dado la vuelta por una razón.

—Haber salido.

Tiene razón pero esperaba que él continuara hablando para entonces.

—No hemos solucionado nada de la oferta. Deberíamos echarle un vistazo y repasarla.

—Joder, Carla —lanza su cuchara sobre el plato—. ¿Por qué te cierras tanto? ¿No te abres si quiera un poco con ninguno de tus clientes? ¿Eres siempre tan seca?

No, solo contigo. Dejo mi cuchara con cuidado sobre el mantel.

Morales se me queda mirando embobado. Se inclina hacia delante extendiendo su mano.

—¿Me permites?

No sé a qué se refiere pero me siento como una polilla atraída hacia la luz así que yo también me inclino sobre la mesa. Su mano se acerca peligrosamente a mi boca y me retira lo que debe de ser chocolate de la comisura del labio. Su contacto me despliega una corriente eléctrica

por todo mi sistema nervioso. Para mi desconcierto, no se limpia, sino que se lleva el dedo a la boca y lo chupa.

Sonríe complacido. Alucino.

Echa un vistazo a su móvil.

—Tengo que irme.

—¿Ya? —levanta las cejas más satisfecho que sorprendido—. Aún no hemos solucionado nada de la oferta.

—Entonces tendremos que volver a vernos y espero que entonces me confirmes que serás mi comercial. De lo contrario, tendré que buscarme otra agencia. Muy a mi pesar.

Suspiro agotada. Esto no le va a gustar a Sandra.

—¿Has venido en coche?

—No, taxi.

—Bien. Vámonos —se levanta.

—¿No pedimos la cuenta?

—Ya está pagado.

—Pero...

—No discutas —ordena retirándome la silla—. Por una vez, no lo hagas.

Está bien, me libraré de batallar con los de financiero.

Me tiende mi portátil y el bolso antes de abrirme la puerta para dejarme salir. Camino por el restaurante con él detrás hasta que nos ponen nuestros abrigos. Subo las escaleras erguida como un palo. No puedo relajarme cuando lo tengo cerca. Siento que me contempla en mi totalidad. Me arrebujó bajo mi abrigo como si quisiera esconderme de él. Al subir, me giro para ver cómo me sonríe de oreja a oreja.

Pide que me llamen a un taxi.

—Te acercaría pero me están esperando.

—No pasa nada —mucho mejor así—. ¿Cuando nos volveremos a ver?

—¿Ahora quieres verme? —pregunta sin dejar de sonreír.

Sí, todos los días del año mientras me lames mis propios dedos embadurnados en chocolate blanco.

—Tenemos que cerrar los detalles del contrato para poder firmarlo.

—¿Y cuando lo firmemos serás más receptiva? ¿Es eso lo que hay que hacer para que seas tú misma?

El taxista me llama a gritos.

—No me gusta involucrarme de esa forma con los clientes.

—Pues tenemos un problema —susurra junto a mi oído antes de darme un beso en la mejilla que se detiene más de lo necesario.

El taxista vuelve a reclamarme y Morales no deja de escrutarme en verde oscuro casi negro.

Pestaño, me resisto a su boca otra vez y me “deshipnotizo” escabulléndome dentro del taxi sin mirar atrás.

Tal y como imaginaba, a Sandra casi le ha dado un síncope en cuanto le he explicado lo ocurrido. Me he ahorrado varios detalles. De hecho, me he ahorrado casi todos y tan solo le he transmitido la necesidad de hacer algunos cambios en la oferta y la condición de que sea yo quien lleve la cuenta.

Se ha puesto hecha un basilisco. No ha metido a Gerardo en la conversación, hoy no estaba en la oficina. Eso me ha dejado en clara desventaja en nuestra discusión. Me ha pedido que la avise cuando Morales me cite para una próxima reunión pero me da mala espina. No quiero que se presente conmigo. No quiero ni que advierta mi turbación, ni que haga peligrar las negociaciones por su arrogancia.

Tengo que pensar seriamente si debo ir a hacer una visita al despacho de Gerardo y contarle lo que hay. Me da pánico ir de espaldas a Sandra en esto pero si no tengo más remedio, juro que lo haré. Quieren que IA sea la nueva supercuenta de McNeill, me preguntarán por ella a menudo y de alguna forma tendré que protegerla. No puedo dejar que Sandra se cargue todo el trabajo que estoy haciendo de un plumazo. Además, es una gran oportunidad para mi currículum y le estoy agradecida a Morales por ello.

Mientras retuiteo la foto de los nuevos Loubotin de Eva en la red, recibo un correo de Morales con la próxima reunión. Es una convocatoria para el martes al mediodía en sus oficinas. Solo hay una frase:

«“Esta vez ven con hambre”».

¿Volvemos a quedar para comer? ¿Por qué? ¿No podemos tener una reunión en una sala sin más como todo el mundo? Si esto ya es complicado de por sí, él se empeña en complicarlo mucho más con estas tonterías.

Acepto pero no se la reenvío a Sandra. Ya hablaremos el lunes. Este fin de semana quiero olvidarme de todos ellos. Necesito salir, emborracharme y follarme a alguien.

Me he pasado todo el día limpiando y organizando. A pesar de vivir en un piso pequeño, cuando te empeñas en limpiar a fondo, sea donde sea, si quiere salir polvo, saldrá como si limpiaras un estadio de fútbol. Mis amigas están a punto de llegar y yo ya estoy reventada.

Conservo este piso desde que me vine a estudiar a Madrid. Tan solo consta de salón con cocina americana, un cuarto de baño y mi habitación. Para mí sola no necesito nada más. No quería gastar más de lo prudente en un hogar que casi no piso.

Cuando estudiaba, me pasaba el día en la universidad y en la biblioteca y cuando comencé a trabajar, lo he dado todo coleccionando horas extras en la oficina de turno. Eso sí, tenía muy claro que quería vivir en el centro. Los atascos son considerables pero tengo mi propia plaza de garaje y eso ayuda a no comerme la cabeza para aparcar en mitad del barrio de Salamanca.

He tenido que hacer un receso en mitad de mi batalla contra el polvo para contestar a todas las felicitaciones de Facebook. Es curioso la de gente que reaparece en tu vida una vez al año gracias a los recordatorios de la red. Algunas me han sorprendido bastante, como la de Carmen.

No sé si finalmente vendrá a verme y me da miedo pensar que el hecho de que me haya felicitado por aquí sea un signo de que no piensa hacerlo en vivo y en directo. No hemos vuelto a hablar desde nuestra conversación el jueves en el Santceloni. Solo de pensar lo que pudo oír Morales de aquello, me muero de la vergüenza.

Al final he desistido con la cocina y he encargado la cena a una empresa de catering. He pedido *hummus* con pita, salmón ahumado, bolitas crocanti de *foie* y *risotto* con setas. De postre tengo helado, que siempre es un gran triunfador.

Abro el vino para que se airee mientras me echo un vistazo rápido en el espejo. Me he dejado el pelo suelto en todo su esplendor a excepción de una única trenza que cuelga en mitad de toda la cabellera. Me abrocho un brazalete de plata en cuanto suena el timbre.

Ya las oigo cotorreando en el rellano. En cuanto abro la puerta

me reciben con un cumpleaños feliz a tres voces. Me río a carcajadas, las necesitaba, a las tres. Me alegro de que Carmen haya podido venir. Nos fundimos en varios abrazos hasta que llego a Eva, quien me aparta para no tropezar con una enorme caja de pastelería.

La abre para descubrirme una tarta *sacher* con una pinta que hace que me tiemblen las piernas.

—No teníais por qué haberos molestado.

—¡Claro que sí! No se cumplen veintiséis años todos los días.

—¿Te ayudamos en algo? —pregunta Vicky.

—No, sentaos. Ya está todo listo. Habéis venido todas muy guapas.

—Tú también, como siempre —sonríe Carmen.

En cuanto nos sentamos a cenar, hablamos de todo y de nada. Carmen nos cuenta que esta semana se ha presentado a una entrevista para otro puesto dentro de la editorial para la que trabaja. Quieren que se especialice en un único género literario y ella está entusiasmada con la idea.

—¿Te preguntaron las gilipolleces de siempre? —pregunta Eva.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, ¿qué animal eres?, ¿qué harías en una isla desierta?, ¿con qué personaje histórico te identificas?, ¿cuál es tu película favorita?, bla, bla, bla...

—A mí nunca me han preguntado eso —responde Vicky.

—A mí sí —contesta Carmen—. Pero en la editorial ya me conocen, no necesitan hacerlo. Hace tiempo que no acudo a una entrevista así.

—¿Qué contestarías? —pregunto yo apurando mi *risotto*.

—Yo lo tengo claro —se adelanta Eva—. El animal, el león; en la isla desierta, me torraría al sol en pelotas; el personaje histórico, sería Matahari; y la película favorita, “Shame”.

—¿“Shame”? —escupo sin miramientos.

—Pero si es infumable —contesta Vicky.

—¿Y qué? Sale Fassbender con el rabo al aire la mitad de la película, ¿qué más quieres?

A Carmen le da un ataque de risa. Se echa el pelo largo castaño hacia atrás y solo en ese momento me fijo en que tiene una marca de

mordisco junto al cuello.

—¿Qué es eso? —pregunto señalándolo.

Carmen me mira visiblemente arrepentida de su descuido.

—Me lo ha hecho Raúl.

Vicky se escandaliza.

—Jesús...

—Qué bestia —contesta Eva abriendo los ojos de par en par.

—Está hecho a propósito.

—No entiendo —o no quiero entenderlo.

—Como para marcarme.

—¡Qué! —chillo— ¿Cómo a una oveja?

Eva se echa a reír.

—Qué raro que es el cabrón.

—Yo también le he hecho uno —protesta Carmen. Vicky, Eva y yo nos miramos sin saber qué decir—. Es algo sexy y muy íntimo.

—Está fuera de lugar —intervengo—. Que sea un posesivo en la cama puede ser muy excitante pero no tiene por qué serlo en el resto de tu vida y que todos veamos que vas marcada como una res.

—A mí no me importa, quiere que la gente sepa que soy suya, es romántico.

Cuento hasta diez. Será mejor que no responda a eso.

—¿También te ata? —pregunta Eva.

Carmen vacila pero el vino la ayuda a abrirse.

—Sí.

—Cómo mola, ¿por qué nunca nos ha presentado a sus amigos?

—Virgen santa —exclama Vicky mirando a Eva—. ¿Quieres que te aten?

—Por probar...

—Carmen, ¿te excita que te dé ordenes fuera del ámbito sexual?

Me mira arrugando la frente.

—Si luego conlleva sexo, sí.

—¿Y si no?

—No entiendo por dónde vas.

—Que te tire la ropa, ¿te pone? Eso ya no es ni sexy ni íntimo, es de ser gilipollas.

Carmen mira a Vicky y Vicky me mira a mí. Esto iba a explotar por algún lado, que no se sorprendan. Los secretos entre amigas de un mismo círculo son insostenibles, que nadie se atreva a decirme lo contrario.

—No me digas lo que tengo que hacer, Carla.

—Él lo hace y no te quejas.

Me lanza una mirada castaña furiosa y Vicky me da un toquecito con sus botas bajo la mesa. Se ha hecho un silencio incómodo que no deseo ni en el mismo día de mi cumpleaños, ni nunca.

Desisto, es verdad, me estoy metiendo donde no me llaman pero solo quiero ayudar.

—Carmen, haz lo que quieras. Solo digo que le enseñes a distinguir entre la cama y lo demás. Que vea que fuera de ella eres tú la que mandas sobre tu propia vida.

Apoyo mi mano sobre la mesa en su dirección. No quiero discutir sobre esto, solo quiero hacerle entender y como me va a costar más de una discusión, prefiero zanjar esta aquí mismo.

Carmen me observa desconfiada pero suspira y me la recoge. Le sonrío con afecto.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

Asiente enfurruñada.

—¿Quién se va a comer lo que queda de *risotto*? —pregunta Eva. Está claro que nos está ayudando a cambiar de tema.

—¡Carla! —responde Vicky sirviéndome en el plato.

—No, no, no —lo aparto decidida—. Estoy llena, no voy a poder con la tarta.

—¿Llena? Pero si no has comido nada.

—Tengo que adelgazar, he vuelto a engordar.

—¿Adelgazar? —se sorprende Eva— ¿Pero qué dices? ¿En qué talla estás? Lo que tienes que hacer es engordar.

—Es verdad —coincide Vicky—. Tienes unas piernas que parece que se van a romper al andar.

—Si no lo queréis, lo guardaré para mañana. Voy a sacar la tarta.

Me levanto. Hemos llegado a mi propio tema espinoso, yo también sé cambiar de tema y dar largas.

—Eva, ¿algún cotilleo en el mundo del famoseo del que

puedas contar la exclusiva?

—Mmm... Un futbolista le ha puesto los tubos a su novia pero imagino que eso no es ninguna novedad, ¿no?

Las demás negamos con la cabeza.

—Entonces supongo que la noticia es que hay un marquesito que me pone malísima.

—¿Un marqués? —se asombra Carmen—. ¿De esos con pantalones granates, cinturón trenzado y mocasines?

—Sí, ¿con ricitos engominados en la nuca? —sonríe Vicky.

—Qué asco —me río.

—¡No! Es un chico joven, estuvo saliendo con una cantante y salió a la palestra por eso. No está nada mal.

—Te pondrá los cuernos con otra —apunta Carmen.

—¿Quién ha dicho que quiera salir con él?

—Pensaba...

—Lo que quiero es tirármelo.

—Cómo no.

—Y vosotras dos, ¿qué? —pregunta mirándonos a Vicky y a mí. Ella se encoge de hombros.

—Desde que me corté el pelo, me miran menos. Creo que me ven como un chico.

Vicky lleva un corte de pelo a lo *garçon* que solo ella conseguiría que le quedara así de bien. Es rubia de ojos castaños y no le va mal con los hombres pero es verdad que es demasiado tímida y le cuesta mucho conocer a alguien.

—A mí me encanta cómo te queda —la anima Carmen—. Será una mala racha, no te preocupes.

—¿Y tú qué, Carla? ¿Algún maromo a la vista? ¿Un banquero viudo y aburrido?

Suelto una risita nerviosa que, muy a mi pesar, captan al instante.

—¿Qué ha pasado?

—¿Has conocido a alguien? —pregunta Carmen ansiosa.

—Más o menos.

—¿En el trabajo? —se interesa Vicky.

Asiento. No voy a ocultarlo por más tiempo. Voy a tener que volver a verlo repetidas veces así que será mejor que comparta esto con

ellas antes de que reviente por guardármelo para mí.

—¿Quién es?

Sonríó al tragar mi último trozo de tarta.

—Es un pedazo de *fucker*.

Mi piso se llena de risas y silbidos por igual.

—¿En serio?

—¿Es de la oficina?

—¿Tienes un nuevo compañero?

—No, no. No es de la ofi.

—Entonces, ¿cómo lo has conocido?

—¿Es amigo de Manu? ¿Crees que podría enseñarle algo? —
pregunta Eva muy interesada.

—No es de la oficina, ni amigo de nadie.

Se miran entre ellas hasta que Eva da con la clave.

—¡Es un cliente!

Vicky se me queda mirando con la boca abierta.

—¡Carla!

—¡No! —grito interrumpiendo las chanzas— Todavía no lo es.

Vuelven a gritar.

—Ay la Virgen, que te pone un cliente.

—¡Me meo!

—¿De la banca?

—¡Ni de coña! —contesta Eva disgustada.

—No, no. No es de la banca, es del sector informático. Esta
semana comenzaba a llevar tecnología, ¿no os acordáis?

Se hace el silencio.

Vicky me observa cautelosa.

—¿Un friki?

—No es ningún friki. Es el dueño de la empresa.

—Pero es un friki, ¿no?

—¿Qué concepto tenéis de la informática?

—Pues yo el que veía en “IT Crowd” con mi hermano pequeño
—responde Eva.

—No sé qué es eso.

—No te pierdes nada pero hay un negro con bastante potencial.

—A ver, que nos desviamos... —interviene Carmen—. ¿Cómo
es? ¿Cómo se llama?

—Se llama Daniel Morales —sonríó. Parezco una adolescente —. Tiene una empresa de *software* que creó él...

Eva me interrumpe.

—Me importa una mierda. ¿Cómo es?

Resoplo.

—No mucho más alto que yo, castaño claro, casi rubio, ojos verdes, sonrisa de cine...

—¿Seguro que es informático?

—¿Habéis hecho algo? —pregunta Vicky.

—¡No! ¡Esa es la cuestión! ¡Que no puedo!

—¿Por qué no?

—Eva, usa el cerebro. No puede acostarse con un cliente.

—¿Se enteraría tu jefe? —añade Carmen.

—No se trata solo de eso. Es amoral, no es propio de mí y me puede causar muchos problemas a la larga. ¿Qué clase de reputación tendría si se enterara alguien de mi entorno profesional?

—Si lo lleváis con discreción...

—No sé, Carla —duda Vicky—. Yo no me arriesgaría, no podría hacer eso con un cliente.

—Ya, pero si es este la cosa cambia —no sé cómo lo ha hecho pero Eva ya tiene mi iPad entre las manos—. ¡Cómo está el pavo! ¿De verdad es informático?

—¿Hay fotos? —me asombro.

—Sí, en la página de su empresa.

—¿En su web? —yo no lo vi por ninguna parte cuando investigué sobre IA. Claro está, que tampoco lo buscaba a él sino información sobre su producto. Mis amigas se abalanzan sobre la mesa impidiéndome verlo—.

—¿A ver? ¿Dicen algo de él?

—No gran cosa...

—¡A ver! —le arrebato el iPad de un manotazo.

—Qué mala leche gastas, Carlita...

Hago caso omiso y me meto en la web de la compañía. Su foto está entre los perfiles de la junta directiva como presidente. Me pregunto si podría imprimirla en tamaño póster y pegarla en la mampara de la ducha.

—¿Treinta y un años? Pensé que tenía más... —no dice nada de interés. Buceo por Google por si acaso—. No hay nada, ni un solo

cotilleo... Siendo joven, rico y estando así de bueno, debería haber algo, ¿no?

—Hombre, no es un futbolista...

—Carla, cariño —interrumpe Vicky—, si se dedica a la informática, no le costará mucho jaquear cualquier cosa que digan de él.

—¿Jaquear? ¿Pero en qué mundo vivís?

No dicen nada. No saben qué contestar.

Un rato después, ya estamos entrando en Larios Café. Bajamos a la planta inferior donde hay bastante gente y todos bailan como locos. Yo ya voy un pelín perjudicada. Nos hemos pimplado dos botellas y media de vino entre las tres. Voy a esperar un poco para beberme la primera copa.

—¿Qué queréis? —grita Vicky para hacerse oír entre la música.

—Negrita-cola —contesta Eva.

Yo niego con la cabeza.

—Más tarde.

—Yo tampoco.

Miro a Carmen, asombrada. Es la que más bebe de todas y la que más aguante tiene. Eva y Vicky desaparecen entre la gente.

—¿Por qué no has pedido nada? —hace un gesto con la mano restándole importancia— Déjame adivinar, Raúl no te deja beber.

Carmen pone los ojos en blanco pero yo me río en su cara. Me entra la risa floja. Es definitivo, estoy borracha.

—Perdona, perdona —intento calmarme tirando de su brazo—. Acompáñame al baño.

En cuanto nos abrimos paso entre la gente y conseguimos avanzar en la cola de chicas, me meto en uno de los cubículos.

—¿Quieres que entre contigo?

¿Tan mal voy?

—No, estoy bien.

Cuando vuelvo a abrir la puerta, calculo mal y tropiezo sobre el lavabo pero Carmen me sostiene.

—Vaya pedo llevas, Carla. ¿Cómo te sube tanto con lo poco que has bebido? Si es que casi no has cenado nada... ¿Quieres que te acompañe a comer algo?

—¡No! —vocifero.

Carmen me sujeta por los hombros a mi espalda mientras me conduce hasta donde estábamos.

—Carmen.

—¿Qué?

—Si Raúl te hace daño, dímelo.

Me gira de golpe. Está muy oscuro, apenas puedo descifrar la expresión de su cara pero imagino que no es nada amistosa.

—Carmen, si te hace daño, lo mataré.

Ante mi asombro, me da un fuerte abrazo y me estrecha entre sus brazos. La gente nos mira pero no me importa. Le devuelvo el abrazo, esta es la Carmen cariñosa a la que conocí una vez.

—Oye, dile que deje de llamarme, por favor.

Me vuelvo desconcertada. Eva me planta la pantalla de su móvil en la cara. Tiene cuatro llamadas perdidas de Manu.

—Sabe que hoy estás conmigo, por eso te llama.

—¿Para qué? ¿Se piensa que por insistir tanto esta noche no me voy a ligar a otro? ¿Que no me lo voy a quitar de la cabeza?

—¿Puedes?

—Pues claro que sí, ya te dije que era un patán.

—¡No hables así de él! —espeto cabreada—. Es un buen chico y le gustas mucho.

Eva pone cara de asombro.

—¿De verdad?

—Sí, y si tanto te molesta, contéstale y déjale las cosas claras de una vez.

Frunce el ceño mirando su móvil pero parece entrar en razón. A veces, le cuesta mucho dar este tipo de pasos con los hombres. Casi siempre nos necesita para reaccionar.

—Tienes razón. Salgo fuera a llamar.

Nos deja solas pero yo me dirijo decidida hacia la barra. Necesito tener algo en la mano y ya no se puede fumar aquí dentro. Carmen insiste en acompañarme pero me zafo, no puedo ir tan mal.

Echo un vistazo a mi alrededor mientras camino. Poco potencial veo esta noche, menos mal que acaba de empezar porque de lo contrario me parece que vamos a tener muy poco que rascar.

Flo Rida me acompaña hasta que llego a la barra y me hago un

hueco como puedo.

—¡Hola!

Me doy la vuelta de golpe.

¡No puede ser! ¿Qué hace aquí? Boqueo sin poder articular palabra.

—¿Hola?

—Eh... ¡Hola!

Morales me regala una sonrisa Profident. Está cambiado. Es la primera vez que lo veo sin traje. Va en vaqueros y con una camiseta de manga corta que deja unos brazos trabajados al descubierto. Madre mía, qué cuerpo, qué cara, qué boca, qué todo. Que se vaya.

—¿Qué haces aquí? —pregunto desesperada.

—Estaba por aquí con unos amigos y te he visto desde las escaleras.

Me asomo a su espalda. Logro atisbar un círculo de gente que nos observa pero el torso de Morales se interpone ante mi curiosidad. Se apoya en la barra. No puedo ver más que él. Morales por todas partes, Morales en todo su apogeo, divertido y jovial como de costumbre.

No dice nada, sus ojos recorren mis mechones de pelo de arriba abajo. ¡El pelo! Me lo aparto hacia atrás como puedo.

—¿Sueles venir a este sitio?

—Hace años, ya no tanto —contesta—. ¿Y tú? ¿Estás de celebración? ¿El cumpleaños?

—Sí —confieso—. Es el mío.

—Felicidades.

Ladea la cabeza, creo que buscando mi mata de pelo.

—¿No me vas a preguntar cuántos cumplo?

—¿Cuántos cumpleaños?

—Veintiséis.

—Buen año. ¿Te han dejado sola?

—No, no —eso es lo último que debe saber—. He venido con mis amigas.

—¿Ibas a pedir? ¿Qué quieres?

Llama al camarero y este se acerca en un segundo. Echo un vistazo a las botellas tras él.

—Hendrick's-tónica, por favor.

Morales se pega a mí. Entiendo que si no hace eso, no

podremos oírnos con la música pero me da igual. Prefiero leerle los labios a tenerlo tan cerca. Me echo un poco hacia atrás con disimulo pero el muy capullo da un paso más. Se lo está pasando en grande.

—¿Y usted?

Morales se queda mirando todas las botellas pero no contesta. Está absorto en las decenas de etiquetas que sobresalen de detrás del camarero.

—Zumoz de piña.

—¿Solo?

Morales resopla risueño.

—Con hielo.

El camarero asiente y se va. Espantada, veo que se saca la cartera.

—Invito yo.

—No, para nada. Yo me pago mis propias copas.

—No lo dudo pero es tu cumpleaños y quiero invitarte. Acéptalo como mi regalo. Un poco pobre pero un regalo en definitiva.

Es muy educado por su parte pero seguro que quiere bastante más que invitarme a un gin-tonic.

El camarero nos sirve las bebidas mientras se guarda los billetes.

—O entiendes de ginebra o también es lo que bebía tu padre.

Dejo de llenarme la copa con la tónica. Me sorprende que se haya fijado en eso, que incluso se haya acordado que lo mencionara.

—Bebía gin-tonics, sí. Empecé a pedirlos por eso pero la verdad es que me he ido aficionando. Tengo mis propias preferencias.

—Hendrick's.

—Sí.

—Con pepino.

—Sí, se pide así.

—Lo sé. El pepino tiene un sabor peculiar, no le gusta a todo el mundo.

—A mí sí.

—Es bueno saberlo —responde riéndose.

Lo que me faltaba, me largo.

—Muchas gracias por la copa. Pasadlo bien.

—¿Ya te vas?

—Sí, será mejor que vuelva, soy la cumpleañera y las he dejado de lado.

Empiezo a darme la vuelta pero Morales me retiene del brazo. No muy fuerte pero lo suficiente para que tenga que pararme en seco ante su contacto.

—Carla, ¿te incomodo?

—¿Qué?

—¿Te incomoda mi presencia?

—¡No! —mis movimientos son muy efusivos, estoy como una cuba—. Mira, no creo que esto esté bien. No creo que tener una conversación contigo sobre si me gusta comer pepino o no, sea lo más adecuado.

Morales arruga la frente en un ceño pero no dice nada.

—Tú eres mi cliente y yo soy tu proveedor, no deberíamos vernos así.

—Técnicamente aún no soy cliente tuyo. Hasta que no me factures, no entro dentro de tu cartera de clientes. Soy un *prospect*.

—Ya, pero está claro que lo vas a ser algún día.

Creo.

Da un sorbo a su zumo sin dejar de observarme. Se cruza de brazos. Quiero salir de aquí.

—¿Y si te dijera que la firma de tu presupuesto depende de que me hagas caso esta noche?

Vale, ya está bien. Estoy cansada de toda esta estupidez.

—Si todos los clientes que tengo se hubieran dedicado a ofrecermelo algo por el estilo cada vez que les he presentado una propuesta...

—¿Sí?

—McNeill ahora estaría en bancarrota.

Me doy media vuelta decidida y echo a andar entre la marabunta.

—¡Carla!

—¡No! —me vuelvo—. Te estás equivocando conmigo, soy joven, no gilipollas. No me gustan estos juegos.

Sigo mi camino y doy un buen trago a mi gin-tonic. Este tío es anormal. Lo lleva claro como quiera seguir por ahí. Pienso contárselo todo a Sandra y a Gerardo. Que ellos mismos juzguen si merece la pena tenerlo

como cliente o no. ¿Pero qué estoy pensando? A Gerardo le va a dar igual, la pela es la pela, es capaz de pedirme que me acueste con él.

—Carla, ¿estás bien? Parece que has visto un fantasma.

Vicky posa una mano sobre mi brazo. Ni siquiera me había dado cuenta de que ya había llegado hasta donde estaban. Han dejado de bailar, ¿tanto se me nota?, ¿tanto se nota lo que me hace este hombre?

—Está aquí.

—¿Quién?

—Morales, Daniel Morales. Estaba en la barra.

—¿En serio? ¿A ver?

—¡No! —detengo a Carmen antes de que me la llien aún más. Ahora sí que no pienso volver a verlo. Lo tengo más que decidido.

Les cuento mi conversación a las dos y ambas se quedan de piedra, igualito que yo. Menos mal que Eva sigue fuera, me habría lanzado a sus brazos sin importarle nada de lo que hubiera dicho.

—Has hecho bien en largarte —comenta Carmen—. Tiene cara de niño bueno pero por lo que cuentas es un chulo de mierda.

—¿Dónde está ahora? ¿Sigue aquí? —pregunta Vicky.

La verdad es que no lo sé pero espero que se haya largado ya y que cancele la comida del martes. Si no lo hace él, lo haré yo. Si McNeill considera que se ha perdido una oportunidad preciosa por mi culpa y quieren despedirme, que lo hagan. No soy moneda de cambio de nadie.

Ay mi madre, espero que no me despidan.

—¡Carla!

Hablando del rey de Roma, Morales se acerca a pasos agigantados hasta donde estamos. Viene tan eufórico que incluso mis propias amigas se apartan para dejarle paso. Cobardes.

—¡Carla!

—Ya te veo, ¡no grites! —le lanzo sosteniendo mi copa en alto. De repente desaparece de mi mano. Carmen la ha cogido al vuelo y se ha vuelto a apartar.

—Perdona, Carla.

—Vale.

—¿Me perdonas? —pregunta extrañado.

—Sí, pero no pienso volver a verte. O te conformas con Sandra o no queremos tu cuenta.

Para mi sorpresa, se empieza a reír a carcajada limpia.

Afortunadamente para él, se detiene en cuanto se encuentra con la cara de perro que debo de tener ahora mismo.

—No estás hablando en serio.

—¿Me ves reírme?

Hunde la cara entre sus manos. Miro a mis amigas. Se encogen de hombros.

—Carla, eres muy difícil. Muy muy difícil, joder —¿me he quedado para escuchar esto?—. Tienes que aprender a distinguir lo que quiero de ti. Olvídate de IA y de McNeill. Ahora solo somos tú y yo. Ya hablaremos de negocios en otro momento pero, por Dios, espabila.

No sé qué contestar, ¿de verdad me está diciendo lo que creo que me está diciendo?

Resopla nervioso.

—Joder, está bien. Lo haremos a tu manera, quedemos a cenar. Me quedo alelada.

—Es más que evidente que contigo no lo puedo hacer de otra forma, así que si tiene que ser así, será.

—No entiendo.

—Está claro, ¿no? ¿De verdad necesitas que te lo explique?

No, lo cierto es que no. Sé que quiere follarme tanto o más que yo a él.

—No puede ser. Ya te lo he dicho, yo no soy así.

—Basta, Carla. Deja de darle vueltas y hazme caso de una vez —su voz asciende unas octavas y mi cuerpo reacciona al instante—. No puede ser tan horrible. Si algo sale mal, puedo pedirle a otra persona que sea la cara visible de la empresa para vosotros pero eso no va a pasar. De verdad, no voy a interferir en tu carrera. Te juro que si se tuerce tanto, desapareceré de tu vida. Pero no puede ser tan horrible.

—No sé...

—Una cena.

—No sé...

—Solo cenar.

—Está bien.

¿Qué he dicho? Morales está tan asombrado como yo pero no vacila.

—¿Mañana?

—Mañana es domingo.

—¿Y?

—El lunes se trabaja.

—Pero solo vamos a cenar.

—Claro, claro.

Morales saca el móvil de su bolsillo y me lo tiende con el teclado encendido.

—Marca tu número.

—Viene en mi tarjeta —contesto confundida.

—Me refiero al personal. No quiero ver a la Carla del trabajo, quiero ver a esta Carla. O mejor, a la que lleve unas cuantas copas menos.

Marco mi número a regañadientes y me lo arrebató en un microsegundo.

—¿Cómo me has puesto? —intento verlo alzándome de puntillas pero él se retira con rapidez.

—Ya está. ¿Te acordarás?

—¿De qué?

—No, no te acordarás. Trae.

Horrorizada, veo cómo me abre el bolso y hurga en su interior.

—¿Pero qué haces?

—Tranquila, no quiero nada de lo que tienes aquí dentro.

Busco a mis amigas. Las dos están igual de pasmadas que yo.

—¿Ves? Te cojo solo el móvil. Marca la contraseña —lo hago en un acto mecánico—. Bien, veamos, calendario... A ver qué tienes mañana... Nada. Ah, sí. Recuerda el antivirus.

No sé de qué me está hablando y se da cuenta al momento.

—La píldora.

Estoy a punto de soltarle un alarido cuando me tapa la boca con la mano.

—Lo dice aquí. Gracias por la información. Me apunto a las nueve, mañana te confirmo el sitio. A ver si tenemos más suerte esta vez, cuesta mucho sorprenderte.

Le aparto la mano de un tirón.

—¿Por qué quieres sorprenderme?

Se ríe.

—Ya te lo he dicho, Carla. No eres nada fácil. No estoy acostumbrado a que me lo pongáis difícil.

—¿Quiénes?

—Vosotras.

—Ah.

—Eres todo un reto, Carla —no sé si es realmente un halago o un insulto. Apaga mi móvil y me lo vuelve a meter en el bolso—. ¿Quieres que mande un coche a recogerte?

—¡No! —grito escandalizada—. Cogeré un taxi.

—Muy bien —me coge por la nuca, baja el pulgar y me besa en la mejilla tal y como lo hizo el jueves al salir del restaurante. Esta vez, su pulgar me roza el lóbulo y yo trastabillo idiotizada—. Diviértete.

Retira la mano y se va desapareciendo entre la gente. Mis amigas se lanzan a la carrera a por mí.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Qué ha pasado?

—¿No lo habéis oído?

—¿Con esta música? ¡Claro que no! —responde Carmen.

—¡Carla! ¡Carla! —Eva se nos acerca sin aliento—. ¡He visto a tu maromo! ¡He visto a tu maromo en la puerta!

—¿Cuándo?

¿Tiene un clon?

—Hace un rato, le he visto entrar.

—Ah, ya he hablado con él.

—¿Sí? Yo también.

—¡Qué!

—Eva, estás zumbada —le reprende Vicky.

—¿Se puede saber qué le has dicho?

Eva se echa a reír.

—Me ha preguntado si eras siempre así de estrecha y yo le he dicho que sí —me quedo boquiabierta—. Pero también le he dicho que era una coraza y que en el fondo eras una mujer muy pasional.

—Tú eres idiota, vamos. ¡Me vas a buscar la ruina!

Se parte la caja ella sola.

—¿Qué más le has dicho?

—También me ha preguntado si te emborrachas muy a menudo pero le he dicho que tampoco salimos tanto. Luego me ha preguntado si habíamos venido en taxi o si necesitábamos un coche. Y ya está. Es muy mono, ¿no?

—¿Mono? Es una hormona con patas —apunta Vicky.

No me puedo creer que me esté pasando esto. La cordura vuelve a rescatarme y recuerdo ciertas frases. ¿En serio he quedado con él?

—Vamos, Carla—me llama Eva—. ¿Cuándo fue la última vez que follaste?

No me lo recuerdes.

—Cuando estaba con Rober.

—Ay, cariño, qué triste. Ya te estás dejando violar por el friki-maromo este.

—¡Que no es un friki!

—Lo que tú digas pero tíratelo.

—Carla, ¡no! —me advierte Vicky.

Miro a Carmen.

—Yo me lo pensaría un par de veces antes de hacer nada.

—¿Y qué hago? ¡Si ya he quedado con él!

Eva se mea de la risa.

—¿Estás loca? —me grita Vicky—. ¿Cómo te precipitas tanto?

—¡No me precipito! ¡Estoy borracha, no sé lo que digo!

—¡Di que sí! ¡Diviértete! ¿Qué hay de malo en eso?

—No, no, ¡no! Sexo y clientes... mala combinación.

—Si no te lanzabas tú, lo iba a hacer yo —confiesa Eva.

Qué novedad, ya me lo imaginaba.

—Esto está mal, muy mal. Si pasa algo, no sé cómo le voy a mirar a la cara el martes.

—¡Pues claro que va a pasar algo! ¿Qué esperas? —me hostiga Vicky— La cuestión es, ¿tú quieres tirártelo o no?

—¡Qué pregunta! ¿Quién no querría? ¿Es que no le has visto bien?

—Yo sí —apunta Eva.

—A ver, tampoco nos hagamos aquí ilusiones infantiles. Al final, los más macizorros son los peores en la cama. O la tienen pequeña o son unos sosos de mierda.

—Sí claro, será de todos los macizorros a los que te has tirado tú.

—¿Habéis visto la gente con la que estaba? —pregunta Carmen.

—No.

Ni siquiera he pensado en ello.

—Pues eran una panda de zorroneos todas.

—¿Por qué dices eso?

—Es verdad —añade Eva—. Tenían pinta de *escorts*.

—¿*Escorts*?

¿Morales se va de putas? No, él no necesita eso y tampoco creo que me las quiera restregar en la cara. Aunque ¿por qué no? Si solo quiere follar, qué más le dará lo que yo piense.

Todavía no tengo muy claro lo que estoy haciendo. Sigo mirando el monólogo de Whatsapp como si fuera la primera vez que lo veo, y encima en el número personal. Ni siquiera recuerdo habérselo dado:

«Morales: “La Terraza del Casino”».

«Morales: “Solo cenar”».

«Morales: “:-)”».

¿Por qué le habré dicho que sí? Vale, porque mi sentido común estaba completamente anulado por el vino y la ginebra pero aún puedo decirle que no.

No, es demasiado tarde. Estoy a punto de entrar. Tendría que haberlo hecho a lo largo del día pero es que la resaca me ha durado hasta bien entrada la tarde y ya no me quedaba más tiempo del necesario para arreglarme y venir hasta aquí.

No he hecho gran cosa. He intentado recogerme el pelo pero hoy no atino con el moño, no estoy de humor así que lo llevo suelto. Me he puesto la minifalda de *paillettes* y una blusa en color crudo de manga larga. Tampoco he abusado del maquillaje. Después de que me viera con el pelo sudado y la cara lavada en el Retiro, si hemos llegado hasta aquí, es que no puede ser tan horrible lo que hay bajo la base y los polvos.

Está bien, voy a entrar. Me estoy congelando aquí fuera. Apago el cigarro y subo las escaleras del casino. Estoy más que decidida, al menos, mucho más que anoche. No volverá a pillarme desprevenida. Es más, creo que en cierta forma se aprovechó de mi estado etílico.

Voy a decirle que no. No pienso arriesgar mi carrera por un polvo. Por mucho que me vaya a poner las facilidades para que no sea así, no quiero aventurarme en esto. No va conmigo y no voy a cambiar por él.

Tras subir en el miniascensor, entrego mi abrigo a la azafata, quien me guía a través de las mesas. Alucino en cuanto me abre la puerta

del privado. ¿Otra vez? ¿Para qué ha reservado todo el salón del privado para nosotros solos? Este tío es tonto.

Me quedo estupefacta en cuanto entro. Es un salón enorme. Está rodeado de cristalerías que dejan entrar las luces nocturnas madrileñas. Una vez más, en mitad de la estancia se encuentra nuestra mesa y el propio Morales, quien se levanta y se acerca a mi silla retirándola. A un lado del salón hay un espejo inmenso. Va a reproducir todos nuestros movimientos durante toda la cena. No me gusta la idea, no soy muy fan de mirarme en los espejos.

—¿También tengo que decirte que estás preciosa? —me lanza mientras me acomodo sobre la silla.

Que diga lo que quiera. Para lo que le va a servir...

—Me he tomado la libertad de pedirte el vino que escogiste el otro día.

—Pues quiero tinto.

Aprieta los labios, su mirada intenta traspasarme la piel pero no me dejo. Hace una seña al sumiller que está en la sala.

—¿Qué desea beber, señorita?

—Arzuaga del noventa y siete —contesto sin apartar mis ojos de Morales.

—Buena elección.

Se retira.

Morales entrecierra los ojos sospechoso.

—¿También conocías este restaurante?

—Sí.

Inspira ceremonioso.

—¿Qué pasa? ¿Conoces todos los restaurantes de Madrid con estrellas Michelin?

—Sí.

—Joder —coge su vaso de agua y da varios tragos—. Te gusta ponérmelo difícil, ¿eh?

Me encojo de hombros. No quiero nada de él, ni siquiera ponérselo difícil. Quiero acabar con esto cuanto antes.

Pero me va a costar. Sigue siendo demasiado atractivo. Incluso con vaqueros y americana, una americana de pana marrón que le favorece mucho, por cierto.

Opto por fijarme en sus defectos, me vendrá bien para

quitármelo de la cabeza. Entre tanto mechón castaño creo que logro distinguir alguna que otra cana. También tiene arruguitas alrededor de los ojos cuando sonrío. ¿Por qué sonrío tanto? Es exasperante.

No, no lo es, es encantador.

Nos traen mi vino y la carta. No sé qué escoger, estoy hambrienta.

—Solomillo de buey, por favor.

—¿Nada más? —me pregunta Morales.

—Suficiente.

Le entrega su carta al camarero.

—Lo mismo. Y tráenos los *gnocchi* de calabaza para compartir, por favor.

El camarero asiente y desaparece del salón.

—¿Por qué no bebes?

Morales enmudece. Se me queda mirando de una forma que no sé descifrar. Es algo que me pregunto desde que comimos el jueves pasado y ayer por la noche se confirmaron mis sospechas. No prueba ni gota de alcohol.

—¿Lo necesitas?

—¿Perdona?

—¿Necesitas saberlo?

—No, es más curiosidad que necesidad.

Extiende un brazo y comienza a tamborilear los dedos sobre el mantel. Mis ojos se dirigen derechos a su encuentro recordándome vergüenza y rubor.

—Porque no me divierte.

Eso me gusta, dice mucho de él. Tomar una decisión de ese tipo es muy loable. Además, por razones evidentes, no soy de las que respetan a aquellos que se toman este tipo de cosas a la ligera. Huyo de ellos como de la peste, detesto esos círculos. Afortunadamente, mis amigas lo comprendieron desde un principio y son cada vez más serias al respecto.

Envidio a las personas que tienen la fuerza de voluntad suficiente para este tipo de cosas. Ojalá yo pudiera superar mi propia mierda con facilidad pero es algo impregnado en mí y sé que me perseguirá para siempre.

Nos traen los *gnocchi*.

—¿Ni siquiera los vas a probar? —me pregunta Morales

cuando comienza a trincar un par de ellos.

Me lanzo yo también, están deliciosos.

Morales no está muy hablador. Supongo que pensará que con esta cena ya lo tiene todo hecho. Me llevo mi copa a los labios y le observo mientras come. No me presta mucha atención, está mirando hacia otro lado. Mis ojos siguen su dirección hasta encontrar nuestro reflejo en el espejo. Tiene un perfil de rasgos perfectos que me encantaría contornear con los dedos de las manos. Pero no me detendría ahí, seguiría bajando hasta meterle la mano bajo los pantalones y hundir los dedos en su vello púbico.

Madre mía, ¿qué me hace este hombre? Me tenía que haber quedado en casa. Sonríe, ¿me leerá el pensamiento? No creo, no me mira a la cara. De repente soy consciente de la de muslo que enseño con esta minifalda cuando estoy sentada. Intento tirar de la tela hacia abajo con todo el disimulo que puedo.

—No lo hagas —ordena Morales sin dejar de mirarme el muslo—. Tienes unas piernas de escándalo. Lúcelas.

No es la primera vez que me lo dicen así que no sé por qué me sonrojo. Puede que sea porque dicho por él, no me da la impresión de que sea mentira.

Abandono los intentos de mantener mi recato y continúo con los *gnocchi*. El bolso-cartera me vibra sobre el regazo.

—Perdona —me excuso mientras saco el móvil.

Me arrepiento en cuanto veo la pantalla. El chat de Las Chicas de Oro de Whatsapp está *on fire*.

«Eva: “¿Qué tal?”».

«Eva: “¿Cómo vas?”».

«Carmen: “¿Al final has quedado con él?”».

«Eva: “¿La tiene pequeña?”».

«Vicky: “Carla, dime que te has quedado en casa”».

«Eva: “Déjala Vicky, esta niña necesita un polvo”».

«Carmen: “Ni que fuera el único tío sobre la faz de la tierra...”».

«Eva: “De momento, es el único que se deja”».

—¿Quién es?

No deja de asombrarme lo metomentodo que es.

—Solo es el Whatsapp. Pensé que era una llamada.

—¿Tu novio?

Dejo el móvil sobre la mesa y levanto la vista alarmada.

—No pasa nada, no me importa —me suelta—. No soy celoso.

Hombre, no tiene por qué serlo porque no soy nada suyo pero igualmente su comentario me abofetea dejándome sorprendida.

—No tengo novio. Y quiero que conste que si lo tuviera, te habría mandado a la mierda hace ya tiempo.

Morales también levanta la vista del plato y sonrío mientras traga.

—Una novia fiel, ¿eh?

—¿Qué tiene eso de malo?

—No, nada, pero es algo que no veo todos los días.

—¿Estás acostumbrado a tirarte a muchas mujeres ennoviadas?

Su expresión cambia. No puedo creer que esté cabreado.

—Olvídate de IA y de McNeill, ahora solo somos tú y yo —recito sus propias palabras—. Creo que puedo hablar con franqueza y abiertamente, ¿no? A eso hemos venido.

Se limpia con la servilleta frunciendo el ceño.

—¿Por qué estás tan a la defensiva?

—No lo estoy. Estoy siendo yo misma, como tú querías.

—Pues estoy descubriendo a una Carla muy borde.

—Ya, esa soy yo.

—Qué desilusión.

Me lanzo asqueada a por el último *gnocchi* pero cuál es mi sorpresa cuando él hace lo mismo y nuestros tenedores se entrelazan en su interior.

Morales sonrío sacando su tenedor.

—Todo tuyo.

—No, por favor. Cómetelo tú.

—Cógelo, Carla. Te hace bastante más falta que a mí.

No me lo digas dos veces, lo mastico con devoción.

—¿Por qué me hace falta?

—Comes muy poco y está claro que te faltan un par de kilos.

Me hago con mi copa de vino. Estoy confundida. Pensaba que

le gustaba mi cuerpo.

—No me malinterpretes. Estás para comerte —dejo de beber en el acto, se me acelera el pulso—. Pero todos tenemos defectos y el tuyo es que necesitas engordar —me mira las tetas descaradamente—. Solo de caderas.

Qué directo es. También lo es cuando hablamos de negocios, me pregunto si será así con todas las personas con las que cierra sus tratos. Es tan atípico.

—¿Y cuáles son tus defectos?

Los camareros entran para dejarnos nuestros platos de carne y rellenarnos las copas. Tengo que controlarme antes de que haga las mismas chorradas de ayer y parezca lo que no es.

—¿Por qué no me los dices tú?

—No te conozco lo suficiente.

—No necesitas conocerme en absoluto para saber si estoy gordo o delgado.

Ya, se me olvidaba que estábamos aquí solo por eso y que lo demás le importa un pimiento.

—Tienes... —no sé seguir, tenía que haberlo pensado antes—. Eh.... —¿qué defectos tiene este David de Miguel Ángel?, ¿cuáles?, ¿cuáles?—. Pareces mayor.

Eso es.

—Sí, me lo dicen mucho —comenta ceñudo—. ¿Sabes cuántos años tengo?

—Treinta y uno, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi en la web de IA.

—¿Me investigaste? —sonríe.

—Me gusta conocer a los posibles clientes con los que me voy a reunir.

—Ya...

Está claro que no se lo ha tragado.

Una idea me ronda la cabeza desde hace un rato.

—¿Tú tienes novia?

Morales se atraganta con la carne y tose pesadamente. Bebe un poco de agua, ha tenido más suerte que yo. No necesita palmaditas en la espalda.

—No, no tengo novia —responde riendo y tosiendo a la vez.

—¿Y por qué es tan graciosa la pregunta?

Me observa condescendiente.

—Nunca la he tenido.

—¿Nunca?

Niega con la cabeza al tiempo que vuelve a su plato.

—¿Por qué?

—No tengo tiempo. Nunca lo he tenido, realmente.

—No es verdad. Si la tuvieras podrías estar cenando con ella ahora mismo.

—Tampoco la quiero, Carla. Demasiadas ataduras.

Un infiel por naturaleza. Interesante.

—¿Conoces a muchas mujeres en el trabajo? —levanta una ceja confundido—. Quiero decir, en los negocios. Como yo, por ejemplo.

—No, es raro. En este sector abunda el género masculino.

Eso es cierto. Cada vez hay más mujeres en el mundo de la informática pero gran parte de los puestos importantes aún son de los hombres. Es triste pero imagino que cambiará con el tiempo. En banca me encuentro con hombres y mujeres por igual pero Sandra ya me avisó de esto.

—Si la tuviera, ¿te importaría?

Menuda pregunta.

—Por supuesto.

Sonríe.

—Cuánta integridad.

—¿Te molesta?

Me examina pensativo mientras mastica. Su mechón de pelo rebelde cae sobre sus ojos pero esta vez no se molesta ni en soltar los cubiertos. Un único ojo verde me observa encendido y yo me muerdo el labio inconscientemente. Juego con mi zapato nerviosa sacándolo y metiéndolo de mi pie suspendido sobre mi pierna. Morales termina de masticar y sopla fuerte. El mechón vuelve medianamente a su sitio.

—No lo sé. Supongo que ya lo averiguaré.

Qué horror. Está tan seguro de sí mismo que casi molesta. Casi.

La carne se me deshace en la boca, está tiernísima. La acompañan unos pequeños raviolis que no debería probar pero no puedo

resistirme y los devoro gustosa. Cuando doy un trago al vino, veo que Morales esboza una ligera sonrisa hacia mi plato. No, por favor, no. Odio que me miren mientras como. No lo soporto. No me mires, déjame.

—¿Qué pasa?

Inspiro. Intento relajarme.

—Nada, está todo muy bueno.

—Sí, aquí siempre lo está. Me alegro de que te guste.

—¿Por qué?

Se detiene un instante.

—Porque pago yo y no me gusta invertir el dinero en causas perdidas.

—No dijiste nada de invitarme, tan solo mencionaste salir a cenar. Yo me pagaré mi parte.

—Tendría que habérmelo imaginado —contesta cansado—. Es un restaurante muy caro, Carla.

Me echo a reír tapándome la boca con la mano. Se piensa que está encandilando a una princesita de barrio. Puedo pagarme esta cena y la de todos los comensales que haya en el resto del restaurante.

—Ya te he dicho que conocía este sitio. No te preocupes por mi economía, no es necesario.

—¿Pero vienes mucho? —insiste muy hosco—. No te había visto nunca hasta que te conocí en IA.

—¿Es que tú vienes a menudo?

—Me gusta comer bien.

—Hay otros restaurantes en Madrid donde se come igual de bien por menos.

Ahora el que se ríe es él.

—No lo creo. De todas formas, el dinero está para gastarlo, ¿qué hay de malo en que me lo gaste aquí?

Qué derrochador. Me lo imagino viniendo aquí cada domingo y al Santceloni cada jueves. Por eso lo conocen en todos estos sitios. No me gusta la gente que se piensa que el dinero sale de debajo de las piedras. Hay que ganárselo y aprender a conservarlo. Nunca sabes cuándo la vida te dará tal mamporro que te dejará con una mano delante y la otra detrás.

—Deberías tener más conciencia sobre el tema.

Me contempla divertido.

—¿Me vas a convencer para hacerme un plan de pensiones?

—¿No tienes uno?

Abre los ojos como platos.

—¿Tú sí?

—¡Claro!

—Joder, Carla. ¿Con veintiséis años?

—Exacto, ya estás tardando.

Se ríe a carcajadas. Tiene una risa atronadora que me envuelve con calidez. Es agradable compartir ratos con alguien tan risueño si no fuera por lo cachonda que me pone por momentos sin poder evitarlo.

—¿Cómo eres tan controladora? —me dedica una sonrisa pícara que me ataca directa en el bajo vientre—. ¿Eres así en todo?

Bajo la vista al plato casi vacío. Me tiemblan las piernas.

Intento trinchar un nuevo trozo de carne pero no acierto. Mi tenedor cae estrepitoso sobre el plato en cuanto Morales me aprisiona la pierna con las suyas. Me giro para vernos en el espejo. Está mirándonos fijamente.

—Estás muy tensa. Relájate, no te voy a comer —asegura en un susurro—. O sí, si es lo que quieres.

Se me acaba de quitar el hambre de golpe. No quiero más comida, lo quiero a él. Ahora mismo. Sobre esta mesa y conmigo a cuatro patas.

Desliza sus piernas sobre las mías estremeciéndome con el suave y lento contacto de sus pantalones sobre mis medias. Sentirlo es maravilloso pero verlo al otro lado del espejo es aún más excitante. Quiero que me arranque las medias de un tirón. Con la boca. Las quiero rotas y hechas un ovillo bajo mi silla de aquí a un segundo.

El contacto concluye en mi empeine. Atrapa mi zapato y cae bajo la mesa haciendo eco en el salón. Ni corto ni perezoso, se levanta y se agacha junto a la mesa para recogerlo y colocármelo. Sin embargo, se detiene antes de hacerlo. Me sujeta por el tobillo y desliza un dedo decidido por la planta. Intento retirarlo antes de que me haga cosquillas pero me retiene con fuerza agarrándome del tobillo otra vez. No está dispuesto a soltarme y creo que yo tampoco quiero que lo haga.

Sube la mano en una caricia lenta que sigue su camino hasta encontrarse a escasos centímetros de mi rodilla. La piel me arde. Una ola de calor me sacude entre los muslos. Morales alza la vista hasta encontrarse con mis ojos y un camarero abre la puerta dejándonos paralizados.

—Oh... —no soy capaz de mirarlo, si lo hago, me moriré de vergüenza en el acto. Está decidido, no pienso volver aquí jamás—. Perdonen...

—¿Qué? —contesta Morales muy cabreado.

Intento deshacerme de su contacto pero hace mucha fuerza.

—Volveré más tarde —y cierra la puerta.

Sigo tirando de mi pierna, no puedo hacer esto y menos aquí. Morales lee entre líneas, me suelta y yo me calzo en un segundo. No se ha movido, me observa agachado en el suelo.

Esto es demasiado para mí. Este hombre me anula la razón haciendo que me comporte como una idiota. Tengo que salir de aquí.

—Voy al lavabo, ahora vuelvo.

Me levanto.

—¿Seguro?

Arrugo la frente confundida.

—¿Volverás? —sonríe burlón.

Me doy la vuelta y comienzo a andar hacia la puerta a taconazos. No pienso responderle pero acabo por sonreír. Lo peor de todo es que me encanta lo payaso que es. No le pega nada.

No me gusta hacer esto en sitios públicos, prefiero la comodidad y la higiene de mi casa pero si no me queda otro remedio, apechugo con lo que hay. En cuanto llego al baño, me quito el anillo de oro blanco de la mano, subo la tapa del váter, me sujeto el pelo como puedo con una mano y me meto los dedos de la otra.

Me arqueo, las arcadas acuden a mi garganta como un tifón. La ingestión es muy reciente, la carne no tarda en salir despedida de mi boca. Los *gnocchi* y los diminutos trozos de carne se disparan enteros en la taza. No ha habido digestión posible así que no me cuesta mucho deshacerme de todo en cuestión de un par de minutos. Las uñas me rozan el fondo del paladar. Los años de práctica hacen que me meta ambos dedos hasta la campanilla sin esfuerzo.

Escupo. Me limpio los restos de comida y las babas de la mano y la boca con papel. Tiro de la cadena. Toso. Al enjugarme la boca y lavarme las manos, observo los dedos enrojecidos. Pronto volverán a su color pálido natural sin que nadie lo note siquiera.

Me contemplo en el espejo. Sí, definitivamente he vuelto a engordar. Esta blusa no me quedaba tan ajustada de pecho. Me retoco los

labios con el *gloss* y aliso mi pelo antes de volver ahí fuera.

Ya no sé si necesito hacer esto. Simplemente no puedo dejar de hacerlo. Me persigue como una tortura desde hace tantos años que no puedo despegarme de este estilo de vida. Me encantaría meterme un trozo de tarta en la boca, dejar que descendiera por mi esófago e hibernara en mi estómago siguiendo su curso natural pero no puedo soportarlo. Mi pasado me embruja y me angustia por igual y es un auténtico calvario. Dejar de recordar sería lo ideal pero nunca ha resultado fácil.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos caminando entre las mesas. Hago un terrible esfuerzo por olvidarme del asco que me doy y alzo la cabeza muy digna inspirando con profundidad.

Entro de nuevo en el privado. Me quedo junto a la puerta en cuanto veo que Morales está de pie junto a la mesa y un camarero recoge el menaje.

—Nos vamos.

¿Qué le pasa? ¿Otro al que no le pongo nada en cuanto descubre lo que hay bajo las medias?

—Como quieras —contesto agachando la cabeza como un perro.

Me doy la vuelta y desando mi camino hasta la entrada del restaurante como un zombi. Cuando Morales aparece a mi lado, la azafata nos pone los abrigos.

Entramos en el miniascensor. Apenas cabemos juntos. No sé si será por sus anchas espaldas o por mi enorme culo. Trago saliva. No puedo echarme a llorar. No con él delante. Tengo que esperar hasta llegar a casa y echarme en la cama para arrancarme el pelo a tirones otra vez.

Se gira y me pongo derecha como un soldado.

—Toma —me dice tendiéndome la mano. Lleva mi iPhone—. Te lo has dejado sobre la mesa.

—Gracias.

Enciendo la pantalla. Me quedo blanca.

«Eva: “Qué pesadas sois”».

«Eva: “Necesitáis un polvo tanto o más que ella”».

«Eva: “Perdona Carla, pero es verdad”».

«Carmen: “No te fíes, Carla”».

«Carmen: “Lo vas a pasar mal...”».

«Carmen: “Te conozco”».

¿Lo habrá leído? ¿Cuánto habrá leído? Es hipercotilla, por supuesto que lo habrá leído. ¿Le habrá cabreado eso? Igual ha cambiado de opinión y ya no le pone tanto una cría con unos complejos y unas inseguridades de campeonato.

Llegamos al *hall* del casino y en cuanto nos acercamos a la entrada, nos detenemos a la vez. Vuelve a diluviar. Está cayendo de lo lindo. Los recuerdos de una madrugada cántabra húmeda y silenciosa me brotan por la garganta a punto de estallar en una catarata de lágrimas.

—Necesitamos un paraguas.

Sus palabras me devuelven al presente.

—No te preocupes, cogeré el taxi aquí mismo.

—No —niega categórico—. Yo te llevo. Necesitamos ese paraguas, tengo el coche en el parking y está a unos minutos andando.

Esto me confunde. Aún no quiere despedirse.

—Podemos correr.

Me contempla alzando las cejas. No parece enfadado, no sé qué le pasa realmente.

—¿Tienes idea del aspecto que tendrías si corrieras bajo la lluvia con esa blusa?

Es verdad. Miss Camiseta Mojada 2014.

—Llevo el abrigo.

—Da lo mismo, no es impermeable. Te calarás igual y yo no podré quitármelo de la cabeza —¿perdona? Se dirige al aparcacoches. Un momento, si hay aparcacoches, ¿por qué tiene el coche en un parking?—. Sube arriba y pide a la azafata que nos preste un paraguas, por favor.

El hombre desaparece y vuelve a la velocidad del rayo con un paraguas en la mano. Tras abrirlo, Morales y yo salimos al exterior. Hace muchísimo frío. Empiezo a tiritar y a contar los meses que quedan para el verano. Ensimismada, resbalo con los tacones y me sujeto a su brazo sin pensar. Abro la boca sorprendida de mí misma pero no la retiro. Me siento más segura de una posible torcedura si camino así.

Sin embargo, Morales no tarda en quitarme la mano con suavidad pero con firmeza. Me muerdo los labios y miro al suelo. Seré boba.

Poco después, noto su brazo rodeándome los hombros y

atrayéndome hacia sí y me quedo sin aire. Su abrazo me reconforta, me da calor, me dejo llevar.

Noto cómo coge un mechón de mi pelo entre los dedos y juega con él junto a mi hombro. Es impresionante cómo le llama la atención. Le pasa a todo el mundo pero no de una forma tan evidente y descarada.

En cuanto llegamos al ascensor del parking, arrastra los dedos absorto por el largo mechón hasta las puntas y me mira a los ojos. Están más oscuros de lo habitual, o eso creo bajo el paraguas.

Alguien se acerca. Morales pestañea y aprieta el botón del ascensor. En cuanto se abre, cierra el paraguas y me deja entrar primero. Se pega a mi lado en cuanto entran cuatro personas más pero no hay suficiente espacio y se coloca detrás de mí. El grupo de gente ríe y vocifera sin control. Están más que bebidos. Menuda panda de memos que no tienen cabeza para llamar a un taxi. Estoy a punto de decirles algo en cuanto las manos de Morales me agarran de la cintura y me echan hacia atrás de un tirón y me pegan a él. Mi culo se estrella contra su entrepierna. Está completamente empalmado.

¡Qué espera que haga! No sé reaccionar. Noto su aliento en mi pelo junto a la oreja. Sus labios me rozan la piel y mis muslos se tensan. Miro frenética al frente, ninguno se ha dado cuenta de lo que pasa. Unos segundos después, salen por la puerta y nos quedamos solos.

Morales se echa hacia delante para pulsar el botón de parada. Se gira y me empotra contra la pared del ascensor sin miramientos. Se me cae el bolso y se me desabotona el abrigo del tirón. Estoy atrapada entre su cuerpo y la pared. Mi respiración se desata.

—Mírame a los ojos y dime que tú no quieres esto.

—Estás como una cabra.

—Dímelo —ordena muy serio. No puedo, no puedo hacerlo. No puedo resistirme a esto. A él. No quiero. Lo necesito—. Lo suponía.

Se acerca hasta quedarse a escasos centímetros de mis caderas y comienza a subirme la falda poco a poco con una mano. Está congelada, mi cuerpo reacciona con un escalofrío. Hace presión. Tiene la otra mano completamente enrollada en mi pelo junto a mi cuello.

—Llevo pensando en cómo sería esto toda la puta semana —confiesa posando su frente sobre la mía. Sus ojos están entreabiertos, perdidos en el deseo—. Mira que te haces de rogar...

Sus dedos viajan por mi muslo hasta llegar a mi sexo. Me

palpita de lujuria y desesperación. Acaricia la tela de mis bragas semitransparentes sobre mis labios y no puedo evitar escapar un gemido placentero.

—Veo que tú también lo has pensado....

Los dedos se deslizan por debajo de la tela abriéndome los labios. Estoy completamente empapada pero dejo escapar un gritito ante el frío contacto.

—Déjame calentármelos aquí dentro —susurra.

Traza círculos alrededor de mi clítoris, tal y como me había imaginado. Jadeo. Impulso las caderas hacia delante. Entiende mi necesidad al instante porque me mete dos dedos dentro con brusquedad. Grito.

—Chissssst. Esto tenía que pasar, tarde o temprano tenía que pasar...

Sus dedos empiezan a entrar y salir con tal calma que no puedo creer que esté a punto de correrme en cuestión de segundos. Su pulgar me presiona el clítoris, lo masajea con indudable experiencia. Le agarro del pelo con fuerza y cierro los ojos. Boqueo como un pez de pura satisfacción.

—Oh, por favor...

Su frente me abandona y noto su barbilla contra la mía. Sus labios están tan cerca, quiero mordérselos y hacerle sangrar.

—Por favor, ¿qué?

Abro los ojos para encontrarme con los suyos, perdidos en los míos.

—Fóllame.

Jadea y me mete la lengua hasta la laringe. Irrumpe en mi boca como un torrente. Su lengua me invade envolviendo la mía con pasión. Le muerdo el labio inferior. En cuanto hago demasiada fuerza, gime en mi boca y me vuelvo loca.

Sus dedos continúan su ritmo hasta que estoy a punto de correrme y los saca de golpe. Interrumpe el beso dejándome exhausta pero necesito más, quiero me la meta ya.

Por favor, méteme los dedos otra vez, méteme la polla, méteme el mango del paraguas, lo que sea pero méteme algo ya. Nunca he estado tan desesperada por algo. ¿Qué me pasa con este tío?

Se acerca los dos dedos a la boca y los chupa placentero. Se para unos segundos y cierra los ojos. Me está poniendo a cien, quiero de

vuelta esa boca sobre la mía ya mismo. Se saca los dedos y traga.

—Joder, qué bien sabes.

No sé qué decir, no me han dicho eso nunca. Me he comido alguna que otra polla pero he de confesar que yo no he recibido muy buen trato a cambio.

Su erección se aplasta contra mi sexo ya dispuesto a cualquier cosa. Me obsequia un aluvión de besos y mordiscos suaves por la garganta y el cuello. Estoy exageradamente mojada. Su lengua magrea mi lóbulo y gimoteo pidiendo más. Más de todo, más de él.

De repente, me abre la blusa de un tirón y deja mis tetas al descubierto. Observo su reacción. Bien, su polla se acaba de mover contra mi muslo. Está aún más cachondo. Lo admito, estas siempre ayudan. Me baja las copas sin cuidado alguno.

—¡Lo sabía! Son enormes —grita entusiasmado. Me envuelve un pecho con la mano y pellizca el pezón sobresaltándome—. Y naturales... Son preciosas, Carla. Tengo que follarte estas tetas pero ahora no.

Atrapa mi pezón en su boca lamiéndolo con visible devoción. Lo mordisquea hasta casi doler. Un chispazo me zarandea. Grito de nuevo y me pego a su erección. El calor que me invade en la entrepierna es insoportable.

Me suelta el pecho y sus dedos vuelven a mi interior agitándome como una muñeca de trapo.

—Estás empapada. ¿Todo esto es por mí?

—Sí...

Extiende mis propios fluidos por el exterior de mis labios hinchados e hípversensibles. Me llena de mí por todo el sexo y las ingles.

—¿Sí?, ¿te vas a correr así?

—Sí...

—Pues espérame.

Se detiene en el acto y me suelta para bajarse la bragueta de los vaqueros.

Por fin. Veamos qué tiene ahí debajo.

¡Ay, mi madre!

—Lo sé —sonríe.

Como para no. Tiene una polla enorme. ¡Eso no me va a caber!

Me retira las bragas a un lado y acerca la punta hasta rozar mi

abertura. Me tenso del simple contacto. No voy a poder soportar semejante ramal en mi interior. ¿De verdad tengo sitio para algo así?

—Relájate, iremos despacio.

Sí, por lo que más quieras. Estoy empezando a pensarme seriamente lo del mango del paraguas. No me da tiempo a razonar mucho más, comienza a meterla muy despacio. Contengo la respiración de gusto. Estoy disfrutando con cada centímetro de piel que se inserta en mi interior pero grito en cuanto me traspasa más allá de donde nadie me ha traspasado nunca.

—Chissssst... Rodéame con las piernas.

Me encaramo a él mientras me sujeta del culo clavándome las uñas en la carne. Tiro de su pelo del fustazo de dolor. Aúlla cerrando los ojos. Gimo satisfecha pero Morales sigue haciendo presión en mitad de mi coño empatándonos en sufrimiento. Con cada entrada sufro y disfruto por igual. Solo espero que a él le pase lo mismo con cada tirón de pelo.

—Dios... —aprieta los dientes sin dejar de penetrarme—. Dime que puedes metértela entera.

Más carne, más polla, no termina nunca. Tiro de su pelo otra vez y vuelve a gritar. Como siga así, ya no va a tener mechón de pelo que retirarse de los ojos nunca más.

—¿Carla? —me pide apremiante.

—¡Cállate! ¡Lo estoy intentando!

Morales se echa a reír provocando una nueva entrada que me inunda en una ola de placer y dolor por igual. Ladea la cabeza para posar un único beso en la palma de mi mano.

—¿Un poco más?

—Sí.

Una minisacudida me constriñe el rostro de angustia.

—¿Más?

—Sí.

El dolor vuelve de nuevo con más fuerza.

—¿Más?

—Sí —contesto sin aliento.

El muy capullo me la clava de golpe y gritamos al unísono en cuanto tiro de su mechón atrayéndolo hacia mí. Tengo a Morales pegado a mi pecho. Lo tengo entero, ya está dentro. La intrusión me escuece, me arde. Noto cómo palpita en mi interior hasta vete tú a saber dónde. Menos

mal que estoy inundada porque de lo contrario, esto sería imposible.

—¡Joder!

—Chissssst —se retira un poco y vuelve a entrar con una lentitud más que estudiada—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —respondo anhelante—. No pares, ¡no pares!

Sonríe jadeante.

—No, no pienso parar. Esto solo acaba de empezar.

Sale bastante más. Lo hace muy despacio y vuelve a entrar muy rápido empotrándome contra la pared. Me empieza a taladrar con fuerza moviéndose en círculos en cuanto se pega a mi pubis una y otra vez. Inclino mi cuerpo hacia delante buscando su encuentro con cada sacudida. Me deslizo con cierta facilidad a lo largo de todo su miembro. Chocamos y mis fluidos chapotean sobre su mata de vello castaño.

Es demasiado, mis músculos se tensan. La fricción de su carne contra las paredes de mi vagina está a punto de detonar un orgasmo arrollador.

No sé cuánto voy a aguantar así. Me sorprende de mi reacción, nunca me corro tan rápido. Imagino que tener un pollón enorme metido dentro ayuda mucho. Sigue doliendo, no lo voy a negar, pero merece la pena. La intensidad que me llena en cuanto me golpea contra el ascensor es tan profunda que me obliga a gritar como una posesa.

Se acerca para mordirme el cuello con vehemencia. Grito aún más.

—¿Te vas a correr ya?

—¡Sí!

—Joder, espera.

—Date prisa, ¡date prisa!

—Voy... Déjame disfrutarlo un poco más...

Sale aún más y agiliza el ritmo. Le arañó la espalda. Si no tuviera el abrigo puesto ya le habría sacado la piel a tiras. Jadea completamente ido. Me uno a él. Cierro los ojos totalmente entregada a unas nuevas sacudidas tan violentas y aceleradas que me van a partir en dos.

—Dios...

—Morales...

—¡Voy! —embestida—. ¡Solo! —otra—. ¡Espera! —otra—.

¡Un! —otra—. ¡Poco!

Empuja una vez más y mi sexo se contrae repetidas veces perdiéndome en un orgasmo como el que no he tenido nunca. Me arqueo pegándole las tetas en la cara. Levanto la cabeza al techo dejando escapar la intensidad del clímax por la boca con un bramido frenético. Hago presión en la piernas para atraerlo todo lo posible y sentirlo aún más, si cabe. El calor de su semen disparándose a chorros me rebosa arrastrándome a un nuevo orgasmo que me convulsa completamente alienada. Aprieto la mandíbula, me tenso como una cuerda, me he quedado sin aire, me ahogo.

—¡Respira, Carla! —me grita jadeante.

Suelto el aire y su pelo a la vez y golpeo la pared con los puños. Morales baja el ritmo y suaviza la presión de los dedos en mi culo.

—Joder...

Deja de arremeter contra mí hasta que se queda sin fuerzas y caemos como dos idiotas al suelo del ascensor.

Por suerte para mí, su cuerpo me amortigua la caída pero él gime quejicoso tras el golpe. El estrepitoso descenso me la ha metido de nuevo hasta el fondo, vuelve a escocerme a horrores mientras la siento latir muy dentro. Respiro desbocada junto a su cuello. Siento que el corazón me va a reventar el pecho y noto cómo al suyo le pasa lo mismo.

Tras unos instantes, el nirvana comienza a abandonarme pero soy incapaz de levantarme. Estoy recuperando la razón por momentos y me doy cuenta de lo que acabo de hacer. ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

Unos golpes seguidos de unos gritos desde el fondo del ascensor me obligan a reaccionar. Me levanto al tiempo que me deshago de Morales en un recorrido ya no tan difícil e intento incorporarme apoyándome sobre la pared. Las piernas no me responden, son pura gelatina. Vuelvo a tropezar y vuelvo a recomponerme temblando como un flan. Morales se ríe y yo me pongo como un tomate. Me abrocho la blusa como puedo. Será imbécil, ¡me la ha roto!, ¡cómo me voy a atar esto!

Morales se sube los pantalones corriendo y recoge el paraguas. Me hace una señal preguntándome si ya estoy lista. Me abotono el abrigo pues es lo único que puedo hacer y asiento enérgica tras recoger mi bolso del suelo. Pulsa el botón de reanudar y se pasa las manos por el pelo medio peinándose. Yo hago lo mismo, seguimos respirando con dificultad. Qué vergüenza. Tengo las bragas completamente encharcadas. ¡Voy a caminar chapoteando! ¿Cómo he hecho esto aquí? ¿En un ascensor de un parking en

mitad de Madrid?

Las puertas se abren y me yergo. Hay una pareja esperando fuera. Se nos quedan mirando evidentemente confundidos pero ninguno decimos nada. No sé él pero yo no tengo fuerzas. Morales me coge de la mano y me saca de allí para dar vueltas por la planta del parking.

Se para frente a un Jaguar negro de cristales tintados que está estacionado en mitad del camino y me abre la puerta trasera. Parpadeo y entro sin saber qué esperar. En cuanto me acomodo, veo que alguien está sentado en el asiento del conductor. Unos ojos negros me vigilan desde el retrovisor.

Morales entra por la otra puerta sentándose también atrás. Suelta una bocanada de aire y se humedece los labios. Se gira para observarme. Tiene el labio hinchado y por mucho que lo haya intentado con el pelo, lo sigue teniendo revuelto.

—Tú dirás.

—¿Eh?

—Tu casa, ¿dónde vives?

—Ah, sí —me dirijo al conductor—. Calle Hermosilla, por favor.

El hombre asiente y salimos del parking mientras me abrocho el cinturón.

—Tienes chófer.

Morales sonrío.

—No me gustan los taxis.

—¿No puedes conducir tú?

—Aparcar en esta ciudad es una pesadilla. Esto es mucho más fácil.

Asiento embobada y me giro para mirar por la ventanilla. No puedo volver a Morales. Si lo hago, querré que me folle de nuevo sobre la tapicería de cuero negro y tengo que evitarlo a toda costa.

¿Pero qué pasa conmigo? ¿Cómo me he podido dejar llevar de esta forma? La he liado muchísimo. Tengo que olvidarme de esto, hacer como si no hubiera pasado. Me ayudará la próxima vez que lo vea pero me va a costar lo mío. Sus dedos envolviéndome en mis propios jugos, su boca aprisionando mi pezón erecto, su enorme miembro hundiéndose en mi interior y ese chorro de leche caliente llenándome como un cántaro me dibujan una ridícula sonrisa en la cara.

Me tapo con una mano antes de que sea demasiado obvio lo que estoy pensando. No puedo ser tan simple, se me ha debido de perder la inteligencia por algún lado en el casino. Esto no es normal. Ni tampoco lo es el descomunal orgasmo que he tenido y que aún arrastro de cierta forma.

Lo miro sin querer. Tiene el codo apoyado en la ventanilla y el dorso de la mano junto a su boca. Su nariz recorre los dos dedos que me ha metido hace un momento e inhala abiertamente. Qué cerdo es y cómo me pone. Vuelvo a mi ventanilla.

—Carla.

—¿Mmm?

—¿Qué número?

Estamos muy cerca, llegamos en cuestión de minutos.

—Dejadme por aquí, es ahí mismo —señalo mi portal.

—¿Bajo contigo?

Eso es una forma muy educada de preguntarme si puede follarme en mi casa y agradezco que lo haya hecho. Así tengo tiempo de reaccionar y puedo pensarme la respuesta. Por mucho que lo esté deseando, por mucho que quiera que vuelva a reventarme a orgasmos, ahora, con la mente en frío, puedo decir que no.

Niego con la cabeza. Decirlo en voz alta me cuesta más de lo que pensaba. Morales asiente sin dejar de acecharme buscando un atisbo de un cambio repentino de opinión pero no lo encontrará. He ido demasiado lejos con esto.

El coche se detiene en doble fila y tras desabrocharme el cinturón, me arrastro hasta su sitio para darle dos besos. Inmediatamente me doy cuenta de lo que hago y abro mucho los ojos. Me paro en seco, estoy mal de la cabeza, no sé qué pasa conmigo. Morales ni se inmuta. Qué ganas de hacer el ridículo. Reculo todo lo digna que puedo pero su mano sale de no sé dónde y me sostiene con fuerza de la nuca hasta que sus labios alcanzan los míos.

Me besa igual de insaciable que antes. Explora toda mi boca con una lengua ágil y experta. Me deshago en su saliva hasta que me suelta y se echa hacia atrás. Sus ojos me encañonan encendidos, mi respiración se embala de nuevo. Tengo que salir de aquí. Cerebro: ¡despierta, inútil!

—Buenas noches —contesto en una exhalación mientras me escabullo por mi puerta antes de que sea demasiado tarde.

En cuanto salgo, la lluvia me cala hasta los huesos. Echo a

correr hasta el portal donde mi portero me abre y me da las buenas noches pero yo no contesto. Tengo la mente en otra parte. En cualquier otra menos en su sitio. He perdido el juicio y lo peor de todo es que me ha gustado hacerlo.

Una vez en casa rememoro todo lo acontecido durante la noche. Aún no entiendo muy bien por qué nos hemos ido de forma tan precipitada del restaurante. Todavía obnubilada, decido mandarle un Whatsapp.

«Carla: “No has comido postre”».

Su respuesta me noquea.

«Morales: “Sí que lo he hecho”».

«Morales: “:-)”».

No puedo concentrarme. Sigo preguntándome si la lengua de Morales sería tan eficaz en mi clítoris como lo es en mi boca. Solo de pensarlo, me empapo de nuevo como una adolescente. He pasado una noche horrible, casi no he pegado ojo. No puedo quitarme a Morales de la cabeza. Aún tengo el polvo de ayer grabado a fuego en mi mente y eso me preocupa.

Tengo que controlarme, sobre todo cuando vuelva a verlo mañana. No ha cancelado la reunión, sigue intacta en mi calendario e imagino que seguirá en pie pase lo que pase. Después de todo, es una reunión de negocios. Tiene razón, tengo que aprender a distinguir ambas cosas. Si me la cancelara, me estaría diciendo claramente que lo de ayer ha interferido en mi trabajo y eso es lo último que quiero.

Sandra aparece por la puerta y se me cae el alma a los pies. Todavía recuerdo cómo me advirtió sobre esto y cómo me halagó haciéndome saber que era más inteligente que toda esta barbaridad. Estaba muy equivocada. Soy retrasada perdida.

—¿Todavía no tienes noticias de Morales? —me increpa acercándose a mi mesa.

Mi corazón se detiene durante unos segundos.

—¿Perdona?

—No nos ha vuelto a convocar desde que comisteis el jueves pasado, debería llamarlo.

—No es necesario. He recibido una convocatoria suya para mañana al mediodía.

Sandra arruga la frente en un ceño cruzándose de brazos.

—Yo no la he recibido.

—Sandra, recuerda lo que me dijo.

—Tengo que acompañarte. ¿Puedes cambiarla al miércoles?

No le entra en la cabeza, me va a provocar más de un disgusto con esta cuenta. Se la regalaría gustosa a cualquiera aunque me quedara sin

llegar a la cuota. Lo juro. Tanto estrés no merece la pena pero no entiende que no puedo, no podemos hacerlo.

—Yo no lo retrasaría, está claro que vamos a cerrarlo de un momento a otro...

—¡Mañana no puedo, Carla! —estalla furiosa y yo me encojo sobre mi asiento.

—¿Qué ocurre?

Gerardo aparece de detrás de Sandra. Probablemente habrán venido juntos.

—Daniel Morales quiere citarnos mañana pero yo tengo una comida cerrada desde hace semanas. No puedo cambiarla —argumenta Sandra volviendo a la calma.

Gerardo sacude los hombros restándole importancia.

—Que vaya Carla.

—No me parece buena idea. Está tardando mucho en recibir una respuesta afirmativa por parte del cliente, necesita mi ayuda.

Me muerdo los labios haciendo un esfuerzo por no abalanzarme sobre ella y arrancarle la cabeza.

—Pero ha conseguido una tercera visita ella sola, está claro que están interesados —responde Gerardo—. Sigamos por ese camino antes de cabrear al cliente sin haber si quiera empezado a trabajar juntos.

—Gerardo, si al final conseguimos la cuenta esto puede complicarse todavía más.

Nuestro jefe nos mira sin comprender.

—¿Por qué?

Sandra me lanza una mirada cómplice y suspira. Sé lo que va a decir.

—Imagina que el cliente sigue insistiendo en verla solo a ella. Que quiere que sea su contacto directo con McNeill y no yo. Carla es muy junior, aún no está preparada para ese trabajo. Podemos perder la cuenta tan pronto como la hayamos conseguido si no puede sobrellevarlo.

Me alegra que le haya confesado a Gerardo lo que hay aunque haya sido de una forma tan hipotética y sutil. De todas formas, su empecinamiento es desmedido. No sé si quiere marcarse el tanto con esta cuenta o si simplemente le fastidia que yo esté empezando a volar en solitario.

—Sí, ahí tenemos que ser muy precavidos —coincide mi jefe

—. Si así fuera no nos quedará más remedio que trabajarlo de puertas hacia dentro.

—¿Cómo?

—Las dos seréis codueñas de la cuenta pero mientras que trabajaréis juntas en sus necesidades, será Carla quien se las presente a IA cuando sea preciso.

—¿Pero cómo? ¿Sigues pensando que debe ir ella sola? Gerardo esto es un tremendo error.

—¿Y qué vas a hacer, Sandra? ¿Escalarlo?

No quiero presenciar esto.

—Si no me queda más remedio, tendré que hacerlo, sí.

No me puedo creer que le esté diciendo que piensa acudir con esto a los superjefazos de McNeill. Tendrán cosas más importantes que hacer que preocuparse por el ego herido de Sandra, digo yo. Se van a reír en su cara. No va a parar hasta quedarse la cuenta para sí. Cómo me gustaría envolverla con papel cuché y regalársela.

Ambos se echan un pulso con la mirada. Sandra de brazos cruzados y Gerardo con las manos en los bolsillos. No sé si debería decir algo.

—Sandra, no creo que sea necesario acudir a la cúpula con esto. La verdad es que nada me gustaría más que te encargaras tú de IA —me vuelvo a mi jefe—. Pero, Gerardo, Morales me ha dejado muy claro que quiere que sea yo quien se encargue de la cuenta. Al parecer, piensa que la especialización que hice de comunicación de crisis en el máster les va a servir de ayuda. Me da miedo que por no volver a aparecer por allí, se sienta retado y nos niegue el trato.

Ambos me contemplan de forma muy diferente. Mientras Gerardo asiente satisfecho, Sandra levanta una ceja apretando los labios.

—Si es así, ya sabes lo que tienes que hacer, Carla. Aprende a tomar decisiones en el acto, no puedes mantener a un cliente en vilo por darle demasiadas vueltas a las cosas. Tienes que ser más resolutiva, ¿está claro?

Asiento obediente.

—No se hable más. Carla ve a esa comida mañana e informa a Sandra después de todo lo acontecido para aplicaros en ello. Y ahora poneos a trabajar, estoy seguro de que IA no son los únicos que demandan vuestra atención ahora mismo.

Se saca las manos de los bolsillos y comienza a alejarse quitándose la chaqueta del traje. Sandra lo persigue con la mirada pero en cuanto desaparece, vuelve a enfocarme con dos ojos de brillo cegador. No sé por qué se pone así, ahora yo también tengo al jefe cabreado y sin haber hecho absolutamente nada. Hombre, me he follado a un cliente en un ascensor pero eso no lo sabe.

—Espero que sepas lo que haces.

—¿Perdona?

Sandra se agacha hasta quedar casi pegada a mi cara y me habla en voz queda.

—No sabes dónde te estás metiendo, Carla. Si ese hombre está empeñado en jugar contigo, no parará hasta conseguirlo y después te dejará tirada como a un perro. A mí no me importa que seas tú quien vaya a verle cada dos por tres pero no quiero que me vengas llorando en unos días porque el principito azul ya no te responda a las llamadas, ¿está claro?

—Cristalino. Ya te dije que soy mayorcita para estas tonterías.

Lo suficiente como para saber que Morales solo quería un polvo y ya lo tiene. Yo también necesitaba uno. Desesperadamente. Estamos en paz.

Sandra se incorpora lentamente sin dejar de estudiarme, imagino que sospechando de cualquier vocablo que emita o movimiento que haga con respecto a esta cuenta. La voy a tener pegada como una lapa con esto.

—Esta tarde me acompañarás a un nuevo cliente de tecnología. Te voy a mandar un correo con los detalles. Prepara también los cambios que nos pidieron el viernes pasado de la reunión de mañana y ponte ya con la lista de *prospects* de los que hablamos la semana pasada. Volveré después de comer.

Qué suerte, ella al menos tendrá tiempo para comer porque lo que es yo, con toda este follón, me voy a tener que quedar a dormir aquí.

Mi móvil no ha dejado de vibrar desde ayer por la noche. Ante tanta insistencia y un par de llamadas de Vicky, no me quedó más remedio que contestar un escueto “estoy bien” en el chat de mis amigas. Tras eso, el aluvión de preguntas se reanudó aún con más persistencia pero me he negado a responder. No puedo explicar lo ocurrido así, es mejor cara a

cara.

Eva hasta me escribe por un chat privado, está más que interesada en saber lo ocurrido y tras leer lo que me pone, está claro que sabe por dónde van los tiros.

—¿No vienes a comer?

Levanto la vista del móvil. Es Manu. No hay nadie más en la oficina.

—No tengo tiempo.

Vuelvo a concentrarme en mi tarea. Cierro Whatsapp y Twitter y me pongo a teclear mi ordenador como una loca. Tengo muchísimo trabajo acumulado, no sé si podré tenerlo todo listo para cuando me lo ha pedido Sandra. Sigo sin saber a qué se dedica ella cuando yo trabajo en todo esto.

Unos instantes después, un desbordamiento de comida envasada aterriziza sobre mi mesa sobresaltándome.

—¿Pero qué...?

—Te acompaño —contesta Manu acercando una silla—. Algo tendrás que comer. ¿Qué prefieres? ¿Pollo o jamón y queso?

Sonríó al quitarme las gafas y abrir un zumo de naranja.

—Eres un encanto.

—Lo sé. No entiendo por qué sigo soltero y entero.

Eva podría explicarle un par de cosas al respecto.

—¿Qué tal fue tu fin de semana?

—Lo mismo de siempre. Salí el viernes...

Se detiene en cuanto nota la vibración de mi móvil sobre la mesa. Está concentrado en la pantalla. Es Eva. Qué bien, qué oportuno.

—Contesta tú.

Manu se me queda mirando sorprendido.

—¡Vamos! ¿A qué esperas?

Sonríe de oreja a oreja y descuelga la llamada.

—Hola, preciosa.

Me tapo la boca con la mano antes de que escupa el pollo de la risa. Eva me va a matar, esta me la guarda. No quiero hablar con ella ahora y menos con Manu delante. Tendría que levantarme y dejarle aquí solo después del detalle que ha tenido trayéndome la comida.

Aunque me quedo alucinada cuando veo que el que se levanta es él y echa a andar hacia una sala de reuniones para encerrarse allí con mi

móvil. Aprovecho a seguir con mi tarea.

La risa de Manu me devuelve al mundo que me rodea. No sé cuánto tiempo ha pasado, aún tengo bastante que hacer.

—La tengo loquita —asegura dejando mi móvil sobre la mesa y volviendo a comer.

O Eva no sabe explicarse o Manu vive en un mundo de luz y de color.

—¿Qué te ha dicho?

—Hemos quedado este sábado.

—¿En serio?

—¿Por qué te sorprende?

Me he dejado llevar. Últimamente me pasa mucho.

—No, es que pensé que ya tenía planes.

—Pues los ha cancelado. Vamos a cenar, ha dicho que ella escogería el sitio. Miedo me da... Con los presupuestos que manejaís vosotras, voy a tener que pedir un adelanto para poder invitarla.

¿Van a cenar? Si ya se lo ha tirado, no lo entiendo. Eva no es así. Aquí pasa algo. Mi móvil vuelve a vibrar y en cuanto leo la pantalla, lo aparto antes de que Manu repare en ello.

«Eva: “Qué hijaputa eres...”».

Al final he conseguido adelantar bastante tarea, incluso me estoy permitiendo el lujo de sentarme a cenar y todo. Me muero de hambre y en mi nevera casi nunca hay gran cosa pero la pasta siempre es algo muy socorrido. Devoro los tiburones con ansia cuando mi móvil me reclama de nuevo. Voy a tener que cogerlo o me quedaré sin amigas.

—Hola —contesto medio engullendo.

—¿Qué haces?

—Cenar.

—Qué susto...

Trago.

—Qué cerda eres, Vicky.

—No, yo no soy Eva, no te confundas.

Tiene razón, es mucho más comedida pero me sorprende que piense que le haya cogido el teléfono con una polla en la boca.

—¿Nos lo vas a contar o no? Tengo a Carmen en la otra línea, espera que la uno.

Ay no, por favor. Estas llamadas a tres son divertidas cuando cotilleamos sobre otra pero sobre mí no.

—¿Qué ha pasado? —grita Carmen.

—Hola a ti también.

—Te lo has tirado —afirma Vicky.

—Sí.

—¡Joder!

—¡Carla!

—¿Se te ha ido la olla? Piensa en tu trabajo, en tu futuro, ¿cómo has podido hacerlo?

—Oye, no necesito ningún sermón, ¿vale? —ahora sé por qué no quería hablar con estas dos—. Ya lo estoy pasando bastante mal yo solita. Mañana tengo que volver a verlo.

—¿No puede ir otra persona? Ya no deberíais veros.

—Eso te lo va a poner mucho más difícil, Carla.

—Ya lo sé pero está empeñado en que sea yo quien se encargue de su empresa.

—¿Y eso no te dice nada? Te quiere a ti para tenerte a mano siempre que pueda.

—Yo también sé decir que no cuando quiero, ¿eh?

—Pues por lo visto ayer no lo dijiste y te dejaste como una cualquiera.

—Vicky.

Mi amiga advierte mi tono.

—Perdona, perdona —suspira—. Es que no me lo esperaba de ti.

Ya, esto es mucho más propio de Eva. Pobre mujer, qué fama.

—No es una muy buena forma de hacerte respetar, que digamos. ¿Es que quieres abrirte paso así? ¿De esa forma?

—Cállate Vicky, no digas estupideces. No es tan terrible, ¿vale? Pasó y punto, no lo pude evitar, me pilló de bajón, distraída, baja de moral... Yo... simplemente permití que pasara porque lo necesitaba.

Mis amigas callan pero es la verdad y ellas lo saben.

—Carla, no te preocupes, cariño. Todo irá bien —me anima Carmen.

—¿Te gustó? —pregunta Vicky.

—¿El polvo?

—Sí, claro, el tío ya sabemos que sí.

Qué puedo decir.

—Fue impresionante.

—Bien, al menos mereció la pena.

—Desde luego.

—Se te nota muy entusiasmada.

—Tiene una polla enorme.

—¡Carla! —grita Vicky.

Carmen se echa a reír.

—Pensé que me iba a romper algo.

—Vale, vale, ya lo pillamos.

—Dolió, ¿no? —asegura Carmen.

—¿Cómo lo sabes?

—Digamos que Raúl no se queda corto.

Ah claro, ahora entiendo muchas cosas.

—¿Crees que el tío quería acostarse contigo a cambio de firmar vuestro contrato? ¿Como un intercambio?

Me quedo helada.

—Pues si es así, McNeill estará muy contento contigo —asegura Vicky.

Genial, me siento como una puta.

—Chicas, tengo que dejaros, Raúl está a punto de llegar.

—Sí, yo me voy a acostar, mañana tengo un día duro. Tú también deberías dormir, Carla.

No sé cómo no lo he pensado antes. Soy estúpida.

—¿Carla?

—Sí... Voy a terminar de cenar.

—Si me necesitas para lo que sea, llámame e iré a verte, ¿OK?

—Gracias.

Cuelgo. Me quedo mirando el plato medio vacío de tiburones y una única lágrima cae por mi mejilla hasta morir en mis labios.

Si alguien se enterara, si se corriera la voz de que me he tirado a un cliente, me crearía una fama de la que jamás lograría deshacerme. Me moriría antes de volver a pisar la oficina y ver cómo empezaría a mirarme la gente. ¿Qué pensaría mi familia de todo esto? Yo no soy así y tengo que

dejárselo bien claro a Morales.

Lo hecho, hecho está. No puedo rebobinar y evitarlo. La verdad es que tampoco quiero pero lo dejaré ahí. Después de todo, es lo que quería, un polvo y punto. Bien, pues ya está, ya se lo ha llevado. Olvidémoslo. Sigamos con los negocios.

No sé por qué sigo llorando. Me levanto, voy directa al baño. Me meto los dedos hasta asegurarme de echarlo todo. Cuando termino, me limpio con la toalla y salgo para echarme en la cama. Me miro los dedos, están rojos casi grana.

Mi mente no para de pensar a un ritmo frenético. Múltiples posibles futuros se barajan en mi cabeza y cada cual es peor. Mis ojos se detienen en el armario de mi habitación y me levanto hacia él en un acto casi mecánico.

Encuentro el estuche medio enterrado bajo decenas de cajas de zapatos. Lo abro y saco el violín sentándome de piernas cruzadas sobre la cama. Apoyo el arco sobre las cuerdas y la versión de “Extraño en el Paraíso” de André Rieu me ayuda a dejar de pensar.

Me sorprende no haber perdido habilidades con esto después de cómo lo he ido abandonando con los años.

Cuando era niña me obligaban a practicar a diario. Al principio lo detestaba pero conforme fui creciendo aprendí a amarlo. A mi madre le encantaba sentarse a oírme tocar. Pero mi violín no me recuerda a ella, simplemente me ayuda a abstraerme de todo y de todos.

A Patrick, mi ex, le fascinaba. Estudiaba Bellas Artes y me utilizaba de modelo en muchas ocasiones. Cómo no, casi todo desnudos y gran parte de ellos con el violín de por medio. Uno en concreto, en esta misma postura y sobre esta misma cama. Fue una pena que la relación terminara. Es el único de mis ex que no me hizo daño. Simplemente, tuvo que volver a Bélgica cuando concluyó su Erasmus.

Si no hubiera sido así, me hubiera gustado pensar que aún seguiría con él y no hubiera tenido necesidad alguna de tirarme a Morales. ¿O sí?

Sandra tenía razón. No sé dónde me estoy metiendo. Hoy tampoco voy a pegar ojo.

Estoy esperando a Morales en su despacho. Es bastante amplio pero dada su inclinación por el derroche, me lo imaginaba mucho más grande y ostentoso. Tiene un ventanal tras la mesa que le otorga unas vistas considerables del resto del Parque Empresarial de La Finca. Entra mucha luz, eso me gusta. A un lado tiene una librería enorme repleta de libros de *software*, biografías y algunos títulos de ciencia ficción. Al otro, hay una zona de reunión con una pizarra magnética, una mesa redonda y varias sillas.

En su mesa, enorme y de cristal con vinilo, hay un Mac imponente, con su teclado, su ratón inalámbrico y un portapapeles a rebosar. Pero lo que más me sorprende no es nada de eso sino el muñecotrol de pelo verde fosforito en punta que tiene en una esquina y el portalápices de “Los Caballeros del Zodíaco” que tiene en la otra.

Qué hombre más raro. ¿Juega con muñequitos cuando se queda a solas? Me río sin poder evitarlo.

En cuanto siento cómo abren la puerta, me levanto de un salto. La larga falda verde se me ha quedado enganchada bajo el bolso, la recojo de un manotazo muy poco grácil por mi parte. Morales sonríe mientras camina y se dirige al otro lado de la mesa dejando caer lo que parece ser nuestra propuesta. Está tan impecable como de costumbre. Parece haber nacido para llevar esos trajes tan caros y seguro que hechos a medida.

Se sienta y yo lo hago también. Me retiro la trenza para dejar que me caiga por la espalda. Nos quedamos mirando sin articular palabra. Noto cómo mi pulso aumenta de ritmo sintiéndome observada por el verde esmeralda de sus ojos. No tengo forma de saber si a él le ocurre igual. Si es así, disimula muy bien.

—¿Cómo estás?

La pregunta me pilla desprevenida.

—Bien. ¿Y tú?

—Muy bien —sonríe.

La puerta vuelve a abrirse y entra la chica que nos atendió la primera vez que vine a IA con Sandra. Conduce un carrito con bebidas y platos de comida que acerca hasta la mesa de reunión.

—Ponlo aquí, Erika —ordena Morales.

La chica asiente y comienza a dejar los platos sobre el escritorio. Es bastante joven, probablemente tendrá mi edad. Es mona, castaña, de pelo largo y con muchas pecas por toda la cara. En cuanto termina su cometido, recoge el carrito y se encamina a la puerta.

—Que aproveche.

—Gracias —contestamos nosotros al unísono.

Vuelvo mi atención a la mesa, hay dos sándwiches de pavo de pan con arándanos, patatas paja y agua para beber. No lo entiendo muy bien. Cuando me dijo que viniera con hambre, ¿se refería a un triste sándwich o hay algo que no pillo?

—Si no te gusta, podemos pedir otra cosa pero tiene que ser algo rápido porque tengo otra reunión dentro de un rato.

—No, gracias. Esto está bien.

Morales nos sirve el agua y se lanza contra su plato sin miramientos.

—He traído una copia de la propuesta para ir reescribiendo sobre las cláusulas. ¿Te parece bien?

—Perfecto —respondo antes de dar un mordisco a mi sándwich. Es muy jugoso, con algún tipo de salsa que no logro identificar. Bastante más comestible que los de McNeill.

—Cuando hablas de “la cobertura en los medios que la agencia considere adecuados”, ¿te refieres a que no podremos tener decisión sobre los medios en los que queramos aparecer?

Trago.

—No, es un poco ambiguo. McNeill os aconsejaría siempre dónde es mejor que os publicitéis y dónde no pero necesitaríamos un *OK* por vuestra parte antes de hacer nada. Si quieres puedo incluir una cláusula que lo deje más claro.

Asiente bebiendo un trago de agua.

—Por favor.

Me limpio las manos y echo mano de mi libreta para tomar apuntes.

—¿Los “actos públicos” implican cualquier tipo de evento?

—Sí. Puede ser cualquier cosa, desde una entrega de premios hasta vuestro evento anual.

Morales frunce el ceño.

—No tenemos de eso.

—¿No? Podríamos ayudaros a gestionarlo también. Tenemos un departamento de eventos y la verdad es que con la antigüedad de la empresa deberíais considerarlo. Vuestros clientes os lo agradecerían y es una buena oportunidad para atraer a los nuevos.

Sonríe limpiándose con su servilleta.

—Aparte de lo referente a prensa tienes buen ojo para los negocios. Mi director de PR nunca me ha hablado de esto.

Pues no sé qué hace todavía en plantilla.

—No es nada nuevo. Háblalo con él y lo incluyo en la nueva propuesta si estáis interesados.

—Inclúyelo —decide en el acto—. Cuando dices que tengo que “poner a disposición de la agencia todos los documentos relativos a la empresa”, ¿te refieres a todo?, ¿qué se supone que os tengo que dar?

Estoy a punto de echarme a reír. Esta reunión es ridícula. No debería hablar de esto con él sino con el responsable de relaciones públicas, PR. Es como explicarle todo mi trabajo a un niño pequeño. Como pretenda que nos reunamos siempre solos, voy a tener que recurrir a toda mi paciencia.

—Se refiere a información corporativa y de producto. Nuevos lanzamientos, el histórico, datos de facturación... Cosas así.

—¿Vigilaréis todos mis movimientos? —pregunta enarcando una ceja.

Me pongo alerta al instante.

—No, los tuyos no. Los de IA.

Asiente risueño.

—Déjame ver qué estás poniendo ahí —dice de pronto.

Espantada, veo cómo se levanta para rodear la mesa y sentarse en la silla que tengo al lado. Me tiende una mano para que le entregue el cuaderno. Lo hago sin rechistar, no tengo nada que ocultar.

Ojea mis notas con interés mientras yo doy otro bocado a mi sándwich.

—Pon una cláusula de exclusividad. No quiero a la competencia en la misma agencia —comenta mientras apunta.

—Eso va a ser algo complicado. No trabajamos en exclusividad con nadie.

—Conmigo sí.

Qué obtuso es a veces. Me encanta. Le bajaría los humos a base de tirones de pelo hasta que me suplicara parar. Después, obviamente, me lo follaría a horcajadas. Me estoy excitando, lo noto. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir intentando recordar dónde estoy y lo que hago.

—Tendremos que negociarlo, no creo que esto le guste a nuestro director general. Tenemos a varias empresas de *software* en la lista de *prospects* a las que ya estamos visitando.

—Ya, pero no todas se dedicarán a lo mismo que yo —alza la vista del papel—. Es cuestión...

Se calla. No sé qué he hecho, no he hecho nada. Tan solo lo he pensado, ¿soy tan previsible?

Morales tiene la vista fija en mi boca. Confundida, tanteo mis labios con la lengua hasta que me topo con un resto de salsa que lamo al instante. Está ido, hipnotizado.

Sí, hazlo, hazlo ahora mismo. Cierro la boca y justo cuando creo que me estoy imaginando todo, tira el cuaderno al suelo, se lanza como un proyectil sobre mí y me levanta de la cintura hasta sentarme en la mesa con brusquedad.

—¡Ah!

Mi espalda se estrella contra el ordenador.

—¡Chissssssst!

Morales deja la pantalla y la comida en una esquina y me tumba sobre la mesa con estrépito. Me levanta la falda hasta la cintura y masajea mis muslos con tanta fuerza que casi duele. Me retira las bragas a un lado de tal tirón que temo me las haya roto, pero no me importa. Llevo soñando con esto demasiado tiempo y estoy deseando vivirlo en riguroso directo.

—Ya te puedes controlar esta vez —me dicen unos ojos oscurecidos que asoman entre mis muslos—. Ni se te ocurra gritar.

Si va a ser como la otra noche, no creo que pueda controlarme.

El primer lengüetazo me convulsa sobre la mesa. Su lengua se pasea sobre mis labios exteriores hasta que un par de dedos me abren y la dejan paso. Noto la punta de su nariz recorriendo mi sexo hasta sentir su respiración y no puedo evitar apretar los dientes reclamando contacto.

Morales advierte la tensión de mis músculos. Su lengua juega por mi clítoris, ya erecto, con unos toques tan certeros que me sorprenden sobremanera. Su boca me succiona a besos húmedos por todo el interior hasta los labios. Los mordisquee y tira de ellos. Contengo un grito ahogado. Levanto las piernas hasta clavarle los tacones en los hombros.

Un único dedo se hunde en mi interior y comienza a follarme mientras su lengua sigue su camino alrededor de mi clítoris transportándome a otra dimensión. Bajo la vista acelerada perdida. Necesito verlo.

Me apoyo sobre los codos y le observo sosteniendo parte de mis bragas con una mano y devorando mi sexo con la otra. La visión es fascinante y extremadamente excitante. Alza los ojos hasta clavarlos en los míos y esboza una sonrisa que noto al instante en cuanto sus dientes me rozan el clítoris. Gimoteo echando la cabeza hacia atrás.

—Calla.

Vuelvo al segundo.

—Cállate tú.

Morales para y se echa a reír en mitad de mi coño. Los dientes y su aliento no me lo ponen fácil, me arquean de placer y yo echo el culo hacia delante pegándome a su cara. Reanuda el movimiento unos instantes hasta parar otra vez y levantarse dejándome a medias.

Sonríe de nuevo y me gira sobre la mesa poniéndome de espaldas a él. Sí, eso es, a cuatro patas. Métemela hasta el fondo otra vez.

Escucho cómo se desabrocha el cinturón y se baja la cremallera de los pantalones. Se sube a la mesa. ¿Se está subiendo a la mesa?

—¿Pero qué haces? —grito en voz baja dejándome la garganta en ello—. ¡La vamos a romper!

—Eso no lo sabremos si no lo intentamos —asevera en un susurro junto a mi oído—. Sabes muy bien, Carla, pero quiero correrme contigo y quiero hacerlo así. Quiero ver el precioso culo que me perdí el otro día en el ascensor y quiero tirar de tu trenza hasta clavártela entera.

Gimoteo excitada.

Tiemblo bajo su cuerpo pero en cuanto sus manos se acercan a mi blusa, le detengo al momento.

—Como me rompas esta también, te mato.

Morales se ríe mientras desabotona la blusa con rapidez. Su

enorme miembro se aplasta contra mi culo semidesnudo al tiempo que se pega a mi espalda y masajea mis pechos hasta estrujarlos sin piedad. Una corriente de placer desemboca en mi entrepierna.

Noto su aliento acelerado en mi cuello. Me sujeto al borde de la mesa de tal forma que creo que podría romper el cristal con mis propias manos.

Me incorpora aún pegada a su pecho hasta quedar de rodillas sobre su teclado. Su boca aterriza en mi cuello a mordiscos húmedos y vehementes. Unos dedos vuelven a acariciarme el clítoris por unos segundos y las fuerzas me abandonan. Morales me sujeta con firmeza de la cintura y casi me ahoga en cuanto me rodea el cuello con un brazo para llevarse los dos dedos a la boca.

—Mmm...

Reclamo su boca y él me la ofrece sin reservas. Entrelazamos nuestras lenguas notando mis propios jugos. Le peino con los dedos y tiro de un mechón mordiendo sus labios. Morales gime y me pega aún más a él. Estoy sudando y vibrando de pura lujuria.

En un rápido movimiento, me vuelve a tumbar sobre la mesa y me abre las piernas con la rodilla. Al instante, noto cómo me coge la trenza y emite un ligero tirón. Me retira las bragas y la punta de su polla comienza a abrirse paso por entre mi abertura.

Entra con suavidad tirando de mi trenza a la vez. Abro la boca buscando aire. Lo quiero entero otra vez, es demasiado bueno a pesar del dolor. Pego el pecho a la mesa ofreciendo mi culo en pompa. Afortunadamente, mis tetas se pegan al papel y no se congelan contra el cristal.

Su carne se adentra llenándome de él en un recorrido delicioso y que soporto mucho mejor que antes. Necesito que llegue al fondo de una vez y me embista hasta desmayarme. Lo peor de todo es que como siga así me va a separar la cabeza del cuello. Gruño ante la tirantez de mi piel.

El tirón cesa. Suelta la trenza y vuelve a sujetarla desde otro punto más cercano a mi nuca. Unos segundos después, su vello púbico me roza el culo y se adhiere a él. Por fin. Mi trasero se mueve en círculos y Morales gime en voz alta.

—Cállate —ordeno jadeante.

Su risa acompaña a la palma de una mano que se estrella contra mi culo.

Intento retirarme pero la mano me sostiene del muslo y me empuja de nuevo hacia atrás chocando contra él. El fogonazo es sobrecogedor. Morales comienza a moverse en una danza lenta que saboreo presionando su bajo vientre cada vez me pego a él. Sale despacio y vuelve a entrar al mismo compás tirando de mi trenza con apremio en cada entrada. La tirantez del cuello ahora es deliciosa. Quiero que me deje calva a pollazos.

El ritmo se agiliza y yo reculo impulsándome desde la mesa con todas mis fuerzas. Tengo los nudillos blancos de hacer presión. Sus testículos me golpean el clítoris con cada arremetida y el calor me abrasa por todos los poros de la piel.

Con lo que tardo en correrme siempre, ¿qué me pasa?

—No te corras ya, por Dios —gruñe detrás de mí.

Pero qué dice, no tengo forma de controlar algo así.

—Me corro... cuando... —me falta oxígeno, casi no puedo hablar— me da la gana...

No me puedo creer que se esté riendo mientras me folla.

La fuerza con que tira de la trenza esta vez me sobresalta hasta separarme de la mesa e incorporarme junto a él. Su polla entra aún con más intensidad dejándome sin habla, sin vista y sin razón. Me rodea la cintura con un brazo mientras jadea en mi oído. Mis manos van directas hacia sus nalgas arañándolas sin contemplaciones.

—Lo digo por ti —asegura—. Cuanto más tardes, menos me tendrás que esperar.

No me importa esperar. Podría pasarme así, en esta postura, en este momento y con su tremenda polla dentro de mí, todo lo que hiciera falta porque creo que volvería a correrme una y otra y otra vez.

Pero el hecho de que sea yo quien se corra primero me desconcierta. ¿Ellos no terminan siempre primero?

—¿No te gusto?

—¿Qué coño dices? —farfulla en mi oído.

—Tardas... tardas mucho.

—Porque quiero ralentizarlo —me muerde el lóbulo y yo le clavo las uñas hasta propinarle un sonoro palmetazo en el culo. Su cuerpo se estremece sobre el mío— Dios... Quiero disfrutarlo. Quiero que dure... ¡Abajo!

De un empujón, me lanza de nuevo sobre la mesa hasta casi

comérmela de un cabezazo. Resbalo sobre los papeles, el ratón... No sé lo que va al suelo o lo que se queda bajo mis tetas. La forma en que acomete contra mi culo es ya tan violenta que estrujo lo que sea entre las manos y me muerdo el brazo hasta marcarlo. Algo hierve en mi interior, me quema. Voy a tener que hacer un esfuerzo sobrenatural para no gritar con todas mis fuerzas.

La trenza reclama mi cuello justo en el momento en que de una sacudida más, me corro estrepitosamente y cierro los ojos enajenada de gusto. Abro la boca hasta casi dislocarme la mandíbula pero no emito sonido alguno. No sé cómo pero me lo trago todo para mí.

Un nuevo tsunami me desborda en cuanto su lefa se dispara en mi interior y la trenza me impulsa tan enérgica que vuelvo a perder oxígeno. Boqueo y me tenso aterrada pero Morales me incorpora de nuevo tirando de mi pelo y me obliga a reaccionar.

—¡Respira, coño!

Expulso una bocanada de aire infinita dejando caer toda la flacidez de mi cuerpo en sus brazos.

—No hagas eso, me acojonas —me pide sin aliento.

Yo tampoco lo tengo, lo pierdo con él. No puedo ni sostenerme. Espero que no nos caigamos otra vez, el trompazo con la mesa de cristal puede ser olímpico.

Morales parece pensar lo mismo porque sale de mí con premura y se baja sin dejar de sujetarme. Si me suelta, seguro que me estrello contra el suelo. Nunca había tenido unos orgasmos de semejante intensidad, el corazón me repiquetea sin descanso y sé que lo seguirá haciendo largo rato. Mi cuerpo queda laxo sobre la mesa sin apenas fuerzas para moverse.

Los restos del clímax me palparán y se contraerán en mi sexo hasta que baje hasta el coche. Lo tengo clarísimo. La otra noche me dormí igual, esto no puede ser muy normal. ¿Qué pasa conmigo? ¿Soy ninfómana y no me he enterado?

Morales me ayuda a bajarme y cuando llego al suelo, los tacones apenas me responden. Él se ríe cogiéndome de las manos pero las suelta para recolocarme el sujetador y abrocharme los botones de la blusa. Lo miro estupefacta.

—¿Te gustaba mucho?

—¿Eh?

—La otra blusa.

Asiento.

—Lo siento.

Un zumbido nos distrae. Morales se recoge los pantalones y se saca el móvil del bolsillo mientras intenta subirse la bragueta sin destrozarse la polla en el intento.

—Tengo que coger —afirma volviendo al otro lado de la mesa.

Yo me adecento lo que puedo recolocándome las bragas anegadas y atusándome la falda. Me meto la blusa por dentro y voy recogiendo todas mis pertenencias por el suelo. Madre mía, ¿qué he vuelto a hacer?, ¿cuántos polvos quiere?

Levanto la vista y veo cómo Morales observa lo que creo que es nuestra propuesta rota y arrugada como una pasa. Alza las cejas en mi dirección. ¿Qué esperaba?

La puerta se abre y el corazón me da un vuelco en el pecho. Erika vuelve a entrar tan tranquila y con un teléfono en la mano.

¿La puerta estaba abierta? ¿Pero este tío es imbécil o qué le pasa?

Morales sigue hablando por el móvil y le hace una seña a Erika sin darle signo alguno de importancia. Basta. Esto es excesivo. Ya he tenido suficiente.

Recojo mi abrigo y salgo por la puerta sin abrir la boca y pasando junto a Erika como un rayo.

Cuando aún no me he alejado ni un kilómetro, el manos libres de mi móvil suena y yo pulso el botón de descolgar sin prestar atención a la pantalla del navegador.

—¿Sí?

—¿Por qué sales corriendo después de follar?

Ay, mi madre.

—Te estaban llamando, no quería interrumpir.

—Ni siquiera me has dejado despedirme.

—Perdona, yo también tengo prisa. Hablamos luego mejor.

—Carla, ¿estás bien?

No, claro que no, pedazo de imbécil.

—Sí.

—Ya... ¿Piensas volver?

—¿Ahora?

—No —niega rotundo—. Esta semana, para cerrar el contrato.

—¿Todo esto no debería verlo con vuestro director de PR?

—No, lo verás conmigo.

Está claro que no me lo voy a quitar de encima. Literalmente.

—Puedo acercarme el lunes que viene si puedes.

—¡El lunes que viene! —chilla descontrolado—. ¿No tienes ni un puto hueco en toda esta semana?

—Pues no, no lo tengo —este se piensa que es la única cuenta que llevo. Hay muchos clientes así—. Puedo pedirle a Sandra que vaya en mi lugar si tienes tanta prisa.

—No, quiero que vengas tú. Ven mañana.

—No puedo.

Resopla al otro lado del teléfono.

—Voy a firmarte un contrato de millones de euros y tú me ninguneas y me das largas para cerrarlo. Como comercial, dejas mucho que desear.

—Vete a la mierda.

Cuelgo haciendo tanta presión que dudo que el botón del volante vuelva a funcionar.

Menos mal que lo que fuera que hiciésemos no iba a interferir en mi carrera profesional. ¿Por qué me he metido en esto? Soy gilipollas, sabía que esto pasaría. Lo sabía, ¡lo sabía!

Aporreo mi ordenador como una loca. Aún no se me ha pasado el cabreo. ¿Por qué ha hecho eso? ¿Quería que nos vieran? No sé cómo he sido tan idiota de confiar en él cuando me dijo que no podría ser tan horrible. Claro que lo es, está jugando conmigo. Si Erika hubiera entrado unos minutos antes, yo ya sería la comidilla de todo este minúsculo sector en el que no sé por qué, se conoce todo el mundo.

Manu aparece en mi mesa reclamando mi atención pero se larga en cuanto advierte mi estado de ánimo. Sabe que es mejor ni dirigirme la palabra cuando estoy así. La pantalla de mi móvil se enciende. Cuelgo a Sandra sin llegar a contestar. Para hablar de Morales ya tengo a mi cabeza dándole vueltas sin parar. Ya la llamaré cuando me calme. Si me

calmo.

Una sombra se cierne sobre mi teclado y yo me vuelvo furiosa.
Dime que esto no está pasando.

—¿Tú llevas gafas?

Me las quito en el acto.

—No, no. No te las quites.

Confundida, me las vuelvo a poner. No sé qué estoy haciendo.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar tranquilos?

—pregunta Morales.

Echo un vistazo a mi alrededor. Toda la oficina nos mira y la recepcionista está a escasos metros de nosotros. Seguro que ha querido impedir que entrara pero ya veo que no ha tenido mucho éxito en el intento. Le hago un gesto para que se quede tranquila y me levanto.

—Sígueme.

Echo a andar entre mis compañeros y observo cómo mis colegas féminas no pueden apartar los ojos del hombre que camina a mi espalda. Me río para mis adentros. Si tan solo supierais lo que esconde entre las piernas.

Entro en la sala de reuniones más grande y menos concurrida que tenemos y me apoyo sobre la mesa de brazos cruzados. No veo bien, tendría que haberme quitado las gafas. Solo las uso para el ordenador y para leer y no quedarme bizca mientras me bailan las letras.

Morales cierra la puerta tras él y se me queda mirando desconcertado.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan cabreada?

—La puerta estaba abierta —respondo arrastrando las palabras de rabia—. Dejaste la puerta abierta...

Morales se gira y echa el pestillo.

—No, no, no, ¿eh? Aquí no.

Como si adivinara sus pensamientos, me levanto y hago el *moonwalker* hasta la otra punta de la mesa. Sus ojos me persiguen al tiempo que se acerca peligrosamente y yo sigo reculando.

—Te quedan muy bien —sostiene señalando mis gafas.

—¿Qué quieres?

—Me has dejado tirado y luego me has mandado a la mierda —se encoge de hombros—. Creo que merezco una explicación.

—Ya te la he dado, dejaste la puerta abierta. Podría haber

entrado cualquiera, podrías haberme arruinado la vida en cuestión de segundos.

—Qué exagerada eres. Ni que te encontraran follándote a una cabra —lo miro horrorizada—. No iba a entrar nadie, le pedí a Erika que no nos molestaran bajo ningún concepto.

—Ella ha entrado.

—Ella puede entrar cuando quiera, es mi secretaria.

—¿Lo tenías planeado?

—No.

No le creo, parece todo demasiado premeditado. Es como lanzarme de lleno a la jaula del león y no quiero que sea así cada vez que vuelva. ¿No?

—No te miento, Carla. Yo nunca miento. No me gusta que me interrumpen cuando estoy reunido, por eso Erika siempre tiene órdenes exactas de no dejar entrar a nadie —se detiene a pocos metros—. Hago muy pocas excepciones.

Me parece perfecto pero ahora que ya está aclarado no es necesario que siga aquí persiguiéndome como el ratón y el gato. Inspiro hondo y me humedezco los labios deteniéndome yo también.

—Muy bien, ya puedes irte.

—¿Cuándo vas a volver?

—Te he dicho que el lunes.

—¿Lo decías en serio?

—Sí.

—Necesito cerrarlo esta semana, Carla —ordena decidido—. Tienes que volver cuanto antes.

—Los dos sabemos por qué quieres que vuelva y no tiene nada que ver con McNeill.

Se pasa una mano por el pelo.

—¿Tienes agua?

Niego con la cabeza, solo las ponemos cuando nos reunimos.

—Joder, no puedo estar más tiempo sin agencia de prensa, mi director de PR se está volviendo loco. O cierro ese trato con vosotros o lo hago con otros, tú verás.

Su sinceridad me deja boquiabierta.

—¿Me estás chantajeando? ¿Estos encuentros sexuales son a cambio de que nos firmes el contrato?

Morales abre los ojos de par en par pero los vuelve a cerrar.

—A ver, Carla. No quiero que me dejes follarte para a cambio poder firmarte nada. Quiero que me dejes porque simplemente quiero hacerlo.

No sé qué pensar. Parece sincero, no pierde nada por confesármelo.

—¡Ven aquí!

Se lanza a mi encuentro pero reacciono con rapidez y corro al otro lado.

—¿Ves como te gusta ponerlo difícil? ¡Ven!

Se lanza otra vez y yo vuelvo a correr. Parecemos dos idiotas dando vueltas por la mesa ovalada. No me sorprende oírle reír.

—Puedo tirarme así toda la tarde, Carla —afirma sin dejar de correr—. No me importa.

—¿No tenías una reunión?

—Iré más tarde.

—Qué infantil eres. ¡Déjame en paz!

—¡No! Ya te cansarás.

—Yo también puedo... ¡Ay!

Mi falda se enreda con las ruedas de una silla y caigo al suelo redonda. Un segundo después, ya lo tengo encima para levantarme de un salto.

—¿Te has hecho daño?

—No, suéltame —suplico intentando zafarme de su abrazo.

—¿Por qué? Si no quieres que lo haga.

Paro mi inútil intento de huida. No puedo resistirme a él pero sigo echando chispas. Mis manos salen disparadas de su pecho y se enredan entre su pelo hasta obligarle a echar la cabeza hacia atrás.

—¡Ah! ¡Qué bruta eres!

Me da igual. Sigo tirando con fuerza hasta que le hago retroceder y chocamos contra la mesa. Me pego a él notando la inevitable erección en mi muslo.

—¿Por qué haces esto?

—¿El qué? —contesta apretando los dientes en un gesto de dolor.

—¿Por qué yo? ¿Por qué insistes?

Alcanzo a verle parpadear. Tiro más y su mandíbula se tensa.

—No lo sé.

—¡No mientas!

—¡No miento! ¡Simplemente me apetece hacerlo y punto!
¿Tiene que haber una explicación para todo?

No, supongo que no. En cuanto me relajo intenta bajar la cabeza pero vuelvo a tirar con más fuerza. Quiero oírle gritar.

—¡Para! ¡Me los vas a arrancar!

Así me gusta, suplica, suplica.

—¡Ah! ¡Carla!

Me muerdo el labio, tengo el pulso a mil por hora. Me restriego contra su polla y observo el gruñido que escapa a su boca. Sus manos me envuelven el culo y me adhieren a él sin miramientos.

Vuelvo a tirar con decisión mientras sigue gimoteando dolorido y ataco su cuello con mis dientes.

—¡Joder!

Succiono como una posesa sin dejar de tirar.

—¡Carla!

Mi lengua recorre su piel desde el cuello de la camisa hasta la barbilla, la cual mordisqueo con fervor.

—¡Por favor!

Eso es.

—Por favor, ¿qué?

—Suéltame.

No es lo que quería oír pero lo hago antes de quedarme con los mechones en la mano. Por nada del mundo me gustaría ser la responsable de semejante estropicio.

Morales responde en un impulso y me alza del suelo hasta tumbarme sobre la mesa con fuerza. ¡Ay! Mi cabeza, me va a dejar tonta. Me arrastra con él y se encarama sobre mi cuerpo.

Tiene un aspecto más que cómico con todos esos pelos en punta. En un acto reflejo, acerco mi brazo para peinarle pero me coge ambas manos con firmeza y me las sostiene sobre la cabeza.

—¿Qué vas a hacer?

Sonríe enseñando su dentadura perfecta pero no contesta. Me desabotona la blusa con urgencia y nerviosismo palpable. En cuanto lo consigo, mete la mano bajo mi espalda y me desabrocha el sujetador tan rápido que no puedo evitar alzar una ceja preguntándome cuántas veces lo

habrá hecho antes. Me suelta las manos un segundo para quitármelo junto a la blusa pero las vuelve a sostener por encima de mí.

Ya sé lo que va a hacer. Se baja los pantalones y le lleva su tiempo quitarse los calzoncillos con una sola mano. Suspiro perdiendo la paciencia.

Morales desciende para callarme la boca con un beso urgente y una lengua desatada que casi me atraganta. Arrastra los dientes por mi labio inferior y se dispone a colocarme la polla entre las tetas pero se para en seco.

—Voy a necesitar las dos manos.

—¿Adónde esperas que vaya así?

Se ríe y me deja libre para amasar mis tetas con las dos manos y atrapar su enorme tranca entre ellas. Aprovecho para quitarme las gafas pero me detiene volviéndomelas a poner.

—No te las quites.

Estoy a punto de reírme a carcajada limpia pero ver su rostro enardecido y sus ojos más verdes que nunca me exalta hasta sentir mi sexo latir entre mis piernas. Comienza a restregarse. Está realmente entregado y maravillado.

No puedo evitar responder al impulso de dejar que mi lengua saboree la punta de su miembro de un lametazo.

—Oh, Carla...

No me cuesta mucho. Su glande, húmedo y enrojecido, me golpea la barbilla con cada fricción poniéndome ojitos. Vuelvo a lamer y Morales jadea con los ojos entreabiertos.

—Dios... tienes unas tetas perfectas para esto.

Lo sé. Mi pecho envuelve su polla hasta hacerla desaparecer en su camino hasta mi cuello. Verlo balancearse sobre mí es exquisito, vuelvo a hacerme con su culo arañándolo cada vez que se mueve. Debe gustarle porque gime echando la cabeza hacia atrás y mordiéndose los labios.

Es impresionante que esto me esté poniendo cachonda. Chupo su gran punta deseando que me la meta entera en la boca pero estoy segura de que es imposible que me quepa. Atrapo todo lo que puedo cada vez que se acerca a mi cara. Tengo los pezones tan erectos que el deseo me invade todo el pecho anhelando su boca sobre ellos.

La caderas de Morales se aceleran hasta que ya no puedo sostenerle la polla con la boca y opto por dejar mi lengua fuera y que se

golpee contra ella todo lo que quiera. Cierro los ojos dispuesta a que ocurra lo que tiene que ocurrir pero luego recuerdo que llevo gafas y amortiguarán la ceguera.

Cómo no, el momento se hace esperar. Los abro y le observo balanceándose, tenso y con el pelo alborotado sobre los ojos dándole un aspecto atroz y tremendamente sexy.

—Carla...

—¿Ajá?

—Déjame correrme en tu boca, por favor.

¿Por favor? Nunca me lo han pedido por favor. Pensándolo bien, nunca se han detenido a pedírmelo. Me maravilla. Asiento.

Morales se acomoda de rodillas y deja escapar su pene de entre mis tetas doloridas y me mete la punta entre los labios.

—Dios, Dios...

Creo que es la primera vez que veo la expresión de su cara al correrse. Es imponente, anhelante, desesperada. Ser la responsable de semejante reacción me deslumbra.

El primer chorro de semen se lanza con urgencia a través de mi garganta y trago sin pensarlo. Tiene un sabor amargo y caliente que me enciende como a una bombilla de vatios infinitos. Quiero más, necesito más. Aparto su mano y me ayudo de la mía en una felación apresurada y sin delicadezas.

—¡Joder!

Los disparos se desatan en mi boca. Trago y trago mientras succiono demandando más visitas pero en cuanto siento que se ha vaciado, ralentizo el movimiento. Relamo su piel, rebaño el plato y le suelto completamente exánime.

Morales respira jadeante y con visibles dificultades para mantenerse derecho. Se pasa la lengua por los labios. Le he dejado seco.

Es una pena porque yo tengo que largarme de aquí a nada y me voy a quedar con las ganas de cabalgarlo hasta que me la meta tan al fondo que se me salga por otro lado.

Soy boba. Ya ha conseguido todo lo que quería al venir a verme. ¿Y yo qué? Mi boca se aproxima a su carne y le lanza una minidentellada.

—¡Ah! ¿Estás loca?

No. Estoy cachonda.

—Pídele perdón —me ordena acercándomela aún más. No veo más que polla, me voy a marear.

Escupo olvidándome de quién soy y de cómo me han criado.

Morales me observa ceñudo.

—Joder. Me acabas de poner muy burro otra vez.

Su mano se desliza a lo largo de todo su miembro repartiendo mi saliva desde la punta hasta la base. Por favor, que pare, me estoy poniendo malísima.

Aparto la vista y me fijo en la hora que marca el reloj de la sala.

—¡Ay, no! —grito levantándome y quitándomelo de encima con rudeza—. ¡Llego tarde!

Salto al suelo y recupero mi ropa pero me quedo paralizada en cuanto veo que tengo el pecho entero empapado en sudor. Qué asco, no puedo ponerme nada encima de esto. Busco algo con lo que limpiarme por todos lados pero la sala está vacía completamente.

—Si al menos tuvierais agua... —observa Morales subiéndose los pantalones.

—Cállate, todo esto es culpa tuya —lo increpo vistiéndome.

—Yo no te he oído quejarte.

—Idiota.

Me abrocho la blusa corriendo. Que se apañe él solo con su nueva erección, yo voy a tener que hacer lo mismo.

—¿Adónde vas? ¿Te acerco?

—Idiota.

—¿Volverás mañana?

Es imposible, no me dan las horas.

—Idiota.

Me acerco presurosa hacia la puerta y abro el pestillo.

—¡Imbécil!

Y salgo como alma que lleva el diablo para soltar las gafas y coger todas mis cosas de la mesa y salir corriendo al ascensor. No presto atención a la gente, no sé si me miran, no sé si nos habrán oído, me da igual. No puedo pensar en eso ahora, solo puedo maquinar cómo me bajo el calentón que llevo encima sin que nadie lo note.

Avicii resuena haciendo eco en mitad del garaje.

—¿Sí?

—Tienes que dejar de hacer eso.
—Tengo prisa, ¡llego tarde!
—Si lo hiciera yo, ¿qué pensarías?
Que eres un cerdo.
—Carla... —canturrea como un crío.
—Te llamo luego.
Cuelgo.
No pienso hacerlo. Ya iré a verlo cuando pueda.

Le he tenido que decir a Sandra que a Morales le había surgido algo en mitad de la reunión y no la hemos podido dar por finalizada. Apenas tengo cuatro apuntes y no podemos trabajar sobre eso. Tienen razón tanto ella como él cuando dicen que debemos cerrarlo esta semana. El hecho de que una compañía de las dimensiones de IA se quede sin agencia de prensa durante tanto tiempo es algo inaudito.

No quiero ver a Morales pero me da miedo que mi cabezonería ponga en peligro el trato. Al final, puede salirme el tiro por la culata y buscarme un problema con Gerardo después de que haya confiado en mí para este trabajo.

Le estoy explicando todo esto a Eva mientras disfrutamos de una copa cerca de mi casa. No parece muy interesada en este aspecto del tema. Me ha echado la bronca por enterarse de lo ocurrido por boca de otras y está empeñada en saber qué me hace o me deja de hacer cuando follamos.

—Vicky y Carmen van a alucinar. No tienen ni idea de que lo habéis vuelto a hacer, ¿no?

Niego con la cabeza y ella se echa a reír.

—¿Y sigue doliendo?

—No, ya no tanto.

—Qué suerte. Disfrútalo mientras puedas.

—No debería, pensé que quería un único polvo y ya está pero parece insaciable.

—Sí, ¿verdad? Tiene pinta.

Doy un trago a mi gin-tonic.

—¿Tú ya te lo imaginabas así? ¿Solo con verlo?

—No me digas que no te lo habías imaginado antes de hacer nada.

Imaginado es poco, he perdido la cuenta de las veces que me he tocado pensando en ello. En la ducha, en la cama... es un buen

anestésico para irte a dormir.

—¿Siempre lo piensas? —Eva bebe de su mojito arrugando la frente—. A veces me da la impresión de que cuando conoces a un tío, sea quien sea, te preguntas cómo será en la cama.

—Sí, es verdad. Pero no solo lo pienso con ellos, también con ellas.

—Cállate...

—Sí, es divertidísimo. Mira, por ejemplo, ¿ves a esa tía de ahí? —pregunta señalando a una mujer embutida en un vestido rojo, con larguísimos tacones y pelo rubio leonado—. Seguro que es de las que mira a los ojos mientras la chupa, le pone cachondísima.

Me tapo la boca antes de que advierta lo que pensamos mientras la miramos.

—Y ese otro —señala a un hombre trajeado, gordo, calvo y con bigote que me recuerda a Gerardo—. Ese le da a todo. Le pide a su mujer que se ponga uno de esos arnés con pene y que se la meta por el culo. Y el camarero, míralo. La tiene pequeña, tiene complejo, el pobre. Esta noche se consolará cascándosela pensando en tus tetas.

—¡Eva!

Se ríe a carcajadas pero yo me uno a ella asombrada de su perversión. Sí que tiene imaginación.

—Fantasear es muy entretenido.

—Eso veo, eres toda una experta.

Se encoge de hombros pero eso hace que me plantee ciertas cosas.

—¿También lo piensas con nosotras?

—Claro.

—¿Sí? —me cruzo de brazos— ¿Y qué opinas de mí?

Achina los ojos y me señala con un dedo acusador.

—Tú también miras a los ojos.

Me echo a reír al instante y ella también.

El camarero se nos acerca como si nos hubiera oído y pregunta si queremos otra copa.

—Por favor —le urge Eva.

Se aleja con nuestras copas vacías.

—¿Has venido en coche?

—No, si quieres vengo en metro. Pues claro.

Nada más contestarme, se da cuenta de con quién está hablando y reacciona al momento.

—Volveré mañana a por él —contesta a regañadientes.

—Quédate a dormir en mi casa. Puedes irte temprano y cambiarte en la tuya.

Está claro que en su trabajo no puede volver con la misma ropa del día anterior, así que tendrá que madrugar lo suficiente como para poder adecentarse en su casa.

—¿No te puedo coger algo prestado?

—Claro que sí, pero todo lo que tengo te quedará demasiado holgado de pecho.

—Putá...

Vuelvo a reír.

—Haz la prueba.

—No, gracias. No quiero desmoralizarme todavía más. Alguna vez he pensado en operármelas.

—¿En serio? Yo no me metería en un quirófano voluntaria ni loca.

—Con esas gemelas es fácil decirlo.

—Ni que te resultara complicado conseguir nada tal y como estás. Por cierto, ¿qué hay entre Manu y tú? ¿De verdad hablasteis el sábado por la noche o solo me diste la razón como a los locos?

Eva muda el rostro y mira hacia otro lado.

—Sí que lo llamé pero casi no me acuerdo de lo que hablamos. Solo recuerdo reírme mucho hasta que me encontré con tu friki-maromo y colgué.

Lo de friki ya no me molesta tanto. Tal vez porque igual no es tan descabellado después de los complementos tan extraños que me encontré en su despacho. Esto será mejor que no lo cuente o tendré cachondeo para rato.

—Me ha dicho que habéis quedado el sábado para cenar.

Asiente. No quiere darme explicaciones pero se las pienso sacar.

—¿No pasabas de él? ¿A qué viene ese cambio de actitud?

—No sé, igual tienes razón. Parece buen chico.

—Lo es.

—De todas formas, solo vamos a cenar.

Eso me dijeron a mí hace poco y todo salió al revés de como esperaba.

—No acostumbras a quedar con un mismo tío una segunda vez.

—Igual va siendo hora de que cambie.

Sí, claro, y me lo tengo que creer. Eva me recuerda a Morales. Ella tampoco quiere ataduras, es feliz conociendo hombres nuevos cada poco y nunca quiere comprometerse con nadie. Por eso mismo, no entiendo esta insistencia con Manu de repente.

El camarero vuelve con nuestras copas y detecto una fugaz caída de ojos hacia mi pecho que me deja pasmada. Eva lo nota también.

—Te lo dije.

—Tienes que enseñarme a hacer eso.

—Podemos llamar a estas y nos echamos unas risas a lo *brainstorming*. Mañana tengo trabajo pero podemos vernos el jueves otra vez.

—No puedo. Tengo una de esas estúpidas fiestas de trabajo y no puedo faltar.

—¿Es de McNeill?

—No, de un cliente de tecnología. Tengo que ir, me vendrá bien para conocer clientes del sector. Iré con Sandra.

—¡Planazo!

—Exacto. Aunque también viene más gente de la oficina. Como Manu...

Eva hace caso omiso dando un buen trago a su mojito.

—Puedes venir, si quieres.

—Puedo esperar hasta el sábado —asegura.

Hay algo que no me acaba de encajar pero doy por terminada la conversación. No quiere decirme absolutamente nada pero no me importa. Me acabaré enterando.

Eva cocina un poco de carne a la plancha mientras yo salgo de la ducha y me seco el pelo en mi rutina habitual. Champú, mascarilla, sérum y sellador de puntas. *Tangle Teezer* para los nudos y secador a temperatura media. Mi baño se llena de una marabunta de pelo negro que sale despedido por todas partes.

Alzo la vista hasta el peine cuando lo retiro con suavidad. Está repleto de cabello. Cada día se me cae más y da igual la época del año que sea.

—¡Carla!

Apago el secador para oír a Eva.

—¿Dónde estás?

Me aparto el pelo de la cara con un brazo. Sonríe.

—Te reclaman al móvil.

—¿Quién es?

Eva levanta las cejas un par de veces y enseguida entiendo lo que me está diciendo. Suelto el secador y salgo del baño como un obús.

«Morales: “¿Estás viva?”».

No lo he llamado. Aunque tampoco pienso hacerlo a estas horas de la noche. Pienso en qué decirle sin apartar los ojos de su avatar. No tiene foto, nunca la ha tenido. Yo sí. Es una que nos hicimos mis amigas y yo la noche de mi cumpleaños en casa. Es un número personal, puedo poner lo que me plazca pero aún así, me cohibe que sea visible para él.

«Carla: “Perdona”».

«Carla: “He tenido mucho trabajo”».

«Carla: “Hablamos mañana”».

Eva se asoma sobre mi hombro.

—¿Vas a ir a verle mañana?

Me aparto hasta sentarme a la mesa.

—No, es mejor que no.

—No puedes evitarle todo el tiempo. Tenéis que trabajar juntos, tú lo has dicho.

Mi móvil vibra.

«Morales: “¿Vienes a comer?”».

No. O comemos o follamos o trabajamos pero todo a la vez me va a volver loca.

«Carla: “No puedo”».

«Carla: “Mándame un *e-mail* con los cambios que quieras”».

«Carla: “Y te vuelvo a enviar el contrato modificado”».

Eva se acerca hasta tener mejores vistas de mi pantalla.

—¿Tú no estabas haciendo la cena?

—¡Mierda! —exclama corriendo por la cocina.

«Morales: “No flipes, Carla”».

¿Perdona?

«Morales: “Para estas cosas hay que reunirse”».

«Morales: “Y lo sabes”».

«Morales: “No se pueden hacer por *e-mail*...”».

«Carla: “Al contrario”».

«Carla: “Es la única forma de que lo tengamos todo listo cuanto antes”».

«Carla: “Y lo sabes”».

Es cierto, si vuelvo no solucionaremos nada. Volverá a pasar lo mismo. Tarde o temprano Sandra sospechará de por qué tardo un mes entero en redactar unas simples cláusulas de contrato.

Morales tiene que saber que no digo ninguna tontería. No dice nada durante unos instantes pero veo que vuelve a escribir algo.

«Morales: “Te enviaré un *e-mail* por la mañana”».

«Morales: “Quiero los cambios antes del jueves”».

Se desconecta. Entre Sandra y este, me van a matar. No sé de dónde voy a sacar el tiempo. Esta semana se me va a hacer eterna.

He recibido el *e-mail* de Morales a media mañana. Era estrictamente formal y profesional, y por supuesto, tenía tropecientos cambios. Se lo he reenviado a Sandra para ponernos con ello en un rato y terminarlo cuanto antes. Una vez que lo hayamos cerrado, ya no tendré que pasearme por allí continuamente. Eso me dará tiempo para conocer a otro y olvidarme de toda esta locura.

Mi tía me ha llamado un par de veces a lo largo del día y también Vicky pero no he podido coger. Sandra y yo hemos estado reunidas la mayor parte del tiempo y aún tengo mucho que hacer.

Es casi medianoche y sigo redactando el maldito contrato de IA bajo el nórdico de mi cama. Solo me quedan unos minutos para que sea “antes del jueves” pero es imposible que lo tenga a tiempo para entonces. Solo somos una agencia de prensa, no hacemos milagros.

Avicii me reclama desde la mesita de noche.

—Hola, tía.

—Hola, cariño, ¿estás bien? Ya no sabía a qué hora llamarte, ¿mucho trabajo?

—Sí, no te haces una idea.

—Eso es bueno, cariño. Da gracias a que lo tienes.

Eso me repatea. No tengo que dar las gracias por trabajar. McNeill me tiene que dar las gracias a mí por toda la porquería que les saco adelante. Es gracioso que los que tenemos trabajo tengamos que sentirnos agradecidos por ello. Los que no lo tienen porque no lo encuentran y los que lo hemos conseguido porque abusan de nosotros. Estamos todos igual de frustrados.

—Pasado mañana es la junta. Tu tío quiere saber si hay algo que quieras incluir en el plan de reunión.

—No, lo que él diga está bien. Es muy buen asesor, ya lo

sabes.

Mi tío forma parte de la junta directiva de un importante banco cántabro así que en cuestión de números, sabe muy bien lo que dice. Confío plenamente en él cuando se trata de encauzar mis acciones. Para eso le pago.

—Creo que el socio de papá va a proponer algunos cambios en el bufete, igual quieres asistir por conferencia.

—No creo que tenga tiempo pero el tío puede llamarme si hay algo a lo que no quiera contestar por mí.

—Vale, te llamará después para contártelo todo.

—Ya sabes que no me entero mucho, tía. Con que me diga si las cosas van bien o van mal me basta.

Mi tía se echa a reír al otro lado del teléfono.

—Tienes que hacer un esfuerzo, cielo. Deberíais reuniros de vez en cuando. Aunque sea por teléfono.

Lo sé. Tengo muchas responsabilidades en Abogados Castillo y Ravel puesto que conservo el setenta y cinco por ciento de las acciones de la sociedad. Sin embargo, ni la abogacía, ni los números son lo mío. Me siento más cómoda dejándolo en manos de asesores expertos que sepan aconsejarme cuando lo necesite. Hasta ahora, siempre me ha ido muy bien. Sigue siendo el bufete de abogados más importante de Santander y sé que en gran parte es gracias a mi tío.

—¿Te ha llamado Héctor?

—No, ¿por?

—Me dijo que había una feria de diseño e ilustración o algo así en Madrid y que igual se acercaba ese fin de semana.

Mi primo vive en Barcelona. Es diseñador gráfico y viene todos los años a Madrid a esa feria. Siempre aprovecha para quedarse unos días en mi casa y ver a algunos amigos.

Se me había olvidado por completo que aún no había visto a mi primo en todo el año.

—Todavía no me ha dicho nada. ¿Sabes cuándo es?

—No, creo que a finales de este mes.

No tengo ningún plan, ya me llamará. La última vez que vino tuvo una historia con Carmen y tuve que ponerme muy seria para convencerles de que mi piso no era un picadero. Ahora que Carmen sale con el inútil de Raúl, no creo ni que se pueda acercar a él. Si es así, va a

tener a Raúl pegado a ella como un chicle a la suela del zapato. Es capaz de inyectarle un microchip con GPS con tal de saber dónde está a cada momento. Es patético.

—He visto las fotos de tu cumpleaños en el Instagram de Noelia. Estabas muy guapa pero has vuelto a adelgazar, ¿no?

Qué cotilla que es mi prima pequeña, se lo cuenta todo a mis tíos. Tengo que tener cuidado con lo que publico.

—No, tía. Me he puesto a dieta.

—¡Qué disparate! Haz el favor de cuidarte, estás en los huesos. ¿Tomas algún complejo vitamínico?

—No, no te preocupes, estoy bien. Tengo que dejarte, hay un par de cosas que debo terminar para mañana.

—¿A estas horas? —los pobres no tienen ni idea de cómo es mi vida—. En ese caso, no te entretengo más. Tu tío te llamará este fin de semana, ¿vale?

—Muy bien.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches.

—Y cuídate.

Cuelgo para volver a mi portátil.

Estoy cansada de tanto trabajo, necesito desconectar. Me meto en Twitter para enterarme un poco del mundo. En el *timeline* veo un par de tuits de Susana. Qué empalagosa está últimamente, no para de tuitear cursiladas. Hago cuentas con los dedos. Ya va siendo hora de que Vicky y yo nos dediquemos a buscar un vestido.

Mi iPhone vuelve a vibrar.

«Morales: “Ya es jueves”».

«Morales: “No tengo ningún correo tuyo”».

Madre mía, esto es lo último que necesito, y encima que lo haga por el número personal. Quitó el Whatsapp del número de empresa por una razón. Lo que me faltaba era tener que comunicarme con los clientes por chat.

«Carla: “Necesito más tiempo”».

«Carla: “Eran muchos cambios”».

«Morales: “¿Qué haces despierta a estas horas?”».

«Carla: “¡Terminar tu maldito contrato!”».

Eso sobraba. Soy consciente.

«Morales: “Jajajajaja”».

Genial, también se parte por Whatsapp. No sé por qué le resulto tan graciosa, todo el mundo sabe lo desagradable que soy, ¿por qué él no lo ve también y me deja en paz?

«Morales: “¿Quieres que vaya a echarte una mano?”».

«Morales: “¿O dos?”».

«Morales: “:-)”».

Me lo imagino tumbado con una sonrisa de oreja a oreja tocándome las narices.

«Carla: “No”».

«Carla: “No estoy en la ofi”».

«Morales: “¿En casa?”».

«Carla: “Sí”».

«Morales: “Me da igual”».

«Morales: “¿Voy?”».

¿Pero qué dice este loco?

«Carla: “¡No!”».

«Carla: “No necesito tu ayuda”».

«Carla: “Déjame trabajar”».

Solo de pensar en la cara que pondría al verme con el pijama de “Mi Pequeño Pony” se me cae la cara de vergüenza. He tirado mil cosas de cuando vivía en Santander pero este pijama de franela de cuando era una cría es una bendición para el invierno madrileño. Está reservado a mi más estricta intimidad. Esto no puede salir de aquí.

«Morales: “Déjalo”».
«Morales: “Vete a dormir”».
«Morales: “Ya me lo pasarás mañana”».

Pues claro que se lo pasaré mañana. No me dedico a mandar correos de madrugada. Sandra lo suele hacer pero me da la sensación de que los programa para que salgan a esa hora y dar la impresión de que trabaja.

«Morales: “Por cierto”».
«Morales: “Todavía me duele la cabeza...”».

Las carcajadas inundan mi habitación. Eso es imposible pero seguro que le duró un buen rato. Se lo merece.

«Morales: “Y ya me explicarás esto...”».
«Morales: “Imagen”».

Ay. Mi. Madre.

¿Eso es su culo? ¿Me acaba de mandar una foto de su culo lleno de arañazos? Me da un ataque de risa. Este hombre está fatal. ¿Y si me da por hacerla circular? Claro está que no hay forma de averiguar de quién es ese culo tan apetecible y tan bien puesto en su sitio. Menudo destrozo, está repleto de surcos.

Me encanta. Mi portátil tiembla sobre mis piernas ante mi arrebató hilarante. Qué payaso que es, menudo crío.

«Carla: “Si esperas que te mande algo parecido...”».
«Carla: “Espera sentado”».
«Morales: “Da igual”».
«Morales: “Ya me lo imaginaba”».

Sí, es obvio que en esto soy más madura que él.

«Carla: “¿Por qué estás despierto tú?”».
«Morales: “Porque esperaba un correo que no llegaba”».

Sí, claro.

«Carla: “Vete a la cama”».

«Morales: “No estoy en casa”».

«Carla: “Tú mismo”».

«Carla: “Vuelvo a lo mío”».

Espera. Si no está en su casa, ¿dónde se ha hecho esa foto? La recupero y le echo un vistazo rápido pero solo alcanzo a ver algo de pared en tonos oscuros. No hay más que culo por todas partes.

«Morales: “¿Tú estás en la cama?”».

«Carla: “No”».

«Morales: “¿Llevas el pelo suelto?”».

«Morales: “¿Alborotado sobre la almohada y tus tetas desnudas?”».

Ya va siendo hora de que apague esto y me ponga a trabajar de verdad.

«Carla: “¿Por qué iba a dormir desnuda con el frío que hace?”».

«Morales: “Qué insulsa eres, coño”».

Qué hombre tan desternillante, me parto.

«Carla: “¿Dónde te has hecho la foto?”».

«Morales: “En un baño”».

«Carla: “¿A eso te dedicas cuando vas al baño?”».

«Morales: “No”».

«Morales: “También me hago pajas”».

Menudo anormal. Es como si volviera a tener dieciséis años y estuviera hablando con un amigo del instituto. Esto se lo tengo que enseñar a Eva, va a alucinar. ¿Cómo es tan directo y tan cerdo? ¿Yo que le he hecho?

Un momento.

«Carla: “¿Te estás haciendo una ahora?”».

«Morales: “No”».

«Morales: “No me dejas”».

Menos mal. Otro orgasmo a mi costa y yo sin catarlo, no es justo. Que se quede con las ganas, no pienso tomar parte en esto.

«Carla: “Tranquilo”».

«Carla: “Ya me desconecto”».

«Carla: “Te envío esto mañana”».

«Morales: “¿Seguro que no quieres que vaya?”».

No me lo preguntes otra vez o me cambio el Pequeño Pony por unos *shorts* de seda y satén.

«Carla: “Date una ducha fría”».

«Morales: “Menuda cortarollos”».

«Carla: “Acostúmbrate”».

«Morales: “¿Siempre eres así de borde?”».

«Morales: “¿O es por mí?”».

«Carla: “No”».

«Carla: “Tú no eres diferente”».

«Morales: “No me digas que no quieres tirarme del pelo otra vez”».

«Morales: “Que no quieres lamerme el cuello tirante hasta quedarte sin saliva”».

«Morales: “Que no quieres morderme hasta marcarme”».

«Morales: “Y clavarme las uñas en mi perfecto culo atlético”».

Jadeo.

Claro que quiero, lo quiero todo y todo a la vez.

«Morales: “Yo te chuparía esos maravillosos pezones rosados hasta que te quemaran”».

«Morales: “Te clavaría los dientes en el coño”».

«Morales: “Sintiéndolo hincharse y enrojecerse en mi boca”».

«Morales: “Bebería de tus fluidos hasta atragantarme”».

«Morales: “Te metería los dedos taladrándote mientras tus jugos me salpicasen”».

«Morales: “Y me relamiera empapado en ellos”».

«Morales: “Te metería los dedos en la boca para que te saborearas y supieras lo jodidamente buena que estás”».

No lo puedo evitar. Es demasiado bueno para desperdiciarlo y estoy deseando hacerlo. Mi mano viaja por libre bajo mi nórdico. Mis dedos encuentran mi clítoris y lo masajean arqueándome sobre el colchón. Estoy mojadísima. Jadeo perdida en una vorágine de calor asfixiante imaginándome su lengua en mi interior.

Abro los ojos buscando más deseo y más evocación.

«Morales: “Entonces tú me agarrarías la polla y me follarías con la mano”».

«Morales: “Hasta que te la metieras en la boca y me mordieras otra vez”».

«Morales: “Suave”».

«Morales: “Con cuidado de no rompérmela...”».

«Morales: “Tu lengua me lamería entero como si comieras un Pirulo en una terraza de verano”».

«Morales: “Me correría y te pintaría la cara con mi lefa”».

Oh sí. Esa maravillosa leche caliente ametrallándome sin parar. Gimo. Me deshago del nórdico de una patada, el portátil cae a un lado y me bajo los pantalones y las bragas con las manos. Me sobra todo, me sofoco. Abro las piernas de punta a punta hasta que duelen y me meto dos dedos. Muevo las caderas galopando el aire con violencia.

Me voy a correr, el orgasmo me persigue.

Vuelvo a la pantalla.

«Morales: “Me la untaría en los dedos y te los metería en la boca”».

«Morales: “Sin dejar de mirar esos enormes ojos azules locos de lascivia”».

«Morales: “Y por supuesto”».

«Morales: “Aún tendría fuerzas para empotrarte contra la pared de un pollazo”».

«Morales: “Y para no perder la costumbre”».

«Morales: “Te correrías en un minuto”».

«Morales: “Mientras me envuelves en un manta de escandaloso pelo negro”».

Un angustioso tifón de placer me nace desde las puntas de los dedos de los pies hasta explotar en mitad de mi sexo obligándome a gritar. Me corro golpeando el colchón con el puño sin dejar de bramar. No paro, no puedo, me retuerzo y enrosco como una serpiente sobre mi cama empapada en mis jugos y en mi sudor.

Respiro, hiperventilo. Me tiembla la mano y la saco lentamente de mi interior. Me palpo el pecho aterrada, el corazón se me va a resquebrajar en mil pedazos. Tengo todo el pelo sudoroso pegado a la cara y los dedos empapados de mí.

Cierro los ojos y dejo que la cola del orgasmo serpentea con sus últimos espasmos. El agotamiento me pesa demasiado. Me dejo llevar por un cansancio tan desmesurado que me traslada a un sueño profundo y reparador.

Despierto sobresaltada. Tengo mucho frío, estoy temblando. Me incorporo con el cuerpo agarrotado y observo mis piernas desnudas y encogidas contra mi pecho. Me tapo con el nórdico y el portátil golpea la almohada a mi lado.

Pienso, pongo en orden las imágenes de mi cabeza. Intento recordar cómo me he quedado dormida y cuando lo consigo, me espanto. Busco el móvil a tientas por la cama. Lo encuentro y enciendo la pantalla. Las 2:05 y varios mensajes de Morales.

«Morales: “Y media hora después”».

«Morales: “Yo estallo dentro de ti”».

«Morales: “Metiéndotela tan adentro que estoy a punto romperte el útero”».

«Morales: “Haciéndote gritar como una loca de psiquiátrico”».

«Morales: “Rendida a la lujuria”».

«Morales: “Mareada y hecha polvo”».
«Morales: “Aún conmigo dentro”».
«Morales: “Eso es lo que haría”».
«Morales: “Pero como eres tan insípida”».
«Morales: “No lo hago”».
«Morales: “Y me la casco yo solo en el baño”».
«Morales: “¿Sigues ahí?”».
«Morales: “¿Carla?”».
«Morales: “Eeeeeooooooooo”».
«Morales: “Qué mala hostia tienes, nena”».

Cierro la boca. No sé qué es peor. Que haya pensado que me he desconectado pasando de él sin más o que sepa que me he masturbado con esto. Definitivamente, prefiero que piense lo primero.

Pensé que sería fácil mantener las distancias y no verlo pero si esto va a continuar así y hasta me va a perseguir a través del móvil, no voy a tener forma de detenerlo.

Sigue conectado. ¿Es que no duerme? Me salgo antes de que me vuelva a hablar. Trago. No puedo, tengo la boca seca. Voy a beber algo y a terminar el trabajo antes de volver a dormir.

Aún me tiemblan las manos. Quiero creer que es del frío de mi habitación.

Le he mandado el contrato exactamente a las 9:05. Mi trabajo ya ha concluido. Ya puedo despegarme un poco de él durante el resto del día. Lo necesito porque si vuelvo a recordar lo de anoche, y es muy fácil teniendo en cuenta que tengo la conversación grabada en el móvil, me pongo como una moto y no soy capaz de dedicarme a nada más.

Una revista abierta se estampa sobre mi teclado y me sujeto las gafas antes de que se me caigan del susto.

—Más les vale firmar ese contrato pronto —afirma Sandra—. Ya han empezado a publicar artículos y fotos sin su consentimiento.

Me recoloco las gafas y echo un vistazo a las fotos de la publicación. Son un montón de contactos del sector tecnológico posando en un *photocall*. En mitad de la página y bien grande, aparece Morales junto a una rubia de aspecto nórdico y ataviada en un largo vestido azul de pedrería. Es altísima y guapísima.

No me sorprende ver a Morales destacado sobre los demás. Sandra no andaba desencaminada cuando decía que no había visto algo así en un montón de años de carrera. He visitado más clientes estos días y he de decir que Morales es una rara excepción en cuanto a atractivo masculino.

Sonríe en un gesto estudiado de alfombra roja que me acalora muy a mi pesar.

—¿De cuándo es esto?

—De ayer.

—¿De ayer cuándo?

—Por la noche, lo pone ahí. Es la entrega de premios a la innovación en el sector...

Sandra sigue hablando pero no la escucho. Abro la revista y corroboro que el número es de hoy y en el reportaje pone que, efectivamente, este evento tuvo lugar ayer por la noche.

¿Lo he soñado? No puedo comprobarlo ahora mismo pero esta

mañana sus palabras seguían intactas en mi móvil. No puede ser. ¿Me escribió desde el baño de este sitio? ¿Con esta *top model* esperándole fuera?

—¿Me oyes?

—¿Eh?

—Carla, hija, despierta. ¿Hasta qué hora trabajaste anoche?

¿Desde antes o después de aquel estupendo orgasmo que me desmayó hasta dormirme?

—Muy tarde, estoy un poco dormida todavía.

—Pues espabila —me urge arrancándome la revista de las manos—. Tenemos que salir en una hora y esta noche recuerda que nos vemos en el Palacio Neptuno.

—Sí, sí.

Yo no iré acompañada de ningún nórdico pero los copazos me ayudarán a entender todo esto de alguna forma.

Sandra se sienta en su mesa y yo aprovecho para abrir el chat de Morales. Lo que yo decía, es tan real como que yo ahora mismo estoy alucinando en colores. Estoy a punto de hablarle y preguntarle pero me detengo. No tengo derecho a hacerlo pero esto es algo que no deja de sorprenderme.

¿Lo sabrá la rubia? ¿Le importará? ¿Quién es? En el pie de foto solo ponía “y acompañante”. ¿Se descargaría con ella después del calentón del chat? Es imposible que no se empalmara mientras lo escribía.

Qué bajón.

He hecho demasiado esfuerzo. Al final, lo he conseguido pero no sin dolor. Mi garganta se resiente. Me he tomado un ibuprofeno pero no se si será peor después de haber vaciado mi estómago.

Estoy horrible. Llevo un vestido de Amaya Arzuaga precioso, blanco y negro de corte asimétrico. Le sentaría bien a una modelo pero no a mí. No tenía que habérmelo comprado. Lo conservaba como posible opción para la boda de Susana pero no me lo pienso poner. Será mejor que me compre algo que no me marque tanto.

Qué asco de cara, de cuerpo y de todo. Salgo del baño, me pongo los tacones y busco mi abrigo antes de salir por la puerta. El taxi me espera junto al portal y tardamos un rato en acercarnos a las inmediaciones

del Palacio Neptuno por el tráfico del centro.

En cuanto conseguimos llegar y pago al taxista, abro la puerta y un flashazo me ciega. Me tambaleo y me caigo de nuevo sobre el asiento. Parpadeo confusa, enfoco de nuevo pero un nuevo chispazo de luz blanca me placa sin tregua.

—¿Se encuentra bien?

Me giro para encontrarme con el taxista. Me mira frunciendo el ceño tan perdido como yo.

—Sí... —susurro. No tengo fuerzas ni para hablar.

Vuelvo a incorporarme ayudándome de la puerta abierta del coche. Acierto a ver a varias personas fumando en la puerta del palacio sin prestarme atención.

Camino decidida hacia la entrada pero una presión desmesurada me enciende el rostro y se concentra en mi cabeza. Me va a estallar, el corazón se me dispara y cierro los ojos. Cuando vuelvo a enfocar, tropiezo con lo que creo que es el bordillo y me dejo caer sin oponer resistencia. El mundo se oscurece a mi alrededor y no los vuelvo a abrir.

—¡Carla! ¡Carla, despierta!

Un bofetón desgarrador me devuelve al presente para encontrarme en brazos de alguien y con un montón de rostros desconocidos a mi alrededor.

—¡Apartaos! ¡Dejadla respirar!

Manu, reconozco su voz.

Los rostros desaparecen y el cielo oscuro del anochecer se abre ante mí dejándome inhalar con dificultad. Me paso la lengua por los labios.

—Dame el agua —Manu me acerca un botellín a los labios—. Bebe.

Lo hago gustosa, tengo una sed terrible. Me voy reanimando e intento levantarme. Tirito congelada. Me han quitado el abrigo pero alguien me lo vuelve a poner sobre los hombros.

Oigo varias voces que se entremezclan a mis espaldas pero no reconozco ninguna.

—¿Qué ha pasado?

—No sé, una chica. Se ha desmayado.

—Yo la he visto caer, casi se estampa contra el suelo.

—¿Has visto que pelo más largo?

—¿Qué le echan aquí a las copas?

—¿Puedes andar? —me pregunta Manu.

Tiene la cara desencajada mientras me sostiene en brazos y me incita a incorporarme. Lo consigo mejor de lo que esperaba.

—¿Me he desmayado?

Manu asiente sin dejar de sujetarme y alejarme del grupo de gente de la entrada.

—¿Dónde vamos?

—A que te dé un poco el aire. Te acompañaré a casa cuando estés mejor.

—No, no —le aparto con suavidad y recojo mi bolso de sus manos—. Vamos a entrar.

—¿Pero qué dices? ¿Cómo vas a entrar ahí dentro ahora?

—Me encuentro bien. Me dolía mucho la cabeza pero el agua me ha sentado bien.

—¿El agua?

—¿Llamamos a la ambulancia o no? —pregunta una camarera que se nos acerca.

—¡No! —me altero—. No, por favor, estoy bien, solo ha sido una bajada de tensión.

La camarera asiente.

—Si necesita cualquier cosa, háganoslo saber. Estamos a su disposición.

Sonríe preocupada y vuelve a marcharse.

—Carla.

Miro a Manu mientras me encojo en mi abrigo.

—¿Te ha pasado esto más veces?

—Sí —confieso—. Tengo la tensión por los suelos, tengo que comer más sal y frutos secos. Debería empezar a llevármelos a la oficina.

Manu me observa pensativo. No sé si va a decidir creerme o no pero en parte, digo la verdad. Siempre he sufrido de hipotensión y mi estilo de vida no ayuda a mejorarla. Si Manu, como algún otro, sabe que lo que me ha ocurrido es por otra razón, puede acribillarme a preguntas cuanto quiera pero no pienso emitir vocablo.

Resopla y me vuelve a tender el botellín.

—Quédatelo y mejor que no bebas otra cosa esta noche. Vamos a entrar para pillar algo de comer o luego no quedará nada.

Termino el agua de varios tragos. Me siento bien pero un resquicio de lucidez me aconseja comer algo antes de volver a casa de madrugada o empeoraré sin dudarlo.

Cuando entramos al palacio, algunos de los que están fuera me observan sin pudor.

—No había prensa, ¿no?

—No —ríe—. Están todos abajo. La rueda de prensa todavía no ha terminado.

—¿Y Sandra?

—También está abajo —las azafatas nos guardan nuestros abrigo y nos tienden nuestras acreditaciones. Odio ir marcada con estas chorradas así que guardo la mía en el bolso—.

—Vamos a la barra antes de bajar.

Manu me obliga a caminar con él con una mano posada en mi espalda. Tanta protección es desmedida pero no voy a negar que me siento agradecida porque apareciera en ese mismo momento en mi ayuda.

Cuando llegamos a la barra, un camarero está a punto de impedirnos echar mano a la comida pero la camarera de antes le hace una seña para que nos deje comer tranquilos.

Nos hacemos con unos cuantos canapés.

—No le digas nada a Sandra, ¿vale? No quiero cotilleos tontos en la oficina.

—No te preocupes —contesta engullendo un hojaldre.

—Y Manu...

—¿Sí?

—Tampoco se lo digas a Eva.

Manu levanta la vista y me observa con una indulgencia que no quiero ni he querido nunca de nadie.

—Por favor. No quiero preocuparla.

No me contesta. No puede hacerme esto.

—Me lo debes.

—¿Qué?

—Me has dado un tortazo tremendo —contesto llevándome la mano a la cara. Aún me arde.

Manu se tapa la boca con la mano.

—Perdona, Carla.

—No importa. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Suspira sin dejar de examinar mi mejilla.

—Vale.

Menos mal.

Me concentro en mis canapés y comemos en un silencio no incómodo después de todo este tiempo pero sí pesado como el plomo.

Tras finalizar la rueda de prensa, Manu me dice que he recuperado el color en las mejillas. Hace un rato que ya ha dejado de vigilarme de reojo. Saludamos a varios colegas que están cubriendo el evento para McNeill junto con otras agencias y medios.

Sandra, ajena a mi percance, me lleva del brazo presentándome gente de la que recopiló tarjetas de visita para acordarme de sus nombres después. Está siendo una noche muy productiva, no paramos de hacer negocio así que mi compañera está de muy buen humor.

Posamos juntas para la prensa y los fotógrafos que retransmiten el evento en directo en las redes sociales. Manu está contento de tener un respiro, aunque sea por una sola noche.

En un rato, subimos a la siguiente planta para deleitarnos con el cóctel y las copas de rigor. Yo me limito a beber agua pero no rechazo los aperitivos que me ofrecen. Sandra y yo seguimos a lo nuestro sin dejar de hablar toda la noche con clientes que ya forman parte de McNeill y otros que ya han aceptado nuestra invitación a reunirse en breve.

Cuando mis pies comienzan a pedir una tregua enfundados en los zapatos de tacón, nos retiramos a un espacio reservado a varios sofás sobre los que darnos un descanso. Desde allí, divisamos nuevas presas sobre las que lanzarnos y discutimos el discurso a convenir para cada una de ellas.

Una silueta se clava en mi retina destacando sobre las demás. Fuerzo la vista, yo conozco esa maraña de pelo castaño despeinado. Morales se gira y me ofrece una vista de su perfil adusto y ceñudo como no lo había visto antes. Viste un traje color arena que hace que su pelo parezca más rubio oscuro que castaño claro. Está hablando con alguien o más bien, discutiendo.

Me estiro un poco para poder cotillear quién es. Qué sorpresa, otra rubia. Aunque en este caso, es bastante menos exorbitante que la nórdica. Más bajita pero con un buen cuerpo y melena ondulada con ojos

castaños. Está tanto o más cabreada que él. ¿También se ha escondido de esta para mandarle mensajitos a otra?

—¿Ese no es Morales? —pregunta Sandra.

—Eso parece.

—¿Cómo que eso parece? ¿No te dijo que vendría?

—No, ¿por qué me lo iba a decir?

—No lo sé, Carla. Igual para saber qué le han parecido los cambios, si piensa firmarnos algo, saludarlo y hacer un poco de relaciones públicas... ¿Sigues dormida o qué te pasa?

No, no estoy dormida pero cuando se trata de Morales ya no distingo ninguna pregunta profesional de la personal y eso me confunde.

—¿Conoces a la mujer con la que está hablando?

Sandra ladea la cabeza para tener una mejor visión del espacio.

—Sí, es la comercial de la agencia con la que trabajaba IA antes de nosotros. Ya no trabaja allí.

—¿Entonces qué hace con Morales?

—Y yo que sé —contesta terminando su copa—. Igual es una de sus conquistas e igual por eso la despidieron. Recuerda que te dije que te anduvieras con cuidado.

—Que sí, que sí...

—Imagino que habrá venido para tantear el terreno y buscar trabajo. Todos los clientes de la agencia antigua son tecnológicos.

La miro estupefacta.

—¿En serio? Pero yo en la reunión dije... No lo entiendo, si ya trabajaban con alguien enfocado solo en este sector, ¿qué es lo que fue mal para despedirlos?

—Mira que te dije que me dejaras hablar a mí...

Tampoco ha ido tan mal si estoy a punto de cerrarlo.

Sandra se levanta de golpe y yo la imito. Morales nos sonrío desenfadado. No lleva corbata y tiene el cuello de la camisa blanca desabotonado. Tiene aspecto de venir directo de su oficina.

—Hola, Sandra, ¿cómo estás? —saluda dándole dos besos. Después me los da a mí con total naturalidad pero yo me tensó— Carla.

—No sabíamos que te acercarías a la fiesta —comenta Sandra—. Es una pena que aún no hayamos cerrado el trato para cubrir tu presencia como se debe.

No me puedo creer que le haya soltado eso en su cara. A

Morales no parece importarle.

—No podía escaquearme, había quedado aquí con alguien. De todas formas, a partir de mañana ya no daré más problemas. Os he enviado el contrato firmado hace un rato.

Sandra y yo echamos mano de nuestros móviles a la vez y rebuscamos entre nuestros *e-mails*. Ella lo encuentra antes que yo.

—¡Esto son muy buenas noticias!

—Sí, sí que lo son —reafirma Morales.

Prefiero no mirarlo a la cara cuando dice eso.

Sandra está entusiasmada.

—Tenemos que celebrarlo, vamos a brindar.

Detiene a un camarero que se nos acerca con varias copas. Sandra y yo cogemos champán pero Morales coge algo que parece zumo de piña o similar.

—Por nuestra nueva alianza.

Alzamos nuestras copas y el flash de una cámara nos deslumbra en cuanto las chocamos. Un fotógrafo nos asiente sonriente y se da la vuelta disparando más fotos.

En cuanto damos un sorbo a la bebida, Morales escupe a punto de pringarnos enteras. Lo miramos espantadas.

—¡Eh! —grita a un camarero—. ¿Qué coño es esto?

—Creo que ron con zumo de frutas, señor.

Morales abre los ojos a punto de salirse de sus órbitas pero se intenta recomponer ante nuestro sombro.

—Menuda porquería, qué asco —sonríe nervioso.

Sé que no lo dice por el sabor porque no bebe pero tampoco va a pasarle nada por tomarse una copa.

—¿No tenéis agua?

—Sí, señor —afirma el camarero tendiéndole una copa y llevándose la suya.

Sandra vuelve a probar su champán. Yo lo dejo sobre la mesita que hay junto al sofá. No quiero beber más de lo necesario.

Un hombre se acerca a nuestro grupo y reclama la atención de Morales. Él no parece muy dispuesto pero en ese momento aparece Manu a nuestro lado.

—¿Me acompañas a fumarme un cigarro?

Pregunto a Sandra con la mirada y al ver a Morales ocupado,

asiente dándome su permiso. Menos mal, me siento muy incómoda entre ambos. Puedo actuar igual de bien que él pero eso no quiere decir que no me moleste.

En cuanto salimos a la calle, un viento frío nos congela bajo los abrigos. No tengo tabaco y por más que insisto, Manu se niega a darme un cigarro. Ni que un par de caladas me fueran a dar vértigo.

—Mira, McNeill ha retuiteado las fotos —comenta pasándome su móvil.

En nuestro *timeline* hay varias fotos de la fiesta. Entre ellas, hay un par donde salgo con Sandra y con Manu. Le devuelvo el móvil para retuitearlas desde el mío. Al menos, la que salgo con Manu, que ya sé que no le importará.

—¿Ya sabes dónde vas a cenar el sábado con Eva?

—Sí, creo que es un sitio que se come una mezcla de comida japonesa y española. No me llama mucho, pero si lo ha elegido ella...

—¿Es uno que está por el barrio de Salamanca?

—Creo que sí.

Oculto los labios.

—¿Qué? ¿Para tanto es?

—Deja que pague ella.

—Quería invitarla yo.

—No seas antiguo, ¿qué más da?

Un tufillo nos envuelve arrugándome la nariz. Eso es maría sin lugar a dudas. ¿Quién se la está fumando en un evento como este?

—La gente ya no se corta ni un pelo, ¿eh? —coincide Manu.

Un chico comparte un peta con otro junto a nosotros. Me quedo estupefacta pero ellos me miran divertidos.

—¿Una calada?

Manu se endereza sobresaltado. Que si quiero una calada dice. Lo que voy a hacer es tirárselo y apagárselo por memo.

En cuento se lo recojo, un manotazo me lo arrebató con furia dejándolo caer al suelo. Grito del susto y me llevo la mano al pecho. Morales nos mira a todos colérico pero se detiene en mis ojos aún más rabioso. Palidezco.

—Creo que tenemos que hablar.

Sin esperar respuesta, vuelve a entrar en el palacio con claras intenciones de que lo siga.

—¿No se habrá creído que...? ¿No pensará...?

—Ve, Carla, ve ahora mismo —me urge Manu empujándome contra la puerta.

¿Por qué a mí? Es ridículo. ¿Quién se va a creer que me lo iba a fumar?

Morales abre la puerta de cristal que conduce al piso de abajo y me la deja abierta. Corro a saltitos para poder alcanzarlo. Como esto haga peligrar las relaciones entre IA y McNeill, estoy más que muerta. Esto es mucho peor a que me lo haya tirado.

Bajo las escaleras corriendo. Abajo ya no queda nada, han recogido casi todo y está medio oscuro. Morales me espera apoyado en una silla de brazos cruzados. Tengo que explicárselo antes de que le dé por preguntar.

—Morales, no es lo que parece...

—Qué típico.

—Pero es la verdad —afirmo—. Yo no fumo esa basura y Manu tampoco.

Alza la vista.

—¿Quién es Manu?

—Mi compañero. Estaba fuera charlando con él cuando ese chico, que no tengo ni idea de quién es, me ha ofrecido una calada....

—Y tú la has aceptado.

—¡No! ¡Se lo iba a apagar!

Morales se ríe a carcajadas.

—¿Tengo que creerme eso?

—¡Es cierto! ¡No tengo ninguna necesidad de meterme esa mierda! ¡No sabes lo que dices! ¡No me conoces! ¡No puedes entenderlo!

—Vale, vale —se levanta y paraliza mis aspavientos sujetándome de los brazos. Estoy muy nerviosa, nunca pensé que me tendría que justificar por algo como esto—. Relájate.

Me escabullo de sus manos y doy un paso atrás.

—Te digo la verdad. Si lo necesitas, te echo el aliento o me hago una analítica, que registren mi casa, lo que sea. Yo. No. Me. Drogo. Iba a apagaréelo.

Morales vuelve a cruzarse de brazos encañonándome con dos piedras preciosas. La sangre me bombea vehementemente por todo el cuerpo y ya no estoy tan segura de que sea por lo que ha pasado.

—¿Te estás poniendo cachonda?

—¿Qué?

—¿Estás cachonda?

—¡No!

¡Sí!

Ladea la cabeza hasta que su mechón rebelde le cae por la frente.

—¿Te gusta verme cabreado?

—Te faltan dos tornillos.

—¿A ver?

Anonada, veo cómo me sube el vestido y yo retrocedo entre su manoseo hasta dar de espaldas contra la pared. Cuando consigo encontrar sus brazos entre la tela, él ya tiene una mano bajo mis bragas.

Sus dedos se abren paso entre mis labios sin delicadeza. Jadeo abochornada.

—Pues sí, sí que te gusta.

—Déjame en paz —gimoteo cuando me masajea el clítoris empapado tanto o más que ayer.

Mis rodillas se flexionan rendidas a las olas de calor que me atosigan entre los muslos. La frente de Morales se pega a la mía y cierra los ojos exhalando su aliento en mi cara.

—Estás tan húmeda... Qué rápida eres... —me mordisquea los labios y yo me arqueo anhelando su contacto pero se aparta y no me deja —. Me encanta...

—Morales, va a venir alguien...

—No... —susurra sobre mi boca—. Ya no queda nada aquí abajo...

Me contagio de su autoseguridad al instante. La música de arriba amortiguará todo lo que haga aquí abajo esta noche así que doy rienda suelta a mis impulsos.

Vuelvo a alzar las caderas y hundo los dedos en su pelo tirando y revolviendo. Mi lengua encuentra la suya y la poseo con fuerza. Es tan apetecible, tan carnal que no pararía hasta morderle cada centímetro de la piel.

Gemimos a la vez en cuanto inserta dos dedos en mi sexo. Su ritmo es demasiado lento, necesito que me reviente a dedazos y me corra hasta darme de culazos contra la pared.

—¿Más?

—Sí...

—¿Crees que caben más? —¿más qué?—. Sí, yo también lo creo.

Un tercer dedo se une a los primeros estremeciéndome de susto y de placer.

—¡Oh, joder!

—Sí, eso es lo que estamos haciendo...

Su lengua desciende por mi mandíbula y yo estiro el cuello facilitándole el acceso hasta mi lóbulo. Un torbellino de sensaciones circula por toda mi piel cuando hunde la lengua en mi oreja.

Levanto una pierna siguiendo el curso de sus pantalones para abrirme más y que sus dedos se ensarten bien adentro. Su nariz se entierra en mi nuca haciéndome cosquillas. Intento zafarme y retirarlo pero noto cómo me huele el pelo y persigue su rastro hasta mi sien.

Su cara entera se restriega contra la mía hasta volver a mi boca.

—Voy a seguir... Tienes suficiente espacio aquí dentro.

—¿Espacio para qué?

—Creo que voy a meterte el puño.

Le aparto la cara de un impulsivo tirón de pelo.

—¡Ah! ¡Vale! Nada de puños —está loco—. Pero probemos con otro dedo... A ver qué pasa.

Le suelto y reposo los brazos sobre sus hombros. Mi pierna sube nada más notar el cuarto dedo en mi interior. Estiro los brazos para apartar su pecho y poder verlo pero la tela del vestido me impide cualquier visión. Tiene que ser imponente. La sensación de tener media mano suya paseándose por las paredes de mi vagina es tan abrumadora como deliciosa.

He visto sus manos, las he palpado y entrelazado. No son muy grandes pero lo suficiente para que la presión que marcan sus dedos me dejen sin respiración. Un gemido suspendido en el tiempo me delata revelando lo mucho que me gusta esto.

Su compás sigue sin acelerarse en exceso pero ya no me importa. Ahora sé que me voy a correr igual. Hace lo mismo que con su polla, saliendo suave y entrando fuerte. Cuando me taladra, su pulgar me roza el clítoris y me enloquece.

—¡Más adentro! ¡Mételos más!

Me los empotra alzándome de puntillas sobre el suelo y yo grito sin miramientos.

—¿Así?

—Sí, ¡Sí! ¡Fóllame con los dedos! —me vuelvo a elevar—. ¡Más!

—Si sigo así, te meto el puño.

—¡No! ¡Sí! ¡No lo sé!

Un estremecimiento de su brazo que se traslada a mi sexo me obliga a abrir los ojos. Se está riendo.

—¿Qué...?

Su pecho se estrella contra el mío golpeándome contra la pared y su boca me aprisiona sin aliento.

—Estás a punto, ¿verdad? —ronronea junto a mis labios.

Justo cuando me dispongo a contestar un sí rotundo, el pulgar desaparece por arte de magia y mis labios se contraen enardecidos por el orgasmo alrededor de su mano. Chillo desesperada mientras me elevo y me caigo repetidas veces sobre su mano. Me atropella rápido e impetuoso haciéndome ver las estrellas. Siento estallar mi cuerpo en cristales diminutos de Duralux.

Me ciego y enloquezco llevándome todo lo que tengo por delante.

—¡Ah!

Abro los ojos ante el rugido y la repentina pausa de baile entre mis piernas. Tengo el labio inferior de Morales atrapado entre mis dientes. Un sabor salado y metálico me envuelve las papilas gustativas. Me aparto espantada y veo cómo la sangre le brota de los labios.

Qué brutalidad. Morales me apunta con una mirada ávida y un pecho taquicárdico. No puedo verlo así y menos por mi culpa. Me lanzo de nuevo a su boca pero esta vez la lamo con delicadeza.

—Perdona... —murmuro besándole el labio—. Perdona... —succiono su interior ensangrentado.

Qué bien sabe y qué cerda soy. Le dejaría exangüe si me dejara. Aún tengo el coño palpitando con fuerza envolviendo su mano hasta no sé dónde. ¿Qué más puede haber aquí dentro?

Morales saca la mano tan despacio que creo que podría tener un nuevo orgasmo. Interrumpe mi succión y la sube interponiéndola entre

ambos. Me acerca el dedo meñique a la boca. Lamo mi sabor a lo largo del dorso de su mano sin dejar de mirarle a los ojos. Cuál es mi sorpresa cuando llego al dedo, que él lo lame a su vez por el interior. La punta de nuestras lenguas se rozan al llegar a la uña. Hacemos lo mismo con el anular. Yo por fuera y él por dentro volviéndonos a rozar.

Su mirada se clava en la mía oprimiéndome el pecho y el sexo sacudiéndome acalorada. Lamemos el corazón con parsimonia e imitamos el gesto con el índice. Una oleada de placer me empuja al jadeo. Cuando terminamos con el pulgar me lo meto en la boca y le hago una felación mordisqueando la punta. Morales jadea sin dejar de acecharme. Estoy hecha una zorra.

—Libera al Kraken.

Pestañeo confundida.

—¿Qué?

Aprieta sus caderas contra las mías y enseguida noto su erección contra mi muslo. Entiendo, es mi turno. Desciendo de espaldas a la pared y le desabrocho los pantalones. Bajo lo suficiente sus *boxers* como para que su polla salga a relucir como una pértiga y me apunte directa a la cara.

No sé si me va a caber entera. Chupo la punta llevándome las primeras gotas de su excitación. Continúo deleitándome en ella frotando el resto de su carne con la mano. Esparzo mi saliva para facilitarme el descenso y bajo hasta donde puedo. Efectivamente, es imposible. Me ayudo de la mano para sujetarla desde la base. Me la meto hasta que casi me ahogo. No me importa, es deliciosa.

Me la follo disfrutando de cada milímetro de piel enrojecida y en tensión. Dejo pasear los dientes a su alrededor en un ligero contacto que provoca un gemido sobre mí.

Levanto la vista. Morales apoya las manos sobre la pared y tensa la mandíbula sin perderse uno solo de mis movimientos. Me retiro para derramar un chorro de saliva que cae viscoso, caliente y lento de mis labios hasta su punta.

—Dios...

La recojo con la lengua incendiando sus ojos con los míos. Se desborda de mi boca a su alrededor. Me la vuelvo a encajar hasta donde puedo. Subo y bajo envolviéndola entera con la mano y la boca. Sigo lamiendo hasta que noto cómo se envuelve el puño con un buen mechón de

mi cabello.

—Qué pelo tan follable tienes, joder.

—¿Follable? —ríó apartándome—. ¿Cómo se folla un pelo?

Sonríe radiante.

—Te lo enseñaré.

Al principio toda clase de ideas disparatadas cruzan mi mente. Pero en cuanto Morales recoge todo mi cabello entre sus manos como un objeto sagrado y se envuelve el pene con él, lo entiendo todo.

Comienza a masturbarse. Afortunadamente, tengo el suficiente cabello como para que pueda hacerlo sin que se lleve mi cabeza con él. Atiendo fascinada. Su mano se desliza sobre la cascada negra que lo engulle por completo. Si cae, vuelve a recogerlo hasta que la punta asoma de nuevo ante mis ojos. Estoy haciendo un esfuerzo terrible por no llevármela a los labios.

Levanto la vista para ver a Morales con los ojos entornados y la boca semiabierta. Se balancea lento deleitándose con cada caricia. Me maravilla ver cómo disfruta de mí. Saber que soy la causa de semejante efecto me hace sentir poderosa. He visto antes reacciones similares en mis ex pero no con tanto atrevimiento y admiración por mi cuerpo como la suya. No sé si habrá algo que no quiera dejar de explorar o perforar y solo de pensarlo, vibro de deseo.

No aguanto más. Chupo la punta sin poder evitar seguir más al fondo. Mi boca se llena con su carne y mi pelo. Podría esperar que me resultara desagradable o molesto pero no lo es en absoluto. Lo único que anhelo es encontrar más carne para poder embelesarme con su piel inflamada y tirante.

Morales empieza a jadear. Su mano se posa en mi cabeza y la mía se enreda en pelo y carne por igual atrayéndolo hacia mí. Me empuja metiéndomela más en cada sacudida. Primero lenta y después apresurada buscando el calor de mi garganta.

—Carla, voy a reventar —admite entre dientes—. Déjame correrme en tu boca.

Me lo está pidiendo otra vez. Me maravilla. Detengo sus sacudidas con la mano y las continúo con mi boca. Mi pelo cae definitivamente abandonando su piel. El ritmo es tan frenético que no tarda en correrse y dispararme su semen hasta el fondo de la laringe. Apenas tengo oportunidad de saborearlo de nuevo. Sale despedido a una velocidad

vertiginosa por mi interior pero retrocedo lo suficiente para volver a la punta y no perdérmele.

Succiono hasta hipnotizarme con un último cañonazo. Lo paladeo retomando un sabor amargo y ardiente que no he podido olvidar. Trago embelesada y me relamo los labios volviendo a la realidad.

Intento levantarme pero tengo el cuerpo igual de agarrotado que agotado. Morales me alza sujetándome por los brazos hasta llegar a su altura. Unas gotas de sudor le perlan la frente. Tiene el pelo enmarañado. Se lo peino con los dedos pero me paro en seco en cuanto reparo en la expresión de su cara. Su ceño se arruga no sé si confundido o cabreado pero no quiero averiguarlo.

Me aparto y voy en busca de mi bolso buscando un pañuelo. Me limpio como puedo bajo el vestido. Tengo que usar un par de ellos, estoy literalmente bañada en mí. Compruebo que mi vestido y mi abrigo no han sufrido daños irreparables y me atuso el pelo. Está limpio pero no sé por qué, lo siento sucio.

Abro mi cajita de polvos y me echo un vistazo. Tengo los labios enrojecidos y ligeramente hinchados. También tengo las mejillas arreboladas. Siempre puedo alegar que es debido a la calefacción. Me aplico un poco de *gloss* y cierro el bolso.

Cuando me doy la vuelta, veo a Morales observándome ya recompuesto y con las manos en los bolsillos. No sonrío. ¿Qué he hecho ahora? ¿No le ha gustado? ¿Tan mala soy en esto?

Echo a andar hacia las escaleras.

—Carla —me llama a mi espalda.

—¿Qué?

—Me importa una mierda lo que se fumen los demás —así que aún seguimos con eso—. Es lo que quería decirte. Me da igual que se metan lo que sea pero que no interfiera en mi trabajo. Soy muy estricto al respecto. Siempre que sepan responder cuando se debe, que hagan lo que les dé la gana, pero que esto no se mezcle con IA ni conmigo.

—Ya te he dicho que no los conozco.

Se adelanta unos escalones y me abre la puerta dejándome pasar.

—Te creo —asegura junto a mi oído.

Me agacho en un acto reflejo. Su carrera no va a peligrar en absoluto si alguien se enterara de estos encuentros que tenemos pero a mí

se me puede caer el pelo de una forma brutal. Como si lo viera. Él quedaría como un hombretón y yo como una zorra desesperada por ampliar cartera de clientes a costa de lo que sea.

—¿Te da igual que la gente se drogue mientras trabaja?

—pregunto mezclándonos entre la gente.

—Siempre que sepan lo que hacen...

—¿Pero cómo van a..?

—Morales —nos topamos con Sandra—, tienes sangre en el labio.

Vuelvo a Morales y veo cómo se tensa al segundo y se lleva una mano a los labios. Tiene una gota de sangre en la comisura.

—Alguna copa rota...

—Deberías curarte, se te está hinchando.

—Disculpadme.

Morales desaparece de nuestra vista y Sandra aprovecha para ponerse su abrigo.

—Me voy, Carla. Estoy hecha polvo —sí, yo también, aunque por motivos bien distintos—. ¿Te vienes?

Asiento caminando hacia la puerta. No quiero seguir aquí ni un minuto más.

—¿Y Manu?

—Se ha ido hace un rato, te estaba buscando. ¿Va todo bien?

—Sí, ¿por qué?

—Parecía preocupado.

—Bah, puede ser cualquier cosa —sonrío inocente.

—¿Qué tal con Morales? ¿Habéis vuelto a hablar?

No mucho. Mantener una conversación de principio a fin sin follar de por medio, nos cuesta un poco.

—Sí, quería revisar el plan de medios para entenderlo un poco mejor. Nos reuniremos en unos días.

—Perfecto. Ha sido una noche estupenda —comenta parando a un taxi—, y ahora todo el mundo sabe que IA trabaja con nosotros.

—¿Y eso?

—¿No has visto internet? Nuestra foto sale en todas las páginas del evento.

—Señora, ¿entra o qué hace? —le urge el taxista desde el coche.

—¡Ya va! Nos vemos mañana, Carla. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Sí, tú pedírmelo y yo comérmelo.

Sandra se aleja en su taxi mientras yo tecleo frenética sobre mi iPhone. ¿Cómo que “nuestra foto”? Enseguida doy con ella. La encuentro en Twitter con el *hashtag* del evento. Es la que nos han sacado mientras brindábamos. Justo antes de que Morales nos escupiera encima.

La imagen tiene lo suyo. Sandra mira a Morales riendo radiante, yo miro las copas ensimismada y Morales me mira a mí sonriendo socarrón.

Un claxon me sobresalta. Las azafatas están repartiendo los taxis entre los invitados. Me meto en el mío sin dejar de mirar mi móvil. No sé qué he hecho para cambiarle el humor tan de repente. Rober siempre decía que chupársela se me daba muy bien pero es que también decía muchas chorradas. Una de las veces en que me aseguró que no valía para nada, quiso suavizarlo diciéndome que si me metía a puta de lujo, me haría de oro. Fue tan ridículo como brutal.

Mi iPhone me vibra entre las manos.

«Morales: “¿Dónde estás?”».

Tarde.

«Carla: “Me he tenido que ir”».

«Carla: “Estoy acompañando a una compañera a casa”».

«Morales: “No sé por qué no me sorprende...”».

«Morales: “¿Cenamos mañana?”».

¿Perdona?

«Carla: “No puedo”».

«Carla: “Ya he quedado”».

«Morales: “¿Con amigas?”».

«Carla: “¿A ti qué te importa?”».

«Morales: “¿Y el sábado?”».

«Carla: “Tengo un cumpleaños”».

«Morales: “¿Comemos mañana?”».

Qué pesado es. Me asfixia, no me gusta. Una cosa es que los tíos pasen de ti después de echarte un polvo y otra que te acosen. Que se aclare de una vez.

«Carla: “Ya te dije que esta semana no tenía ni un hueco libre”».

«Morales: “¿Comer el sábado?”».

No va a parar hasta verme antes del lunes. No puedo inventarme más excusas, está claro que no es creíble. Tengo que parar esto.

«Carla: “Tengo mucha vida social”».

«Carla: “Lo siento”».

«Morales: “¿Por qué quieres mandarme a la mierda?”».

Qué directo es. También debería serlo yo.

«Carla: “Porque lo que estamos haciendo no está bien”».

«Carla: “Sandra no es tonta”».

«Carla: “Algo se ha tenido que oler”».

«Morales: “Si te dijera algo, yo podría hablar con ella”».

Lo que me faltaba.

«Carla: “Ni se te ocurra”».

«Carla: “Ya me ocupo yo”».

Morales deja de escribir pero vuelve al de un minuto.

«Morales: “No le des tantas vueltas a las cosas”».

«Morales: “¿Tan mal lo pasas cuando estás conmigo?”».

Está claro que eso es una pregunta trampa.

«Carla: “No”».

«Carla: “Pero tenemos que ser razonables”».

«Carla: “Esto nos va a traer problemas”».

«Carla: “Un cliente no puede presentarse en mi oficina”».

«Carla: “Y hacerme una cubana en la sala de reuniones como si nada...”».

«Carla: “¿A ti te parece normal?”».

¿Y si le parece normal? ¿Y si lo hace a menudo? ¿Con la nórdica, con la rubia y conmigo? Soy idiota. ¿Y si se ha tirado a todas sus proveedoras, secretarias, becarias...?

«Morales: “¿Dónde estas?”».

«Morales: “No me gusta hablar por aquí”».

No, eso sí que no. Si lo tengo delante dejaré que me meta el puño, el antebrazo y el codo.

«Carla: “Ya estoy en casa de mi amiga”».

«Carla: “Pasaré la noche con ella”».

«Carla: “Hablamos en otro momento”».

«Carla: “Tengo que ocuparme de ella”».

Ha dejado de escribir, sigue en línea durante un rato pero acaba por desconectarse.

Una punzada de decepción me oprime el pecho pero no le culpo. Así es como debe ser.

Ya he tenido suficiente trabajo por hoy. Voy a comer algo antes de apagar el ordenador e irme a casa. Afortunadamente, no tenía ninguna visita y me he pasado la mañana en la oficina sacando tarea acumulada adelante pero estoy agotada. Entre las horas intempestivas a las que me he acostado últimamente y la fiesta de anoche, mi cuerpo y mi cerebro me piden una tregua.

Me dirijo a la máquina expendedora para sacarme una ensalada cuando mi móvil vibra sobre la encimera de la cocina.

—Hola, guapa.

—Hola, desaparecida —contesta Vicky.

—Perdona —sonríó—, me llamaste y ni te hice caso pero es que he estado hasta arriba de trabajo.

—¿De todo tipo?

—¿Perdona?

—No sé, como trabajarse a los clientes...

Esto me exaspera, es como si se comportara como una madre y además, me llamara puta a la cara sin importancia alguna.

—¿Has hablado con Eva?

—Sí.

Qué rápido circulan siempre las noticias entre nosotras.

—¿Ha vuelto a pasar algo?

Echo un vistazo rápido a mi alrededor, no hay casi nadie en la oficina, todos se han ido a comer o directamente a sus casas.

—Sí, anoche.

—Ay, Carla, ¿por qué?, ¿qué te está pasando?

—Francamente, no lo sé. Simplemente no sé... No puedo...

—¿Qué? ¿Decirle que no?

—Probablemente.

—No puede ser para tanto, solo tienes que usar el cerebro. Son ellos los que no pueden pensar con otra cosa que con el pene, pero nosotras

no, por favor.

No tengo yo tan claro eso ahora mismo.

—Deberías hablar con Sandra. No contar lo que ha ocurrido pero sí inventarte algo para pasarle la cuenta. Dile que te acosa o cualquier tontería y quítatelo de encima.

—Sí, claro. ¿Y si se cabrea y la da por contarle todo? Él no pierde nada.

—Pues no habértelo tirado. Ahora estás metida hasta el fondo. ¿Ves? ¿Cómo vas a salir de ésta?

—Ya se cansará, digo yo...

Vicky bufa al otro lado del teléfono, me está enervando por momentos.

—¿Y vas a permitirlo? ¿Que te use hasta cansarse para luego pasar de ti?

—Oye, ¿tú no eras la que decías que no debíamos meternos en las relaciones de las demás?

—Vosotros no tenéis una relación. Estás teniendo una conducta poco profesional en tu trabajo y yo lo critico, nada más. Puedo hacerlo, soy tu amiga, ¿no?

—No, estás siendo una madre y tampoco he matado a nadie, ya está bien.

—¿Pero es que no lo ves? Por cosas como esta después nos tratan de putas a todas.

—¿Pero qué dices?

—Así es como perdemos el respeto de los hombres. Eso es lo que pensarán todos cuando se enteren de lo que haces.

—Sí, es lo que pensarían si lo hubiera hecho a cambio de una venta pero tú bien sabes que no es así.

—Exacto, Carla. Yo, que soy tu amiga y te conozco. Pero ¿y los demás?

Esa idea me ha rondado la cabeza desde el mismo día en que conocí a Morales y me ha torturado desde entonces. Oírla en voz alta y más en boca de alguien a quien quiero y respeto, me vuelve a la realidad de un tortazo.

—Salgamos esta noche.

—¿Qué?

—Vayamos a cenar, hagamos algo. No quiero quedarme sola

en casa, no quiero pensar.

—Ay, Carlita, Carlita...

—Por favor.

Capto una risilla al otro lado del auricular.

—Vale, voy a llamar a Eva y reservamos en algún sitio. A Carmen no la llamo, como no la van a dejar salir.

—¿Y te hace gracia?

—No, pero si no me lo tomo así, no puedo soportarlo. Tú deberías hacer lo mismo.

No, nunca podría.

Me sorprende cómo pasa de los problemas de Carmen con Raúl y cómo no deja de reprenderme por lo mío. Puede que piense que yo aún tengo solución y que Carmen se ha vuelto tan loca últimamente que ya no hay forma de atraerla de nuevo al redil.

No he tenido noticias de Morales en todo el día. Me ha parecido extraño teniendo en cuenta que el contrato está recién firmado y que ya estamos trabajando en ello. Esta mañana me ha escrito Juanjo Soler presentándose. Es el director de PR de IA y ha expresado sus intenciones de reunirnos la semana que viene para hablar de cómo vamos a trabajar juntos. Ya tardaba, hace tiempo que es con él con quien debía haber hablado y no con Morales. He visto que estaba en copia del *e-mail* pero no se ha pronunciado para nada.

He vuelto a echarle un par de vistazos a la foto que nos sacaron ayer. Es tan cómica. No sé qué habrá pensado Sandra pero no puede ser nada bueno. Gerardo nos ha felicitado por nuestro logro y ha sugerido que salgamos los cuatro e invitemos a Morales a cenar en un ambiente medio de negocios medio informal.

Sandra se ha excusado aludiendo a la difícil agenda de Morales para librarnos del tema. No sé si porque no es capaz de soportar una cena con nosotros dos tirándonos la pelota el uno al otro o por si de verdad no quiere acudir. Sea como sea, a mí me ha hecho un favor enorme.

Necesito despegarme de toda esta historia y salir me va a venir bien.

La cena ha ido mejor de lo que esperaba. Vicky ha continuado con su cansino discurso pero tener a Eva cerca me ha venido como anillo al dedo. Al final, y para no perder la costumbre, han acabado discutiendo ellas solas mientras yo me terminaba mi delicioso tartar de atún en un concurrido Loft 39.

—¿Y ese?

—No.

—¿Y ese?

—No, para nada.

Eva y Vicky valoran a los hombres que comen en las mesas del restaurante. Desde mi punto de vista, no hay nada que destacar más de lo necesario excepto un chico rubio que se le da cierto aire a Ryan Gosling.

—¿Y ese?

—No, infollable.

—¿Y ese?

—Os van a salir telarañas como sigáis así.

—Tampoco. Creo que voy a soltar la red esta noche —objeta Vicky.

—¿Qué red?

Sacude los hombros.

—La que voy a soltar para ver si cae algo.

—Qué horror —opina Eva—. ¿A eso te vas a dedicar? ¿A tirarle la caña a todo el mundo?

Vicky suspira llevándose el último trago de vino a los labios.

—Ya no sé qué hacer.

—Puedo presentarte a alguien, si quieres.

—¿A un marqués? No, gracias.

—No, boba. A mis compañeros de redacción.

—Vale, pero no me coloques a los más desesperados.

Casi me atraganto con el postre.

—Ellos le van a decir lo mismo, cariño.

—No estoy en ese punto —se defiende echando chispas por los ojos—. Ni quiero calvos, ni babosos, ni los que todavía viven con su madre.

—Eres demasiado exigente.

—No. Soy selectiva.

—También podemos esperar a la boda de Susana y ver lo que

nos encontramos allí —apunto.

Eva se lleva las manos a la cabeza.

—¿En una boda? ¿Para tirarte a un primo de alguien en los baños y que después te presenten a su mujer? Ahí sí que van todos pasadísimos, no se acordarán ni de su cara.

—¡Eh!

—¿Ya lo tiene todo listo?

—¿Quién? ¿Susana? No tienes más que ver su Twitter, todo lo que escribe tiene que ver con la boda. Un tuit más y nos enseña hasta el vestido de novia —Vicky pide la cuenta y me señala con el dedo—. ¿Tú al final vas a tocar?

Susana me pidió que tocara una pieza con el violín después de su baile. Me pareció un gesto bonito por su parte y no me importa hacerlo.

—Aún no sé el qué.

—Haz un *cover* de “Material Girl” a ver qué cara pone.

—Eva...

—Qué bien le ha salido todo a la muy zorra. Al final el tío tiene pasta, ¿no? Es lo que siempre ha querido.

No sé cómo puede seguir tan resentida después de tanto tiempo. Eva estuvo saliendo unos meses con un chico mayor que nosotras y que regentaba un negocio de automoción. Susana se metió por medio, según ella a conciencia, y el tío dejó a Eva por Susana. Sin embargo, con la crisis, el negocio naufragó y el infeliz se quedó con lo puesto. Susana y él lo dejaron poco después y él intentó volver con Eva pero nunca se lo perdonó. Si me pongo a hacer cuentas, creo que Eva no ha vuelto a salir en serio con nadie desde entonces.

—¿Qué pasa? ¿Estás celosa? —pregunta Vicky.

—¿De casarme a los veintiséis? —se nos ríe en la cara—. Antes me pego un tiro. Esa se queda preñada de aquí a un año para tenerle enganchado por las pelotas, ya lo veréis. ¿Hacemos apuestas?

—Vámonos. El vino se os está subiendo a la cabeza —aviso mientras nos levantamos.

—Hagamos una porra.

—Eva, cállate.

—Ya no te presento a nadie. Te va a entrar un informático y le vas a decir que sí como la otra.

Me giro desconcertada. Se están aguantando la risa. Serán

idiotas.

En cuanto salimos y nos ponemos los abrigos, me enciendo un cigarro. Intentamos decidir a dónde ir antes de movernos.

Un toquecito en el hombro me obliga a volverme. El doble de Gosling me pide fuego. Qué chico más guapo.

—Nunca había visto una chica con el pelo tan largo —comenta encendiéndose el cigarrillo.

—¿Tan horrible es?

—No, en absoluto. Es precioso, como toda tú.

Madre mía, qué pueril. No puedo evitar echarme a reír. El pobre se ríe también.

—Perdona. Hacía tiempo que no me pasaba esto.

—¿El qué?

—Conocer una mujer preciosa.

Esta vez me aganto la risa como puedo.

—Lo he vuelto a hacer, ¿verdad?

—Sí —río.

—¿Vais a salir por aquí?

Miro a mis amigas que me observan con interés.

Eva busca la hora en su reloj.

—Algo tranquilo, ¿no?

—Vayamos al O'Clock.

—Uf, recuerda cómo acabamos la última vez —advierte Eva—. Al final nos liamos y salí a rastras.

—Por eso... —pide Vicky.

—Se me está ocurriendo una idea —propone Gosling—. Yo termino de cenar y tú me das tiempo a entrenarme hasta que me pase por allí. Algo mejor se me tiene que ocurrir para entonces.

—Me parece perfecto —sonrío adulada.

Me vuelvo con una sacudida de pelo más que perfeccionada durante los años y mis amigas y yo nos marchamos por la acera hasta el *pub*.

—¿Tú no estabas con el friki-maromo? —pregunta Eva.

—¿Qué dices? Yo no estoy con nadie.

—¿Quieres que te presente a alguien?

—No me importaría.

—¿También lo quieres a la carta?

Vicky le da un ligero codazo en el costado.

—No te precipites, Carla —me dice—. Veamos a ver qué pasa con el rubio.

Pobre, esta se piensa que todo el que te suelta un piropo es un candidato a ser el padre de tus hijos. Creo que siempre espera a que le ocurra algo emocionante, a conocer un amor de película que nunca llega. No pienso que Vicky sea exigente, creo que tiene demasiadas expectativas en esto del amor. Cuando utilizar el mismo cuarto de baño se convierte en algo inevitable en la relación, la termina sin remedio. Se piensa que la vida es como “Love Actually” o, que al menos, debería serlo.

En realidad, Gosling se llama Jorge, y no es actor sino ingeniero de caminos. Tiene veintisiete años, es de Alicante, tiene dos hermanas y vive con su perro. Está solo en Madrid, ha llegado hace unas semanas y hoy ha salido a cenar con algunos compañeros de trabajo.

Me ha contado toda su vida. Habla mucho. Por lo visto, acaba de salir de una relación de cuatro años y se está viendo en las circunstancias de volver al mercado sin salir escaldado. Yo nunca he tenido una relación tan duradera pero sé qué es eso y no resulta fácil.

Me ha invitado a la primera copa pero yo he hecho lo propio con la segunda. No me gusta que hagan eso, no sé a qué viene la manía de pensar que lo necesitamos. No es necesario para llevarnos al huerto. Lo que tienen que hacer es esforzarse y echarle ganas. A algunos se les da mejor que otros y Jorge no es precisamente un experto.

Sé que si me lío con él, o simplemente será un lío o acabaré como novia-puente de unos meses. Su ruptura es muy reciente, no está preparado para esto.

No me molesta, tampoco es que lo busco. Es curioso, para hacer esto ya tengo a Morales, o eso creía porque está pasando de mí como de la mierda. Debería estarle agradecida por ello aunque una parte de mí se siente decepcionada y la otra vejada. Todavía no sé lo que pasó anoche.

Vicky tropieza con la silla de enfrente y se apoya torpe como un pato para no caerse. No sé cuántos cócteles lleva ya.

—¿Habéis visto al camarero? ¿Ha pasado por aquí?

Jorge y yo negamos con la cabeza. Eva está por ahí haciéndose fotos con un grupo de chicas que la ha reconocido.

—Se me ha escapado y ya no lo encuentro. Voy a seguir buscando, si lo veis me llamáis ¿eh? —sonríe guiñándonos un ojo.

Jorge se ríe pero pienso que debería ir con ella y no dejarla sola en esas condiciones.

—Voy a echarle un ojo, no te importa, ¿no?

Jorge bebe de su copa despreocupado.

—No, ve, por favor. Tiene suerte de tener una amiga como tú.

La verdad es que no ha hecho muchos progresos desde que nos hemos sentado juntos pero no le culpo. Lleva su tiempo.

Me levanto alisándome mi vestido verde de Juanjo Oliva con volantes y salgo en busca de Vicky entre la gente. Se ha llenado bastante desde que hemos entrado. He de reconocer que, de todos, Jorge es el único que puede ganarse mi atención.

Un rato después, sigo sin encontrar a Vicky pero Eva me intercepta para que le haga una foto con alguien. Mi móvil vibra en mi bolsito de fiesta y lo saco intrigada.

«Morales: “¿Estás en casa?”».

¡No! ¿Por qué ahora?

«Carla: “Ya te dije que saldría”».

«Morales: “Pensé que te estabas quedando conmigo”».

Y así era.

«Morales: “¿Puedo ir a verte?”».

¿Que si puede? Esto me descoloca, parece un perrillo herido.

—¿Es él? —pregunta Eva, que me arranca el móvil de las manos.

—Dámelo, tengo que quitármelo de encima de una vez, Vicky tiene razón.

—¿Por qué? A ver qué te ha puesto.

—Dámelo.

—Oh, qué mono... Pues claro que sí.

Sus dedos teclean agitados sobre la pantalla.

—¡No!

Me lanzo a por ella pero levanta el brazo sin dejar de escribir y sin que pueda ver nada de lo que pone.

—¿Qué haces?

Me lo devuelve estampándomelo contra el pecho.

—Toma, voy al baño. Vicky está en la barra intentando ligarse al camarero pero no le está yendo muy bien.

Contemplo mi Whatsapp boquiabierta.

«Carla: “O’Clock”».

«Carla: “Besos”».

«Carla: “:-)”».

¿Carita feliz?

—¡Pero qué has hecho! ¡Vámonos de aquí ahora mismo!

Cuando levanto la vista, Eva ya no está conmigo. Me ha dejado sola y completamente a merced de un imbécil risueño y pesadísimo al que le gusta más el sexo que a un tonto un lápiz.

Echo a andar hacia la barra. Seguro que Vicky me ayuda con esto. Me lleva lo mío dar con ella pero cuando lo hago, la zarandeo de los hombros fuera de mí.

—¡Vámonos! ¡Cambiemos de bar!

—¡Ni de palo! —se niega sujetándose a la barra—. Esto me está costando un huevo. No me muevo de aquí hasta que me pida el móvil.

—¡Dáselo y punto!

—¡No! ¡Qué bajón! ¿Qué te pasa?

—Morales viene hacia aquí.

—¿Y? ¡Disfruta! —me anima levantando su copa.

Madre mía, esto es realmente serio.

—Vicky será mejor que me vaya y que tú te vengas conmigo.

Cuando hago amago de sujetarla, me aprisiona las manos clavándome las uñas.

—Necesito follar.

—Vale, vale, no seré yo quien te lo impida.

—¿Es por mi pelo? No tenía que habérmelo cortado tanto. ¿Parezco un chico?

—No digas tonterías, estás guapísima.

—Pues eso díselo a él —señala descaradamente al camarero.

El chaval está a lo suyo, sirviendo copas y pasando de nosotras olímpicamente.

—Voy a buscar a Eva, no te muevas de aquí.

Asiente sin dejar de comérselo con los ojos. Será mejor que me dé prisa.

Me abro paso hasta el baño pero cuando entro, no hay ni rastro de Eva. Vuelvo a salir para buscarla por el bar. Entro en la zona donde está Jorge, que mira su móvil distraído. Algo le tendré que decir. Me acerco hasta él.

—Jorge, perdona pero me voy a tener que ir.

Me mira con los ojos muy abiertos y se levanta lentamente sobre el asiento. Parece confundido.

—¿Es por...? ¿He dicho...?

—No, no, no. Es por Vicky, está al borde del coma etílico, me la llevo a casa. Espero que lo entiendas.

Jorge asiente indudablemente decepcionado.

—¿Podemos volver a vernos?

La verdad es que no me he quedado con muchas ganas de más pero no va a pasar nada por darle el número, parece un tío legal.

Se lo apunto en su móvil y nos despedimos con un par de besos. Me da un poco de pena, ha dejado a sus compañeros de lado para sentarse conmigo pero estoy segura de que con ese culo y esa cara, no le va a costar mucho conocer a otra hoy mismo.

Sigo en mi cruzada particular intentando dar con Eva pero no puedo perder más tiempo. Al final, me voy a ir yo sola y me voy a ir a casa de verdad. Menudo viernes.

Genial, también he perdido a Vicky. Me rindo. Me largo de aquí. Les escribo por el grupo con mis intenciones cuando me doy de bruces contra alguien en la entrada.

—¡Perdón! —pido sin dejar de dar saltitos por la terraza.

—¿Esto lo has escrito tú?

Mis tacones se clavan al suelo. Maldigo a Eva, a la moña de Vicky y a Jorge. Los maldigo a todos y me doy media vuelta. Morales alza las cejas y agita su móvil en la mano.

Dejo caer mis brazos en señal de terrible redención. Está guapísimo en vaqueros y americana.

—Una parte sí y otra no.

—Ya decía yo.

—¿Cómo has llegado tan pronto?

—Estaba en Chains, me han acercado en un momento.

Uf, el Chains. Con oír el nombre basta para que me entren escalofríos.

—¿Y si tenías planes por qué vienes a verme?

—Por que me aburro —me suelta acercándose.

—¿Perdona?

—Me aburría. Pasarme la noche entera follando contigo me parecía más divertido que lo que estaba haciendo.

No sé muy bien cómo interpretar eso. Doy un paso atrás.

—No soy ningún juguete sexual al que llamar cuando te cansas de lo demás.

—A ver, mujer —me hostiga sonriendo—. A estas alturas ya te habrás dado cuenta de que el tacto no es lo mío. Sabes lo que quiero decir, igual no lo he expresado bien pero sabes que no lo digo con intención de ofenderte, sino lo contrario.

No, sigo sin tenerlo tan claro.

—Me iba ya.

—Voy contigo.

—¿Adónde?

—A donde quieras. He venido a verte, no me vas a dejar así.

—Y tú a mí no me puedes seguir como un lunático. No quiero verte y punto.

—Mentira.

Me quedo pasmada. Su mirada se enciende y no es precisamente por el deseo. Levanta las manos a los costados encabronado perdido.

—Sí que quieres pero lo estás evitando porque piensas que estás cometiendo un crimen. Eres una exagerada, Carla, ya te dije que no iba a pasar nada. ¿Por qué te escandalizas como una cría? Diviértete y punto, ¡deja de flagelarte de una puta vez!

Se pasa las manos por el pelo e hiperventila dando vueltas por la entrada del bar. Está cardíaco. Me está asustando.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

No me mira, sigue dando vueltas.

No sé muy bien qué hacer pero después de haber dejado tirada a Vicky de esa forma, no me puedo permitir el lujo de hacerlo con otra persona en una misma noche.

—¿Qué te pasa?

—Vente a mi casa.

Pestaño. ¿He oído lo que acabo de oír? Sospecho que lo esté fingiendo todo para que me dé lastima y me vaya con él. Está aún más desesperado que Jorge.

—No.

Resopla. Esconde una mano temblorosa en el bolsillo de los vaqueros.

No sé qué es lo que me impulsa a hacerlo pero no puedo verlo así. Me acerco hasta él y saco su mano del bolsillo apretándola con fuerza entre las mías. Poco a poco va dejando de temblar. No entiendo cómo le puedo poner tan nervioso. Algo le ha tenido que pasar allí donde estuviese.

Todavía sin tener agallas para mirarlo lo arrastro conmigo al exterior subiendo las escaleras hasta la calle. Le suelto para ponerme el abrigo.

—¿Mejor?

Cuando alzo la vista, veo que se pasa la lengua por los labios.

—Vente conmigo.

Miro desganada hacia otro lado.

No quiero dejarle así. A quién voy a engañar, estoy deseando tenerlo dentro otra vez. A veces pienso que nunca podría cansarme de la sensación que me otorga. ¿Es posible tener relaciones con alguien durante una eternidad y no pensar en nadie más? ¿No desear conocer a alguien más?

Confieso que siempre que he tenido pareja, me he preguntado cómo sería follarme a otro. Solo pensarlo, eso no es malo, no es infidelidad, es dejar volar la imaginación. Me resulta curioso que no lo haya pensado de otros desde que conozco a Morales. Es más, en toda la noche no me ha dado por pensar cómo sería hacerlo con Jorge.

Respiro acelerada, no quiero que me pase esto con él. No con alguien con el que las consecuencias de verlo sean tan terriblemente amargas.

—Carla, por favor, vente conmigo.

Ya no es una petición, es una súplica. Y de nuevo, me lo ha

pedido por favor.

Asiento cabizbaja sin valor para mirarlo.

Al instante, noto cómo me empuja suavemente hasta el Jaguar. Ni me había dado cuenta de que estuviera fuera. Me acomodo en su interior clavando la vista por la ventanilla.

El trayecto se me hace eterno. Sigo sin dejar de mirar al exterior. Tan solo he descansado la vista un momento para leer los mensajes de Eva.

«Eva: “Tranquila”».

«Eva: “Vicky está bien”».

«Eva: “Potando detrás de un coche...”».

«Eva: “Pero bien”».

«Eva: “Ya nos contarás”».

«Eva: “;-)”».

Sí, ya os contaré lo que todas sabemos que va a pasar.

En un rato, nos vamos acercando a las inmediaciones de IA Software. Eso me confunde.

—¿Vamos a tu empresa?

Morales emite un resoplido similar al de una risa.

—No, vivo aquí al lado.

Creo que se me cambia el color de la cara en cuanto veo la salida que tomamos en la rotonda. Me vuelvo, perpleja.

—¿Vives en La Finca?

Asiente.

—¿Eso te sorprende?

Sí pero no para bien, claramente. Qué presuntuoso, vanidoso y chulesco. Y qué necesidad de meterse de lleno en una urbanización de seguridad desmesurada, vigilancia y privacidad in extremis y vecinos ultrafamosos. Cuando se enteren mis amigas, me van a obligar a traerlas.

—¿Por qué escogiste este sitio para venirte a vivir?

La pregunta le pilla desprevenido. No creo que se esperase esa respuesta.

—Necesito estar cerca de IA por si hay cualquier emergencia.

Prácticamente, me paso el día por aquí.

Nos aproximamos a una casa que me esperaba más grande o puede que más majestuosa pero es bastante comedida para lo que se ve por aquí. Su aspecto es como un bloque rectangular que a la luz de la noche cerrada no alcanzo a ver su color. Está iluminada por algunos focos perdidos en el vergel de alrededor. Es de dos pisos y tiene unos ventanales descomunales. Igual que los de su despacho.

El coche entra en el garaje y se ilumina al instante. En cuanto abro la puerta, me quedo mirando el resto de coches que hay en el interior. Me acerco e intento reconocer las marcas teniendo en cuenta lo mala que soy para esto.

Hemos aparcado junto a un A6 de color gris, eso lo sé. Al otro lado leo “Aston Martin” en un flamante vehículo blanco y lo que según pone que es un Bugatti rojo. Creo que este es la cucaracha aplastada más fea y horterera que he visto en mi vida.

—¿Son todos tuyos?

Morales lo confirma con las manos en los bolsillos.

—¿Y cuándo se supone que los conduces si siempre llevas chófer?

—No los conduzco.

Así que los colecciona. Tampoco tiene tantos, entonces.

Me sobresalto ante el rugido del Jaguar. Rueda hasta la puerta y se aleja dejando que esta se cierre tras él.

—No lo entiendo —miro a Morales—. Si solo nos iba a dejar, ¿por qué hemos entrado por el garaje?

—Para que no te viera nadie.

Me resulta difícil saber ante la expresión de su cara si eso es por querer proteger mi privacidad o por sentir vergüenza de mí. Desde luego, comparada con la nórdica, soy insignificante. Como si fuera los restos de una noche poco productiva de cualquier bar de Madrid.

—Vamos.

Morales me hace una señal para que lo siga. Entramos en su hogar. El exterior engañaba, es espantosamente enorme. No me sorprende ver a un gurú de la tecnología tecleando su iPhone mientras las estancias por las que pasamos se iluminan al instante como por brujería.

El salón es simple pero muy elegante, con visibles muebles de diseño en tonos grises y tierra. Aún así, hay muchas cosas que no entiendo.

Como por ejemplo, tener un sofá *chaise longue* de casi diez plazas. Levanto la cabeza al techo. Es descomunal, no tengo ni idea de cuántos metros tendrá.

—¿Impresionada? —pregunta a mi espalda.

—Espantada.

No sé quién encajaría aquí pero el que lo haga es un arrogante desmedido.

—¿Para qué quieres una casa tan grande para ti solo?

Está de brazos cruzados frente al sofá. Pobre infeliz, nadie me sorprende fácilmente. Cierto es que él sí que lo hace pero no con nada de esto.

—No pensé en eso cuando la compré.

—¿Y en qué pensaste?

—En la de juergas que me iba a correr.

Visto así tiene su lógica. Aquí caben fácilmente un par de centenas de personas desfasando a lo loco.

—¿Quieres comer algo?

Niego con la cabeza.

—Bien —sonríe—. Vamos a darnos un baño.

Por supuesto, una casa así, sin un flamante *jacuzzi* no sería lo mismo. Seguro que no le falta ninguno de los complementos pertinentes.

Lo sigo en silencio mientras me conduce hasta otra sala donde nos espera una piscina cubierta. No hay *jacuzzi* por ningún lado, me siento decepcionada. Prefería embutirme en miles de burbujas calentitas antes que en una piscina fría para hacer largos.

Es muy amplia, rectangular y con escaleras de barro en una de las esquinas. La estancia tiene una iluminación muy tenue y el suelo está recubierto de madera. A un lado hay dos hamacas y un par de duchas y albornoces blancos. Es como acudir a un *spa* de gimnasio siempre preparado para recibir a sus socios.

Morales se descalza y comienza a desvestirse. Yo le imito y doy por hecho que también ha encendido la calefacción. Mis pies desnudos sienten el calor a través de las planchas de madera mientras dejo mi abrigo y mi bolso en una de las hamacas.

Me acerco hasta el borde y meto un poco el pie. No parece muy fría pero me va a costar igual.

—No he traído bikini.

—Tampoco iba a dejar que te lo pusieras.

Un empujón me desequilibra y caigo de lleno en la piscina en medio de una tromba de agua. Doy brazadas a lo loco hasta salir a la superficie y escupir agua como una fuente. No me lo puedo creer.

—¿Pero tú eres imbécil o qué te pasa? ¿Por qué has hecho eso?

Mi pobre vestido, mi maravilloso vestido. Voy a tener que tirarlo a la basura. Es como un niño pequeño.

—Así tendrás que esperar a que se te seque la ropa para irte —contesta riendo mientras se desnuda.

No me hace ninguna gracia, si es preciso saldré corriendo en cueros de aquí. No, la verdad es que no lo haré. Morales se tira al agua de cabeza salpicándome. Será mejor que me quite el vestido antes de que empeore aún más.

Cuando ya casi he alcanzado las escaleras nadando, una mano se aferra a mi tobillo y me obliga a sumergirme de nuevo. Morales me coge de la cintura y nos saca a ambos con medio pecho fuera. Esputo en su cara a propósito pero no pone objeciones.

—Ya te lo quito yo —propone mientras me baja la cremallera del vestido y las medias—. Diviértete, Carla... Solo diviértete...

Ofuscada, me dejo hacer apoyada sobre sus hombros sintiendo el agua templada a nuestro alrededor. Él ya está completamente desnudo y me doy cuenta de que es la primera vez que veo su cuerpo en toda su compleción. Prácticamente, hasta ahora, solo le había visto el culo y la polla.

No miente cuando se refiere así mismo como atlético. Se nota que se cuida. Tiene una tableta de chocolate bronceada bastante definida y una mata de pelusilla por la parte superior hasta descender en cascada por los abdominales. No alcanzo a ver sus piernas bajo el agua pero le rodeo con las mías palpando unos muslos largos y una cintura estrecha.

Se retira para dejar mis prendas sobre el bordillo. Las deja hechas un ovillo y yo no puedo evitar mostrar una mueca de desaprobación.

Mi desazón desaparece en cuanto noto las yemas de sus dedos pasearse sobre mis pechos. El leve contacto me hormiguea por la piel saltando los fusibles en mi entrepierna. Morales mete los dedos bajo el sujetador sin tirantes y me pellizca los pezones.

—¿Para quién te pones estas cosas?

—¿A ti qué te importa?

—Eres un amor, Carla —contesta embobado—. Todo dulzura...

Mis carcajadas resuenan por la sala haciendo eco. Me mira sorprendido.

—Ah, pero si sabes reír.

Su boca se entremezcla con la mía mientras me desabrocha el sujetador y lo lanza por los aires. Me pega a su pecho permitiéndome sentir su piel desnuda contra la mía. Está caliente, casi ardiendo, lo rodeo con los brazos y las piernas.

Sus manos me manosean el culo y yo intento jugar con su pelo pero al estar mojado, me resulta muy difícil. Lo agarro ferviente por el cuello restregando mi tanga contra su miembro. No tarda en empalmarse.

Ya he intentado hacer esto un par de veces, con Rober. En cambio, con él la piscina siempre estaba congelada y no había manera de que eso se levantase por más que lo intentásemos. El agua de la piscina de Morales está templada y además no sabe a cloro, es muy placentera.

Un tirón de pelo me obliga a echar la cabeza hacia atrás dándole libre acceso a mi cuello. Siento sus dientes y su lengua recorriéndome con devoción. Vuelvo a restregarme y escucho un gemido de indudable placer. Su boca me envuelve un pezón bajo el agua lamiéndolo hasta seguir mordisqueando todo el pecho. Tengo que estar exageradamente empitonada.

Ahoga la cabeza entre mis tetas. Suelta una bocanada de aire bajo el agua y se restriega hasta que las burbujas me matan de cosquillas e intento separarme pero no me deja. Sale de golpe y me suelta el pelo para envolverlas con las manos.

—Me encantan... —asegura mordiéndose el labio.

Las estruja de tal forma que tengo miedo de que me vayan a explotar como un globo de agua. Lo aparto de un empujón pero me alcanza por la cintura tirando de mi tanga hacia arriba. El roce del encaje contra mi sexo me regala una ola de fuego que relaja mi cuerpo al instante.

Morales lo advierte y vuelve a tirar de la minúscula prenda. Levanto las caderas apoyándome en él y abriéndome como la flor de loto. La tela se ha colado entre mis labios y estos laten ansiosos.

Toda la tira se pasea por el camino entre mi clítoris y la rabadilla dándome placer por zonas donde nunca lo creí posible. Cuando la

tela desciende por mi coño, Morales la vuelve a subir con una mano y comienza de nuevo dejándome a punto para un orgasmo asolador.

La punta de su polla se sacude sobre mi vientre. Aún con el cuerpo enarcado, desciendo la mano y la envuelvo con la misma lentitud con la que él me restriega el encaje. Bajo de las nubes para verlo. Tiene la boca entreabierta y jadeante.

Nos movemos a la vez. Descendemos y bajamos juntos nuestros movimientos masturbándonos el uno al otro bajo el agua. Tengo que estar llenando la piscina con mis fluidos a litros, a ver quién se baña aquí después.

Cierro los ojos hechizada, me pierdo. Desciendo arqueándome metiendo la cabeza en el agua aguantando la respiración. Morales tira haciendo fuerza convulsionándome. El coño me va a explotar. Suelto el aire en miles de burbujas y casi a punto de ahogarme, la tela desaparece de mi culo de un tirón.

Salgo rápidamente. Morales tiene mi tanga roto en una mano y lo mira apretando los labios y aguantándose la risa.

—¿Me lo has roto?

Lo lanza sobre su cabeza.

—Te tendré que prestar unos calzoncillos.

—¡Sí, hombre!

—¿No quieres meterte en mis calzoncillos? —ronronea junto a mi boca perdiéndome otra vez—. Te los voy a dejar para que te los pongas y me los devuelvas después sin lavarlos.

—Eres un cerdo.

—Así olerán a ti, mi polla olerá a ti... Y con un poco de suerte, los habrás mojado cachonda perdida y podré bañarme en ti.

Mete un dedo en mi interior mientras nos tendemos sobre las escaleras. Restriego mi lengua contra sus labios.

—¿Te gusta cómo sabes, Carla?

Retira el dedo para sustituirlo por la punta de su miembro. Estoy suspirando por tenerlo entero.

—Me gusta cómo sabes tú.

—Sí, ya lo he notado —comienza a meterla deleitándose en un recorrido lento e interminable—. Estoy deseando pringarte esa cara de muñeca que tienes y ver cómo te relames después.

Nuestras caderas se pegan la una a la otra moviéndose en

círculos bajo el agua.

—Hazlo.

—No... —gime sobre mí—. Todavía no... Siempre quieres correr...

—No, lo que quiero es correrme.

Morales ríe y me levanta las piernas posándolas sobre sus hombros.

—Sube, Carla, sube...

Levanto el culo sobre el agua hasta que ya no puedo más y él me empotra contras las escaleras. Prefería el agua, los escalones se me clavan en los hombros hasta casi cortármelos. Las sacudidas en mi sexo intentan enmascarar el dolor pero es demasiado agudo.

—Qué incómodo es esto —lloro quejicosa.

Morales se detiene y tarda un segundo en recomponerse. Me encarama las piernas a su cintura y nos saca a ambos de la piscina. Aún sigue dentro de mí así que me lo clavo pegándome a él como el velcro. Una dentellada en el hombro me incita al grito.

Nos recostamos sobre una hamaca.

—¿Mejor?

Me acomodo para metérmelo entero y aprisionarlo entre mis piernas.

—Fóllame, Morales.

—Voy —susurra junto a mi oído.

—Con todas tus fuerzas —pido sin aliento entrando y saliendo de él— Vamos.

—Si me lo pides así...

Me golpea de semejante pollazo que me doy un cabezazo contra el respaldo. Cuando lo repite, estoy a punto de desnucarme pero no me importa. No me importa perder la cabeza mientras siga teniendo esa tranca dentro acribillándome.

—¿Te gusta así? —pregunta con los músculos del cuello en tensión.

—¡Sí!

La hamaca cede hacia atrás de otro empujón.

—¿Te vas a correr ya?

—¡Sí!

—Joder, qué rápida eres, espérame...

—¡Que te espere! —grito con los ojos abiertos de par en par—. ¿Cómo?

Si sigue así, llegaremos hasta la pared y cuando lo hagamos, yo ya estaré en el paraíso.

—Piensa en otra cosa, distráete, yo qué sé...

—¡Que me distraiga! ¿Con qué?

¿Con su cara? ¿Su torso? ¿Sus brazos? ¿Su polla? ¿Qué?

Morales se sujeta al respaldo de la hamaca con una mano y a mi cintura con la otra. Aprieta con tanta fuerza en cada envite, que me va a marcar los dedos.

—Piensa en camiones.

—¡Camiones! —está como un cencerro—. ¡Cállate la boca y fóllame hasta reventarme de una vez!

Me perfora con la hamaca crujiendo peligrosamente bajo mi culo.

—¡Joder! Cómo me pone que lo digas...

—Ah, ¿sí? Pues taládrame, Morales. Taládrame con esa polla enorme que tienes.

—Dios...

—¡Empálame, joder!

Un empujón más y ambos nos corremos a la vez. Yo chillando enajenada y él a chorros en mi interior. Las acometidas se ralentizan bajo su respiración descontrolada pero yo necesito más. Lo atraigo con las piernas sin dejar de ensartármelo una y otra vez en pleno clímax desatado. El vello se me eriza ante un torrente de lava que me traspasa la piel.

Morales se une a una métrica colérica que termina por reventar el respaldo de la hamaca. Mi espalda se estrella en medio de un latigazo de dolor y de un nuevo orgasmo que me rasga hasta el alma.

Me contraigo bajo Morales. No puedo más, tengo que dejarlo coletear o me acabaré mareando.

Poco a poco, termina de moverse para dejarse caer sobre mi cuerpo mojado y sudado a la vez. Su aliento acelerado casi me hace cosquillas en el cuello. Le rodearía aún más con las piernas pero ya no tengo fuerzas. Mañana tendré agujetas.

Unos segundos después, mi deleite se transforma en un dolor agudo y concentrado entre los omoplatos. Ha sido un tortazo de cuidado, no sé cómo no he perdido la respiración por esto esta vez.

—¿Lo ves, Carla? No era tan complicado, solo es follar, nada más —lo miro atolondrada—. No te asustes, no voy a joderte en McNeill. Espera... Técnicamente ya lo he hecho, en aquella sala de juntas...

—Morales...

—Tú me has entendido.

Ignorándome, traza círculos con los dedos alrededor de mis pezones. Sopla sobre uno de ellos sacudiéndolo de frío y clara excitación. Sus dedos continúan su viaje por mi estómago y mis caderas pero no puedo verlo hacer eso. Estoy hecha un asco, completamente sudada y probablemente apestosa.

—No, para.

Levanta la vista sin entender.

—Estoy sudada.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Morales, es asqueroso.

—Tú sí que eres asquerosa.

Me la saca sin perder el tiempo y me sujeta de las caderas mientras se dedica a lamerme toda la barriga.

—Mmm... —se relame—. Qué asco...

Su lengua asciende por mis tetas y el cuello hasta la barbilla. Me muerde arrastrando los dientes y poniéndome cachondísima otra vez. Nuestros labios se juntan enrollados en un río de saliva que me encantaría dejar caer sobre mi sexo.

Morales se detiene. Frota su frente y su nariz contra la mía regalándome sus mechones secos por toda mi cara.

—Qué pena, ¿no? —murmura.

—¿El qué?

—Hoy no puedes salir corriendo —sonríe antes de levantarse y dejarme fría y empapada sobre la hamaca.

Me envuelvo entre mis brazos mientras me incorporo yo también. Al levantarme, la espalda ya no duele tanto. Mira qué bien, ya tengo foto que mandarle cuando vuelva a casa. Él un culo rayado y yo una espalda enrojecida y contracturada.

Morales se deja limpiar nuestros restos bajo el agua. Me uno a él en la segunda ducha aclarándome como puedo. En cuanto me palpo el coño, me doy cuenta de lo mojadísima que estoy. No sé si tendré suficiente lubricación aquí dentro para soportar todo lo que me hace este hombre.

Me está mirando. Tiene los ojos extraviados por todo mi cuerpo. Que no haga eso, por favor. Es la primera vez que me ve completamente desprovista de ropa a mí también. Ojalá pudiera follar siempre a oscuras. El problema es que de esa forma yo no podría verlo a él y me perdería el maravilloso espectáculo que es su cuerpo.

Cierro la ducha rápidamente y me cubro con uno de los albornoces. Voy a recoger mi vestido pero se me adelanta y se lo adjudica junto a mis medias y mi sujetador. Me alza la barbilla con los dedos mirándome, suspicaz.

—¿Estás bien?

Asiento suavemente.

—Vamos —me coge de la mano y salimos del recinto de la piscina.

Parece que no le importa mucho seguir chorreando en pelotas por toda la casa. Me da mucha envidia lo indudablemente a gusto que debe sentirse así.

—El ala de la izquierda —me señala las escaleras una vez que me suelta—. Subo enseguida, voy a colgarte esto.

Sigo sus instrucciones. No sé qué es lo que está tramando pero sea lo que sea, yo ya no tengo fuerzas más que para dormir. Estoy hecha polvo, las piernas aún temblorosas me llevan a través del pasillo y bostezo con animosidad.

Hay varias habitaciones cerradas al otro lado. Siento la curiosidad de abrir todas ellas y ver qué es lo que tiene dentro pero me detengo antes de que me pille in fraganti. En cuanto llego a donde me indica, veo que tiene un vestidor que conduce a un cuarto de baño entreabierto. Justo enfrente, abro dos puertas correderas para encontrarme con una habitación. No sé si será la suya, esta casa tiene que tener por lo menos, cinco o seis más como esta.

Tiene una cama amplia de sábanas negras y cojines en beis. Qué gótico, no me lo imaginaba así. A un lado hay un ventanal enorme hasta el suelo pero tiene las persianas medio bajadas. Fisgoneo por la sala.

No hay gran cosa a excepción de la cama, una enorme alfombra de pelo blanco y varias estanterías. En ellas, hay un montón de novelas gráficas de las que conozco algunos títulos y varios Micro Machines. Qué infantiles que son los hombres.

También hay un archivador con su nombre completo en el

canto. Me hago con él pero tampoco ha servido de mucho porque no entiendo absolutamente nada de lo que pone. Son un montón de fórmulas y de bocetos que soy incapaz de descifrar. En la portada hay un número de registro. Creo que esto puede ser la patente de IA. Lo dejo donde estaba.

En las mesitas de noche solo hay un despertador, un marco de fotos y un blíster de pastillas vacío. Es diazepam. Se conoce que le cuesta conciliar el sueño.

Cojo el marco. Son dos mujeres, una parece mucho mayor que la otra y ambas se están riendo mientras sostienen una tarta de cumpleaños. En la tarta pone “Daniel” y hay dos velas en forma de uno y de nueve.

Las persianas me sobresaltan. Morales las está subiendo tecleando desde su móvil. Se ha anudado una toalla a la cintura. Dejo el marco en la mesita y observo el exterior. Es una terraza. El borde no está muy alto y la luz no es lo suficientemente sutil en la habitación.

—¿No deberías bajar eso? Nos puede ver alguien.

—¿Quién? Desde aquí solo hay árboles —dice junto al cristal.

—¿No hay *paparazi*?

—No pueden entrar al recinto. Podemos hacer lo que queramos, nadie nos va a ver. Y si lo hacen, les habremos alegrado la noche. Pensé que te gustarían las vistas.

La verdad es que La Finca es una inmensa campiña salpicada de lagos y hojas de colores radiantes en esta época del año. De noche, tan solo distingo las siluetas de la naturaleza que bordea la casa pero es igualmente impresionante.

—Son preciosas.

—Gracias —contesta socarrón y dándose unas palmaditas en los abdominales.

—Eres un...

Me calla de un beso que me tumba lentamente hasta la cama. Intento retroceder con los codos pero él sigue presionando sus labios sobre los míos hasta casi llegar al otro lado.

Intento hablar pero no se me entiende nada. Se separa.

—¿Qué te pasaba antes?

—¿Cuándo?

—En el O’Clock, ¿te ha pasado algo en Chains?

Morales calla pero se encoge de hombros.

—Soy muy nervioso.

—¿Por eso tomas diazepam?

Frunce el ceño en dirección al blíster.

—Me cuesta dormir.

—¿Por?

—Por muchas cosas.

Está bien, ya lo capto. No quiere que siga por ahí. De todas formas no hace falta que me recuerde otra vez para qué me ha traído, no pretendo forzar una situación incómoda. Además, es muy tarde y ¿para qué negarlo? Tengo ganas de dormir.

Saco las sábanas de la cama y me tapo con ellas para entrar en calor.

—No me jodas, Carla. ¿Te vas a dormir?

—Déjame en paz, estoy agotada.

—¿Y para qué has salido?

Para olvidarme de ti y de todos los problemas que me causas.

Me giro y le doy la espalda abrazando la almohada. Cierro los ojos atontada. Su cuerpo se deja caer pesado al otro lado tras un bufido que no me importa ni lo más mínimo.

Un rato después, ya casi dormida, algo se entrelaza y peina mi cabello pero no tengo tiempo de averiguar qué es. Caigo presa del sueño con los ojos puestos en una tarta de fresas y saboreando su nombre en mi mente.

La luz me molesta, me desvela. Doy media vuelta entre las sábanas buscando oscuridad pero no la encuentro. Parpadeo, tengo la boca seca. No sé qué hora será.

Doy un bote en cuanto veo a Morales mirándome fijamente. ¡Qué susto me ha dado! Vuelve a estar envuelto en una toalla sentado de piernas cruzadas al otro lado de la cama.

—Joder, cuánto duermes.

Me estiro tapándome la boca con la mano al bostezar como una leona. Sigo teniendo sueño, sea la hora que sea.

Morales se apoya sobre mí. Unas gotitas de agua me caen por la frente. Se acaba de duchar. Tiene los preciosos ojos verdes enrojecidos.

—¿Tú has dormido algo?

Niega regándome con más agua sobre la cara. Miro su lado de la cama, está exactamente igual que ayer. Sin abrir.

—¿Y qué has estado haciendo?

—Un poco de todo.

Se inclina para besarme pero le aparto el rostro con las manos.

—No, espera que me lave la boca.

—¿Por qué? —farfulla entre las palmas de mis manos.

—Por el aliento de recién levantada.

—Qué bobada, déjame.

—No.

Casi le meto los dedos en los ojos.

—Carla...

—¡No!

Me aparta agarrándome de las muñecas con fuerza.

—Carla, te tragas mi semen y yo te como el coño. ¿Ahora te importa que te bese por el mal aliento?

—Sabe a rata muerta.

—¡Pero si te bebes mi lefa y no tienes arcadas! ¿Te crees que a

mí me importa esto?

—¿Por qué iba a tener arcadas?

—Porque todas las tenéis.

—¿Pero qué dices? ¿Quién te ha dicho eso?

—No sé... Es creencia popular.

—A mí no me dan arcadas —es delicioso—. Sabes a limón.

Morales abre los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—¿Limón? ¿En serio? ¿Como el Kas?

Eh...

—Más o menos.

—Qué graciosa es la risueña Carla —sonríe—. Ven aquí y déjame saborear esa fabulosa rata muerta —su lengua se hunde en mi boca sin dejar un solo hueco sin desvirgar—. No sabes a rata muerta —me da un ligero pico—. Rata, a secas.

—Imbécil.

—Un amor, Carla... Eres un amor.

—Déjame, tengo sueño.

Se para en seco.

—Me estás vacilando.

Hago un mohín.

—Un poquito más...

—Y una mierda, desperézate.

—¿Por qué? —me quejo—. ¿Qué quieres?

—Follar hasta reventar —contesta clavándome su erección en las caderas.

—¿Así? ¿Ahora? —dejo caer un brazo fuera de la cama—. ¿En frío?

Morales se troncha apartándome las sábanas de un tirón.

—Tranquila que yo te caliento.

Sí, eso no es muy complicado.

Despliega un ejército de besos por la palma de mi mano, la muñeca, el antebrazo, el interior del codo, mi hombro, la clavícula y el cuello. Cuando llega al lóbulo lo mordisquea con cuidado, nada vehemente, pero lo suficiente como para que algo aletargado entre mis muslos despierte de golpe.

Sus labios continúan por mi garganta y las tetas, donde se entretiene lo suyo para cubrirlas enteras sin perderse ni un solo recoveco.

No está usando las manos para nada, es como si las tuviera retenidas sin poder usarlas. Lo está haciendo a propósito, me está poniendo a cien. Sabe que la piel me bombea pidiendo un contacto más efusivo y más feroz.

Ni siquiera me mordisquee los pezones, se limita a sacar a pasear los dientes dejando que rueden flemáticos a su alrededor. Sopla hasta que queda satisfecho con el resultado y continúa su tortura por mi vientre.

Un chorro de saliva se cuela por mi ombligo y se expande a través de su lengua experta. Me unta en él ayudándose solo de la punta. Mi cuerpo entero tiritita desesperado, me llevo las manos a la cara. Percibo la sonrisa que se le dibuja en la cara al besar mi bajo vientre.

Por fin. Bordea mi sexo con esmero al abrirme las piernas y acariciarme las ingles con la nariz. Voy a fundirme en delirio líquido si no me folla como es debido.

Sigue con las piernas. ¡No! Me va a matar. No sé qué me late más rápido, si el corazón o el coño. Su ritmo no aumenta en absoluto, los labios continúan su peregrinaje por mi muslo y me levanta la pierna con cuidado para pasarme la lengua por la corva. Intento bajarla pero me sostiene del tobillo impidiéndome cualquier huida.

Una vez que llega a los pies, la conmoción es inevitable. Chupa cada uno de mis dedos envolviéndolo en su boca como un chupa-chups. Me mordisquee el dedo gordo y baja los dientes por el canto hasta subir con la lengua por toda la planta con lentitud estudiada.

—¿Más?

Abro los ojos apartando los dedos de mi cara. Está de rodillas lamiéndome el tobillo en círculos y con un bulto más que potente oculto bajo la toalla. ¿Si él también va a explotar por qué le gusta tanto esto?

—Me voy a correr.

Ríe mordiéndome el talón. Esta vez le ha puesto ganas, me tenso al instante.

—Espera, que todavía me queda el postre.

Morales se quita la toalla. Reprimo un gemido. Cada vez que se la veo me entran ganas de comérmela enterita. Pero en este instante me escandalizo al comprobar cómo acerca la cara hasta mi sexo. Si se le ocurre tocarme ahí, echaré ascuas por la boca.

—Yo que tú no lo haría.

—Vamos, Carla, tú puedes —me anima acariciándome el

exterior con dos dedos.

En cuanto me abre, me retuerzo intentando contenerlo. Está al límite y lo peor es que él lo sabe. Me cubre los labios y el clítoris de un único lengüetazo. Pataleo. Grito angustiada y tiro de las sábanas hasta levantarlas.

—Uno más...

—¡No!

—Si es que me lo estás pidiendo a gritos, nena, ¿qué quieres que haga?

Me devora como si se comiera un helado de cucurucho a lametazos. Únicos y pausados para recuperarme de uno y de otro antes de irme al más allá de un orgasmo desmedido.

—Para, para...

—Tengo hambre, Carla, no puedo evitarlo.

—¡Hazte un Cola Cao y déjame en paz!

Por suerte, su carcajada estalla una vez que ya lo tengo a mi altura.

—Sujétate a algo —apoyo las manos en el cabecero y en la mesita—, que la leche la pongo yo.

El impacto es tan enérgico que me sienta hasta empotrarme contra el cabecero. Me teletransporto entre aullidos desgarradores cuando comienza a atacarme con unas caderas fuera de sí.

La velocidad de sus acometidas es tal que creo que me va a romper, me va a desencajar los huesos. Si fuera posible, me la sacaría por la boca de verdad. El orgasmo llega en segundos y es tan condenadamente intenso que siento que me va a volver los órganos del revés.

Los golpes del cabecero contra la pared son estrepitosos. Hago lo posible por mantenerme entera pero es imposible. Siento que me deshago bajo su martilleo constante. Me abrasa.

—¡Joder, Dani, córrete ya! ¡Córrete de una puta vez!

Como si esperara a mi desesperación, su leche me traspasa ágil y ardorosa como un aguacero de verano. Su cuerpo se va relajando y me da una tregua dejándome caer sin aliento sobre sus hombros. Me sujeta entrando y saliendo a un compás calmo que choca con los desenfrenados latidos de nuestro pecho.

Ni siquiera soy consciente de cuándo o cómo me he quedado dormida. Morales sonrío tumbado al otro lado de la cama mientras peina un mechón de mi pelo con los dedos.

—Has gritado mucho.

Contengo la risa. Seguro que sí.

Todavía sigo desnuda pero al menos lo estoy bajo el calor de las sábanas negras. Él, en cambio, está sobre la cama con unos pantalones verde oscuro de algodón de felpa y el torso desnudo.

—¿Estás muy cansada?

Va a acabar conmigo.

—Depende de para qué.

Salta de la cama y arrastra las sábanas de debajo del colchón. Perpleja, veo cómo me envuelve en ellas y me levanta en volandas sacándonos de la habitación.

—¿Adónde vamos?

—¿Quieres desayunar?

Estoy hambrienta.

—Sí.

Morales baja las escaleras ladeando la cabeza para ver por dónde pisa y no caernos.

—¿El qué?

—Un sobao pasiego.

Pone mala cara mientras bajamos.

—No tengo de eso.

—Pues yo quiero uno.

—Tendré que ir al súper.

Estoy anonadada.

—Era coña.

Me mira con los ojos entornados acercándonos a la cocina.

—Pagarás por ello.

Sí, no me cabe duda.

—Suéltame, te vas a cansar.

—Pero qué dices, eres una pluma.

No sé por qué se molesta en adularme teniendo en cuenta que ya he pasado la noche con él. No lo necesita.

Al llegar a la cocina, me deja sobre un taburete. Es muy espaciosa y muy iluminada gracias a las cristaleras del fondo. A la luz del

día puedo distinguir un amplio jardín que se pierde en una hilera de pinos a lo lejos.

El interior muestra signos de lo poco que se trabaja aquí. Está todo tan reluciente que ni siquiera parece estrenado. Los muebles son negros y blancos y tiene una enorme isla en el centro junto a la que me ha sentado. En las dos encimeras de la cocina no hay más que una campana, un fregadero y una cafetera.

—¿Quieres que te haga *crepes*?

—¿Tú sabes hacer *crepes*?

—Me enseñó mi abuela —comenta rebuscando en los armarios—. Aunque pensándolo bien, no sé si tengo los ingredientes para hacerlos.

—¿No sabes lo que hay en tu nevera?

—Tengo asistenta —dice sin dejar de rebuscar—. Entre eso y que casi nunca estoy en casa, no sé ni cómo funciona la placa.

—¿Nunca has cocinado aquí?

—No.

—¿Ni tampoco les has preparado el desayuno a otras chicas?

Sacude la cabeza riéndose.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no se quedaban a desayunar —se da la vuelta con los brazos en jarras—. Creo que voy a hacer tostadas.

Río ante su nuevo frustrado intento de sorprenderme. Bajo al suelo para anudarme la sábana en el pecho y arrastrarla por el impoluto suelo de la cocina.

—Te ayudo.

Nos lleva un rato encontrarlo todo para preparar un desayuno decente de sábado por la mañana pero al final, lo conseguimos. Nos sentamos uno frente al otro. Sobre la isla hay fruta, tostadas, mantequilla, mermelada y café recién hecho.

Morales enciende un hilo musical desde su móvil. En realidad es una emisora de números uno pasados de moda cuyos títulos apuesto a que conoce todo el mundo. No es ni de lejos lo que me gusta escuchar pero estamos en su casa y es hasta casi agradable para un desayuno tranquilo de fin de semana.

—¿Tu abuela era francesa?

Morales engulle sus tostadas tal y como le vi hacer en

Santceloni. Come por cuatro, es impresionante.

—No —contesta con la boca llena. Tiene que dejar de hacer eso—. Pero vivió allí.

—¿Sabes francés?

Sonríe relamiéndose un poco de mermelada de frambuesa del labio. Casi me corto mientras pelo la manzana.

—No, nunca se me han dado bien los idiomas. Mi abuela intentó enseñarme pero me dio por imposible —da un sorbo a su café. Como haga gárgaras, me remango la sábana y me largo de aquí—. Me obligué a aprender inglés cuando monté IA para poder expandirla.

No sé hasta dónde preguntar porque no sé hasta dónde está dispuesto a revelarme intimidades. Morales es como un libro abierto, siempre contesta a mis preguntas y nunca se corta un pelo en lo que se refiere a la respuesta pero llegados a este punto, no sé si me estaré excediendo.

—¿A qué se dedicaban tus abuelos?

—Mi abuelo era mecánico.

Menos mal, pensaba que iba a soltar una bordería y me iba a mandar a hacer puñetas.

Espera. ¿Qué ha dicho?

—Mecánico...

—Sí —no sé qué cara habré puesto pero alza las cejas al observarme—. ¿Algún problema?

—No, no. ¿Tenía algún negocio de mecánica?

—No, trabajaba en un taller en Lyon y después en Parla pero nunca ha tenido su propio negocio.

¿De qué está hablando?

—Parla...

Morales suelta la tostada y se limpia con la servilleta. Creo que se está divirtiendo. Me está tomando el pelo.

—No sabes mucho de mí, ¿verdad?

No, no sé nada excepto que es un niño de papá caprichoso, adicto al sexo, derrochador y con una sonrisa arrebatadora.

—Todo esto... —digo extendiendo los brazos— ¿De dónde sale? Y por lo que más quieras, no me digas que eres narcotraficante.

Que me caigo muerta aquí mismo. Por favor, que me lavo la boca y me suicido.

—Casillas nació en Móstoles y vive aquí detrás.

—Ya pero él le da patadas a un balón y tú inventaste tecnología *software*.

—Yo no inventé una tecnología, solo perfeccioné algo que ya existía —se cruza de brazos—. ¿No sabes cómo se fundó IA? ¿De dónde vengo?

—No.

—Pensé que Gerardo te lo habría contado. Puede que Sandra lo sepa también.

—¿Por qué?

—Es otra generación.

—Lo siento pero no te sigo.

Esboza media sonrisa. Sus ojos me miran burlones.

—Nací en Parla, me crié allí. Mi familia nunca tuvo dinero. ¿Pensabas que todo esto formaba parte de una dinastía de informáticos?

No, de informáticos no, pero sí que pensaba que sus antepasados estaban montados en el dólar.

Estoy alucinando.

—¿Quieres decir que te hiciste rico de repente?

—No, de repente no. Eso solo existe en las películas.

—Y entonces, ¿qué pasó?

¿De dónde ha salido este hombre?

Morales vuelve a concentrarse en untar una nueva tostada de mantequilla. Yo ahora mismo solo tengo boca, ojos y oídos para lo que tenga que contar.

—Cuando tenía diecinueve años dejé los estudios —comienza dando un bocado al pan—. Me recliné en casa con mi ordenador y me dediqué las horas muertas a programar. Al principio, no tenía ninguna intención de crear nada, simplemente pasar el rato pero la cosa fue surgiendo sola hasta que decidí marcarme un objetivo y lo conseguí.

—Y creaste el programa.

—Sí. No había nada igual, era muy innovador. Solventaba muchos problemas de los típicos CRM de por aquel entonces. Con veinte años lo registré y lo patenté antes de hacer nada. Luego me dio por colgarlo y publicitarlo. No tuve mucho éxito hasta que un año después, unos californianos se pusieron en contacto conmigo.

—¿Querían comprártelo?

—¡Cómo no! Pero lo mejor de todo fue el dineral que me ofrecieron —ya me lo imagino—. Eso me dio qué pensar. Le di muchas vueltas pero sabía que lo tenía claro desde el principio.

—Lo arrancaste tú solo.

Asiente dando un sorbo a su café.

—Si ellos, que eran unos expertos, me ofrecían aquella suma, yo como único promotor podía ganar mucho más. Como no tenía ni idea de la vida, me apunté a mil cursos. Todos para jóvenes emprendedores o autónomos que querían lanzar algo. Luego me apunté a inglés —sonríe—. No me daban las horas, me volví loco hasta conseguirlo.

—¿Pero de dónde sacaste el dinero para montarlo todo?

—No era una tienda, Carla, era *software*. Me ahorré muchas cosas. Pero sí que le pedí dinero prestado a mi abuela. Tenía muchos ahorros, eso me sorprendió, pero me vinieron de puta madre.

Es impresionante.

Creí que había inventado el programita en el garaje de una mansión o en la biblioteca de Cambridge. Montar un negocio completamente solo y sin recursos tiene que ser muy duro.

—¿Tardaste mucho en conseguir beneficios?

—No, los californianos fueron mis primeros clientes —contesta orgulloso—. Cuando se corrió la voz, imagina lo que pasó aquí. Todo el mundo quería los servicios de IA. Fue un *boom*, la empresa puntera del año.

—En tu perfil de la página de IA no pone nada de eso.

—Esos perfiles tienen un párrafo y no se dice más que paja.

—¿Pero eso no debería ser un acontecimiento? ¿No tendría que haber salido en los medios?

—Pues claro, salí en todas partes: tele, radio, prensa... —intento hacer memoria, puede que algo me suene—. Fue hace diez años, Carla. Tú eras una cría, no te acordarás. Esas cosas, con el tiempo, se van olvidando. Ya solo queda el hombre de negocios, no el chaval de barrio que se forró programando.

Sí, algo de todo esto sí que recuerdo o al menos, me vienen a la mente un par de chicos que crearon algo que ya ni recuerdo y que probablemente nunca entendí. Uno era de Cataluña, creo que fue una aplicación, y sí que me acuerdo de que el otro era madrileño pero nada más. Con dieciséis años, toda mi preocupación eran los trapitos y

coquetear con chicos.

—¿Ya no programas?

—No. Bueno, cuando tengo tiempo. Alguna cosilla tonta pero solo por recordar viejos tiempos. Le cogí el gusto al mundo de los negocios.

Aún así, la fortuna que ha amasado es desproporcionada.

—¿Tanto dinero da IA?

Morales aparta su plato vacío y levanta una ceja en mi dirección.

—Tengo delegaciones en Europa, América y Asia. Estamos por todas partes y tengo un ochenta por ciento en acciones de la empresa. ¿Tú qué crees?

Lo que creo es que ahora entiendo muchas cosas. Me recuerda al típico infeliz que gana el Euromillones y acaba endeudado hasta las cejas por no saber administrar su dinero. Ya se puede andar con cuidado como siga derrochando de esta manera.

Esto es toda una revelación. Me pregunto cómo sería Morales a los dieciséis años y lo comparo con mi vida de por aquel entonces. ¿Me habría fijado en él? ¿Por qué somos tan superficiales? Es un genio y está como un tren, ¿tanto importa el dinero?

—Así que pensabas que era un niño mimado, ¿eh? —se levanta rodeando la isla peligrosamente. Mi cuerpo reacciona inmovilizado—. ¿Pensabas que había ido a un colegio privado? ¿A la universidad? —¿ni siquiera fue a la uni?—. ¿Qué creías que eran mis padres? ¿Banqueros? ¿Abogados?

No sigas por ahí que la tenemos.

—Es lógico que lo pensara y más viendo cómo vives —me defiendo—. No pensaba que IA fuera tan exitosa.

—Me ofendes.

—¡No! Perdona, no quería decir eso...

Su mano me retira el pelo del cuello sintiendo su cosquilleo hasta caer por mi espalda. Cierro los ojos al sentir sus labios junto a mi oído.

—¿Te molesta? —susurra—. ¿Te molesta haberte follado a un cani y haber gritado su nombre al correrte?

Me vuelvo estupefacta.

—¡Cómo me puedes creer tan *snob*!

¿Y en qué momento he gritado yo su nombre?

—Seguro que lo has pensado.

No, solo me lo he preguntado.

—Tú tienes mucha pasta. La has tenido siempre, ¿verdad?

Me levanto sobre el reposapiés del taburete hasta llegar a su altura y asesinarlo con los ojos.

—¿Te molesta haberte tirado a una niña rica? ¿A una que montaba a caballo, hacía ballet y tocaba el violín? ¿A la que le regalaron su primer Cartier con quince años? ¿La que...?

Me planta un beso sosteniendo mi cara entre sus manos. Me ahoga.

—No sigas por ahí que me cortas todo el rollo.

—Te importa... —gimoteo en su boca.

—Reconozcámoslo —murmura en voz queda—. Si nos hubiéramos conocido hace diez años, yo te habría perseguido para echarte un polvo y tu habrías salido corriendo.

—No...

—Sí. Y en cuanto hubieras abierto la boca después de follarte, el que habría salido corriendo sería yo.

No puede molestarme lo que ha dicho. Todo es tan triste como cierto. Pero no puedo evitar que su convicción me incomode. Me aparto sutilmente de su contacto y quedo en pie de brazos cruzados.

—¿Puedo darme una ducha?

Morales frunce el ceño. Al final, la que acaba sorprendiendo al otro siempre soy yo.

—No me preguntes eso, claro que puedes. Ve a la de mi habitación.

—¿Tu habitación es donde he dormido?

Morales asiente y yo me doy media vuelta.

Aquí solo se folla si dos quieren y ahora mismo no quiero yo. Espero que le haya quedado claro. Sobre todo después de haberme tomado por una mujer tan simple como el mecanismo de un botijo.

La ducha ha sido muy agradable, hacía tiempo que la necesitaba. Su baño es muy espacioso y con una ducha-sauna hidromasaje en mitad de la estancia. Tiene un banco de madera a cada lado y una mampara transparente. Supongo que se habrá tirado a unas cuantas sentado aquí dentro. Pensarlo no me molesta pues imagino en pasado. Sin embargo, pensar que lo esté haciendo a la vez con la nórdica o cualquier otra me inquieta un poco más.

Yo podría haber hecho lo mismo con Jorge pero me doy cuenta enseguida de que me estoy tirando a alguien sin condón. Si se está follando a otras, debería tener más cuidado. No sé cómo puedo estar comportándome así. Me estoy acostando con alguien del que apenas sé cuatro cosas y para colmo, es mi cliente. Ahora, hasta duermo en su casa. Tendría que detenerme y ponerle fin pero lo cierto es que estoy disfrutando del mejor sexo de mi vida.

Mis orgasmos ahora son bombas de Hiroshima y su tacto me hace sentir pletórica. Escapar a él no me va a resultar sencillo, no sé cómo desintoxicarme de algo tan adictivo y venenoso a la vez.

Cuando salgo del baño envuelta en la toalla, Morales está de nuevo en pantalones y tecleando su iPhone en mitad del vestidor. El hilo musical sigue encendido y suena el típico grupo de los noventa de un solo éxito.

—Dime que tienes secador de pelo.

Morales le da un par de vueltas en su cabeza.

—Creo que hay uno abajo, ahora te lo miro. El vestido aún no está seco. Lo iba a lavar pero uno: no sé cómo funciona esta lavadora; y dos: me daba miedo cargármelo.

—¿Lavadora? ¿Estás loco? Es seda salvaje, lo vas a destrozar.

—Salvaje... ¿Hay más de una seda?

No sabe lo que dice.

Será mejor que me ponga algo encima. No sé hasta qué hora

espera que me quede y no quiero pasearme en cueros por la casa como hace él.

—¿Tienes algo que pueda ponerme?

Señala unos cajones del armario.

—Coge cualquier cosa de ahí, a ver qué te sirve.

Abro los compartimentos, hay varias camisetas. Me hago con una y la extiendo. Parece bastante informal, esto servirá.

—¿Qué es Extremoduro?

Morales alza la vista de su móvil y se queda pasmado. Solo he preguntado lo que pone en la dichosa prenda.

—¿Qué pasa?

—Le tengo mucho cariño a esa camiseta —contesta arrugando el ceño.

—Perdona.

—No, no... No pasa nada, pónstela.

No me importa coger cualquier otra pero solo por fastidiar, me la voy a poner.

—¿No los conoces?

—¿Qué es? ¿Un grupo?

—No me extraña que no los conozcas, con lo pija que eres...

Sí, yo seré una pija pero él no puede negar que lo es mucho más que yo. Mi casa tiene cincuenta metros cuadrados, no me fastidies.

—Los escucho desde que era un crío. ¿Qué escuchas tú? Aparte de Avicii —pregunta haciendo clara alusión a mi móvil.

Me pongo la camiseta. Debería ponerme un sujetador, no me gusta cómo el tamaño hace parecer las tetas tan caídas.

—Swedish House Mafia, Van Buuren, Corsten...

—Menuda puta mierda.

—¿Siempre eres tan directo?

—¿Prefieres que te mienta y te diga que me bajaré algo de eso para comprenderte?

Lo miro ofendida. No tiene tacto alguno pero tiene razón. A mí tampoco me gusta que me mientan.

—No.

Vuelvo a los cajones para buscar unos pantalones. Hay un par de ellos iguales que los que lleva puestos. Cojo los azul marino, seguro que ajustando los cordones me puedo hacer un apaño.

Pero...

—Necesito...

Antes de que pueda explicarme, Morales ya me tiende unos *boxers* blancos frente a la cara. Rehúyo su sonrisa y me los pongo malhumorada. Va listo si se piensa que se los voy a devolver sin lavar. Menuda guarrada.

No me quedan muy holgados y tienen pinta de estar sin estrenar. Me ajusto los pantalones y le pido que me lleve hasta mi pobre Juanjo Oliva.

Lo tiene colgado de una percha en el cuarto de la plancha. El sujetador y las medias están colgados de otra. Están bastante más secos así que los recojo pero el vestido está como si lo acabara de sacar de la piscina. ¿Se pensaba que se secaría de la noche a la mañana?

—Llévamelos al tinte.

—¿En serio? —me mira anonadado— ¿Puedo pagar yo?

—¿Que si puedes? Me lo debes, es culpa tuya.

—¿Y te atreves a salir de aquí así?

Me echo un rápido vistazo a mí misma. Parece que le he robado la ropa a un hermano mayor y voy a salir a rapear por el barrio.

—Si salgo directa de un garaje y entro al otro de la misma forma, no me importa.

—¿Tan incómoda te sientes sin tacones y seda salvaje?

—¿Qué te crees? ¿Que duermo enojada y con un abrigo de pieles?

—Seguro que te acuestas con encaje y satén de trescientos pavos la pieza. ¿Cuánto te cuestan unas bragas?

Me desternillo pensando en mi Pequeño Pony rosa.

—No me conoces una mierda. ¿Dónde tienes el secador?

Morales sonrío y me incita a seguirlo.

—¿Tus sábanas son rosas?

—Frío.

—¿Tienes un vestidor con tocador dentro de esos con lucecitas?

—Frío —contesto riendo.

El trastero me ayuda a apelotonar mucha de la ropa y los

zapatos que tengo.

—¿Tienes un chihuahua?

—¡Frío!

—¿Le llamarías Dolce?

—¿Qué?

—Gabanna.

—Madre mía...

—Armani.

—Cállate.

Avanzamos por un pasillo hasta entrar en otra habitación de la planta baja. Es aún más aséptica que la suya. Solo tiene una cama igual de grande, dos mesitas y una silla.

—Juegas al *paddle* con tus amigas los fines de semana —dice al entrar en el baño.

—Frío.

—Vais a un club de golf.

—Frío.

—Os hacéis la manicura juntas.

—Mmm... Templado.

—No has cogido el metro en tu puta vida.

Morales me tiende un secador de pelo que saca del armario y yo no sé qué contestar sin que parezca estúpida.

—Fuera —le despacho empujándolo hasta la puerta.

—¿No me puedo quedar a mirar?

Cierro en sus narices. Como vea esto, teniendo en cuenta lo fascinado que está con mi pelo, me la meterá entera hasta ahogarme.

Veinte minutos después y con el pelo más que seco, abro el armarito para guardar el secador. Me quedo helada cuando encuentro una caja de salvaslips en el interior. ¿Para qué quiere esto? Me dijo que no tenía novia, que nunca la había tenido, pensaba que vivía solo. Mi mente da mil vueltas hasta convencerme de que esto debe de ser el cuarto de la asistenta. En Santander, la nuestra también tenía su propia habitación pero era interna y yo aquí no he visto a nadie más que a nosotros dos.

No hay mucho más en todo el baño excepto una caja de pañuelos, gel, champú, jabón de manos y un par de coleteros en un cajón.

Aprovecho a coger uno prestado y hacerme una trenza.

Qué calor. El secador ha convertido el baño en una sauna. Abro la puerta de espaldas y me quito la camiseta antes de ponerme el sujetador. Sigue un poco húmedo pero es mejor que nada. Al contemplarme en el espejo, doy un respingo al ver que Morales está mirándome sentado desde la cama. Podría taparse un poco, no puedo soportar verlo continuamente semidesnudo sin reprimir tocarlo.

Sus ojos van directos hacia mi trenza y yo ya adivino lo que está pensando. ¿Cómo puede ser tan insaciable? ¿Será verdad que es un adicto?

Se levanta con calma dejando el móvil sobre la cama. Empieza a vibrar pero no le hace ningún caso. Viene directo a por mí con una parsimonia que parece casi ensayada. Se me traban los dedos en los corchetes del sujetador.

Intento apartarle la mirada pero no puedo, me tiene completamente hipnotizada. Es imposible que pueda librarme de esto.

Cuando me da alcance y se posiciona a mi espalda, me rodea con un brazo y me aprisiona contra su pecho. Está taquicárdico.

—¿Lo notas?

Asiento idiotizada.

—O salgo a correr, o redesayuno, o te como a ti. Tú verás.

Mis pulsaciones se unen a su ritmo aún a sabiendas de que no quiero que sea así. No pueden obedecerme, van por libre, como todo mi cuerpo cuando lo tengo pegado a mí. La reacción es tan extremadamente física que me asusta.

Es increíble que con el simple roce de su piel me excite tanto. Me odio por ser tan fácil con él. No puedo resistirme si le pone tantas ganas. Me encanta cómo se entretiene en todas y cada una de las partes de mi cuerpo. Como cuando amasa mis tetas, mordisquea mi cuello, masajea mi sexo y mil cosas más. Por unos minutos me hace sentir hermosa y desinhibida y me olvido de todo.

—¿Qué hago, Carla?

Sus ojos no me miran a mí sino a mi reflejo en el espejo. Esa mirada enrojecida tan solo acrecienta su aspecto feroz tras de mí.

—Fóllame.

Sus labios se curvan en una sonrisa poderosa.

Tengo que sujetarme al lavabo cuando desciende sus manos

por mi cintura para bajarme los calzoncillos y los pantalones. Me libera una pierna y la sube hasta la encimera. Tantos años de ballet parece que dieron sus frutos. Soy bastante flexible.

Un dedo se cuela en mi interior y yo me vuelco contrayendo mi cuerpo hacia delante. Intento recomponerme jadeante y observo mi propio reflejo. Estoy completamente poseída por el deseo de tenerlo dentro. Pero desafortunadamente, mis ojos me visten por toda mi complexión deteniéndose en todos y cada uno de los defectos que procuro evitar verme a diario.

Bajo la cabeza y cierro los ojos inmediatamente.

Al primer dedo se le une un segundo. Intento concentrarme y disfrutarlo pero mi mente ya no está aquí conmigo.

Una mano me alza la barbilla. Mi boca tiembla entreabierta. No puedo llorar, no en un momento así, pensará que estoy loca.

—Carla.

Vuelvo a abrir los ojos. Morales no detiene su invasión pero me observa pensativo. Me gusta mucho más cuando sonrío despreocupado.

—¿Qué te pasa?

Echo mi culo hacia atrás para facilitarle el acceso. No quiero que me haga hablar.

—Dime qué te pasa.

Niego con la cabeza.

Morales saca los dedos y me levanta sin delicadezas.

—¿No quieres hacerlo?

Asiento, no se trata de eso.

—Pero no quieres hacerlo así.

Exacto.

Veó cómo se baja los pantalones y la ropa interior en el acto. Después, desabrocha mi sujetador y lo tira al suelo. Me coge de la cintura para que demos un par de pasos atrás y me obliga a contemplarnos sujetándose de la cadera y la cara.

—Mírate, Carla —no, no puedo—. Mírate —insiste—. Por favor.

Nos veo a ambos pero focalizo sobre todo en él. Tiene medio cuerpo detrás de mí pero lo poco que alcanzo a ver es espectacular. Al menos, a mis ojos.

—Sabes que estás muy buena, ¿verdad?

—Ya no hace falta que me digas eso.

—¿Cómo?

Me deshago de sus manos.

—Ya me has llevado a la cama.

Su risa me desconcierta.

—¿Y?

—Que ya no lo necesitas, no tienes por qué seguir fingiendo.

—Fingiendo —repite ceñudo—. Carla, estás muy buena, te faltan unos kilos pero estás muy buena. ¿No lo sabes?

No sé si creerle. Siempre dice que él nunca miente y lo cierto es que hasta ahora, no lo ha hecho para complacerme en ningún momento. Es más, su sinceridad se entremezcla fácilmente con su falta de tacto. Eso me da qué pensar, me hace dudar.

—¿Eso crees?

—Sí, sin duda alguna. Si no, no estarías aquí.

—¿Perdona?

—Para tirarte a alguien, tiene que entrarte por los ojos, Carla. Eso del interior está muy bien pero no hace falta escarbar para tener sexo. Nadie se tira a alguien que no le pone. Tú tienes un interior muy interesante pero no me hacía falta conocerlo para empalmarme al verte. ¿De dónde sacáis esas ideas las tías?

—De Disney.

—Pues madurad, eso no existe.

Pienso rápidamente en las ocasiones en que me he encontrado con él y ha insistido en volver a verme. Así hasta que ha conseguido lo que quería. Me asombra que de verdad haya sido mi físico lo que le haya llamado tanto la atención. Para mí es sencillamente improbable.

Eso me lleva a recordar cómo me abordaba. Había un claro plan de ataque premeditado.

—Dani.

¿Qué? Me callo inmediatamente.

¿Qué he dicho? ¡Se me ha ido la cabeza completamente! ¿Por qué lo he llamado así?

Mira mi reflejo, está tan pasmado como yo pero no dice nada. ¡Qué vergüenza!

—¿Sí?

No sé a dónde mirar, a su cara no desde luego.

Me estoy poniendo rojísima, lo noto. Tengo la cara completamente encendida, me hormiguea.

—¿Carla?

¿Cómo soy tan inconsciente?

—Nada, tenía una duda.

—Dime.

¿No le importa? ¿Hay alguien más que lo llame así? A mí desde luego me gusta mucho más que Morales.

—Aquella noche en Larios sabías dónde estaba, ¿verdad?

No contesta, sé lo que significa.

—¿Cómo lo supiste?

—Carla, tienes perfil en Facebook, Twitter, LinkedIn, Xing, Foursquare, Instagram y Flickr con cuatro fotos de cara en el cuarto de baño.

Trago.

—¿Y?

—Toda tu vida está en la red —oh—. Y creaste un evento en Facebook para invitar a tus amigas.

Soy boba.

Ya puedo tener cuidado con todo lo que ponga a partir de ahora. Está claro que me ha espiado de alguna forma. No es posible que se haya hecho pasar por un desconocido amigable en la red porque nunca agrego o sigo a nadie que no conozca. Es evidente que se ha tomado su tiempo.

Morales vuelve a acercarnos al lavabo y sube mi pierna a la encimera pero advierte mi rigidez al instante.

—Quiero que te veas —me susurra al oído—. Déjame convencerte de que digo la verdad.

Su lengua enrosca mi lóbulo y mis músculos responden desentumeciéndose.

—Mira tus preciosas tetas.

Las amasa hasta estrujarlas. Mis pezones reaccionan.

—Tu minúscula cinturilla.

Los dedos se pasean hasta hacer presión y empotrar mis labios contra el borde. Me mece de atrás adelante y estos se abren sintiendo el frío del lavabo. Me humedezco, jadeo.

—Tu follable culo pálido —asegura sin dejar de moverme—.

Bueno, ese solo lo veo yo pero lo tienes.

Me suelta suavemente para entretener sus dedos por la piel de mis muslos. Inconscientemente, me percató de que me muevo sola.

—Tus piernas interminables... Las piernas de una Barbie. Como con las que jugabas después de sacar el poni a pasear.

Sonríó, es idiota perdido.

—Eres una diosa, nena.

Su polla erecta se aprieta contra mis nalgas y me acompaña en mi pervertido balanceo. Me masturbo contra el borde de un lavabo y la verdad es que a su lado, no me sorprende.

Mis ojos se acostumbran a mí. No sé si es por sus palabras o por la lujuria que me invade pero ya no me importa tanto. No puedo pensar en eso porque sencillamente no puedo pensar. Todo lo que quiero ahora es que este abandono dure todo lo posible. Hasta tengo ganas de tocarme los pechos y meterme mis propios dedos y correrme al verlo. Qué subidón, jamás me había pasado algo parecido.

—Pero...

¿Qué pasa? No lo estropees.

—Falta Carla aquí... —me clava la uña del dedo índice en la cadera—. Aquí... —dice presionando en la cara interna de mis muslos—. Y aquí...

Posa el dedo a la altura del corazón.

Pestañeo y detengo mi baile pero la punta de su miembro se abre paso lentamente por mi abertura y me voy quedando sin aliento.

Me colma entera y se hace con mi trenza para ayudarse a entrar otra vez. Los tirones me vuelven a enloquecer como la última vez. En el espejo puedo vernos a ambos. Yo, con boca jadeante, una mano apoyada en el grifo, la otra en el borde y el tórax arqueado hacia atrás. Él, mordiendo el labio, la mirada perdida por mi culo, una mano enrollada en la trenza y la otra sobre mi cadera.

Quiero colaborar, lo necesito. Retrocedo botando sobre su pubis agilizando sus idas y venidas. Su risa escapa en un jadeo cuando sabe exactamente lo que intento.

—¿Quieres sobao pasiego, Carla?

—Sí...

—Pues toma cocido madrileño.

Me golpea bruscamente hasta casi estrellarme contra el cristal

pero no puedo evitar echarme a reír a la vez que grito de pleno gusto.

—¿Quieres que la meta más?

—¡Sí, joder! ¡Hasta el fondo!

Me ensarta desplegando las inevitables llamaradas por toda mi piel. Si sigo apretando el grifo tan fuerte, me voy a quedar con él en la mano pero no lo puedo remediar. Los tirones en mi nuca y las palpitaciones en mi sexo me escaldan.

—¡Córrete! ¡Córrete dentro! —suplico fuera de mí—. Me encanta cuando te corres dentro de mí. Quiero sentirlo, lo quiero a chorros.

—Joder...

—Vamos —gruño—. Vamos, Dani, ¡córrete!

—¡Voy, joder, voy!

Por mucho que él no quiera, su cuerpo le traiciona al momento bajo mis órdenes. La leche caliente se abalanza por mi interior acelerada y desatada y yo danzo completamente alienada.

—¡Más! ¡Otra vez! ¡Más! ¡Más!

—¡Dios!

Una última sacudida me lanza de lleno al orgasmo y me dejo llevar por un éxtasis disfrazado de grito arrollador.

Mi cuerpo se desploma sobre la encimera y Morales se deja caer sobre mi espalda. Me voy a ahogar, casi no puedo respirar.

—Nena.

—¿Mmm?

—No tengo más, me exprimes.

Río como una idiota bajo su cuerpo estallando los dos en carcajadas.

Al tranquilizarnos, sale de mí y yo me levanto sujetándome del lavabo sin fiarme de que mis propias piernas me sostengan.

Mi cerebro despierta en cuanto reparo en la música de fondo. El hilo musical sigue encendido y no me ha importado hasta ahora pero esto es distinto, esta canción es distinta.

Hiperventilo. No, no, no, por favor, no quiero oírla, no quiero volver a allí.

—Apágalo.

Morales se para en seco con los pantalones a medio subir.

—¿Qué?

—Apágalo, apaga la música.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Odio esta canción —digo con los dientes apretados—.

Apágalo.

—¿Cuál? ¿“Wild Horses”? ¿Por qué? Es muy buena.

—¡Apágalo!

Morales da un paso atrás y sale corriendo del baño.

Por favor que pare. No puedo soportarlo, son demasiados recuerdos y todos de golpe. Las imágenes que ya creí borradas vuelven a mi cabeza para hostigarme. No quiero verlo, no quiero volver a pasar por eso otra vez.

La música cesa.

Inspiro y suelto el aire lentamente, tal y como me enseñaron. Procuro calmarme antes de que las exhalaciones acaben por marearme. Me lavo la cara y las manos refrescándome con el agua fría del lavabo.

—¿Por qué no te gusta?

Morales está de brazos cruzados en el umbral de la puerta. No pienso hablar de esto con él y menos ahora, justo después de un polvo.

Comienzo a vestirme sin abrir la boca cuando otra melodía familiar llega hasta mis oídos.

—¿Eso es mi móvil?

—Eso creo, dejé tus cosas en mi habitación.

Salgo corriendo echándolo a un lado para llegar hasta arriba antes de que cuelguen. La música ha estado encendida todo el rato, seguro que no lo he oído antes por eso. Nadie sabe que estoy aquí, mis amigas tienen que estar preguntándose dónde me he metido desde ayer.

—¡Carla, espera!

No, si lo hago seguirá preguntando y no quiero que lo haga.

—¡Oye! ¡No sé qué es más escandaloso, si tu pelo suelto o cómo te das esos culazos en la trenza al correr!

Me llevo la trenza al pecho y sigo corriendo por las escaleras dejándolo atrás. Ya no lo oigo.

Entro en la habitación y veo que mi abrigo está sobre la cama y el bolso sobre una de las mesitas. Busco mi móvil. Es Carmen.

—Hola, perdona —saludo sin aliento—. No llegaba... Eh... ¿Qué pasa?

Está llorando como una magdalena.

—¿Dónde estás?

—En Pozuelo, ¿qué pasa?

—Te he estado llamando —el hipido y el llanto le impiden vocalizar—. No sabía con quién hablar.

—¿Qué pasa, Carmen?

—Es... Es Raúl... Me ha echado de casa.

—¿Qué?

—No me deja entrar.

Arranca a llorar otra vez.

—¿Pero qué te ha hecho? ¿Qué ha pasado?

—Me han dado el puesto, el de la entrevista.

—Vale pero eso es algo bueno, ¿no?

Morales irrumpe en su habitación.

—¿Qué coño son esos gritos?

Le hago un gesto con el dedo para que calle y salgo para hablar desde el vestidor.

—Él no quiere, Carla. Ya me lo dijo pero aún así yo fui a la entrevista. Quiero ese puesto, llevo esperando esta oportunidad mucho tiempo.

—¿Y cuál es el problema?

—Él...

—Dímelo, Carmen.

—Es que él quiere estar conmigo continuamente, no quiere dejarme sola, no quiere que trabaje en la editorial.

Esto es inaudito, me estoy calentando muchísimo.

—¿Y qué quiere? ¿Que le esperes en casa con la cena hecha y una copa de Soberano en la mano?

—No, no. Quiere que esté con él, todo lo posible.

—Pero...

—Quiere que trabaje con él.

—¿En el club de golf? ¿Y qué vas a hacer tú ahí si estudiaste periodismo y ya tienes trabajo?

—Eso le he dicho yo pero no lo entiende. Carla, no sé que hacer.

Está completamente derrumbada.

—¿Dónde estás ahora?

—No sabía a dónde ir, sigo aquí, estoy en el portal.

—Quédate ahí, no te muevas. Voy a buscarte ahora mismo.

Cuelgo antes de que pueda decir cualquier estupidez y entro corriendo a la habitación a por mis cosas. Morales vigila mis movimientos de pie junto a la cama.

—¿Dónde están mis zapatos? —pregunto corriendo de un lado a otro como una loca.

—¿Qué ha pasado?

—¡Dónde están!

—Aquí —contesta con ellos en la mano. Se los arranco y me los calzo de pie—. ¿Qué ha pasado? ¿Adónde vas?

—¿Puedes llamarme a un taxi, por favor? Tengo que salir pitando.

Echo a correr por el pasillo para bajar las escaleras. Morales me sigue de cerca.

—¡Qué es eso!

Me clavo asustada en los escalones.

—¿El qué?

—Esto —responde sosteniendo mi trenza frente a la cara.

Creo que se refiere al coletero.

—Estaba en el baño de abajo, ya te lo devolveré...

En un abrir y cerrar de ojos, lo desenrosca de mi pelo y lo tira al suelo dejando que caiga rodando por las escaleras. No entiendo nada pero no tengo tiempo para sus tonterías.

—Necesito un taxi. O llamas tú o llamo yo —amenazo mientras bajo.

—Pediré que te traigan un coche.

—No hace falta, solo necesito un taxi, ¡llámalo, vamos!

—Esto es más rápido, ya están aquí, ¡cálmate!

En cuanto llegamos abajo, yo me abrocho el abrigo y Morales llama a la compañía de chóferes pidiendo un servicio urgente.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta una vez termina la llamada.

—Es Carmen, una de mis amigas. Está saliendo con un gilipollas, la ha echado de casa.

—¿Qué? —se escandaliza.

—Sí, eso mismo he pensado yo. ¿Cuánto van a tardar?

Morales resopla.

—Puedes salir ya, siempre hay alguien de guardia por si hay cualquier emergencia.

—¡Gracias!

—Puedes salir por el...

—¡Da igual! —grito en mi carrera hacia la puerta.

Al abrirla, el frío viento otoñal me azota el rostro y noto cómo va deshaciéndome la trenza.

Un coche se acerca desde la entrada de la finca y yo salgo corriendo a su encuentro para ahorrarme la parafernalia de que tenga que venir hasta la puerta.

En cuanto me meto dentro y grito la dirección como una posesa, echo un último vistazo atrás. Ni siquiera me he detenido a cerrar la puerta de la casa. Morales se convierte en una hormiguita junto al umbral mientras nos vamos alejando. Tiene que estar alucinando pero tenía que ser así. No puedo dejar a Carmen a merced del loco de su novio después de lo que ha pasado. Me necesita. A mí y a la mala leche que me está entrando y que pienso descargar de un puñetazo en la cara de Raúl.

El chófer me deja en el portal. En cuanto llamo a la puerta, veo una sombra que se levanta y se acerca hasta el picaporte. Carmen me abre completamente anegada en lágrimas y con la cara enrojecida.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Raúl, ¿quién va a ser?

—Arriba, pero...

Subo por las escaleras sin esperar al ascensor hecha una furia.

—¡Carla, no! ¡Por favor! ¡Déjalo!

Hago caso omiso de sus gritos y mantengo pulsado el timbre hasta que le piten los oídos al muy hijo de la Gran Bretaña. Se oye música en el interior, la tiene muy alta. Si no me oye, no pararé de dar porrazos a la puerta hasta que la abra.

Carmen tira de mi brazo suplicando que nos vayamos y lo dejemos estar pero alguien tiene que decirle un par de cosas a este monstruo.

Raúl nos abre visiblemente cabreado. Sus ojos grises echan chispas cuando nos ve a las dos en el rellano. Hay más gente en la casa y la música está a tope. Ha tenido incluso la desfachatez de montar una fiesta.

—¡Hijo de puta! —vocifero al estamparle el bolso en la cara—
¡Cabrón!

Raúl retrocede trastabillando con las manos en alto. Es más bajo que yo, no me cuesta mucho apalearlo a bolsazos sin dejar de gritar.

—¡No te vuelvas a acercar a ella!

—¡Paradla! —chilla acorralado—. ¡Paradla!

Varias manos me detienen obligándome a desandar mi camino hasta la puerta. Entre ellas se encuentra Carmen, que está espantada y no deja de llorar.

—¡Fuera de aquí, loca! ¡Fuera las dos!

—¡Esta casa también es suya, imbécil!

El corazón se me encoge en un puño en cuanto veo cómo Raúl se abalanza hacia mí sosteniendo el dedo índice sobre mi cara. Otro chico le agarra del brazo para calmarlo pero él se suelta de golpe.

—Tienes suerte de que seas una tía porque si no, ya te habría partido la cara.

Me río delante de sus narices.

—¿Eres lo suficiente hombre como para echar a tu chica de vuestra casa pero no para darme un tortazo a mí?

La vena de su frente se hincha desde su pelo castaño hasta las cejas.

—Atrévete si tienes huevos —le insto en voz baja.

—¡Carla, vámonos! —ruega Carmen tirando de mí.

—Vamos, tío, déjalas, ya lo hablaréis —dice uno de sus amigos.

Yo me zafo de los brazos que me sostienen y atiendo las súplicas de Carmen que está de los nervios.

—Acuérdate —adviento a Raúl—. No te vuelvas a acercar a ella.

—Carmen, tu amiga está como una puta regadera.

—No hables con ella.

—¡O qué! —brama iracundo.

Mis ojos le lanzan una mirada desafiante al tiempo que procuro calmarme para no gritar.

—O te la corto y te la hago tragar.

La puerta se cierra delante nuestra cara azorándonos en un vendaval de corriente.

Carmen está temblando entre mis brazos.

—¿Por qué has hecho eso?

—No lo sé, alguien tenía que hacerlo.

Han sido la rabia, la impotencia y los recuerdos de una relación pasada exactamente igual que esta. Solo que yo no tuve a nadie que zurrara a Rober por mí.

—¿Y si te denuncia? Había muchos testigos.

—Eso es lo último que me preocupa ahora mismo. Vayamos a mi casa.

Bajamos hasta la calle para pedir un taxi. Cuando por fin lo conseguimos, Carmen se sorbe los mocos sobre mi hombro en el asiento de

atrás.

—Carla.

—¿Qué?

—¿Por qué llevas chándal y tacones?

Carmen me ha contado todo lo sucedido. Nos hemos dado una ducha, hemos encargado comida india para comer y hemos pasado toda la tarde hablando.

Al parecer, ayer confirmaron a Carmen que el puesto al que aspiraba era suyo. En circunstancias normales, habría salido a cenar con su novio para celebrarlo o habría salido de copas con nosotras ese mismo día u otro cualquiera. Sin embargo, la relación de Carmen no es normal en absoluto y lo demuestra el hecho de que tuviera miedo de decírselo a su pareja y haya esperado un día para hacerlo.

Hoy desayunaba con algunos compañeros de trabajo con los que ha formado grupo y antes de acudir al desayuno le ha contado a Raúl las buenas nuevas. Obviamente, él se ha puesto como loco al enterarse primero de que Carmen fue a la entrevista y segundo, de que la habían ascendido.

Tal y como dice Carmen, Raúl no quiere despegarse de ella, quiere tener controlado dónde está y lo que hace en todo momento. El nuevo puesto de Carmen la obliga a viajar de vez en cuando y eso dificulta mucho las pretensiones de su novio. Antes de que fuera al desayuno, la ha amenazado con que si se iba, no se molestara en volver porque habrían terminado.

A Carmen le había parecido una reacción exagerada pero al volver a casa se encontró con que Raúl había echado la llave y ella no podía abrir a menos que retirara la suya. La ha mantenido así hasta que he aparecido yo por allí.

Carmen dice que la primera persona en quien pensó en llamar fue a mí y estoy casi segura de saber por qué lo ha hecho. Creo que en el fondo, Carmen estaba deseando ver cómo alguien le paraba los pies a Raúl y teniendo en cuenta lo calentita que estaba yo con el tema, era una presa fácil.

Sigue dándome un poco de miedo la reacción de Carmen. Hay momentos en que parece decidida a dejarle pero a ratos vuelve a echarse a

llorar y excusarlo. Justo lo que hacía yo. Ya no sé qué hacer para convencerla de que olvidarse de esta historia es lo mejor que le puede pasar.

Avicii suena desde mi cuarto mientras Carmen recoge los platos de la cena.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

Eva suena realmente cabreada al teléfono.

—¿De qué hablas?

—No te hagas la tonta, Manu acaba de contármelo.

Sabía que no podía quedarse callado.

—Voy a matarlo —mascullo.

—¡No! Ha hecho lo que tenía que hacer. Soy tu amiga, Carla. ¿Por qué no tengo derecho a saber cuándo te desplomas inconsciente por la calle?

—Eva, fue solo un segundo, un mareo. No exageres, ¿qué te ha contado?

—¿Has ido al médico?

—¿Para qué? Estoy bien. Sabes que me ha pasado más veces, me recupero enseguida.

—Joder, Carla.

Se queda callada. Se oye ruido de fondo, estará en el restaurante con él.

—¿Qué?

—¿Es que no lo ves? ¡Estás raquítica! ¡Come!

—¡Basta, Eva! ¡Tengo a Carmen aquí, Raúl la ha echado de casa!

Y me viene de perlas para que todos me dejéis en paz con el temita.

—¡Qué! ¿Qué ha pasado?

Hago un resumen rápido de lo ocurrido antes de que Carmen entre en la habitación.

Eva está igual o más cabreada que antes. Le acabamos de amargar la noche entre las dos. Espero que Manu sepa sobrellevarla pero en parte es culpa suya. Si hubiera mantenido la boca cerrada como le pedí, esta conversación ni siquiera habría existido.

—¿Queréis que vaya para allá?

—No, no te preocupes, ya está mejor. Nos vamos a dormir,

estamos las dos agotadas.

—Vale pero mañana llamo a Vicky y nos vemos en tu casa.

—Bien, eso la animará. Gracias.

—No me las des, es como debe ser.

La verdad es que tengo tres amigas que valen su peso en oro. Me alegra saber cómo nos tenemos las unas a las otras en situaciones de código rojo. Tener a alguien que reacciona al instante cuando necesitas un hombro sobre el que llorar o un simple abrazo reconfortante, es mejor que tener todo el dinero del mundo.

—Y Carla.

—¿Qué?

—Se lo pienso contar a las dos.

La llamada se corta y me quedo mirando la pantalla en negro como una tonta. Sinceramente, no esperaba otra cosa por su parte. Es más, yo habría hecho lo mismo. Mañana nos espera una buena tanto a Carmen como a mí.

Abre la puerta en cuanto retiro el nórdico para acostarla. Acaba de tener otro arranque de lágrimas y está zombi perdida. Le he prestado algo de ropa aunque casi todo le queda ajustado. Lleva mi pijama de invierno para todos los públicos, el de los ponis lo tengo escondido en el armario.

Mi iPhone vuelve a vibrar. Es un mensaje.

«Morales: “¿Todo bien?”».

«Morales: “El chófer me dijo que te dejó sana y salva”».

Por favor, que no espere que vuelva allí y menos ahora. La verdad es que me he marchado de muy malas maneras a pesar de que la situación lo requería. No sé si habrá esperado una explicación durante todo el día hasta que se ha cansado de esperar.

«Carla: “Perdona”».

«Carla: “Me fui deprisa y corriendo”».

«Carla: “Todo bien”».

«Morales: “Qué escueta”».

No tengo ninguna intención de contarle cómo le he arreado a

un tío con un bolso. Me va a tomar por esquizofrénica y bastante tiene ya con lo que ha visto por hoy. De hecho, no tendría que haber visto nada. Tendría que haberme largado anoche pero no pude evitar quedarme sopa entre sus sábanas.

«Carla: “Estoy cansada”».
«Carla: “Me voy a dormir”».
«Morales: “¿Tan pronto?”».
«Morales: “¿Hoy no sales?”».

No, ¿o has visto algo que te haya dado la impresión contraria en mi Twitter o en mi Facebook so capullo?

«Carla: “No”».
«Carla: “¿Te importa que use tu camiseta para dormir?”».
«Carla: “Te prometo que la lavaré”».
«Carla: “Pero no tengo nada que ponerme”».
«Morales: “:-)”».
«Morales: “¿Te vas a tocar con mi camiseta puesta?”».

Mucho estaba tardando.

«Carla: “No”».
«Carla: “Y menos compartiendo cama con Carmen”».
«Morales: “Tocaos las dos”».
«Morales: “POR FAVOR”».

No puedo evitar reírme a carcajadas.

—¿Qué pasa? —pregunta Carmen.
—Nada, duérmete. Voy a apagar el móvil.

«Carla: “Vete a dormir”».
«Morales: “No estoy en casa”».

Tampoco me sorprende.

«Morales: “Carla”».

«Carla: “¿Qué?”».

«Morales: “No la laves”».

«Morales: “Que no has puesto una lavadora en tu vida”».

«Morales: “Y esa camiseta para mí”».

«Morales: “Es igual o peor que la seda salvaje”».

Se desconecta al segundo. Definitivamente es tonto del culo, no sé por qué sigo riéndome.

—No te he preguntado nada. Vi los mensajes del chat de ayer y se me ha olvidado por completo.

—¿El qué? —pregunto rodeando a Carmen con los brazos para darnos calor.

—Morales, ¿cómo te va con él?

Me encojo de hombros, no lo sé realmente.

—¿Sabías que es de Parla?

—¡Qué!

Mi tío me ha llamado a primera hora del domingo. Nos ha despertado a las dos y ya no hemos vuelto a dormirnos.

Me ha contado lo acontecido el viernes en la junta de accionistas. Ravel ha vuelto a insistir en comprarme un paquete considerable de acciones pero por enésima vez, me he negado. Mi tío me aconseja ceder, no entiende que tenga tanto poder en el bufete sin darle el uso apropiado pero no puedo hacerlo. Yo comprendo su razonamiento pero él no comprende el mío. Puede que sea porque no hay un razonamiento como tal, mis motivos son mucho más sentimentales y los sentimientos nunca tienen cabida en los negocios.

Las grandes novedades esta vez han sido las intenciones de Ravel de abrir delegaciones del bufete por la zona norte. Ni mi tío ni yo le hemos visto sentido teniendo en cuenta la gran competencia que tenemos fuera de Cantabria. Sería un esfuerzo inútil. Si tantas ganas tiene de expandirse, le diremos que lo haga él solo y solo con su nombre. No creo que mi tío tenga tiempo entre su trabajo en el banco y su papel como asesor en el bufete como para poder sobrellevar más oficinas. Para colmo, yo no puedo hacerlo sin su ayuda, así que prefiero ahorrarme el disgusto y decir que no.

También me ha recordado la visita de la asociación a Madrid el próximo sábado. Finalmente será en un instituto de Vallecas. Me ha mandado un *e-mail* con la dirección y el horario después de colgar. Debería acercarme y saludar. Hacer un mínimo esfuerzo por involucrarme un poco más después de tantos años.

Por otro lado, hoy Carmen se encuentra mucho mejor. No ha vuelto a llorar aunque en algún momento se recluye en su propia burbuja y nos ignora. Por una vez, nos hemos puesto tres de nosotras de acuerdo y la hemos medio convencido de que tiene que dejar a Raúl. Es una relación tóxica que acabará por destruirla a disgustos. Esta noche volverá a dormir aquí, no tiene a dónde ir. Mañana por la tarde iremos a recoger algo de

ropa de su piso. Lo haremos antes de que Raúl vuelva del club tanto para poder entrar como para no tener que verle la cara.

—¿Qué tal anoche con Manu? —pregunta Vicky a Eva mientras nos tomamos un café en el salón—. ¿Ha mejorado la cosa?

Eva abre la boca pero no contesta.

—¿Qué?

—No me lo tiré.

—¿No? —preguntamos las tres a la vez.

Eva hunde la cabeza entre los hombros.

—¿No fue bien?

—Fue perfecto.

—¿Entonces?

—No surgió.

Ahora la que se recluye es Eva. Algo raro le pasa con Manu y más si no ha aprovechado para tener sexo con él. Si mi compañero se quejaba de que nunca le preguntaba nada, mañana se va a enterar de lo que es bueno.

—¿Y tú? —me interroga Vicky—. ¿Qué hiciste con Jorge?

—¿Con quién? —pregunta Carmen.

—Un chico que conocimos mientras cenábamos el viernes.

—Era monísimo —apunto.

—Y pesadísimo, hablaba por los codos —añade Eva.

—Estaría nervioso, hacía poco que acababa de cortar con la novia.

—¿Y tú te lo crees? Probablemente era cualquier excusa para poder pillar.

Vicky frunce el ceño.

—¿En serio? A mí me pareció sincero.

—¿Quién lo dice? ¿Tú o la papa que llevabas encima?

—Pues yo le di el número.

—¿Sí? ¿Quieres volver a verlo?

—Si dice que es monísimo y sincero... —argumenta Carmen.

—Me lo pidió así de repente y no me pareció mal.

—Pero no te interesa...

No lo sé. Me ayudaría a quitarme otras cosas de la cabeza.

Mis amigas me observan cautas al ver que no contesto. Es Eva quien abre los ojos de par en par y suelta la taza de café sobre el plato a

punto de dejarme sin vajilla.

—¡No te estarás pillando de Morales!

—¿Qué? —me escandalizo—. ¡No! ¡Pero si es idiota redomado!

—Pues no sé qué decirte, igual es mejor eso a que tengáis solo sexo —dice Carmen.

Eva se queda boquiabierta

—¿Qué dices loca...

—Si lo que tenéis es algo más serio, puede que tu jefe no lo vea tan horrible cuando se entere.

—No se va a enterar.

—Acabará por salir, asúmelo. Todas esas cosas siempre se acaban sabiendo.

—No si cortas por lo sano de una vez —apostilla Vicky muy seria.

No quiero hablar de eso. Es domingo, necesito un respiro.

—¿Se enteró de lo de tu desmayo?

Eso es Eva, remátame.

—¿Qué desmayo?

—Carla se desplomó en la calle el jueves por la noche. De no ser por Manu, se habría abierto la cabeza.

—¿Por qué no nos has dicho nada? —pregunta Carmen claramente ofendida.

—Porque estoy perfectamente.

—Todavía me acuerdo de aquella vez que caíste redonda en el comedor de la uni —recuerda Vicky. Yo ya ni me acordaba del tema—. Casi se me sale el corazón por la boca, que impresión.

—Solo son vértigos, ya lo sabéis —dejadme en paz de una vez o no pararéis hasta que me llevéis derecha a un psicólogo. Y no quiero pasar por eso. No otra vez—. ¿Conociste a alguien el viernes, Vicky?

Eva se echa a reír.

—¿Cuándo? ¿Antes o después de que echara la raba?

—Me dieron garrafón.

—Sí, seguro.

Vicky hunde la cara entre sus manos. Hacía tiempo que no la veía así, está realmente angustiada con el tema. No me gusta ver cómo desperdicia este tipo de etapas por las que pasamos todos. También se

puede estar soltero y disfrutarlo pero ella no parece verlo.

—Necesito amor.

—Necesitas dejar de pensar en príncipes azules a lomos de un unicornio blanco. Tírate a alguien de una vez, ya verás cómo se te pasa.

—Qué fácil es siempre todo para ti.

—Ten fe, cariño —la anima Eva rodeándola con un brazo—.

Todo llega.

—¿El amor?

—No, idiota, el tío que te dé el meneo que necesitas desesperadamente. Como los que le dan a Carla, por ejemplo —contesta guiñándome un ojo.

Qué boba es, no sé por qué sonrío. Quizá por todos esos maravillosos polvos con los que me he deleitado últimamente.

Carmen me da un ligero codazo en las costillas.

—¿Ellas no lo saben?

—¿El qué?

—Morales nació en Parla.

—¡Qué! —gritan al unísono.

Vicky está a punto de echar el café por la nariz.

—Nunca tuvo dinero.

—¡Qué!

Eva me mira espantada.

—¿Te estás tirando a un poligonero?

No quiero que hagan chanza de esto, no le veo la gracia.

—Sí, un poligonero con la minga enorme.

Mis amigas me obligan a contarles la misma historia con la que se durmió Carmen anoche y ambas reaccionan anonadadas.

—Madre mía, qué morbazo.

Eva está loca. Carmen contiene la risa a duras penas. Me alegra verla reír pero no por esta chorrada.

—Ayer vino a buscarme en chándal.

—¡Qué!

—¿De los de tactel?

—Oye, no. No te me vuelvas choni —me advierte Eva—. Tú no, se me cae un mito.

—Tenéis un problema muy serio con los informáticos, con los parleños... ¿Parleños?

La editora asiente.

—¿Cómo te quedaste cuando te lo dijo? —quiere saber Vicky
— A cuadros, imagino.

—Eso fue lo de menos. Me sorprendió mucho más cómo
montó IA. Es alucinante lo que consiguió.

—Friki-maromo-parleño... —murmura Eva—. ¿Algo más?
Por mi bien espero que no.

Me he levantado con mal cuerpo. Esta noche he pasado mucho frío a pesar del nórdico y del calor de Carmen al otro lado de la cama. He tomado un ibuprofeno para el dolor de cabeza pero no se me pasa. Sospecho que estoy incubando algo, justo cuando más trabajo tengo. Siempre me pasa igual.

He recibido un nuevo *e-mail* de Juanjo Soler a primera hora. Quiere que comamos mañana para conocernos en persona y ver cómo abordar los próximos planes de comunicación. Morales estaba en copia pero no ha habido un segundo *e-mail* por su parte. Yo he aceptado gustosa y al rato he recibido la convocatoria para volver a las oficinas de IA. Morales también ha parecido aceptar la invitación.

Me asusta un poco vernos con alguien de IA de por medio. No sé hasta qué punto sabrá llevarlo con profesionalidad teniendo en cuenta lo payaso que es y que le gusta ser. Voy a tener que armarme de paciencia para poder soportarlo. Para este tipo de reuniones ya no es necesario que él esté presente así que sospecho que la razón única por la que quiera asistir es que esté yo.

Sigo con las últimas palabras de Vicky danzando por mi cerebro. Tengo que parar esto ya pero es complicado si empezamos a prestarnos ropa el uno al otro. Aún tengo la suya en el cesto de la ropa sucia y aunque lo último que se me ocurre es llevársela mañana, quiero deshacerme de ella cuanto antes.

Eso me recuerda que llevo queriendo mirar algo desde el sábado. Abro Spotify e investigo un poco de qué va este grupo que le gusta tanto. Pongo la primera canción sobre la que se posa el cursor y subo los altavoces.

Me acuerdo de ti.

Vaya, qué bonito.

Me cago en tus muertos.

—¿Te gusta extremo?

Manu se me queda mirando con el ceño fruncido. Apago los altavoces antes de que lo oiga alguien más.

—No, le gustan a mi primo Héctor. Quería saber qué tocaban.

—Es rock español, son míticos.

—¿A ti te gustan?

—No es lo que suelo escuchar pero sí que los conozco.

No sé en qué círculos tan concretos me muevo que no he tenido oportunidad de escuchar esto antes.

—¿Vienes a comer?

Asiento mientras me quito las gafas y recojo mis cosas. Aprovecharé a ir directa a mis próximas reuniones. Solo tengo que ir a buscar a Sandra allí donde esté.

Manu y yo vamos dando un paseo por la Castellana barajando dónde podemos comer hoy.

—¿Qué tal te fue el sábado? —pregunto como si tal cosa.

Mi compañero sacude los hombros sin dejar de mirar los escaparates de los restaurantes.

—Yo me lo pasé muy bien.

—¿Y ella?

—Dímelo tú, habréis hablado, ¿no?

No entiendo su actitud. Si se lo pasó tan bien no debería estar tan apático. No se le ve emocionado en absoluto.

—Solo me dijo que fue perfecto.

Y que no follasteis.

—¿De verdad?

—¿A ti no te lo pareció?

—Digamos que me esperaba otra cosa, otra actitud, no sé.

—¿A qué te refieres?

—Déjalo, serán impresiones mías —se convence abriéndome la puerta de un local—. Aunque ayer no me cogió el móvil.

—Es que llamarla justo el día de después...

—Solo quería saber cuándo podríamos volver a quedar. Qué raras que sois las tías, si no os llamamos somos unos cerdos y si lo

hacemos, ¿somos muy pesados?

Depende, no puede generalizar. Si hubiera sido Vicky y no la hubiera llamado, ya estaría llorando en pijama con un bol de helado en la mano.

—Al menos conocí a un famosillo.

—¿A quién?

—Eva dijo que era un marqués o algo así, yo no lo conocía.

De repente, se me enciende una lucecita en la oscuridad de mi córtex cerebral. Es demasiada casualidad.

—¿Hablasteis con él?

Manu asiente mientras se sienta.

—Fue ella quien me lo presentó, le ha debido de hacer alguna entrevista para su programa.

Me quedo inmóvil junto a la mesa. Es imposible que Eva esté haciendo lo que creo que está haciendo. Es ir demasiado lejos y más con alguien a quien aprecio.

—¿No te sientas?

—Ve pidiendo, voy a llamar a Sandra para saber dónde la recojo.

Manu coge la carta y yo salgo para hablar desde la calle. Enciendo un cigarro, me tiemblan las manos. No sé si de frío o de sospechar la guarrada que me está haciendo una de mis mejores amigas.

Al cuarto tono oigo su voz.

—¿Por qué quedaste con Manu?

—¿Qué?

—¿Por qué quedaste con él? ¿Sabías que el otro estaría allí?

—¿De quién hablas?

—Del estúpido marqués ese.

—No es ningún estúpido —replica ofendida.

—Eva, lo sabías, fuiste allí a conciencia.

Aún conservo las vagas esperanzas de que lo niegue pero se ha quedado completamente callada al otro lado del auricular.

—Eva...

—Sí, ¿qué pasa? Sabía que estaría allí, era un chivatazo. ¿Tan malo es? Podía saber con quién iba acompañado y sacarlo hoy mismo.

—Eva, que soy yo. No me mientas.

Calla de nuevo y mi intuición no me engaña. No tenía que

haberlos presentado, pensé que Manu era igual que ella pero me he dado cuenta de que no lo conozco en absoluto. Son completamente opuestos, es un Vicky en potencia. Me odio, me odio mucho.

—¿Qué estás haciendo, Eva? ¿Estás intentando dar celos a ese tío con Manu? ¿De eso se trata?

—¿Y qué? —ya está cabreada—. ¿Qué más te da? No es asunto tuyo, ya somos todos mayorcitos.

—¿Pero por qué con él? Sabes que está encoñado contigo, ¿no podías haber ido con alguien de la redacción?

—Me lo puso en bandeja —contesta con total naturalidad—. Además, en parte es culpa tuya, no haberme pasado el teléfono.

—¿Perdona? ¿Me cargas el muerto de tus jueguitos por no haberte querido coger el teléfono una vez?

—¿A qué vino eso de pasármelo como si nada? Sabes que no quería volver a verlo.

—Esto es una cerdada Eva, lo es hasta para ti.

—No te atrevas a juzgarme, yo no me tiro a ningún cliente por las noches y me echo a llorar por las mañanas.

Me quedo sin habla. Estoy alucinando.

—¡Pero si me animaste a hacerlo!

—¿Y para qué me haces caso? ¡Si ya me conoces!

—Se acabó. No vuelvas a verlo, dile la verdad y déjalo ir.

Eva resopla malhumorada.

—Debería devolvérsela.

—¿Qué?

—Invitarle en algún otro sitio. Me sentí...

—Invitarle —abro aún más la boca—. ¡Pagó él! ¡Pero cómo le dejaste! ¿Sabes la mierda que cobra?

—¡No tuve otra opción! ¡Se empeñó y no me dio tiempo a reaccionar!

—La estás cagando, Eva. Hacer algo así con un tío que está colado por ti es muy bajo por tu parte.

—Que no me juzgues —pide entre dientes—. Cuando quiera tu opinión para algo ya te la pediré.

Así que esas tenemos.

—Muy bien, pues mientras tanto ni te molestes en llamarme.

Cuelgo y apago el cigarro de mala manera sobre la papelera.

No sé cómo se va a tomar esto Manu, ni sé qué es lo que piensa hacer Eva con él. Solo sé que yo ya no me quiero meter, no quiero saber nada de esta historia entre los dos. Es alucinante que haya utilizado a alguien que trabaja conmigo a diario. Me da vergüenza que Manu me relacione con todo esto, no se lo merece.

Estoy empeorando, ahora tengo un dolor de cabeza terrible. No ha sido un buen día. Entre las memeces de Eva, el mal humor de Sandra y una de las reuniones en las que han mandado a paseo nuestros servicios sin contemplaciones, estoy deseando recoger a Carmen y que llegue mañana de una vez.

Me duele la garganta. Me parece que hoy me voy a meter en la cama prontito. Mañana más me vale estar como nueva.

El manos libres del coche suena y veo que es Carmen quien me llama.

—No te enfades —farfulla deprisa y corriendo.

—¿Qué pasa?

—No sé ni cómo decírtelo.

Que diga lo que quiera, mi día no puede empeorar a estas alturas.

Espera.

—No, no, no...

—Carla, hemos hablado.

No lo puede decir en serio. ¿Se ha vuelto todo el mundo loco?

—¿Cuándo? ¿Por qué?

—Esta mañana. Me ha mandado flores. Rosas, mis favoritas —qué topicazo, qué vergüenza de hombre—. En la nota me decía cosas preciosas, cosas que...

—Gilipolleces.

—No, Carla —contesta enfadada—. Está muy arrepentido, sabe que se le fue la olla.

—¿Vas a perdonarle que te hiciera algo así?

—Todos hacemos estupideces alguna vez.

—Si le perdonas esto ahora, luego le permitirás cualquier cosa —¿es que no lo ve?—. Estás pilladísima Carmen, pilladísima y ciega.

—Ha aceptado lo de mi ascenso, sabe que es lo que quiero.

Está más comprensivo, más receptivo...

—Sí, hasta la semana que viene que te queme el contrato.

¡Achís!

—¡Jesús! Mira, Carla, déjalo. Solo quería avisarte de que ya estoy en casa y no tienes que venir a buscarme.

—Solo eso. Muy bonito, Carmen, te has lucido.

La llamada se corta.

¿Me ha colgado la muy guarra? ¡Si solo estaba empezando!

¿A cuántas amigas he perdido en el día de hoy? Y eso sin contar con que Vicky todavía no se haya suicidado. ¿He batido un récord?

Es imposible, no puedo ir así. Apenas puedo respirar, tengo un ejército de mocos acampado entre el cerebro y la nariz y creo que tengo fiebre. No gano para pañuelos, será mejor que le llame y se lo explique. Tiene que entenderlo, no puedo verlo así, qué impresión tan horrible.

Marco el número.

—¿Diga?

—Hola Juanjo, soy Carla Castillo de McNeill.

—¡Hola Carla! —tiene un tono de voz alegre y desenfadado como el de Morales. Qué sector tan divertido. Me pregunto si todos sus empleados serán como él. Estornudo—. ¿Estás resfriada?

—Sí, por eso te llamaba. Sintiéndolo mucho creo que es mejor que pospongamos la reunión.

—Oh, es una pena.

Voy a tener que arreglar esto de alguna forma, a ningún cliente le gusta que le digan que no y menos que les desbarajustes sus caóticas agendas.

—Si quieres puedo hablar con mi compañera Sandra Martín para que vaya a verte hoy mismo.

Nosotros sí que sabemos sacar tiempo de debajo de las piedras.

—No, no te preocupes. Morales dejó bien claro que con quien teníamos que vernos era contigo —no me digas—. Vamos a ver, déjame repasar mi agenda, ¿OK?

—OK, no creo que vaya a más. Ya estoy bastante mal así que entiendo que en esta semana podría ir a verte.

—Tranquila, a todos nos pasa en esta época del año. A ver, Morales estará el jueves en Barcelona, podemos vernos el viernes por la mañana si te va bien.

Pero bueno, está mirando su agenda o la del otro. ¿Morales comparte su calendario con sus empleados?

—El viernes por la mañana me va bien. Si puede ser a primera

hora, mejor.

—Estupendo, a nosotros también. Cambio la convocatoria ahora mismo.

—Muchísimas gracias y de verdad que siento las molestias.

—No pasa nada, ahora se lo explico a Morales. Cuídate.

—Gracias, hasta el viernes.

—Hasta el viernes.

Me he quedado dormida entre la manta, los pañuelos, el móvil y el mando de la tele en el sofá. Ha debido de ser por el magazín en el que trabaja Eva. No dicen más que tonterías, dura una eternidad y ella sale bastante entre las horas que mete en la calle y el tiempo que le dan en plató.

Por supuesto, uno de los temas a tratar es el marqués de turno. Es heredero de una fortuna descomunal y se dedica a salir con famosas del mismo palo o de tres al cuarto. Se conoce que le da igual con tal de que tengan un par de tetas. No sé qué ha visto Eva en él y menos comparado con Manu.

No hemos vuelto a hablar desde ayer y en la tele se la ve muy feliz. Imagino que habrá hecho progresos con el susodicho. No pienso llamar ni a Carmen ni a esta tampoco, esta sí que me tiene que llamar a mí si quiere arreglar las cosas. Las dos somos igual de orgullosas, no sé cómo va a acabar esto.

Al final, la única que va a tener los pies en la tierra va a ser Vicky, quién nos lo iba a decir.

El portero automático me sobresalta. Por favor, que no sea Sandra para venir a traerme el trabajo que se le esté acumulando en la oficina. Voy a hacer lo que pueda desde aquí pero no tengo yo el cuerpo ahora mismo para nada.

—¿Sí?

—Soy yo, abre.

—¿Qué yo?

—Morales, abre.

¡Pero qué hace éste aquí!

—No te preocupes, me acaban de abrir.

¡No!

Cuelgo el telefonillo rápidamente y me voy corriendo al cuarto de baño a mirarme en el espejo. ¡Qué horror!

Entro en mi cuarto y me quito el pijama de ponis todo lo deprisa que puedo. Lo escondo bajo la almohada y me pongo cualquier cosa. La camiseta y las mallas de yoga, ¡eso es!

Vuelvo al baño para lavarme la cara. ¡La puerta! Ya está aquí. Corro por el salón recogiendo pañuelos y demás porquería acumulada desde ayer, ¡qué desastre!, ¡qué vergüenza!, ¿qué hace aquí?

Llama otra vez, qué pesado. No sé por qué me molesto en arreglar todo esto, no tengo por qué abrirle. Aunque si no lo hago, es capaz de tirar la puerta abajo con lo insistente que es. Me acerco precavida a la puerta cuando vuelve a llamar.

Me sueno los mocos y me atuso el pelo como puedo antes de abrir.

Está apoyado sobre las jambas con las dos manos. Lleva un abrigo negro abierto sobre un traje gris marengo y una corbata roja medio desanudada. Tiene un maletín de portátil colgado del hombro y su pelo vuelve a estar tan revuelto y apetecible como siempre. No sé qué cara debo haber puesto pero él me observa con cautela hasta que arruga la frente.

—¿Puedo pasar?

Asiento mientras me retiro para dejarle entrar.

Morales entra en mi salón examinando todos y cada uno de los detalles que lo amueblan. Cierro la puerta para mirar la forma con que estudia toda la minivida de mi piso. Le parecerá una lata de sardinas.

Da una vuelta completa hasta volver a mí.

—Tienes un piso muy...

Se lo voy a ahorrar.

—Pequeño.

—Acogedor —corrige—. Con unos muebles muy...

—Funcionales.

—Bonitos.

—Ikea tiene muebles bonitos, ¡achís!

Morales me mira completamente abatido.

—Ah, pero que es verdad.

—¿El qué? —pregunto sonándome con un pañuelo todo lo finamente posible. Es decir, dejándome la mitad de mocos que esperaba sacar.

—Estás enferma.

—Pues claro, ¿qué pensabas?

Morales se pasa ambas manos por el pelo resoplando. No sé por qué pensaba que le estaba mintiendo, ya no necesito hacer eso. Creo.

—¿Cómo sabías cuál era mi piso?

—La puerta estaba abierta y he buscado tu buzón. He llamado por educación.

Menos mal porque de no haberme dado tiempo a cambiarme, me habría muerto del susto y se me habría caído la cara de vergüenza.

—Vamos a ver —contesta dando una palmada y frotándose las manos—. ¿Qué necesitas?, ¿tienes de todo?, ¿quieres que vaya a por algo?

—Eh, no... Tengo de todo. No voy a trabajar, Morales. No me encuentro bien, no quería presentarme así a tu director de PR.

—Lo entiendo, no te preocupes. Solo te estoy preguntando si puedo ayudarte en algo.

—No.

Solo necesito que te vayas para poder enfermar a gusto.

—¿Tienes fiebre?

—Un poco, creo.

—Vale, vale —se detiene de brazos en jarras. No entiendo muy bien qué pretende conseguir viniendo aquí, yo no voy a ir a ninguna parte—. Vale, muy bien, voy a hacerte algo de comer.

Morales suelta su portátil sobre la mesa y entra en mi cocina como Pedro por su casa para abrir todos mis armarios y mi nevera. Yo estoy completamente anonadada.

—O más bien, voy a buscar algo de comer. ¿Qué pasa? ¿La chacha hoy no te ha hecho la compra?

—No tengo chacha.

—¿Por qué?

—Porque no la necesito, ¿qué vas a hacer?

—Pues no lo sé, depende. ¿Hay algún supermercado por aquí cerca?

Ay mi madre, que lo dice en serio.

—Me refiero a qué vas a hacer en general, a qué haces aquí.

—Estás sola, Carla. Me quedo, alguien tendrá que cuidarte.

Pero qué dice este lunático.

—Tengo a mis amigas.

—Ya, pero están trabajando.

—Tú también deberías estar trabajando.

—Yo soy el dueño, hago lo que me da la gana.

Sonríe, su sonrisa ha vuelto otra vez y a mí ya me tiemblan las piernas.

—Vamos, ponte el termómetro y métete en la cama, yo vuelvo enseguida.

—No me parece una buena idea.

—Claro, para no perder las costumbres, ¿no?

Se acerca hasta mí para girarme y conducirme a mi habitación. Solo hay dos puertas más en la casa, la del baño y la de mi cuarto, tenía un cincuenta por ciento de aciertos y lo ha hecho bien pero eso me espanta. Daniel Morales me conduce hasta la cama y yo ni rechisto, no sé cómo reaccionar. Si alguien se enterara de esto, no se lo creería hasta verlo, hasta llega a resultarme cómico.

—Oye, no tengo sueño y es mediodía, prefiero quedarme en el sofá y ver la tele.

—La tele da mucho dolor de cabeza, mejor métete en la cama.

—Ya pero...

—No discutas.

Me abre el nórdico y yo me descalzo para meterme dentro como una niña obediente.

—A ver qué te estás tomando —dice mientras fisgonea mis pastillas sobre la mesita de noche. Más pañuelos, qué vergüenza.

Morales pone mala cara mientras comprueba las cajitas de los medicamentos.

—¿Dónde están las llaves?

Estoy tentada de decirle que no hay más llaves para que se vaya y no dejarle entrar a la vuelta. Sin embargo, este comportamiento, aunque incómodo, es tan servicial y generoso por su parte que no puedo

hacerle semejante jugada. Podría vengarse de tantas formas dada nuestra situación que prefiero no pensarlo.

—Hay otro juego en el colgador junto a la puerta.

—Vuelvo en un rato —asegura saliendo de mi habitación.

Unos segundos después escucho la puerta del salón.

Tiene su lógica lo que está haciendo. Imagino que sentirá que me debe una después de que el viernes pasado yo me fuera con él al verle en aquel estado. No me importa que quiera devolverme el favor pero no estoy en mi mejor momento. Él no tenía una tribu de mocos, una cabeza que le martilleaba y la garganta poblada de espinas.

Cuando escucho las llaves al otro lado de la puerta, apago la tele con el mando y me levanto de un salto a punto de marearme para volver corriendo a la cama. Por desgracia, no soy lo suficientemente rápida y Morales abre la puerta levantando una ceja interrogante.

—He ido al baño —sonrío.

—¿Has vomitado?

Me quedo boquiabierta.

—No.

—Bien —asiente cargado de bolsas—. Vuelve a la cama, comeremos en tu habitación.

Se mete en la cocina ignorándome. No sé qué hacer, no me apetece ayudarle, estoy cansada, reposar me vendrá bien.

Me meto en la cama y echo un vistazo a mi móvil. El chat de Las chicas de oro lleva sin novedades desde ayer. Lo vuelvo a dejar sobre la mesita y abrazo la almohada. Me aburro.

Morales entra en mi cuarto con una bandeja. Se ha quitado el abrigo, la chaqueta y la corbata y lleva las mangas de la camisa recogidas por los codos. Deja la bandeja sobre la cama con cuidado y comienza a descalzarse. Yo me siento atrayendo la bandeja al centro. Ha hecho pasta y creo que lleva pesto.

Qué maravilla, creo que nunca he estado con nadie que supiera cocinar. Aunque sean unos simples espaguetis, agradezco el gesto profundamente. Se me hace la boca agua.

Morales coge una pequeña bolsa de la bandeja y saca un frasquito que deja sobre mi mesita.

—Te he comprado esto, la mujer del herbolario me ha dicho que es un antibiótico natural. Te vendrá bien.

Arrugo la nariz.

—No confío mucho en esos hierbajos, prefiero las pastillas de toda la vida.

—Esto te hará mucho mejor que esta bazofia química
—protesta metiendo mis cajas en la bolsa.

—¿Las vas a tirar?

—Sí.

—Déjalas donde estaban, ya veré yo lo que me tomo y lo que no.

Sin hacerme ni caso, Morales tira la bolsa al suelo y se sienta de piernas cruzadas frente a mí. Total, haré lo que me venga en gana.

Me tiende un plato. También ha traído dos vasos de agua. Tengo una pequeña vinoteca en la cocina pero no creo que le haya hecho mucho caso.

Tal y como imaginaba, la pasta estará buenísima pero apenas le encuentro sabor. Es más, me ahogo por no poder respirar por la nariz. Tendría que haber sido más espabilada y haber aprovechado a sonarme los mocos antes de que entrara, ahora ya es tarde. No pienso hacerlo mientras

devora su propia pasta.

Comemos en silencio porque una vez más, come con ansia y casi sin levantar la vista del plato. Yo no sé ni qué decir, estoy pasando apuro de respirar por la boca a la vez que mastico así que opto por atiborrarme de agua.

Apunto mal y unas gotitas caen sobre mi nórdico. Odio esto, no me gusta hacerlo así.

—Comer en la cama es una guarrada —opino después de tragar.

—No es verdad —contesta él con la boca llena de espaguetis.

—Sí que lo es, es una porquería. Puedes manchar las sábanas o el nórdico y luego la habitación apesta a comida.

Morales se limpia con su servilleta de papel.

—Pues a mí me encantaría embadurnarte en chocolate y lamerte entera en mi cama.

Estornudo y toso a la vez. No sé cómo me ha llegado la sangre al cerebro para taparme con la mano después de lo que ha dicho.

—Y las sábanas me importarían una mierda. Me compraría otras.

Eso es porque a él todo le importa una mierda. Todo menos IA, por supuesto.

Dejo mi plato sobre la bandeja y me sorbo los mocos con delicadeza, si es que se puede hacer así.

—No tendría que haberme molestado en hacer pasta. Te podría haber hecho cualquier otra cosa que te habría sabido todo igual — comenta sonriendo.

—No puedo más, tengo hambre pero me voy a ahogar.

Morales ríe tras beber su vaso de agua.

—Imagino que entonces habrá otras cosas que no podrás hacer. Me confunde.

—Tendrá que esperar.

Lo acabo de pillar.

—¿Querías que te la chupara?

—Sí...

Se interrumpe él mismo con sus propias carcajadas.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Nada, nada, perdona. Tengo un humor peculiar.

—¿Qué es? Cuéntamelo.

—Es que me lo estaba imaginando.

—¿Y te hace gracia ver cómo me ahogo?

—Sí —no puede parar de reír—. Solo de imaginarte atragantándote con mi lefa, me...

—¡Para! ¡Demasiado gráfico!

Qué cerdísimo es.

—Perdona —se disculpa entre risas—. Ya te lo he dicho, soy un poco crudo a veces. Tómame eso y me cuentas a ver qué tal te va.

—¿Tú no tomas esas cosas?

Sacude la cabeza mientras recoge los platos.

—¿Entonces por qué me usas de conejillo de indias?

—Son hierbas, no puede ser peor que las pastillas. Yo también debería empezar a sustituirlo.

—¿Por?

—Tú tómatelo.

Morales se levanta llevándose la bandeja y yo aprovecho para ir al baño y lavarme los dientes. En cuanto termino, desatasco mi nariz aplicándome un inhalador nasal que me permita respirar todo lo mejor que pueda durante los próximos minutos.

Doy un sorbo a lo que me ha traído, probarlo no me hará ningún daño. ¡Puaj! Me limpio la lengua con la toalla.

Cuando vuelvo a mi cuarto, Morales está sentado sobre la cama.

—Tiene un sabor raro —lloriqueo—. Como a batido de aceitunas negras.

Él me mira pasmado.

—Tu sentido del gusto es muy pero que muy raro, Carla. Háztelo mirar.

Me hace una seña para que me tumbe y yo lo hago gustosa. Sé que no piensa dormir conmigo así que me pregunto si tendrá pensado irse ya. Tendrá mejores y más importantes cosas que hacer que pasar la tarde con una mujer griposa.

Coge el termómetro de mi mesita.

—Vamos a ver si tienes fiebre.

Hace amago de bajarme las mallas bajo el nórdico.

—¿Qué haces? Yo me lo pongo aquí —contesto señalando mi

axila derecha.

—Ya, pero aquí también vale.

Morales deja de bajarme los pantalones y en su lugar decide meter la mano en mis bragas. Arrastra el termómetro hasta dejarlo en mi ingle sin dejar de mirarme fijamente. Está claro que sus intenciones son mucho más distintas de lo que pensaba.

Cuando se asegura de que está bien puesto, me arropa con el nórdico y se tumba al otro lado con la espalda sobre el cabecero. Se saca el iPhone del bolsillo y teclea ensimismado. Unos segundos después, saca un largo mechón de mi pelo de debajo del nórdico y juega distraído con él. No articulo palabra, hago un esfuerzo tremendo para no volver a estornudar y que mi repentina respiración nasal dure eternamente. Lo voy a necesitar, ahora sí que estoy segura.

Un rato después, deja su móvil y vuelve a prestarme toda su atención. Me sube la camiseta para bajar la mano lentamente desde mi estómago hasta la ingle. Me tenso en el mismo instante en que sus dedos se pasean sobre mis labios como sin querer mientras extrae el termómetro.

Le echa un vistazo rápido.

—Una décima y media —lo deja sobre la mesa—. En un par de días estarás como nueva.

Se pega a mí abrazándome contra su cuerpo pero apenas noto el contacto, el nórdico de casi trescientos gramos me lo impide.

—¿Quieres dormir un rato?

—No tengo sueño.

Sonríe.

—¿Ah, no?

Niego con la cabeza, no podría dormir por mucho que quisiera.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para que te sientas mejor?

Hace un buen rato le habría pedido que se largara pero ahora me alegro de no haberlo hecho. Sé justo lo que necesito para sentirme mejor.

—Puede ser.

—Pues no hay mucho que podamos hacer —susurra mientras acaricia mi boca con el pulgar—. No me la puedes chupar, no te puedo penetrar...

—¿Por qué? —barboteo.

—Porque no te podría besar, te ahogaría igual.

—Puedes hacerlo sin besarme.

—No, no quiero —niega muy serio.

Mis pretensiones caen en un pozo sin fondo pero recupero las esperanzas en cuanto sumerge un brazo bajo el nórdico.

Su mano deambula por mi pecho, el estómago y desciende por la espalda hasta calentarse bajo mis bragas. Sus uñas me hacen cosquillas en las nalgas.

—Hay una forma en la que puedo penetrarte sin necesidad de tocarte la boca.

Sus uñas circulan perdidas por mi piel hasta acercarse a mi hendidura. Contraigo los muslos atemorizada.

—No, ni hablar.

Me revuelvo bajo su mano curiosa e insistente pero no me suelta.

—¿Por qué?

—Porque no. No, no, paso.

Morales abre mucho los ojos y retira la mano rápidamente.

—¡Carla!

—¡Qué! —contesto imitando su tono.

—¿Nunca lo has hecho así? ¿Eres una virgen anal?

—¿Que soy qué? ¡Eso ni siquiera existe!

—¡Claro que sí, y tú lo eres!

Morales arranca a reír sobre mi cama.

—¿Por qué no quieres? Pero si es alucinante, ¿te da miedo?

—¿Miedo? Eso es un orificio de salida, el de entrada lo tengo en otro sitio y con ese me basta.

—Eso díselo a los gays.

—Pero yo no soy gay, me basto y me sirvo con el otro.

Se vuelve a arrimar a mí haciendo pucheros.

—Déjame desvirgarte el culo.

—¡No!

—Por favor.

—¡Que no!

—Un poquito —suplica haciendo un gesto con el índice y el pulgar.

—¿Cómo se desvirga a alguien un poquito? ¡He dicho que no!

Morales resopla disgustado.

—Algún día te dejarás.

—Nunca.

—Y cuando lo haga, me suplicarás que lo repita.

—Sigue soñando —ríe.

Suspira resignado.

—Entonces solo nos queda una opción.

Los dedos vuelven a complacerme con su contacto y esta vez van directos a donde me gusta que vayan. Justo en mitad de mi sexo, masajeando un húmedo clítoris que se va hinchando cada vez más. Cierro los ojos abandonándome al deleite de su suave y manso contacto.

Morales se detiene y saca la mano. Se arrodilla para quitarse la camisa dejando a la vista un torso que me hace babear. Retira el nórdico de un manotazo y me baja las mallas y las bragas hasta liberarme un tobillo.

Su boca desciende decidida hasta mi abertura. Me encanta esto, me encanta cómo se detiene segundos antes de hacer nada para inspeccionarme, olerme y saborearme a su manera. La expectación solo consigue que me excite todavía más.

Su nariz me abre los labios para ser sustituida segundos después por una lengua voraz. Los lengüetazos me devoran hasta sentir las consecuencias por todo mi ser. Juega con un dedo que acaba introduciéndome sin dejar de lamerme. No sé si me está subiendo la fiebre o si es el sofoco de su entrega apasionada pero ya me encuentro ardiendo por completo.

—Te voy a contagiar —adviento con los dientes apretados.

—Me da igual —replica entre lengüetazos—. Merecerá la pena.

Estoy ruborizándome. Miro al techo, no puedo mirarlo ahora. A veces tiene unas salidas que me dejan totalmente fuera de juego.

—Mmm... Carla... Hasta enferma sabes bien. Debería haber hecho los espagueti con esto.

—Oh, por favor, eres un cerdo.

—Lo sé. Tienes un coño precioso, me encanta que te lo depiles entero. Es mucho más morbos.

Presiona sus labios sobre mis músculos hinchadísimos y yo tirito temerosa de correrme en un instante. Me levanta el culo con la mano libre y tira de mis caderas para dejarme sobre el borde del colchón. Me dejo llevar como un cuerpo exangüe.

Dejo que mis pies desnudos se apoyen en sus hombros mientras continúa con su dulce asalto. Noto cómo vuelve a expandir mis fluidos de esa forma que tanto me gusta. Me empapa de mí entre el recorrido de mi entrada y...

Ya sé lo que está haciendo.

Mis jugos son esparcidos sospechosamente hasta bordear mi agujero del culo con un dedo que sabe muy bien lo que hace.

—Morales...

—Chissst... Relájate, no te voy a hacer nada.

Vuelve a callar sus labios sobre mi clítoris pero sí que hace algo, algo tan premeditado para él como inesperado para mí. Dos dedos me follan a un ritmo cada vez más acelerado por delante y el dedo de otra mano aprovecha a trazar húmedos círculos por mi hendidura anal aprovechando mi postura sobre sus hombros. No es nada desagradable, he de admitir.

De pronto, ese dedo naufraga en mitad de mi culo paralizando mi arqueo sobre la cama. Morales no se detiene sino que agiliza el bombeo de los dos dedos junto a sus succiones y saca y vuelve a meter el dedo solitario con delicadeza.

Me tranquilizo. No duele, no molesta en absoluto. Al contrario, me está matando de gusto y no sé explicar el porqué. Solo sé que no quiero que pare y que necesito que me mantenga así, en esta postura, hasta hacerme volar por los aires.

Mi cuerpo vibra escandalosamente desde el dedo gordo del pie hasta la coronilla pero no me importa. Yo misma me sorprendo con los ojos bien abiertos y clavados en el techo de la que se me viene encima. Alzo los brazos sobre mi cabeza para apoyarme sobre el cabecero y acercarme más a Morales. Su invasión continúa en toda su plenitud penetrándome por ambos sitios y haciéndome perder el juicio.

—Dios... —farfulla entre mis pliegues—. Te comería a cucharadas.

Grito extasiada y Morales ríe entre mis muslos.

—¡No, no! ¡No te rías ahí!

Mi sexo es hipersensible a su tacto y manda multitud de descargas por todo mi cuerpo estremeciéndome.

Morales ríe más.

¿Nunca le molesta nada? Sexualmente desde luego, no. Se lo

pasa en grande cada vez que hacemos lo que sea, es algo que no puede negar. Lo veo en sus ojos, en cómo se relaja su cuerpo a mi contacto y cómo responde su miembro erigiéndose ante mi propia excitación. Eso me maravilla.

Estoy a nada de llegar al límite del clímax como una cafetera a punto de silbar y rebosar de café por todas partes. Morales intensifica ambas penetraciones de forma que se unen en un baile con exactamente el mismo compás. Cuando llega hasta el fondo de sus dedos, gimo fascinada sin pudor. Monto sobre su boca y lo hago chorreando de jugos, sudor y deseo exacerbado.

El cielo se abre ante mis ojos regalándome un orgasmo brutal. Me azota implacable bajo la piel. Por unos minutos todo lo que poseo de cintura para abajo se convierte en el foco de mi placer y mi existencia.

Respiro completamente fuera de mí mientras Morales abandona mi cuerpo y me deja aún con las ascuas encendidas. No puedo ni abrir la boca, he perdido el habla en el camino hacia el paraíso del orgasmo.

Se me han quitado todos los males de golpe. Ni herbolarios, ni farmacias, ni nada más. Un buen orgasmo, uno así y se te pasa todo lo que tengas.

Morales se encarama a mi lado apoyándose sobre un codo y sin dejar de estudiarme.

—¿Qué? —pregunto en un hilillo de voz.

—Lo has pasado muy mal, ¿verdad? Lo digo por la forma en que has gritado, ha tenido que ser horrible.

—Espantoso.

Morales ríe echando la cabeza hacia atrás obsequiándose con un cuello tirante y palpitante que me encantaría morder pero casi no puedo moverme. Estornudo y cierro los ojos irritada. Demasiado bueno para ser verdad.

—Vamos a darnos una ducha.

Me coge en volandas igual que hizo en su casa y salimos de mi habitación. Tardamos diez segundos en llegar al cuarto de baño. Al entrar, abre el agua caliente del monomando y yo me voy liberando de las mallas que arrastro de un tobillo y de la camiseta y la ropa interior.

Observo lo tremendamente empalmado que está mientras me sueno los mocos otra vez. Daría lo que fuera porque me taladrara ahora

mismo aunque no me besara.

Morales me tiende la mano para que entre en la ducha con él. Cabemos de sobra, el baño no es muy grande pero sí que me preocupé de que tuviera una buena bañera. Mi patito y yo hemos dado grandes fiestas de burbujas aquí dentro.

Cojo mi esponja de malla y la unto de gel para enjuagarla pero Morales me la arrebató de las manos y comienza a enjabonarme con ella. No olvida un solo recoveco, lo abarca todo con un sosiego que me impacienta siempre que se detiene más de lo necesario en ciertas zonas. Se enrolla mi pelo chorreante en un brazo mientras me limpia pegada a él. La malla recorre mi sexo desnudo y las piernas casi dejan de obedecer a mi cerebro.

Me obliga a darle la espalda para cubrirla de gel espumoso que resbala bajo el agua caliente de la ducha. Su erección golpea mis lumbares con toquecitos impacientes.

—¿Sabes? —musita en mi oído bajo el agua— Puede que sí haya otra forma en la que no tenga que acercarme a tu boca.

Posa sus labios sobre mi hombro y deja que rueden a besos por mi nuca hasta el otro hombro y bajar por la espalda. La esponja cae y sus manos recogen mis pechos apretándolos enardecidas. Dejo escapar un grito en cuanto me pellizca los pezones con fuerza.

Morales me arquea hacia delante para darle un mejor acceso y enseguida siento su miembro adentrándose lento, duro y mojado por las paredes contraídas de mi vagina.

Me apoyo sobre la barra de la ducha para aguantar la incursión. Al envolverlo, soy yo la que sale a su encuentro sacudiéndome varias veces con calma, intentando controlarlo. Escucho sus jadeos a pesar del agua cayendo sobre nosotros. Morales aprieta mis caderas con fuerza y yo empiezo a agilizar el ritmo pero me detiene.

—Rodéame con las piernas.

Está loco, nos romperemos la cabeza.

—¿Qué dices? Vamos a resbalar.

—No, yo te sujeto, no pesas nada. Vamos —apremia.

Lo intento. Primero le ofrezco una y cuando me creo lo suficientemente aferrada a la barra, subo la otra rodeando su culo con las piernas.

Me colma entera de nuevo y dejo caer mi cuerpo sobre el aire.

¡Joder!

—Así entra mucho más...

—Lo sé, nena. Así me tienes entero.

Me sostiene con fuerza dolorosa por las caderas al tiempo que el agua me baña la espalda y yo me impulso de la barra hacia atrás. Como lo arranque me voy a quedar sin dientes.

Morales se une a mí cada vez que retrocedo. Sus arremetidas son acompasadas al principio y desatadas después.

—¿Te gusta?

—¡Sí!

El agua y mis fluidos salpican entre nuestros cuerpos desnudos y yo soy casi incapaz de controlar el calor que se acumula en mitad de mi sexo.

Necesito que baje las revoluciones si pretende que le espere pero ahora es él quien se agita como un loco y me zarandea como una hoja de papel. Jadea detrás de mí, su propia excitación me provoca. Me agita y me pone cachondísima.

—Carla, no aguanto más. Voy a explotar.

Sonríó, no he tenido que esperar mucho.

Hago presión con los talones y atraigo su culo hacia mí pillándolo por sorpresa. Me lo empujo bien adentro justo a tiempo para que el orgasmo crezca en mí como un volcán en erupción y me abraza. Morales grita algo incomprensible y se deja llevar hacia delante conmigo.

Trepo enloquecida sobre la barra y su pecho pegado a mi espalda, me obliga a pegarme a la pared. El roce del cable de la ducha sobre mi clítoris me pirra, me convulsiona y me marea. Un segundo orgasmo me ataca sin piedad mientras me muerdo una muñeca para no gritar.

Mis labios laten todavía a toda prisa envolviendo su enorme polla en mi interior. Morales me sujeta con fuerza con la frente apoyada sobre mi espalda y las manos aprisionando mis caderas. La postura es incómoda, se me empiezan a dormir las piernas. Necesito bajar de aquí.

Hago amago de bajarme pero sin su ayuda no puedo hacerlo, me ignora.

—Dani...

Mierda. Ochenta veces mierda.

¿Pero qué me pasa? ¡Ya es la segunda vez!

—Perdona —pido antes de que pueda decir nada—. Tengo que apoyar las piernas en algún sitio y lo necesito ya.

Las sacudidas sobre mi espalda me indican que se está riendo. Al menos no me ha ladrado por mi atrevimiento y las confianzas que me acabo de tomar. Tiene un humor demasiado despreocupado para ser real.

—Voy —contesta depositando un único beso sobre mi hombro—. Se está muy bien dentro de ti.

Me rodea la cintura con un brazo y me baja las piernas con el otro. Están completamente entumecidas. Sigue sin soltarme mientras sale de mí con lentitud y me da la vuelta para mirarnos a los ojos.

—¿Cómo estás? —pregunta cerrando el agua.

Sonrío.

—Casi curada.

Morales curva su boca en otra sonrisa y me besa dándome el suficiente tiempo para respirar y sentir la presión de sus dientes sobre mi labio inferior. Le devolvería el beso y le haría sangrar otra vez si me dejara pero no quiero tentar a la suerte y estornudar sobre él.

Salimos de la ducha y le tiendo otra toalla del armario para que pueda secarse pero me quedo de piedra cuando la utiliza para secarme a mí. Sujeto mi indecente mata de pelo para que no moleste mientras presiona el suave tejido sobre mi piel. Tengo el espejo de espaldas, eso ayuda bastante. Aguanto la risa al ver cómo presiona la toalla en vez de frotarme en ella como hace todo el mundo. Alguien le ha tenido que enseñar esto, todos los hombres nos frotan como si quisieran hacer fuego con nosotras.

Cuando termina, me suelto el pelo y le arranco la toalla de las manos antes de que me lo impida. Hago lo mismo con él.

Lo seco humedeciéndome los labios con cada centímetro de piel cuidada y maravillosamente esculpida. No me dejo nada, exactamente igual que él. Eso me permite examinarlo en todo su esplendor y la verdad es que no tiene desperdicio alguno. Vuelvo a sus espléndidos ojos verdes pero esta vez parpadean y me vuelven a mirar creo que confundidos.

Yo podría haber hecho lo mismo pero me he callado y me he dejado hacer así que más le vale imitarme si no quiere que le eche de una patada de aquí.

—De toda tu colección de potingues, ¿cuál es la crema que utilizas para la cara?

Eso me deja realmente asombrada, no imaginaba que se echase cremitas. Mi libido cae como un chorretón de agua fría que se expande por los azulejos de mi baño.

Abro una de las puertas del armario del espejo y le tiendo mi ridículamente cara hidratante facial.

Morales abre el botecito e introduce los dedos para hacerse con una cantidad escandalosa de crema que hace que casi se me salgan los ojos de las órbitas.

La sorpresa no termina ahí porque lo que hace es extendérmela por mi nariz y los pómulos. Cierro los ojos, me escuece. Tengo la piel irritada por los pañuelos.

Cuando los vuelvo a abrir anegados en lágrimas, observo su expresión ceñuda y concentrada mientras me unta como si dibujara un collage.

—No llores, nena —me pide en voz baja—. No es ácido.

Qué idiota es, escuece y pica muchísimo pero lo aguanto como puedo y me limpio las lágrimas con el dorso de las manos.

Me quito la humedad del cabello mientras Morales se anuda una toalla a la cintura y me observa desde el umbral de la puerta. Alzo las cejas en su dirección, no solo necesito secarme el pelo, también deshacerme de un montón de mocos.

—Ya me voy —sonríe resignado mientras cierra la puerta.

Hasta casi media hora después no vuelvo a salir.

Al entrar en mi habitación, veo que Morales lleva unos calzoncillos grises y sostiene un montón de ropa entre las manos. Nada de eso es suyo, no forma parte de un traje. Es otra cosa, me resulta familiar. Es... ¡Es un poni rosa! ¡Quiero morirme!

—¿Esto es tuyo? —pregunta Morales entre la cautela y el cachondeo.

—¡Qué dices! Es de Carmen.

—¿Y por qué estaba debajo de tu almohada?

—Se lo habrá dejado, la pobre. Ya se lo devolveré, dámelo.

Intento quitárselo pero lo levanta hasta tal punto que tengo que dar saltos para intentar alcanzarlo.

—No hagas el tonto ¡Dámelo!

—Carla, ¡esto es tuyo!

—¿Cómo va a ser mío?

—¡Míralo! —grita zarandeándolo en el aire—. Aquí solo cabéis o tú o una niña de trece años. Con unas buenas peras, claro.

—Carmen es muy pequeña, ¡dámelo!

—¡Mentira! No me mientas. He visto a tus amigas en Twitter y están todas muy buenas pero ninguna cabe aquí.

Me detengo en mi inútil intento de rescate. Creo que no he oído bien.

—¿Has dicho que mis amigas están buenas?

—Sí, ¿tú no lo crees? Eres la más guapa de lejos pero las pobres no se merecen tu desprecio.

No es eso, es que me sorprende la facilidad con la que da rienda suelta a su honestidad. Cualquiera otro hombre me habría dicho que ninguna le pone a pesar incluso de ser verdad. Habría negado haberlas mirado y hasta se habría atrevido a decir que no son lo realmente guapas que todo el mundo sabe que son.

Morales, en cambio, es de otro mundo, de otro que se ha mantenido siempre oculto para mí y que ahora me abre las puertas de par en par dejándome sin palabras.

—¿Todas te parecen guapas?

—Lo son.

Morales me quita mi albornoz y comienza a vestirme con un juego de ropa interior que habrá encontrado entre mis cajones.

—¿Incluso Vicky?

—¿Quién es de todas?

—La de pelo corto.

—Es muy mona.

—Tiene complejo, cree que lo tiene demasiado corto.

—La mayoría de los tíos somos más de pelo largo, eso es verdad. Pero llegado el momento, no creo que nadie le hiciera ascos —me abrocha el sujetador a la espalda aprovechando para manosear mis pechos una vez más—. Ahí, bien sujetas, que no se caigan.

Se me ocurre una idea.

—¿Tú podrías presentarle a alguien?

—¿Qué?

—Sí, preséntale a algún amigo tuyo, alguien con quien se ría y

disfrute de buen sexo.

—Ni hablar —niega subiéndome los pantalones—. No pienso hacerlo.

—¿Por qué? ¿No la crees lo suficientemente buena para tu círculo? ¿Te da vergüenza?

—Ella no. Son mis amigos los que me dan vergüenza. No voy a mezclarlos, Carla, y menos con vosotras.

—¿Por qué hablas así de ellos?

—La gente con la que me muevo no es el tipo de gente con la que soléis salir vosotras. No os sentiríais cómodas.

Qué exagerado es.

Abre la cama para que me meta dentro y él se recuesta a mi lado sobre el nórdico.

—¿Dónde los conociste? No puede ser tan malo.

—Es gente de negocios, se hacen muchos contactos de fiesta en fiesta.

—Pensé que te referías a tus amigos de toda la vida.

Morales frunce el ceño.

—No tengo de eso, nena.

Qué casualidad.

—Yo tampoco.

Me vine deprisa y corriendo en cuanto mejoré un poco y supe que no podría quitarme de encima a aquel malnacido si seguía viviendo en Santander.

—Haberme avisado —no sé a qué se refiere—. Me podría haber traído el mío de Spiderman para ir a juego.

Al final, me ha puesto el pijama y yo ni me he enterado. Hundo la cara entre mis manos. Cada cosa que me pasa con este hombre es más surrealista que la anterior. Llevo más de diez años con este pijama encima sin que nadie advirtiera su existencia y de la noche a la mañana este tío da con él, me lo pone y se queda tan tranquilo.

—No imaginaba que tú llevaras este tipo de cosas.

—Eso es porque crees que me conoces pero no sabes una mierda de mí.

—Tampoco te pega hablar así.

Un móvil vibra sobre la mesa.

—Es el tuyo —anuncia Morales mientras me lo pasa.

Tengo un par de llamadas perdidas de Vicky y veo que el chat de mis amigas se ha vuelto a reactivar.

«Vicky: “¿Alguien sabe algo de Carla?”».
«Carmen: “No”».
«Eva: “No”».
«Vicky: “¿Qué pasa?”».
«Vicky: “¿Dónde anda?”».

Decido contestar antes de que siga llamando. Esta mañana estaba tentada de llamarla para que viniera a verme después de trabajar pero estoy mucho más entretenida de lo que imaginaba que iba a estar.

«Carla: “Hoy no he ido a trabajar”».
«Carla: “Estoy medio griposa”».
«Vicky: “Pobre”».
«Vicky: “No sabía”».
«Vicky: “Iba a proponeros un *afterwork*”».
«Vicky: “Me acerco a tu casa”».
«Carla: “No”».
«Carla: “Gracias”».
«Carla: “Ya tengo compañía”».
«Carmen: “¿Quién?”».
«Carla: “Morales”».
«Vicky: “?????????”».
«Vicky: “¿¿¿¿En tu casa?????”».
«Vicky: “Es coña...”».
«Carla: “No”».
«Carmen: “Hazle una foto”».
«Carmen: “Que lo veamos”».
«Carla: “No”».
«Carla: “Que si te la ve Raúl”».
«Carla: “Te cruza la cara”».
«Carla: “E igual te gusta”».
«Vicky: “Qué burra eres”».
«Vicky: “¡¡¡Échalo de ahí!!!!”».
«Vicky: “¡No sabes lo que haces!”».

«Carmen: “Cuando todo se sepa”».
«Carmen: “O cuando se canse de jugar contigo”».
«Carmen: “Y quieras llorarle a alguien”».
«Carmen: “Llórale a tu puñetera madre”».

—Pensé que solo ponías esa cara conmigo —ríe Morales.
—Ya te dije que tú no eras diferente —contesto sin dejar de escribir.

«Vicky: “!!!!!!”».
«Vicky: “¿¿Carmen??”».
«Carla: “Cuando Raúl te suelte un guantazo”».
«Carla: “O cuando te saque a pasear con correa”».
«Carla: “Te va a ir a rescatar”».
«Carla: “Y a defender”».
«Carla: “Tu puñetera madre”».

Morales se levanta de la cama y comienza a ponerse los pantalones.

—¿Te vas?
—Voy a trabajar un rato. Tengo un par de llamadas que hacer.
—Vale...

Apenas me da tiempo a contestar. Desaparece cerrando la puerta tras él sin mirarme a la cara.

«Vicky: “¿Pero qué os pasa hoy?”».
«Vicky: “Carla, ¿¿¿tienes fiebre???”».
«Vicky: “Eva, ¡di algo!”».

—¿Tienes lavavajillas? —oigo desde el otro lado de la puerta.
—¡No!

Morales maldice en voz alta y yo me río para mis adentros pero me dura poco.

«Eva: “Me la suda”».

La tos me obliga a despertar, me ahoga. Mi garganta sufre dolorida los agujones de mis carraspeos y me incorporo sobre la cama. No sé qué hora es pero por el balcón veo que ya es de noche. Justo cuando me dispongo a encender la luz, Morales entra por la puerta descalzo y en pantalones de traje. Lleva un vaso en una mano y una servilleta en la otra.

Enciende la luz de mi mesita y se sienta a mi lado mientras yo continúo tosiendo sin parar. Los ojos me lagrimean y siento cómo me abrasa el pecho con cada convulsión.

—Bébetelo esto —me dice tendiéndome lo que creo que es leche caliente.

En cuanto doy el primer trago advierto que es mi leche de soja habitual pero lleva miel. Es una mezcla dulce, suave y reconstituyente.

Cuando termino, mi expectoración parece darme un respiro.

—Yo no tengo miel —carraspeo—. ¿La has comprado? ¿Has vuelto a salir?

—No, la compré esta mañana. Ya vi que no tenías.

Me desconcierta esta actitud.

A estas alturas ya pensé que se habría ido a su casa y resulta que estaba recluido en mi salón. Tiene un brillo maternal en los ojos que me hace sonreír.

—Morales, ¿te criaste entre mujeres?

Alza las cejas sorprendido.

—Sí, ¿por?

—Se nota.

Me he despertado un par de veces más y las dos estaba sola. He tenido que echar mano del inhalador en ambas ocasiones para poder recuperar la respiración nasal y dormirme. No me extraña que Morales no se haya querido meter en la cama conmigo, estoy hecha un asco.

Me ha parecido escuchar cacharros en la cocina pero se está tan calentito en la cama y hace tanto frío fuera que no me he preocupado de comprobar si era verdad o estaba soñando.

Una melodía de iPhone me sobresalta, estaba profundamente dormida. Morales me suelta y apaga el móvil.

—Perdona, es mi despertador, sigue durmiendo.

Vuelve a rodearme con los brazos en un segundo. Estoy completamente envuelta en su abrazo de piernas y brazos bajo mi nórdico. Me quedo inmóvil, no sé cómo reaccionar.

Giro la cabeza con la pregunta asomando a mis ojos y él me mira entre avergonzado y asustado.

—Estabas temblando.

Puede ser. No me acuerdo de nada, ni siquiera de en qué momento se ha metido en la cama.

—¿Qué hora es?

—Las seis y media.

¿Cuántas horas he dormido? ¿No cené ayer?

—Tengo una *conference call* en media hora pero antes tengo que hablar con alguien. Vuelvo en un rato, ¿vale?

—¿No vas a trabajar?

—Cancelaré un par de cosas, lo demás puedo hacerlo desde aquí.

—No es necesario, ya estoy mucho mejor.

Me deshago de su abrazo.

—¿Tú vas a ir a trabajar?

—No, no tengo visitas hoy pero trabajaré desde casa para ponerme al día.

—¿Y si te pones peor?

—No, mira, respiro mejor.

Hago un vago amago de respirar por la nariz y lo consigo no sin esfuerzo. No puede quedarse aquí un día más como si tal cosa, tiene que entenderlo. Al final nos pillarán de la forma más tonta. Como que Sandra se pase por aquí para pedirme algo o ver cómo estoy.

—Está bien, la verdad es que tengo una comida marrón a la que debería asistir.

—¿Comida marrón?

—Sí, esas a las que vas para lamerle el culo a alguien por haberla jodido en algún momento.

—Ah.

Morales sale de la cama y enseguida noto la ausencia gélida a mi alrededor.

—¿Puedo cogerte el cepillo de dientes?

Cierro los ojos y me abrazo a la almohada.

—Da... Morales... Te chupo la polla y me trago lo que hay dentro, ¿crees que me importa que te limpies los dientes con mi cepillo?

—Qué boca tan sucia.

—Una boca que, por cierto, te encanta.

—No te quepa duda.

—Carla...

Un cosquilleo alrededor de toda mi cara me arranca de un sopor ineludible. Abro unos ojos parpadeantes justo cuando los labios de Morales se posan sobre ellos.

—¿Qué? —pregunto somnolienta.

—Roncas mucho.

—¿Qué?

—Es verdad.

—¡Yo no ronco!

—¿Cómo no vas a roncar si no puedes respirar por la nariz? Por algún lado tendrás que hacerlo.

—¡Pues te jodes! Eso es lo que hay.

Morales se ríe inundando mi cuarto de sus ya habituales carcajadas.

Qué vergüenza.

—Un amor, Carla, eres todo un amor. Tengo que irme, voy con la hora pegada al culo...

Gira la cara y un estornudo resuena por toda la habitación.

—Mierda.

He hecho trampas. He continuado con mis productos químicos y he pasado del mejunje de herbolario. Creo que la cosa ha ayudado porque estoy mucho mejor. Respiro sin abusar del inhalador y tras ponerme el termómetro un par de veces, ya me he cerciorado de que no tengo fiebre.

Aún me asombra pensar en el comportamiento tan fuera de lugar que tuvo Morales ayer conmigo. Está claro que lo que perseguía viniendo aquí era un polvo pero el haberse pasado la noche velándome por si empeoraba me parece de lo más comprensivo. Me alegra que se quedara y se preocupara por mí como lo hizo aunque por otro lado me asusta que se acostumbre.

Sandra me ha llamado a media mañana y en vez de llamar podría haberse pasado por aquí. Teniendo en cuenta las dimensiones de mi casa, Morales prácticamente no hubiera tenido dónde esconderse. Me habría sentido aún peor de lo que ya me siento por tener el tipo de relación que tengo con él y no quiero pasar por eso.

Manu también se ha interesado por mí y ha aprovechado a preguntarme por Eva. Doy por hecho que aún no ha tenido la decencia de contestar a sus llamadas. Se me quitan las pocas ganas que tenía de llamarla para hacer las paces y cotillear sobre lo ocurrido con Morales. Es por eso, que he preferido hablar con Vicky.

Aprovechando que tiene que visitar un proveedor por la zona, ha venido a comer a casa. Pensaba sacar todo lo que quedó de pasta al pesto para las dos pero me he encontrado con todos los cacharros vacíos y fregados. Es normal teniendo en cuenta que yo no me desperté para cenar y Morales se estaría muriendo de hambre por mi culpa.

—Es un poco raro teniendo en cuenta que solo estáis juntos por el sexo —comenta Vicky sirviéndose un café.

Sigue extrañada por las últimas nuevas con Morales.

—El viernes pasado yo me fui con él cuando estaba en mitad de una crisis nerviosa. Digamos que me lo debía.

—¿Tiene crisis nerviosas?

—Algo así. Le da la neura y se le cambia el humor. Dice que es muy nervioso.

—Carla...

Vicky me observa prudente.

—¿Qué?

—A ver si se va a meter algo.

—¡Pero qué dices! Si ni siquiera prueba el alcohol. La semana pasada pensó que le estaba dando una calada a un peta y me dio un manotazo.

Se echa reír.

—Todo un papi.

—Sí, sobró un poco pero está claro que pasa de toda esa basura.

Doy un sorbo a mi café mientras echo un vistazo a mi móvil.

—Nuestro chat está un poco muerto, ¿no?

—Es normal teniendo en cuenta los piropos que os habéis dedicado Carmen y tú.

—¿Qué piensas sobre la decisión que ha tomado?

—¿Lo de volver con Raúl?

Asiento.

—Que está loca.

—¿Entonces por qué no me apoyaste?

—Porque tú también lo estuviste una vez, ¿o no te acuerdas?

Claro que me acuerdo y me cuesta tanto olvidarlo que preferiría no hablar de ello. Me gustaría borrar esa relación para siempre y hacer como si no hubiera existido pero es imposible.

—A ti Rober te dejó atada a una silla, te obligó a que le dijeras todo lo que quería oír y después se fue a trabajar. Lo recuerdo como si fuera ayer. Fui yo quien fue a buscarte y desatarte.

—Lo sé.

Pasaron horas hasta que alguien se dignó a preguntarse qué era de mi vida.

—Y una semana después, volviste con él como si nada

—prosigue muy seria—. Se nos quedó la misma cara de tontas que se nos quedó el lunes con Carmen.

—Lo sé y por eso intento convencerla de que lo deje.

—A ti te llevó meses.

—Pero acabé por abrir los ojos y ella ya lleva un año con él. Es inviable, no lo va a dejar.

—A ver, ¿qué quieres? Si encima tiene una Kalashnikov entre las piernas...

—Vicky, cariño, no todo se reduce a tener un pene enorme.

—Mira quién habla.

—Eso es distinto. Lo de Morales es solo sexo, Carmen tiene una relación sentimental. Si se le puede llamar así...

Está completamente enganchada. La tiene comiendo de la mano y eso me repatea, me recuerda tanto a mí. Solo espero que reaccione de una vez pero si con echarla de casa no ha bastado, no sé qué será lo próximo.

—Será mejor que me vaya —dice levantándose.

—¿Tienes que volver a la ofi?

—Sí. Tengo a una de mis compañeras en Babia todo el día, las demás estamos adelantando su trabajo.

—¿Y eso?

—Está de broncas con su marido recién estrenado.

—¿Pero qué tiene eso que ver? —contesto recogiendo la mesa.

—Pues que no está a lo que tiene que estar y tampoco creo que haya pegado ojo esta noche. Ha mandado al tío al cuarto de invitados pero ella no lo ha pasado muy bien tampoco.

—¿Por qué discuten?

—Al parecer, le ha pillado viendo porno.

—¿Perdona?

—Sí, entró en el despacho que tienen en casa y lo vio ahí todo entretenido viendo un trío lésbico o algo así.

—¡Me parto! —contesto doblándome de la risa.

—Alucino con los tíos, ¿no se pueden cortar un poco? Imagina que lo pilla ahí en pleno traqueteo.

—¡Ja, ja, ja, ja!

—No te reirías tanto si te pasara a ti.

No lo sé pero la imagen que me viene a la cabeza es igual de grotesca que hilarante.

He dejado el portátil por un rato, no quiero abusar de mi mejora. Mañana será otro día y ya me pondré las pilas en la oficina. Voy a aprovechar y poner un poco de orden en casa como si fuera un domingo.

Preparo la colada y cuando comienzo a meter la ropa en el tambor, me doy cuenta de que hay algo que me distrae, algo no está bien. Falta una cosa, me acabo de dar cuenta, pero en su lugar hay otra. Extiendo unos calzoncillos grises frente a mi cara. Estos son los calzoncillos que traía puestos Morales ayer, no los blancos que me prestó.

¡Madre mía! ¿Es posible?

«Carla: “¿Has tenido los bemoles de escarbar entre mi ropa sucia?”».

«Carla: “¡No estaban limpios!”».

No tarda mucho en conectarse y contestar.

«Morales: “Lo sé”».

«Morales: “Menos mal que he sido rápido”».

«Carla: “¿Por qué eres tan cerdo?”».

«Morales: “¿Te molesta?”».

No, en el fondo sé que no pero me sorprende que a veces me hable con toda la franqueza con la que lo haría con un colega y no con una mujer con la que se acuesta. No me extraña que no tenga novia, aguantarle tiene que ser todo un esfuerzo.

«Carla: “Es antihigiénico”».

«Morales: “Jajaja”».

«Morales: “Hacerlo contigo no es antihigiénico”».

«Morales: “Sacarlo de un contenedor de la calle sí lo es”».

Genial pero ahora no sé qué hacer con estos calzoncillos, ni me los pienso poner ni me apetece lavárselos, no soy su chacha.

«Morales: “Si me llego a acordar”».

«Morales: “Ayer me habría puesto mis pantalones”».

«Morales: “Y mi camiseta”».

«Morales: “Pero no caí”».

«Morales: “Hasta que los vi esta mañana”».

Sí, por aquí están también.

«Morales: “No lo laves”».

«Morales: “Me lo pondré hoy”».

«Carla: “¿Hoy?”».

«Carla: “¿Cuándo?”».

«Morales: “Cuando te lleve la cena”».

Me quedo patidifusa. ¿Es que piensa volver? ¿Pero qué confianzas son esas? ¿No tiene nada mejor que hacer?

Hoy estoy preparada, es lo que tiene que te avisen con tiempo en vez de que se presenten en tu casa a traición. Me he dado una ducha, he adecentado toda la casa como he podido y tengo preparado el pijama de invierno que presté a Carmen. El de ponis está por ahí lejos de fisgones. No sé si volverá a pasar la noche aquí pero esta vez no va a pillarme distraída, se va a tener que esforzar mucho si quiere encontrarlo.

En cuanto llaman abajo, abro sin preguntar. Ya es de noche, si no es él, no puede ser nadie más. Espero que no traiga otra vez pasta para cenar. Si sigue así, va a echar por tierra todos mis esfuerzos por llevar una dieta razonable.

Abro la puerta tras oír el timbre. Morales sonrío para no perder el hábito y entra en mi salón tras darme las buenas noches. Me atemorizo nada más verlo. Vuelve a estar abrigado y trajeado tan irresistiblemente sexy como siempre pero no es eso lo que me llama la atención.

—Tienes mucha mejor pinta que esta mañana.

Contesto un escueto “gracias”.

—La cena.

Sobre la mesa de mi salón caen un juego de sábanas plastificado y tropecientas tabletas de chocolate negro.

—Ve desnudándote.

Me acabo de quedar tonta. La cena soy yo.

—¿Carla?

—¿Qué es eso? —pregunto sin dejar de observar la *trolley* que arrastra tras él. Me preocupa mucho saber para qué mete una maleta en mi casa.

—Mañana voy a Barcelona —uf, qué alivio—. Tengo que madrugar mucho, si no te importa, saldré desde aquí.

—No hay problema, déjala donde quieras. ¿Te vas muchos días?

—Qué va —contesta aparcándola en una esquina y quitándose

el abrigo—. Solo voy a pasar el día. El viernes tenemos una reunión, ¿recuerdas?

Es verdad, cómo olvidarlo. Aún me inquieta cómo va a salir eso con Juanjo de por medio.

—¿Qué haces que sigues aquí? Ve a tu habitación a despelotarte, yo voy a preparar esto, me va a llevar un tiempo.

Sonrí y me llevo las sábanas conmigo. Está juguetón, esto puede ser divertido. Mañana va a llegar con muchas ojeras a Barcelona.

Media hora después, Morales irrumpe en mi cuarto con una olla repleta de chocolate fundido. El dulce aroma a cacao envuelve la estancia y mi estómago ruge involuntariamente.

He quitado el nórdico y he puesto la bajera y extendido la sábana nueva por toda la cama procurando cubrirlo todo. Miedo me da lo que va a salir de aquí.

Yo estoy completamente desnuda de rodillas sobre la cama y él ya está en calzoncillos. Blancos, por supuesto. Sonrí mostrándome su dentadura perfecta en cuanto ve que me he fijado en el detalle.

Es tan imponente. Su cuerpo desnudo se quedó grabado en mi retina desde que lo vi el fin de semana pasado pero sigue teniendo el mismo efecto sobre mí como si lo estuviera viendo por primera vez. Su mechón de pelo castaño cae sobre sus ojos y él sacude la cabeza hasta devolverlo a su sitio y devorarme con una mirada verde brillante.

Siento cómo mi sexo empieza a palpar de excitación. Creo que nunca me cansaré de verlo así y sentir cómo me toca después. No voy a tardar mucho en chorrear.

Morales se arrodilla junto a mí y hace un intento de echarme el líquido por encima.

—¿Pero qué haces? —chillo apartándome—. ¡Eso tiene que estar ardiendo!

—No, lo acabo de probar, está templado. Si lo dejo enfriar más, se solidificará. Vamos, ponte aquí.

—Yo creo que esto no va así.

—Tú déjame a mí.

Acepto vacilante y cierro los ojos instintivamente en cuanto siento cómo el chocolate caliente se desparrama por mi cabeza. Aguanto la

respiración, es mucha cantidad. Fluye entero por mis hombros, pecho y espalda. Su cosquilleo es muy placentero y es cierto que está caliente pero soportable. Tengo el impulso de untar un poco entre mis dedos y llevármelo a la boca pero me contengo.

Estoy prácticamente fundida entera en chocolate pero no puedo cerciorarlo porque no lo veo. Morales atiende a mi demanda y recibo el calor de su lengua primero en un párpado y después en otro. Pestañeo. Su boca succiona mi nariz. Menos mal que tengo la mitad de mocos que ayer.

—No me lo imaginaba así —logro decir babeando chocolate por mi barbilla.

—Yo sí —se nota que está disfrutando—. Llenar mi piscina entera de chocolate y bañarme contigo dentro... Pero a falta de piscina...

Veo que le ha dado un par de vueltas.

Sus manos acarician lo que queda de mi pelo y se embadurnan de cacao. Me acerca los dedos a la boca y yo lamo gustosa. Está riquísimo, me alegra haber recuperado el sentido del gusto tan rápido. En cuanto termino con dos dedos, los introduce en mi vagina y su lengua queda entrelazada con la mía. Saborea el cacao de mi propia boca mientras asalta mi sexo al mismo ritmo pausado y enloquecedor.

Su lengua desciende por mi mandíbula hasta mi cuello y con la otra mano me atrae hacia su pecho dejando que el chocolate resbale entre ambos. Me agarro de su pelo balanceando las caderas siguiendo el compás de sus entradas.

—Voy a ir muy despacio, Carla —susurra entre lametones—. Poco a poco... Hasta limpiarte entera... Y no dejar ni una gota. No habrá un solo hueco de ti... Que no haya probado... Ni uno....

Jadeo sobre su cuello.

Le clavo las uñas y oigo su propio jadeo en mi oído. Mi oreja queda envuelta en saliva y yo restriego mi cara junto a su mejilla envolviéndolo en líquido negro. Lamo tragando el dulce sabor sin dejar de frotar mi cara con la suya.

La punta de mi lengua recorre su sonrisa dibujando su contorno. Yo quiero exactamente lo mismo de él. Succiono las comisuras y sus labios clavando los dientes completamente ida. La sensación es tan escandalosamente erótica que no dejo de presionar. Una ceja se levanta frente a mis ojos.

—¿Quieres hacerme sangrar? —pregunta en un murmullo.
Asiento.

—Voy a parar esto —dice sacándome los dedos y untándome chocolate por todo el coño—. O te correrás en un suspiro.

Los dedos vuelven a mi boca y chupo empapándome de cacao y flujos por todo el paladar.

Morales se detiene en mis pechos dándose un festín. Muerde mis pezones tirando de ellos sacándome un grito que me sale del alma y de la mismísima entrepierna.

Meto mis manos en sus calzoncillos y se los bajo con parsimonia, tal y como sé que le gusta. Me restriego el culo hasta que quedo satisfecha y pringo el suyo con mi propio chocolate. Le araño con fuerza. Pienso comerme ese culo como que me llamo Carla Castillo.

Su boca continúa lamiendo y engullendo de mi piel por mi cintura, caderas y estómago. Se pierde en mi ombligo y yo me dejo arquear hacia atrás pero él me detiene entre sus brazos. Me gira para poder ofrecerle mi espalda. Mi pelo le ha librado en parte de llevarse un empacho pero no se le ocurre otra cosa que estrujarlo hasta que los chorretones de chocolate caen por mis lumbares y descienden por mis nalgas.

Atrapa la dulce cascada a lametazos mientras alzo el culo para tatuarme el calor de su boca. Las piernas me tiemblan descontroladas en cuanto la punta de su lengua bordea el agujero de mi ano. Aún recuerdo el orgasmo-bomba que tuve con un único dedo en su interior. La lengua no es peor estímulo y sentir los chorros de chocolate caer a su alrededor me estremecen de puro éxtasis. Gimo mordéndome un labio a punto de partirlo.

La húmeda calidez va desprendiéndose por mi perineo y me retuerzo chorreando por los muslos. Morales se acomoda debajo de mí y yo bailo sobre su boca.

—Mmm... —ronronea—. No hay nada mejor que esto. Chocolate y coño de Carla. La mezcla perfecta.

Iba a protestar, decir cualquier cosa ingeniosa, devolvérsela, pero cuando habla así, me hace parecer idiota. Nunca sé cómo replicar. Decidí creer en todo lo que me dice desde el mismo momento en que follamos en su baño frente al espejo. Me enseñó a disfrutar de mí de una forma que nunca creí capaz y quedé convencida de su embeleso conmigo con cada sacudida en mi sexo, cada tirón de mi trenza y con cada latido

desbocado de su pecho cuando cayó hecho polvo sobre mí.

Las palabras pueden mentir pero un cuerpo siempre las delata. El cuerpo habla y dice mucho más que las palabras, es cuestión de leer entre líneas y yo en el suyo leo lo mucho que disfruta del mío.

Si sigue así me voy a descomponer en mil pedazos. Boqueo elevándome a un paso del edén. Tengo que detenerlo para maravillarme de la misma forma que él.

Me alzo para despegarme y retroceder hasta quedar a su altura. Morales me observa jadeante y confundido pero no le doy tiempo a reaccionar. Le obligo a girarse sobre la cama y me apoyo sobre sus muslos para morder su estupendo culo bañado en bombón negro.

Tiene unas nalgas duras como piedras totalmente contrarias a las mías. Mis dientes ruedan sobre una piel que se estremece al contacto y se tensa en cuanto la marco con devoción.

—Qué bruta eres —farfulla contra el colchón.

Sonrío escondiendo mi mano bajo sus testículos. Ahora mismo soy un animal.

Mis tetas se aplastan contra su culo mientras exploro su polla erecta comprobando que está más que lista para lo que quiero. Solo con tocarla el calor se desprende por todos mis poros erizándome la piel.

Dejo que mi lengua explore su espalda concluyendo en una nuca alterada por un escalofrío inmediato. Morales se da la vuelta y pasea sus manos por mis brazos desplazando el chocolate restante sobre su torso. Lamo los goterones en unos pectorales jadeantes hasta que ya no puedo más y lo comparto entre mis pezones y se los ofrezco en bandeja. Morales chupa complacido al tiempo que gimoteo al espachurrar mi sexo contra su miembro.

Sus dedos vuelven a hundirse en mi pelo y arrastran mi cara a una boca aún insaciable que está a punto de ahogarme en chocolate negro y saliva. Mi clítoris se frota hambriento contra una polla hinchada y sé que no puedo aguantar más.

Me levanto de nuevo y esta vez me giro para acercarle mi pubis y yo meterme ese delicioso mástil en la boca. El líquido de mis manos lo envuelve para darme un banquete de chocolate y carne tersa y enrojecida que me empalaga de gusto.

Las succiones en mi sexo no se hacen esperar y una boca en forma de “o” se deleita con mi clítoris tensando mis muslos.

Lamo siguiendo la misma simetría que tiene lugar entre mis piernas. Subo y bajo llevándome todo el cacao que encuentro a mi paso al fondo de la garganta. Un dedo se abre paso entre mis labios y me la meto hasta casi abrirme la mandíbula.

La marea se alza estrepitosa por mi entrepierna y dejo que mis caderas se muevan solas dándose impulso sobre las rodillas. Morales hace lo propio follándome la boca sin necesidad de descender una sola vez más.

Me fascina el modo en que me hace sentir el sexo que tengo con él. Confieso que nunca lo había experimentado de esta manera y no me refiero ni a las posturas, los lugares o las circunstancias sino al propio tacto. A la forma en que me devora, en que me mira y en que realmente disfruta de mí. Me siento como un bocado de cinco tenedores en manos de un ser hambriento y desesperado por mí. Es igual de excitante como de extraordinario.

Creo que yo tampoco he disfrutado del placer carnal así. Las ansias de querer nutrirme de él incluyendo cada uno de los pliegues de su piel me pueden. Cuando estamos cada uno a merced del otro, no respondo de mí y me olvido de lo demás, todo en él me resulta altamente cautivador.

Ambos danzamos de arriba abajo y de atrás adelante otorgándonos nuestro propio placer a nuestro propio ritmo cada vez más acelerado. Así hasta que mi cuerpo no da más de sí y exploto. El mundo desaparece a mi alrededor. Solo soy consciente de la tirantez de su miembro justo antes de que me lo saque de golpe y se arrodille frente a mí.

—La cara, Carla... —gruñe—. La cara...

Me aparto atendiendo a sus deseos. Esta vez no pienso en cerrar los ojos como en McNeill, quiero verlo. Abro la boca y espero impaciente. El efecto no tarda en llegar.

Su semen acribilla mi rostro en repetidas propulsiones. Me cubre labios, nariz, mejillas, frente y ojos parpadeantes. Morales se masturba hasta que ya no queda nada y la lefa me gotea por la mandíbula. Intento relamerme pero es imposible que mi lengua dé más de sí.

Sus dedos me limpian los párpados y dibujan en mi cara. Siguen un mismo patrón hasta introducirse en mi boca para que cene su sabor. Cierro los ojos absorta en su acidez. Me ayudo con mis dedos para repetirlo. Quiero limpiarme entera así y, entre sus dedos y los míos, lo conseguimos.

Continuamos con dos, tres y hasta cuatro dedos de dos manos diferentes enroscados en mi lengua.

—Joder, Carla...

Morales está exultante y es zarandeado por su propia respiración.

Me atiborro espasmódica y cuando logro sentirme satisfecha, me retiro y ruedo hasta quedar bocarriba sobre la cama. Disfruto de mi orgasmo cerrando los ojos.

Un desnivel en el colchón me advierte que Morales cambia de postura y se tumba a mi lado. Chupa ya más tranquilo los restos de chocolate que han quedado en mis muñecas y los hombros. En cuanto deposita un suave beso en la comisura de mis labios, abro los ojos.

Está mirándome tan quieto y ensimismado que casi me da miedo. Su ensoñación se desvanece cuando desliza los dedos por mi brazo que cae sin fuerzas sobre la cama.

—Tienes la piel mucho más suave.

Sonrío.

—Es una buena hidratante, entonces.

—Te puedes ahorrar una pasta en cremas.

—Me gustan mis cremas.

—Lo que te gusta es dejarte un pastizal en ellas.

Arrugo la frente.

—No, la verdad es que no.

—¿Para qué usáis tantas? La mayoría son lo mismo con distinto nombre.

—No —contesto airada—. No lo son. Me gusta cuidarme, para eso las uso, para verme mejor.

A veces hasta lo consigo.

Morales recoge unos mechones de pelo alzando las cejas divertido.

—Lo siento pero no pienso lamerte esto.

No me extraña, pobre pelo. Me va a durar dos telediarios como siga queriendo jugar así conmigo.

—¿Ducha? —imploro.

Morales asiente y no me da ni tiempo a incorporarme. Me saca en volandas de la cama una vez más.

—Puedo andar.

—Ya lo sé pero me gusta. Eres muy manejable.

Nunca me había visto de esa forma.

Al llegar al baño, me suelta en la bañera pero él no se mete dentro.

—¿Adónde vas?

—A pedir la cena —contesta desde la puerta—. Algo tendrás que comer. ¿Te gusta la comida tailandesa?

Está loco, después del atracón que nos acabamos de dar no sé cómo puede estar pensando en comida pero el caso es que debería comer algo con consistencia antes de mañana.

—Mucho.

—Genial, conozco un sitio que nos lo puede traer hasta aquí. Pido por ti.

—No —niego abriendo el grifo—. Quiero pollo al curry Massaman.

—¿Y ya está?

Asiento sonriente cerrando la mampara de la ducha. Lo lleva claro si piensa que me va a encandilar así.

Cuando Morales sale de la ducha, me ayuda a poner orden en la habitación. Creo que voy a tirar las sábanas, no sé si las manchas van a salir pero es que además son horribles y no pegan nada con la decoración de mi cuarto. Ambos colocamos el nórdico en su sitio cuando Morales se me queda estudiando con ojo clínico.

—Puedes ponerte tu pijama de niña rica favorito, a mí no me importa.

Aprieto los labios mientras coloco las fundas de las almohadas. Llevo el pijama de pantalón largo y manga corta de invierno que me pongo para las visitas arriesgando a congelarme sin la franela de los ponis bajo las sábanas.

—A mí sí me importa.

—¿Por qué eres tan vergonzosa? Ya te he visto con él, ¿qué más te da?

—Preferiría que lo olvidaras.

—¡Puf! Difícil —confiesa—. Esa imagen tuya envuelta en ponis rosas y arcoíris me perseguirá en mis peores pesadillas de por vida.

Me lo imaginaba.

La comida no tarda en llegar y nos sentamos en la mesa del salón a degustar nuestra cena. Afortunadamente, me ha hecho caso y ha encargado lo que le he pedido. Cuando me he dirigido a pagarla, resulta que él se me ha adelantado. Al parecer, tiene cuenta en el restaurante y ya se lo han cargado. Al menos, he podido dar una triste propina al repartidor.

Morales mastica su pollo y su *wok* de verduras relleniéndose el plato de arroz cada vez que aprovecha a servirse para él. A pesar de advertirle que no quería comer tanto, pasa de mis objeciones y sigue cebándose como a un cochino. Voy a terminar por tirarle el plato a la cabeza. Y no le pienso lamer el curry de la cara. De esa horriblemente

preciosa cara que tiene.

—Oye Morales, ¿tú ves porno?

—Claro —responde sin dejar de tragar *sticky rice*.

Mi tenedor se queda pegado a mi plato. Su sinceridad no deja de bloquearme en momentos así. Al notar mi perplejidad, añade:

—Todos los tíos lo hacemos.

—No, todos no.

Resopla.

—¿Qué clase de enfermo no ve porno?

—Pues muchos. Si tuvieras novia, ¿también lo verías?

Mastica arrugando la frente en un ceño.

—No lo sé, no la tengo, pero imagino que sí. ¿Por qué no?

—¿Para qué? Si ya tienes novia...

—¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra? A veces eres tan ingenua.

—No lo entiendo, ¿para qué lo vas a necesitar?

—No es necesidad, Carla. Es morbo, curiosidad...

—¿Por eso lo ves?

—¿Y para qué crees? ¿Para echarme a llorar?

No entiendo a los hombres.

—Nosotras no necesitamos nada de eso para excitarnos.

—Oye que nosotros tampoco, ya te lo he dicho, no es necesidad, pero estimula.

—Sigo pensando que hay hombres que no lo ven, una vez mi ex me dijo...

—Carla —interrumpe señalándome con el tenedor—. Nunca te fíes de un hombre que dice que no ve porno. Vete tú a saber en qué más cosas te miente.

Lo miro boquiabierta.

Pensaba que el porno era algo a lo que recurrir cuando te sentías solo y no tenías pareja pero no un complemento sexual que te acompañara para siempre. Me pregunto cómo se sentirá la compañera de Vicky. En el fondo es ridículo sentirse celosa por algo así. No es más que una película, no es algo que su marido haya podido tocar. Qué tontería, tiene razón, menuda chorrada. Tampoco creo que lo necesiten para masturbarse, los tíos tienen mucha imaginación y bastante más perversa que la nuestra. Creo.

—¿Por qué nunca llevas escote? —pregunta mirándome directamente a las tetas.

La pregunta, obviamente, me pilla por sorpresa.

—Porque no.

—Tienes que lucir esa maravilla que tienes ahí.

—Me gusta que me miren a la cara, no a las tetas.

—Pues qué desperdicio —opina cabeceando—. Seguro que las pobres se mueren por ver mundo y tú las tienes ahí, enjauladas, ocultas de todos...

—¿Qué más te da que las enseñe o no?

Me confunde que me diga algo así. Estoy acostumbrada a que me digan lo contrario. Es más, a que me lo exijan. Así era Rober, al menos. Yo también perdí un pedazo de fondo de armario curioso en los meses que estuve con él, igual que ahora le ocurre a Carmen. No soportaba que otros hombres me miraran, era celoso de cualquiera y aunque en un principio me parecía romántico, más tarde me di cuenta de que en realidad, era enfermizo y aterrador.

—A mí me da igual, Carla. Lo digo por ti. Las mujeres te odiarían y los hombres caerían a tus pies. Si fuera tú, me aprovecharía de ello.

—Prefiero que me valoren por esto —contesto llevándome una mano a la sien.

Morales resopla.

—No digo que vayas a una entrevista de trabajo con las tetas fuera, tú no necesitas eso. Pero me da pena que no sepas valorar lo que tienes ahí.

Basta de tonterías, haré lo que me dé la gana. Si antes tampoco aguantaba que me obligaran a envolvermelas en papel *film*, ahora tampoco voy a soportar tener que sacarlas a relucir.

—¿Podríamos hablar de otra cosa que no fueran mis tetas, por favor?

Morales sonrío encogiéndose de hombros.

—Como quieras.

Menos mal...

—¿Por qué tienes una casa tan pequeña?

No se calla ni debajo del agua.

—No necesito más. Casi nunca estoy aquí.

—Seguro que es verdad, tu nevera habla por sí sola —me echa más verduras—. Come.

—No seas pesado —replico devolviéndoselas—. No puedo más.

—Comes como un pajarito.

—Y tú como un cerdo.

Levanta la vista aguantando la risa.

Un zumbido nos distrae desde la habitación y ambos nos levantamos persiguiendo su sonido como los ratones del flautista de Hamelín. En cuanto llegamos a mi mesita, nos detenemos en el acto.

—Es el tuyo.

Morales pone mala cara mientras recoge su móvil.

—Perdona, tengo que coger.

No sé quién puede llamar a nadie a estas horas de la madrugada pero lo entiendo enseguida en cuanto le escucho hablar en inglés. Seguramente será del otro lado del Atlántico, allí ahora será media tarde.

Mientras Morales se explaya a gusto, yo voy recogiendo los platos de la mesa y dejándolo todo como una patena. Sorprendentemente, aún ha sobrado comida así que la guardo en la nevera.

Un buen rato después, Morales sigue al teléfono. Se ha sentado en el sofá con las piernas estiradas y tiene su portátil en el regazo. La escena, vista desde fuera, tiene que ser de lo más cómica. Yo fregando la mesa con un paño y él en camiseta, pantalones de deporte y descalzo tecleando enfurruñado en mitad de mi salón. Si Sandra nos viera ahora mismo no sé si se echaría a reír o llorar. Prefiero no pensarlo.

Verlo así es casi enternecedor. Tiene un aspecto tan natural y desenfadado. No tiene nada que ver con el hombre trajeado de IA. Es un chico con cara de crío y preciosos ojos verdes que no dejan de vigilarme. Parpadeo. Me hace una señal con la mano indicando que al otro lado no le paran de parlotear.

No me importa, eso me permite cepillarme los dientes y entretenerme con mi habitual batida de redes sociales antes de acostarme. Me tumbo sobre la cama y echo mano a mis diversos perfiles. Ahora sí que puedo poner o colgar lo que quiera, total, lo tengo al otro lado de la puerta.

Veo que Eva está de lo más feliz. Se ha comprado un bolso nuevo, un Furla bien mono. Dice que lo va a estrenar el sábado en una cita

especial. Espero que Manu no sea tan pérfido como Morales y le dé por espiarla a través de la red también.

Susana sigue colgando estupideces en una cuenta atrás que tan solo consigue estresarnos a los demás más que a ella. Tengo que cuadrar agendas con Vicky e ir a comprar un vestido en algún momento. Cuando leo el *timeline* de Vicky veo que ha retuiteado una noticia hace un rato que me deja atónita. No me había dado cuenta hasta ahora pero veo que ya se ha convertido en *trending topic*.

No sé qué estudiante polaca ha decidido sacar a la venta su virginidad para pagarse los estudios. La puja ya va por cifras grotescamente millonarias. La gente está fatal. Vicky, por supuesto, ya ha puesto el grito en el cielo. Puede ser tan mona como monjil. No sé en qué circunstancias estará la polaca pero habría que verlas.

Morales entra en mi cuarto y se tira sobre la cama de forma que casi salgo volando al otro lado. Mi móvil salta por el nórdico.

—Perdona, los californianos no pueden vivir sin mí.

Me echo a reír.

—¿Qué querían?

—Se ha caído una granja de servidores.

—¿Ya no funciona nada?

—No, por Dios —asegura enredando mi pelo entre los dedos—. Todo sigue corriendo, habrá sido una sobrecarga.

—¿Y por qué te llaman a ti?

—Porque les pido que lo hagan cuando pasan cosas así.

—Deberías delegarlo en otra persona —aconsejo—. No me extraña que no duermas si dejas que te llamen con cada incidencia que ocurre en cualquier parte del mundo.

Me mira extrañado.

—Soy el responsable, Carla. Delegar cosas así no es muy sensato. Llevar tu propio negocio con cabeza requiere muchas horas y mucho sacrificio, tú no lo entiendes.

—¿Ves cómo no me conoces?

—Ahora me vas a decir que tu padre es escocés y se llama McNeill.

—No, tonto. Se apellida Castillo y tengo un setenta y cinco por ciento de acciones en su empresa.

Sus dedos se paran en seco dejando caer mi cabello sobre

nosotros.

—¿Tú eres accionista?

Asiento.

—Sé de lo que hablas y debes aprender a delegar o IA te acabará absorbiendo y consumiendo. Ningún empresario actúa así.

—Yo sí —se defiende ceñudo—. IA es mi vida, si la descuido, no me queda nada. Me ha costado mucho llegar hasta donde estoy. A mí no me regalaron un paquetito de acciones en una caja con un lazo rosa.

Este tío es gilipollas.

—Deja de hablarme como si supieras algo de mí.

—¿De dónde sacas tiempo para llevar las acciones y trabajar en la agencia?

—Delego. Tengo a alguien que se encarga de supervisar mis acciones y gestionarlas.

—Un setenta y cinco por ciento es un porcentaje muy alto, no haces muy bien dejando semejante responsabilidad en manos de asesores. Por cosas como esa, las empresas se van a la mierda de un día para otro.

No quiero hablar de eso, nos vamos a meter en un bucle que me recuerda demasiado a los que me enfrento con mis tíos.

—¿Has visto esto? —le ataco sosteniendo mi iPhone frente a su cara dejándolo ciego.

Morales lo recoge y lee la noticia con detenimiento.

—No pago esa pasta por descorchar a alguien, ni loco. Siempre hay alguna que se deja gratis.

—¡Descorchar! ¿Cómo eres tan bestia? Es una mujer, no un Albariño.

—Es una forma de hablar, pipiola.

—Pensaba que desvirgar a alguien os ponía.

Morales sacude los hombros y en cuanto hace un intento de salir de la aplicación para meterse en otra, le arrebato el móvil de las manos.

—Tiene su aquel pero no te creas. Yo no lo prefiero, es un coñazo. Si quieres ir al grano, no merece la pena. Empiezan con el “ay, ¿esto dónde va?”, “ay, esto me duele”, “ay, ¿qué hago?”, “ay, soy una estrella de mar”...

—¿Una estrella de mar?

—Sí, un “yo ya”.

Vale. Como tirarse una seta, vamos.

—Creo que no sé nada sobre los hombres.

—Ya, eso veo. Pero yo sí que sé algo sobre ti.

Entorno los ojos suspicaz.

—Te pongo malísima.

Por favor.

—Eres tan creído que casi me caes mal.

—Casi.

Su móvil vuelve a reclamarlo y Morales maldice en voz alta hasta que me pitan los oídos. Si me hiciera caso no tendría por qué estar pasando por esto, pero él verá, a mí me da igual. Es su vida, no la mía.

Pestañeo sobre la almohada. Tengo frío a pesar de cómo me cubre el nórdico hasta la coronilla. Tenía que haber hecho caso a Morales y pasar de todo para echar mano de Mi Pequeño Pony. Miro el despertador y veo que son las 4:05 horas. Vuelvo a estar sola en la cama. Me he quedado completamente roque esperando a que Morales terminara su interminable charla con los americanos.

Salgo envolviendo mi enjuto y tembloroso cuerpo con los brazos. Al abrir mi puerta me encuentro a Morales en el salón engullido por la oscuridad de la madrugada. Está sentado en una silla junto a la mesa con la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas. La imagen es descorazonadora. Parece tan abatido como si acabara de perder IA de la noche a la mañana.

—¿Estás bien?

Morales alza la cabeza dando un bote sobre el asiento. Se ha sobresaltado.

—Vuelve a la cama.

Doy unos pasos hacia su encuentro. En cuanto me acerco lo suficiente puedo ver unos ojos antaño hermosos, enrojecidos como aquella vez en La Finca. No ha dormido nada.

—Déjame en paz, Carla. Vuelve a la cama.

Se está enfadando. Su tono de voz, la expresión iracunda de los ojos y la tensión de sus hombros le delatan.

—No me hables así.

Me siento en otra silla frente a él y veo que en la mesa están los platos vacíos donde había guardado los restos de la cena. Se ha dado otro festín tailandés.

El frío me obliga a encogerme casi en posición fetal. Su gesto es duro y arrogante pero creo vislumbrar cierto brillo húmedo en sus ojos que me parte el corazón. No sé ni por qué es tan nervioso ni por qué le cuesta tanto dormir. Me gustaría preguntárselo y creo que después de lo

ocurrido hasta ahora, hay suficiente confianza como para hacerlo.

Abro la boca no sin antes extender un brazo para peinar su desastre de pelo alborotado.

—¿Quieres dejarme en paz de una puta vez?

Me paro a mitad de camino.

—Si te vas a comportar así, prefiero que te largues. Nadie me habla en ese tono y menos en mi propia casa.

Morales exhala pesadamente y vuelve a esconder la cara entre sus manos. Arrastra la multitud de mechones rebeldes tras ellas y habla sin dejar de mirar al suelo.

—Perdona, es que... Joder, perdona.

—¿Hoy tampoco puedes dormir?

—Está claro, ¿no? —replica alzando la voz. Mi rostro debe mostrar mi hartazgo porque vuelve a bajar la vista, afligido—. Me he dejado las pastillas en casa.

—Igual yo tengo algo por aquí.

—No, no me voy a tomar nada que no conozca.

Lo entiendo. Pienso rápidamente, hay algo que tal vez podría funcionar.

—Ven —le insto una vez que me levanto.

Morales me mira circunspecto.

—¿Adónde?

—A dormir.

—Carla, es inútil.

—Creo que puedo ayudarte —confieso tendiéndole la mano.

—¿Me vas a dormir a polvos? —pregunta sonriente.

—No, imbécil.

—Pues vaya.

Morales termina por hacerme caso y seguirme hasta mi habitación.

No sé si funcionará pero por intentarlo no va a perder nada. A mí me gusta. Es una sensación muy placentera que siempre me adormece.

Me meto en el nórdico y lo abro para él.

—Tumbate bocabajo.

Morales se queda muy quieto observándome con visible cautela. Vacila y finalmente decide hacer lo que le pido. Nos cubro a ambos hasta medio cuerpo y deslizo mi mano por debajo de su camiseta.

Comienzo a dejar que las yemas de mis dedos se paseen de mil formas distintas por su espalda. Las cosquillitas son un remedio excepcional para dejarte *K.O.* Atontan a todo el mundo, este hombre no puede ser diferente. Tiene que estar agotado, en algún momento acabará cayendo.

Morales se medio incorpora sobresaltándome. Al principio me decepciona lo poco que ha aguantado. Pero me alegra comprobar que estaba equivocada. Lo que hace es quitarse la camiseta y tirarla a un lado de la cama para darme un mejor acceso. Sonrío pero no digo nada.

Morales me contempla con unos ojos magnetizados y entornados que acaba cerrando un rato después. Dejar vagar mis dedos por su piel es más que placentero. Sus músculos relajados son suaves al tacto y me adormecen a mí también. Dejo reposar mi cabeza sobre mi brazo hasta que veo caer su mechón de pelo rebelde sobre la almohada.

No lo puedo evitar, me da igual que vaya a taladrarme con la mirada, a chillarme o a largarse. Lo recojo con la otra mano sin dejar de acariciarlo y lo recoloco en su sitio. Ni siquiera se ha movido. Dudo que esté ya dormido pero me consuela que se haya dejado hacer. Tampoco es para tanto. No puede pretender que follemos como conejos y luego ni siquiera permitirme tocarle un estúpido mechón de pelo como si fuera un objeto sagrado. Si yo actuara de la misma forma con mi pelo, se volvería loco, simplemente lo sé.

Algo tendrá que ceder, como lo hago yo. Al menos, hasta que dure toda esta locura en la que nos hemos metido como dos adolescentes descerebrados.

A las 7:30 suena el despertador arrancándome del sueño con crueldad desmedida. Parpadeo molesta, alendada y cabreada. Qué sueño, me siento como si hubiera dormido media hora.

En cuanto me siento como una muerta viviente al borde de la cama, caigo en lo sola que estoy. No hay ni rastro de Morales por ninguna parte. Se habrá marchado ya.

Tanteo la mesa en busca de mi móvil cuando un trozo de papel se cuela bajo mis dedos. Es una nota.

«Mala mujer,
Me he dormido, voy a perder el vuelo por tu culpa.
Espero que estés contenta.
D».

¿D? ¿De Daniel Morales? Pensaba que nos obligaba a todos a llamarle Morales.

Pues que se fastidie.
Encima de que por fin se duerme.

Manu ya no me habla de Eva. Directamente pasa de sacar el tema. Tiene que estar profundamente dolido o decepcionado para hacerlo porque es francamente difícil que no la saque a relucir en ninguna de nuestras conversaciones. Si no lo conociera bien, diría que tan solo me quiere de celestina pero sé que no es así.

No sé si hago bien en preguntarlo pero me muero de ganas por hacerlo. Es algo que atañe a una amiga mía o a alguien que lo era hasta hace poco. Hace días que no hablo con ella y el orgullo me impide ir derechita a su encuentro. Antes prefiero tantear el terreno.

—¿Has vuelto a hablar con Eva?

Manu deja de remover su café con la cucharilla. Lo acabo de abstraer del estado de bienestar en el que me lo he encontrado toda la mañana para hundirlo en la miseria.

Soy mala.

—No. He dejado de llamarla.

—Haces bien.

Levanta la cabeza alzando las cejas.

—¿Para qué seguir tras alguien que no tiene ni la decencia de devolverte las llamadas?

—¿Te pasa algo con ella? Ya ni siquiera os habláis por Twitter o Facebook.

No imaginaba esto de Manu. Ahora resulta que las redes sociales son una fuente de información letal y puede que más que dolorosa para los hombres y mujeres desesperados por pillar.

—Hemos discutido, llevamos unos días sin hablarnos.

—¿Puedo saber sobre qué?

Lo miro con toda la indulgencia que me cabe en mis enormes ojos azules. Tiene un aspecto tan frágil, parece un niño perdido deseoso de dar amor y desesperado porque alguien acepte. No, alguien no. Solo ella.

—No quiero aburrirte con nuestras tonterías. ¿Tienes algún plan para este finde? —pregunto cambiando de tema con un tacto sobrenatural.

—Saldré mañana. El sábado no tengo ningún plan. ¿Y tú?

—Aún nada. Ya veré qué se me ocurre.

Y con quién, porque se me acaban las amigas.

—Si quieres puedes salir con nosotros —propone de pronto. Es la primera vez que Manu me invita a salir con sus amigos—. Tal vez podría presentarte a alguien. Si tú quieres, claro. Eres tan reservada... ¿No te apetece conocer a alguien? Así tú también descansarías de Eva de vez en cuando.

La risa acude a nuestra mesa en mitad del restaurante estancándose durante varios minutos. Estoy contenta de poder verlo sonreír e incluso ver que bromea con el tema. Seguro que Eva ha disfrutado con toda esta pantomima, no se merece a mi compañero.

—Gracias, Manu. Me lo pensaré.

—¿En serio? —pregunta asombrado.

—¿Y por qué no? Si todos son como tú, puede ser una noche

muy bien invertida.

Se queda embobado durante unos instantes pero vuelve a reaccionar.

—No os habréis peleado por mí, ¿no? Carla, yo te aprecio mucho pero...

—O te callas ahora mismo o te hago tragar la cucharilla, la taza y el plato.

Manu rompe a reír. Más le vale que lo estuviera diciendo en broma. No sé si me he expresado bien, tan solo pretendía dos cosas: afirmar una verdad y regalar un halago. Pero como los hombres lo entienden todo del revés, nunca se sabe.

Tras pagar nuestros menús, volvemos a la oficina envueltos en nuestros abrigos bajo el frío otoño madrileño. Me esperan unos días de sobrecarga laboral después de haber vagueado en casa reposando mi resfriado.

Reviso mi bandeja de entrada en el móvil antes de apagar el cigarro y subir a la oficina. Se me acumulan los *e-mails*. Me giro para dar prisa a Manu pero me detengo al verlo completamente concentrado en un muro de Facebook que se me hace muy familiar. No quiero saber lo que pone, ni siquiera se lo voy a preguntar, esta vez no.

Entro en las puertas giratorias de Torre Picasso cuando su voz llega hasta mis oídos en un hilillo apenas audible.

—Carla...

—¿Sí?

—No es culpa tuya pero ojalá no me la hubieras presentado nunca.

Son casi las ocho y aún no he llegado a casa. Estoy agotada. La reunión se ha alargado, sobre todo en el momento de preparar mi visita de mañana a IA. Sandra no me ha dejado tranquila hasta que se ha cerciorado por completo de que lo tenía todo más que claro y no llevaba nada a medias. Incluso ha sugerido asistir vía teleconferencia. Está frita por saber lo que hablamos en nuestras reuniones. Yo estoy desesperada porque no se entere nunca. Me sorprende el miedo con que me enfrentaba a toda esta situación con Morales al inicio.

Ahora no es constante, va a picos. Depende del día y del

momento. Hoy, por ejemplo, he estado bastante relajada hasta que lo hemos mencionado. Eso sigue sin cambiar, es decir su nombre en voz alta y este me roza la mente con la suficiente sutileza como para hacerme volver la cabeza y casi estirar las orejas como un gato recién despertado.

Es algo más que involuntario e inconsciente pero también inevitable. Antes, cuando sucedía esto, imaginaba cómo sería su tacto, su lengua, un simple polvo con él. Ahora, lo que hago es rememorar todo, no como si fueran retazos de una vida que ves pasar ante tus ojos, sino como una experiencia por cada vez que lo oigo nombrar.

A veces en su casa, otras en la mía, en un despacho, un ascensor, una fiesta... Me pregunto hasta cuándo podré rellenar la lista. ¿Habrá vuelto ya de Barcelona? ¿Me llamará?

Qué boba soy, qué tontería, ¿por qué iba a hacerlo?

¡Teléfono! Casi me salgo del carril. El manos libres retumba por todo el coche. Presiono el botón de descolgar sin aliento.

—¿Sí?

—¿Carla?

—¿Quién eres?

Una voz masculina ríe al otro lado del teléfono.

—Soy Héctor, tonta. Este es mi número de empresa, pensé que lo tenías.

No puedo evitar sentir cierta frustración. Para qué negar que me hubiera gustado oír otra cosa, pero esto está bien. Está mucho mejor que lo otro. O al menos, debe estarlo, debe ser así.

—Perdona, Héctor, es la primera vez que veo este número. La tía me dijo que me llamarías pero no sabía cuándo.

—Ya veo, entonces ya sabes que te llamo pidiendo asilo, ¿no?

—¿No vienes por trabajo? Me parece increíble que no te paguen el hotel.

—La verdad es que lo hacen pero me divierto mucho más cuando salimos juntos, nos emborrachamos y comemos pasta de madrugada antes de acostarnos.

Sí, esos momentos siempre son memorables.

—¿Cuánto te voy a tener que aguantar esta vez?

—Tres días —contesta riendo—. ¿Suficiente o me pido vacaciones?

—Más que suficiente. ¿Cuándo?

—En quince días.

Hago cuentas mentales. Ay, no...

—Ese fin de semana es la boda de Susana.

—¿En qué día cae?

—El sábado por la noche.

—Mmm... Llamaré a algún compañero de la facultad para salir por ahí. ¿Sigues viviendo sola?

—Claro, ¿pensabas que no?

—No, lo pregunto por curiosidad. Por saber si tengo que hacer de primo de Zumosol con alguien.

—No seas fantasma, nunca ha hecho falta, tienes la misma edad que yo.

—Pero soy más grande.

—Tampoco tanto. Además, seguro que lo sabéis todo de mí gracias a Noe. A la tía le enseña todas las fotos en las que salgo por internet.

Héctor se echa a reír.

—Eso no va a cambiar nunca, siempre se meterá en todo lo que pueda, pero ya sabes que yo paso. Prefiero preguntártelo.

—Pues gracias pero no, sigo viviendo sola.

—¿Y sigues con las mismas amigas?

Ajá. Me lo esperaba.

—¿Lo dices por alguien en concreto?

—Es posible.

—Pues olvídale porque se ha echado novio.

—Ah —pobre, ¿otro corazón roto? No lo creo, no hubo tiempo suficiente ni se han vuelto a ver o a hablar desde entonces. Creo—. ¿Desde hace mucho?

—Un año más o menos.

—Sí que se dio prisa.

Es verdad. Carmen conoció a Raúl pocos días después de acostarse con mi primo. No perdió mucho el tiempo pero es que el amor llega así, de esa manera, y nada se puede hacer para remediarlo.

—Bah, ¿qué más te da? Madrid está plagado de mujeres, a alguna le tendrás que caer en gracia.

—Eso no lo dudo pero me va a costar lo mío siendo el único tío en un grupo de cuatro tías. Me van a confundir con el amigo gay.

Es una pena. Si Eva no estuviera por medio podría llamar a Manu y juntarlos. Mi primo se sentiría más cómodo pero probablemente Eva y Manu no.

—Eso es lo que hay. O lo tomas o lo dejas.

—Qué amable eres.

—Hay cosas que nunca cambian.

Sonrío.

No sé qué hacerme de cenar. No tengo muchas opciones, tengo que salir a hacer la compra un día de estos. Cierro la nevera suspirando y cojo el móvil que no para de vibrar sobre la encimera. Mi antiguo chat favorito ha vuelto a resucitar hace unas horas.

«Vicky: “¿Hacemos algo mañana?”».

«Vicky: “El sábado tengo una cita”».

«Vicky: “Con un amigo de una compi de la ofi”».

«Vicky: “:-)”».

«Eva: “Yo el sábado tampoco puedo”».

Claro que no. Tiene una cita especial donde va a estrenar un bolso especial.

«Eva: “¿Sigo haciendo criba en mi redacción?”».

«Eva: “¿O ya no te interesa nadie?”».

«Vicky: “Sí, sí”».

«Vicky: “Solo he visto un par de fotos tuyas”».

«Vicky: “Es guapo”».

«Vicky: “Pero igual es un cerdo”».

«Eva: “OK”».

«Eva: “Con tus requisitos aún me va a llevar un tiempo”».

«Vicky: “Qué bien...”».

«Eva: “Hay uno”».

«Eva: “Pero no sé”».

«Vicky: “¿Por?”».

«Eva: “No vive con su madre, como pediste”».

«Eva: “Pero dicen que se la tira”».

«Vicky: “Toma ya...”».
«Eva: “También he pensado en contratarte un puto”».
«Eva: “Para que se te quite la tontería”».
«Vicky: “Te mato”».
«Eva: “Sería un puntazo”».
«Eva: “Si te gusta”».
«Eva: “Yo me apunto”».
«Vicky: “¿Para qué vas a querer eso?”».
«Eva: “Algo diferente harán”».
«Eva: “Ya que les pagas...”».
«Vicky: “Harán lo que tú les pidas que hagan”».
«Eva: “Interesante...”».
«Eva: “Pero no me sirve”».
«Vicky: “¿Por?”».
«Eva: “Quiero hacer un trío”».
«Vicky: “¿¿¿???”».
«Vicky: “¿¿Con quién??”».
«Eva: “Me da igual”».
«Eva: “Alguien físicamente aceptable y que le apetezca”».
«Vicky: “Pon un anuncio”».
«Vicky: “Como la polaca”».
«Vicky: “A ver si tienes suerte”».
«Carmen: “Yo mañana también puedo”».
«Vicky: “¡Bien!”».
«Vicky: “¿Carla?”».

Algún día tendré que enfrentarme a todo esto.

«Carla: Yo también.»
«Vicky: Guay.»
«Vicky: ¿Dónde os apetece?»
«Carmen: Lo vemos mañana.»
«Carmen: Ahora no puedo hablar.»

Me voy a ahorrar comentar la razón por la cual no puede hablar. Siempre es tan obvia.

«Eva: “OK”».
«Vicky: “OK”».
«Eva: “Carla”».
«Eva: “¿Tú sigues interesada en mis compañeros?”».
«Eva: “Pensaba que tenía uno perfecto para ti”».
«Eva: “Pero”».
«Eva: “Lo siento”».
«Eva: “No es chandalero”».

Qué estúpida. Esto no es un vacile, ya sabe que no me hace ninguna gracia.

«Carla: “¿Pues qué haces que no te lo follas tú?”».
«Carla: “Vicky”».
«Carla: “¿Vamos a buscar un vestido para la boda este finde?”».
«Vicky: “No puedo”».
«Vicky: “:-(”».
«Vicky: “Tengo una comida también”».
«Vicky: “Del próximo no pasa”».
«Carla: “Perfecto”».
«Eva: “No te esfuerces”».
«Eva: “En la boda de la Susi”».
«Eva: “Ni tocará Camela”».
«Eva: “Ni habrá peladillas”».
«Eva: “Poco vas a pillar”».

Tiro el móvil al colchón antes de que se me ocurra contestar. No me voy a encender. No me voy a encender. Tengo autocontrol. Tengo autocontrol.

No, no lo tengo.

Voy directa a mi armario. Rebusco entre cajas hasta sacarlo y lanzarlo sobre la cama. Me arrodillo y cierro los ojos al rasgar las cuerdas sobre mi hombro. Dejo que la música me apacigüe. Paganini me extenuará hasta dormirme. Mi nerviosismo se manifiesta a través del “Moto Perpetuo”.

Mi habitación queda sitiada por una melodía colérica y apasionada que estará reventando los tímpanos de mis vecinos. El timbre

sonará en breves instantes si no me detengo pero no quiero. Si lo hago, contestaré. Diré las mismas burradas que ella, las diré sin pensar, igual que ella, y me sucederá lo mismo que con Carmen. Nos dejaremos de hablar otra vez, vendrán los monosílabos, las malas formas y los insultos y me quedaré más sola que la una. No quiero estar sola, no me sienta bien. Pienso demasiado, recuerdo demasiado, sufro sin necesidad. No quiero volver, no quiero volver allí otra vez.

Paganini, hazme olvidar. Agótame para no despertar hasta que llegue mañana.

Aún sigo mirando la foto en Twitter. A pesar de haber llegado ya a su despacho y estar esperándole, no puedo dejar de hacerlo. He vuelto a sacar el móvil solo para verla. Es de las primeras noticias que he visto en el *timeline* de McNeill. Imagino que Manu estuvo trabajando anoche para colgarlas en directo. Cuando me fui de la oficina seguía allí. Ahora entiendo por qué.

En la imagen, Morales se ve nuevamente acompañado. Esta vez es una mujer negra, de pelo largo, negro y ondulado, con ojos brillantes y oscuros y un cuerpo de diosa de ébano. Ambos posan agarrados de la cintura y sonrientes. Se lo debieron pasar muy bien en la fiesta para emprendedores de la embajada norteamericana. Supongo que al regresar de Barcelona, tuvo tiempo de darse un agüita y entrarle ganas de tirarse a otra en otro evento más.

Todo esto me desconcierta. Creo que no me importa que quiera estar con otras, lo entiendo. Solo tengo que mirar a Eva para comprenderlo. Hay gente que necesita variedad y rehúye el compromiso. Sin embargo, me llama la atención que si lo que necesita es variedad, repita conmigo constantemente.

Al principio pensé que tan solo quería un polvo, quitarse la curiosidad de encima e hincarme el diente. Pero el hecho de que sigamos teniendo este tipo de encuentros me confunde. ¿Para qué sigue con esto si está claro que con ese cuerpo y esa cartera puede conseguir a cualquiera?

—Despacho de Daniel Morales, ¿dígame? —la voz de Erika en la mesa de al lado me sobresalta—. Hola Mario. No, está reunido, por eso no te coge el móvil. Imposible, ahora va a entrar en otra. ¿Cuál? ¿La de esta noche? Eso te lo puedo decir yo, creo que tengo la invitación por aquí. A ver, en Gabana. ¿Con eso vale? A las once. Nada, a ti. No, para nada, ¿qué pinto yo allí? Déjalo Mario, ya sabes que por mucho que insistas...

—¿Carla?

Una voz desconocida me sacude volviendo la vista al frente.

Un hombre joven de cabello negro y ojos grises risueños me observa intrigado. Lleva unos chinos beis y un polo azul claro mientras sostiene un iPad en la mano.

—Sí —contesto comedida.

—Hola, soy Juanjo.

—Encantada de conocerte en persona —sonríó mientras le doy dos besos que me exige sin llegar a extender la mano.

—Lo mismo digo, ¿ya estás mejor?

—Sí, desde luego. Gracias por aplazar la reunión.

—No hay problema.

—Hola, Carla.

Esa voz.

Mi nombre asomando a sus labios es música de los ángeles para mis oídos. Ese tono calmado que tan solo precede a una tempestad que se desata en cuanto me giro para mirarlo. Viste otros chinos verde botella y un polo color arena. Sus ojos verdísimos aún resaltan más en esa cara sonriente, henchida y hermosa que tiene.

No se lo ve cansado. Medio despeinado, sí. Eso siempre. Me muero de ganas por pasarle los dedos y tirar y tirar mientras baña su boca en saliva y también sangre. Pero soy bien consciente de que el sentido común me golpea como a una pánfila pidiendo cordura.

—Hola.

—Juanjo me dijo que has estado enferma, ¿cómo estás?

—pregunta mientras entramos a su despacho y nos acomodamos en la mesita de reuniones.

—Ya estoy recuperada, gracias.

—Me alegra oírlo.

—Sí, me han cuidado muy bien.

Madre del amor hermoso. ¿Qué ha sido eso?

No sé de dónde ha salido pero el caso es que lo ha hecho y ya me estoy torturando por ello. Morales se detiene un segundo antes de sentarse pero se limita a sonreír al aire. Creo que le acabo de alentar a jugar y no quería, juro que no quería.

Juanjo me pide que exponga el plan de comunicación completo del próximo trimestre y lo que queda de este. Tengo suerte porque mientras hablo puedo dirigirme a él directamente sin distracciones ya que lo tengo justo enfrente. Morales, en cambio, está sentado entre ambos escuchando

con atención. Puedo sentir el peso de su mirada con cada palabra que digo pero hago lo que puedo por no desviar mis ojos hasta él.

Su compañero y yo nos enfrascamos en una conversación de cambios y propuestas de actividades de prensa de lo más productiva. Por fin. Ya era hora. Me ha costado pero finalmente he logrado encontrar a alguien con el que mantener una conversación fluida en mi campo. Cuando esta semana Morales tuvo aquella conversación anglosajona por teléfono, todo lo que oí me pareció chino mandarín y creo que es exactamente lo mismo que le está sucediendo ahora con nosotros.

Juanjo es un hombre muy afable y definitivamente muy agradable de ver. No he tenido oportunidad de ver a mucho del personal de IA cada vez que me he acercado por aquí pero entre Morales, Erika, Juanjo y alguno más, está claro que esto es una compañía de plantilla joven y guapa. Trabajar aquí sería un halago y un regalo a partes iguales.

Quiero creer que es todo una casualidad. Me niego a pensar que Morales quiera que todos sus empleados estén a su altura física. Eso sí, estoy segura de que la mayoría son unos cerebritos igual que él. Dudo que se codee con gente mediocre y más si son aquellos que tienen que sacar adelante su pequeño bebé, su empresa, su vida, como dice él.

Mi iPhone emite una ligera vibración junto a mi portátil. Le echo un vistazo rápido. No puede ser, me tiene que estar tomando el pelo.

«Morales: “¿Por qué hoy no llevas trenza?”».

«Morales: “¿Cuánto tardas en hacerte un moño con toda esa materia prima?”».

Lo observo de reojo. Está jugueteando con su móvil en la mano. Prefiero no mirarlo directamente a la cara, es mejor no caer en la red de su sonrisa de anuncio.

No pienso contestar y más cuando Juanjo me está dando indicaciones específicas de cómo debo llevar esta cuenta en los próximos meses. No para de dibujar sobre la pizarra enumerando los puntos clave de la reunión. Cuando se gira para escribir aprovecho a bajar la vista de nuevo.

«Morales: “No vas a contestar”».

«Morales: “¿No?”».

Veo que recibe una llamada pero cuelga sin pensárselo. Juanjo también se percata y calla un momento para quedarse mirando a Morales confundido. No entiendo por qué. Le he visto hacer eso muchas veces, siempre dice que no le gusta que lo interrumpan.

—Continúa, Juanjo —le insta.

El director de PR asiente volviendo a la pizarra.

«Morales: “¿Luego me traducirás todo esto?”».

¿Luego? ¿Yo? Que se encargue su empleado que para eso está en plantilla y tendrá mucho más tiempo que yo.

«Morales: “¿Te gusta Juanjo?”».

Ay, que me da algo.

No tenía que haber venido. Tenía que haber cerrado esta reunión por Skype.

—Carla, ¿lo tienes claro?

—Sí, sí, clarísimo —respondo a Juanjo. Espero que no note cómo me ruborizo por momentos.

Una rodilla se adhiere a la mía. Suficiente para dejarme paralizada en el acto. Tiene que haberlo notado, tiene que saber la forma en que me afecta pero no la retira. Su pierna queda pegada a la mía notando el suave contacto de su pantalón contra mis medias.

«Morales: “¿Te lo estás imaginando?”».

Frunzo el ceño y él vuelve a teclear.

«Morales: “¿Te imaginas cómo es follar con él?”».

«Morales: “¿Como hacías conmigo?”».

¿Cómo puede saber eso? Es vergonzoso que supiera en qué pensaba exactamente el día en que nos conocimos. ¿Lo pensaría él también de mí?

Levanto un segundo los ojos para verlo sonreír mientras escribe.

«Morales: “¿Qué te gustaría hacerle?”».

Aparto mi pierna con delicadeza pero él se abre más y su contacto me persigue hasta encontrarme otra vez. Me voy a quemar. Como siga así, me voy a chamuscar.

«Morales: “¿Y a ti?”».

«Morales: “¿Qué te gustaría que te hiciera?”».

«Morales: “¿Que te follara sobre esta mesa?”».

«Morales: “¿Con las piernas bien abiertas?”».

Mi mente empieza a divagar. Me distraigo por un momento en que dejo de prestar atención a las palabras de Juanjo. Solo advierto su boca parlanchina, sus enormes manos y su paquete. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir abochornada. El rojo escarlata tiene que estar tiñéndome el rostro y aquel que tengo al lado tiene que estar pasándoselo de lo lindo.

—¿Te parece suficiente?

—Yo... eh... —tengo la boca seca, me humedezco los labios para darme tiempo a pensar—. Sí, pero hay una cosa que no entiendo.

—¿El qué?

Todo lo último que ha dicho. No he escuchado nada. Lo tenía metido en la cabeza pero no de la forma en la que él probablemente pensaba. Ojalá tuviera un paipay con el que aliviarme este sofocón tan tonto.

—Es estupendo que hayáis optado por aparecer en las redes sociales. Pero considero que también debéis hacer inversión en SEO y con el tiempo, encaminaros en SEM.

—Ahí tenemos mucha suerte. Estamos muy bien posicionados, no necesitamos vuestra ayuda. Aparecemos siempre en los primeros puestos de los motores de búsqueda.

—Pues, eh... Habrá que ayudaros a que eso se mantenga.

—¿Por qué íbamos a caer de repente?

—Porque nada dura eternamente.

—¿Nada? —pregunta Morales con la vista fija en su móvil.

—Nada —aseguro.

Levanta una ceja que no sé qué significa y yo vuelvo a mi móvil sin querer.

«Morales: “¿Crees que le gustaría ver tu preciosa cara cuando te corras?”».

Noto cómo el sudor me empapa la piel. Las axilas, la nuca e incluso las ingles chorrean sofocadas a merced de su texto escrito. Me odio por ser tan vulnerable a todo lo que hace, lo que dice y hasta lo que escribe.

¿Por qué le gusta torturarme tanto? ¿Qué he hecho yo para que cada vez que venga me ponga al borde de un abismo? Me abanico la blusa disimuladamente.

—Ten cuidado con Carla, Juanjo. Es muy buena comercial, te acabará vendiendo cualquier cosa que ya tengamos sin que te enteres.

Sus palabras me dejan atónita. El halago me sorprende pero lo hace más que piense que vendo humo.

Juanjo ríe mientras devuelve el rotulador a la pizarra.

—No lo mires así, Carla. Parece mentira que después de varias reuniones no lo vayas conociendo.

Sí, eso digo yo.

—Sí, eso digo yo —se burla Morales atravesándome con la mirada.

Qué espanto. Oír a mi conciencia en voz alta y de su propia boca es bastante escalofriante.

Juanjo da por cerrada la reunión en cuanto confirmo no tener ninguna duda y aseguro que me pondré a trabajar en ello cuanto antes. Todos recogemos nuestras cosas y nos levantamos de la mesa. Lo hago casi tambaleándome. Al estar sentada, no había caído en el modo en que las piernas se me habían adormecido rendidas al deseo. Estoy medio cachonda, bañada en sudor y con las mejillas encendidas.

Recojo mi móvil controlando una respiración irregular mientras leo unas últimas líneas.

«Morales: “¿Crees que si le cuento esto a Juanjo...?”».

«Morales: “Si existiera la posibilidad...”».

«Morales: “¿Se pondría tan burro como tú estás ahora?”».

Aprieto el móvil contra la palma de tal forma que la piel blanquea como por arte de magia bajo los nudillos. El deseo da paso a la indignación.

Nunca le contaría esto a nadie, no sería capaz, no puede ser tan perverso. Aunque qué sé yo, si casi no lo conozco.

Nos encaminamos hacia la salida hasta la mesa de Erika donde nos sonríe educada y servicial como siempre.

—Ha sido un placer, Carla —se despide Juanjo dándome un par de besos—. Estoy seguro de que vamos a trabajar muy bien juntos. Tus ideas y las ganas que le pones le vendrán muy bien a IA. Es justo lo que necesitábamos.

Me muerdo el labio ante semejante arrebato de sinceridad. Visitar esta empresa es un chute de endorfinas por todo lo alto. Aunque no siempre sea por las mismas circunstancias.

Morales me toma del brazo volviéndome a él. Se inclina hasta que sus labios rozan mi lóbulo con cuidado.

—¿Crees que le gustaría, Carla? —susurra muy bajito.

Su nariz casi roza la mía cuando cambia de mejilla y me besa marcándome unos labios que presionan hasta hacerme trastabillar.

—Yo creo que no —murmura de pronto—. Ni lo más mínimo.

Pestaño. No puedo replicar, no puedo gritarle y borrarle esa insistente boca burlona de la cara a base de todos los insultos que se me están pasando por la cabeza. En vez de eso, me recompongo y sonrío a ambos con mi mayor talento interpretativo.

—El placer ha sido mío, Juanjo. Os pasaré acta de la reunión en cuanto llegue a la oficina. Quedo pendiente de que me indiquéis cuándo podemos volver a vernos.

—Eso está hecho.

—Que tengáis buen fin de semana.

—Igualmente.

—Igualmente, Carla —se despide una Erika cantarina.

Es tan silenciosa que por un momento había olvidado que se encontraba en la sala. Me sonríe jovial y yo respondo sin poder evitarlo. Su aspecto es tan dulce, pecoso y casi infantil que no hacerlo, es como negarle una chuchería a un niño pequeño.

En cuanto llego al ascensor y las puertas se cierran, la punta de

mi tacón se estrella contra la pared. ¿Y por qué no le iba a gustar? ¿Por qué me lo tiene que decir? ¿Y por qué él? ¿No le gusto? ¿Es que no puedo gustar a cualquier otro? ¿Tan horrible soy? ¿Por dentro y por fuera? ¿En serio?

Mi mano vibra y el iPhone cae al suelo del susto. No recordaba que lo siguiera estrujando hasta quedarme sin sensibilidad.

Lo recojo justo cuando leo a quien no quiero.

«Morales: “Porque es gay”».

«Morales: “:-)”».

«Morales: “¿Qué haces esta noche?”».

«Morales: “¿Tienes planes?”».

Sandra se sorprende de que las relaciones con IA vayan tan bien. No tiene por qué, aún es pronto para los marrones de turno, acabamos de empezar, todo eso ya llegará.

Ambas comemos en la sala de juntas donde los recuerdos de una reunión inesperada me curvan los labios sin querer.

—¿Sigue comportándose igual o ya se ha buscado a otra?

—¿Quién?

—Morales, ¿sigue provocándote como un castigador?

Sí. Como el primer día y yo me dejo porque soy muy fácil. Solo con él pero lo soy.

—No lo sé, Sandra. No le presto atención, solo voy a trabajar, ya lo sabes.

—Si lo hubieras conocido en otras circunstancias, ¿qué crees que hubiera pasado?

La miro sorprendida. Estamos adentrándonos en un terreno donde no hemos ido nunca juntas. Nuestra relación es a veces seca y a veces cordial, pero siempre laboral.

—No te preocupes, Carla. Confío en ti. Sé que te tomas muy en serio tu trabajo. No pienses que no lo valoro. Solo te estoy preguntando lo que pasaría si él no fuera nuestro cliente.

No puedo seguir comiendo. Todo esto me abruma. Cuántas revelaciones en un mismo día. Morales cree que soy buena comercial y Sandra tiene corazón.

—Supongo que no me habría importado conocerlo mejor — confieso sin dudarlo.

Sandra asiente.

—Me lo imaginaba. Aquel día los dos os comportasteis como dos críos. Fue muy poco profesional, muy impropio de ti.

Agacho la cabeza malherida emocionalmente. Es cierto, lo sé de sobra. Me lo he repetido constantemente desde ese mismo momento en que nuestras vidas se cruzaron. Diría algo, me excusaría o pediría disculpas pero no sé si me atrevo a hacerlo en voz alta. Sobre todo ahora, teniendo en cuenta que mi relación con Sandra, se basa en gran parte en la mentira.

—Estate tranquila. Seguiré callando —asevera desde el otro lado de la mesa—. No me beneficia en nada acusarte de volverte insustancial en una única reunión. A todos nos puede pasar aunque el motivo habitual no sea el tuyo.

—¿Por qué me cuentas esto, Sandra?

Ella me mira con la indecisión marcada en los ojos. Sabe algo que no me está contando. No habría sacado a relucir esta historia por nada.

—Para que te sigas manteniendo fuerte. Si algún día todo cambiara y dejáramos de trabajar para IA, no creo que fuera una buena idea que dieras rienda suelta a tus sentimientos.

—¿Por qué? ¿Qué problema habría entonces?

—Vamos a tener mucho trabajo con esta cuenta. He investigado un poco, al parecer Morales es relativamente conocido en la noche madrileña, sobre todo entre las féminas.

Casi me echo a reír. Eso ya lo sé. Creo que lo sabemos todos.

—Y además resulta que despidieron a la agencia anterior por algún tema personal. Nada que ver con el trabajo conjunto.

—¿A qué te refieres?

—Morales y Virginia, la chica que vimos en la fiesta de Neptuno, ¿recuerdas? —asiento— No congeniaron bien.

—¿Y porque no se cayeron bien, la despidieron? Eso no puede ser.

—Lo sé, algo más tiene que haber, ¿no crees?

Está dando un rodeo y no me gusta.

—Quieres decir que tuvieron una relación personal entre ambos y eso hizo que profesionalmente terminaran.

—No lo sé a ciencia cierta, creo que nadie excepto ellos podrían confirmarlo o probarlo —suspira—. Pero la historia se lleva todas las papeletas posibles. Creo que sería buena idea que hablaras con Virginia.

—¿Y preguntarle si se tira a Morales?

—Carla.

—Perdona.

Olvido con quién y dónde hablo.

—IA despidió a la agencia y la agencia despidió a Virginia. Tiene que estar resentida con ambos. Seguro que está dispuesta a hablar contigo y aclararte o aconsejarte un par de cosas. Creo que es lo más sensato.

—Lo pintas demasiado fácil. Querrá algo a cambio.

—Lo sé —sonríe—. ¿Qué te parece un puesto en McNeill?

«Morales: “Niña rica”».

«Morales: “No te hagas la interesante”».

«Morales: “Dime si valgo tu valioso tiempo”».

«Morales: “O no”».

Tiene que estar de coña. Cuando se lo proponga a Gerardo, se va a reír de ella como si fuera cortita. Nunca se me ocurriría contratar a quien mi nuevo cliente quiso despedir por las razones que fueran. Solo conseguiremos tirarnos piedras sobre nuestro propio tejado. A ver de qué forma podría explicárselo a Morales para que lo entendiera. Sobre todo ocultando la razón principal: el espionaje industrial sobre su propia persona.

El problema es que si la historia se confirma, McNeill va a tener los ojos puestos en mí como si no existiera nadie más en la empresa. Con la de ganas que le tenían a IA, si creen que existe la mínima posibilidad de que me exceda en mi confianza con Morales y eso haga zozobrar el negocio, estoy perdida. La historia se repetirá y todos, excepto él, nos iremos a la mierda sin contemplaciones.

Estaba en lo cierto. Este hombre se ha tirado todo lo que no está escrito y además lo sigue haciendo porque es intocable. ¿Estoy dispuesta a aguantarlo?

«Morales: “Me aburres...”».

«Carla: “Ya he quedado”».

«Carla: “Lo siento”».

No contesta. Escribe, borra, escribe, borra y se desconecta.

Francamente, no sé qué esperaba. No puedo estar siempre a su disposición cada vez que le apetezca. No es así como funciona esto. Si tan solo fuera recíproco... Si él tiene derecho a disponer de mí así, yo quiero lo mismo de él.

Al final, me he acercado al supermercado. El chat de Las chicas de oro no ha vuelto a tener novedades desde anoche y aún no sé ni a qué hora quedaremos ni dónde. Como imagino que tengo tiempo, paseo mi carrito por los lineales dilucidando qué comer este fin de semana.

En mi bolso, Avicii retumba llamando la atención del resto de clientes.

—Tío, ¿cómo estás?, ¿ha pasado algo?

Nunca me llama él, solo me llama mi tía. Mi tío solo habla conmigo en relación al bufete y la reunión de accionistas ya pasó.

—Carla, es Ravel.

—¿Qué pasa?

—Ha sufrido un infarto.

Dios mío.

—¿Está...? ¿Está...?

—No, está vivo. Pero está en la uci, Carla. Está muy mal. Ha ingresado hace unas horas y no mejora.

—¿Pero por qué? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Ha sido de repente, en una comida de trabajo. Nunca ha tenido una salud muy boyante, ya lo sabes.

Sí, eso es verdad. Ravel siempre pillaba todas las gripes, alergias y demás porquerías habidas y por haber. Pero de eso a un infarto que te deja a las puertas de la muerte hay mucho camino por delante.

No sé qué hacer. Nunca he tenido una relación muy estrecha con él. A pesar de haber sido siempre amigo de la familia, nos hemos visto en contadas ocasiones y desde que me vine a Madrid, prácticamente no hemos vuelto a hablar. No por nada personal, sino porque todo el mundo sabe que prefiero evitar todo aquello. Sé que él ha hecho intentos por contactarme pero siempre he puesto a mi tío de por medio escudándome en él.

—¿Crees que debería ir a verlo?

Mi tío vacila unos instantes.

—No, no será necesario. Él no va a notar la diferencia, está inconsciente.

—Claro, supongo que vosotros estaréis con él.

—Sí, tu tía se está ocupando de que reciba los mejores cuidados posibles.

En muchos aspectos, tener familiares médicos y que trabajan en hospitales es toda una ventaja. Mi tía es neuróloga pero seguro que tiene a sus colegas encima de Ravel para hacer todo lo que puedan por él.

—Carla, te llamo también porque si pasa lo peor, vamos a tener que replantearnos algunas cosas.

—No entiendo...

Mi tío exhala con pesar. El ruido de fondo me indica que está en el hospital.

—Ravel no tiene ni mujer ni hijos. Solo tiene un sobrino y es biólogo y vive en Múnich. Ni siquiera sé si ha hecho testamento. No sé si voy a tener tiempo para preguntárselo o para convencerle de lo que podría hacer pero...

—¿Qué?

—Que si el bufete queda en manos de un biólogo y una periodista, ¿me quieres decir qué vais a hacer con él?

Sigo sumergida en la bañera con la vista clavada en el móvil sobre el lavabo. Estoy completamente inmóvil. Me he quedado destemplada y entumecida aquí dentro. No sé cómo encajar todo esto. Ravel no puede morir, por su propia salud y por la mía, por favor, que no lo haga.

Bastantes caóticas van a ser las próximas horas con su ausencia en el bufete como para enfrentarme a algo así el resto de mi vida. Ni siquiera conozco a su sobrino, no lo he visto jamás, ¿cómo me voy a poner en contacto con él? Mi tío puede ejercer de asesor pero no como abogado y mucho menos un biólogo. Todo tiene un aspecto tan negro que la cabeza me martillea de darle tantas vueltas a las cosas.

Estoy adelantando acontecimientos. Tengo que relajarme. Debo tener fe en que Ravel se recuperará y seguirá gozando de buena salud durante muchos años. Preocuparme ahora es un sinsentido. Seguro que todo se arregla.

Me estremezco bajo el agua en cuanto el teléfono vuelve a sonar. Agitada, saco medio cuerpo fuera para secarme las manos y pegármelo a la oreja sin mirar.

—¿Sí?

—¿Carla?, ¿estás bien?

—Ah, hola Vicky.

—Yo también me alegro de hablar contigo.

—No, perdona. Ya os lo cuento luego —mejor explicarlo de una tacada que repetirlo tres veces seguidas—. ¿Qué vamos a hacer?

—Carmen nos invita a cenar en su casa en un par de horas. ¿Cómo quedamos? ¿Nos vemos allí directamente?

Casi tengo que rebobinar para comprender lo que me está diciendo. No pienso volver allí. Eso no es terreno neutral y encima tiene toda la pinta de que está hecho a propósito para que ni me acerque.

—Me parece que os veré en las copas.

—No empieces Carla, Raúl no va a estar allí.

—Me da igual, no pienso volver a pisar esa casa.

—No seas tan extremista, vente. Digo que vas.

—¡No! —es impensable, yo ya no pinto nada allí y menos en la situación en la que me encuentro con Carmen. Ya es que prácticamente ni hay situación—. Mira, déjalo... Yo... —no tengo humor para estas chorradas—. Es que no me apetece ver a ninguna, la verdad.

—Ninguna... ¿Ha pasado algo con Eva?

—Ah, que no os lo ha dicho...

—¿El qué?

—Que os lo cuente ella y se explaye a gusto, le va a hacer falta. Esta noche no salgo, Vicky. Hablamos mañana.

Cuelgo antes de darle opción a réplica. No tengo ganas de discutir. Quería salir, distraerme esta noche me venía más que bien pero no así. No en una trampa tan descarada.

Menudo asco de viernes.

No me puedo creer lo que estoy a punto de hacer. Aún no estoy convencida del todo. Pero ya me he vestido, peinado y maquillado. No voy a meterme en la cama de esta guisa, pienso lucirlo.

Voy a probar suerte, no pierdo nada por hacerlo. Si no lo consigo me volveré por donde he venido pero no me quedaré con el gusanillo de no haberlo intentado.

Hoy no puedo quedarme en casa y menos sola. Es vital que me dé un poco el aire y mi mente deje de trabajar por un rato. Esta escapadita me vendrá bien, creo que es justo lo que necesito.

Cojo mi abrigo, el bolso de mano y me enciendo un cigarro en cuanto bajo a la calle. Iré dando un paseo para despejarme.

En cuanto me acerco a las inmediaciones del local, ya alcanzo a ver la cola de gente que espera su turno para poder entrar. Hay muchísima gente, ni que fuera el Bernabéu en día de partido. Ni siquiera sé de qué va la fiesta, no me he preocupado de mirarlo. Sencillamente se me ha encendido una lucecita que me ha animado a hacerlo sin pensar.

Me voy aproximando hasta que consigo dar con la puerta entre un grupo de gente desesperada por escabullirse dentro. Casi todo son mujeres de catálogo de Victoria's Secret y hombres emperifollados como pinceles. No sé por qué, tampoco me esperaba lo contrario.

Rezo a todos los que haya allí arriba para encontrarme con quien debo entre los porteros. Es mi única esperanza. De lo contrario, tendré que darme la vuelta y tirarme en el sofá con un trozo de lechuga en una mano y el mando de la tele en la otra.

Mi corazón danza en el pecho en cuanto lo veo. ¡Sí! Me hago paso casi a empujones entre la gente que me mira con desdén y no disimulan su patente cabreo ante mi osadía. No voy a esperar en la interminable cola para que cuando llegue mi turno me manden por donde

he venido. Tan solo tengo un único intento.

—¡Nacho!

Se da la vuelta con la tablilla en la mano. Su pinganillo cuelga por la solapa del traje negro mientras me mira primero sorprendido y después complacido.

—¡Carla, preciosa! ¡Cuánto tiempo!

Me abraza fundiéndome en dos henchidos brazos de gimnasio que casi me dejan sin aliento. Sigue igual de grande, rapado y cabezón que siempre.

—Sí, hacía mucho que no venía, ¿verdad?

—¡Mucho! ¿Y tus amigas? —pregunta echando un vistazo sobre mi hombro.

—No han podido venir, estoy sola. Ya he quedado con alguien dentro.

—Perfecto —contesta sonriente—. ¿Tienes la invitación?

Hago como que rebusco en mis bolsillos y el bolsito pero ¡ups!, resulta que no tengo nada.

—Ay, me la he dejado.

—No te preocupes, te marco en la lista.

Nacho busca un nombre inexistente en su tablilla durante un rato. Pasa las hojas cada vez más extrañado hasta que levanta la vista y se me queda mirando antes de decir nada. Creo que mi cara se lo está diciendo todo sin necesidad de emitir excusa alguna.

—No te veo, Carla. ¿Hay algo que quieras decirme?

Me acerco lo suficiente como para levantar una de las hojas sosteniendo un billete de cien que pasa desapercibido a la cola furiosa que hay detrás de mí.

—Que llego tarde y como te decía... —cuchicheo en su oreja — ya hay alguien que me espera dentro.

Nacho baja la página guardándose el billete al tiempo que lanza una mirada rápida a nuestro alrededor.

—No me conoces.

Sacudo los hombros despreocupada.

—No te he visto en mi vida.

Nacho me guiña un ojo que solo yo consigo ver antes de que me abra la puerta y entre seguida de no sé cuantos mil silbidos y vituperios.

Ya hay mucha gente dentro, no me extraña que se lo estén tomando con calma para dejar entrar a todo el mundo. El local está a media luz y me recibe con un redil de mujeres que se contonean a ritmo de algún *featuring* de Inna. Cómo no, los hombres babean formando un corro esperando ser los elegidos de entre alguna de estas diosas de pasarela.

Sacudo la cabeza y voy derecha al guardarropa. Espero un poco hasta que una chica me atiende pero en cuanto me va a colgar el abrigo, alguien me empuja hasta casi darme de golpe contra el mostrador.

—¡Corre, guárdame esto! —exige un chico a la azafata. Tira un abrigo, una bufanda, una bandolera y no se qué más. Tiene un acento extranjero que no identifico. Es muy alto y lleva el pelo negro repeinadísimo y engominadísimo—. ¡Vamos, llego tarde!

—Oye, ¿es que no ves que me está atendiendo a mí? —le reprocho completamente encendida.

El chico repara en mí. Sus ojos negros me escrutan curiosos.

—Señorita... —me llama la azafata. Noto cierto tono de advertencia en su voz.

—Tranquila, termina de colgar mis cosas y dame mi ficha, por favor. Luego lo atenderás a él.

—Pero señorita...

—No pasa nada, guarda sus cosas —la interrumpe el chico sin dejar de mirarme. Al cruzarse de brazos puedo ver la hilera de tatuajes de colores que le cubren gran parte de la piel—. Pero que sepas que si me llevo una bronca, tendré que echarle la culpa a ti.

—¿A mí qué me importa?

Su risa casi me derrumba en cuanto la azafata me da una ficha. Madre mía, qué prisa se ha dado.

El chico me tiende una mano conciliadora.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—¿Cómo te llamas tú?

Oigo cómo la azafata aguanta la respiración a mi lado.

—Soy João Fernandes —contesta cogiéndome de la mano. Ah vale, el jugador de fútbol. Me da igual, no le da derecho a tratarme así—. Bienvenida a mi fiesta de cumpleaños.

Uy.

Sus labios rozan mi mano como si ambos nos hubiéramos quedado estancados en pleno siglo XIX y yo me quedo literalmente muda.

—Aquí tiene, señor Fernandes —comenta la azafata dándole su ficha.

João la recoge y entrecierra los ojos sin apartarlos de mí.

—Tengo que irme, espero verte luego. Búscame, ¿vale?

Sin más, desaparece entre la gente dejándome igual de pasmada que como si hubiera visto un espíritu.

—Ay, señorita, menos mal que es usted linda, de lo contrario no habría tenido tanta suerte —ríe la azafata tras el mostrador.

—¿Linda? —repito boquiabierta.

Ella me señala el espejo a su lado.

—Mírese.

Lo hago.

Llevo un vestido en crudo y drapeado en negro de Jota+Ge. Me llega por encima de las rodillas y tiene un generoso escote en pico que seguro habrá influido más de lo necesario en mi ligero disentimiento con João Fernandes. Sí, he optado por sacarlas a pasear un rato y quiero creer que lo he hecho para sentirme mejor conmigo misma y no porque un tarugo me lo haya aconsejado.

Los tacones me estilizan disimulando alguna que otra curvatura y el pelo cae liso por mi espalda. Me he dado un tono más oscuro del habitual en los labios y he intentado no abusar mucho en los ojos. La verdad es que entre la altura y el vestido, puedo colarme en cualquiera de los grupitos de la fiesta pasando totalmente desapercibida.

Me hago un hueco entre los bailarines, y los sujetacopas que hacen como que bailan pero en realidad solo están intentando fichar. Es la primera vez que salgo sola, nunca me he visto en esta coyuntura. Puede ser una experiencia fascinante o garrafal. Espero tener suerte.

Sigo dando vueltas por la sala sin ningún éxito. Algunos hombres me cortan el paso curiosos pero yo me escabullo con toda la educación del mundo. Lo que veo esta noche no es ni lo que busco hoy ni lo que afortunadamente he buscado nunca.

Veo alguna que otra cara conocida. Tiene que haber mucho personajillo de la farándula orgulloso de haber sido invitado a la fiesta privada de una estrella del fútbol europeo. Entre todas ellas, destaca una que me suena todavía más que el resto pero no logro recordar por qué.

Emito un gritito en cuanto caigo en quién es. El marqués de Eva. Está sentado en uno de los privados junto con otros hombres rodeados de bellezotes de aspecto extranjero. Las hay de todos los colores: rubias, morenas, pelirrojas...

Saco mi móvil en un acto mecánico. En otro momento o bien me habría aventurado a hacerle una foto y mandársela a Eva o bien simplemente se lo habría notificado por Whatsapp. Pero no voy a hacerlo. Ahora nunca es buen momento para hablar con Eva.

Observo en la pantalla un par de llamadas perdidas. Una es de un número desconocido y la otra de Carmen. No voy a devolvérsela. No sé cómo no entiende que no quiera volver allí. La última vez que estuve casi mato a Raúl a bolsazos, no entiendo cómo puede actuar con toda la naturalidad del mundo como si no hubiera pasado nada.

Cansada de dar vueltas sin sentido, me acerco hasta la barra para consolarme con una copa. Me lleva un rato conseguir que me hagan caso, los camareros van de un lado a otro con un trajín que les estará obligando a acordarse de todas nuestras madres.

Antes de que pueda decir nada, de que si quiera levante la mano para hacerme ver, una camarera me sirve una copa frente a las narices.

—Hendrick's-Q Tonic, ¿no?

—Eh... —qué mujer tan intuitiva—. ¿Cómo...? Si no...

La chica hace un gesto con la cabeza y me señala el fondo de la barra. Cuando me asomo entre la gente, me encuentro con el que es, sin duda, el hombre más sexy y magnético de toda la sala.

Viste vaqueros y una americana azul marino sobre una camisa blanca. Está imponente y más cuando la sonrisa le llega hasta las brillantes turmalinas que tiene por ojos.

Perpleja, contemplo cómo se encamina en mi dirección y todo

lo que sucede a mi alrededor queda en un segundo plano. En mis oídos retumba el “Alphabeat” de mi querido Guetta mientras sus pasos se dirigen decididos a por mí. Solo estamos él, el estrecho camino que nos separa y yo, embobada bajo su hechizo. Todo lo demás son sombras que nos rodean y danzan sin prestarnos atención.

Su cuerpo emerge de entre la oscuridad y la sangre empieza a circular temeraria por mis venas. Me cuesta tenerme en pie e incluso respirar. Estas reacciones no son normales, nunca me ha pasado nada parecido.

No hay nada en él que no me parezca exageradamente sexual. La forma en que camina, su cabello castaño casi rubio bajo el neón, el modo en que me acecha y hasta cómo me cierra la boca alzándome la barbilla con los dedos.

Qué vergüenza...

—¿Lo he hecho bien? —pregunta señalando la copa que llevo en la mano.

Me esfuerzo en que mi cerebro rija de una vez y doy un trago para hidratarme. No hace falta que me folle hasta llorar de agotamiento, basta con tenerlo cerca para que me deje seca como un secarral.

—Lo suelo pedir con Fever-Tree pero no está mal.

Pone los ojos en blanco.

—Siempre hay alguna queja, ¿no? Contigo nunca hay nada perfecto a secas.

Se me ocurre una cosilla que otra.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estabas invitada a esta fiesta?

—Pues claro —contesto totalmente convencida.

—Mentira, he visto la lista, no estabas.

—Conozco a mucha gente.

—¿Conoces a João? —pregunta ceñudo.

—No, yo no, pero tengo una amiga que trabaja en televisión.

—Sí, lo sé —asegura risueño pero enseguida su rostro se ensombrece por la culpa.

No me extraña que lo sepa. Si se ha dedicado a espiarme por las redes sociales tengo centenares de conversaciones públicas con Eva por ahí, incluso llegó a hablar con ella, y además dijo que había visto fotos de todas nosotras. Todavía no dejo de alucinar con aquella revelación.

—¿Y dónde está? ¿Dónde están todas?

—Han salido por su cuenta.

Abre los ojos como platos.

—No las habrás dejado de lado para venir a verme, ¿no?

—¡Por supuesto que no, creído de mierda!

Morales respira aliviado.

Solo necesito sexo. Por eso he venido. Mi cuerpo sabe de sobra que él es perfecto en ello, no quería complicarme la vida. Vamos, exactamente lo mismo que hace él conmigo. Hoy me toca a mí.

—¿Y tú? ¿De qué conoces a un futbolista de primera división?

—Es mi vecino —contesta indiferente—. Él viene a mis fiestas y yo voy a las suyas.

Qué sociables.

Mis vecinos tienen una media de edad de setenta y como mucho, me invitarían a tomar el té acompañada de diminutos Yorkshires y gatos persas.

—Morales, tío, ¿dónde estabas?

Un hombre aparece de detrás de mí.

Es algo más alto que nosotros, delgado y nervudo, con una cara que es todo ángulos. Tiene el pelo corto castaño y ojos oscurecidos bajo los flashes de los focos.

—Mario, estamos hablando.

—Joder, vaya bellezón —me suelta muy hosco—. A ti no te conozco, ¿quién eres?

Morales lo agarra por el hombro.

—Nadie, la amiga morena de la Barbie. Lárgate.

—¡Morales! —lo recrimino como una madre—. Me llamo Carla, ¿y tú?

—Carla —repite saboreando mi nombre con ganas—. Tienes un nombre precioso, significa fuerza, ¿lo sabías?

—Mmm... no.

—Yo en cambio tengo nombre de fontanero italiano. Soy Mario —en un exceso de libertad, su brazo me rodea por la cintura y me atrae hacia él para plantarme un par de besos—. Encantado, preciosa.

Del otro lado, aparece una mujer de media melena cobriza que nos observa con curiosidad con sus enormes ojos negros. Hace un intento de pasar su brazo bajo el de Morales pero él se aparta con delicadeza.

—Hola.

—Hola —contesto divertida.

La escena es tan surrealista y violenta que no puede menos que entrarme la risa. Morales está nervioso, no sabe dónde meterse y eso me encanta. Nunca lo veo así de vulnerable.

—¿Y tú eres...?

—Carla —se adelanta Mario—. Una preciosidad española con nombre germano.

Por favor, es zalamero hasta decir basta.

—Largaos —dice de pronto Morales.

—¿Por qué?

—¿Eres la nueva? —me pregunta la mujer—. ¿Dónde has estado toda la noche?

—¡Jana! —aúlla Morales fuera de sí— Mario, Carla y yo trabajamos juntos en IA —le hace un gesto señalando a la chica—. Llévatela.

Mario no se mueve. Abre la boca como si le doliera cerrarla. Se me queda mirando intentando comprender algo que le cuesta mucho esfuerzo.

—¿Y conocías a João o te ha invitado Morales?

—Tira —me empuja Morales suavemente entre la gente.

Caminamos por la sala perdiendo de vista a sus acompañantes.

Pobre Jana. Estaba claro a quién se pensaba tirar esta noche. Tiene que odiarme por toda la eternidad. No sé lo que le habrá costado camelárselo pero con un tiarrón así, yo también odiaría a cualquiera. De todas formas, me da la impresión de que Morales es demasiado fácil y no solo conmigo. Con todas.

Me paro sacudiéndome de sus manos en cuanto creo que ya hemos andado lo suficiente.

—¿Esos eran tus amigos? ¿De esos de los que te avergüenzas?

—¿Se ha notado? —responde sarcástico—. Mario es amigo mío.

—¿Y Jana?

—Una conocida.

—¿Y todos sois vecinos de João?

Morales menea la cabeza hasta que su mechón cae derrotado sobre sus ojos. Estrujo la tela del vestido antes de atreverme a peinárselo.

—Mario fue mi abogado cuando me metí de lleno con IA.

Ahora es representante de artistas.

Sopla con desdén hasta que el cabello vuelve a su sitio. La gente baila y ríe por todas partes. Algunos se sacan fotos a nuestro lado y yo esquivo los flashes como puedo evitando ser vista.

—Aquí tienes que estar en tu salsa, ¿no? —considera Morales de brazos cruzados—. Entre la mierda de música que ponen y la horda de pijos que hay.

Alucino.

—¿Si no te gusta este sitio por qué has venido?

—Por que me han dejado plantado esta misma tarde.

Sus ojos me contemplan con una tranquilidad que choca de golpe con mi desazón. Esta se ve acrecentada cuando sus dedos colocan un mechón de mi pelo tras mi oreja y me rozan levemente la piel. Con eso basta para sentir el chispazo junto a mi oído.

—Me alegro de que hayas venido —sostiene dejándome atónita—, de verdad. Aunque nunca te hubiera traído aquí.

Madre mía, creo que me he perdido el momento en el que se ha vuelto tan sentimental.

—¿Adónde me hubieras llevado?

—A la cama.

Qué pava.

A qué otro sitio querría ir conmigo sino.

Los altavoces me obsequian con un *remix* del “Get Lucky” de Daft Punk. Estupendo, lo ideal para liberar endorfinas y perder calorías. Entre otras cosas.

—¿Bailas?

—Ah, no —Morales da unos pasos atrás interponiendo sus brazos entre nosotros—. Yo no bailo, nena, yo me quedo en la barra.

—¿Para qué? Si no bebes.

—Pero la sujeto —afirma mientras se apoya en ella sobre los codos—. Así.

—Buen sitio para otear.

—Las vistas son insuperables.

Su boca se ensancha sin dejar de traspasarme las tetas con la mirada. Me extrañaba que no hubiera dicho nada hasta ahora.

—Y son más —se atreve a decir. Mi cara tiene que ser de todo menos simpática—. Bueno, de los dos. Porque las compartimos, ¿no?

Su mano se acerca peligrosamente a mi teta derecha. ¿Solo nos estamos divirtiendo y tengo que compartirlas?

El manotazo que le suelto le deja la mano tan roja como un pimiento morrón.

—Todo amor, Carla —sufre sacudiéndola—. Eres todo amor.

Le encasqueto mi copa y mi bolso y salgo derecha a la pista buscándome un hueco donde desfogarme. También es la primera vez que bailo sola. Es como cuando me dejo llevar en mitad de mi salón poseída por mis *DJ* preferidos. Solo tengo que alzar los brazos, saltar, dar vueltas y dejarme llevar.

Confieso que con mis amigas es mucho más divertido. No sé si se lo estarán pasando tan bien como yo. Supongo que sí. Pensarlo me entristece. No digo que no tengan derecho a disfrutar sin mí pero me hubiera gustado que las cosas hubiesen salido de otra manera para no andar a la gresca. No es nada agradable a pesar de que me empeño en demostrar lo contrario.

Cierro los ojos en el punto álgido del tema. Varios cuerpos se restriegan junto al mío mientras nos zarandeamos enloquecidos por el crepitar de los bafles. La marea humana me mece llevándome hacia delante y hacia atrás. Apenas necesito mover los pies.

Unas manos se posan en mis caderas haciéndome retroceder. Me vuelvo inmediatamente escapando de un tirón.

—Hola, princesa.

Ay no. Si me da pánico ser inmortalizada junto a Morales no puedo ni expresar con palabras lo que pienso de salir en una foto con este.

—No me has dicho tu nombre.

Ni se lo pienso decir.

Mis ojos buscan nerviosos las posibles cámaras o los móviles que se atrevan a enfocarme.

—Sofía.

—Pues bailas muy bien, Sofía.

—Perdona, tengo que irme. Me están esperando.

João da un paso decidido a no dejarme marchar.

—Oye, que no muerdo.

Intento escabullirme por el otro lado pero un grupo de bailarines en auge me empujan contra su pecho y él no pierde la oportunidad de sujetarme.

—¿Qué me has comprado?

—¿Qué? —me vuelvo confundida.

—Por mi cumpleaños, ¿Qué me has comprado?

El horror me constriñe el rostro. No sé qué decir.

—Es broma, *mulher* —contesta riendo—. Baila conmigo.

Tengo que hacerle entrar en razón, me la puede liar muchísimo como siga así.

—João —lo llamo sujetándolo por los brazos—, me alegro mucho por tu cumpleaños y te deseo todo lo mejor en la vida pero no he venido aquí por ti, he venido por otro.

João deja de moverse y se yergue muy serio.

—¿De verdad? ¿Por quién?

—No puedo decírtelo, nadie puede enterarse.

—Es coña.

—No te mentiría en el día de tu cumpleaños, es muy cruel.

Espero que me crea y que tampoco se lo tome a mal. Alza la cabeza por entre el tumulto y busca entre los presentes. Nadie le dedica una atención más allá de lo normal.

—Venga, va —insta volviendo a mí—. Dime quién es.

—No.

Inspira pesaroso.

—Muy bien —reniega—. No quiero perder el tiempo. Espero que lo pases bien aunque no sea conmigo.

Su torso se inclina buscando un contacto que rehúyo agachándome en un acto reflejo.

—Ya te he dicho que no muerdo —protesta ofendido.

—Es que no me fío.

—Carla, ¿qué haces? Me aburro.

Morales ha aparecido de no sé dónde y lo tengo pegado a mi hombro. Justo ahora que lo tenía todo bajo control.

—¿Quién es Carla?

—Tú eres tonto —farfullo entre dientes.

—¿Así estamos? Acabas de llegar, ¿quieres empezar así la noche?

—¿Por qué me has dicho que te llamas Sofía?

—Yo no... Ya te he dicho que no podía...

João nos dedica un par de miradas hasta que señala a Morales

acusativo.

—¿Te referías a esto?

—¿Qué pasa? —pregunta el ofendido.

—¿Estás con ella?

Morales y yo nos miramos al instante sin saber qué decir.

—Lo siento, tío —replica él en un retardo de unos segundos—.

Las comparaciones son odiosas.

João se lleva una mano a la cabeza.

—Está claro que la pobre no te conoce. Mira, Carla, Sofía o como te llames, hoy me siento generoso —me dice sosteniendo a Morales por los hombros—. Estás de suerte, te doy a elegir. O el *geek* o el futbolista. ¿Qué dices?

—Dicho así, ninguno de los dos.

—Chica lista —murmura Morales.

—Si a Morales no le importa, yo estoy dispuesto a sacrificarme y compartir el privado con los dos.

¡Pero qué dice el anormal este!

—João —advierte Morales muy serio—, Carla juega en una liga muy diferente. Olvida cualquier cosa que estés pensando.

Su vecino lo mira extrañado.

—Trabaja conmigo, se dedica a mi sector, no a nada de lo que te estés imaginando.

El chico muda el rostro igual que anteriormente lo ha hecho Mario. ¿Qué pasa? ¿Es que todas las tías a las que ha invitado a su fiesta son igual de sueltas? No puede ser tan patético de organizar una fiesta en la que solo invite a putas.

—Vaya, vaya, así que dos *geeks* y un deportista, ¿eh? Pues me abro, aquí estoy más que de sobra —su mano apenas roza mi brazo para despedirse—. Ha sido un placer, princesa, que vaya bien.

Antes de marcharse, se detiene sobre el hombro de Morales y habla creyendo que no le oigo.

—Ya me contarás de qué va todo esto.

Qué triste. Si esto es el mundo de Morales, deja mucho que desear. No me sorprende que no quiera mezclar mi círculo con esto, ya hemos acudido a fiestas parecidas con anterioridad pero nos cansamos muy pronto. No es el ambiente en el que nos sintamos más cómodas que digamos.

—Toma —me devuelve mi bolso. Ni se lo había visto—. No dejes a mi cargo este tipo de chismes, no estoy acostumbrado a llevarlos, casi me lo dejo en la barra.

Lo recojo con la vista clavada en el *strass* negro.

—¿Estás bien?

Claro que no, imbécil. Me acaban de confundir con una puta.

Unas manos me levantan el rostro y lo sostienen a la altura de una boca que intuyo ardiente.

—Haberme llamado... —susurra—. No tenías por qué haber venido, nena, haberme llamado.

Sus labios rozan los míos desatando un impulso indomable que nos incita al beso. Me acerca más a él hasta que ya no queda aire entre los dos. Solo tela, sudor y carne. La saliva se abre camino mezclándose por nuestras lenguas que se saludan en una caricia pausada.

Si no me sujetase con fuerza por la cintura, diría que mis piernas flaquearían hasta llevarme directa al suelo.

—¿Por qué has tardado tanto en tocarme? —me quejo mordisqueando sus labios.

—He intentado tocarte una teta y no me has dejado.

—No es lo mismo.

—Para mí sí lo es.

Su mano me retira unos mechones de pelo dándole un mejor acceso a mi boca. Lo imito perdiendo mis dedos por su desgredada melena. Enrosco unos mechoncillos de la nuca sin dejar de paladear su boca. El deseo se apodera de todo mi ser convirtiéndome en materia líquida. Estoy a punto de desbordarme.

—Morales...

—No.

Abro los ojos alarmada. Los suyos son dos rendijas de brillante oscuridad.

—No me llames así. Llámame como sé que te gusta hacerlo.

Mi boca queda entreabierta. A medio camino de decir lo que sea porque me ha vuelto a desarmar completamente.

—¿Dani?

—Qué.

Algo se acaba de derretir en mi interior pero no tengo muy claro el qué.

—Vámonos de aquí —le pido con urgencia—. Quiero follar y te tengo más ganas que nunca.

Cojo su mano y lo arrastro por la pista. Prefiero no mirarlo, no ver su reacción, así es más sencillo.

En cuanto logramos llegar al guardarropa y me cierro el abrigo, Morales aparta a la gente que nos rodea para conseguir encontrar la entrada.

—¿No te despidas de Mario? —pregunto al alcanzar la puerta.

—No me va a echar de menos. Conoce a todo el mundo.

Justo cuando el frío del exterior se adentra por una rendija en el local, decenas de flashes me ciegan instándome a cerrar de golpe.

—¿Qué pasa? —pregunta Morales preocupado.

—¡Hay cámaras!

—Joder —se pasa una mano por el pelo hasta que consigue dar con algo—. Ven, saldremos por la puerta de atrás.

Ahora es él quien me lleva por la sala abriéndonos paso de malas formas.

La masa de gente es tal que tardamos lo indecible en despegar a unos de otros para conseguir andar a paso medianamente rápido.

La figura de João se recorta en mitad de un grupo que lo acorrala sin dejarle respirar. Morales hace caso omiso y rompe el círculo para decirle algo al oído. João asiente dándole una palmada en el hombro y haciendo un gesto como llamando a alguien.

Los demás nos miran igual de airados que de entrometidos. Yo medio oculto el rostro junto al brazo de Morales sin saber muy bien cómo actuar. Ojalá fuera más fácil. Me habría encantado sobremanera conocerlo en cualquier otra vida o circunstancia porque sé que estaría disfrutando de esto como una cría y no preocupándome constantemente de ocultarme como una criminal.

—Carla, aquí dentro no le importamos a nadie —me habla acariciándome el pelo—. No pertenecemos a este mundillo, no te preocupes. Un coche nos recogerá fuera y nos iremos. Tu sueño de salir enjoyada en la portada del “Hola” no se cumplirá esta noche, lo siento.

Sus palabras consiguen dibujarme una sonrisa sobre la tela de su americana. Es tan idiota.

Sandra no tiene razón. En otro momento también habría intentado conocerlo. No me habría importado su vida, no habría prestado

atención a sus salidas. Únicamente habría seguido queriendo sexo y nada más, así que no tendría de qué preocuparme.

Sí, seguro que sí.

—Siento haberte metido en esto.

Lo miro bajo una cascada negra. Morales la aparta con suavidad para poder mirarme a los ojos.

—No es solo culpa tuya.

—¿Te arrepientes? —pregunta ligeramente inquieto.

Es complicado. Supongo que en parte sí porque esta relación va en contra de mi propia moralidad laboral y muy altamente de la de McNeill. Porque no quiero perder un trabajo que me apasiona en una empresa donde me tratan bien y puedo crecer y porque cuando todo esto acabe, que algún día acabará, la peor perjudicada solo puedo ser yo.

Sin embargo, con él estoy aprendiendo muchas cosas. Tanto de los hombres como de mí misma. No sabía que podía disfrutar del sexo como lo estoy haciendo con él y lo que siento cada vez que lo toco e incluso cuando lo veo, es sencillamente mareante. El mejor sexo que he tenido nunca.

Para colmo, no puedo negar lo que me divierto con él. Su humor, tan peculiar, me arranca más de una sonrisa. Admito que no es algo que resulte fácil conmigo. Creo que si esto me sucediera otra vez, ni querría ni podría evitarlo.

—No.

Morales resopla inundándome en su aliento fresco.

—Has tardado mucho en contestar.

—Era una pregunta difícil. ¿Te arrepientes tú?

—No —contesta sin pensar.

Si se lo hubiera pensado probablemente no querría oír su respuesta.

Un hombre se nos acerca instándonos a seguirlo. Morales y João se despiden con un breve abrazo y el futbolista me da un ligero apretón en el hombro medio sonriendo. Ya ni siquiera se atreve a tocarme en exceso. Su actitud es tan desmedida como ridícula.

Volvemos a andar por la sala pero esta vez nos deshacemos del tumulto con rapidez. Dos hombres nos conducen a la parte de atrás.

—Voy a avisar al chófer —anuncia Morales sacando su móvil.

—Vayamos a mi casa, está aquí al lado.

—No, vamos a la mía.

—¿Por qué? —protesto.

—Porque es más grande y te puedo follar en más sitios
distintos.

Buena observación.

En el coche he hecho lo que no debía. Pensar. Y de tanto hacerlo, el calentón se me ha perdido por la tapicería del Jaguar. Lo de João ha sido bastante ofensivo pero me preocupa que sea algo que Mario y Jana hayan pensado también. Desde luego, si lo pienso ahora, tiene toda la pinta.

No comprendo cómo hay hombres que midan sus fiestas por la cantidad o la calidad de las zorras que haya en ellas. Morales es distinto. A pesar de ser un picaflor, no tiene la necesidad de tirarse a ninguna puta. Es joven, rico, guapísimo... Puede tener a cualquiera. Incluso si se encapricha de una don nadie como yo, puede tenerme cuando quiera. Es tan sencillo que buscarse el divertimento fácil pagando es igual de increíble.

Aunque eso no desmerece todas aquellas con las que se va de fiesta en fiesta. Sigo pensando en que debería ser más cautelosa con él. Si estoy dispuesta a seguir con esta descabellada historia, ya va siendo hora de que vaya imponiendo ciertas condiciones.

En cuanto el coche arranca dejándonos solos en el garaje, Morales me abre la puerta que da al interior de su casa. Comienzo a caminar dándole vueltas a la misma idea una y otra vez. Tendría que haberme tirado a Jorge. O a quien sea. Hablo de él porque desde que conozco a Morales es el primero que como diría Eva, se me ha puesto a tiro. Sí, tendría que buscarme mis propias diversiones y relacionarme tanto o más que él. Entonces esto sí que sería un arreglo lo suficientemente justo para los dos.

No obstante, no sé si me veo capaz. Cuando he estado con alguien siempre me he entregado por completo a esa persona. No sé hacerlo de otra manera. Yo no le he dado nada a Morales a excepción de unos cuantos orgasmos y dicho sea de paso, quiero seguir haciéndolo. Pero no a cualquier precio.

Justo cuando llego al umbral de su vestidor, me detengo. He andado como por inercia, qué boba. Me giro para encontrarme con Morales

a un palmo de mi cara.

—Perdona, no sé por qué...

Su impulso al agacharse y cogerme de los muslos para encaramarme a él me indica que me calle. Lo rodeo por los hombros antes de que me caiga del susto. Sus labios chocan literalmente con los míos de forma que podría saltarme los dientes. Está tan caliente como el metal de una olla a presión a punto de llegar al límite. Me desabrocho el abrigo dejando caer mi bolso y mis zapatos mientras entramos en su habitación.

Mi cabello se deja enredar en su mano envolviendo hasta su brazo de negra oscuridad. El modo en que se me ha remangado el vestido sobre la cintura le permite hundir la otra mano bajo mis muslos y ascender por mi culo. Un cosquilleo se condensa en mi bajo vientre como una nube a punto de descargar un chaparrón de humedad.

Sus brazos me sueltan dejándome caer pesada sobre el colchón. El golpe es como un clic que conecta mi cerebro por un instante. Aun así, al arrodillarse y pegarse a mi sexo con su miembro hinchado bajo su pantalón, siento la amenaza de lo irrazonable a la vuelta de la esquina. Quiero aprovechar mi lucidez.

—Espera, ponte un condón.

Morales se queda rígido a escasa distancia sobre mi cuerpo.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

Sigue sin emitir movimiento alguno.

—¿A estas alturas? ¿En serio?

—Ya sé que lo tenía que haber hecho antes pero no es tarde.

—¿Por qué quieres que lo haga?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —le reprocho incorporándome. Él se arrodilla de nuevo—. Esta mañana he visto en prensa las fotos tuyas de anoche.

—¿Qué fotos?

—Sales con una mujer.

Los ojos de Morales se concentran en un punto lejano de la habitación. Se lo está pensando.

—Joanna —dice finalmente—. Sí, ¿y?

—También te vi con la nórdica, en los premios a la innovación.

Vuelve a concentrarse.

—Inka, ¿y qué?

—Te estás tirando a varias mujeres a la vez.

Su rostro se transforma en una mueca de aprensión.

—Oye, Carla, yo... Lo dejé claro desde el principio, no quiero...

—Para, para qué te emocionas —suplico alzando las manos—. No te estoy pidiendo nada, solo quiero saber con quién me acuesto. No es tan raro, al menos entre la gente que tiene un mínimo de aprecio por su salud.

—¡No te voy a pegar nada!

—¿Y ellas a ti?

Las carcajadas se concentran en su boca. A mí no me parece algo de lo que mofarse. Por primera vez, su risa me hiela.

—Tampoco. ¿Y ahora podemos...? —pide en actitud felina.

—No.

—¿Cómo que no?

Yo no soy así, no puedo tirarme a alguien que me acaba de confesar que se tira a otras a la vez que conmigo y hacer como si nada, como si fuera algo que me ocurriera todos los días. Ya veo la clase de gente con la que se relaciona y no tienen absolutamente nada que ver conmigo.

—Ya no tengo ganas.

Arrastro mi culo por las sábanas alejándome de su contacto. Es pura escarcha.

Abro la cama tapándome hasta la barbilla.

—Joder, Carla —me acusa boquiabierto—. ¿Vas a echarte a dormir otra vez?

—Sí, tengo sueño.

Es mentira, podría hacer cualquier cosa menos concentrarme en dormir. Y menos en su propia cama.

Me envuelvo quedando de espaldas y con la vista fija en el marco de fotos. Cierro los ojos, no puedo verlo. Me trastoca tanto de él a mi alrededor.

Morales jura en hebreo encogiéndome el corazón como un pequeño guisante en mi pecho. Cuando sale de la habitación sin dejar de maldecir, cierra las puertas con tal estruendo que retumban hasta lo más hondo de mi interior.

Me desvelo, aún es de noche. Algunos rayos lunares se cuelan por la habitación dándole un aspecto tétrico y desolador. El frío me atenaza los brazos desnudos. Me froto con unas manos aún más frías que solo consiguen estremecerme como a un animalillo.

Al salir de la cama, mi aliento se condensa en una nube gélida como si hubieran dejado las ventanas abiertas. Morales, evidentemente, no está por aquí. No puedo remediar preguntarme dónde estará y qué estará haciendo.

Me abrazo a mí misma dando tumbos por las escaleras. Necesito contacto, calor humano. O a lo sumo, un buen nórdico. Una luz azulada se cuelga por fuera de la cocina. Mi cerebro, aún atontado, me guía hasta allí.

Desde la entrada puedo ver a un Morales fantasmal iluminado por la luz de su portátil. Está sentado sobre un taburete de la isla de la cocina. Lleva una simple camiseta y los pantalones habituales de estar por casa. Teclea ensimismado hasta que repara en mi presencia.

Sus ojos destellan. No está de mejor humor que hace unas horas.

—¿Qué pasa?

—Tengo frío.

Su rostro vuelve impasible al teclado y la pantalla.

—Hay una manta en el vestidor.

Si antes tenía frío, ahora estoy completamente helada y aterida. El corazón me ha vuelto a encoger como si alguien lo hubiera arrugado como una bola de papel y la hubiera tirado perdiéndola por algún punto entre mis costillas.

¿Cómo se puede ser tan descaradamente borde? ¿Qué le pasa en la cabeza?

Tengo que largarme de aquí.

Salgo escopetada cogiendo carrerilla por las escaleras. Busco mi bolso por el cuarto. Voy a llamar a un taxi para que me saque de aquí lo antes posible. Quiero amanecer en mi cama y olvidarme de esta noche y a ser posible, también de él.

Cuando sigo dando vueltas intentando encontrar el maldito bolso, algo pesado se estrella en mi costado arrojándome a la cama de un

tirón.

Morales me sujeta con esfuerzo desmedido, se tumba detrás de mí y nos cubre con las sábanas. Me funde en una cucharita sofocante de brazos y piernas mientras mi cabeza da vueltas medio aturdida.

—¡Qué estas haciendo!

—Has dicho que tenías frío —susurra en voz baja sobre mi nuca.

Esto es de locos.

—¿Y para qué me mandas buscar una manta?

—Perdona, soy un imbécil —sí, sí que lo es—. ¿Podemos quedarnos un rato así?

Mi boca queda suspendida sobre la almohada. Se tiene que estar quedando conmigo.

—¿Por qué?

—Porque me gusta.

Me parece muy bonito pero esta cucharita no es solo una cucharita. Es un abrazo excesivo de extremidades en el que me siento maniatada. Ya no tengo frío alguno, de pronto siento mucho calor, su piel arde. Me ahogo.

Doy una vuelta hasta quedar tumbada bocarriba a su lado. No sé a dónde mirar. No sé qué pretende.

—¿Podrías hacerme lo de la otra vez? —pregunta acercándose más a él.

—¿El qué?

—Las cosquillas por la espalda que me hiciste la otra noche.

Vamos, hombre. No sé si echarme a reír o tirarlo de la cama directamente. ¿Después de cómo se acaba de comportar?

—No.

Su cara es un poema. Una combinación entre la sorpresa y la decepción.

—Supongo que no tengo derecho a pedirte nada.

—No, no lo tienes.

Su frente se cubre de finas líneas horizontales.

—Seguro que hace un rato has pensado que soy muy frío.

Asiento volviendo al techo.

—Pues tú eres un témpano, Carla. Constantemente.

Abro la boca pero la vuelvo a cerrar. Me siento como si me

hubiera abofeteado por segunda vez esta noche. Vuelvo a darme la vuelta de un culazo.

No sé qué decir. Es la verdad. No es nada nuevo para mí pero que me lo haya dicho él me sienta como una patada en el estómago.

Mi enfurruñamiento da paso al desconcierto cuando siento su pecho pegarse a mi espalda. Pasa un brazo y una pierna por encima de mí y los deja reposar sobre mi tronco y mis muslos con tal lentitud como si temiera que fuera a saltar sobre él como un perro rabioso.

Su aliento se entrelaza con mi pelo y cae caluroso por mi mejilla. Pero no me exalta. Me relaja, me sumerge en un estado de calma que me hace pedazos. Me siento demasiado cómoda.

Por primera vez, no vamos a follar en toda la noche. No sé cómo interpretarlo. No tengo ni idea de qué sentido darle pero no puede ser nada bueno.

El pinchazo me despierta de golpe. Mis ojos buscan al culpable del crudo paréntesis en mitad de mi letargo y encuentran, cómo no, a Morales. Está mirándome medio prudente medio divertido con la boca suspendida sobre mi pezón izquierdo. Sobresale protuberante junto a la copa del sujetador que sostiene en una mano. La otra está enterrada en mi pelo sobre la almohada.

Me siento desnuda y me doy cuenta de que lo estoy. No sé en qué momento me he quedado sin vestido y sin medias. Solo llevo mi ropa interior. Aunque tengo la impresión de que me va a durar poco.

Al ver que no hago nada por evitarlo, Morales baja los ojos y vuelve a mordisquear mi pecho erecto. Inspiro lentamente y dejo que mi visión borrosa matutina se acomode al amanecer. La luz del sol ya entra en la habitación y me permite embriagarme de todas las caricias que me brinda la lengua de Morales sobre mi areola. Es una primera visión mañanera de lo más complaciente.

Su otra mano desenrosca mi cabello y aprisiona mi otro pecho estimulándolo entre sus dedos. No tiene que poner mucho empeño. Mi cuerpo despierta antes que mi cerebro amodorrado y reacciona ante su entrega ofreciendo dos pezones erectos y duros como rocas.

Su boca deambula por mis tetas al mismo tiempo que sus manos las soban y aprietan con decisión. Al primer pellizco, una sacudida me traspasa hasta los dedos de los pies. Gimo y sonrío enseñando los dientes que mantienen presos un pezón. Espero que no quiera follarme las tetas ahora, mi sexo late una única vez suplicando ser atendido.

Como si me oyera pensar, su muslo roza mis bragas bailando en una fricción lenta pero profunda que me empapa la tela entre los labios. Mis manos van derechas hacia su pelo. Lo peino arrastrando las uñas por el cuero cabelludo. El chorro de hálito caliente de su boca se mezcla con el calor que emana la piel de mi torso. Me está poniendo a cien.

El roce no cesa en mi sexo y cada vez es más agudo. Estoy mojándome de gusto. Atrapo su muslo entre mis piernas pidiendo más,

como si quisiera que me lo metiera entero. Qué barbaridad, me desgarraría entera. A veces pienso en la de cosas que he querido que me meta dentro y me asusto de la de guarradas que se me ocurren con él. No sé qué pensaría al respecto.

Los dientes de Morales hacen de las suyas mordisqueando los pliegues hipersensibles de mis tetas. Hunde la cabeza entre ellas y su nariz fría contrasta con el fuego que transpira mi epidermis blanquecina. Tiro de su pelo hacia arriba obligándole a mirarme.

Sus ojos entornados apenas me permiten ver su brillo aguamarina. La boca está entreabierta. Me ocupo de ella. Lamo sus labios humedeciéndolos hasta dar una vuelta completa. Morales cierra los ojos. No sé si le ocurre como a mí. Si sentir su boca tan próxima a la mía unos instantes antes de tocarnos oprime algo en su pecho y le rebulle deseo líquido en la entrepierna.

Confieso que en parte me aterra porque es la primera vez que me ocurre algo así. La primera que me corro tan rápido, que casi no necesito estímulos para hacerlo y que me siento a gusto con mi propio cuerpo por un mísero instante.

Resulta casi tan perfecto que temo echarme a llorar de felicidad. Nunca había follado con tal grado de intensidad.

Dejo pasar mis dientes por el labio superior a pequeños tirones ayudándome de mi lengua juguetona. El aire se me queda atascado en la garganta cuando muerdo la carne que atrapo con vehemencia. Morales jadea y pasea su lengua por mi barbilla hasta esconderla en mi boca. Chorreo literalmente. Me fundo en satisfacción honda y perversa.

Quiero quitarle la camiseta y los pantalones. No, no quiero. Es necesidad. La necesidad de estar piel con piel y que no haya nada más entremedias. Cuando le suelto el pelo para llevar a cabo mi cometido, interrumpe el beso posando su frente sobre la mía.

—Lo siento, nena —dice con voz ronca—. Me he despertado y te he visto aquí, tan apetecible, que no me he podido aguantar tocarte.

Me muerdo el labio textualmente seducida.

—No te aguantes.

—No, claro que no, ya es tarde —confiesa cogiéndome la mano y conduciéndola hasta su pene erecto bajo el pantalón.

Está ansiosa por salir. La tela tirante revela lo mucho que desea escapar de su escondite para darme unos buenos días como Dios

manda. Su mano sigue posada sobre la mía. Se ayuda de mí para masturbarse el miembro lentamente notando el calor de su palma.

Nuestras lenguas escapan por nuestros labios encontrándose en el aire. Se acarician lujuriosas entendiéndose a las mil maravillas. Reposo la mía dejando que la suya me dibuje con su saliva. Succiona y muerde rindiéndome a lo que sea que quiera hacerme. Mi cuerpo pide a gritos un orgasmo de infarto y pienso llevármelo calentito.

El rostro de Morales se aleja para que pueda quitarse la camiseta. Yo me incorporo con él sin dejar de masturbarlo pero se retira quitándose los pantalones y los calzoncillos. Su polla, recia e intimidatoria, me saluda entre su vello púbico hasta quedar escondida entre las sábanas. Morales desciende su hermoso rostro mientras me quita las bragas y las deja caer al suelo. Me abro sin pensármelo dos veces. Él sonríe orgulloso y se dirige allí a donde tanto me gusta que vaya.

Pero de improvisto, mi sexo recibe una caricia con el dorso de unos dedos y un beso acaba posándose suavemente en mitad de mis labios. ¿Qué es esto?, ¿qué está haciendo? Sé que le gusta tomárselo con calma pero esto es nuevo, no tiene nada que ver con la calma. Es ternura.

Abre mi sexo con cuidado y un chorretón de líquido templado resbala sobre mi clítoris. Su saliva. Atrapa los chorros que caen por mi entrada con su lengua. Los recoge repartiéndolos muy suavemente. Casi con devoción, temiendo romperme como si fuera de porcelana.

Besa mi clítoris con besos húmedos y pausados. Presiona sobre los pliegues y advierto más saliva derramándose de sus labios sobre los míos. Lame mi clítoris con extrema delicadeza. Pero no hace falta más saliva, no hace falta nada más, me estoy derritiendo. Por fuera y por dentro, lo confieso.

Es un tacto excesivamente delicado. Nunca me han tocado así, es alucinante. Me siento como el vellocino de oro a punto de desarmarse en un orgasmo abrasador. Tiemblo descaradamente. Quiero pensar que de deseo pero ya no lo sé. Con este hombre ya ni sé ni entiendo nada.

Sopla y besa. Sopla y besa. Sopla y besa. Mis piernas se tensan a su alrededor. Lo que tengo es una quemazón que sustituye cualquier otra sensación por ahí abajo. No hay más que ardor, igual de dulce que sofocante hasta acabar repartido por toda yo. Mi pecho se contrae por una respiración más que agitada. Todo esto es demasiado.

—Dios... Oh, Dios...

—Sí, Carla —arrulla sin dejar de lamer—. Bendita tú eres, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el *joystick* que tienes entre las piernas.

Muerde mi clítoris arrancándome un grito abrumador.

Su devoción, unida a los palpitos de mis labios me elevan por encima de la estratosfera. Me echo a temblar. Estoy a un paso de difuminarme en evaporación de máxima excitación.

—¿Quieres correrte así?

—No.

Lo quiero entero. Lo quiero dentro.

—¿Cómo entonces?

—Quiero que me folles.

—Eso estoy haciendo.

—No, quiero que me folles fuerte —alza una ceja intrigado—. Como un animal. Vamos...

Morales se detiene y comienza a ascender por mi cuerpo.

Cierro los ojos, prefiero no mirarlo, es mejor así.

—Carla...

Asiento rápidamente dándole a entender que todo va bien, que me gusta, que lo necesito. Y es la pura verdad.

—Siento lo de anoche.

Suspiro.

Me planta un beso que abre mi boca sin esfuerzo. Noto el sabor de mis fluidos por el paladar. Está literalmente bautizado en mí. No hago más que encontrar mis propios fluidos por todos los rincones de su boca. Me ensalza. Me chifla rozando el desequilibrio y lamo sus mejillas atragantándome de mí.

—Diviértete, nena. Solo diviértete y no le des más vueltas.

No es justo que me diga esto ahora, tiene que ser consciente de que ya no puedo razonar.

—Ábrete bien —ordena haciendo fuerza en mis muslos y mis rodillas con sus manos—. Voy a follarte hasta que no te acuerdes ni de tu nombre.

Se me escapa una risita nerviosa. Sé lo que quiero y se lo he pedido pero ahora no tengo muy claro qué es lo que tiene en mente. La punta de su polla comienza a abrirse paso en mi sexo. La mete muy muy lento, igual que si lo hiciera por primera vez o si temiera romperme. Un

gemido involuntario se prolonga en mi garganta el mismo tiempo que dura todo el recorrido hasta quedar completamente unidos.

Intento rodearlo con las piernas pero sus manos siguen haciendo presión y me lo impiden. No puede hacerme esto, me va a matar. Tengo el coño echando chispas y acaba de entrar.

Sale y se detiene un segundo. Abro los ojos tímidamente. El verde oscurecido se clava en mi azul añil casi lacrimoso de placer. Cuando vuelve a entrar lo hace con tanto fervor que casi me parte las piernas con las manos. Grito abrumadoramente asaltada. Echo la cabeza hacia atrás. La boca de Morales atiende mi cuello mientras sale despacio y vuelve a atrancarme hundiéndome en el colchón de forma casi sobrenatural.

Sigue clavándome las uñas en los muslos, mi vagina sufre mini-descargas eléctricas que me arrasan los ojos de lágrimas. Boqueo en busca del aire que se me escapa por la entrepierna. Todos mis sentidos se concentran allí mismo mientras intento mantenerme erguida y apoyarme sobre las manos bajo su cuerpo. Entra y sale al mismo ritmo llevándome a un edén de cañonazos apoteósicos. Grito con cada ataque hasta que me quedo ronca.

Duele. Casi como el primer día. Pero no me importa, son los mejores buenos días que me han dado en la vida. Es un animal. Eso es, justo lo que le he pedido. Ahora mismo es una bestia. Aumenta el compás. Mal. Me voy a correr en un segundo.

—Voy a hacer un agujero en la cama follándote —sostiene entre dientes.

—¡Sí! ¡Joder! ¡Sí! ¡Hasta el fondo! ¡Hasta el fondo!
¡Hasta el piso de abajo!

El clímax se acerca, voy a estallar como un petardo en fuegos artificiales. Esto es tan bueno que tengo ganas de echarme a reír como una loca de lo afortunada que me siento. Quiero uno de estos todos los días. Mi cabeza rebota sacudida en el aire a cada hundimiento sobre el colchón. ¿El sexo siempre ha sido así? ¿Me he perdido todo lo bueno hasta ahora?

Intento mantener la cabeza derecha y lo veo. Tiene el rostro en tensión con los músculos del cuello a punto de rasgarse. Diría que le está costando aguantarse. Cada vez que chocamos gime exhalando el aire contenido. Su propio disfrute me hace sentir opulenta. Proviene de mí, de un cuerpo sudoroso, sonrojado y acalorado bajo el suyo. Sus arremetidas son, si cabe, cada vez más fuertes. Está poniendo todo su empeño en

desmayarme a golpes contra mi sexo. Ya no sé ni cómo sujetarme.

De pronto, me suelta las piernas y me rodea la cintura con un brazo hasta alzarme sobre las sábanas. Su frente se pega a la mía y se apoya sobre la cama con la otra mano para impulsarse y seguir abordándome. Me encaramo a su espalda.

Por Dios bendito. Es alucinante. ¿Cómo me pude negar a esto anoche? Está tan acelerado que ya no hay ni tiempo ni forma de que pueda sacármela entera. Chocamos atizándonos como si quisiéramos matarnos el uno al otro a polvos. Un estado de éxtasis me posee en mitad de mi exaltación como si follara sin gravedad. Casi no siento su brazo sosteniéndome. Tengo que verlo.

Pero él ha debido pensar lo mismo. Nuestras cabezas, aún pegadas la una a la otra, descienden a la vez. Sorprendida, y al parecer él también, las levantamos al mismo tiempo. Nuestras narices se rozan y nuestros labios chocan como si nada. Me aparto compartiendo su incredulidad. Pero ya no puedo decir nada. No soy yo. Soy todo orgasmo.

El éxtasis se libera por mi boca en un hilo musical desgarrador y caigo en total y absoluta oscuridad.

Lo primero que veo es una tarta de fresas que hace que me rujan las tripas. Su nombre, escrito en letras irregulares y azucaradas me despiertan casi de golpe. No recuerdo haberme quedado dormida. No sé como ha pasado. A ver, estoy segura de que ha sido follando pero no entiendo cómo ha podido pasar.

Intento girarme bajo las sábanas pero siento el cuerpo pesadísimo y magulladísimo. Como si me hubieran hecho trizas a polvos. Sí, justamente eso es lo que ha pasado. La sonrisa que se me ha quedado anclada en la cara me delata. Me siento pletóricamente satisfecha y bien follada.

Me percato de que estoy sola en la habitación. Las puertas están medio abiertas pero no hay nadie para obsequiarme con un segundo desayuno tan bueno como el primero. Me estiro desentumeciéndome. Tengo hambre. Ayer no cené y lo de mi estómago ya no son rugidos sino calambres.

Me siento sobre la cama frotándome los ojos rememorando todo lo ocurrido. No puedo evitar volver a la fotografía. Su nombre. Ahí está. No sé si me gusta llamarlo así. No está bien. Son confianzas excesivas que no conducen a ninguna parte. Él parece muy satisfecho con la idea y yo ni siquiera sé por qué un día se me escapó tal atrevimiento. ¿Pedirá a cada una de sus mujeres que le llamen de una forma distinta? ¿Le pone eso? ¿También las trata a todas como si fueran de cristal cuando le apetece? No sé por qué me lo pregunto, no debería importarme.

Busco mi bolso con la mirada para coger mi móvil. No lo veo por ningún sitio. A lo mejor lo ha guardado. Busco en los cajones de las mesitas de noche. Al abrir el primero me encuentro con lo que parece ser un diario. Tiene un pequeño candado en el canto. No me puedo creer que Morales tenga un diario. Eso ya no se lleva, para eso existen los blogs. Lo sostengo incrédula entre las manos. Parece viejo, desgastado y sobado. No, no creo que sea de él. Al rozar el candado, este emite un ligero chasquido y

se abre entre mis dedos.

Alzo la cabeza aterrada. Si me ve, me echará a patadas. Lo lanzo al cajón para volver a cerrarlo con estrépito. Abro el otro. Hay varios blísteres de pastillas que no conozco, tarjetas y papeleo pero al palpar el fondo, saco algo que me abre los ojos hasta dolerme.

—No soy ningún pervertido.

Suelto un gritito del susto.

Morales me mira abochornado desde la puerta, está conteniendo la respiración.

—Estaba buscando mi bolso, ¿me quieres explicar qué hace esto aquí?

Levanto mi tanga roto columpiándolo entre mis dedos.

—Me lo encontré en la piscina y no sabía qué hacer. Igual querías recuperarlo, te lo estaba guardando.

Madre mía, está rojísimo. Es la primera vez que lo veo así. ¡Es hasta tierno!

—Tranquilízate, no pasa nada.

—¿Te lo quieres llevar?

—¿Para qué? —protesto riendo—. ¡No!

Suelta aire y parece relajarse un poco.

—Bien, pues déjalo donde estaba —sonríe—. Voy a hacer algo de desayunar, baja cuando quieras.

Sin ninguna otra explicación, da media vuelta y se marcha dejándome con la minúscula tela de encaje colgando de mi mano.

No entiendo nada. Está fatal. ¿Qué hará con él? Creo que no quiero saberlo y esto yo ya no lo quiero para nada. ¿Guardará algo de recuerdo de cada una de las mujeres a las que se ha tirado? No hay ninguna prenda más en el cajón, igual solo lo hace conmigo. Qué estupidez, seguro que tiene más como este por ahí escondidos. Es enfermizo y casi diría que le pega. Pero no, de verdad. Prefiero no saber qué hace con ellos.

Lo vuelvo a dejar donde estaba y salgo de la cama. Me tiemblan las piernas. Parezco la sirenita cuando le pusieron piernas, qué ridículo, menos mal que se ha ido.

Sigo sin ver mis cosas por ningún sitio. No puedo bajar desnuda o desayunar envuelta en una sábana otra vez. Me acerco hasta el vestidor y al fin, las encuentro. Ha colgado el vestido con el abrigo y doblado la ropa interior junto a los tacones y el bolso. A veces es incluso

conmovedor.

Detrás del abrigo hay otro vestido verde enfundado en plástico de lavandería. Por fin, mi querido Juanjo Oliva. Parece intacto, me alegro.

Cojo mis bragas pero rechazo la idea en cuanto las palpo. Parece que las acabo de sacar de la lavadora y no, no vienen de ahí precisamente. Vienen de mi propia centrifugadora. Por favor, qué vergüenza, ¿cómo ha guardado esto?

Siento la tentación de ponerme unos calzoncillos pero no quiero coleccionarlos. Tampoco quiero bajar en vestido de noche, quiero estar cómoda, igual que él. Rebusco en el cajón de la última vez. Encuentro otras camisetas.

¿Le gusta La Fuga? ¡A estos sí que los conozco!

Llego penosamente esperpéntica hasta la cocina. Con una mano voy tanteando la pared para no tropezar con unas piernas de gelatina y una mente nublada por el hambre. Con la otra me estiro la camiseta como puedo para no dejar parte del culo al aire.

Al entrar, un aroma dulzón me hace perder el sentido. Morales trastea entre cacharros vestido únicamente con su pantalón. Levanta la vista y esboza media sonrisa al encontrarse con la mía, fijada en su tórax desnudo.

—Un par de trenzas y clavadita a Miércoles.

Así que también me parezco a Miércoles. Pensaba que con el Primo Eso ya tenía suficiente.

—¿Por qué?

—Pareces una cría gótica —se detiene unos segundos antes de servir la mesa—. ¿Has pensado en vestir alguna vez así? ¿Como de Punk Rave?

—¿Cómo es eso? —pregunto tomando asiento en un taburete. Está frío, se me congela el culo.

—Cuero negro, corsés, tul, tacones de aguja...

—Ya tengo tacones de aguja.

—Seguro que no como esos. Te quedaría espectacular —propone estudiándome de arriba abajo—. Rollo Lacrimosa o algo así.

—¿La pieza de Mozart?

—Joder —maldice sacudiendo la cabeza—. Si no te hablo de alguien que esté rallando un par de platos en una cabina, no tienes ni idea de lo que digo, ¿no?

Un plato a rebosar de *crepes* aterriza frente a mis narices. ¡Qué buena pinta! Se me hace la boca agua.

—¿Has hecho *crepes*? —pregunto embobada—. ¿Compraste los ingredientes?

Morales me lanza una mirada molesta.

—Son preguntas retóricas, ¿no?

Qué manera más tonta de quitarme la ilusión infantil de golpe y porrazo.

Dejo que mis ojos vaguen por la mesa. Hay de todo. Café, mermelada, helado y lo que es mejor, Nutella. Mi amiga Nutella. Aquella a quien guardo bien al fondo del armario de la cocina para ni verla ni poder llegar hasta ella con los brazos.

Hoy me da igual. Estoy famélica. Cojo el tarro con ansia y unto mi *crepe* con la cantidad suficiente para morir por sobredosis de chocolate.

—A esos deberías conocerlos —acusa señalando mi camiseta con una espátula—. Son de tu tierra.

—Ya lo sé —contesto enseguida.

Mi paladar se inunda de masa y cacao saboreándolo con placer antes de volver a hablar. Cuando Héctor era adolescente escuchaba La Fuga. Le gustaban mucho, no sé si lo sigue haciendo. Yo por aquel entonces ya me aficionaba con Faithless y cosas por el estilo. Pero eso a él no le importa.

—¿También sabes que nací en Santander por internet?

Morales asiente engullendo un buen pedazo de *crepe*.

—Facebook.

Pues menos mal que lo tengo medio abandonado desde que conocí Twitter. Ya no sé qué hacer para bloquear mis datos y aumentar la privacidad de todo lo que tengo en esa red desde que lo conozco. Aunque probablemente ya dará igual. Se habrá impreso lo que necesitase en un principio y lo tendrá igual de escondido que los tanguitos de todas esas zorras.

—¿Sigues mirando mis perfiles?

Morales ya no engulle. Mordisquea prudente su tenedor sin mirarme.

—A veces.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Cuando me aburro, miro internet.

No creo que tenga mucho tiempo para aburrirse. Cuando no está enfrascado en IA, se está tirando a otras, y aún así, no le da derecho a cotillearme sin siquiera pedirme contacto a través de la red.

—Pues mira porno, ¿no te gusta tanto? Entretente con eso y deja de espiarme.

Morales suelta su tenedor y finalmente me observa con los ojos encendidos y una fina línea marcando su boca.

Está arrebatador. Dejo de comer. No quiero más *crepes*, lo quiero a él untado en Nutella.

—Hagamos una cosa —propone—. Tú dejas de imitar a Elmer Gruñón y yo abandono el iglú de Pingu.

—¿Qué?

—Tú dejas de ser tan borde conmigo y yo dejo de ser frío contigo.

Enmudezco. No sé qué decir. No es lo que esperaba para nada.

—Pero...

—¿Pero qué?

Que si empezamos así, esto puede dejar de ser solo sexo y no lo quiero.

Un roce nos distrae. Ambos volvemos la cabeza al fondo de la cocina. Hay un hombre. El corazón se me acaba de parar. Si antes no tenía palabras ahora ya no tengo ni aire.

Parece joven. De estatura media, pelo rubio corto y grandes ojos azules. Lleva una cazadora marrón y unos vaqueros. Creo que su cara de asombro dice mucho de lo alucinado que está ahí parado. Exactamente igual que yo.

—Ups, perdón. Vaya, eh... No sabía... Tú... Pero, eh... No entiendo —balbucea frunciendo el ceño.

Morales se levanta alarmado.

—Me parece muy bien que no entiendas pero al menos podrías mirar hacia otro lado y dejar que Carla se fuera a poner algo de ropa encima.

¡Mi culo! Me tapo lo que puedo con la camiseta. Ha visto más

carne de lo que Morales pudo ver en más de una semana.

—Sí, sí, perdón —se gira dándonos la espalda aún más avergonzado que yo—. Perdona, Carla.

Salto del taburete echa un manojo de nervios. Doy de sí la tela hasta casi medio muslo y salgo dando saltitos por su lado. Que no mire. ¡Qué vergüenza!

Corro hasta las escaleras pero me detengo al doblar la esquina. Quiero saber quién me ha visto medio desnuda en casa de un cliente un sábado por la mañana.

—No entiendo, ¿quién es? —pregunta el entrometido desde lejos.

—Ya te lo he dicho: Carla.

—Ya, ¿pero qué hace comiendo?

—La gente suele comer a estas horas.

—Morales...

Silencio. Cuando creo que se han alejado más, Morales vuelve a hablar.

—Es la comercial junior de McNeill.

Espero no haber oído bien.

—¿Qué?

—No lo voy a repetir.

—¿Otra vez, Morales? ¿A esta también la vas a mandar a la mierda? No mezcles IA con tu cama, nunca sale bien.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—Pues alguien tiene que hacerlo. Para ser un genio del *business intelligence*, a veces eres muy primario.

No oigo nada más. La conversación se interrumpe. No sé lo que estarán haciendo o diciendo pero yo ya he tenido bastante. Estoy alucinando en tecnicolor. ¿Cómo se le ha ocurrido contar dónde trabajo? ¡Ya hay demasiada gente que sabe mi nombre! Afortunadamente nadie es del sector pero me da igual, esto tiene que parar. Vicky tiene razón, me va a estallar en la cara un día de estos y no lo puedo permitir.

Subo hasta el vestidor y tiro su camiseta vistiéndome con la ropa de anoche y recogiendo el vestido verde. Me niego a ponerme las bragas, las guardo en el bolso.

Cuando me aseguro de tenerlo todo, vuelvo a bajar como un torbellino. Vacilo en el salón. No sé si salir sin despedirme. Los dos

hombres me libran de pensármelo dos veces cuando llegan al fondo de las escaleras y me miran confundidos.

—Me voy.

Echo a andar hacia la puerta.

—¡Espera! —ruge Morales detrás de mí—. ¿Ya? ¿Por qué?

A veces hace unas preguntas muy estúpidas.

—Tengo mucho trabajo atrasado —miento volviéndome—.

Será mejor que me ponga al día.

—Déjame presentarte al menos.

Cansada, miro al intruso y él mira a Morales confundido. Sí, quiero saber quién es.

—Carla, él es Víctor, de la junta directiva de IA, es uno de mis mejores amigos. Víctor, Carla trabaja para McNeill Media. Ya sabes que acabamos de empezar a trabajar con ellos.

Víctor me da dos castos besos en la mejilla con el “encantado” de rigor. Yo, sin embargo, no sé reaccionar. No me puedo creer lo que acaba de decir el imbécil de su amigo. ¿Cómo se puede ser tan canalla? Ya estoy viendo mi carta de despido sobre la mesa de Gerardo. Me tiemblan los labios y las piernas. ¡Y ya no tiene nada que ver con el sexo matutino de traca valenciana!

¡Le ha revelado mi identidad a alguien de IA! ¡De IA! ¡Voy a suicidarme!

—Tranquila, Carla —apacigua Morales ante la cara de terror que debo haber puesto—. Víctor, ante todo, es amigo. No dirá nada. Nadie se enteraría nunca por él. Confía en mí.

¿Y por qué iba a hacerlo? Casi no sé nada de él, ¡este tío es tonto! ¡Y yo también! Cada vez que entro en esta casa mi cerebro se queda dando vueltas por La Finca hasta que vuelvo a salir.

Me largo.

—En serio, tengo que irme.

Doy media vuelta hasta casi correr hacia la puerta.

—Yo también me voy, solo venía a darte el archivo —oigo que dice Víctor—. Voy a llegar tarde a la asociación. Esta vez es en Vallecas, cada vez más lejos.

Me detengo como si una cuerda invisible tirara de mí doblándome en dos. Mi cabeza da vueltas. Demasiada casualidad. No puede ser. Sigo andando.

No. Me paro. Es de locos, una coincidencia tonta. Vuelvo a andar.

Freno mis pies frente a la puerta. Giro sobre mis talones y observo a Víctor con el interrogante en sus ojos. Ambos se me quedan mirando como si estuviera loca.

—Si no es indiscreción, ¿puedo saber a qué asociación te refieres?

Hunde la cabeza entre los hombros sin darle importancia.

—Se llama En tus Manos. Es sobre concienciación al volante para la gente joven.

Menos mal que Madrid era grande.

—La conozco —contesto asintiendo—. Es de mis tíos. La fundaron ellos.

No sé si lo que veo en la cara de Morales es horror o estupor.

—¿En serio? —pregunta Víctor en tono alegre—. ¿Lidia y Pedro?

Asiento con la cabeza.

—¡Qué casualidad! Llevo un tiempo colaborando con ellos en Madrid —asegura sonriente—. Siempre que puedo acudo a sus charlas. ¿Están tus tíos aquí?

—No, ellos la llevan pero no suelen viajar, sus trabajos no se lo permiten. ¿Cómo colaboras? ¿Eres voluntario?

—Más o menos.

Su mano recoge la tela de su pantalón hasta dejar visible un tobillo. Sin embargo, no es carne lo que veo, sino plástico. Una pierna ortopédica de manual.

—No parece muy sorprendida, la mayoría de la gente se queda pasmada.

Me encuentro con unos ojos azules más sorprendidos que heridos.

—No quiero parecer maleducada pero me he medio criado en esa fundación y ya he visto de todo.

—Ya me imagino. ¿De dónde salió la idea? Nunca he conocido a nadie lo suficientemente cercano a tus tíos para preguntarlo.

Trago saliva.

No pensaba tener que contar esto de repente. Morales está muy callado y muy quieto. Ni pestaña, parece un muñeco de cera.

Me lanzo, lo hago porque para mí ya es algo normal, natural como la vida misma.

—Mis padres murieron en un accidente de coche cuando tenía diecisiete años. La idea de crear la asociación fue de mi tía, la hermana de mi madre —al ver que nadie dice nada sigo hablando—. Un tío que iba hasta las cejas de mierda se cambió de carril y se los llevó por delante. Venían de la cena de Navidad del despacho de mi padre —siguen sin pronunciar palabra—. Mi madre estaba embarazada.

Víctor abre la boca pero no dice nada. Observa a Morales y yo también. Está lívido.

—No lo sabía —murmura con la vista perdida en algún punto de mi interior que no alcanzo—. No me habías dicho nada.

No me hagas reír.

—¿Para qué? Solo nos estamos divirtiendo —acto seguido, miro a Víctor y le dedico mi mejor sonrisa de niña bien—. Encantada Víctor, suerte esta tarde.

Abro la puerta y salgo a un paso más tranquilo no sin antes oír un ligero “gracias”, creo que de boca de Víctor. Morales no dice nada, ni espero que lo haga.

Al salir, decidida a llamar a un taxi, he encontrado el Jaguar junto a la carretera y me he lanzado de lleno a por él. Le he asegurado al chófer que Morales ha pedido que me llevara y no sé por qué, resulta que me ha creído.

No tenía que haberlo hecho. Ha vuelto a parecer fácil y ser demasiado difícil. Las lágrimas acuden como un tsunami que se desborda por mi cara bañándome en sabor salado. Hundo el rostro entre mis manos convulsionándome de dolor sobre la tapicería del coche.

Lloro desconsolada volviendo a rememorar todo lo que quiero enterrar en lo más hondo. Sale de golpe, a borbotones. Mi tía en el recibidor de mi casa. Su cara, su terrible cara. La lluvia, las luces de la carretera. Salir del coche casi en marcha. Correr hasta allí y verlo. Ver el papel dorado azotado por un viento gélido sobre la piel sin vida. Un vientre abultado con la muerte rondando en su interior. El coche, el amasijo de carrocería calcinada. Humedad. Sirenas. La triste melodía destrozándome los oídos. Los gritos. Él. Su rostro bañado en sangre. Más gritos. Mi voz, la de mi tía, la suya. Mis uñas rasgando carne. Un golpe. Oscuridad.

—Señorita, ¿quiere que pare?

El chófer aminora la marcha como tuvo que hacerlo mi tía aquel día. La carretera cortada la obligó a detenerse y yo pude verlo. Lo vi todo y sigue grabado en mi retina como si hubiera sido ayer.

—No, no por favor... Déjeme.

Déjeme llorar. Es lo único que puedo hacer desde entonces. Eso y matarme lentamente cada día un poco más.

No soy consciente de haber subido a casa y meterme en la cama. No encuentro los recuerdos en mi mente. Solo tengo sitio para aquella maldita noche de hace nueve años. Me persigue sumiéndome en el más recóndito tormento que guardo bajo llave en un rincón de mi cabeza

que nunca quiero abrir. Pero ha salido solo. No tenía que haber preguntado nada, me podría haber ahorrado este mar de lágrimas que empapan mi almohada y me hinchán los ojos hasta enrojecer.

Mi colchón vibra. Aturdida, tanteo la sábana encontrando mi bolso y sacando el móvil. Me lo llevo al oído sin contestar.

—¡Carla!

Su grito me bloquea y rebota por mi cabeza.

—¿Qué?

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? El chófer me ha dicho que estabas llorando. Es la primera vez que me llaman para algo así...

—¿A tantas tías has devuelto a casa con chófer? —interrumpo con las palabras saliendo despedidas por mi boca. Pero me arrepiento nada más contestar—. Perdona, no es asunto mío.

—¿Qué ha pasado, Carla? Dímelo, ¿es por algo que he dicho o...?

—No, no... —vuelvo a callarlo—. No tiene nada que ver contigo. Es por volver a recordarlo todo. Yo... No me gusta hablar del tema.

—Te entiendo —asegura Morales tras un hondo suspiro—. A mí me pasa igual.

—¿Qué?

—Mañana tengo que ir a Londres, ¿podemos quedar el lunes?

—No tengo hueco.

—Me refiero a cuando salgas de trabajar.

—Ya he quedado.

—Ya.

—Es verdad.

—Carla...

—¡He dicho que no puedo!

Alcanzo a oír su respiración profunda al otro lado.

—Haz lo que quieras. Cuando se te pase el cabreo, me llamas.

Un pitido me indica que ha colgado.

La congoja acude de nuevo con todas sus fuerzas. Envuelve mi pecho impidiéndome respirar entre el llanto, el hipido y los lamentos que escupo entre gritos infantiles. He vuelto a ser una niña otra vez. Una cría aterrorizada y sola. Siempre sola.

No necesito eso. Necesito un abrazo, calor, compañía. No

puedo quedarme sola así, me volverá a pasar lo mismo de siempre.

Busco su nombre en mi agenda casi sin pensar. Tiene que venir. Por favor, que venga.

Abro la puerta para encontrarme con Vicky. Al verme, su expresión se torna angustiosa. Se lanza a mis brazos quedándonos así durante no sé cuánto tiempo. Casi no tengo fuerzas para sostenernos. Ella lo nota y me conduce al sofá. Sigo llorando pero no de un modo tan catastrófico, ahora las lágrimas ruedan por mi cara casi sin querer. Es igual o peor de triste que lo anterior. No quiero volver allí. No quiero volver a esa noche. Quiero poder mirar hacia delante con las fuerzas suficientes para aceptar lo que pasó con naturalidad. Pero no puedo. No soy capaz.

Vicky me desabrocha el abrigo y me quita los zapatos estrechándome de nuevo entre sus brazos recostadas sobre el sofá. Me mece adormilándome entre temblores involuntarios bajo mi piel.

—¿Qué ha pasado, Carla? ¿Tiene algo que ver con Morales?

—No —susurro sobre su jersey ya mojado en lágrimas—. Mis padres...

—Oh, cariño, déjalo. No hables.

—Vicky...

—¿Qué?

—Me siento muy sola. Mucho...

—No, Carla. Nos tienes a nosotras. Siempre nos tendrás y también está tu familia.

—No, no... —me retuerzo bajo su abrazo pero ella me mantiene con fuerza pegada a su cuerpo.

—Chissst... Ya pasó, Carla, ya pasó.

No, no pasó. Sigue ahí.

—No puedo verla.

—Ya, eso no ayuda nada supongo.

No, que mi madre y mi tía sean gemelas solo lo empeora todo mucho más. No puedo soportarlo, está por encima de mí.

—Voy a prepararte algo de comer. Me quedaré contigo, ¿vale?

—No quiero comer nada, no tengo hambre.

—Tienes que comer, estás muy flaca. Déjame levantarme.

La dejo marchar disgustada por la falta de contacto.

—Come tú, yo no quiero.

Me niego, es superior a mí. No puedo probar bocado así.
¿Quién podría?

Vicky me ayuda a levantarme del sofá. Me he quedado abrazada a las piernas con la cabeza gacha mientras cocinaba. Lo sé por el olor a comida que se ha concentrado en el piso. No sé cuánto ha tardado. Solo sé todo lo que he visto al cerrar los ojos.

El frío de las sábanas en una cama de hospital. La cara que no es la cara de mi madre durmiendo a mi lado. Vagar sola por los pasillos. Dormir en una cama que no es la mía. Sentir un vacío tan figurado como literal en el estómago durante una eternidad. Caer. Volver a levantarme. Un juicio largo, amargo y pesado como una pesadilla. Su cara, sus andares, su cuerpo en definitiva lleno de vida. Caer. Volver a levantarme. Huir en un coche hasta arriba de maletas.

Las manos de Vicky actúan con firmeza desentumeciendo mis músculos agarrotados. Me rodea los hombros con los brazos para llevarme hasta la habitación y ayudarme a desvestirme y ponerme cómoda. Me dejo hacer medio atontada.

—¿Con quién saliste anoche? —pregunta sacudiendo mi vestido.

Me quedo callada.

Salir, salí sola. No me puedo creer que haya llegado hasta ese punto, no lo había pensado. Algo pasa conmigo, algo no está bien.

Vicky se ha quedado mirando mis piernas medio pasmada.

—Carla, ¿no llevas bragas!

Bajo la vista a mi sexo desnudo. Casi me entra la risa. Mi cabeza ordena en imágenes los pellizcos y mordiscos de Morales por mi pecho, el frote de su muslo, sus embestidas enloquecidas y unas bragas empapadas que guardo en el bolso. Aunque vuelvo a desmoronarme recordando sus últimas palabras. No puedo reprochárselas. Lo he rechazado y le he gritado pero es que no lo necesitaba a él. No necesitaba sexo.

—Estuve con Morales —contesto poniéndome unas bragas

limpias y buscando unos pantalones.

—¿Y cuando quedáis no te pones bragas?

—¡No! Estaba muy cachonda, Vicky, no podía ponerme eso encima.

—Jesús, Carla, estás hecha una cerda.

Creo que cerda es la que se las hubiera puesto después. No yo.

—No sé qué te está pasando. No te reconozco.

Escondo la cara en el jersey que me tiende. No es tan malo.

A quién quiero engañar, sí que lo es. Quiero dejar de verlo. Ansío con todas mis fuerzas poder hacerlo pero me resulta casi imposible. Creo que me lo planteo cada vez que lo veo pero es eso precisamente lo que me lo impide. Verlo arrebatador, sonriente y flamante delante de mí; un patético fantasma errante.

Vicky atrapa mi cara con las manos y me planta numerosos besos de abuela en la mejilla. Tengo que darle pena. Es tristísimo que una amiga te tenga que ver así.

—Para, me vas a desgastar —suplico apartándola.

—Vamos a comer algo —propone tirando de mí.

Me suelto de un tirón.

—No. No tengo hambre, ya te lo he dicho.

Los ojos castaños de Vicky me vigilan visiblemente preocupados. Se muerde el labio.

—¿Has desayunado?

—Sí.

—Yo sí tengo hambre. Acompáñame.

La sigo hasta el salón donde se sirve un plato de verduras salteadas con pan.

Menos mal que ayer hice la compra. A veces mi nevera me da vergüenza de verdad. La nevera de mi casa, aquella casa de Santander hoy carcomida por el polvo, siempre estaba a rebosar. Había de todo, era como un bufé libre. Mi madre algunas veces se animaba a cocinar y hacía unos platos riquísimos que a mi padre y a mí nos encantaban.

Era una pena que no tuviera más tiempo para atiborrarnos a pescado en salsa y quesada casera. El hospital se lo impedía. Como oncóloga, trabajaba de sol a sol junto a mi tía atendiendo a los pacientes con el mismo mimo con el que me trataba a mí al llegar a casa. Me

arropaba hasta quedarme roque entre montañas de peluches que me sofocaban a media noche.

Con el tiempo, guardé la mitad de mis muñecos en la habitación de mi futura hermana para que jugara con ellos. Quiero decir de mi hermana muerta. Iba a ser una niña y seguro que igual de preciosa que mi madre. Con preciosos ojos azules y largo cabello rubio. Ahora, su habitación está cerrada a cal y canto. Exactamente igual que la habitación de mis padres. Alguna vez, al cumplir la mayoría de edad y volver a casa me atreví a dormir en su cama. Nunca pude dormir. Volví a mi cuarto pero no por mucho tiempo.

Me perseguía allí a donde fuese. Lo veía en todas partes. Era demasiado doloroso verlo ufano y libre. Me tuve que marchar.

—Mi madre le echaba jengibre.

—¿Cómo? —pregunta Vicky levantando la vista.

—A las verduras. Hacía un salteado con jengibre. Estaba muy bueno. Nunca he vuelto a probar algo parecido. Mi tía no cocinaba casi nunca y a su cocinera no le salía igual por mucho que se esforzara, la pobre. De hecho, apenas probé nada de lo que me hizo...

—Eva nos ha contado lo de Manu.

Su repentino cambio de conversación me lanza de lleno al presente.

—También nos contó lo que le dijiste y tienes razón. Es una guarrada.

—Manu sigue encoñado con ella —aseguro jugando con una servilleta—. Por mucho que quiera disimularlo, no me puede engañar.

—Pues va a tener que buscarse a otra porque Eva está empeñada en liarse con ese marqués ridículo.

—¿Lo conoces?

—No pero lo he visto en televisión. Y lo peor de todo es que ella no lo niega.

—Entonces, ¿por qué le tiene tantas ganas?

—Ya sabes cómo es. El tío no es precisamente un callo. Hasta que no lo consiga no va a parar.

Eva tiene un empecinamiento con tirarse a todos los maromos que se le ponen por delante que roza la obsesión. Yo no sé si es que quiere batir un récord, demostrar algo o simplemente no complicarse la vida. Supongo que hace bien. Deberíamos hacerlo todas. Un coño alegre es

mucho mejor que un corazón roto.

—¿Os lo pasasteis bien? —pregunto—. ¿Anoche?

—Sí, pero contigo es más divertido.

—No seas pelota, no lo necesito.

—Lo digo de verdad —insiste—. Cuando estamos las cuatro nos lo pasamos mucho mejor y nos reímos más.

Eso es verdad. Cuando falta alguna, su ausencia es palpable. Yo, al menos, sí que noto las faltas de Carmen cada vez más. Antes salíamos las cuatro mucho más a menudo. Desde que está con Raúl, nos ha dejado huérfanas. A mí todavía más.

—¿Qué es de Carmen?

Vicky intenta disimular una sonrisa sin éxito antes de volver a su plato.

—En su línea. Te llamó anoche, estábamos delante pero no cogiste.

—No escuché el móvil. Lo vi más tarde y ya no podía contestar. Había mucho ruido en la sala.

—¿Qué sala?

—Estuve en Gabana.

Me mira boquiabierta.

—¿Gabana? Hace mil que no vamos. ¿Quedaste allí con Morales?

—Sí. Era el cumpleaños de João Fernandes.

Su boca se abre todavía más.

—¿Has estado con João Fernandes? ¿Lo conociste?

Asiento medio riéndome. Me esperaba este tipo de reacción.

—¡Como se entere mi hermana pequeña te va a matar! ¡Está loca por él!

Si yo tuviera a mi hermana conmigo, me encargaría personalmente de que se mantuviera alejada de alguien como João. Creo que la habría sobreprotegido tanto de los hombres que no se habría desvirgado hasta los cuarenta. Es más, si me hubiera escuchado, se habría hecho lesbiana, estoy segura.

—¿No le pediste una foto o un autógrafo?

—Quita, estás loca —la reprendo—. Imagina que salgo en la tele, qué horror. Además Morales estaba por allí, lo que me faltaba es que alguien se enterara de esto por salir de refilón en una foto de la prensa rosa.

Me moriría, qué forma más tonta de descubrírnos.

—Pues no le veas más, ya verás cómo así no os ve nadie.

Suspiro.

—Me ha presentado a alguno de sus amigos.

—¿Por qué? Qué necesidad.

—Se dio la circunstancia. Hay uno...

—¿Sí?

Me mordisqueo el labio nerviosa.

—Le ha dicho quién soy y dónde trabajo —Vicky arruga el ceño—. Forma parte de la cúpula de IA.

—¿De su empresa? —asiento y ella pone el grito en el cielo soltando los cubiertos—. ¡Ese hombre es estúpido! ¡Estás a un paso de que se enteren Sandra y tu jefe! ¿Es eso lo que quiere?

No tengo ni idea. Que se lo pregunte a él. Una vez me dijo que no le interesaba perjudicarme en McNeill. No ganaría nada con ello. No obstante, cuando un día las cosas salgan mal o surjan problemas, lo puede achacar a mi falta de profesionalidad o a que dedico mi tiempo a follarme clientes y no a sacar el trabajo adelante. Se le pueden ocurrir tantas excusas, que creo que voy a marearme.

Vicky me estrecha la mano por encima de la mesa.

—No te preocupes, cariño —me anima con un apretón—. Todo se arreglará.

Por supuesto. Hay cosas mucho peores que perder un trabajo y el prestigio laboral. Cosas que al perderlas, te matan en vida de verdad.

Pasamos la tarde devorando la Vogue y tropecientos catálogos de moda y más páginas de internet con vestidos a gogó. Hemos decidido salir el lunes a buscar algo que ponernos para la boda de Susana.

He marcado aquellos que más me han gustado para probármelos. A las modelos les quedan de cine. No creo que vaya a ocurrir lo mismo conmigo pero soñar despierta cuando ves una prenda que te gusta y te imaginas con ella igual de hermosa que en la foto, es permisible y muy satisfactorio.

En otras circunstancias me habría acompañado mi hermana. Habríamos ido juntas de tienda en tienda probándonos uno y mil vestidos compartiendo impresiones entre risas. Seguro que todos le quedarían

espectaculares, como le quedaban a mi madre. Aunque nunca podré saberlo. Está muerta.

Ya no lloro más. Creo que es porque no me quedan lágrimas. Me he secado por dentro a pesar de seguir teniendo los ojos hinchados como si me hubiera restregado ortigas por la cara. La pena ha dado paso a la rabia por un rato. Mi vida podría haber tomado un curso totalmente distinto si mi familia siguiera viva. Podrían haber vivido y yo tendría una hermana a la que cuidar como Vicky me cuida a mí y con la que reírme. Todo lo bueno y lo malo habría podido ser si un hijo de mala madre no hubiera cogido el maldito coche puesto hasta el culo aquella noche. Tan simple como eso y sin embargo hoy, ya es algo imborrable.

Cuando me evado, Vicky me acosa a preguntas y comentarios banales sobre los diseños. Apuntamos las tiendas a las que acudir. Vicky dice que irá a buscarme en coche a la oficina y pasaremos la tarde juntas. Me entusiasma la idea, será divertido.

—No quiero nada.

Vicky intenta obligarme a cenar. Ha insistido en quedarse a dormir. Yo ya me encuentro mejor pero no ha aceptado mis negaciones por respuesta.

—Tienes que comer algo, Carla, me estás asustando. No puedes seguir así. Por favor.

No lo entiende. Nadie lo hace. No tengo ningún derecho a meterme nada en la boca cuando sigo llorándolos.

Su tono es tan lastimero y suplicante que cedo un poco con tal de que se calle.

—Tomaré un vaso de leche.

Me ayudará a dormir.

—Vale pero por favor, desayuna mañana o volverás a desmayarte.

—Fue un vértigo.

Vicky suspira con los brazos en jarras.

—Voy a prepararte la leche.

Poco después, nos tumbamos en el sofá para ver una película. Vicky ha escogido “Despedida de soltera”. Un frustrado intento de emular “Resacón en las Vegas” en versión femenina. Es una pena, estoy segura de

que en las manos adecuadas podría haber salido algo mucho mejor. Nosotras podemos estar tanto o más zumbadas que ellos y aquí no lo demuestran.

Cuando Kirsten Dunst se ha metido los dedos en el baño, se me han revuelto unas tripas vacías y espasmódicas y he cerrado los ojos.

No los he vuelto a abrir.

—Carla.

Unos brazos me levantan con delicadeza.

—¿Mamá?

—Chist.

Sostienen mi cabeza y un rostro rubio se dibuja frente a mi cara.

—Mamá.

—No, soy yo, Vicky.

Me froto los ojos con los puños. Vicky me observa inquieta sobre el sofá.

Es descorazonador. Ya casi ni me acuerdo de su cara. Entre los años que han pasado y las dos veces que me acerco a Santander al año visitando a mis tíos, su recuerdo físico es un borrón oscuro en el fondo de mi mente.

No guardo fotos tuyas aquí. Todo está en Santander, no puedo ni verlo. Tengo que mantenerme alejada para no caer otra vez en una regresión monumental.

—Vamos, es hora de dormir.

Vicky me sujeta por los hombros para llevarme hasta la cama. Una vez allí, ambas nos metemos y nos acurrucamos abrazadas.

Estoy segura que de haber sido Morales, no me habría despertado. Me habría llevado en brazos.

Un chispazo mental me deja en blanco durante unos segundos. No sé por qué he pensado eso.

Vicky no tarda en dormirse. Mi comportamiento cuando estoy así puede agotar a cualquiera. No me extraña. Yo, por supuesto, ya no puedo conciliar el sueño. La vigilia me acorrala entre vanos intentos de evadirme del dolor. Con cuidado de no despertarla, me escabullo sobre el colchón.

La consciencia tarda en resucitar siendo vagamente consciente

de cómo rasgo unas cuerdas con un arco y la espalda apoyada en una esquina de la bañera. Por mi baño retumba lo que creo que es la “Elegía” de Faure.

Cierro los ojos dejándome llevar. Una vez más, mi violín actúa de calmante para mis sentidos. La música me libera de pensar en nada. He de reconocer que he descubierto otros medios por los que olvidarme de todo por unos minutos. Pero ahora mismo no están a mi alcance.

Me asombra pensar que el sexo pudiera ofrecerme tal satisfacción y darme tregua con la realidad como si incluso se tratara de algún tipo de terapia. Sé que podría ponerle remedio en este instante y sustituirlo por mi violín. Yo solita podría ponerme con ello. Pero no es lo mismo. Ni de lejos. Ya no. Es más, hace semanas que no me toco de esa forma.

Es delirante. No es posible que un simple roce de piel con piel me convierta en pura electricidad. Que pierda la razón como lo hago con mi música pero que incluso me eleve al nirvana como premio. Mis labios se curvan cómplices de lo vivido en los últimos días. Solo me preocupo cuando soy consciente de cómo deseo volverlo a reanudar. No me importaría que mañana o que incluso de un momento a otro Morales se presentase en mi casa y me propusiera llevarme hasta lo más alto a polvos de locura. Pero no lo hará. Porque no es más que eso. Polvos y nada más.

Abro los ojos y me encuentro con una Vicky con la cara desencajada sosteniendo el pomo de la puerta del baño. Una lágrima solitaria desciende por su mejilla pero la retira presurosa con la mano. Dejo de tocar avergonzada. No pretendía despertarla.

—Es precioso.

Agacho la cabeza conmovida.

—Vuelve a la cama, Carla —reclama sorbiéndose los mocos con disimulo—. Duerme un poco.

Suspiro abatida. Sé que no me va a dejar aquí sola toda la noche así que me levanto a trompicones sujetándome en la mampara. Siento como si mis músculos chirriaran por el sobresfuerzo.

—No es algo precioso —replico de vuelta a mi cuarto—. Es triste.

—Pero bonito igualmente.

No entiendo cómo puede haber cosas tristes y bonitas a la vez. Imagino que visto desde fuera, puede parecer melancólico o incluso un

poco *emo* ver a una loca tocar un violín en pijama escondida en la bañera. Pero para la susodicha, en el fondo, sentirse y verse así es una soberana mierda.

Vicky está siendo muy paciente conmigo. Podría estar divirtiéndose en cualquier otra parte en vez de acostarse tan pronto un sábado por la noche y cuidar de mí como si fuera una niña pequeña.

—Vicky.

—¿Mmm?

—Me estoy quedando sin amigas. Todas están enfadadas conmigo menos tú.

—Ninguna está enfadada contigo, Carla. Eres tú la que está enfadada con ellas.

—Ya... —lo sé—. Pero es que son unas cerdas.

Vicky se echa a reír provocándome escalofríos sobre el cuello.

—Todas lo somos a veces.

No sé qué responder a eso.

—¿Conociste a alguien anoche?

No contesta. Puede que se esté quedando dormida otra vez.

—No te lo vas a creer.

Ladeo ligeramente la cabeza, intrigada.

—¿Qué?

—Ligué con una tía.

Las carcajadas corren por mi garganta y acaban retumbando por la habitación. Ella acaba por reír también. Ambas lloramos de la risa hasta que consigo calmarme lo suficiente para volver a hablar.

—Ya encontrarás a alguien Vicky —suavizo cogiéndole las manos—. Llegará cuando dejes de pensar en ello. Incluso cuando ya no lo quieras. Eso es lo más frecuente.

—Lo sé. Pero últimamente me cuesta mucho encontrar a alguien que realmente merezca la pena. Y cuando creo que lo hago, no se cómo abrirme.

—¿A qué te refieres?

—Son todos iguales, quieren sexo desde el primer día y eso a mí me bloquea.

—¿En serio?

—Sí. Llámame antigua pero echo de menos ciertas cosas. ¿Dónde están las primeras citas? Cenar con velas y conversar. Recibir una

rosa porque sí. Pasear de la mano sin más. Despedirse en la puerta de casa con un único beso inolvidable. Dejarte con ganas de más hasta volverte adicta... ¿Tan malo era todo eso?

Vuelvo a reír.

—Eres una romántica.

—Sí, lo soy —contesta muy convencida—. Y no me avergüenzo de ello.

—No tienes por qué hacerlo.

—A todas nos gusta que nos ligen y nos coman la oreja. Que alguna se atreva a negármelo. No hay nada tan bonito como sentirse querida.

Y deseada.

—Todavía tiene que haber hombres así.

—Que no tengan la edad de mi padre, por favor.

Instintivamente, se me ocurre preguntar por el último chico del que nos habló pero contengo la respiración en cuanto caigo en qué día es hoy.

—¡Vicky! ¿No tenías una cita?

Su cuerpo se convulsa unos segundos tras el mío sobre la cama.

—Ya tendré otras.

Soy lo peor. No sé cómo he podido arrastrarla a esto. Aunque me alegro de que esté a mi lado. Tiene mucha maña como niñera. Imagino que por sus dos hermanas pequeñas. Espero que no se haya perdido el amor de su vida por mi culpa. No creo que pueda perdonármelo nunca.

No ha sido un buen comienzo de domingo. Vicky ha recibido una llamada de su madre mientras desayunábamos. Una de sus hermanas se ha fracturado la muñeca jugando al baloncesto y está en el hospital. La he instado a que vaya. Casi lo he tenido que rogar. No parecía muy dispuesta a dejarme sola pero ya me encuentro mucho mejor. Las carcajadas de anoche me han despertado de mejor humor.

El problema es que la mañana no parece que vaya a prosperar. En mi móvil aparece la llamada de mi tío esperando a que descuelgue. Me espero lo peor.

—Hola, tío.

—Hola, Carla.

—¿Hay novedades? ¿Cómo está Ravel?

—Está en coma.

Oh... Pobre hombre. Yo pensando en qué va a ser de mí y él muriéndose en una cama de hospital. ¿Cómo puedo ser tan egoísta?

—César está aquí.

—¿Quién?

—Su sobrino. Ha venido a verlo. Es la única familia que tiene. Creo que no estaban muy unidos pero ya sabes, en estos momentos la sangre siempre llama.

Otro alma solitaria por el mundo. Lo entiendo perfectamente.

—Vamos a intentar ocuparnos del bufete en los próximos días.

—¿Cómo? Es una locura.

—Lo sé pero no hay mucho más que podamos hacer. Convocaremos una reunión para explicar la situación a los empleados y tranquilizarlos. Con tus ausencias y ahora la de Ravel, tienen que estar aterrados. Se temerán una compra.

—No pienso vender —respondo en el acto.

El suspiro de mi tío se cuela por mi oído en una interferencia molesta.

—Voy a hablar con César y analizar la situación. No te pongas en lo peor. No sabemos cuánto va a durar esto. Aún puede despertar.

Es verdad pero no lo he podido remediar. Tengo un pronto muy repentino.

—¿Tú cómo estás? La tía y yo hemos hablado. Dice que ayer no te pasaste por la charla.

Si hubiera ido a esa sesión, ahora mismo estaría en un bucle de lloros del que no me vería capaz de salir en semanas.

—No tío, no pude.

—No pasa nada. Sé que estás muy liada —me excusa—. Está bien.

—He conocido a alguien que suele colaborar con vosotros. No os conoce pero igual te suena de algo.

—¿Cómo se llama?

—Víctor. Es joven, trabaja en una multinacional tecnológica.

—¿Sabes su apellido?

—No. Tiene una pierna ortopédica. Imagino que es una de las

personas con las que contactáis para dar charlas. No sé qué le pasó.

—Pues no sabes mucho, Carla.

No, lo cierto es que no. Ni de él, ni de Morales.

—¿Quieres que pregunte a los compañeros de Madrid? Puedo darte un contacto para que preguntes tú directamente.

—No, no.

Es un sinsentido. Probablemente no lo volveré a ver. Solo quería curiosear aunque no sé qué es lo que me insta a hacerlo. Puede que saber un poco más sobre la persona con la que me he estado acostando y su entorno me relaje un poco la tensión de los últimos días.

Abordo a mi tío antes de colgar. Dice que me mandará un email con un número de teléfono.

Mientras me seco con la toalla al salir de una ducha reconfortante, reparo en unas marcas rojizas en los muslos. Son diminutas pero las veo con claridad. Al principio no caigo pero después recuerdo el modo en que Morales me clavaba las uñas en la piel a punto de desencajarme las piernas. Fue tan delicioso como desgarrador.

Acaricio las marcas dándole vueltas a la idea de si es algo sádico o simplemente morboso. No me emociona verme marcada, tan solo quiero evocar algo que me hizo sentir plena y extasiada. Me pregunto si Carmen sentirá lo mismo llevando ese ridículo mordisco en el cuello.

Ya se le habrá borrado pero estoy segura de que se lo volverán a tatuar en otro sitio. Espero que en uno menos visible, parecía una niña de quince años. No sé cuánto tiempo va a tardar en dejar a Raúl, yo ya no tengo ganas de seguir alentándola. No sirve para nada. Es más, creo que la empujo con más fuerza hacia él cada vez que lo hago.

Si tan solo fuera recíproco. Entonces no me entrometería. Pero está visto e insinuado por ella que allí quien manda es él. Es patético. Un hombre que te hace llorar, y además tanto, no es ni medio hombre. No merece ni a Carmen ni a nadie.

Voy a llamarla. La echo de menos. Nos necesita pero no lo sabe. Yo sentía lo mismo cuando estaba con Rober, estuvo a punto de ser el centro de mi universo. Me alegro de haber sabido razonar a tiempo.

—Por fin —suspira en mi oreja—. ¿Dónde te has metido estos días?

—He tenido mucho trabajo.

—¿Ya no estás enferma?

—No, fue un resfriado de un par de días.

—¿De verdad fue Morales a verte?

No me puedo creer que todavía se acuerde de eso.

—Sí, pero no porque estuviera enferma —aclaro—. Pensaba

que era coña y vino a comprobarlo por sí mismo.

—Mmm... Me recuerda un poco a Raúl.

—No. No se parecen en nada —barboteo con los ojos bien abiertos.

Me gustaría presentárselo para que lo entendiera y viera hasta qué punto se confunde. Pero eso es imposible.

Nos sumimos en un silencio incómodo.

—¿Cuándo vas a trabajar en tu nuevo puesto? —pregunto finalmente.

—Mañana mismo. Estoy súper nerviosa, no sé qué tal se me dará.

—Pues estupendamente bien, ¿cómo va a ser sino?

Su risita me hace reír a mí también.

—He trabajado mucho hasta conseguirlo. No creía que me lo fueran a dar.

—¿Vas a llevar escritores famosos?

—No, aún me encargo de los noveles pero me gusta. Me siento más segura y es más gratificante.

—No te dejes intimidar, Carmen, y menos en el trabajo. Va a ser peor a la larga.

—Eso es muy fácil decirlo pero cuando te gritan a la cara es un pelín difícil razonar y hacer entrar al otro en razón.

No sé si me está hablando de un cliente o del propio Raúl. Sospecho que un poco de las dos cosas.

—Pues grita tú también.

—No, no es mi estilo.

Sacudo la cabeza mientras abro la nevera para pensar qué me voy a hacer de comer hoy.

—¿Salimos a celebrarlo?

—¡Claro! —contesta emocionada—. En teoría íbamos a hacerlo el viernes pero como no quisiste venir...

Decido pasar la indirecta por alto y seguir rebuscando en los cajones de mi frigorífico.

—Mañana Vicky y yo nos vamos de compras. ¿Quieres venir? Podemos tomar algo después.

—¿No puede ser el fin de semana?

—¿Por? Mañana habrá menos gente en las tiendas.

—Ya...

Vuelve a ocultarme cosas.

—¿Tenías planes?

—No, ninguno.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—A Raúl no le hace mucha gracia que salga entre semana. Prefiero ahorrarme la bronca, la verdad.

Cierro la puerta de golpe. Me estoy calentando, lo noto.

Si al menos se lo hubiera quedado para ella y me hubiera mentido, habría dado por hecho que es consciente de que semejante estupidez es irracional. Pero el hecho de que me lo haya soltado da a entender que ella está de acuerdo con él y que incluso lo comprende.

Me dan ganas de vomitar pero me he decidido a dejar de hacer esto. Me rindo sin ganas de batallar.

Un pitido me hace despegarme el móvil para ver un número desconocido en la pantalla. ¿Quién será?

—Está bien, Carmen —contesto cansada—. Tengo otra llamada. Ya pensaremos otro día.

—Car...

Cuelgo.

—¿Sí?

—¿Carla? —pregunta una voz masculina.

—Sí, ¿quién es?

—Soy Jorge.

Me quedo en blanco.

¡Ryan Gosling! ¿Se acuerda de mí? ¿Para qué me llama un domingo? Es más, ¿para qué me llama? No sé ni qué decir.

—¿Cómo estás?

—Ahora que sé que éste es tu número de verdad, mejor.

—¿Por qué iba a darte uno falso?

—Porque igual querías salir corriendo —responde medio riéndose—. Sé que a veces puedo resultar un poco pesado.

Sí, lo comprobé aquella noche pero lo atribuí a su nerviosismo.

—No voy a ir a ningún sitio. ¿Qué tal te va?

—Estuve el viernes por el O'Clock. Te llamé para ver si estabas por la zona pero no pude localizarte.

Es cierto, me llamó Carmen y alguien más. No me sorprende

que me llamara entonces pero que lo haga un día como hoy sin más, me descoloca un poco.

—Vi una llamada desconocida pero la vi tarde. De todas formas, tampoco estaba por allí.

—Lo sé, te estuve buscando —me ruborizo—. Me apetecía verte y aburrirte un poco más.

Río sin querer. Está progresando adecuadamente.

—Pues ya me has encontrado. ¿Saliste con tus compañeros de trabajo?

—Sí, no conozco a nadie más en la ciudad. Aunque ahora te conozco a ti. Me preguntaba si tendrías algo que hacer hoy. ¿Te apetece ir a algún sitio esta tarde?

Ay, no.

Jorge es muy guapo y me cayó bien pero no me siento atraída por él. No creo que pudiera llegar a ser algo más que un amigo como Manu en mi vida. No debería darle esperanzas.

—Tienes que tener una agenda de aúpa porque te lo estás pensando mucho —ríe nervioso.

—No, no es eso. Creo que no sería bueno que nos viéramos así.

Se ha quedado mudo. Lo entiendo, un planchazo así deja tonto a cualquiera. A mí no sería la primera vez que me pasa.

—Solo quería tomar un café.

Me siento fatal.

—Te gusto, ¿verdad? —es mejor dejarlo claro desde el principio.

—Sí —confirma tras un hondo suspiro—. Mucho.

—Apenas sabes nada de mí. Acabas de salir de una relación muy larga, Jorge, y eres joven. Deberías conocer a más gente.

—Me gustaría conocerte a ti.

Qué mono es. Ojalá me pusiera tanto como Morales.

¿Qué ha sido eso?

—Perdona, no quiero agobiarte.

—No, espera —pido antes de que cuelgue—. No me agobias es que... Eres encantador pero...

—No te gusto, Carla.

—No, no como esperas —tiene que saberlo—. Pero si quieres, puedes salir conmigo y con mis amigas alguna vez.

—¿Y eso?

No lo sé, he pensado que no quiero desperdiciar una posible amistad.

—Para que no salgas siempre con gente del trabajo. Tendrás que distraerte de eso de vez en cuando también.

Jorge se echa a reír desganado.

—¿Y qué pinto yo rodeado de tantas chicas? ¿No tienes amigos?

Se me está ocurriendo algo.

—Ahora que lo dices, mi primo vendrá en unos días a Madrid. Si quieres, puedo llamarte para que vengas con nosotros. Él está frito por salir por aquí y va a agradecer tener algo de compañía masculina.

—No sé...

—Piénsatelo.

—¿A ti no te importa?

—¿A mí? No, ¿por qué? Anímate.

—Eres un encanto, Carla —me suelta de golpe—. Me lo estás poniendo difícil, eso hace que me gustes todavía más.

¿Y qué quiere que haga? ¿Le grito y le mando a paseo para dejarle echo polvo y que me odie?

Los hombres son todavía más raros que nosotras.

Ha sido un lunes tranquilo. Hoy no he tenido visitas y me he pasado el día en la oficina. Aún sigo delante del ordenador adelantando trabajo. Vicky me ha llamado hace un rato para decirme que estaba metida en mitad de un atasco y se iba a retrasar.

Un chat de Whatsapp se enciende en la pantalla de mi móvil y lo abro pensando que me va a pedir que vaya bajando.

Pero no es ella.

«Morales»: “¿Estás trabajando?”».

No acostumbro a quedarme los lunes en casa vagueando.

«Carla: “Sí”».

«Morales: “¿En la oficina?”».

«Carla: “Sí”».

«Carla: “¿Qué quieres?”».

«Morales: “Voy a buscarte”».

¡No! ¡Y menos aquí!

«Carla: “Te dije que había quedado”».

«Morales: “Pero sigues en la oficina...”».

«Carla: “No tengo por qué darte explicaciones”».

«Morales: “He aterrizado hace un rato”».

«Morales: “Voy de camino”».

«Morales: “Te recojo en coche”».

Querrá decir que lo hará un chófer.

«Carla: “Mi amiga se va a enfadar”».
«Morales: “Queda con ella otro día”».
«Carla: “No”».
«Carla: “Te veré a ti otro día”».
«Morales: “Di que te retrasas”».

¿Qué quiere? ¿Follarme en el coche mientras el chófer espera fuera? Como se acerque por aquí me va a dar un infarto. Sandra ya no está, queda poca gente en la oficina pero es demasiado arriesgado. Ni siquiera deberíamos vernos fuera de su casa o la mía. Es muy imprudente por parte de los dos.

«Carla: “Déjalo ya”».
«Carla: “Mi amiga vendrá en un rato”».
«Carla: “No pienso plantarla”».
«Morales: “Por favor”».

Ahí está. El Morales suplicante. Menos mal que no lo tengo delante. Si me hiciera pucheros cara a cara no sabría decirle que no y Vicky me mataría. Por teléfono todos sacamos fuerzas de donde sea.

«Carla: “No”».

Me quito las gafas, recojo mi bolso y mi abrigo y salgo pitando de la oficina. Tengo que darme prisa antes de que se le ocurra pasar de todo lo que diga y se presente aquí sin más. Ya lo hizo una vez y las consecuencias fueron un calentón de mil demonios que me dejó para el arrastre.

Mientras salgo del edificio, escribo a Vicky informándola de que voy de camino a nuestra primera parada dando un paseo. Ya me avisará cuando esté cerca. Aún no ha dado señales de vida. Es hora punta y su zona siempre tiene un tráfico horrible, no sé cuánto tardará en venir.

Me cierro el abrigo acosada por un frío que se me mete en los huesos. Ya ha anochecido y la Castellana está a rebosar de gente tanto por las aceras como por la carretera.

No puede ser. Dime que es una coincidencia. Tiene que serlo. No me puede estar siguiendo un Jaguar negro. ¿Ya estaba aquí? ¿Cómo es

tan bobo?

El coche circula a cero por hora con las luces de emergencia puestas y recibiendo alguna que otra pitada. Actúo como si no fuera conmigo porque de alguna manera, deseo que así sea. Esto es aún peor a que me abra las puertas frente a la oficina. Si alguien me viera así, pensaría que es un intento de secuestro y en cierta forma, lo es.

Qué horror, es muy escalofriante. Apuro el paso casi dando saltos. Me alejo del asfalto y huyo hacia el área comercial de la zona donde el coche no puede seguirme. Me camufló entre los viandantes deseando llegar al centro comercial donde he quedado con Vicky. Que te encuentren ahí dentro es imposible, yo me he perdido más de una vez buscando los *stands*, como para perder a alguien.

Justo cuando aflojo la marcha a pocos pasos de la puerta, una voz familiar me retumba en los tímpanos.

—¡Carla!

Maldita sea mi suerte.

Me doy media vuelta.

Morales se hace paso entre la gente para llegar hasta donde estoy. Dejo caer mis brazos a los lados. Está claro que no va a dejar que me salga con la mía. Debí haberlo supuesto.

Aparece a un paso de mí. Sus ojos iluminan la oscuridad del anochecer con pequeñas chispas de alivio.

—Sabías que era yo, ¿por qué corres? —pregunta jadeante tras la carrera que se habrá pegado.

Su pecho asciende y desciende bajo un traje gris que exhibe como un modelo de Armani. Siempre está impecable y apetecible se ponga lo que se ponga. Desnudo es aún mejor.

Carraspeo demandando voz para hablar y no parecer idiota.

—Te he dicho que hoy no podía verte.

—Pero si estás sola.

—Vicky vendrá de un momento a otro, no quiero que me vea contigo.

Su frente se arruga en un ceño. Tiene ojeras, parece cansado.

—Solo quiero hablar —ahora la que frunce el ceño soy yo—. Ven, entremos aquí mismo.

Morales posa su mano bajo mi espalda y me empuja con delicadeza hacia la cafetería de la esquina. Si “hablar” es lo que yo creo, no

pienso dárselo en mitad de este sitio. Prefería lo del coche.

Busca una mesa junto a la pared y los dos nos sentamos frente a frente. Me quito el abrigo y saco mi móvil. Vicky todavía no llama. Solo necesito una llamada suya para poder salir corriendo.

Pedimos un café y Morales me dedica una sonrisa que me derrite el cerebro. Si fuera un dibujo animado, los sesos se me saldrían por las orejas y mis ojos serían dos espirales de colores hipnotizados. Evitar lanzarse a la boca de este hombre para pegarse un atracón de carne ardiente es muy complicado.

—¿Cómo estás?

Salivando.

—Bien.

—¿Estás nerviosa por algo? —dice alzando una ceja.

—No —replico conteniendo un escalofrío—. Es solo que tengo frío.

—¿Quieres mi chaqueta?

Hace amago de quitársela mientras le observo pasmada.

—No, no. Ya tengo mi abrigo, te vas a congelar.

—No tengo frío.

—Yo lo tengo siempre —confieso medio riéndome.

—Ya me he dado cuenta.

Nos sirven los cafés volviendo a dejarnos solos entre el murmullo de conversaciones y el trajín típico de los bares de la zona.

Morales me lanza una mirada precavida sirviéndose azúcar. Yo ni siquiera sé qué decir. Se suponía que deberíamos estar retozando.

—¿Ya no estás cabreada?

Niego con la cabeza.

La bomba ya está en marcha. ¿De qué me serviría enfadarme más? No puedo hacer nada para evitar que ese tal Víctor hable con nadie. No sé cuánto dinero podría ofrecerle por hacerlo.

—¿Ni triste?

Me encojo de hombros. Puede que siempre lo esté un poco.

—Sé que es eso, Carla. Entiendo tu dolor —dejo de remover mi café. El corazón se me ha parado un segundo—. No me hizo gracia que nos soltaras eso y te fueras de mi casa sin más pero después de cómo me hablaste por teléfono, pensé que lo último que querrías sería verme.

Sí. Es cierto, y lo es porque ensalza mis cinco sentidos y me anula la razón.

—¿Por qué dices que entiendes mi dolor?

Coge aire por la nariz sin dejar de traspasarme con la mirada. Una sombra se cruza fugaz por su rostro apagándolo de improviso.

—Mi madre murió cuando tenía diecinueve años. Nos dejó solos a mi abuela y a mí. Fue brutal para los dos.

Mi corazón se encoge como por instinto. Nadie debería soportar la muerte de una madre siendo tan joven, te marca de por vida.

—Lo siento muchísimo —le compadezco sincera—. ¿Qué pasó?

—Tenía cáncer de colon —contesta volviendo al café—. No estuvo mucho tiempo enferma, fue muy rápido.

—¿Vivíais con tu abuela?

Asiente.

—¿Y tu padre?

Morales alza sus ojos hasta volver a mí y sonrío apesadumbrado.

—No tengo padre.

Sus palabras resuenan en mi cabeza dejándome confundida.

—¿Cómo que no tienes?

Parece despreocupado, bebe un largo sorbo de café.

—Mi madre se quedó embarazada cuando iba al instituto, tenía diecisiete años. No sé quién es mi padre. Me criaron ella y mi abuela.

Me quedo anonadada. No puede ser que no sepa nada.

—¿Nunca lo preguntaste? ¿No te lo dijeron ellas?

—Nunca lo quise saber, Carla, y ahora tampoco. Fueron ellas quienes quisieron cargar conmigo, no aquel hijo de perra. ¿Por qué tiene que importarme?

—No, por supuesto. Es tu decisión.

Intento calmarlo. Creo que me he excedido con la pregunta pero me parece inverosímil que no tenga ni un poco de curiosidad. Podría ser cualquiera. Podría ser famoso o estar muerto o incluso estar sentado en la mesa de al lado. Yo me volvería loca si me sucediera algo así. Es más, incluso podría tener familia en alguna parte.

—¿No tienes hermanos?

—No. Mi madre solo me tuvo a mí y además fui un accidente.

—¿Por qué dices eso?

—¿Quién se quiere quedar preñada con diecisiete años, Carla?

También es verdad. Está claro que fue un desliz muy gordo. Podría haber sido cualquier compañero del instituto. Es repugnante que alguien pueda pasar de esa forma de su propio hijo. No sé cómo puedes tener un bebé y lavarte las manos como si aquí no hubiera pasado nada.

Observo a Morales. Hace tintinear el vaso moviendo la cucharilla de un lado a otro. Tiene la mirada perdida sobre la mesa.

—Me dijiste que dejaste los estudios con diecinueve años. Fue por eso, ¿no?

Vuelve a mirarme y hace un esfuerzo por sonreír pero para mi desgracia, no le sale bien.

—Sí. Dejé el ciclo formativo para cuidar de mi madre y una vez que murió, no pude volver. Me encerré en casa.

—Tu abuela estaría preocupada.

—Mucho. No sabía qué hacer conmigo, me daba lástima, es una mujer excepcional.

—¿Sigue viva?

Asiente y esta vez, sonríe de verdad.

Mis abuelos maternos también siguen vivos pero apenas nos hablamos. No llevan bien que no quisiera estudiar medicina como mi madre, mi tía, mi prima y por supuesto, mis propios abuelos. Héctor y yo pasamos del tema. No merece la pena.

Le estoy haciendo recordar, justo lo que me hicieron a mí el sábado. Si él lo sufre como yo lo sufro, lo voy a dejar hecho polvo y no me gusta verlo así. Me gusta el Morales sonriente, feliciano y despreocupado, no su sombra.

—No tienes por qué hablarme de esto.

Morales cesa el tintineo en su taza de golpe. Se me queda mirando muy serio y concentrado. Tanto, que parece estar estudiándome como si fuera un tratado de ingeniería nuclear.

—Quería hacerlo. Quería que supieras que no estás sola y que hay más gente que entiende cómo te sientes.

Se me encienden las mejillas. Mi cara es un pellejo púrpura. Cuando me habla con esa voz grave y sin chanzas, su profundidad me corta la respiración. Tanto o más que su arrebatadora sonrisa.

Me conmueve que haya querido solidarizarse conmigo. El

dolor, compartido, es cierto que duele un poco menos.

—Gracias —sonríó complacida—. Ya estoy mejor, en serio.

Estrella sus dos manos dando una palmada que me sacude de un bote sobre la silla.

—Bien —se las frota sonriente—. ¿Qué te apetece hacer ahora?

Morales el tocahuevos ha vuelto. En la radio de la cafetería se escucha el “Rabiosa” de Shakira entre movimientos de tazas y platos.

—Irme de compras con Vicky.

Apoya un codo sobre la mesa y se rasca el vello incipiente de la cara mientras calcula cualquier bobada.

—¿Puedo meterme en el probador con vosotras y opinar?

—¡No!

—Pues qué coñazo, ya no voy.

—No ibas a venir de ninguna forma.

Vicky ya tendría que estar por la zona. Debo avisarla de que aún no he entrado en el centro comercial antes de que la pierda dentro.

Sin embargo, cuando voy a coger el móvil, Morales coge mi mano con suavidad, como si fuera lo más natural del mundo.

Mi boca se abre pero es incapaz de articular vocablo. Su pulgar empieza a acariciar el dorso de mis dedos con un cosquilleo que dispara perdigones de electricidad por todo mi brazo.

Soy incapaz de retirarla y de mirarle a la cara.

—¿No preferirías que fuera yo quien te arrancara la ropa antes de probarte nada? —un jadeo traicionero se me escapa enrojeciéndome aún más.

Me roba la mano y se la acerca a la boca sin dejar de acariciarla.

No tengo más remedio que mirarlo. Esconde una sonrisa socarrona a duras penas. El verde de sus ojos queda oscurecido como un prado bajo las estrellas y sus labios parecen a punto de rozarme la piel pero no lo hacen.

Es increíble que me pase lo mismo que cuando lo hace con mi boca. Mis pulmones están agarrotados y paralizados y mis pies se retuercen uno contra el otro bajo la mesa como un baile de serpientes.

—No te pruebes trapitos, prueba mi boca.

Es ineludible, estoy temblando.

Morales ensancha su sonrisa y aprisiona mi mano, sin duda, para calmar mi agitación.

—Puedo vestirme entera con mi lengua, no te hace falta más.

Me pierdo cuando pasea la susodicha por el monte de Venus de mi palma y asciende por el índice hasta la punta. El corazón no puede latirme más deprisa. Creo que voy a tener un infarto.

Mordisquea la yema y alza las cejas justo cuando hace *playback* con las letras de Shakira para decirme: “Muérdeme la boca”.

Una estúpida risa a lo Hilary Banks brota de mis labios y él me suelta estallando en carcajadas.

Miro a todas partes resoplando y acalorada. Nos ha podido ver cualquiera. Está como un cencerro. Me va a matar a sustos y orgasmos apisonadores. ¿Me podría correr con que tan solo me tocaran una mano? Con él seguro que sí.

Morales relaja su ataque pero me fijo en que empieza a lanzar miradas de soslayo hacia otro lado y sigue reprimiendo más risotadas. Vuelvo la cabeza buscando lo que sea pero no veo nada fuera de lo normal. No sé qué tiene tanta gracia en toda la cafetería. Nadie se ha fijado en nosotros. O eso quiero creer.

Su risilla se cuela entre nosotros al tiempo que sacude la cabeza volviendo a mí.

—¿Qué pasa ahora?

Vuelve a reír sin poder controlarlo. Lo peor de todo es que me está contagiando y ni siquiera sé por qué sonrío.

Sigo la dirección a la que se dirigen sus ojos una única vez. Hay una chica sentada unas cuantas mesas más al fondo masticando y haciendo pompas con un chicle rosa. No es muy atractiva que digamos.

Pero cuando vuelvo a mirarlo, descubro que le parece graciosísima.

—¿Qué tiene de gracioso?

Se muerde el labio con un brillo divertido en los ojos. Que deje de hacer eso, quiero ser yo quien se lo muerda.

—Un día tienes que hacer pompas con mi lefa.

Abro los ojos escandalizada. Me tapo la cara con las manos pero tendría que haberlo hecho con los oídos para que sus carcajadas salieran de mi cabeza. Este hombre es desesperadamente cerdo.

—Eres un maldito puerco —farfullo entre los dedos.

Se recompone en segundos, ya no lo oigo.

—¿No te gustaría?

Ah, que va en serio.

¿Se puede saber por qué no me levanto de la silla y me voy como haría cualquier mujer con dos dedos de frente?

—Yo me haría un batido con... —le estampo una mano contra la boca antes de que termine.

Nos puede oír cualquiera, va a acabar conmigo y con la salud medio infartada de mi pobre corazón.

Al principio abre mucho los ojos pero luego se entornan mientras noto cómo me chupa la mano sin vergüenza alguna. La retiro como si quemara emitiendo un gritito de la impresión. Me la restriego contra la falda. No sé lo que estoy haciendo, no soy mucho menos cerda que él. Es más, lo que quería era lamérmela yo también.

—No deja de sorprenderme lo vergonzosa que eres por un lado y la de cerdadas que me dices en la cama por otro.

Me encojo de hombros.

—Igual soy el claro ejemplo de señora en la calle y zorra en la cama.

Su cara se contrae de terror.

—Carla, tú no eres ninguna zorra —me dice muy serio.

No sé que decir. Eso ya lo sé. Creo.

—¿Por qué? —continúa—. ¿Porque disfrutas follando? ¿Y quién no? Eso no te convierte en una zorra, sino en un ser humano.

Su brazo se extiende peligrosamente encontrando mi trenza junto a mi cuello. Sus dedos me rozan en un instante en que el vello de la piel se me encrespa.

Tira del pelo. Lo hace con suavidad. Lento. Mi cara se ve arrastrada por su impulso hasta quedar a un suspiro de su boca. Nuestras respiraciones se mezclan en el poco aire que hay entre nosotros.

—A mí me gusta que no te reprimas.

Cuando creo que voy a desmayarme, me planta un beso igual de tardo que su impulso y me deja laxa sobre el asiento.

El aire de un jadeo contenido resopla por su nariz y cae desperdigado por mi cara. Aprieto los muslos por miedo a que los latidos de mi sexo retumben por el lugar. Muerdo un labio con cuidado de contenerme.

Pero casi no me lo permite. Interrumpe el beso dejándome mareada y con la vista emborronada. Me parece ver cómo saca su móvil del bolsillo de la chaqueta y lo mira ceñudo. Parpadeo. No es una llamada, son mensajes.

—Voy al baño —avisa levantándose. Me señala con un dedo acusador—. No te vayas.

Se aleja entre las mesas.

Mi móvil también me reclama. Veo que es Vicky. Ha escrito hace un rato, ni me he dado cuenta.

«Vicky: “¿Dónde estás?”».

«Vicky: “He aparcado en el parking”».

«Vicky: “¿Carla?”».

«Carla: “Estoy tomando algo aquí al lado”».

«Carla: “Salgo”».

Ya se lo explicaré más tarde a Morales.

Cojo mi abrigo a tientas mientras sigo leyendo más alertas. Tengo varios mensajes de texto de un número que no conozco. No puede ser Jorge porque ya guardé el suyo. Les echo un vistazo antes de levantarme:

«Eres una pedazo de guarra».

«Voy a encargarme personalmente de joderte viva».

«Contesta».

«Di algo».

«Tenía que haberme imaginado lo puta que eres».

¡Pero qué es esto!

—¿Carla?

Aparto la vista del móvil.

No puede ser.

—Hola, Manu.

No está solo. Está acompañado de otro chico. Es más alto y corpulento, con el pelo muy corto y cara de bruto.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Está claro que he perdido el color en la cara. Mi turbación es palpable, no soy capaz de disimularla como es debido. Me ha pillado por sorpresa y sin tiempo para reaccionar ni para pensar en qué le voy a decir cuando Morales salga del baño.

Genial, ha tenido que ser una meada muy corta porque sale por la puerta justo en el momento en que lo pienso.

—Sí, sí, estoy bien, perdona. ¿Quién es ese? —pregunto eufórica señalando la esquina contraria de la cafetería.

Ambos se giran dándome el suficiente tiempo para hacer mil aspavientos a Morales y echarlo de allí a gesticulaciones desatadas. Él se para en seco y lo comprende al instante. No puedo ver lo que hace. Manu y su amigo se giran a la vez.

—¿Quién? —pregunta Manu.

—Ese —contesto señalando a cualquiera—. Vaya, pensé que era... Melendi.

—¿Melendi?

—Pero si no se parece en nada —coincide su amigo.

—Tiene un aire.

No lo sé porque ni siquiera sé a quién están mirando.

—¿Qué haces aquí? —pregunto a Manu con el nerviosismo pegado a mi voz.

—He entrado a comprar tabaco —responde ceñudo mirando mi mesa—. Carla, en serio, ¿qué pasa?

—¡Nada! ¿Por? Me iba ya. ¿Salís?

Me levanto recogiendo mi bolso y mi abrigo pero su voz, de imprevisto urgente e imperativa, me detiene a medio camino.

—¿Estás sola? —pregunta mirando la otra taza de café.

Está bien. Será mejor que me relaje si quiero salir bien parada de esta.

—No es mío, la mesa estaba sin limpiar. No tienen *chai*, voy a irme a otro sitio. Estoy esperando a Vicky. ¿Me acompañas? Nos podemos...

—Es Eva, ¿no?

Me quedo paralizada con la mitad del abrigo tirado por el suelo.

Bendita Eva. Qué bien que me has venido.

—Sí, es ella. Creo que es mejor que no os veáis.

Su amigo chasquea la lengua y mira hacia otro lado con cara de pocos amigos. Está claro que le ha hablado de ella. Eva causa este tipo de efecto en los hombres. Principalmente, después de acostarse con ellos.

Manu no deja de asentir con los ojos dando vueltas por la mesa. Lo cojo del brazo para acercarnos hacia la puerta pero recula dejando mi mano suspendida en el aire.

—Voy a aprovechar a decirle un par de cosas.

—¡No! —Manu comienza a girar sobre sí mismo buscándola por toda la cafetería—. ¡Dile algo!

Su amigo me mira consternado. Tiene que estar tan harto de él como yo de ella. No sé cómo piensa encontrarla aquí dentro.

—¿Dónde está? ¿En el baño?

—¡No! ¡Vámonos!

No me hace ni el más mínimo caso. Echa a andar decidido hacia los baños dejándonos a mí y a su amigo solos.

—¡Ve a por él! ¡No dejes que haga el tonto así!

El chico parecerá muy grande pero es bastante paradito. Sale tras él a regañadientes y sin muchas ganas de alcanzarlo.

Cuando los pierdo tras la puerta de los aseos, busco a Morales con la mirada. No lo veo. Me atuso la trenza nerviosa. Con un poco de suerte, ya se habrá largado.

—¿Dónde se ha metido?

Me giro atacada. Manu y su amigo vuelven a la mesa. Mi compañero no deja de inspeccionar la cafetería con los ojos perdidos por todas partes.

—Lo siento, Manu. Se ha ido.

Me enfoca completamente desconcertado.

—¿Cuándo? ¿Por dónde? ¿Dónde estaba?

—Estaba pagando en la barra, no la has visto.

Aprieta los puños a los costados. No está en su mejor momento. Llego a dudar de si es capaz de pegarme. Me aparto un poquito.

Pero no es necesario. Echa a correr como una bala pasando por mi lado casi sin que me entere y huye del bar a toda prisa.

—Carajo —barbotea su amigo—. Ya te podrías haber inventado algo, bonita.

Hago un gran esfuerzo por contener el llanto y la risa. Todo a la vez.

No espera mi respuesta y vuelve a salir tras él al mismo ritmo que antes.

Me pasa esto con Sandra y no sobrevivo. No sirvo para esto. Hoy lo he conseguido gracias a una potra de película, no voy a poder soportar otra como esta. Me dejo caer sobre la silla. Mi bolso cae al suelo y me dispongo a recogerlo pero alguien se me adelanta.

—Me suena. ¿Quién era? —pregunta Morales dejándolo sobre mi regazo.

—El chico con el que pensaste que me estaba fumando un porro —contesto entre dientes—. ¿Te acuerdas ahora?

Hace un mohín dando a entender la poca gracia que le hago.

—¿Dónde estabas?

—Junto a la máquina tragaperras. No me ha tocado nada.

—¿Carla?

Morales se aparta y Vicky aparece tras él. Nos mira primero a uno y luego a otro completamente estupefacta.

No lo comprendo. ¿Por qué todo lo malo se junta a la vez? ¿Los marrones no son capaces de venir de uno en uno para darme tiempo a pensar?

—¿Esto es lo que te estabas tomando? —pregunta señalando a Morales.

—¡Vicky! —la reprendo.

Una figura familiar aparece a su lado reparando tan solo en él.

—Morales, aquí estás, no te veía —dice Víctor.

Esto es un pitorreo.

—¡Carla! —exclama sonriente—. A ti tampoco te he visto.
¿Cómo estás?

Flipando, gracias.

Me levanto para responder a los dos besos que se acerca a darme.

Vicky le da un repaso visual del que me percató entre mejilla y mejilla. No sé si presentarlos, no va a servir para nada y además, quiero ahorrarme toda esta pantomima y salir de aquí.

Vuelvo a Morales. Tiene las manos en los bolsillos y se me queda mirando preguntándome claramente qué se supone que tenemos que hacer ahora. ¡Y yo qué sé! ¡Salir corriendo y no volver a verte!

Víctor repara en la presencia de Vicky junto a nosotros y vacila unos instantes entre la incomodidad y la vergüenza.

—Hola, no nos han presentado —anuncia muy educado—. Soy Víctor, amigo de Morales.

—Yo soy Vicky, amiga de Carla.

Se dan un par de besos y veo cómo Vicky sonríe nerviosa.

Morales y yo nos miramos alzando la misma ceja. Está claro que está pensando lo mismo que yo.

Víctor vuelve a prestarnos su atención.

—Ya que estamos aquí, ¿queréis tomar algo?

—No.

—Vale.

Vicky me deja boquiabierta.

—¿Qué queréis?

—Un descafeinado, por favor —contesta alegremente.

—Yo otro —pide Morales ante mi asombro.

Víctor me señala esperando mi respuesta pero no le hago ni caso.

—Vicky, nos van a cerrar las tiendas. Ya es bastante tarde.

Me taladra con la mirada. No sabe lo que hace.

—Me lo tomaré muy deprisa —me lanza remolcando las palabras.

Morales carraspea. Víctor espera paciente mi respuesta. Y yo bufo malhumorada.

—Otro para mí.

Víctor asiente y se va hacia la barra a pedir los cafés. No sé qué hacer. No me muevo del sitio pero Morales y Vicky se hacen con un par de sillas para acercarlas a la mesa y se sientan tan tranquilos. Esta situación es absurda, no me la habría imaginado ni en un millón de años.

Morales levanta las cejas un par de veces en gesto divertido dando palmaditas al asiento de su lado. Me siento junto a Vicky.

—¿Le has llamado tú? —pregunta ella señalándome y acto seguido lo señala a él—. ¿O la has seguido tú?

Yo creo que me pongo de todos los colores posibles pero Morales se limita a sonreír y añadir:

—Lo segundo.

—¿Y por qué lo haces?

Antes de que pueda poner otra cara aún peor que la anterior, Morales y yo volvemos a intercambiar una mirada que lo dice todo y no dice nada. Titubea como pocas veces le he visto hacerlo.

—Porque me agrada su compañía.

—¿Solo por eso?

—Vicky, cállate.

—No me da la gana —protesta airada—. Esto que estáis haciendo es ridículo, que sepáis que...

—Aquí está la mitad del pedido —anuncia Víctor en cuanto llega con un par de cafés que nos ofrece a mi amiga y a mí—. Ahora vuelvo con el resto.

En cuanto se da la media vuelta, Vicky no tarda en retomar su monólogo.

—¿A qué estás jugando? —pregunta a Morales en voz baja—. ¿Qué quieres de ella?

Me pongo como un tomate.

—Vicky, para. Me estás avergonzando.

—¿Por qué? Si tú no haces preguntas, las tendrá que hacer otro.

Morales estudia el rostro de Vicky con detenimiento. No sabría decir qué se le está pasando por la cabeza.

—No estoy jugando con Carla, nunca lo he pretendido —se defiende muy tranquilo—. Y lo que quiero de ella, lo tiene bien clarito desde el primer día.

Me quiero morir.

Víctor regresa de nuevo con el resto de cafés y se sienta junto a Morales. La tensión es tangible, roza lo insoportable. Posa sus ojos sobre todos nosotros. Vicky frunce el ceño, Morales tamborilea la mesa con los dedos distraído y yo suspiro agotada.

—¿Hace mucho tiempo que os conocéis? —formula rompiendo el silencio.

—¿Vosotros dos habíais quedado?

Ambos reparan en mi voz como si fuera la primera vez que me ven.

—¡Carla! —chilla Vicky—. No seas tan borde, nos ha hecho una pregunta —me deja con cara de boba mientras concentra toda su atención en Víctor—. Estudiamos la carrera juntas. Somos amigas desde entonces.

—¿Eres periodista?

—No exactamente. Trabajo en una empresa de cosmética, en el departamento de comunicación.

—¿Una empresa de belleza?

—Sí —sonríe con una caída de ojos milimetradísima. Lo peor de todo es que él responde curvando sus labios también—. Es muy divertido y además, me regalan todo lo nuevo que sale. Es el trabajo perfecto, ¿verdad, Carla?

—¿Te regalan sus productos?

Ella asiente.

—Me hacen un gran favor.

—No sé, no creo que los necesites.

Víctor se sonroja como si cayera en la cuenta de lo que acaba de decir y a mí me dan náuseas.

Ahora es Morales quien no sabe a dónde mirar.

Mi móvil vibra sobre la mesa centrando cuatro pares de ojos en su pantalla. Se me había olvidado meterlo en el bolso. Antes de que pueda cogerlo, Vicky abre la boca espantada.

—Ay, Carla, ¿qué es esto?
Es ese número otra vez.

«Contesta, zorra».
«Voy a contárselo todo».
«Te vas a cagar».
«Conmigo no se juega».

Me quedo perpleja y sin aire. No entiendo ni una sola palabra de todo lo que me ha escrito.

—¿Quién es?

—¿Qué pasa? —la voz inquieta de Morales llega hasta mis oídos mientras tecleo demandando explicaciones.

—Un gilipollas. No sé quién es.

—¿Pero por qué te amenaza?

No lo sé y no tengo tiempo para contestar. Morales me arrebató el móvil de las manos en un visto y no visto, dejándome aún más patidifusa de lo que estoy.

—¿Qué estás haciendo? ¡Dame mi móvil!

Me abalanzo sobre la mesa con los cuatro cafés retumbando por la madera. Creo que Vicky la sujeta con las manos pero no sabría decirlo porque estoy forcejeando con todas mis fuerzas para que Morales me devuelva el teléfono.

—¡Quién coño es este!

—¡Y yo que sé! ¡No tengo su número! —se levanta dando unos cuantos pasos atrás—. ¡Dame mi móvil!

Corro tras él pero creo desvariar cuando lo veo escribir en el teclado táctil a toda prisa.

—¡Qué haces, idiota! ¡Vuelve aquí!

Morales echa a andar a zancadas y sale por la puerta. Yo corro como si me persiguiera el mismísimo diablo y salgo al exterior buscando por dónde se ha metido. ¿Pero quién se ha creído que es?

Lo encuentro unos metros más adelante con el teléfono pegado a la oreja. ¡No! Salgo despedida hacia él empujándolo y gritándole pero se mantiene firme en su empeño.

—A ver, hijo de puta. O me dices ahora mismo quién eres y qué quieres o juro que te parto las piernas y te las meto por el culo. ¿Te

parece bien?

Me paro como si me acabaran de congelar en movimiento. Morales cuelga el teléfono y me mira confundido.

—Ha colgado.

—¡Qué has hecho! ¿Te has vuelto loco? ¿Por qué le has dicho esa barbaridad?

—¡Para que te dejara en paz! A un subnormal que te habla así o respondes de la misma forma o no habrá manera de que te lo quites de encima. No te preocupes, ya no te molestará más.

Baja la cabeza. La pantalla del móvil se enciende y yo intento quitárselo sin éxito y sin parar de gritar. Morales se agacha intentando evitar mis zarandeos y yo aprovecho para encaramarme a él como un koala.

La gente nos mira, algunos se detienen a nuestro alrededor. Me da igual. Si me denuncian por maltrato, alegaré que es un lunático enfermo mental.

—¡Qué pone! ¡Qué pone! ¡Dámelo!

—¡Espera! ¡Para! —suplica tambaleándose como un borracho conmigo encima—. ¡Creo que dice que se ha confundido de número!

Estupendo.

—¡Pues dámelo ya!

—¡Bájate! ¡Nos vas a tirar!

Me estiro una vez más y Morales tropieza dejando escapar mi móvil por el aire. Cae al suelo. Pero no. No es el suelo.

Es una alcantarilla.

Y tras un par de angustiosos rebotes en los que he rezado todo lo rezable en dos segundos, ha caído de lleno en su interior.

No tengo más fuerzas. Morales se queda muy quieto y mi pecho resbala por su espalda dejándome volver al suelo. Me quedo mirando las rendijas completamente ida. Creo que Morales no respira. Está demasiado quieto. Mis ojos lo encañonan escupiendo un fuego infernal.

—Carla... —murmura aterrado—. Joder, lo siento.

Su mano asciende por mi brazo pero yo me aparto de un salto.

—No me toques.

—Carla, ha sido sin querer, tú lo has visto....

Sin pensármelo y gruñendo como un ogro, echo una carrera hasta la cafetería haciendo caso omiso de todos los que cuchichean en el

exterior. Al entrar, voy lanzada a nuestra mesa y recojo mis cosas jadeante.

—¿Qué ha pasado? ¿Adónde vas?

Vicky me habla pero ni la miro ni contesto. Vuelvo a salir corriendo para chocarme de lleno contra Morales.

—¡Carla, cálmate! —ruega sosteniéndome de los brazos—. Te compraré otro pero por el amor de Dios, serénate.

—¡No me toques! —bramo apartándolo de un empujón.

Pero justo cuando lo hago me quedo helada. El silencio se ha hecho en todo el recinto y Morales me observa con una expresión de pánico en el rostro que me encoge el estómago.

Necesito urgentemente salir de aquí o me pondré a dar patadas a lo que sea que tenga por delante. Salgo con la cabeza gacha, los nervios crispándose los músculos de dolor y con Vicky gritando y corriendo detrás de mí.

Estoy segura de que si tuviera móvil me acribillaría a mensajes pero como no tengo, no sé nada de él. No sé nada del mundo. No me podía imaginar lo que dependía del móvil hasta ahora, lo uso para todo. La verdad es que asusta un poco lo desnuda y desinformada que me he sentido las últimas horas sin él.

Ahora mismo estoy haciendo cola para comprarme uno nuevo y hacerme un duplicado de tarjeta. No tengo mucho tiempo antes de coger el coche y acudir a la primera visita de la mañana con Sandra.

Tendré que empezar de cero con los dos números. Solo de pensarlo me resulta agotador. Tenía un montón de fotos que aún no me había descargado y está claro que he perdido mil notas e historias.

Lo que decía, asusta un poco.

Tras salir ayer hecha un basilisco de Nuevos Ministerios, Vicky me dio alcance y me llevó a casa. No tenía humor ni para vestidos, ni para escarceos tontos. Le reproché que no hubiera salido a ayudarme pero me dijo que Víctor le aseguró que Morales era un corderito y no tenía que preocuparse por mí. Ella me ha dicho que con esos ojazos, le hubiera creído cualquier cosa. Se han intercambiado los teléfonos.

Es de locos y se lo he dejado claro pero ella argumenta que él no es ningún cliente suyo y puede hacer lo que le plazca. Algo a lo que no sé qué responder con mucho razonamiento.

En el fondo no estoy cabreada por haber perdido el móvil. Es algo que me fastidia mucho pero que ha pasado, ha sido un accidente y ya está. El problema fue el comportamiento de Morales. Parecía muy seguro de sí mismo cuando me cogió el móvil y le dio por ser un energúmeno. No sé qué pretendía. Yo podría haber contestado de la misma forma pero prefería un simple intercambio de mensajes aclaratorios.

Estaba claro que aquellos insultos no iban para mí o al menos, lo sospechaba. Me puedo apañar muy bien por mí misma, no necesito a nadie que quiera hacerse el héroe para apuntarse un tanto.

Cuando me acosté, no pude evitar pensar en lo sucedido. Es cierto que igual me sobrepasé en exceso. No tenía que haberle empujado. No dejo de arrepentirme. Tendría que haberlo hablado y dejarle las cosas claras antes de irme pero no pude hacerlo. Estaba furiosa. Me dejé llevar por la rabia. Puede que esté equivocada y si pudiera, no me estaría mandando ningún mensaje. Se habrá dado cuenta de lo loca que estoy y habrá decidido evitarme.

Es lo más lógico.

Y aún así, sé que me va a doler si decide hacerlo.

Intento poner en orden todas las aplicaciones en mi nuevo iPhone. Ya ni me acuerdo de todas las que tenía. Seguro que me dejo alguna. Maldito Morales. He comprado el último modelo que tenían en vez de coger la versión que ya tenía. Está mejor que el anterior pero he desembolsado un buen pellizco que no tenía en absoluto previsto en mis gastos de este mes. Maldito Morales.

—Hola, Carla.

Levanto la cabeza. Manu pasea un dedo nervioso por mi mesa. No me mira a mí, lo está evitando y eso me oprime el pecho. De dolor y de vergüenza.

—Quería pedirte perdón por el numerito de ayer.

Me encojo todavía más sobre mi asiento.

—No tienes por qué hacerlo. Perdóname tú a mí.

Manu arruga la frente sorprendido.

—Por mentirte —y por muy tentada que me siente a soltarle la verdad de una sentada, sé que debo contenerme—. Te dije que estaba sola.

Asiente aceptando mis vagas disculpas.

—No se lo has contado, ¿no?

—No, no lo haré.

O me matará y tendré que deberle una y no quiero.

—Mejor. La llamé pero me colgó el teléfono.

Pues menos mal porque entonces se me habría caído el pelo de verdad. Si vuelve a entrar en la cafetería y nos ve a los cuatro charlando tranquilamente como si tal cosa, me habría caído redonda de la silla.

—Tengo que olvidarme de ella —prosigue como si no le hablara a nadie en concreto—. Siento que estés en medio, ya no volveré a

molestarla. Solo quería decirle lo que pensaba antes de dejar de hacerlo pero está visto que ni me escucha ni le interesa.

—Manu, Eva es... —cómo expresarlo— un espíritu libre. No le gusta atarse a nadie, lo cual no es excusa para que sea tan maleducada contigo. Pero creo que lo hace para no darte esperanzas.

Algo similar a lo que me pasa a mí con Jorge, solo que yo he intentado cerrarlo de la forma más civilizada posible.

—Sí, ya me he percatado de eso —contesta sarcástico—. Soy muy enamorado, ¿sabes?

—¿Estás enamorado de ella? —pregunto espantada.

—¡No, no! —niega muy nervioso—. Solo estoy muy pillado pero quiero decir que me ocurre con facilidad y siempre acabo igual de apaleado.

Nunca hubiera imaginado la figura de un hombre como alguien enamorado. Se supone que esas solemos ser nosotras. Que en cuanto nos seducen un mínimo, nos encandilamos sin remedio. Pero bien sabemos todas que eso no es así.

—¿Te has llevado muchas calabazas?

—Unas cuantas —confiesa indiferente—. Pero de todo se aprende. Igual tengo que empezar a mirar las cosas de otra manera.

Por su bien, más le vale.

—En cuanto me dan un poco de cariño, me dejo llevar.

Me deja de piedra.

—¿Eva te dio cariño?

—Es muy dulce.

—¿En serio?

—Al menos conmigo lo fue.

Qué extraño. No me la imagino así en la intimidad o en cualquier conversación con un hombre. Por lo que cuenta y he podido ver alguna vez, siempre es bastante burlona y picarona. No debería haber hecho excepciones con Manu, no me sorprende que esté tan derrotado. Si no quieres más que un polvo, no te excedas en nada más. Sobra y confunde.

—Bajemos a comer. No volvamos a hablar más de ella, ¿vale?

Me parece bien. Es justo lo que necesita.

Yo, en cambio, cada vez tengo más ganas de llamarla y volverla a ver. Echo de menos sus consejos descerebrados y nuestras salidas porque sí en las que no paramos de reírnos de todo. Ella no ha

hecho ningún intento de ponerse en contacto conmigo pero creo que me voy a tragar el orgullo por segunda vez y darle un toque. No podemos estar tanto tiempo sin hablarnos. No sé cómo ella lo aguanta.

Aunque tiene que estar la mar de ocupada con su nuevo objetivo. Estará totalmente centrada en él y se habrá olvidado hasta de por qué estamos enfadadas. Me deprime. No puede volcar toda su atención en un hombre y pasar de mí como si no existiera.

Tiene que contarme todos los detalles antes de hacer nada.

Carmen me llama. Llego al móvil nuevo corriendo desde la cocina antes de que cuelgue. Me estoy haciendo la cena, pescado al horno. Espero que no me entretenga demasiado.

—Vicky me ha contado lo de ayer. Estoy flipando.

—Hola, Carmen. Yo también —confieso—. De todos los tíos de Madrid, tenía que fijarse en un amigo de Morales, es increíble.

—¡Qué dices! No me refiero a eso, ¿Morales te tiró el móvil a una alcantarilla?

—¡No! —¿por qué trasciende tanto todo lo que me pasa entre estas tres cotillas?—. Se cayó pero sí que se cayó por su culpa.

—Eso me ha dicho Vicky. Qué fuerte, ¿en serio le dijo todas esas cosas a ese tío?

No se le ha escapado ni un solo detalle.

—Sí, fue una locura. Es un burro.

—¿Tiene mal carácter?

—No, para nada —protesto rauda—. Creo que intentaba defenderme a su manera pero no me gustó ni un pelo.

—¿Por qué? Solo quiere defender lo que es suyo.

El corazón me da un vuelco en el pecho.

Estoy a punto de pellizcarme para comprobar si estoy soñando. Cada día está peor, esto ya no hay quien lo arregle.

—Carmen, no soy de la propiedad de nadie.

—Pero a ver, estáis saliendo o algo, ¿no?

Por favor, no se entera de nada, está perdidísima.

—¿Qué vamos a salir? ¡Es un cliente!

—Sandra se tira a su jefe.

—No se lo tira —replico tajante—. Es su marido, tienen dos

hijos y ya estaban casados cuando la contrataron.

—No lo sabía.

—Perdió su anterior trabajo y Gerardo la contrató después de varios intentos en otras compañías sin éxito.

Carmen gruñe en desaprobación.

—Vamos, un enchufe en toda la regla.

—Supongo que sí, no la querría en casa todo el día.

Tengo mis dudas acerca de que Sandra quisiera aceptar el trabajo en McNeill. Conociéndola, estaría encantada de quedarse en casa con los niños, o mejor sola, en vez de ir a trabajar. Corrijo, darme más trabajo.

—¿Salimos este fin de semana? Puedo acompañaros a por lo del vestido.

Está como loca por que le dé el aire. Seguro que está decepcionada por haberse perdido lo de ayer.

—Por mí perfecto, ¿el sábado por la mañana te va bien?

—Sí, tengo todo el fin de semana libre, Raúl tiene que viajar.

Esto sí que es toda una novedad. No me creo que la vaya a dejar sola.

—¿Y no vas con él?

—No me lo ha pedido.

Es inaudito. Hay que aprovecharlo, noticias tan maravillosas como esta no se oyen todos los días. Tengo más ganas de celebrar esto que su nuevo puesto de trabajo. Lo voy a disfrutar mucho más.

—¡Genial! ¡Fiestón todas juntas! —estoy como una niña con Manolos nuevos—. Hagamos un intensivo: compras por la mañana, comida, copazos por la tarde y nos cegamos hasta el domingo.

—¡Sí! —ella no lo disimula mucho mejor que yo—. Voy a llamar a estas para organizarlo. ¡Como en los viejos tiempos!

¡Por fin! Un respiro como se merece. Una tregua que la libera de la burbuja sofocante en la que vive desde hace un año. Todas juntas, desatadas y dispuestas a volvernos locas. Estoy deseando que llegue el sábado.

El portero automático pita desde el salón interrumpiendo nuestra charla. Me despido de Carmen antes de que se estropee mi cena y descuelgo para ir a ver quién es.

—¿Sí?

—Soy yo, abre.

No. Ahora no quiero esto. Casi que prefiero cuando avisa a pesar de darle largas y me persigue igualmente. Esto es un abuso de confianza que me embarulla. Está claro que se ha esperado a que fuera de noche para venir hasta mi casa, antes podría estar en cualquier parte. Es un zorro chiflado.

Cuelgo el auricular. No quiero verlo. Más bien, no puedo. No me deja pensar, no me da tiempo. Ya me lo imagino con sus aires de tiarrón simpático y juerguista acompañado de una boca guasona que no hay segundo en el que no quiera devorar. La situación es alarmante. Estoy enfadada y quiero que se note cuando lo vuelva a ver.

Si lo que quiere es gritarme para desahogarse por lo de ayer, no lo voy a transigir.

Escucho el timbre de la puerta.

No me fastidies. Mi portero nunca abre a desconocidos. Morales ha estado aquí un par de veces pero no me parece de recibo que le haya permitido salirse con la suya.

Paso de los timbrazos y saco el pescado del horno con parsimonia.

—Carla, abre —oigo desde el rellano.

Continúo con mi labor. No hay forma de que pueda traspasar la puerta sin que llame a los bomberos, aunque está tan zumbado que es capaz de hacerlo.

Espero que se largue pronto, el timbre retumba por mi salón hasta dejarme sorda. Ansío que mis vecinos se harten de él y salgan a reprenderlo. Pero eso no va a pasar.

Los timbrazos cesan y una llave gira en la cerradura de la puerta. El pánico inunda todo mi ser cuando Morales entra en mi casa dejándome boquiabierta y sin defensas.

Cierra la puerta tras él. Tiene mis llaves en una mano y una pequeña caja en la otra. Viste un abrigo abierto gris piedra hasta las

rodillas con las solapas del cuello abiertas. Rozan parte de su cabello castaño arremolinado. Sus ojos verdes coronan un aspecto descaradamente sexy.

Inspira lentamente y da un paso adelante. Yo doy otro hacia atrás. No sé para qué. Estoy perdida, lo tengo muy claro. Si ha entrado deliberadamente y pasando de mis negativas, está visto que no me va a dejar irme a ningún sitio. Puedo correr y encerrarme en el baño pero la sola idea me parece estúpida. Ahora que lo tengo delante, ni quiero ni puedo apartar los ojos de todos los detalles de su figura.

La mirada cohibida y cautelosa, una boca dubitativa, pelo demasiado largo y revuelto, hombros firmes y cuerpo perfectamente torneado. Me tambaleo como si cayera en trance.

Su rostro, su atuendo, su percha. Todo desprende carga erótica. Tengo que hacer de tripas corazón y mantenerme en mis trece. Intentar mostrar mi enfado sin echarme atrás. Pero su aspecto vacilante y en parte aterrado, me lanza de lleno a sus brazos para mitigar el miedo y espantarlo con una lengua descontrolada por todo su cuerpo.

Muestra las llaves.

—Me las diste cuando estabas enferma —se justifica impasible.

Tergiversa mis palabras.

—Yo no te di nada, solo te dije dónde estaban para que pudieras salir a comprar.

—Se me olvidó devolvértelas.

—Pues hazlo ahora.

Morales las devuelve a su sitio colgándolas de su gancho en la caja de la pared. No titubea al hacerlo.

—Siento que hayas pasado todo el día y la noche de ayer incomunicada —se disculpa volviendo a acercarse.

Ya no reculo. Espero hasta que se detiene lo suficiente cerca como para poder extender el brazo, tirar de su corbata y estrellarme contra su boca.

Me tiende la caja que lleva entre las manos. Trago saliva desechando mis absurdos pensamientos y la recojo. Es un móvil. Un iPhone. Pero no uno cualquiera, ni siquiera es igual al que ya tengo. Es la nueva versión, la que todavía no está a la venta en España. ¿Qué está haciendo?, ¿me está comprando el muy chulo?

—Ya me he comprado un móvil —alego airada.

—Pero seguro que no es como este.

No, claro que no, porque este modelo ni siquiera estaba en la tienda. Me enerva hasta dónde puede llegar su arrogancia, es insultante. No necesito esto. No puede traerme regalitos como un novio arrepentido que limpia su conciencia a golpe de talonario. Es muy humillante e inaceptable. Se va a enterar.

Decidida, camino hacia la ventana del salón. La abro y lanzo la caja a la calle. No veo dónde cae, cierro la ventana de golpe con sus bramidos taladrándome los oídos.

—¿Estás loca? —vocifera con las manos en la cabeza—. ¿Sabes lo que he tenido que hacer para conseguirlo? ¡Hoy prácticamente no he trabajado! ¡Me he pasado todo el puto día con esta mierda! ¡Es el último modelo! ¡Ni siquiera está en la calle!

—Sí, sí que lo está —señalo por el cristal—. Ahí mismo.

Con los ojos a punto de salir botando de sus órbitas y rojo de ira, Morales aprieta la mandíbula y sale a trancas de mi pequeño piso.

Suelto una bocanada de aire doblándome sobre mí misma. Daba miedo. La carótida sobresalía a punto de explotar. Igual me he pasado. No le importa el coste, estoy segurísima pero no sabía nada sobre que se hubiera pasado el día con esta tontería.

Me asomo por la ventana. Morales ya está en la calle. Sostiene la caja hecha pedazos en las manos, algunos trozos caen al suelo. No comprendo cómo ha podido reventar de esa manera, la ha tenido que arrollar algún coche en la carretera.

Morales levanta la vista hacia mi ventana.

—¡Está hecho mierda! —aúlla asustando a la gente de la acera.

Me aparto antes de que me vea cualquiera.

Tiene que entenderlo. Si digo que ya tengo un móvil y que me lo he comprado yo solita sin ayuda y sin la compasión de nadie, es que no quiero otro. Yo no me niego al principio y reculo después como una cenicienta de cuento en este tipo de cosas. Ni siquiera somos amigos, técnicamente esto es más que inmoral teniendo en cuenta la relación cliente-proveedor, aunque ahora mismo no sé ni dónde ha quedado eso ya.

Me acerco hasta la puerta para cerrarla pero me quedo inmóvil cuando escucho cómo se abre el ascensor y veo a Morales entrar de nuevo en casa cerrando de un portazo. Tira un montón de porquería de cartón y

cristales sobre la mesa de mi salón. Se deja caer sobre una silla y se estira de los pelos literalmente. Contiene la rabia igual que lo hizo Manu ayer.

—Eres insufrible —me acusa finalmente—. No sé cómo te aguanto.

Menuda novedad.

—Tú a mí ni siquiera me caes bien.

Me lanza una mirada igual de incrédula que sorprendida y refunfuña desaflojándose el nudo de la corbata.

—Señor, dame paciencia... —se levanta—. Me largo. No te soporto. No te entiendo. Cualquier otra me habría besado los pies.

—¡Pues dáselo a otra!

A otra que le consienta todas sus tonterías e idas de pelota.

Se larga colérico desapareciendo por mi rellano.

Qué disparate, con regalitos no se arreglan las cosas y menos conmigo. Oigo pasos otra vez, la puerta está abierta. Acelero el paso para que ningún vecino se pregunte qué es lo que hago con mi casa abierta de par en par.

No me da tiempo. Morales entra más que decidido, la cierra tras él y me empotra contra la pared sujetando mis brazos extendidos en cruz.

El corazón me bombea fuera de sí. Su aliento golpea mi boca mareándome.

—¿Por qué eres así conmigo? —murmura apesadumbrado—. ¿Por qué no puedes simplemente darme las gracias y punto?

—Porque no me gusta que me compren. Es sucio, es rastrero, es... Tan bajo por tu parte. ¿Crees que soy así de fácil?

—No —sostiene a medio camino de la risa—. Nunca eres fácil.

Resoplo medio rendida.

—No puedes cogerme el móvil porque sí ni obligarme a aceptar nada. No lo vuelvas a hacer nunca, no eres mi padre.

—Pues menos mal que no lo soy porque entonces no podría hacer esto.

La presión en mi brazo izquierdo desaparece y una mano se cuela bajo mis bragas. Emito un grito ahogado. Está fría pero resbala sin esfuerzo por toda la humedad de mi sexo.

¿Estoy mojada?, ¿desde cuándo?

Morales retira la mano dejándome con ganas de mucho más e introduce dos dedos en su boca. Cierra los ojos.

—Mmm...

—Eres un capullo —susurro cachonda y sin aliento.

Los abre. Están cargados de excitación.

—Y tú un amor.

Su lengua se pasea por mi labio superior y después por el inferior preparándolos para una intromisión invasiva e inevitable. Se abre paso entre ellos encontrando la mía, al mismo tiempo que sus dedos vuelven a mi clítoris masajeándolo con el mismo compás con el que asedia mi boca.

Me agarro de su cabello con fuerza soportando a duras penas la agitación con la que responde mi cuerpo. Levanto la cadera y un dedo se introduce en mi vagina. Gimo y él me imita tras sentir un tirón en su cabeza.

Su boca se despegas y cae cubriendo mi mandíbula de mordiscos y lametazos que me incitan a ofrecer el cuello en respuesta. Succiona sediento prestando especial atención en mi lóbulo.

—Perdóname, Carla —susurra—. Fue sin querer.

Me descompongo, mis músculos se disuelven ante su voz y su exquisito contacto.

—Ya lo sé —respondo a media voz—. Perdóname por haberte empujado.

Su sonrisa se plasma en mi oreja.

—Tienes muy mal genio. Dabas miedo.

No quiero que piense eso de mí. Nunca le haría daño.

Me levanta el rostro sosteniendo mi barbilla y obligándome a mirarlo.

—No tengo nada que perdonarte —asegura antes de juntar sus labios con los míos.

Me entrego a su asalto de lleno.

Saca el dedo y hace presión en mi culo pegándome a él. Está tan empalmado que no puedo aguantarme las ganas de sacársela de un tirón para que me la meta dentro.

—Déjame compensarte —pide mordisqueando mi barbilla.

Respondo liberando su pelo y desabrochándole el cinturón. Morales sonrío quitándose el abrigo y la chaqueta tirándolos al suelo. Bajo

la bragueta y el elástico de sus calzoncillos envolviendo la polla con una mano y clavando las uñas en su culo con la otra. Morales no pierde el contacto visual con mis ojos pero veo que los cierra por un segundo jadeante mientras se deshace de su camisa y la corbata también.

—Tienes demasiada ropa.

Sus manos expertas me quitan el jersey y la camiseta perdiendo el contacto de su miembro. Junta nuestro pecho para desabrochar mi sujetador mientras me besa el cuello y el hombro con adoración. La prenda cae y él se postra de rodillas ante mí para bajarme los pantalones y las bragas.

Me muerdo el labio ante la expresión de su cara. Diría que es puro embeleso. Es impresionante lo cómoda que me siento completamente desnuda ante él. Todo sería más fácil si pudiera sentirme así continuamente. Tiene un don para hacernos sentir a todas hermosas e impudoras a sus ojos y a los del mundo.

Dejo de mirar golpeándome la cabeza contra la pared. ¡Ay! Está claro que con este hombre, la acabaré perdiendo un día de estos. Me preparo para ser embestida por su lengua y sus dedos en mitad de mi sexo pero no es eso lo que recibo. Un ejército de besos y dientes glotones acampan en los dedos de mi pie derecho. El calor asciende como por una tubería por mi pierna destilando deseo en mi vagina. Un hondo jadeo se queda suspendido en el aire cuando continúa por la planta, el tobillo, el gemelo, la corva y donde quedó su fuerza grabada en mis muslos.

—Mmm... Te lamería hasta que me saliera un esguince en la lengua.

—¿Eso existe? —pregunto apretando los dientes y aguantando el aplastante peso de la excitación en todo mi ser.

Un mordisco en la cara interna del muslo me lanza de pleno al grito.

—Si no existiera, se inventaría contigo.

No lo comprendo. ¿Por qué hace esto? ¿Por qué así?

Vuelve a tratarme como si fuera de cristal. ¿Nos trata así a todas? ¿Le gusta sembrar el deseo en cada una hasta volvernó adictas y rendidas ante él? Me repito mental y constantemente que no tiene que importarme qué haga con su vida pero perjudica de lleno en la mía. De no ser por esta intimidad, me reiría de sus costumbres de mujeriego empedernido pero rota la barrera, yo ya formo parte de ellas. Y no me

gusta nada.

—No.

Morales se detiene pero no puedo ver qué cara pone porque continúo mirando al techo.

—¿Qué pasa?

—No puedo hacer esto —gimoteo.

—¿Por qué? —pregunta suavemente.

Intento tragar saliva pero es imposible. Todo el líquido lo tengo concentrado entre los muslos. Dando vueltas como un bombo de lotería hasta que se descargue de un estallido.

—No quiero tirarme a alguien que mientras se está tirando a otras —logro admitir—. No me malinterpretes, no son celos, eres libre de hacer lo que quieras pero yo no soy de esa clase de chicas.

—Ya lo sé.

—Pues lo siento —imploro—. Pero no puedo, no mientras te dedicas a hacer eso. Me da pánico lo que pueda pensar la gente de mí...

—Vale.

—Vale, ¿qué?

—No estaré con otras mientras esté contigo.

Sí que ha sido fácil.

—¿Hasta cuándo?

Durante un momento que se me hace horriblemente eterno, Morales ni dice nada ni emite movimiento alguno. Hasta casi llego a pensar que se levanta y sale por la puerta.

—Hasta que te canses de mí.

Algo desconocido me incita a bajar la vista. Morales me vigila imperturbable sosteniendo mi pierna con una mano y apoyándola en su muslo. Se me antoja de pronto vulnerable como nunca y reacciono sin poder contener la impaciencia. Me agacho en cuclillas estirando la pierna y empujando su tórax con suavidad. Sus ojos me apuntan sorprendidos pero se deja llevar quedando tumbado sobre el suelo de mi salón.

Trepo por sus piernas hasta volver a su extraordinaria polla y dejo caer un chorro de saliva por su longitud. Lamo desde la base hasta la punta entreteniéndome con las primeras gotas de su excitación. Él se apoya en los codos para contemplarlo.

Le masturbo con una mano paseando mi lengua por el glande. Derramo más saliva que sobresale de mi boca desbordándose por su carne

hinchida. Me ayuda a deslizar mi mano por todo el tronco hasta masajear los testículos al tiempo que engullo metiéndomela en la boca con sosiego estudiado. Cuando llega al fondo de la garganta, continúo intentando aguantar la arcada y arrastrando los dientes.

Morales abre la boca cardíaco y aparta los mechones de pelo negro de mi cara para verme mejor. Tira del pelo hacia abajo y levanta la cadera ensartándomela aún más adentro. Me ahogo. Se me saltan las lágrimas y cuando creo que la tengo tan al fondo como un tubo endotraqueal, atrapo lo poco que queda con la mano.

Lo entiende y deja de moverse. Ambos nos miramos. Él con jade oscurecido y yo con un azul titilante y convulso. Cojo aire con la nariz. Me deshago de su polla levantándome de golpe rociando su pecho con un reguero de saliva que fluye como de una regadera al liberarse.

Morales jadea abiertamente y yo toso un par de veces tapándome con la mano y pringándola aún más. Tengo la garganta dolorida como si los músculos hubieran cedido e intentaran sin éxito volver cada uno a su sitio. Prosigo con las tetas.

Me inclino rodeando el pene erecto con ambos pechos. Mis babas me facilitan el ascenso y descenso dando un único lametazo a la punta cada vez que me la encuentro frente a los ojos.

En este momento y tras ver la mirada perdida y entornada de Morales en mi entrega, no sé quién es el que está rendido ante quién. No me importa, creo que nunca ha importado. Lo de ambos es una entrega total y ahora no dudo de que nos dejaríamos hacer cualquier cosa que nos pidiéramos mutuamente. Estoy tan a gusto haciéndole una cubana que me siento pletórica y radiante.

Morales se inclina desencajando los engranajes de una fricción perfecta y me agarra del culo levantándome con urgencia. Coloca la punta de la polla en mi entrada y la acaricia retorciéndome de calambres incontrolables. Me sujeto a sus hombros restregando el clítoris contra su carne. Gimoteo presintiendo el delirio corriendo tras de mí.

Sujeta mis caderas con fuerza guiándome hasta su miembro. Se sumerge en mi sexo cuando me va bajando para colmarme entera. Encajamos del todo y deja de presionar dándome libertad para moverme en círculos sobre él. Mi coño se frota con el vello de su pubis en cada contoneo. Lo que se concentra allí donde nos unimos es puro fuego. Voy a arder antes de tiempo y tengo algo en mente.

Subo tumbando su cuerpo hacia delante. Morales estira el cuello demandando contacto en su boca. Se lo doy con gusto. Vuelvo a bajar besándole con ardor y ganas de comérmelo entero. Bailo sobre él atrapando un labio con los dientes y dando una dentellada. Su respuesta es un grito y otro mordisco que me sobresalta echando la cabeza hacia atrás. Levanta las cejas con chanza y yo me aparto ignorándole.

Salgo de él y me pongo de pie. Morales se queda boquiabierto y desconcertado. Antes de que diga nada y se le baje la erección del susto, le doy la espalda y vuelvo a dejarme caer sobre él. No sé qué cara habrá puesto pero adivino lo que piensa. Se lo he dado en bandeja.

Poso las manos en el suelo entre sus rodillas para impulsarme en mi dulce columpiar. El contacto es soberbio. Me permite moverme a mi antojo saboreando toda la penetración hasta desvirgarme zonas tan profundas que creo que nadie me había desvirgado antes. Pero necesito algo más.

Ladeo la cabeza dejando descansar la barbilla sobre mi hombro. Morales levanta la vista nublada hasta mi cara.

—Méteme un dedo en el culo.

Nunca creí que llegara a decir eso.

Me sonrojo al decirlo en voz alta pero mi turbación se esfuma en cuanto una hilera de dientes se exhibe en su sonrisa. Morales se incorpora saturándome un poco más y yo caigo hacia delante zarandeada por un revés de placer abrasador.

Despeja mi espalda de largo cabello negro y noto enseguida cómo un líquido templado chorrea por mi coxis. Me abre el culo literalmente y, lo que seguro que es saliva, resbala hasta mi agujero. Abandona una nalga para expandir con los dedos esas y más babas que caen en cascada sobre mi ano. Lo bordea y rodea como un depredador calculando cuándo asaltar a su presa. Pero él lo sabe muy bien, se lo he pedido yo, estoy más que preparada.

Nunca podré olvidar aquel maravilloso orgasmo que tuve cuando me taponaba ambos agujeros con los dedos de las manos sobre mi cama. Quiero volver a experimentarlo. Sentir temblar todo mi ser hasta que me olvide de quién soy, de dónde vengo y qué hago aquí.

Un dedo me penetra lentamente arrastrando saliva en el interior de mi ano. Me ciega cuando concluye y yo me levanto un poco para volver a bajar. Me aparto de su dedo y de su polla ascendiendo más

alto y cayendo incrustándome ambos invasores gritando de pura dicha.

Morales se une a mis chillidos en jadeos sin resuello a mi espalda. Lo controlo con el mismo sosiego con el que a él le gusta pero no sé cuánto voy a poder aguantar. Sentirme tan colapsada por ambas zonas me excita en mayúsculas. Altera mis anhelos más primarios transformándome.

Caigo con avidez, estampándome literalmente contra su cuerpo. Como si quisiera que se sintiera romper en mil pedazos igual que me ocurre a mí. Yo marco el ritmo sobre su polla pero el dedo se empotra con impulso bajo las órdenes de Morales volviéndome puro nervio.

Me arqueo una y otra vez con violencia desmedida. Cojo impulso sujetándome de sus rodillas. Bajo la cabeza para comprobar cómo nuestros genitales se encharcan en cada encuentro con mis fluidos. El calor de un fuego candente me tortura. Me retuerzo ante los lametazos de sus llamas abrasivas con cada arremetida.

—¡Oh, joder! —cierro los ojos arrugando el rostro de pasión agarrotada—. ¡Joder!

Aquí está. Ya llega.

Estiro las piernas tensando todo mi ser como un elástico. Mi vagina se contrae succionando una vez más y las compuertas de una presa se abren tronando éxtasis desde mi sexo hasta las extremidades. Me corro estirándome hasta separar los dedos de los pies.

En plena cúspide demencial, su lefa brota como un aspersor y me retuerzo como los gritos que huyen de mi garganta casi ronca.

—¡Joder, Carla!

Casi no lo oigo.

Dejo de vocear. Bailo un poco más sobre un cuerpo rígido aún sin relajar. Me nutro un poco más de su vitalidad. Me da más y yo quiero aún mucho más pero lo macero hasta secarlo.

Salgo de su pene y de su dedo, ambos vigorosos como la mejor de las vitaminas. Me dejo caer rota y desfallecida sobre su pecho. Exaltado, me zarandea arriba y abajo como las olas de un mar que tardan una eternidad en romper contra la orilla.

Noto los labios secos y agrietados. No puedo mover los brazos. La fuerza me ha abandonado por mi sexo en fluidos que ahora embadurnan una polla recia que me machaca cada vez que la vuelvo a ver. Cierro los ojos adormilada y felizmente follada.

—¿Qué hay para cenar?
Tan solo los abro para ponerlos en blanco.

—¿Quieres quedarte a cenar? —pregunto mientras termino de vestirme.

Morales hunde la cabeza entre los hombros desprovisto de ropa alguna sobre mi sofá.

—Si me invitas, sí.

Sonrío.

Me gusta eso de invitar yo. Aunque sea a un insípido pescado al horno.

—Pon la mesa —ordeno mientras me alejo para volver a la cocina.

—¿Dónde está mi ropa?

—Ahí —señalo su traje tirado por el suelo.

—No, me refiero a la que te pones para tocarte cuando no me tienes a mano.

Aprieto los labios hasta que la presión que ejerce mi cerebro hinchado en la cabeza me duele. Echo a andar rígida como un palo a mi habitación. Saco la camiseta, los pantalones y los calzoncillos de mi armario y se los tiro a la cara en el salón. No quiero que rebusque entre mis cajones. Ya lo hizo una vez sin mi permiso y no me hizo mucha gracia.

Cuando me acerco a la mesa, no puedo evitar pasar mis ojos por todo el estropicio de móvil que yace desperdigado sobre ella. Parece cualquier cosa menos un móvil. Basura sin más. Me muerdo un labio con la cabeza gacha, no tenía por qué haber acabado así. Aunque no sé si hubiera querido obligarme a aceptarlo, cuyas consecuencias habrían sido mucho peores.

—Lo siento —murmuro.

Morales se acerca enfundándose la camiseta. Coge un par de trozos de cristal y aluminio que no sabe ni cómo encajar.

—Tienes que controlarte, nena. Cualquier día harás esto con mi cabeza.

Aún no ha visto lo peor de mí.

—No me des ideas.

Morales enarca una ceja mientras incrusto un par de piezas que consigo ajustar.

—¿No se puede...?

—¿Hacer un puzle? —me interrumpe—. Sí. ¿Colgarlo en YouTube y hacerte famosa? Sí. ¿Hacer milagros? No.

Aprieto el botón de encendido un par de veces. A pesar de que la pantalla esté reventada, igual se puede cambiar.

—Sí, sí, tú intenta ver si puedes conectarlo por ciencia infusa con la batería que se me ha caído en el portal.

Giro el móvil desconcertada, tiene las tripas completamente al aire. Vale, desisto.

Voy a la cocina para servir la cena mientras Morales tira toda esa porquería prohibitiva a la basura. Nos acomodamos uno frente al otro y nos sirve agua de la botella como si cenar en mi piso, descalzo y vestido como como Pedro por su casa fuese lo más natural del mundo.

Me agunto la risa hasta que lo oigo protestar.

—¿Y ya está? ¿Sin acompañamiento?

Su triste filete de lubina parece la cena de un niño de diez años.

—El acompañamiento es la conversación —me defiendo.

—¿Ni unas tristes patatas?

Lo miro consternada.

—Ahora no me da tiempo a hacer patatas —pero me apiado de su apetito voraz—. ¿Quieres una ensalada?

—No, déjalo —se ablanda echando mano al tenedor—. Me atiborraré con el postre.

Pues que no se haga muchas ilusiones porque apenas tengo un par de piezas de fruta y cuatro yogures.

—No sabía que iba a tener invitados, de lo contrario, me habría esforzado un poco más.

—Le falta sal.

Qué pejiguero es. Hago el intento de levantarme pero me lo impide saltando se su silla.

—No, no te levantes, ya voy yo. ¿Dónde está?

—En el armario que hay junto a la nevera.

Qué educado. Siempre que quiere lo es pero esto me recuerda irremediablemente a Víctor. Parece que tiene muchos modales según lo que vi ayer. Nada que ver con Mario. Parecen salidos de mundos muy diferentes.

—Estoy un poco preocupada por el tema de Víctor y mi amiga —confieso entre bocado y bocado.

—No te preocupes por él —asegura Morales—. Víctor es inofensivo. Cuando te dije que no quería juntaros con mis amistades no me refería a él sino a la gente con la que salgo de vez en cuando.

—¿No sales con Víctor?

Sacude los hombros terminando de devorar su plato. Ha sido un visto y no visto.

—No le gusta mucho.

—¿Por? ¿Se está haciendo mayor? —bromeo—. ¿Cuántos años tiene?

—Uno menos que yo.

Solo treinta.

—Un poco joven para pasarse las noches del fin de semana en casa, ¿no te parece?

—Preferirá el Call of Duty a la música basura y el garrafón.

No tengo ni la menor idea de qué es eso.

—No tendrá novia, ¿no?

—¡No! —se echa a reír.

—¿Es otro como tú que pasa de todo eso?

Sus ojos me examinan chispeantes aguantándose la risa.

—No, en absoluto. Estuvo mucho tiempo con una chica pero lo dejaron hace dos años.

—¿No ha vuelto a conocer a nadie desde entonces?

—No ha vuelto a tener pareja estable desde entonces —me corrige.

Me quedo más tranquila. Parece lo suficientemente formal para Vicky.

—A mí la que me preocupa es tu amiga.

Dejo de comer de golpe.

—¿Vicky? ¡Pero si es un amor!

—¿Un amor como tú? Porque entonces tenemos un problema.

Se cree graciosísimo.

—Un amor de verdad. No le haría daño a una mosca. La rompecorazones es Eva.

—Está claro que está colada por Víctor.

—Y Víctor por ella.

—Pero ya sabes por qué te lo digo.

Sí, sé por dónde van los tiros.

—A Víctor no le resulta nada fácil conocer a alguien que no tenga reparos en tirarse a alguien que le falta la mitad de una pierna.

—Ya me imagino.

—Lo ha pasado muy mal, Carla —comenta encendido—. Ha estado muy jodido. No quiero que nadie le haga más daño.

Su defensa me deja inmóvil con el vaso de agua en la mano. Por supuesto que nadie quiere que hagan daño a sus amigos. No esperaba menos de él.

—Si sufriera el más mínimo por ella, me da igual que sea tu amiga, quiero que lo tengas claro.

¿Eso es una amenaza?

—Pues te advierto lo mismo. Vicky no sería capaz de despreciar a alguien por algo así, no es tan superficial como crees que lo somos todas. Si algún día Víctor la hiciera llorar, a mí también me va a importar una mierda que tú estés en medio.

Le arrancaré la cabeza a bolsazos igual que lo intenté con Raúl y no me arrepentiré de ello. Pero esto mejor no se lo digo.

Morales asiente pensativo sin dejar de traspasarme con un río de líquido verde brillante. Su mechón rebelde cae y no hace ni el más mínimo esfuerzo por retirárselo. Continúa con esa tortura con un único ojo que resulta aún más inquietante.

Rompo el contacto a duras penas bebiendo un sorbo de agua.

—¿Habíais quedado? —logro preguntar. Morales frunce el ceño— Ayer por la tarde.

Se pasa una mano por el pelo despejando las vistas.

—Me escribió para ver dónde estaba. Teníamos una *conference* con Pekín más tarde e íbamos a preparar la reunión juntos.

No descansa nunca. Su agenda me agota hasta a mí.

—¿Hoy no tienes compromisos intempestivos?

—No —sonríe cruzándose de brazos sobre la mesa—. Hoy me tienes enterito para ti.

Mi respiración entra en colapso. Es así de sencillo con él.

—¿Qué quieres hacerme, Carla? O mejor —sonríe relamiéndose—, ¿qué quieres que te haga yo a ti?

¡No lo sé! ¡Muchas cosas! ¡Viólame!

—No seas pudorosa conmigo, ya no.

Sí, que se cabree, que haga que me entren ganas de bajarle los humos a lametones y tirones de pelo hasta que vuelva a gritar como aquella vez en McNeill. Nunca había sentido la necesidad de hacerle algo así a nadie. Al menos con un instinto depredador sexual de fondo.

No obstante, me cuesta expresarme. Es difícil dar rienda suelta a la imaginación y después explayarla en palabras como en una conversación normal y corriente.

—Me has pedido que te meta un dedo en el culo.

Devuelvo el agua chorreando sobre el vaso.

—Ha sido la excitación del momento —me excuso.

—¿Y ahora no estás excitada?

No pensaba que fuera algo tan evidente.

Siento el sexo tan hinchado bajo mis bragas, que si me tocara ahora, su mano se escurriría dislocándose.

—Sí lo estás —sisea con una voz tan sensual que me arde hasta el alma—. Te pones cachonda nada más verme. Lo sé.

Rechino los dientes. No soporto toda la seguridad que irradia cuando se pone así. Me hace sentir demasiado débil.

—Porque a mí me pasa lo mismo contigo.

Mi mandíbula cae bajo su propio peso.

Suelto el vaso. No creo que lo pueda sostener por más tiempo con el tembleque que me está entrando.

Morales se inclina un poco más sobre la mesa y ladea la cabeza midiendo un gesto carnívoro.

—Haré. Lo que sea. Que quieras. Que te haga.

Creo que babeo literalmente. No lo puede estar diciendo en serio. Se acaba de exponer total y sexualmente ante mí y yo no sé ni qué ofrecer.

—¿Cualquier cosa? —titubeo.

—Cualquier cosa —admite sin emitir sonrisa alguna.

Sí, parece que lo dice de verdad.

Sin embargo, no es eso lo que me preocupa, sino que lo esté

pidiendo ahora. Después de que haya admitido que no va a tirarse a nadie más mientras sigamos con esto. Puede que lo que hayamos hecho hasta ahora no sea suficiente para él y necesite recurrir a algo más extremo. Y lo que es peor, lo estará esperando de mí. Quiere que se lo pida, que salga de mí.

Es normal. Está acostumbrado a divertirse sobremanera. Conmigo nunca se ha divertido nadie, no entiendo cómo le puedo llenar tanto como para que quiera renunciar a otras mientras dure esto.

¿Qué querría alguien como él? ¿Tríos? ¿Voyerismo? ¿Fetichismo? ¿Sado? Oh...

—¿Quieres que te mee encima?

Morales entra en shock.

—¿Qué? —se echa hacia atrás maltratando su espalda contra el respaldo. Yo ya me odio por lo que acabo de decir—. ¡No, joder!

Necesito saber estas cosas.

—¿Quieres... —qué asco— mearme a mí?

—¡No! —aúlla fuera de sí— Carla, eso no es bueno para ti —protesta cerrando los ojos de indignación—. Cualquiera mujer que tenga un mínimo de respeto por sí misma mandaría a la mierda a cualquier tío que se lo pidiera.

—A algunas les pone.

—No me lo creo —responde tajante—. Si no hay pasta de por medio, no creo que les dé tanto gusto.

Qué obtuso. Hay gente para todo, tiene que haber alguien a quien le ponga cachondo aunque no le paguen por ello.

—¿Tú ya...? —no sé muy bien si quiero saberlo—. ¿Ya lo has hecho antes?

Morales me mira fijamente. No abre la boca pero no me hace falta para comprender lo que significa su gesto.

—¿Y te...?

—No, no me gustó —emite cortante—. No fue como esperaba.

¿Y cómo esperas que sea mearte encima de alguien como si fuera un orinal? ¿Cuántas cosas ha hecho este tío que yo me he perdido?

—Muy bien, pues si eso no te pone, ¿qué otras cosas lo hacen? ¿Qué te gustaría que hiciera yo?

Suelta aire agradecido por la vuelta de tornas y los ojos vuelven a brillarle de excitación.

—Déjame metértela por el culo.

Es ineludible. Arranco a reír a carcajada limpia a punto de echar la cena por la boca.

—¿Con esa pedazo de broca? ¡Y una mierda! ¡Confórmate con el dedo!

Continúo riendo incapaz de controlar el ataque pero lo veo tan afligido que intento recomponerme dando un trago de agua.

—No —consigo decir.

—Despacito —musita encogido sobre el asiento—. Al final, acaba entrando.

—Ya sé que acaba entrando pero me vas a reventar, me vas a desgarrar algo. No quiero que me rompas el culo.

—Qué exagerada eres —farfulla—. Déjame intentarlo al menos. Si no te gusta o te agobias, paramos y ya está.

—¿Y te vas a conformar con eso? Oye, que ya nos conocemos.

—Puedo metértela por otro agujero para terminar, está ahí al lado —asegura señalando no sé muy bien a dónde.

Pobre hombre.

Él se ha mostrado más que abierto a cualquier cosa, excepto a mear, y yo le estoy negando algo que la verdad es que no es tan raro. Patrick también me lo pidió pero tras un par de insistencias, desistió. Sé que Eva y Carmen también lo han hecho y dicen que no es para tanto. Pero es que con ese tronco...

—No sé...

—Por favor —implora haciendo pucheros—. La puntita.

Es que la puntita ya me da pavor.

—¿Alguna vez te he hecho daño, Carla?

No.

Al contrario. Con él he sentido el mayor placer que nadie ha conseguido darme jamás y si alguna vez ha dolido físicamente, el gusto le dio de lado de una forma brutal. Y deliciosa.

¡Por qué no! Para saberlo tengo que experimentarlo.

—Vale.

—¡Sí! —grita haciendo un gesto triunfal—. ¡Ponte mirando a Cuenca!

—¿Ahora? ¡No estoy preparada!

—¿Es que tienes que entrenar? Vamos, de rodillas. Ahora.

Me estoy poniendo muy nerviosa. Me la van a clavar por el culo en mi salón.

—¿Tienes lubricante?

—No.

No lo he necesitado nunca.

Morales asiente comprensivo y se levanta tirando de mí. Me coge de la mano y andamos hasta la cocina. Una vez allí, abre mi nevera y rebusca por las cuatro cosas que hay en su interior. No tengo nada parecido al lubricante ahí dentro. ¿Qué va a sacar? ¿Mayonesa?

No lo veo porque su espalda me lo impide pero parece que encuentra lo que busca y cierra la puerta. Camina decidido por delante de mí sin enseñarme lo que lleva y entramos en mi habitación. Enciende la lamparita dejando, ya sea la mayonesa, la mostaza o el chimichurri que haya birlado, y se da la media vuelta.

—Desnúdate.

—No.

Se queda blanco.

—Hazlo tú.

Morales arquea su boca.

Se acerca y me quita el jersey por la cabeza. Lo tira sobre la cama y hace lo mismo con mi camiseta. Vuelve a arrodillarse permitiéndome embriagarme de su cabello entre mis manos y baja mis pantalones. Levanto los pies para que tire la prenda también. Antes de quitarme las bragas, me regala sendos mordiscos en un lado de la cadera y después en otro.

Mete los dedos por el tirante de las bragas y las baja lentamente sintiendo el suave tacto de la tela desprendiéndose por todo el recorrido de mis piernas. Deberían caer por su propio peso. Están encharcadas.

—¿Puedo quedarme con esto? —pregunta con ellas en la

mano.

Que no me estropee una velada prometedora, por favor.

—No. Además, ya tienes unas.

—Están rotas —lloriquea.

—No.

—Te lo volveré a preguntar cuando no puedas negarte.

¿Y cuándo va a ser eso?

Me olvido de razonarlo cuando pasea la punta de su nariz por mi sexo. Inspira hondo ruborizándome y encendiéndome hasta que creo parecer un enorme glóbulo rojo.

Un suave mordisquito en un labio hace que mis piernas tiemblen con descaro. Suspira abiertamente y se va incorporando con una nariz y una boca que ascienden con cachaza por mi abdomen hasta el pecho. Cuando se pone en pie, yo ya estoy medio ciega.

Sus dedos me bajan un tirante del sujetador y luego otro. El único cosquilleo de sus yemas hierve el caldero que se cocina por mis bajos. Vuelve a envolverme entera para desabrochar el sujetador que cae al suelo. Aprovecha a recoger ambos pechos con las manos.

—Mucho mejor —dice a media voz—. No lledes nunca sujetador.

Hago un mohín.

—Pareceré la Venus de Willendorf.

Morales ríe masajeando, apretando y pellizcando mis pezones.

—Sí, parecerás una Venus pero te aseguro que esa no —se mete un pezón en la boca haciéndome perder el sentido—. Serías como la de Botticelli.

Jadeo.

—Tiene el pelo tan largo como tú —murmura sobre mi areola.

Pestaño aturdida entre el deseo y la confusión.

—¿Sabes de arte?

Se aparta para cogerme en brazos y dejarme caer sobre la cama.

—No —contesta arrodillándose junto a mí—. Pero fui al colegio.

Me abre las piernas para posicionarse entre ellas.

—No soy tan zoquete como tú te crees.

Su término me paraliza. Me cabrea y me duele por igual.

—Nunca he pensado que lo fueras —aseguro bien alto.

Morales se detiene antes de hacer nada y resopla medio sonriendo. Abre mi sexo anegando un par de dedos en su interior sin esfuerzo.

Su risilla llega hasta mis oídos.

—Esto va a ser todavía más fácil de lo que pensaba. No sé para qué he cogido la mantequilla.

Giro la cabeza para encontrarme de lleno con el bote de mantequilla saludándome desde la mesita.

—¡No soy un molde para tartas!

De pronto, Morales tira de mis piernas hacia él y me da la vuelta quedando bocabajo sobre el colchón. Su peso cae sobre mí y me atonta con su aliento sobre mi oreja.

—Te voy a cocinar a fuego muy lento, Carla —ronronea pasando los dedos por mi cintura—. Voy a descargar tanta lefa dentro de ti, que te voy a rellenar como a un bizcocho. Un bizcocho relleno de crema precioso.

Cerdo loco, fóllame ya.

Su contacto desaparece.

Veo cómo su camiseta cae a mi lado.

—Ponte en pompa —urge dando una sonora palmada en mi culo.

Suelto un gritito y hago lo que pide.

Los dedos vuelven a acosarme frotándose contra mi clítoris y mi entrada, abriéndome la boca como si me faltara aire para respirar. Su mano se aleja.

—Mmm... Zumo de Carla, el mejor postre de todos.

Claro. Cómo no lo he sabido ver antes.

Se apoya en mi culo para estirarse hasta la mesita y coger el bote. Oigo cómo lo abre. Unos segundos después, noto los fríos mazacotes de mantequilla sobre el agujero de mi ano. Me retuerzo la cabeza contra el nórdico, qué locura.

Su mano vuelve a prestarme toda su atención extendiendo la pasta grasienta. Masajea con delicadeza y dedicación por toda la zona. Lo hace con movimientos rítmicos que me relajan liberando los músculos de una incontrolable rigidez. Su tacto me tranquiliza.

Un dedo se escabulle por mi agujero. Tiene que ser el

meñique, no es muy grande pero lo suficiente para prepararme para el siguiente. Entra otro y lo hace llevando una cantidad considerable de mantequilla consigo. Mi culo lo acepta sin rechistar. Estoy asombrada. Reacciona igual con tres últimos dedos que me penetran y exploran con tiento.

Escucho cómo se desnuda. Lo que ya creo que es su glánde se desliza sobre mi agujero repartiendo mantequilla entre mis nalgas. No sé ni cómo ni por qué pero mi cuerpo se contonea cual mecedora de atrás adelante disfrutando de su roce sobre mi piel. Sus testículos golpean mi entrada cuando resbala sobre la masa y gimo sin poder contenerme.

Se aleja otra vez y mi clítoris encharcado, duro y erecto, recibe las caricias de unos dedos que lo ponen a punto de caramelo. Otros dedos trazan exactamente las mismas oscilaciones por mi ano. Es demasiado. Cojo aire por la boca y lo contengo como lo hago con el orgasmo que crece en mi culo y aguanto como puedo.

La mano del trasero se esfuma y la punta de la polla se intenta abrir camino por mi agujero. Los dedos en mi clítoris siguen donde estaban pero no puedo evitarlo. Un poco más y se me contrae el rostro y los músculos del culo de terror.

—Chissst, nena, está bien... —oigo que dice entre susurros—. Está bien.

Intenta entrar un poco más. Duele una barbaridad. Cierro los ojos compungida. ¿Cómo se aguanta esto? ¿Qué hay que hacer para disfrutarlo?

Si sigue así, va a necesitar el bote de mantequilla entero. Que se la unte directamente dentro y deje el molde de recuerdo en mi nevera pero por favor, que no siga.

Se retira resoplando. El desnivel me indica que se ha sentado.

—No voy a poder hacerlo, Carla. Necesito que te relajes, estás muy tensa.

Respiro con dificultad a pesar de no tener ya nada dentro.

—Dame un momento, me estoy concentrando.

—Joder, ni que fuera la Enterprise. Piensa en algo que te relaje.

—¿Como qué?

—No sé, ponis.

—¡Ponis!

—¡Yo qué sé! —reacciona malhumorado. Esto tiene que resultarle muy decepcionante— Carla...

—¿Qué?

—Piensa en esto —aconseja volviéndome a seducir con su suave toque a lo Morales. Tanto en mi vagina como en mi ano. A la vez. En circunferencias irregulares de trazo acuciante. Jadeo—. Piensa en esto mismo, en lo que voy a hacerte. Piensa en cómo te va a gustar, en el pedazo de orgasmo que vas a tener. Eso debería ayudar más que nada.

Mete un dedo en sendos agujeros. Grito extasiada.

Por la presión de su mano son los dos pulgares, y aún dentro, siguen moviéndose revolviendo todo mi cuerpo de puro anhelo.

—Concéntrate en esto... En el placer... Y en nada más.

Deposita un beso manso en una nalga y un mordisco hambriento en la otra. Vuelvo a mecerme.

Saca ambos y noto que vuelve a erguirse. Sumerge dos dedos en mi vagina y el garrote entra por la puerta de atrás. Me penetra en mi sexo con cuidado sin dejar de hincar más carne por el culo.

Grito pero por orgullo, me armo de valor y lo soporto. Estrujo el nórdico con las manos y los dientes. Su invasión me ahoga. Lo sabe. Sale un poco y vuelve a entrar sin impulso, con delicadeza. La mano libre me acaricia una nalga, el muslo y la cadera. Se ayuda de ella para salir y entrar en cada envite un poco más.

Aunque me parezca imposible dada la situación, las formas son tan cuidadas y consideradas, que consiguen relajarme de algún modo. La abrasión roza lo insufrible pero de no tratarme así, estoy segura de que lo habría maldecido y apartado de una coz.

Las paredes de mi ano se contraen, intento aflojarlas para aguantar más polla y más presión.

—Mmm....

Lo está disfrutando.

Sale un poco otra vez, ya no me va a destaponar hasta terminar, lo intuyo. No va a poder o se correrá fuera y está visto que quiere hacerlo dentro.

Aúllo con nueva carne desconocida entre mi culo. Pero una fuerte sacudida de los dedos en mi vagina me abren los ojos de par en par y me cortan el aullido de golpe. Ha sido un estallido de pura lava en mi interior. Mi piel vibra literalmente bajo su contacto.

No es posible. No me voy a correr así y menos con lo que duele.

Saca un buen trozo y entra arrastrándose con la mantequilla hasta que llega a terreno desconocido y vuelve a fustigarme una vez más en mi vagina.

—¡Sí! ¡Hazlo así! —suplico—. ¡No dejes de hacerlo!

Gime volviendo a salir con unos dedos más calmados y aún más humedecidos en mi sexo.

Repite el movimiento cuando consigue entrar un mínimo en mi culo. ¡Oh! El éxtasis que se apodera de mi coño sustituye el trallazo en el culo dejándome sin fuerzas. No tengo voz.

Continúa con la inesperada delicia de movimientos un poco más hasta que siento que el culo me va a explotar. No puedo más, no puede entrar más, no puede haber más.

—Ya, ya —imploro—. Hasta ahí, hasta ahí. Por favor.

—Suficiente —me sosiega sin apenas voz.

Me encantaría ver su cara ahora mismo.

Me libera casi entera pero se detiene justo antes de sacarla. Sus dedos patinan hasta el exterior y aterrizan en mi clítoris. Lo amasan en todo el recorrido de su penetración. Entra medianamente bien en un agujero hipercedido que sorprendentemente, me traslada a un embeleso de película.

Continúa nadando en mantequilla y fluidos por mis bajos cuando me engancha un mechón de pelo y tira obligándome a alzar el rostro. Si me viera, diría que es algo así como una mezcla del San Pedro Arrepentido de Murillo y el Grito de Munch.

Me arrastra extendiendo la presión del culo a la piel del cuello y la bomba que germina en mi sexo con celeridad.

—Quiero correrme en tu cara otra vez —gruñe con voz gutural—. Pero me voy a aguantar las ganas. Quiero que experimentes lo que pasa después.

—¿Después?

—Chissssst —chista volviendo a entrar—. Chisssst, nena.

Relájate.

Lo haría si dejara de decir chorradas.

—¡Méteme los dedos y cállate!

No sé si asustado o desconcertado pero seguro que divertido

por la risilla que escucho a mi espalda, suelta mi cabeza y mi clítoris y vuelve de lleno a la entrada de mi coño.

Se sostiene en mi cadera por un momento pero me rodea la cintura con un brazo y me inyecta los dedos con fuerza desmedida a cada poco.

Es maravilloso. Si pudieran, mis labios aletearían de gusto entre sus dedos. Empieza a hacer fuerza en ambos sitios, se pierde. Es como si quisiera metérmelo todo entero a la vez, resquebrajándome y lanzándome despedida al placer eterno y sin retorno.

La mecha se enciende en chisporroteos agudos alrededor de mi ano. Una llama se acrecienta electrizándome el vello de la piel de todo el cuerpo. Abro las manos, ya no controlo nada, soy cautiva de un maremoto que me ha dejado más tiesa que a una estatua.

Tras unos segundos inaguantables, Morales ruge enloquecido saturándome el culo con su semen como un aspersor. Entro en encefalograma plano.

Estallo en una explosión de puro éxtasis. Dejo de oír y de ver al mismo tiempo. El tacto es mi único sentido y entra en colapso incapaz de soportar el cortocircuito que centellea entre mis piernas.

Creo que mi voz cruje dolorida por el grito hasta que entierro la cara sobre el nórdico. Mi cuerpo se contrae por los latidos de mi sexo pero siento a Morales muy quieto tras de mí. Quietos y apretadísimo en mi culo. Necesito salir.

Repto por mi cama desencajándome. Caigo hecha pedazos. Rota de arrebatos y fascinación. Todo me da vueltas, es una resaca sexual monumental.

Morales se deja caer a mi lado. Sigo sin verlo pero no puedo ni moverme. Me duele el culo y las palpitaciones continúan entre mis muslos atosigándome. Los dos respiramos acelerados. Nuestros últimos jadeos repiquetean por las esquinas de mi habitación.

—Carla...

Contesto pero me doy cuenta que lo hago en mi cabeza, mis labios no se han movido.

—Carla...

Me paso la lengua por los labios, vuelven a estar tan secos como antes.

—Nena, ¿te tengo que resetear o sigues aquí?

Me giro a duras penas descubriendo toda su esbeltez desnuda apoyada sobre un codo junto a mí. Sonrío.

Me devuelve la sonrisa retirándome los mechones de pelo de la cara.

—Qué malo soy y qué cosas tan horribles te hago.

Asiento en silencio.

—De nada.

Arrugo el ceño.

—No seas tan creído y menos ahora, mejor tumbate y cállate.

—No lo digo por eso —aclara metiendo la mano bajo mis nalgas, que encuentra resbaladizas por la mantequilla—. Te va a brillar el culo hasta los treinta.

Tras llevarme a la ducha en volandas y enjabonarnos mutuamente, recojo la toalla del toallero eléctrico y me dirijo a secarle. Antes de que emita movimiento o protesta alguna, poso el rizo blanco sobre su espalda. Se tensa al contacto. No sé si le habrá gustado pero no me importa. Quiero hacerlo. Me gustó cómo lo hizo la última vez y siento que necesito devolvérselo.

Además, deleitarme con las vistas y el manso tacto de su piel desnuda en cada fricción es algo que no quiero desaprovechar cada vez que lo tengo junto a mí. Es verlo así y ansiar recorrerlo de arriba abajo. Ya sea con los dedos, la lengua o una simple toalla de ducha. Una no tiene todos los días a un canon de belleza clásica mojado y desnudo encerrado en su baño.

Continúo por los hombros y los largos brazos hasta las manos. Seco su culo y las piernas nervudas hasta los pies. Se da la vuelta. Me levanto posando la toalla por más carne tersa encontrando sus genitales. Ay, querida mía, qué buenas amigas nos hemos hecho en tan poco tiempo.

Los seco con cuidado ascendiendo por el abdomen y el tórax de músculos cuidados. Cuando llego al cuello me atrevo a mirarlo. Su cara no revela nada. Me mira directamente a los ojos sin expresión alguna o al menos, alguna que yo comprenda. Me quita la toalla y me imita.

Seca las gotitas de agua de mi piel vagando por los mismos sitios que yo misma acabo de explorar en su cuerpo. Me obliga a dar media vuelta. Lo hago y noto el tejido sobre las nalgas sin hacer excesiva fuerza.

—¿Te duele?

No, no es dolor. Es presión. Aún sigue ahí.

La toalla se desliza sobre mis muslos cuando noto dos ligeros besos en cada una de mis posaderas. Me estremezco. Mi cuerpo se siente extraordinariamente honrado por él. He de decir que es una sensación muy primeriza y gratificante.

Me anuda la toalla bajo las axilas volviendo a mojarme los

hombros con las minúsculas gotitas que caen de su pelo medio seco medio mojado sobre mí. Le escucho salir del baño. Me vuelvo confundida pero me acerco a mi habitación a vestirme.

Al llegar, Morales está en pie y desnudo junto a mi cama. Me dedica una mirada burlona mientras levanta un poco la almohada de la cama. No, nunca más.

Niego con la cabeza y señalo un cajón de la cómoda. Emite un puchero infantil y saca mi pijama para ocasiones con invitados y unas bragas. Mucho mejor. Se acerca metiendo el dedo en el nudo de la toalla dejando que caiga alrededor de mis pies. Inspiro profundamente sin poder retirar mis ojos de los suyos. Pero no me miran a la cara, recorren todo mi ser sin dejarse ni un único detalle. Trago. En otro momento y con otros, me doblaría y haría lo posible por cubrirme como pudiera. Pero con él ya no es necesario.

Mis anteriores parejas sexuales me inducían más pudor. A pesar de haber compartido mi desnudez anteriormente con ellas, el postcoito, la ducha o cualquier otra situación me avergonzaban terriblemente. Creo que con él es diferente por la forma en que me toca. El sexo jamás me había proporcionado caricias así. Es estúpido pero hasta hoy, juraría que nadie me había brindado algo tan simple como un mordisco en la cadera. Pone el mismo entusiasmo ya sea en un pecho como en un dedo del pie. Como si todo le agradara por igual y es algo que me hace sentir muy confortable, casi despreocupada.

Levanto los brazos para que me ponga la camiseta. Lo hace con cuidado de no engancharse con la pinza que sujeta mi pelo en la nuca. Acto seguido, se agacha para vestirme con las bragas y los pantalones. No se me escapa el detalle de la falta de sujetador. Levanto una ceja esperando a que se encuentre con ella pero está demasiado concentrado en estudiar su obra directamente sobre mis tetas. Sonríe satisfecho y se aparta.

Coge su ropa y el bote de mantequilla y abre el nórdico haciéndome un gesto para que me meta. Me arrebujo en mi cama. Veo cómo sale desnudo por la puerta y me quito la pinza dejándola sobre la mesita. Sin pensarlo, mi mano tantea la mesa buscando mi móvil pero no está aquí. Me lo habré dejado en el salón.

Justo cuando voy a levantarme a buscarlo, Morales entra en calzoncillos y con dos móviles en la mano. Recoge la anterior ropa con la que me desvistió y la deja sobre la cómoda.

—Hazme hueco —ordena dejando los móviles sobre la mesa.

Perpleja, me arrastro al otro lado al tiempo que él apaga la luz y se mete en la cama conmigo.

—No tan lejos, ven aquí —dice agarrándome de la cintura y pegándome a él.

Me quedo pasmada. Esto no me lo esperaba.

Me abraza con una pierna y los dos brazos envolviéndome entera. Estoy literalmente pegada a él. Se está muy a gusto. Su cuerpo irradia calor como un brasero.

—¿Vas a dormir?

—Lo voy a intentar —responde metiendo una mano en mi culo bajo el pantalón y la otra entre varios mechones de cabello.

Sus dedos garabatean sobre mi piel haciéndome cosquillas.

—¿Y vas a quedarte así? —pregunto bostezando contra su pecho.

El garabateo cesa y se aparta un poco de mí.

—¿No quieres?

—No es eso —niego cerrando los ojos—. Si tú no quieres quedarte así, no tienes por qué hacerlo.

—Lo hago porque quiero pero si no quieres que lo haga, no lo haré. ¿No quieres?

—Sí que quiero, es decir, si quedarte así no te gusta, no lo hagas porque sí.

—No entiendo nada, Carla —admite atrayéndome de nuevo hacia él—. Duérmete.

Lo hago. Poco después lo hago cayendo en un profundo sueño aún con unos dedos toqueteándome el culo sin parar.

Estoy tiritando. El frío vuelve a despertarme abriendo unos ojos somnolientos. Hago un esfuerzo por sacar un brazo de la cama y encender la lamparita. No hay nadie más en la habitación. Morales estará trabajando o arramplando con lo que tenga en la cocina. Según el despertador son las 3:25 horas. Vuelvo a apagar la luz y me encojo sobre la cama. Me abrazo para darme calor.

Oigo cómo se abre la puerta de mi cuarto.

—¿Carla?

No estaba muy equivocada, no se ha marchado.

Saco media cabeza por el nórdico. Casi no distingo su silueta en la oscuridad. Contengo un escalofrío a duras penas.

La puerta se cierra tras él y se escabulle en la cama volviendo a cubrirme con su calor corporal tras de mí. Me dejo llevar. Me derrite los sentidos de forma casi literal.

—¿Por qué no me has dicho que te estabas congelando?

Es obvio. Pero para él no lo parece.

—No quería molestarte —miento.

Me estruja contra él.

—No estaba haciendo nada, moléstame.

Hundo la cara en su brazo. Mi nariz está helada en comparación con su piel ardiente.

—Eres como una estufa —murmuro.

Su sonrisa se ensancha sobre mi nuca.

—Sí, calentarte se me da de miedo.

Yo también sonrío.

No dice ninguna tontería.

El pitido del despertador se cuela en mi cabeza. Lo apago de un manotazo que casi lo tira al suelo. Qué sueño. Me desperezo estirando unas extremidades frías sobre una cama vacía. Pero oigo voces. Morales está al otro lado de la puerta. Me incorporo de golpe. Solo es su voz. Estará hablando por teléfono.

Salgo de un salto de la cama y abro la puerta para ver a Morales enfundado en el traje de ayer pero sin la chaqueta. Vuelve a ser un hombre de negocios insolentemente sensual. Está de espaldas y continúa hablando con el móvil pegado a la oreja.

Camino sigilosa hasta el baño pero me paro en seco al escuchar su nombre.

—Ya vale, Virginia —parece cansado y enfadado—. Deja de hacer esto. No. Necesitas buscar ayuda...

Se gira y se topa con mi mirada.

Por la expresión de su rostro, está claro que lo he sorprendido.

—Tengo que colgar —lo hace sin preámbulos—. Buenos días.

—Hola —saludo—. ¿Problemas?

Me dedica una sonrisa que sospecho fingida.

—Nada que el tiempo no cure. ¿Quieres desayunar?

Su móvil señala la mesa de mi salón.

Está puesta y tiene café, leche, fruta, tostadas, mantequilla, yogures y... un bote de Nutella. ¿Cómo ha dado con él? ¿Hasta dónde ha metido la mano?

Si me como todo eso, voy a salir de aquí rodando. Pero su entrega, ya sea porque tiene que estar famélico desde ayer, me conmueve.

—Deja que me vista primero.

Morales asiente y vuelve concentrado a su móvil.

Un poco más tarde, salgo del baño roja como un tomate. Voy a

matarlo. Como se le ocurra hacer algún comentario sobre esto, juro que no lo volveré a ver. No puede ser ni tan directo, ni tan familiar, ni tan excesivamente físico y natural. Ahora entiendo eso que dijo anoche del “después”. Es lo más estrambótico que me ha pasado en la vida. Más que conocerlo.

Intento olvidar lo que acaba de pasar y me visto en mi habitación. Me pongo un traje de falda tubo color champán que hacía tiempo que no me ponía. Ya no recuerdo si me quedaba grande o pequeño. Termino de anudarme una trenza cuando lo escucho llamarme.

—Carla.

Ay, no, me ha visto salir del baño. Que ni lo mencione.

—Carla.

No quiero hablar de esto y menos desayunando.

Da unos toquitos en mi puerta.

—Creo que deberías ver esto.

Suelto la trenza. Sus palabras me intrigan.

Abro la puerta y veo que me tiende su móvil. Su gesto es preocupado.

Cojo el iPhone. Es Twitter. Son todo noticias y comentarios sobre un mismo *hashtag*. #reporteradedíaaristócratadenoché. Ay, que ya me lo imagino. Paso el dedo por todos los tuits. Todos, ya sean agencias, medios o particulares, opinan sobre las salidas de Eva Hoffman y el marquesito de moda. Encuentro unas fotos. Pone que son de ayer por la noche. Se ve claramente a Eva y su acompañante saliendo de un local de la mano y entrando juntos en un taxi.

Le devuelvo el móvil y corro a por el mío. El chat de mis amigas no tiene nada nuevo y el *timeline* de Eva tiene un último tuit de ayer por la tarde donde decía que iba a salir a divertirse. Me parece a mí que la diversión se le ha terminado de la noche a la mañana. Literalmente.

Es muy pronto, ya tiene que estar en los estudios trabajando. ¿Qué le habrán dicho? La llamo pero me sale comunicando. Claro que sí. Su teléfono echará humo. Estará aterrada.

—Me voy —decido poniéndome los zapatos y cogiendo un abrigo al azar.

Morales se queda mirando mis rápidos movimientos sin comprender.

—¿Ya? ¿Adónde?

Paso por su lado sin detenerme.

—A buscarla. Esto no es lo que quería —aseguro cogiendo mi bolso y mi portátil—. Se tiene que estar tirando de los pelos.

—¿Y me vas a dejar aquí? ¿No vas a comer nada? —insiste alzando los brazos.

—No me da tiempo —replico cogiendo una manzana de la mesa. Le doy un mordisco con el que salivo y le tiro las llaves del colgador. Las coge al vuelo desconcertado—. Cierra tú.

Y sin más, cierro la puerta y me meto veloz en el ascensor.

No tengo nada hasta media mañana. Sandra me ha pedido que la recoja porque la reunión con el cliente es cerca de su casa en Majadahonda. Tengo suficiente tiempo como para acercarme a los estudios del canal donde trabaja Eva y ver cómo se encuentra. Mientras se despejaba el tráfico en mi calle y esperaba en la puerta del garaje, he escrito a Vicky y a Carmen contándoles la situación. Ninguna lo había visto todavía. Están tan alucinadas como yo.

La red social es un hervidero de opiniones para todos los gustos sobre mi amiga y el marquesito. Algunos la ponen de trepa para arriba y otros defienden que entre ellos ha surgido el amor. Si tan solo la conocieran como nosotras.

Me entristece que Eva se haya hecho algo más famosa por su empeño en llevárselo a la cama. Al final, está visto que lo ha conseguido. Pero el precio parece demasiado alto. No sé cómo lo estará encajando. Me la imagino dando voces a diestro y siniestro en la redacción mandando a freír churros a todo el mundo.

Un buen rato después, llego a su lugar de trabajo. Hay cola para entrar en el parking pero cuando me voy acercando, escucho gritos más adelante. La barrera de la garita se baja delante de mi parachoques y descubro un corrillo de gente frente a las puertas del edificio. Bajo la ventanilla para escuchar al hombre de seguridad pero no puedo apartar los ojos del tumulto porque ya sospecho lo que es.

Una cabeza camina en mitad de todos. Abro la puerta y salgo del coche.

—¡Eva! —chillo todo lo que puedo—. ¡Eva!

Mientras el hombre no deja de gritarme a mí también, mi

amiga se hace paso entre varios reporteros y se topa con mi mirada. Nos observamos sin que haga falta decir nada. Rápidamente, se lanza a la carrera en dirección a mi coche.

Me meto de prisa poniéndome el cinturón y preparando la marcha atrás. Eva entra en el asiento del copiloto como un rayo y cierra la puerta con estrépito ante la decena de periodistas que casi se embalan contra mi coche.

Arranco y salimos de allí entre flashes, aclamaciones y pitidos de los coches de la zona.

No abro la boca, no sé qué decir. No paro de lanzar miradas al retrovisor por ver si nos sigue alguien. Voy directa hacia su piso que está unas calles más abajo en el mismo barrio. Antes de que se me ocurra qué preguntar, Eva se echa a llorar desconsolada a mi lado. La miro un par de veces sin poder salir de mi incredulidad. Se encoge en el asiento enterrando la cara entre las rodillas.

Mi mano va derecha hacia la suya y se la estrecha con sincera compasión. De todas las posibles, no me esperaba esta reacción.

Se ha encogido aún más cuando hemos entrado en su garaje. Creo que ninguno de los reporteros de la entrada la ha visto así que estos igual no saben que ya está en casa. Sentada sobre el sofá y llorando desconsolada estrechando un cojín entre sus manos como una niña pequeña.

No obstante, estoy equivocada. Llaman al portero automático un par de veces. Me aproximo a cogerlo pero un grito de advertencia de Eva me detiene en el acto.

—¡No, no cojas!

Asiento y vuelvo a su lado.

La dejo llorar un poco más. Le ha dado un ataque, no puede parar. Ha intentado decir algo pero no he entendido nada entre sus balbuceos así que le he traído un vaso de agua que he dejado en la mesita y aún ni ha tocado.

Un poco después, parece calmarse. Se suena los mocos con los pañuelos que le tiendo. Mientras lo hace, le aparto el pelo de la cara y le acaricio los brazos confortándola. Me da muchísima pena verla así.

—Lo siento, Carla —consigue articular roja y desconsolada—.

Lo siento muchísimo, se me fue la olla.

—Chisst —interrumpo estrechándola más fuerte—. Déjalo Eva, ya lo hablaremos.

—Me ha estado llamando —prosigue limpiándose las lágrimas—. No le he hecho ni caso.

Sí que le ha costado admitir algo por fin.

—Lo sé, me lo ha dicho.

—Debería llamarlo —reconoce muy triste—. Tengo que pedirle perdón.

No sé si eso es lo más recomendable ahora mismo. Manu no va a recibir sus disculpas con los brazos abiertos y menos después de todo este circo. Aunque supongo que se lo debe.

—Sí, hazlo —recapacito en voz alta—. Lo ha pasado muy mal, le gustas mucho.

Eva asiente cabizbaja.

—Lo sé.

—Es muy enamoradizo.

—Oh...

Eso parece sorprenderla, igual que me ocurrió a mí.

—Tú pídele perdón y ya está —aconsejo limpiándole unas lágrimas con los dedos—. Os vendrá bien a los dos. Él se olvidará de ti y tú te sacarás el come come que tienes dentro.

Así podrán terminar esta historia de una vez y me dejarán tranquila.

—Nunca nadie me había llamado tanto —confiesa—. Es muy buen chico.

Asiento.

—Es una pena que no congeniéis. Hacéis buena pareja pero imagino que el sexo es algo demasiado fundamental como para pasarlo por alto.

Noto cómo su cuerpo se queda rígido bajo mi abrazo.

—¿Qué pasa?

Eva esconde los labios. Me mira y diría por su mirada que parece arrepentida por algo.

—Te mentí.

Dejo caer mis brazos.

Siempre ha estado empeñada en decirme que Manu no era

como esperaba en la cama, que le había decepcionado y que no quería volver a verlo jamás. De hecho, es por eso por lo que no quiso acostarse con él cuando quedó para darle celos al marqués. O eso creía.

—¿No tiene una lengua y unas manos torpes?

—Torpes —repite sonriendo por primera vez desde que hemos entrado en su casa—. Tiene una lengua más que portentosa. Sobre todo donde ya te imaginas.

—¡Eva! —no quiero saber eso de Manu—. ¿Por qué me mentiste?

Ella se aparta un poco tirando el cojín a un lado y frotándose la cara con las manos. Si antes se había estropeado el maquillaje llorando, ahora está hecha un cromo.

—Porque, en parte, me ayuda a razonar y a mentirme a mí misma.

—No te entiendo.

El portero automático vuelve a sonar pero no le hacemos caso.

Eva resopla o más que resoplar, bufa y da un buen trago al vaso de agua. Después vuelve a mí con gesto hosco.

—No quiero sentir nada por ningún tío, Carla. ¿Es que no lo ves? No quiero que me hagan daño, no como la otra vez —su gesto se ablanda un poco, como si fuera a volver a llorar—. No puedo soportarlo.

Las lágrimas vuelven a brotar y yo le tiendo otro pañuelo. Me está dejando atónita. Creía que conocía bien a Eva pero está visto que no. Es mucho más sensible de lo que creía y nunca imaginé que aquel suceso en la universidad con Susana la hubiera marcado tanto.

Tuvo que estar muy enamorada de aquel chico como para que haya dejado de confiar en los hombres tan rotundamente y haya optado por cerrarse en banda a abrirse a ninguno. Pero no se puede vivir así, es insostenible.

—Eva si te gusta alguien, no puedes borrar ese sentimiento y hacer como si no pasara nada.

El portero no para de sonar.

—¡Sí que puedo! —se defiende airada—. Lo llevo haciendo todos estos años y me ha ido muy bien.

—Hasta hoy —le recuerdo.

Su rostro se contrae de nuevo y se echa a llorar sobre mi hombro.

—Es la mayor putada de mi vida, Carla, ¿qué voy a hacer?

Caminar con la cabeza bien alta, ¿qué va a hacer? No ha matado a nadie, solo se ha acostado con un famoso y ni siquiera por su fama o por querer notoriedad. Morbo, simple morbo y deseo sexual.

Mi móvil vibra sobre la mesita. Suelto a Eva con delicadeza y descuelgo. Es Vicky.

—Somos nosotras. Estamos abajo.

Me levanto corriendo y aprieto el botón del auricular.

—¡Qué haces! —chilla Eva fuera de sí.

—Son Carmen y Vicky.

—Ah...

Sí, está tan sorprendida como yo. No me imaginaba que fueran a venir y menos tan pronto.

Un par de minutos después, les abro la puerta de la casa. Señalo el salón y ellas entran temerosas de lo que se van a encontrar. En cuanto las ve, Eva llora aún más. Se sientan una a cada lado y la cogen de las manos dejando que los pucheros sigan su curso. Yo tomo asiento en el puf frente al sofá.

—¿Qué hacéis todas aquí? —pregunta sonándose los mocos—. ¿No trabajáis nunca?

Las tres nos reímos al unísono y procedemos con nuestras explicaciones.

—Yo he dicho que llegaba más tarde —comenta Vicky después de mí.

—Y yo no tengo que ver a nadie hasta esta tarde —dice Carmen.

—¿Qué ha pasado, Eva? —pregunta Vicky con suavidad—. ¿Os habéis liado de verdad?

Eva vuelve a dar un sorbo a su agua y asiente con la cabeza.

—Fuimos a cenar el sábado y acabamos en su casa —reconoce—. Me propuso volver a vernos y no me importó. Quedamos ayer para tomar un par de copas y volvimos a su casa otra vez. He vuelto de madrugada. No sabía que nos estuvieran siguiendo. Si hubiera sabido algo de esto...

—Ya es tarde —concluye Vicky poniendo mala cara—. ¿Piensas seguir viéndolo?

—¡No! Ya no, después de esto nunca más —niega en rotundo

—. Yo solo quería un polvo.

—Pues si te hubieras conformado con uno, igual esto no hubiera sucedido porque las fotos solo son de anoche —asegura Carmen con la vista fija en su móvil.

Eva se lleva las manos a la cabeza.

—No puedo salir ahí fuera —lloriquea—. ¿Cuándo voy a poder hacerlo sin que me acosen como a una famosilla casposa? Yo no tengo nada que ver con eso.

Vicky pasa su mano por la espalda dándole ánimos.

—¿Qué te han dicho en el trabajo?

Eva sacude la cabeza.

—Eso es lo peor de todo. Me han ofrecido un dineral por salir y contarle todo. Se han vuelto locos.

—Tú mejor que nadie deberías saberlo —apunto sincera—. Te dedicas a ello.

—¡Pero es de locos pensar que yo lo haría!

—Todo el mundo tiene un precio.

—¡Carla! —me reprende Carmen.

—¡Es verdad!

Vicky pone los ojos en blanco.

—¿Y tú qué les has dicho?

—Que no, que por encima de mi cadáver. No tengo ningún interés en hacerlo. Podría sacar un buen pellizco pero a la larga me va a perjudicar muchísimo. Ya no tendré credibilidad profesional en ningún medio —cierra los ojos afligida—. ¿Cómo me he metido en esto?

—¿Ves, Carla? —Vicky me apunta directamente con dos ojos castaños echando chispas—. Si en tu mundo se enteraran de lo tuyo, no tendrías tanta suerte. No se te rifarían las televisiones, simplemente te despedirían y nadie volvería a contratarte jamás.

Me quedo boquiabierta.

—Vicky, no es el momento —espeto—. ¿Por qué me torturas tanto? Si lo he hecho y ya no hay vuelta atrás, ¿por qué sigues con esto?

—Porque no le acabas de poner fin.

—A estas alturas... —comenta Eva—. Hecho el daño...

—Es mejor tarde que nunca.

Carmen interviene también.

—Ya sabes, Carla, quien mal anda, mal acaba.

—¡Vale ya! —me levanto nerviosa—. ¿Os habéis aprendido el refranero de memoria? —me cruzo de brazos prestando atención solo a Eva—. ¿Mereció la pena, al menos?

—No mucho. Folla bastante bien pero es tonto perdido. Algo parecido a lo tuyo con Morales.

—Morales —repito sin comprender.

—Decías que era idiota redomado.

—No, no lo es —defiendo alzando la voz—. Está muy lejos de ser un idiota.

Las tres me miran sin comprender.

Me siento excesivamente observada. Decido cambiar de tema para que no pregunten lo que no quiero que pregunten.

—Me ha regalado un móvil —digo finalmente.

Vicky se ríe.

—Qué menos.

—Es la nueva versión de iPhone, la que todavía no está en España.

Vuelven a mirarme, esta vez muy quietas y escépticas.

—La nueva —reitera Carmen.

—Sí, fue una estupidez.

—¿Estás loca? —protesta—. ¡Si no sale hasta el mes que viene! ¿Cómo lo ha conseguido?

—¿Pero qué más dará? Para él este tipo de cosas no son nada. Que me regale un iPhone, un Ferrari o un collar de perlas no le supone nada. No quiero eso de él. Sabéis que no lo quiero.

—Ya, pero a caballo regalado...

—¡Y dale!

—¿Es este? —pregunta Vicky cogiendo mi móvil con curiosidad.

—No, ese es el que me he comprado yo. El suyo lo tiré por la ventana.

Durante unos segundos nadie dice nada pero de pronto, Eva estalla a reír a carcajadas.

—Carla, cada día estás peor —afirma Vicky soltando mi móvil.

Me alegra que al menos mi triste historia le haga gracia a Eva y deje de llorar y compadecerse de sí misma por un rato. No puedo evitar

sonreír de brazos cruzados al verla así.

—¿Qué pasó cuando lo hiciste? Dime que te mandó a paseo —clama Carmen.

—Follamos como locos.

Eva ríe aún más. Se atraganta convulsionándose sobre el sofá. Me entran ganas de unirme a ella pero me contengo. El recuerdo de la cara de Morales al cerrar la ventana, me detiene al instante oprimiéndome el pecho.

—Sois dos enfermos mentales —murmura Vicky.

—¿Y qué íbamos a hacer si no?

Es a lo que nos dedicamos.

—Carla, a ese tío le gustas mucho —afirma Carmen—. Tiene demasiado aguante contigo.

—¡Está encoñadísimo! —ríe Eva.

Eso ya no me parece tan gracioso.

No creo que esté encoñadísimo.

Disfrutamos mucho cada vez que nos acostamos, eso está clarísimo. Pero él no es precisamente el tipo de hombre que se pilla fácilmente. No saben nada de él. Apenas les cuento cosas. Si quiso follarme en aquel momento fue porque por algún motivo incomprensible, lo que hice le puso cachondísimo.

Aún así, que a partir de ahora solo vaya a estar conmigo hasta que me canse de él es un poco peligroso. Me ha dado el control pleno para dejarlo cuando quiera pero el problema es que no me veo capaz. No voy a negarlo. Quiero estirarlo un poco más, hasta tatuarme cada orgasmo compartido para que no se me olvide jamás.

Tengo la sensación de que nunca podría aunque quisiera.

Creo que le estoy dando demasiadas vueltas.

—Igual ese es mi problema.

—¿Cuál?

—Que me lo tomo todo demasiado en serio —confieso—. Igual debería dejarme llevar por una vez.

Eva está entusiasmada.

—¡Eso es!

—Sí, sí, a ti te ha salido muy bien —añade Vicky mirando a Eva.

—Tengo que divertirme.

Carmen mantiene el ceño fruncido.

—Si tú lo dices.

—¿Y por qué no? Solo tengo veintiséis años, si no lo hago ahora, ¿cuándo lo haré?

—Eso es cierto.

Vicky niega con la cabeza pero no dice nada. Creo que la canso mucho con este tema.

—Vicky, cielo —poso mi mano en su hombro con cariño—. Una vez al año, no hace daño.

Sonrío ante su gruñido.

Carmen se ha quedado con Eva después de que Vicky y yo nos fuéramos. Al salir de la urbanización había un buen grupo de periodistas haciendo guardia en la salida del garaje y en el portal. Es impresionante la de público que puede atraer una historia tan estúpida. Sobre todo teniendo en cuenta que no hay historia alguna.

Me volveré a pasar esta tarde para ver cómo está. Hemos conseguido cambiarle el humor por un rato pero ver a Eva en un estado de ánimo tan apático es verdaderamente chocante. No sé cómo se solucionará lo suyo. No he visto que sacara el móvil del bolso en ningún momento para ver si sus jefazos la reclamaban y eso me indica las pocas ganas que tiene de enfrentarse a ellos. Supongo que serán comprensivos. Nadie le ha prohibido nunca mantener una relación sentimental con un famoso, aunque sea a alguien a quien haya entrevistado. Además, les vendrá bien mantenerla para subir audiencia.

A simple vista, no parece todo tan negro.

«Morales: “¿Estás viva?”».

No se me ha olvidado el hecho de que he dejado que Morales se volviera a llevar mi segundo juego de llaves. Lo he recordado en cuanto he vuelto a casa al anochecer. Estaba todo recogido y ordenado como si aquí no hubiera pasado nada. Sin embargo, no hemos vuelto a hablar en todo el día y debería reclamárselo.

«Carla: “Hello”».

«Morales: “:-)”».

No sé por qué sonrío.

«Morales: “¿Qué tal tu amiga?”».

«Carla: “No muy bien”».
«Carla: “Se ha liado una muy buena con esto”».
«Morales: “Sales en la tv”».

Pongo el grito en el cielo. ¿Qué dice?

«Carla: “¿¿Dónde??”».
«Morales: “Hay vídeos en Twitter”».
«Morales: “Estabas en el coche”».

Rápidamente, abro el portátil en el sofá y reviso los vídeos relacionados con el *hashtag*. Encuentro unos cuantos y me quedo pasmadísima cuando me veo saliendo a toda mecha de los estudios y en otro vídeo entrando en su casa. ¡Qué horror! ¡Qué pálida! ¡Y qué vergüenza!

«Morales: “Te llaman la rapunzel ibérica”».

No puedo abrir más la boca ni los ojos. Rebusco por todos los tuits intentando encontrar algo parecido a lo que ha dicho pero nada ni nadie hace especial mención a mí. Solo me identifican como “una amiga», “una cara desconocida”, etc. Pero nada más.

Vale.

Ya creo oír volar sus carcajadas desde donde esté hasta mi casa.

«Carla: “Idiota”».
«Morales: “Pero a que te has acojonado”».
«Morales: “:-)”».

Pues claro que sí. Tengo pánico a la pérdida de intimidad. Nunca podría dedicarme a lo que hace Eva. No podría soportar que me reconocieran en la calle y me señalaran con el dedo. No llevo muy bien eso de ser el centro de atención en nada. No me gustaría que me mirasen como miran a Eva.

«Carla: “¿No tienes nada mejor que hacer que mirar tonterías

en internet?”».

«Morales: “La verdad es que estoy trabajando”».

Menuda novedad.

«Carla: “No”».

«Carla: “Estás hablando conmigo”».

«Morales: “Puedo hacer las dos cosas a la vez”».

«Morales: “Más o menos...”».

«Carla: “Creía que los hombres no podíais hacer eso”».

«Morales: “Pero yo soy *multitasking*”».

Me río yo sola repantingada sobre el sofá.

«Morales: “Como cuando te meto los dedos en el coño y la polla en el culo al mismo tiempo”».

Vale, se nos está yendo de las manos. Antes de que pueda cortarle, sigue escribiendo.

«Morales: “¿Me das tus bragas?”».

Sigo con posibilidad de negarme. No creo que espere que diga lo contrario.

«Carla: “No”».

«Morales: “¿Por qué te molesta tanto?”».

Lo raro sería que no me molestase.

«Carla: “No me gusta que nadie vaya por ahí coleccionando mis bragas”».

«Morales: “Yo”».

«Morales: “Ni soy nadie”».

«Morales: “Ni las colecciono”».

«Morales: “¿Qué crees que hago con tu tanga?”».

Uf, vete tú a saber. Sigo empecinada en lo mismo.

«Carla: “No quiero saberlo”».

«Morales: “Deja de ser tan rancia”».

La cara me hormiguea de vergüenza al leerle.

«Morales: “No puedo hacer nada”».

«Morales: “Porque estaban en la piscina”».

«Morales: “Están lavadas”».

Tanto mejor, entonces.

«Carla: “¿Para qué las quieres sucias?”».

«Morales: “Sucias no”».

«Morales: “Pava”».

«Morales: “Usadas”».

Será bobo. No soy ninguna pava. Al menos, ahora no.

«Carla: “¿Y de qué te sirve?”».

«Morales: “Para olerlas”».

«Morales: “Y ponerme cachondo con lo bien que te huele el
coño”».

Inspiro taquicárdica por la nariz intentando controlar la
respiración.

«Morales: “Cómo me gustaría volver a comértelo enterito”».

«Morales: “Ñam”».

«Morales: “Ñam”».

Sí, eso mismo es lo que estoy pensando yo porque es
imaginármelo y me ruge la entrepierna.

«Morales: “¿Qué llevas puesto?”».

Oh, sí. Allá voy.

«Morales: “Si son los ponis”».

«Morales: “No me lo digas”».

«Morales: “Invéntate algo”».

Qué frustrante. Es como si me leyera el pensamiento.

«Carla: “Acabo de salir de la ducha”».

«Carla: “Iba a vestirme”».

«Morales: “Estás desnuda”».

Y dispuesta a todo.

«Morales: “¿Llevas el pelo suelto?”».

«Carla: “Sí”».

Lo acaricio, distraída.

«Morales: “Quiero follármelo otra vez”».

«Morales: “Ven a mi casa”».

Pobre desalmado. Me tiene por una sumisa.

«Carla: “Ven tú”».

«Morales: “No puedo”».

«Morales: “Tengo que terminar esta mierda de *ppt*”».

«Carla: “¿Y por qué lo has dejado para última hora?”».

No voy a preguntarle por qué lo hace él en vez de pedir ayuda a su secretaria. Ya no sé si es orgullo, falta de delegación o masoquismo pero me juego lo que sea a que también disfruta con ello.

«Morales: “No he tenido tiempo”».

«Morales: “Estoy cansado”».

Como para no estarlo. Ni siquiera entiendo cómo se tiene en

pie y saca fuerzas para follarme cada vez que me ve. Con su nivel de vida, a mí ya me habría dado un jamacuco.

«Carla: “¿Ayer dormiste?”».

«Morales: “No mucho”».

Mi humor se apaga sorprendiéndome hasta mí misma.

«Morales: “Pensé que podría pero tu culo me distraía”».

No lo comprendo. No hice nada, yo sí que me quedé dormida enseguida.

«Carla: “¿Por qué?”».

«Morales: “Porque simplemente estaba ahí”».

Mi boca se abre levemente ante su texto.

Desconozco qué se supone que debo decir ahora pero me ahorra cualquier estupidez desconectándose. Espero un poco por si retoma la conversación pero no lo hace. Me decepciona. Al contrario de lo que quisiera, me gusta jugar a esto pero es evidente que a él se le han quitado las ganas. No voy a insistir en que vuelva. No pienso hacerme de rogar.

Maldito Morales.

Estaba a medio camino de un acertadísimo orgasmo que me habría dejado rota y más que preparada para caer dormida como un tronco.

Sandra y yo vamos a pasar el día en un evento del sector tecnológico. Un fabricante de software celebra su evento anual reuniendo a miles de clientes en el Palacio Municipal de Congresos. Tras registrarnos, vamos en busca de la lista de *prospects* que nos hemos preparado para salir al ataque.

No paramos de dar vueltas saludando a los ya conocidos y presentándonos a quienes les puedan interesar nuestros servicios.

Mientras repasamos nuestros logros a media mañana tomándonos un café, recibo un *e-mail* de mi tío. No me preocupo en exceso porque si fueran muy malas noticias estoy segura de que me llamaría otra vez.

En el correo me indica que César sigue en Santander y se pasa el día en el bufete poniendo orden en el despacho de Ravel. Con ayuda de financiero y otros departamentos está intentando que las cosas marchen lo mejor que pueden. Mi tío se pasa por allí antes de ir al banco. Dice que César está tan perdido como si hubiera ido yo pero que está haciendo todo lo posible por sostener el negocio durante estos días. Ya han celebrado una reunión con todos los empleados explicando la situación y me advierte de que el mal humor y la inactividad se han extendido por toda la plantilla.

Si mi padre levantara la cabeza, me daría una buena colleja antes de volver a su sitio. Estas no son formas de hacer las cosas. Si la empresa se ha sostenido e incluso ha aumentado su facturación durante todos estos años ha sido gracias a Ravel. Nunca me he sentido atraída por el derecho y aún menos cuando ocurrió aquello. De haber estudiado la carrera, el mundo de la abogacía me habría recordado demasiado a mi padre.

Igual tendría que acercarme allí y poner de mi parte pero no sabría ni por dónde empezar. Necesito que mi tío siga ayudándome en esto, y ahora más que nunca que Ravel no está. De él, me indica que no hay novedad alguna.

Antes de comer, pasamos por un *stand* familiar. IA Software es uno de los principales patrocinadores del evento. Tienen un espacio propio que está abarrotado de gente por todas partes. En un rato les toca dar una charla en la sala principal.

Hay varios empleados de la empresa atendiendo a los visitantes. No andaba muy mal encaminada cuando pensaba que IA solo contrataba gente joven y guapa. La verdad es que hay de todo pero la mayoría parecen bastante jóvenes y ante todo, pacientes y atentos con todos.

Una cabeza morena flota entre la gente y atisbo unos bonitos ojos grises apuntándome. Sandra ha insistido en venir a verle. De no ser porque le enseñé su tarjeta, es muy posible que pensase que nunca llegué a conocerlo. Sigue incomodándose mucho lo que se pueda imaginar Sandra de esta relación.

Juanjo se abre paso ante nosotras.

—Hola, Carla —me saluda muy contento con dos besos en las mejillas—. Te he visto acercarte pero estaba al teléfono. ¿Cómo estás?

—Muy bien —contesto devolviéndole la sonrisa.

Hablar con él es más fácil que hacerlo con Morales porque con Juanjo, al menos, puedo concentrarme en lo que digo.

—Te presento a Sandra Martín, también forma parte del equipo comercial de McNeill.

Ambos se saludan con dos besos afables.

—Soy la responsable del área tecnológica, banca y motor.

Eso es Sandra, marcando terreno. Que se note que no eres una mindundi como yo.

—Lo sé —asiente Juanjo—. Sigo vuestra cuenta en LinkedIn y vi vuestros perfiles.

Cada día tengo más claro que todos estamos expuestos a todo el mundo.

—Sí, es una buena red para hacer negocios. ¿Cómo va todo por IA? Carla me ha dicho que estáis contentos con las ideas que os proponemos.

—Efectivamente —afirma con las manos en los bolsillos—. Estamos dando un salto importante en los medios y las redes sociales con

vuestras propuestas. Creo que es bueno que como agencia seáis activos y no os limitéis a seguir nuestro plan a rajatabla. Nos gusta escuchar lo que tengáis que decir.

Sandra se tiene que estar corriendo de gusto.

Esto es lo que llamaría el cliente de mi vida. Aunque yo lo digo en varios sentidos.

—Fantástico, en ese caso ya no te agobio para pedirte más presupuesto.

A veces tendría que pensar las cosas antes de decirlas en voz alta. Juanjo simplemente sonríe comedido y hablamos un rato sobre lo que vamos a seguir haciendo juntos.

—Me gustaría que viéramos la posibilidad de organizar un evento como este el año que viene —comenta Juanjo poco después—. El negocio va muy bien y nunca hemos tenido la necesidad de hacer algo así pero creo que por imagen nos vendría bien.

—Podríais hacer un evento conmemorativo —opino dándole un par de vueltas—. Se cumplirán once años desde que se fundó la empresa.

—Eso está muy bien —murmura.

—Sirve como motivo principal para invitar a los clientes.

Sandra asiente guiñándome un ojo aprobatorio. Espero que Juanjo no lo haya visto.

—¿Qué te parece si te pasas en una o dos semanas por IA y lo hablamos?

—Allí estará —se me adelanta Sandra.

No puedo evitar asesinarla con los ojos pero ella me ignora.

—He visto que tenéis una ponencia —señala—. Nuestro *community manager* la irá retransmitiendo.

—Sí —confirma Juanjo—. Morales estará al caer.

Eso me sorprende dada su posición.

—¿Suele venir a este tipo de actos?

—No, lo agobian un poco porque nadie lo deja tranquilo —nos explica sonriente—. Pero la ponencia la da él.

Sandra y yo levantamos la acreditación que lleva colgada del cuello. Le damos la vuelta y leemos la agenda. Efectivamente, el ponente de la sesión de IA es Daniel Morales.

—Es normal, a quien quieren oír todos es a él —admite Juanjo

—. Morales es quien mejor explica lo que hace IA y a él no le importa. En cuanto termine, se irá de nuevo a la oficina.

—Claro, de lo contrario se le acumulará el trabajo —añado irónica.

—Eso es —ríe Juanjo—. Veo que ya lo vas conociendo.

Yo también me río pero no creo que ninguno de los dos que tengo delante me hayan pillado el chiste.

Alguien se acerca reclamando a Juanjo en otro sitio y este se despide de nosotras quedando en buscar un día para volver a vernos.

Sandra me coge del brazo con suavidad y nos saca de las inmediaciones del stand.

—Quiero que te lleves a alguien del departamento de eventos a esa reunión —me dice en voz baja por los pasillos.

—No puedo, siempre quieren que vaya sola.

Sandra resopla.

—Ya te lo expliqué. Fue decisión del cliente.

Ella se cruza de brazos con cara de perro.

—A ver si van a querer aprovecharse de tu inexperiencia y abusar con los precios, Carla.

Ahora la que resopla soy yo.

—No lo han hecho hasta ahora, han sido muy razonables en todo.

—Tú propónselo a Juanjo —dice señalándolo con la cabeza—. Parece más sensato que el otro.

—Quien manda es Morales.

—No tienes el discurso de eventos, es mejor que alguien te apoye —insiste, cabezota—. Y ya que a mí me tienen vetada la entrada, que vaya otro.

Hago un esfuerzo incontrolable por contener la risa y doy un par de pasos para acercarnos al siguiente cliente. Sin embargo, Sandra no se mueve.

—¿No nos vamos?

—Habrá que saludar a Morales —contesta convencida—. Ahora es el cliente que más dinero te da, un mínimo de cortesía, ¿no?

Tiene toda la razón del mundo pero esperaba poder evitarlo en cuanto nos han dicho que se iba a presentar aquí de un momento a otro.

Aún tengo tiempo de evitar cruzar palabras con él.

—Voy al baño, ahora vuelvo.

Sandra vuelve a engancharme del brazo y me impide seguir con mi escabullida.

—Sé profesional, Carla. ¿Todavía te pone nerviosa?

Eso es poco.

Son como pequeñas insuficiencias cardíacas cada vez que se me acerca. Luego ya, cuando me toca, simplemente me vuelvo insustancial.

—Gerardo ya ha conseguido el contacto de Virginia —me tenso de nuevo al escuchar su nombre—. Dice que quiere llamarla él mismo.

Mejor. Me acaba de quitar un buen peso de encima.

Seguro que se corta mucho más con las explicaciones que vaya a darle a un director general que a mí, su propia homóloga. Ahora estoy más que convencida de que hubo algo entre esos dos. En teoría, no debería seguir habiendo nada pero después de la fiesta en Neptuno y la escueta conversación que escuché ayer, veo que ambos siguen manteniendo el contacto de forma regular. ¿Discutirían por algo? ¿Tan mal acabó como para que influyera de lleno en su trabajo?

Yo creo que no lo estoy haciendo tan mal. Puedo dejarlo cuando quiera. Se supone que tengo el control y eso me da cierta seguridad.

Me muerdo una uña ensimismada. Es muy curioso, él me ha otorgado el mando y aún así, no creo estar controlando absolutamente nada.

Después de varios minutos esperando a Morales y ver que por allí no aparecía nadie que se le pareciera, Sandra y yo hemos continuado nuestro camino. Sin embargo, no puedo resistirme a la oportunidad de ver a Morales el hombre de negocios en acción. Solo tengo que colarme en el salón de actos capacitado para más de mil personas y escabullirme en algún sitio alejado del escenario para que no me vea.

Y eso es justo lo que hago después de dejar a Sandra con unos viejos conocidos del sector. La sala está abarrotada, he tenido mucha suerte de encontrar un asiento libre. Algunas de las personas que siguen entrando no tienen más remedio que quedarse de pie junto a la entrada. El murmullo incesante de voces de pronto se ve interrumpido por centenas de aplausos a

la entrada de Morales en el escenario.

Estoy muy lejos, me estiro sobre mi asiento para verlo bien pero en cuestión de segundos, la pantalla gigante de la sala retransmite su encantadora sonrisa de bienvenida. Me desinflo literalmente hasta que creo que me sale joroba. Pero no soy la única.

—Uy, el niño. No sabía que ganara tanto en directo —comenta una señora a mi lado riéndose con su compañera.

Yo también río y las tres nos miramos cómplices dando por hecho que todo el público femenino ha tenido que pensar lo mismo.

Hoy está para comérselo. Traje *camel*, camisa azul claro y corbata azul marino. Diría que hasta se ha intentado peinar. Lo tiene demasiado largo, le aconsejaría cortárselo pero a mí me viene muy bien tal y como está.

Su discurso no se hace esperar una vez que se coloca el micro y se hace con un pasa diapositivas en la mano. Empieza a hablar y hablar y hablar y yo no entiendo nada de lo que dice. Es demasiado técnico pero todos los que están conmigo lo son igual que él y le escuchan y observan maravillados. Morales se pasea por todo el escenario muy cómodo y haciendo algún que otro chiste de negocio que sigo sin entender pero a los que los demás responden con sonrisas copartícipes. Abandono por un momento sus andares de orador sensual y profesional y me concentro en la sala. Parece que la gente contiene la respiración. Solo tienen ojos para él y su presentación. ¿Sería esto lo que preparaba anoche? Me muero por preguntárselo ahora mismo.

No, no puedo ser tan mala. Está trabajando. Me pregunto qué ocurriría si le llamase ahora al móvil. ¿Lo hago? No, no. Me voy a estar quietecita. Probablemente ni lo llevará encima.

¿Qué más da? A mí me puso de los nervios cuando nos reunimos con Juanjo y también estaba trabajando. Saco el móvil del bolso y lo primero que hago es bajarle brillo a la pantalla. Más me vale que nadie me vea escribiendo esto.

«Carla: “¿Por esto me dejaste colgada anoche?”».

Apago el móvil y me recuesto en el asiento pensando en la cara que va a poner cuando lo lea y sepa que he estado aquí.

Pero unos segundos más tarde, espantada y horrorizada

perdida, veo cómo sin dejar de hablar, se saca el móvil del bolsillo y lee la pantalla. Ay mi madre, que no le dé por hacer una tontería como la que acabo de hacer yo. Qué ida de pinza más grande. En ningún momento se me ha ocurrido pensar que lo fuera a leer en directo.

Por suerte, lo único que hace es volver a meterse el móvil en el bolsillo y sonreír a la pantalla callando el discurso. Creo que se ha perdido. Me muero. Casi me resbalo por el asiento de cómo me estoy encogiendo.

Después de un silencio sepulcral en la sala, Morales carraspea y vuelve a retomar lo que estaba diciendo. Suspiro calmada.

—Niña, ¿estás bien?

La señora de al lado me mira preocupada.

—Sí, sí —susurro abanicándome con la blusa—. Es la calefacción, hace mucho calor.

—Tienes razón. Alguien debería bajarla. Cuando salgamos ahí fuera vamos a pillar una pulmonía.

Alguien nos chista desde el fondo. La señora se calla en el acto y yo sonrío cortés guardando el móvil para evitar hacer más chorradas.

Qué mal rato he pasado. Casi me lo imagino llamándome en directo para decirme cualquier guarrada. Qué cosas más raras hago últimamente. Yo antes no era así. Creo que cada día me parezco más a Eva. Este hombre me está llevando a su terreno de una forma muy peligrosa.

Estoy por levantarme e irme. Total, yo aquí no pinto nada pero mi cerebro se resiste a imponer órdenes a mis piernas. No puedo dejar de mirarlo como hacen el resto de los asistentes. Aunque dudo que por los mismos motivos. Parece tan entendido, tan competente... Esos aires de experto y esa forma de emanar seguridad y sabiduría me tienen completamente pegada al respaldo. Nunca lo había visto en plena acción. Me refiero en lo profesional. En lo otro ya sé que es condenadamente bueno pero en esto me deja también fascinada.

De vez en cuando, sonrío y me entran unas ganas tremendas de correr ahí abajo y obligarle a que me vuelva a meter la mano entera. Pero antes de que se me ocurra cualquier otra barbaridad, la gente aplaude dando por terminada la conferencia. Lo hacen entusiasmados. Esto parece los Óscar.

Es un maldito genio.

No me queda mucho hasta llegar a casa pero estoy metida en un atasco impresionante. Tendría que haber salido antes pero Sandra no me ha dado tregua saltando de *stand* en *stand* y repartiendo tarjetas como dos desesperadas. Al final, se me ha hecho tarde y no he pasado por casa de Eva. Lo último que sé de ella es lo que he leído por internet y lo que me ha contado Carmen.

Según internet, Eva está desaparecida. Algunos creen que ha salido de su casa escondida en un coche y ya no se sabe por dónde para. El marqués, por su parte, sigue con sus idas y venidas sin dar declaración alguna. Carmen me ha asegurado que, por supuesto, Eva sigue encerrada en su casa. Se pasa el día en pijama bajo la manta del sofá y está destrozada. Ha conseguido sacarle alguna carcajada pero en cuanto vuelve a pensar en lo ocurrido o pone la tele, se echa a llorar sin remedio.

Al parecer, ya ha hablado con su jefe. Siguen empeñados con la oferta de que salga a contar su historia. Pero ella se sigue negando y me alegra que lo haga.

Cuando por fin consigo salir por una zona más descongestionada, empiezo a darme cuenta de que me están siguiendo.

Un coche por detrás de mí, hay otro color negro que toma la misma salida que yo, dobla por donde lo hago yo y entra en las mismas calles que yo. Si bajo la velocidad, la reduce también y si pongo los intermitentes, me vuelve a imitar. Me pondría del hígado si no sospechara ya que tiene un hermoso felino de fauces abiertas en el parachoques.

Otros dos coches se interponen entre nosotros pero es inútil que me dedique a dar vueltas por Madrid para marearlo y que me deje tranquila. A estas horas, iré a diez por hora por todas partes con la cantidad de tráfico que hay. Suspiro resignada y entro en mi calle. No me ha llamado en ningún momento, ¿se piensa que no me he dado cuenta y me va a sorprender?

Lo que de verdad me sorprende es que se haya quedado tanto

tiempo en el evento. Hemos intentado ir a saludarlo como Sandra quería en un par de ocasiones pero ha sido imposible. Siempre estaba hablando, reunido y rodeado de gente.

Abro el garaje con el mando y veo por el rabillo del ojo que el Jaguar está con las luces de emergencia unos pocos metros más al fondo. Sigue sin decirme nada. Me entra la risa. Este hombre es de lo que no hay.

Bajo la ventanilla del copiloto y me enfrento a dos faros cegadores que me apuntan directamente. Hago un gesto con la cabeza invitándolo a entrar. No tengo que esperar mucho. Morales sale por la puerta sin dejar de mirarme sonriente y se acerca hasta mi coche. Creo que ya me estoy relamiendo.

—¿Qué quieres? —pregunto todo lo diligente que puedo una vez que se sube y vamos entrando al garaje.

—Me estás pidiendo guerra, nena.

—¡Qué dices, enfermo!

—Me estabas provocando.

—No, te estaba incordiando.

—¿Y cómo se te ocurre hacerlo en mitad de una ponencia?

Voy dando vueltas por el garaje sin poder salir de mi asombro.

—Tu a mí también me tocas los pies trabajando —pero con lo que más satisfecha me siento es con su reacción—. Te has puesto nervioso, ¿eh? ¿Pongo nervioso a Daniel Morales?

No contesta. Giro un segundo la cabeza para ver cómo me observa impasible.

—Sí —admite finalmente—. Como lo podía haber hecho cualquiera. Casi pierdo el hilo de lo que decía.

Aún así, lo ha sabido recuperar como el profesional que ya esperaba que fuera.

—Lo has hecho muy bien —reconozco mientras aparco en mi plaza.

—¿Te ha gustado?

Sí, sí, ha dicho unas cosas interesantísimas.

—Pues me debes unas bragas.

Subo el freno de mano antes de tiempo y el coche nos zarandea.

—¿Por qué?

—Por tocarme los huevos.

Estallo en carcajadas. Todavía cree que puede amansarme.

—¡Lo que tú digas!

—¿En serio? —pregunta sin creérselo ni él.

—Y una mierda.

Salgo del coche.

Abro la puerta de atrás para sacar mi abrigo y mi bolso, y al darme la vuelta, veo que lo tengo casi pegado a mí. Tiene las manos en los bolsillos. No hace intento alguno de tocarme pero el espacio entre los dos es casi inexistente. Sus ojos vagan perdidos por los míos y después por mi boca. Me entra un calor muy tonto.

—Deja de perseguirme —susurro como puedo.

Sus labios se curvan un mínimo.

—Es lo que querías.

—No.

Su cuerpo se inclina y todos mis sentidos se alertan. Lo hace muy lentamente sintiéndome empequeñecer ante su figura. Entorna los ojos privándome de un jade hambriento.

—No me dejas ver a nadie más.

Mi corazón bombea doloroso.

—Eso no significa que puedas plantarte aquí siempre que quieras sexo.

—Acostúmbrate —murmura a un hálito de mi boca.

Me está poniendo a mil. Está ahogando el motor que tengo en el pecho y aún ni me ha rozado.

—No.

—Fue tu decisión, Carla —jadeo. Mi nombre en sus labios suena diferente—. Asume las consecuencias.

Justo cuando está a punto de besarme y siento el chispazo de electricidad estática entre nuestros labios, baja la cabeza y exhala por mi cuello.

Mi piel reacciona palpitando. Su aliento candente se fusiona con la combustión que emanan todos mis poros. Quiero que se arroje contra mí y me ponga contra el coche pero no lo hace. Su control me exaspera.

—¿Quieres que te toque? —susurra en la base de mi cuello.

No puedo hablar y tampoco quiero. Sabe lo que deseo, no voy a suplicar.

Me humedezco los labios, que se secan como el desierto siempre que lo intuyen cerca. Bordea mi piel ascendiendo por el otro lado para encontrarse junto a mi oído. Inspira empapándose del olor de mi cabello y el suyo me roza la mejilla arrojando el picazón directo a mi entrepierna.

—¿Quieres que te toque o no?

Tengo el pulso tan encabritado que tiene que estar oyendo mis latidos a través del vestido. Me retumban en la cabeza. Acosan a mi razón adormeciéndola. No voy a poder aguantar esto mucho tiempo.

Morales echa la cabeza hacia atrás. No parece de muy buen humor. El brillo ha vuelto a sus ojos y centellean vapuleándome.

—Trágate el puto orgullo de una vez y dime lo que quieres.

Pestañeo. Esto va en serio. No va a mover un dedo sin que se lo pida. Me tiemblan las piernas. Ante la orden tajante de su voz y las ansias de comérmelo entero.

—Quiero que me la metas tan al fondo que se atasque dentro.

Su sonrisa vuelve y mis fuerzas flaquean sosteniéndome en pie a duras penas.

—¿Aquí?

Mis ojos saltan de esquina en esquina en busca de posibles mirones. No hay nadie más en el garaje aparte de nosotros pero prefiero no arriesgarme.

—No.

Morales reprime lo que podría haber sido una risotada.

Al fin, me clava los dedos en la cadera y me empotra contra la puerta. Mi abrigo y mi bolso quedan aplastados entre nosotros. Sus labios encuentran los míos con intrusión desmedida y yo enredo mis manos en su mata de pelo castaño. Me besa saciando su sed con una lengua desenfrenada.

Una mano libera mi cadera dolorida y me recoge el vestido. Sus dedos acarician mi bajo vientre antes de empaparse con mis fluidos entre mis labios. Patinan literalmente. Desde que conozco a este hombre soy una fuente de fluidos corporales excesivos. Juega con mi clítoris en círculos y pequeños tirones que amenazan con arrancarme el éxtasis de golpe.

Pero se detiene con mi primer jadeo incontrolado. Su boca se despegas de la mía y ambos soltamos el aire que compartíamos entre

lenguas babeantes.

—¿Seguro que no quieres esto aquí?

Niego enérgica con la cabeza. Me dedica una sonrisa malévola.

—Pues como que me llamo Daniel Morales que te corres antes de llegar a casa.

Sin que pueda protestar, vuelve a estrellarse contra mis labios. Me rodea la cintura con un brazo y me obliga a caminar con él sin dejar de magrear mi sexo con los dedos. Aunque caminar lo que se dice caminar, no camino. Rozo el suelo con la punta de los zapatos. Me dejo llevar por él.

La fricción se hace más potente y yo me sujeto de su pelo explorando su boca e igualándonos en impetuosidad. Mis bragas chorrean por culpa de Morales. Es como si hubiera abierto un sifón que se dispara a su contacto. Paramos un segundo. Da una patada al botón del ascensor sin dejar de frotarme.

Un bochorno inmediato colea desde mi sexo extendiéndose por mis extremidades. Necesito despegarme pero no me deja. Las puertas se abren y afortunadamente para mí, nadie baja con ellas. Entramos a trompicones y pulsa el botón de mi piso con un codo.

El ascensor se pone en marcha y me frota aún más fuerte. Mis piernas se tensan y quedan rígidas como si fueran de madera. Envuelvo su boca en un grito angustioso. Si pudiera, mi coño echaría humo.

—Zumo de Carla por todas partes... —barbotea entre mis labios.

Sí, por todas. En este instante soy una maldita fuente.

—¿Me das tus bragas?

Su brazo es un martillo eléctrico. No puedo respirar, algo se contrae repetidas veces en mi sexo.

—No.

—Dámelas.

—No.

Tengo el clítoris echando chiribitas. Me va a prender fuego como a una cerilla.

—¿Te vas a correr?

—Sí.

—¿Te gusta esto?

—Sí.

—¿Me das tus bragas?

—¡No!

No puedo más, comienzan los temblores. Estoy fibrilando.

Le van a salir agujetas en los dedos. Está en pleno *sprint* y esto ya no hay quien lo pare. Me abrasa y me disperso en su abrazo. El orgasmo me azuza y él lo sabe.

—Vamos —masculla—. Grita un poquito.

Aprieto los dientes, me inflamo de éxtasis y tiro de su pelo apartándolo de mí.

—¡Grita tú!

—¡Ah!

Mi bolso y mi abrigo caen al suelo.

Entro en erupción. Un único relámpago se expande por mi piel y el trueno nace en mi boca pero Morales evita el estruendo en un beso que recoge todo mi delirio. Me corro a culazos impetuosos pero él impide un nuevo espectáculo clavándonos sobre la pared impidiéndome cualquier movilidad. Quedo reducida a cenizas.

Deja de frotar con la mano pegada a mi clítoris palpitante. Va por libre, a su ritmo e incapaz de serenarse bajo la presión de sus dedos.

Hiperventilo pegada a los labios de Morales. Me abrazo a él. Si no lo hago, me caeré al suelo. Un timbre nos alerta que hemos llegado a mi piso. Reacciono al instante y no sé cómo, saco las pocas fuerzas que me quedan e intento desasirme de él. Sin embargo, Morales libera mi boca para girarse un poco y apretar un único botón. Las puertas no se abren.

Su frente se deja caer en mi hombro y acaricio unos mechones, distraída. Necesito reposar esto. Su mano aún está a la deriva bajo mis bragas pero no continúa mucho más. La saca flemático y se lleva cuatro dedos a la boca. Lame el interior y después repite el movimiento con cada uno por separado. Como si fuera un niño que se relame unos dedos pringados en leche condensada.

Me acerca la mano. No hace nada, está esperando. Sé lo que quiere. Abro la boca y dejo que me introduzca los dedos para emborracharme de mi sabor. Tanteo más saliva que fluidos, es aún mejor. Los mete y los saca alzando la vista para contemplar su obra. Lamo su piel que juega en mi paladar a veces con un dedo y otras con otro o con dos. Su pulso se aviva contra mi pecho. Apura el ritmo y yo uso los dientes.

No es necesario que siga. El monolito que tiene por polla me oprime la entrepierna como una losa. Mi dentadura se arrastra una vez más

por sus nudillos justo antes de que salgan en un hilo de babas que cae por mi barbilla. Intento relamerme pero Morales se adelanta con un lengüetazo cuyo contacto retumba en mi sexo.

No puedo ser tan egoísta con este hombre. Me está dando mucho más de lo que podía esperar en un principio. Estos encuentros me dan un nuevo aliciente por el que esperar que lleguen noches como esta con ansia. En algo tendré que ceder. Si esto no le relaja como a mí, tendré que darle alguna otra cosa con la que contentarse.

—Me pondré tus calzoncillos —se me ocurre—. Y luego te los podrás llevar.

Morales se incorpora.

—No me voy a quedar.

Su rotundidad me paraliza. Veo cómo respira profundamente. Su semblante es serio. Confieso que por alguna razón desconocida, me hubiera gustado escuchar otra respuesta.

—Mañana paso el día en Lisboa —explica—. Tengo que cambiarme de ropa en casa y coger el portátil.

—¿Y entonces a qué has venido?

—A darte las buenas noches —contesta encogiéndose de hombros.

Asiento en silencio.

Ha venido a por lo que quería y ahora se marcha. No sé por qué me siento tan mal de repente. Probablemente porque me tiene mal acostumbrada. Lo lógico es esto y no pasar las noches enteras juntos. Debería estarle agradecida porque lo haya dejado aquí, porque si es por mí, no me importaría continuar donde lo hemos dejado durante toda la noche. Últimamente madrugar me cuesta más y es por su culpa. Pero la cara de felicidad con la que llego a la oficina cada día no me la quita nadie.

Aún así, no sé por qué no se mueve. Parece que se ha quedado pegado a mí. Si se va, que lo haga cuanto antes. Hay un maromo perlado de sudor, con una mirada encendida y empalmado en mi ascensor; y yo no soy de piedra.

Desconcertada, intento adecentarme y hacerme paso para salir. Morales se hace a un lado pero cuando doy un paso más, capto un movimiento inconfundible. Su mechón de pelo cae por su frente y mi mano no puede evitar salir disparada a su encuentro. Casi sin pensar, lo peino devolviéndolo a su sitio. Morales parpadea. Me entretengo un poco más.

Su cabello es tan suave, tan castaño, tan desgredado... Que me entran ganas de arrancárselo a polvos.

Trago saliva intentando controlar mis instintos más primarios. Pero creo que no lo consigo. Sobre todo cuando me veo acercándome a su boca y besándola tranquilamente. Por suerte para mí, me acepta gustosa, no pone objeción. Mi lengua sale a pasear y se encuentra con la suya sin mucho esfuerzo. Araño su cuero cabelludo con mis uñas y me fundo cuando suelta aire por la nariz y su cuerpo se relaja.

Me aparto un poco para estudiar su reacción.

—Nena, esto ya es vicio —sonríe.

Le empujo sin fuerzas.

Él me ignora y vuelve a apretar el botón. Las puertas se abren mostrándonos un rellano vacío y yo recojo mis cosas desperdigadas por el suelo. Al levantarme, Morales me saca de un tirón y me encarama a él. Lo rodeo con las piernas dejando prácticamente todo el culo al aire. Solo espero que se dé prisa en meterme en casa y no intente frotar más pedernal en mitad de mi rellano.

—¿Dónde tienes las llaves?

Las saco del bolso y abro la puerta lo mejor que puedo mientras me sostiene confiado. Una vez dentro, la cierra de una patada y vuelve a besarme loco, desesperado y posesivo. Tiro todo lo que me sobra por el aire. Abrigo, bolso, zapatos... Solo lo necesito a él.

Me sienta sobre la mesa del salón de un soberano culazo. No nos entretenemos demasiado. Mientras él me quita las bragas y las medias, yo hago lo propio desabrochando su cinturón y dejando caer sus pantalones y sus calzoncillos. Envuelvo su miembro erecto con una mano y lo masturbo sin poder remediarlo. Quiero ponerlo tan a tono como estoy yo pero creo que ya lo está más que suficiente. Su carne es dura como una barra de hierro pero a la vez se me asemeja tierna como un pastelito que llevarme a la boca.

—O te la meto o lo dejamos aquí —musita Morales controlando la respiración—. Porque si sigues así, me voy a correr.

La suelto rápidamente y dejo mi perversión para otro momento. Ahora lo que quiero es tenerlo dentro.

Morales se aparta un poco para colocar la punta en mi sexo. Me muerdo un labio ansiosa pero él se queda inmóvil. No hace nada. Levanto la vista y lo veo observándome. En ese momento en que nuestras

miradas se encuentran, sonrío insolente y me la ensarta hasta al fondo.

Aúllo agónica perdida con la cabeza hacia atrás. Sale un poco y me empotra otra vez repitiendo el movimiento con más energía. La mesa golpea contra la pared. Se balancea con sus embestidas y yo lo hago con ella.

Con cada acometida, escucho mis fluidos salpicando nuestros sexos y nuestros muslos. Se deslizan aún con mayor facilidad. Noto su boca mordisqueándome la barbilla. Boqueo extasiada. Todo mi ser se concentra en un mismo sitio y está siendo tapiado por la polla de Morales cada vez con más violencia.

Gimoteo necesitando liberar toda esta presión acuciante pero se aparta de mí y sale más. Demasiado. Me asusto ante la falta inesperada de contacto y me vuelvo hacia él.

—¿Dónde vas? —jadeo.

Engancho su corbata con una mano y tiro de él con decisión.

El impacto me provoca un nuevo aluvión de descargas en la entrepierna. Morales me besa con la sonrisa pintada en el rostro.

—Solo iba a coger impulso.

Ah.

—Yo te ayudo.

Empujo suavemente su pecho de forma que su polla me vacía casi entera. Justo cuando mi interior reclama a gritos su atención, recojo otra vez su corbata y me lo clavo de un tirón. Ambos gritamos embelesados.

Volvemos a repetir. Es verdad que así la intensidad es más potente. Con cada colisión sufro una humareda sofocante por la piel. Empiezo a sudar. Las gotas calientes resbalan por mi pecho, las ingles y las axilas. Morales pega su frente también sudorosa con la mía y se deleita con las vistas de nuestros encontronazos.

Yo también lo hago. Mi clítoris está inflamado y enrojecido y su pene está en el punto álgido de ebullición con las venas más marcadas que nunca.

La frente de Morales se mueve y alza mi cara con él. Lo alejo y me lo ensarto otra vez.

—¡Joder!

Intento apartarlo como antes pero me lo impide. Está atascado en mí, tal y como quería. Su pecho se posiciona como una mole inamovible

frente a mí.

Comienza a moverse en círculos y yo jadeo dejando caer la cabeza pero él no me deja. La sostiene entre las manos obligándome a mirarlo. Tiene la boca entreabierta, las mejillas arreboladas y es visible el esfuerzo que está haciendo por mantener los ojos abiertos.

Morales acerca su boca para lamerme el labio superior. Cierro los ojos dejando que el deleite siga su curso. Me muerde con tiento y yo lo imito sin cuidado. Se aparta en un gemido hondo.

Lo hago sin pensar porque prácticamente no puedo. Su puntal vuelve a salir y me atraviesa todo lo largo muy despacio devolviendo el sentido de la existencia a mi cuerpo. Lo acepto placentera uniéndome a él. Ahora la que se mueve soy yo. Es inevitable. El cosquilleo de su vello púbico en mi clitoris irritado me otorga un placer inigualable mientras su polla continúa latiendo en mis adentros.

Babeo solo con verlo. El acople es tan perfecto, tan exquisito. Pero Morales me distrae de mi propósito cuando vuelve a salir casi entero.

—Recuéstate —ordena con voz profunda y sensual.

Obedezco apoyándome sobre los codos en la mesa.

Me coge ambas piernas y las levanta reposando mis tobillos sobre sus hombros. Alza mi cadera con sus manos y me penetra hasta soldarnos de nuevo.

—Oh...

Me arqueo con el impulso de sus hombros.

Entra mucho mejor. Mucho más profundo. La intensidad es sobrecogedora. Jadeo descontrolada cuando sus dientes mordisquean mi talón derecho y su lengua deja su rastro por la planta.

Sin dejar de penetrarme al ritmo habitual que me enloquece de ansia y desesperación, chupa y muerde cada uno de mis dedos sin apartar sus ojos de los míos. Me llena de estímulo pasional tanto con su polla como con su boca doblándome enardecida. Mis gemidos llenan la estancia.

Marca el paso atrayéndome mientras bailo en un bucle lento y sudoroso. Flexiono la rodilla para darle mejor acceso a mis dedos. Observo cómo succiona entusiasmado, lo que me da aún más motivos para volverme loca de gusto. Me encanta cómo disfruta de mí. Sentir el aliento de sus jadeos en mi piel y cómo se ensancha su miembro dentro de mí es algo sublime. Si todas las noches me esperara algo así al llegar a casa, mis días serían simplemente redondos.

Cierra los ojos y clava los dientes en mi dedo gordo. Está casi tan cerca como yo. No aguanto más esta tortura. La presión aumenta y se sacude directa en mi sexo.

—¡Ay!

Morales suelta mi dedo con ojos turbios y yo me siento sujetándome a su corbata.

—Dame lo que quiero —reclamo junto a sus labios.

Estos se ensanchan complacidos y al segundo, Morales empuja con todas sus fuerzas.

Grito completamente empalada. El proceso se repite con deseo, impaciencia y nervio desmedido. Tiro de la tela para que llegue más al fondo si es posible. Alcanzamos a besarnos en mitad de nuestros envites. Es un beso violento y aplastante interrumpido por gruñidos y respiración lanzada.

—¡Más rápido!

El estruendo de la mesa contra la pared casi no es nada en comparación con nuestros jadeos ardientes.

—¡Más!

Morales empuja y empuja alienado. Tiene las venas del cuello hinchadas, el rostro rojo y congestionado y los brazos tensos a mi lado. Me inundo de ráfagas galvánicas.

—¡Más!

—¡Joder!

Mis pulsaciones descarrilan. Una avalancha se desborda desde mi sexo por todo mi cuerpo. Mis neuronas se desintegran y me corro salvajemente sin dejar de gritar. Pero él no se detiene, sigue atravesándome hasta que tras varias punzadas, me satura de semen apresurado. Me agarro con fuerza para sentirlo en todo su esplendor. Es dinamita pura.

Me encojo agarrotada por el orgasmo mientras Morales palpita aprisionado en mi interior. Pero enseguida noto su rigidez.

—Me ahogo —farfulla con ronquera.

Asustada, lo miro para contemplar con horror cómo casi le corto el cuello con la corbata. La suelto de golpe.

—¡Perdona!

Morales se relaja y yo me dejo caer agotada sobre la mesa.

—¡Ay!

Mi cabeza vuelve a sufrir las consecuencias de nuestros

encuentros. No sabía que la pared estuviera tan cerca.

Me rasco dolorida y también molesta por la risa incontrolada de Morales. Entorno unos ojos amenazantes pero él se desanuda la corbata sin importarle. Me baja las piernas entumecidas y me sienta entre sus brazos.

—¿Estás bien? —pregunta una vez que deja de reír.

Antes de darme tiempo para insultarlo, me cierra la boca con un beso. Nada que ver con la impetuosidad de hace unos minutos. Es todo mansedumbre, lentitud y humedad. Además de unos mordisquitos que me revolotean indirectamente en el estómago.

Un zumbido nos separa. Desde el suelo, oímos su móvil. Morales me abandona fría sobre la mesa. Al comprobar su pantalla, chasquea la lengua.

—Perdona, tengo que coger.

No importa. Yo ya estoy servida. Ahora, me lo dice hace un rato y le cruzo la cara del revés.

Cuando se concentra en una conversación en inglés, yo salto de la mesa a punto de romperme un tobillo. Mis piernas están medio dormidas. Como puedo, me bajo el vestido pringado de sudor y le hago una seña indicando que me voy a la ducha.

Doy por hecho que cuando salga ya no habrá nadie aquí.

Aún me queda un poco. Secar toda esta melena con cuidado lleva su tiempo. Termino de secármela frente al espejo mientras sigo dándole vueltas a lo mismo. A lo que me ha dicho este hombre en el garaje. No puedo negarlo, adoro el sexo con Daniel Morales. Es el mejor que he tenido y he sabido disfrutar. Pero me da un poco de miedo que se acostumbre a visitarme siempre que le venga en gana para ponerme cara a la pared. Reconozco que la idea me atrae en cierto sentido aunque también me desconcierta. Si necesita verme para mitigar sus problemas de adicción al sexo, son sus propios problemas y no los míos. Yo no tengo que lidiar con eso. Espero que lo entienda.

Es fabuloso tener cierta certeza de que no mintió cuando me aseguró que no vería a nadie más. Pero no quiero empezar a sentirme como una muñeca hinchable.

Cabeceando, apago el secador y recojo mis cosas. Al salir, me percató de que estoy completamente a oscuras. Este hombre podría haberme dejado alguna luz encendida.

A tientas, llego hasta mi cuarto donde, tras tropezarme con la cómoda, logro encender la lamparita de mi mesita de noche. Pero justo cuando lo hago, pego un salto del susto. Morales está metido en mi cama.

Su torso desnudo queda medio tapado por el nórdico. Tiene los ojos cerrados y una expresión que aunque parezca relajada, me dice que no está dormido del todo. Miro alrededor sin saber muy bien qué hacer.

No lo entiendo. ¿No se iba? ¿Le ha entrado sueño sin más?

Con cuidado de no hacer ruido, me pongo el pijama sin dejar de pensar en su cambio de parecer. Entro sigilosa en la cama y cuando voy a acercarme un poco más a él, Morales me funde en un abrazo caluroso. Me muerdo un labio sonrojada y me dejo hacer.

Pero no mucho después, me doy cuenta de que necesito moverme.

—No —niega Morales apretándome más fuerte—. No te

vayas.

—Me estoy haciendo pis —confieso.

—Hazlo aquí —sonríe en mi piel—. Estaremos más calentitos.

—Eres un cerdo.

—Y aún así, sigues aquí.

Correcto. Ni siquiera sé por qué. Pero tal vez pueda averiguar sus razones.

—¿Por qué haces esto?

—¿El qué? —pregunta adormilado.

—¿Por qué me tratas así?

—¿Cómo?

—Bien.

Morales levanta un rostro ceñudo.

—¿Prefieres que te trate mal?

—No, no —me encanta cómo me trata—. Pero me refiero a esto.

Señalo nuestros cuerpos con la mirada puesto que estoy inmovilizada en él.

Morales me estudia algo más despierto. No soy capaz de dilucidar lo que puede estar pensando pero el brillo de sus ojos acaba por ponerme nerviosa. Afortunadamente, corta el vínculo cerrándolos y dejándose caer sobre mi hombro.

—Me inspiras ternura.

Creo que acabo de sufrir un miniinfarto.

—¿Ternura? ¿Yo?

—Sí.

Es inaudito.

—Pero si soy muy desagradable.

—Sí, a veces sí, la verdad —responde a mi lado—. Pero la mayor parte del tiempo no, Carla. En el fondo eres una mujer muy frágil. Te empeñas en parecer lo contrario pero no es así.

—No soy ninguna debilucha —amenazo al intentar retorcerme sin éxito.

—Yo no he dicho eso, ni creo que lo seas. He dicho frágil —me corrige tranquilo—. Me refiero a que es muy fácil herirte, a que en el fondo eres mucho más sensible de lo que crees.

Menudo bofetón en toda la cara.

Me río de todas las veces en las que le he dicho que no me conocía en absoluto. Qué equivocada estaba.

Aún así, que despierte este tipo de sentimientos hacia mí, me hace preguntarme otro tipo de dudas sobre las mujeres con las que se involucra.

—Dani...

—¿Mmm?

—¿Sueles repetir con las mujeres con las que te acuestas?

Abre los ojos. Lo sé por el leve cosquilleo de sus pestañas en mi piel.

—Sí, con algunas sí.

Está bien. Es lo normal.

—¿En tu cama?

—No. Ahí solo entras tú.

Justo donde quería llegar.

—¿Por qué?

—Tú lo dijiste —se defiende—. No eres como ellas.

¿Y solo por eso recibo este tipo de trato diferencial? ¿Solo porque no me parezca a mujeres como Jana, Virginia, Joanna e Inka ya tengo trato favorable en la cama del gran mujeriego del sector?

—Y solo duermo contigo —añade bostezando.

Vale.

Acabo de ver la luz.

Daniel Morales no solo tiene sexo conmigo.

Le gusto. Mucho.

Incomprensiblemente, un latido solitario rebota en mi pecho a punto de partirme en dos.

Lo primero que he leído al despertar han sido sus palabras. Ni la hora, ni Whatsapp, ni redes sociales. Una nota escrita a mano en mi mesita.

«*Bom dia,*
Hoy he descubierto que roncas aunque no estés enferma.
Si vuelves a negarlo, te lo puedo demostrar.
Feliz viernes.
:-)».

Sigo tan atónita como cuando lo he leído esta mañana. ¿Habrá tenido la indecencia de grabarme roncando? ¡Pero qué digo! ¡Si yo no ronco! Tiene que ser otra de sus bromas. Por su bien, espero que así sea. De lo contrario, pienso cobrármela. Por muchos sentimientos enternecedores que tenga hacia mí. Esta me la paga.

Me meto en el ascensor esperando a llegar al piso de Eva. Hoy ha sido un día extraño. No he estado muy fina en el trabajo. Me he distraído con facilidad y he obligado a Sandra a repetirme las cosas más de una vez. Algo que le daba pie a vapulearme a su antojo. He dejado un par de cosas a medias que, sinceramente, no me apetecía terminar hoy. Puedo hacerlo el lunes. Ahora, lo que necesito es cotorrear un rato con mis amigas. Distraerme de verdad. Con algo que no me confunda y me estrese aún más.

Al llamar a la puerta, quien me abre es Vicky. Me señala el salón indicándome que Eva continúa en su trono particular en mitad del sofá como desde hace días. Tiene el pelo recogido en una coleta estropeada y unas ojeras oscuras bajo los ojos. Odio verla así.

—¿Cómo estás? —pregunto al sentarme a su lado.

Eva se recuesta colocándose la manta sobre las rodillas.

—Tengo que irme de aquí.

—No me extraña —comparto—. Vas a acabar por tatuar tu culo en el asiento como sigas así.

Vicky me lanza una mirada de reproche pero no dice nada.

—No me refiero solo al sofá —contesta Eva—. Necesito irme lejos. Quiero que me dejen en paz. Mi teléfono no para de sonar, igual que el timbre de casa y tengo mil *e-mails* y otros tantos mensajes sin contestar.

—¿Tan fuerte les ha dado?

—Sí, a mí también me cuesta creerlo. Pero es la verdad. No lo soporto, me están volviendo loca.

Es cierto que las redes sociales últimamente son un hervidero de noticias insulsas sobre su relación con el marqués pero casi no veo la televisión. No sé qué más habrá ocurrido.

—Si no les das cuerda, deberían darse por vencidos, ¿no?

—Ya ves que no.

—La ha llamado hasta el marqués —interviene Vicky.

—¿Y qué te ha dicho?

Eva se acerca a la mesita para hacerse con un chocolate caliente y humeante que probablemente le haya preparado Vicky.

—Quería saber si iba a hablar. A él lo llamaron en directo ayer por la mañana y solo dijo dos tonterías. No le han ofrecido nada más.

—¿Por?

—Es normal —opina dando un pequeño sorbo a su taza—. Si yo fuera una actriz famosa o algo por el estilo tendría sentido pero que le paguen eso a él por hablar de mí... Para el público, quien debería estar agradecida por lo sucedido debería ser yo y no él.

—Menuda gilipollez.

Mis dos amigas asienten en silencio.

—Mis jefes insisten en que salga esta noche a largarlo todo.

—No lo hagas Eva —aconseja Vicky muy seria—. Sigue así, al final se cansarán y te dejarán tranquila.

Yo, sin embargo, le estoy dando un par de vueltas a la idea.

—Igual deberías ir ahí abajo y decir cuatro verdades.

—No —niega Eva ceñuda—. Me despedirán.

—¿Por qué?

—¿Confesar gratis y para todas las cadenas a la vez? Mis jefes me matan. Eso para ellos es mucho peor a callar.

Suspiro agotada. No parece que tenga muchas alternativas pero

algo habrá que hacer con ella para que reaccione de una vez.

—No puedes quedarte aquí eternamente.

—Por eso necesito huir —insiste quejicosa—. Lo de hoy ha sido un ultimátum.

No comprendo. Miro a Vicky pero ella, conocedora de la respuesta, mira al suelo consternada.

—Si no aparezco en los estudios esta noche —prosigue Eva—, mañana tendré el finiquito en mi mesa.

Eso es una locura.

—Qué panda de malnacidos.

No sé ni qué más añadir. Lo que le están haciendo es muy rastrero, no me extraña que no quiera cogerle el teléfono a nadie, ni saber nada de la tele. Es increíble lo que han desatado un par de encuentros con un hombre cualquiera. Con todas las historias que tiene que contar Eva, nunca hubiera pensado que alguna de ellas desembocara en algo tan trágico.

—No te lo estarás pensando... —advierte Vicky al ver a nuestra amiga pensativa y cabizbaja.

—Voy a perder mi trabajo —susurra apenada—. Todo por lo que he luchado estos años...

El portero automático suena sobresaltándonos.

Eva entra en pánico pero Vicky se levanta con el móvil en la mano.

—Es Carmen.

Sale del salón y Eva y yo nos quedamos acurrucadas sobre el sofá.

—He hablado con Manu —dice de pronto.

—No lo he visto. Lleva dos días en un curso de marketing digital con un compañero.

Ella medio sonríe con la mirada perdida en su chocolate.

—Me llama por las noches —explica—. Antes de irme a dormir. Quería saber cómo estaba.

Eso es demasiado cordial. No para Manu pero tal vez sí para ella.

—Eva, contrólate.

Me mira molesta pero estoy segura de que sabe lo que quiero decir.

—No le des esperanzas.

Unos taconazos irrumpen en el salón como una caballería a punto de invadirnos.

Carmen se sienta en el puf ante nosotras con gesto muy serio. Vicky comparte nuestra mirada de incompreensión al tiempo que se sienta a su lado.

—Hola —saluda Carmen muy seca—. ¿Cómo estás?

Nos quedamos igual de extrañadas que sorprendidas. Ha sido una pregunta automática más que un verdadero interés amistoso.

—Mal —responde Eva.

—Y tú no estás mucho mejor, según lo que parece —sostiene Vicky sin dejar de estudiar a Carmen.

Ella sacude la cabeza.

—Olvidadlo, un mal viernes. ¿Has hablado ya con tus jefes?

—No, amiga, no nos dejes así —reprocha Eva acomodándose—. ¿Qué ha pasado?

Carmen se muerde el labio.

Antes de que diga nada, yo ya sé de qué va todo esto.

—He discutido con Raúl.

Abro la boca para saciar mi curiosidad pero alza un dedo callándome antes de tiempo.

—Ya os dije que este fin de semana tenía que viajar por temas de trabajo.

Asentimos.

—En ningún momento me pidió que fuera con él y mucho menos me dio a entender que era eso lo que quería. Pero se conoce que sí. Es más, lo daba por hecho. Cuando ha visto que no tenía ninguna maleta preparada y que hablaba con vosotras para venir aquí, se ha vuelto loco. Estaba fuera de sí. No había manera de calmarlo.

No sé por qué pero me esperaba algo parecido. Eso de que le diera rienda suelta para que hiciera lo que le plazca este fin de semana era demasiado sospechoso.

—¿Y qué has hecho?

Carmen duda una vez más.

—Cuando pensaba que lo tenía todo controlado y había conseguido apaciguarlo...

—¿Sí?

—Me da hasta vergüenza...

—Carmen —Vicky le coge de la mano—, después de un año, ya no hay mucho con lo que podamos sorprendernos con esto.

Ella resopla.

—Estoy muy cabreada.

—¿Qué ha hecho?

Estudia cada uno de nuestros rostros premeditadamente.

—Me ha follado y me ha dejado a medias.

Durante unos segundos, nadie abre la boca. Creo que acabamos de entrar en shock. La mano de Vicky cae como si desfalleciera.

—¡Qué! —estallo furiosa cuando mi cerebro vuelve a reaccionar.

—Y después se ha largado.

—¡Qué!

—Pero a ver, a ver —clama Eva con las manos en alto pidiendo orden—. Quieres decir que te ha calentado y se ha pirado o que estabais en mitad del folleto y ahí es donde te ha dejado.

—Me ha dejado a cuatro patas con las bragas por los tobillos y a punto de correrme.

—¡Joder! —exclama con los ojos como platos.

Vicky no dice nada. Se pone rojísima y se queda en un segundo plano boquiabierta.

—¿Cómo se puede ser tan cruel y mala persona?

—¡Pero qué clase de monstruo es ese pirado! —aúlla Eva—. ¡Eso es mil veces peor a que te echara! ¡Denúncialo!

—¿Cómo has podido soportarlo? ¿No te has vuelto loca?

—Me ha prohibido tocarme.

—¡Qué!

—¡Dime que lo has hecho! —ruega Eva.

—¡Pues claro que lo he hecho! ¡A ver quién se aguanta!

Ese hombre es de todo menos hombre. Qué ganas tan tremendas de reventarle la cara me están entrando. Y no con el bolso, ¡a patadas!

—Se acabó, Carmen —protesta Eva—. Como broma puede ser muy graciosa pero... —se detiene un segundo antes de dedicarse a hacer aspavientos como una posesa—. No, no, ¡No! ¡Ni como broma tiene gracia! No la tiene lo mires por donde lo mires. Alguien que te quiere no te

puede hacer semejante putada, no te puede hacer sufrir así. ¡Y prohibirte que te toques! ¡Pero qué problema tiene ese tío en la cabeza!

—Échalo de casa —añado—. Está más que justificado.

—Joder, y yo que pensaba que mi vida era una mierda.

—Y yo, y yo —secundo a Eva.

—Vicky, ¿tú no dices nada? —pregunta Carmen extrañada.

—Es que no sé ni qué decir —se justifica ceñuda—. ¿Eso se puede hacer?

Vicky. Mi dulce e inocente Vicky.

—Es la crueldad suprema —rumia Eva entre dientes—. Eso es, la crueldad suprema. Sí, eso es lo que es, Carmen, el demonio hecho carne...

—Vámonos de aquí. ¡Todas! —propongo poniéndome en pie de un salto. Señalo a Eva—. Esta necesita aire fresco o se atrofiará en este sofá de por vida —después a Carmen—. Tú necesitas desfogarte bebiendo, bailando y olvidándote de ese adorador de Satán —y por último a Vicky—. Tú necesitas follar a secas. Y ¡yo! Yo... Necesito un copazo bien cargado.

—¡Hecho! —acepta Carmen sorprendiéndonos.

—¡No! —gimotea Eva—. ¡Me seguirán!

—Te llevaré en el maletero —decide Carmen sonriente—. Coge tus cosas y nos vestimos en mi casa.

—También puedes llevarla recostada en el asiento de atrás —corrige Vicky.

—También, también.

Vicky y yo recogemos nuestras cosas antes de salir.

—Nos vemos en un par de horas.

—¿Dónde? —pregunta Carmen.

—Ya se me ocurrirá algo —prometo nerviosa, cabreada y excitada—. ¡Fuera todo el mundo!

Está siendo una noche prometedora. Eva se ha relajado bastante al percatarse de que nadie la estaba siguiendo y eso nos ha permitido disfrutar de una cena distendida entre risas. Creo que todas lo estábamos deseando, cada una desde nuestra propia perspectiva. Carmen se ha vestido rompedora al haber cogido prestado uno de los minivestidos de Eva. Raúl se encargó de que en su vestidor casi no quedaran trapitos de escándalo que lucir. Pero eso no ha impedido que se haya saltado a la torera todas sus ridículas imposiciones y prohibiciones y se haya vestido arrebatadora y esté a punto de pedirse su tercera copa.

Yo me voy a plantar con la mía pues ya estoy ligeramente mareada y quiero ser bien consciente de cómo acaba esta noche. Tengo puestas todas mis esperanzas en que Morales me mande un mensaje preguntando por dónde me muevo o que simplemente aparezca por la puerta de la sala.

Sí, tengo ganas de verlo. No lo puedo remediar. Me apetece follar y reír y con él puedo hacerlo todo a la vez. Si apareciese en la sala de improviso, probablemente sería la primera vez que me iría gustosa con él sin rechistar. No sé qué me está pasando. Me está ablandando. No sé si será la ginebra, el vestido que me aprieta demasiado o el calor que hace aquí dentro pero me siento desesperadamente ansiosa de él.

Aunque va a ser difícil que me lo encuentre por casualidad puesto que Eva nos ha prohibido hacernos fotos para después tuitearlas por miedo a que puedan rastrearla. Nadie sabe dónde estamos o a lo que nos dedicamos pero nos percatamos vagamente de cómo algunos bailarines señalan o cuchichean con los ojos puestos en nuestra amiga reportera.

Eva ya no parece prestarles atención. Está demasiado ocupada en dar vueltas por la pista de la mano de Carmen con quien baila y canta feliz y por un momento, despreocupada. Es bueno verlas en esa actitud. Si Raúl pudiera teletransportarse y ver a Carmen ahora mismo estoy segura de que montaría en cólera. Y daría lo que fuera por verlo. Nunca hubiera

pensado que el hecho de correrse consigo misma y no con Raúl por una vez, le haya abierto los ojos de un modo tan repentino. Tomaré nota de esto. Tal vez le regale un consolador de varias velocidades por su próximo cumpleaños.

El tiempo va pasando y yo no recibo noticia alguna de mi reciente quebradero de cabeza. Repaso mentalmente nuestras últimas horas juntos y recuerdo cómo dijo que iba a pasar el día en Lisboa. Debería hacer noche en Madrid. Se me hace raro no sufrir su acostumbrado acoso nocturno. Me pregunto si me estará echando un pulsito. Le aclaré que no quería que me persiguiera cuando le viniera en gana por querer echar un polvo. Tal vez quiere que me dé cuenta de que hay ocasiones en que a mí me pasa exactamente lo mismo que él.

Y ahora es una de esas ocasiones.

Suelto la copa en la barra y saco mi móvil del bolsito de mano. Resoplo siendo consciente de que he guardado la esperanza hasta el último momento y sigo sin ver su nombre en mi pantalla. Resignada, abro nuestro chat y entro al ataque.

«Carla: “¿Dónde estás?”».

Pasan unos segundos antes de que aparezca como conectado.

«Morales: “Trabajando”».

Desaparece nada más escribir. Frunzo el ceño. ¿Está cabreado o poco receptivo?

«Carla: “Es viernes por la noche”».

«Carla: “Ya seguirás el lunes”».

«Carla: “Déjalo”».

«Carla: “Y ven a verme”».

No se lo puedo dejar más claro. Soy como una diana con el centro rojo y parpadeante de neón.

«Morales: “No puedo”».

Es imposible. Esto no está pasando. Me está rechazando. A mí. A la mujer de cuyas negativas pasa olímpicamente para hacer lo que le da la gana con ella. Doy un buen trago a mi gin-tonic mientras continúo leyendo su texto sin poder salir de mi asombro.

«Morales: “Nos vemos en otro momento”».

Se desconecta.

No más explicaciones. Ni un ruego ni una disculpa. Es como si hubiera contestado otra persona. Inesperadamente me siento hundida.

No puede haber nada tan urgente en la empresa como para que se dedique un viernes por la noche a solventarlo. Es demasiado cabezota. No puede continuar así. IA le absorbe y consume todo su tiempo. Tiene que vivir un poco. Viaja tanto que ya no sabrá ni en qué habitación se despierta cada mañana. Es demasiado joven para desperdiciar su vida así.

Podría estar divirtiéndose con sus amigos o mejor, conmigo, en vez de matarse trabajando. No me creo que sea el único que vele por su empresa. Forma parte de una junta, hay más directivos que están interesados en que IA siga despuntando. ¿Por qué es tan obstinado?

—¿Qué ocurre?

Vicky grita para hacerse oír con la música a toda pastilla del local de Avenida Brasil.

—Le he dicho a Morales que quería verlo.

—¡Puf! —resopla cruzándose de brazos—. ¿Ya está de camino ese pichabrava?

—No, me ha dado plantón.

Su expresión parece divertida pero a mí me irrita.

—¡Bien! ¡Por fin uno listo de los dos!

No. No quiero que lo sea. Quiero que sea loco e impulsivo.

Tengo que hacerle ver que IA no puede expresar su vida así, alguien tiene que enseñarle a manejarlo de otra forma. Y además, no quiero pasar la noche sola. Quiero que me vuelva a dar calor hasta dormirme. Igual que ayer.

—Me da igual —contesto terminando mi copa de un trago—. Voy a ir a verlo.

Vicky abre la boca confusa y yo echo a andar por el local directa hacia la salida.

—¿Adónde? —pregunta a mi espalda.

—A su casa —decido sobre la marcha—. Dice que está trabajando y no creo que las oficinas estén abiertas.

—¡Voy contigo!

Me tenso como un látigo. Eso ha tenido que provenir de una conversación cercana y no de labios de mi amiga. Pero en cuanto me doy la vuelta y la veo colgándose el bolsito en bandolera y mirándome con ojos entusiasmados me doy cuenta de que estoy equivocada.

—Oye que la que quiere un trío es Eva, no yo.

—¡Calla, perversa! —su voz se suaviza encogiéndose de hombros—. Igual está con Víctor.

Así que aún seguimos con esas.

Ahora entiendo por qué esta noche no se ha dedicado a explorar todo lo que hay por la sala. Cuando se le mete alguien entre ceja y ceja, cuesta mucho volver a bajarla a la tierra. Como empiece en este plan con el amiguito de Morales igual que Manu con Eva, me van a marear entre todos como a una peonza.

Los ojos castaños le brillan de excitación y claro encoñamiento. Es mejor que sea franca con ella y le comente un par de cosas antes de que todo vaya a más y me salpique en la cara de lleno.

—Vicky, hay algo que debes saber sobre Víctor.

El brillo ha dado paso al apagón en cuestión de un segundo.

—Es gay.

—No.

—Tiene novia.

—No. Nunca lo adivinarás.

—¿Qué es? —pregunta muy interesada.

—A Víctor le falta media pierna. Lleva una ortopédica.

Su rostro se contrae en una mueca de terror.

—¡Pobre! ¿Por qué?

Su respuesta me confunde levemente. No pensaba que fuera a compadecerse de él sin siquiera saber lo que le ha pasado.

—No lo sé —admito—. Pero tiene que ser por un accidente de coche. Colabora en la asociación de mis tíos.

Vicky levanta las cejas, sorprendida.

—Eso no me lo habías comentado.

—No sabía que te ibas a encaprichar de él.

Mi amiga se cruza de brazos otra vez y me estudia ceñuda. Podría estar pensando cualquier cosa. Miedo me da. No tenía por qué habérselo contado, igual es el propio Víctor quién quería hacerlo personalmente. Lo he hecho porque es mi amiga y la quiero y no quiero que sufra. No debería enfadarse conmigo.

—¿Y crees que eso me va a detener?

—¿Perdona?

—No le falta la mitad del cerebro, ¡es una pierna! ¿No te da vergüenza? —me acusa alzando los brazos—. Tendrías que haberle preguntado qué le ocurrió. Seguro que te quedaste pasmada sin decir nada en vez de preocuparte por él.

—¿No te importa?

—Me importaría si fuera un monstruo como Raúl —eso me hace sonreír—. Pero casi no conozco a Víctor. Tendré que seguir viéndolo para poder tomar una decisión. Eso es lo de menos. Aunque te agradezco que me lo hayas contado.

Su mano estrecha la mía con gratitud.

No esperaba menos de alguien como Vicky.

—¿Vas a llamarlo?

—No.

Ahora sí que estoy confundida.

—¿Pero no has dicho que tienes que seguir viéndolo?

—Sí, pero ya llamará él, ¿no?

—¿Por qué? Si es igual que tú, os podéis tirar así eternamente.

—Prefiero que él dé el primer paso, no quiero que me mande a freír espárragos.

Qué antigua es para todo.

—No lo va a hacer —adivino de antemano—. Pero te tendrás que arriesgar. Como todo el mundo.

—Déjame acompañarte y fingimos un encuentro casual —propone emocionada.

—¿Perdona?

¿Después de cómo me ha dado la brasa con Morales ahora tengo que aguantar este romance de locos? ¿Y encima ayudarla?

—No, Vicky, cada palo que aguante su vela.

Me marchó antes de que pueda seguirme. No voy a consentir que la persona que más me ha fustigado con todo el tema de Morales,

ahora aproveche las circunstancias para poder ver a su amorcito de película. No es nada justo. No tiene derecho a pedírmelo. Tiene mucho morro.

Pero es Vicky. Mi Vicky. Si Morales está trabajando y a Víctor no le gusta salir y es su compañero y amigo del alma, lo más probable es que esté con él.

Doy la vuelta resignada y rebusco entre la gente para encontrarla volviendo cabizbaja en dirección a la barra.

—Venga, petarda —la animo llevándomela de la mano—. Vámonos.

El taxi nos acerca a La Finca en cuestión de media hora. Tardo un poco en ubicarme y poder indicar al taxista dónde se encuentra la casa de Morales pero cuando finalmente lo consigo, le pido que aparque unos metros alejado de la entrada.

Hay un par de coches fuera.

Bajo la luz tenue de los focos del jardín, puedo llegar a descubrir que se tratan de dos deportivos y de aspecto de alta gama. Cuando Vicky y yo nos acercamos caminando, varias mujeres salen de uno de los coches y entran por la puerta abierta de la casa. Son igual o más despampanantes que las modelos con las que se solía codear. O suele. Ahora mismo lo pongo en duda. Como también dudo seriamente si Daniel Morales está trabajando, tal y como me ha dicho.

Rodeo un coche intentando controlar los nervios abrazada a mi bolso y mordiéndome el labio sin poder parar de pensar que esta escapada tal vez no haya sido tan buena idea como pensaba en un principio.

Justo cuando ponemos un pie en la entrada, una voz ligeramente familiar se muestra a mi espalda.

—Pero mira a quién tenemos aquí, la otra cerebrita.

Vicky y yo nos giramos para encontrarnos con Jana saliendo de uno de los coches.

Lleva un minúsculo vestido *nude* que casi no da lugar a la imaginación.

—¿Te ha llamado Mario? —pregunta claramente extrañada—. ¿Tiene tu número?

Se le está poniendo la piel de gallina. El viento esta noche es

frío pero a mí se me antoja más que helador. Como las voces que nos llegan desde el interior.

—¿Qué haces aquí?

Jana se echa a reír.

—Lo mismo que tú, seguramente. A Morales le gusta la variedad.

Nos guiña un ojo demasiado maquillado y se abre paso entre nosotras para entrar en la casa. La vemos avanzar por el corredor. No parece que haya nadie más en los coches.

—¿No te ha dicho que estaba trabajando?

El tono sarcástico de Vicky no hace sino indignarme todavía más.

—No lo entiendo.

—Pues está muy claro —interrumpe tirando de mi brazo—. Vámonos.

—No —rehúyo de ella y salgo en pos de Jana.

Estoy inquieta. Mucho. Ahora sé que no tendría que haber venido. Ha sido una idea estúpida e irracional, como casi todo lo que hace él. Pero por una vez, quería pagarle con la misma moneda. Porque eso es lo que hacemos. Buscarnos cuando nos apetece sexo. Aunque esta noche me da la sensación de que ya ha encontrado lo que buscaba y no soy precisamente yo. Son muchas más.

Según me voy acercando a zancadas apresuradas logro escuchar unos gritos desde el salón. Parece una discusión. Entre ellas distingo la voz de Morales.

—¡No me digas que me calme! No me sale de la punta del... —su voz calla de improviso justo en el momento en que entro en la estancia.

João Fernandes está sentado en el sofá rodeado de féminas que me observan curiosas y apoyada sobre el respaldo se encuentra Jana.

—¡Qué haces tú aquí!

Su descortesía me obliga a buscarlo airada con la mirada.

Está a un lado junto con Mario. Va vestido de traje. Más o menos. Sin chaqueta y sin corbata, con la camisa medio abierta y remangada por los codos. El pelo está revuelto y su cara desencajada.

—¿Qué es esto? —pregunto en un hilo de voz.

—Una *LAN Party*, preciosa —contesta un João muy ufano—.

¿Te has traído el portátil?

El paverío del sofá le ríe la gracia con ganas.

—¡Cierra la boca, João! —vocifera Morales.

—¿Ese es...?

Vicky no termina la frase. Se queda pasmada con la mirada fija en un futbolista encantado con las impresiones que causa a su alrededor.

—¿Qué es esto? —insisto—. ¡Contéstame! Has dicho que estabas trabajando.

—¡Y lo estaba!

—Para el carro, reina —interviene Mario levantando una mano—. ¿Quién te crees que eres para pedirle explicaciones?

Morales le baja el brazo de un manotazo.

—Mario cállate tu también o te juro que no respondo.

Está muy cabreado pero ya no sé si es por mí, por ellos o por un poco de todo a la vez. No sé qué pensar. No lo tengo claro. ¿Me ha mentido o no?

—¿Por qué estás tan alterado? —Jana se acerca a los dos hombres contoneando las caderas con descaro desmedido—. Nos podíamos haber llevado la fiesta a otra parte, hemos venido a animarte.

—¡Pero es que no quiero que me animéis! —chilla apartándose—. ¡Quiero que os larguéis! ¡Todos!

Me he excedido en mis confianzas. Indirecta captada.

Mario tiene razón. No estoy en posición de recriminarle nada. Me ha pedido cortésmente por Whatsapp que lo dejara tranquilo y en contra de toda mi personalidad, he venido a sabiendas de que no quería verme.

Es un disparate, no pinto nada en su vida y aún así, aquí estoy, rozando los celos por un puñado de busconas.

Empujo a Vicky por los hombros para largarme de allí pero un nuevo grito me detiene.

—¡No! ¡Tú, no!

El resto de los allí reunidos nos miran a las dos sin comprender. Que no lo hagan, yo estoy igual de confundida que ellos. No entiendo nada. Todavía no sé si me ha mentido, si esta gente de verdad es amiga suya o qué pintamos nosotras en todo esto.

Jana comparte una mirada con Mario. Respira hondo y

chasquea los dedos.

—Chicas, vámonos, aquí no hay nada que hacer.

Varias mujeres se levantan a sus órdenes pero un par de ellas se quedan rezagadas en el asiento.

—Espera, quiero un tiro antes de irnos.

—Yo también.

El corazón se me acelera en el pecho.

Una de ellas comienza a hacerse una raya sobre la mesa.

Vicky ahoga un grito a mi lado.

Parpadeo como si lo que estuviera viendo fuera una alucinación. Me tambaleo sobre los tacones. Yo me habré pasado viniendo aquí pero lo de estas dos es de fuera de serie.

—Saca esta panda de putas de mi casa ahora mismo —escucho decir a Morales.

Las dos chicas se paran en seco por la rabia contenida en su voz y yo me quedo absorta en el polvo blanco que se alinea sobre el cristal.

—Tampoco hace falta llegar a eso —titubea Vicky.

—¿Qué?

—No hace falta insultar a nadie.

Milagrosamente, las carcajadas de Mario no me sorprenden. Es como si oyera el clic en mi cerebro que acciona la puesta en marcha de un razonamiento hasta ahora abandonado. Su risa confirma lo que llevaba sospechando ya tiempo.

—Cariño, son putas.

Basta. Suficiente. Que se las follen los otros dos me importa bien poco pero que Morales esté metido en esto me descoloca, me cabrea, me entristece. Me asquea.

Salgo corriendo por el pasillo deseando largarme lo más lejos posible de toda esta mierda. Haciendo todo lo posible para que no alcance a grabarlo en mi memoria como otra cicatriz de tantas.

—¡Espera! —escucho a Morales detrás de mí—. ¡Espera, Carla!

Me vuelvo jadeante y echa una furia.

—¿Te las has tirado?

Morales se para lanzándome una mirada tanto o más airada que la mía.

—¡Dímelo!

—¡Sí! —ruge.

Mis hombros se aflojan y caen rendidos.

No sé cómo he sido tan pava de esperar que dijera lo contrario. Está clarísimo y creo que lo ha estado desde siempre. No era normal que todas tuvieran ese tipo, que conociera una diferente cada noche, que lo trataran con tanta familiaridad y que tufaran a *escort* de catálogo por todos los costados.

—Pero hoy no —aclara más tranquilo.

—¡Oh! —me río por no llorar—. ¡Eso lo arregla todo, por supuesto!

Este tío es imbécil.

No andaba muy desencaminada con mi primera opinión de él. Solo de pensar que he compartido cama con todas esas zorras durante estas semanas, me entran ganas de echar toda la cena. Y sin necesidad alguna de meterme los dedos. Algo que incomprensiblemente hacía tiempo que ya no me provocaba.

¡Claro! Acabo de entenderlo. Claro que para él soy diferente pero no por un capricho estúpido, sino porque yo no soy puta. Madre mía, es asqueroso. Qué menos que no llevarme al colchón al que va con ellas. ¿En cuántos sitios ha metido este hombre la minga? ¿Cuántas veces? ¿A cuál de todas éstas la habrá meado encima?

Mi mente empieza a dar vueltas recordando momentos imborrables y rincones de esta casa cuyos complementos empiezan a encajar en el puzle que tengo a medio terminar en la cabeza.

—¿Es ahí? —señalo la habitación del fondo. Aquella donde me sequé el pelo y me folló frente al espejo como no me han follado nunca.

—¿Es ahí donde te las tiras? ¿De quién era aquella goma de pelo?

Porque a él se le habrá olvidado, pero a mí aquella forma de arrancármela del pelo y tirarla al suelo me ha venido a la mente más de una vez desde entonces.

Morales se pasa ambas manos por el pelo. Sus ojos no brillan como el jade, tal y como me gusta, sino que están oscurecidos con su chispa habitual extinta.

—Cuando organizaba fiestas, esas son la clase de chicas que venían —justifica dándome la razón—. Te lo dije, Carla, ninguna se queda

a desayunar. Follan, se duchan y se van. Alguna se lo dejó ahí y ahí se ha quedado.

Esto es demasiado para mí. Demasiado asqueroso, humillante y sobre todo, demasiado lamentable.

—Carla, por favor, ¿qué esperabas?

A alguien más exquisito y menos putero, por ejemplo.

—No tengo tiempo para conocer a nadie, ya lo sabes. Las llamaba cuando me apetecía, ¿qué hay de malo en eso?

—¿Malo? ¡Es patético! ¿Con qué mierda de gente te relacionas?

—Ahora eres tú la que les faltas el respeto.

—¡Están esnifando coca en tu salón, imbécil!

¿A qué espera para sacarlas a patadas?

—¡Deja de insultarme, joder! —avanza unos pasos encolerizado—. ¿No te cansas de ser tan borde? ¿Te pone cachonda tratarme como a un gilipollas? ¡Ellas serán putas pero tú, sobre todo tú...!

Mi mano sale a pasear. Concretamente hacia su cara. Se la cruzo cortando el aire como un látigo. La palma me hormiguea de dolor mientras él se queda con el rostro girado y los ojos bien abiertos.

Retengo un sollozo lo mejor que puedo. No me ha gustado hacerlo pero me ha salido desde dentro.

Morales ladea la cara lentamente enfocándome con un único ojo negrísimo.

—Estoy muy seguro de que no iba a decir lo que pensabas.

—¡Vicky! ¡Vicky, vámonos! —imploro controlando que no me tiemble la voz.

Al instante, todo ocurre muy deprisa. No tengo tiempo para reaccionar. Cierro los ojos del susto y cuando los vuelvo a abrir, tengo a Morales empotrándome contra la pared como hizo días atrás en mi piso.

—¡Qué haces! —chillo desquiciada.

—Pégame —ordena tranquilamente.

—¿Qué?

—Pégame.

—¡Pero si te acabo de dar!

Se le ha vuelto a ir la cabeza.

—Pégame. Otra. Vez.

—No me da la gana.

—No lo niegues, sé que te ha gustado —comenta muy seguro—. Vamos, Carla, te vas a sentir mucho mejor, ¡dame!

—¡No! —lloriqueo—. ¡Suéltame, me estás asustando!

Como si se desbloqueara, me suelta de golpe retrocediendo desconcertado.

—¿Te doy miedo?

—Sí, ¡ahora sí!

Aprovecho mi liberación para salir en busca de la puerta de nuevo y en el momento en que salgo, el viento me golpea como lo hacen sus palabras.

—Carla, por favor, por favor, espera —suplica—. Perdona, no pretendía asustarte es solo que...

—¿Qué? —me vuelvo dispuesta a dialogar.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

Si se está disculpando quiero que lo haga bien y no con medias tintas.

—¿Qué pasa?

Se enerva. Lo noto, lo veo. Está cardíaco. Es como si se fuera a transformar en licántropo y a saltar encima de mí para devorarme. Aunque no del modo en que quisiera.

—Yo... —comienza vacilante—. Hay algo...

—La paciencia no es mi mayor virtud —adviento cansada—. ¿Qué pasa?

Se humedece los labios. Su respiración se acelera como si cogiera aire para caer de cabeza haciendo *puenting*.

—No estoy en mi mejor momento.

—No hace falta que lo jures.

Me ha parecido mucho más sexy y mucho más hombre incluso cenando descalzo en mi casa que en este momento. Pero eso no puede ser todo lo que tiene que decirme. Aquí hay algo más.

Está agotando mi paciencia. Su mirada parte dubitativa y parte contrariada me pone nerviosa.

—¡Qué!

Lo consigo. Explota.

—¡Que me he metido, joder! ¡Me he metido dos lonchas!

El mazazo es bestial.

Me deja sin aire. De una forma penosa y atroz.

Empiezo a temblar.

Se me cae el bolso al suelo.

No sé qué aspecto tendrá mi cara pero no puede ser muy bueno porque siento como si el color me hubiera abandonado de repente.

Estoy soñando. Tiene que ser una pesadilla. O eso o estoy más borracha de lo que pensaba. Lo que acaba de decir no puede ser verdad. He tenido que entenderlo mal. No obstante, el rostro descompuesto de Vicky tras él me advierte que ha escuchado exactamente lo mismo que yo.

Morales recoge mi bolso sin dejar de escrutarme con la mirada. Me lo tiende cauteloso y yo lo acepto sin pensar pero cuando da un paso con intención de acercarse más, retrocedo hasta dar con lo que creo que es un coche.

—Tú... —trago saliva intentando reunir fuerzas y darme voz—. ¿Te drogas?

Estudia mi rostro con pesadumbre antes de decir nada. En un nanosegundo, suspiro porque aún esté a tiempo de salvar esta noche, este momento y sobre todo, a nosotros. A lo que sea que tengamos.

—Me estoy desenganchando.

Acabo de recibir un tortazo mental.

Su contestación resuena en mi cerebro haciendo eco.

—Te estás desenganchando —repito inconscientemente.

—Lo he intentado varias veces, Carla, no es fácil...

—Varias veces —vuelvo a repetir.

Estoy atontada.

Todo este chorro de información en una sola noche me está matando. No logro procesar con concordancia. No tiene ningún sentido lo que me está diciendo. No es él, es otro. Conozco a dos Morales distintos. No sé quién es la persona que tengo delante y me observa acobardado y abatido.

Un nudo atenaza mi garganta. Nada de lo que diga a partir de ahora puede ensombrece la atrocidad que me acaba de soltar.

—¿Cuánto tiempo...?

—Mucho.

Asiento.

—¿Siempre?

Por su expresión, veo que no lo entiende.

—¿Desde que me conoces?

Respira serenándose.

—Desde mucho antes.

No es posible. Me encojo recordando todas las veces que hemos estado juntos, que me ha tocado, que me ha besado y que me ha encandilado con palabras absurdas y que ahora sé que estaban cargadas de mentiras.

—Yo... —contengo el dolor a duras penas—. Te conté lo de mis padres y después de eso, tú te lo has callado.

—No sabía cómo decírtelo —confiesa angustiado—. Sabía que tenía que hacerlo pero no sabía cómo.

La tensión es insoportable. Se desmorona por sí sola.

Aprieto los puños. Tenso todos los músculos. Me desfiguro por completo. Estallo rabiosa.

—¡Pues había mil mejores formas que esta, pedazo de gilipollas!

—Carla, por favor...

Intenta tocarme de nuevo y yo salgo de la entrada a trancas y aspavientos.

—Por favor, entra y déjame contártelo.

—¡No! ¡Estás loco, Morales! ¡Estás mal de la cabeza!

—No me llames así...

—¡Maldito imbécil! ¡Eres un putero que se mete mierda y seguro que se empalma cuando le pegan! ¡Pero qué pasa contigo!

—¿Y contigo? —protesta furibundo—. ¡Deja de dar voces y escúchame de una puta vez!

—¡No quiero! ¡No tengo por qué hacerlo! ¡Esta historia es ridícula!

Jana sale por la puerta con un cigarro en la mano.

—Oye, niñata, relájate y deja de gritar que se te ha subido el ego a la cabeza.

—Cállate zorra o te salto los dientes de un guantazo.

Vicky aparece a su lado, muy cabreada y con la amenaza tatuada en la cara.

Morales aprovecha la distracción para extender su mano hacia mí.

—¡No me toques! —retrocedo como si fuera fuego—. ¡No

vuelvas a tocarme nunca!

Se queda paralizado, diría que acobardado. El silencio se apodera de los cuatro pero no por mucho tiempo.

—¡Déjame en paz y vete de putas a meteros rayas entre todos! —suplico—. ¡Deja de llamarme, de escribirme y de seguirme! ¡Deja de ser tan plasta y vuelve a tu vida feliz de anfetos y polvos sifilíticos!

Morales no se mueve. Sus ojos tiemblan levemente acompañados por la respiración agitada que se escapa por su boca. Que no finja. Que no pretenda parecer apaleado porque aquí la única que se acaba de llevar el palo del día he sido yo.

Qué decepción, qué dolor y qué hijo de mala madre.

Cuando despierto, casi no puedo ni girarme en la cama. Me siento aprisionada. Tiro del nórdico para taparme pero algo me lo impide. Inclino la cabeza. Hay varios bultos a mi alrededor pero la ceguera matutina no me deja distinguir nada con claridad. Pestaño, me froto los ojos con las manos.

Son ellas. Las tres.

No sé cuándo han llegado Carmen y Eva. Vicky ha pasado la noche conmigo. Otra vez. Recuerdo a duras penas el viaje de vuelta y la duermela en casa. No he abierto la boca desde que salí de aquella maldita casa de Pozuelo pero Vicky sí que mascullaba rabiosa por lo bajo durante todo el camino. Incluso cuando me metió en la cama seguía oyéndola rabiar.

Ahora parece apenada, igual que las otras dos. Odio que me miren así. Hundo la cara en la almohada. Nada ha salido como esperaba. Que estén todas aquí me indica que no ha sido un sueño. Que Morales sea cocainómano sigue siendo tan real como el dolor que me oprime el pecho.

Todavía me cuesta creerlo. Pensaba que era un hombre inteligente. Es vergonzoso. Soy estúpida. Hasta Vicky lo sospechó cuando le hablé de sus estados depresivos. No eran nervios. Era mono. Lo sé mejor que nadie. He visto a tantos, y todos tan destrozados y arrepentidos como él en la sede de la asociación en Santander.

Sé un poco de esto o más bien, se supone que lo sabía. El paso de los años ha hecho que pierda facultades. Me he cegado completamente. Tendría que haber adivinado lo que le ocurría cuando lo encontraba así. Sin embargo, me parecía inverosímil que alguien tan inteligente como él, tan lleno de vida y risueño pudiera estar tan metido de mierda literalmente. Ahora comprendo cómo sobrelleva IA, el aguante que tiene para dedicarle tantas horas en la oficina, las fiestas, los viajes y por supuesto, entiendo por qué le cuesta dormir.

Dijo que llevaba con esto mucho tiempo. Su cuerpo tiene que

estar más que acostumbrado a ella, es su droga dura. Es lógico que no le permita descansar. Lo que me sorprende es que con treinta y un años y el ritmo que lleva, aún no esté muerto.

Es muy deprimente intentar descubrir cuántas de todas las veces que nos hemos visto iba metido hasta las cejas. Si no tuviera suficiente con la propia opinión que tengo de mí misma, el hecho de que Morales tenga que meterse para poder soportarme, me remata hasta agotarme.

Cada vez que pienso en lo de anoche, me odio más por ser tan idiota y a él por ser... como es. Lo de ayer no eran ojos oscurecidos, eran pupilas dilatadas como bolas de golf.

No quiero volver a verlo. No quiero especímenes así en mi vida. ¿Cómo he podido acostarme con él? ¿Qué me está pasando?

—Vamos, Carla. Tienes que levantarte —apremia Eva dándome una palmada en el culo.

—¿Por qué? —gruño estirándome.

—Porque ya es tarde.

La miro. ¿Adónde vamos?

—Habíamos quedado —recuerda Carmen—. Compras, comida, íbamos a pasar el día juntas.

Se me había olvidado completamente.

—No me apetece ir de compras ahora —reconozco somnolienta.

—Es mejor plan que pasarte el día en la cama.

—Id vosotras.

—No sin ti —asegura Carmen acomodándose junto a mí—. Ayer tú nos animaste a salir, hoy nos toca a nosotras.

Es muy amable por su parte pero no quiero ni que me animen, ni salir a ninguna parte. Quiero pasarme el día vagando por casa en pijama y comiendo porquerías.

—Vámonos a fundir tu Visa Oro.

Las ocurrencias de Eva me hacen sonreír. Ellas ríen ligeramente.

—¿Entre todas?

Eva asiente divertida y me arranca el nórdico de un tirón. Resoplo incorporándome sobre el cabecero. Me acabo de enfriar.

—Vamos, no te lo tomes tan a la tremenda.

Eso me deja sin palabras. No me lo esperaba.

Carmen y Vicky le lanzan una mirada de advertencia pero ella, como siempre, no se calla.

—Ya lo hemos hablado —se excusa ante ellas y después se dirige a mí—. Carla, es un adicto, eso no lo puedes remediar pero él sí y por eso lo está dejando. Porque eso te dijo, ¿no?

—¿Y le crees? —pregunta Vicky.

—¿Por qué iba a mentirle después de confesarle algo tan *gore*? Es verdad pero eso no excusa su comportamiento.

—Tampoco bebe alcohol —objeto—. Y es verdad, lo he comprobado. Si lo dejó, ¿por qué no ha podido dejar las drogas también? Dijo que lo había intentado varias veces, ¿por qué no lo ha hecho ya? Eso no hay quien se lo quite de encima.

—Pero...

—No sabes de lo que estás hablando —la interrumpo—. Si lleva años así, cada vez le va a costar más.

Es un caso perdido y yo no tengo ni tiempo ni ganas de ocuparme de él.

—Tú tampoco sabes cuántas veces intentó dejar el alcohol ni por qué razón. ¿O sí?

—¿Sabes cuándo empezó a meterse? —se interesa Carmen. Niego con la cabeza.

—¿Y el por qué? ¿Eso lo sabes?

—Para divertirse —contesto muy rápido. Eso sí que lo sé—. Como todo lo que hace a excepción de su trabajo. Para él es todo pura diversión. Las putas, las fiestas, la coca, yo...

—¿Eso es lo que se mete? ¿Cocaína?

Me encojo de hombros.

—Lo di por hecho. Dijo que se había metido dos rayas.

Y solo de recordarlo me entran náuseas.

—Igual tú puedes ayudarle.

Eva nos deja boquiabiertas.

¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—¿En la asociación no tenéis psicólogos y grupos de terapia?

—No pienso ayudarle en nada —aseguro casi echándome a reír—. Que salga él solo ¡y si quiere! Que lo dudo mucho.

—¿No quieres que se cure? —insiste con el ceño fruncido—.

Es una enfermedad, Carla.

—Sí, una enfermedad voluntaria —añade Vicky.

Las tres se suman en un debate de tecnicismos y moralidad que resulta demasiado profundo para mi recién despertado cerebro.

La idea de Eva es disparatada. Aunque quisiera, que por supuesto no es así, la asociación trata sobre todo adolescentes y drogodependientes mucho más jóvenes que él. Lo que intentan es evitar que las futuras generaciones se conviertan precisamente en alguien como él. Para Morales ya es demasiado tarde y él solito se lo ha buscado.

—No voy a volver a dirigirle la palabra en mi vida, Eva —interrumpo creando silencio—. Lo quiero bien lejos.

Mi amiga suspira aburrida.

—Eres muy terca, habla con él.

—¡No! —reviento indignada—. ¡No lo entiendes! ¡Me he follado a la clase de tío que mató a mis padres! ¡A un drogadicto, un inconsciente, un maldito paria!

Ya está, ya lo he dicho. Lo he soltado del tirón y no me he quedado ni más tranquila, ni más a gusto.

Carmen acaricia mi brazo con prudencia.

—Morales no es quien llevaba el volante aquel día, cielo.

—Dejadlo ya —ordena Vicky—. Esto no va a ninguna parte.

—El problema aquí es que te lo tenía que haber dicho cuando le contaste lo del accidente —continúa Carmen.

Vicky asiente apretando los labios.

—No sabía que se lo habías dicho. No sueles hacerlo. ¿Es por eso por lo que estabas tan mal el finde pasado?

Le doy la razón en silencio.

—Lo hice delante de Víctor, por eso sé que colabora en la asociación de mis tíos. ¿Sabes ya algo de él? —curioseó.

—¿De Víctor? No —juega con una de sus pulseras distraída—. He pensado que igual es mejor no volver a verlo.

—¿Por qué?

Gimotea dándose de sí la pulsera elástica.

—¿Y si es como Morales? —se detiene mordiéndose el labio—. Perdona, ya sabes a lo que me refiero. No quiero tener que lidiar con eso.

Ataco a Eva con la mirada con signo triunfador. ¿Quién

querría hacerlo?

Yo no creo que Víctor sea como Morales. Aunque tampoco pensaba que Morales era como realmente es. Tenía idealizada una figura que ha resultado ser un completo fraude y una dolorosa desilusión.

—No creo que sea así —opino en voz alta—. No dejes que mi relación con Morales se interponga en tus historias. Si quieres quedar con él, hazlo.

—Pero ve con cuidado —avisa Carmen y después me mira a mí—. También tenías buena opinión de Morales y mira cómo habéis acabado.

Vicky tiene la rogativa bailando en sus ojos.

—¿No te importa?

—Para nada.

Ella me sonrío agradecida. Que no lo haga. Espero no estar equivocada con él pero después de todo lo que ha pasado, no me fío absolutamente de nadie.

—Vamos, vístete y olvídate del friki-maromo-parleño —se mofa Carmen.

Eva pone los ojos en blanco y Vicky coge el iPad de mi cómoda.

—Date prisa, nosotras buscaremos un sitio para el desayuno.

Cuando termino de darme una ducha rápida y me ajusto unos vaqueros y una blusa de gasa, Avicii nos distrae desde mi bolso. No he echado mano de mi móvil desde anoche. Todas se quedan mirándome sin saber qué decir. Decido pasar de la llamada. Las personas que me importan y que podrían llamarme un sábado a estas horas están metidas en mi casa ahora mismo, quien sea puede esperar. O puede captar la indirecta y dejarme en paz.

Hago el trasvase del bolso de mano a uno más cómodo para salir mientras mis amigas se van levantando y se ponen los abrigos. El teléfono vuelve a sonar. Ellas me miran de reojo sin hacer comentarios y yo me calzo unos botines sobre la cama. Está sin hacer, qué desastre. Ya la haré cuando vuelva. Igual mañana aprovecho a dormir la mitad del día y a hacer limpieza general la mitad del resto para no tener que darme tiempo a pensar en nada.

Cojo mi abrigo y me dirijo hacia la puerta cuando el móvil suena otra vez.

—Ponlo en silencio —ruega Carmen—. Ya me sé el tema de memoria.

Sí, será mejor incluso que lo apague.

Rebusco en el bolso hasta dar con él. Estoy plenamente decidida a desconectarlo pero me detiene el nombre que aparece en la pantalla. No había caído en esta posibilidad.

—¡Por fin!

—Perdona, tío. Estaba en la ducha —me disculpo lo mejor que puedo—. ¿Qué ocurre?

Abro la puerta para indicar a mis amigas que vayamos saliendo. Pero no lo consigo. Mi tío no contesta. Me quedo alerta. Temiendo lo peor.

—Carla, pequeña... —suspira apenado—. Ravel ha muerto.

Cierro la puerta de golpe. Mis amigas se sobresaltan, parecen asustadas. Sobre todo cuando veo que reparan en las lágrimas que se acumulan en mis ojos.

Ravel, el eterno amigo y socio de mi padre. Quien mantenía su negocio a flote. Amante de su trabajo, sin apenas familia y ante todo, joven. Demasiado joven para morir. Igual que mi padre. Sollozo limpiándome las lágrimas. Esto me trae demasiados recuerdos y ninguno bueno.

—Carla...

Mis amigas intentan acercarse preocupadas pero yo asiento intentando parecer tranquila. Me siento en una de las sillas del salón.

—Hija, ¿estás ahí?

—Sí —logro decir.

—Lo siento mucho, pequeña.

—Yo también —reconozco—. ¿Cómo está su sobrino?

—Lo está sobrellevando. Ya no le queda nadie aquí. Creo que está deseando regresar a Alemania.

Por supuesto. Tiene que estar hecho polvo. Que Ravel cayera en coma ya fue bastante traumático pero que se haya ido para siempre, aunque no tuvieran mucha relación, ha tenido que afectarle.

—¿Cuándo es el funeral?

—El lunes por la tarde. Vas a tener que venir cuanto antes. Hay mucho de lo que hablar.

Nerviosa, me peino un mechón de pelo con la mano. Voy a volver a casa. Me reencontraré con mi pasado y una vez más, lo haré por una razón tétrica. No obstante, lo que me preocupa ahora es el futuro. Todo apunta a que va a ser mucho más negro de lo que pensaba.

—¿Qué va a pasar ahora, tío?

Resopla dejándome medio sorda al teléfono.

—De todo, Carla. Puede pasar de todo.

Eso es justo lo que me temo pero pienso seguir obcecada en mi posición. La voy a defender como haga falta.

—Reserva un vuelo y avísanos cuando aterrices —exige cambiando de tema—. Iremos a buscarte.

—No es necesario, me quedaré en mi casa.

—¿Estás segura? —duda mi tío—. Eso lleva cerrado mucho tiempo, no sé...

—Estaré bien —le corto inmediatamente.

Sé que tiene que parecer una pocilga pero sé que será lo mejor. Sobre todo para mi salud mental.

—Muy bien —acepta.

—Nos vemos pronto.

Cuelgo hundiendo la cara entre mis manos. Respiro hondo.

Me siento como si alguien hubiera dado una patada a mi vida y de una voltereta se hubiera quedado todo desordenado y patas arriba. Volver a unir las piezas y darles sentido me va a llevar más de un disgusto. Lo presiento.

—¿Qué ha pasado? Nos tienes en vilo —se queja Vicky arrodillándose frente a mí.

—El socio de mi padre ha muerto.

Las tres se deshacen en condolencias y compasión. Intento resumir toda la historia lo mejor posible. Ninguna sabía nada sobre el tema. Doy por hecho que entienden que van a pasar el fin de semana y posiblemente los próximos días sin mí.

—Tengo que irme a Santander enseguida —me apresuro levantándome—. El funeral es el lunes y tengo que arreglar un montón de papeleo del bufete.

—¿Cuántos días te vas? —pregunta Eva.

—No lo sé —respondo tecleando mi móvil—. Voy a llamar a Sandra para explicárselo, estará con Gerardo. Me voy a pedir vacaciones pero me llevaré el portátil por si acaso.

—Espera, te echamos una mano —dispone Vicky—. ¿Dónde tienes tu maleta?

Señalo el altillo del salón.

—¿Sales ya mismo? —pregunta Carmen entristecida.

Asiento y ella se encoge de hombros.

—Voy a buscarte vuelos.

Agradecida por la predisposición de mis amigas, me dirijo a mi cuarto para hablar en silencio con Sandra.

—Carla, un momento —me pide Eva entrando detrás de mí—. ¿Puedo ir contigo?

Casi se me escurre el móvil entre las manos.

—¿Quieres acompañarme a un funeral?

—No, precisamente —asegura intentando sonreír—. Pero quiero largarme de Madrid. No sé a dónde ir para que me dejen tranquila de una vez.

—Pero ayer no te vio nadie.

Eva vuelve a perfilar una sonrisa amarga.

—Se lo hemos contado a Vicky cuando hemos venido a verte. Al salir del local, había un montón de cámaras en la calle esperándome. Vuelvo a salir en todas partes —asegura señalando mi móvil—. Dicen que me lo paso en grande sin el marqués, que si lo tengo más que olvidado y lo que es peor, que desafío a mi cadena dándoles de lado en el último momento. Prácticamente entré en directo con un programa en pleno *primetime* cuando me pusieron el micro en la cara.

Menuda pillada. Voy a tener que buscar ese vídeo. Su cara tuvo que ser el *trending topic* de la noche. No me extraña que esté harta del tema. Yo ya me habría encerrado en el cuarto de baño y habría muerto de desesperación días atrás.

—¿Te han vuelto a decir algo tus jefes?

Eva desvía la mirada al suelo. Pasea los dientes por su labio inferior. Creo que aguanta el llanto.

—Ya veo.

—Apenas he dormido esta noche —dice en un susurro—. Entre el pedal que llevaba y los gritos de mi jefe...

—¿Y qué vas a hacer? —su vida no es mucho menos caótica que la mía—. ¿Dónde vas a buscar trabajo? ¿Vas a ser reportera otra vez?

—No lo sé, Carla —se lamenta comiéndose las uñas—. Eso es precisamente lo que quiero evitar ahora. No quiero pensar en ello. Necesito alejarme de esta mugre por un tiempo. No creo que nadie pretenda seguirme hasta Santander y ya no me espera nadie en la redacción.

No puedo ver cómo se pierde por momentos.

Va a ser mucho peor dejarla sola en casa a merced de ese dichoso sofá que la llama desde sus comodísimas posaderas.

Salgo al salón para ver a mis dos amigas en pleno zafarrancho de combate.

—Carmen, necesitamos dos billetes.

—¡En primera! —oigo desde mi habitación.

«Morales: “¿Dónde estás?”».

Me tiemblan hasta los pelos de la cabeza. Ha tenido que llamarme cuando estaba entregando mi tarjeta de embarque porque no me he enterado ni de cómo me vibraba el bolso. Tengo dos llamadas perdidas tuyas y esa sencilla pregunta en el chat de Whatsapp.

Me acomodo en el asiento junto a Eva y apago el iPhone para el despegue. Aunque para Morales estará apagado tanto en el despegue como en el resto de mi existencia porque no pienso hacerle ni caso. No sé ni cómo piensa que voy a cogérselo después de lo que ha pasado. Se lo dije bien alto: ni más llamadas, ni más Whatsapp, ni más persecuciones. Su esfuerzo es en vano.

Me abrocho el cinturón con los nervios a flor de piel. He escrito a mi tío confirmándole el vuelo y avisándole de que iba acompañada de una amiga. Ha tenido que alucinar. Ahora hasta pensarán que necesito una enfermera particular para atenderme cada vez que me acerque a su casa o a la mía. Qué patético. No estoy tan mal. Puedo aguantarlo. Al menos, eso es lo que me repito para mis adentros desde que cerré mi puerta en Madrid.

Aterrizamos a media tarde en el aeropuerto de Santander. Eva y yo esperamos la salida de nuestras maletas mientras resucitamos nuestros teléfonos. El suyo vibra enseguida con varios mensajes y llamadas, casi todos relacionados con su extrabajo. Se me va a hacer raro no concebir su día a día con tertulias en plató y cotilleos *off the record*. No sé qué piensa hacer cuando regresemos a Madrid pero ya puede echar mano de agenda si quiere volver a ponerse a trabajar lo antes posible.

Arrastramos nuestras maletas en silencio hasta la salida cuando por el rabillo del ojo advierto que mantiene una conversación de Whatsapp. No se la ve incómoda, al contrario, se muestra muy ufana. Eso me inquieta aún más cuando me percato de que es con Manu con quien está hablando.

Tuerzo el gesto sacando mi móvil para comprobar por qué me vibra repetidas veces en el bolso.

«Morales: “Sé lo de tu socio”».

«Morales: “Lo siento mucho”».

«Morales: “No sabía que tu padre era abogado”».

«Morales: “¿Cuándo vuelves?”».

Eva no se da cuenta de que camina sola hasta que se detiene unos metros delante de mí. Se vuelve confundida. Mi cara debe de acompañar la suya con facilidad.

Morales no tiene modo de saber esto, ni siquiera de dónde estoy. No he escrito nada en ninguna red social, no es posible que me haya puesto un aparato de escucha en el móvil. Pienso rápido y recurro a los daños colaterales.

—¿Te siguió alguien cuando fuiste a Barajas? —pregunto a mi amiga cuando se acerca.

Solo se me ocurre que me hayan visto con ella en el aeropuerto

aunque eso no explica cómo sabe que Ravel ha muerto, ni que mi padre fuera abogado.

—No lo creo. Me llevó mi hermano en su coche y yo iba escondida en la parte de atrás.

Aún así, cualquiera pudo hacernos fotos en la terminal. Los móviles hoy son un peligro constante para gente como Eva.

—¿Por qué lo dices?

—Morales sabe que estoy en Santander.

Mi amiga alza las cejas, incrédula.

Vuelve a su iPhone por unos segundos en que desliza su pulgar por la pantalla con claro interés.

—No hay ningún tipo de información en internet —comenta ceñuda.

Yo hago lo mismo y tampoco encuentro nada que relacione a Eva conmigo. Todas las noticias tienen que ver con su salida de anoche, no hay ningún otro tipo de novedad.

—¿Crees que te ha seguido él a ti?

Inconscientemente, echo a mirar a todas partes asustada de encontrarme con él, agazapado y camuflado para espiar mis movimientos.

No hay nada fuera de lo normal, tampoco es que haya mucha gente por el aeropuerto a pesar de ser fin de semana. Sigo barriendo el espacio con mis ojos hasta que mi corazón da un vuelco en el pecho al reconocer a la figura que se nos acerca corriendo con la lengua fuera.

—¡Carla!

No es quien esperaba pero confieso que tampoco la esperaba a ella.

Noelia, mi prima pequeña, llega hasta nosotras sin aliento. Una sonrisa involuntaria se dibuja en mi cara al volver a tenerla cerca. Sigue estando preciosa. Los bucles rubios le caen por los hombros y nos da la bienvenida con unos ojos azules vivaces y brillantes de excitación. Lleva un abrigo *camel* abierto hasta media pierna que para los veinte añitos que tiene, la hace parecer mayor.

Se abalanza a mis brazos a punto de hacerme tropezar. No puedo evitar echarme a reír ante su arrebató. Es la naturalidad y el cariño personificado. No me lo pone fácil cada vez que vuelvo. Cuando consigo quitármela de encima, se queda mirando a mi amiga con los ojos como platos.

—¡Vienes con Eva Hoffman! ¡Qué fuerte! —exclama atrapando la cara entre sus manos—. ¡Encantada! Soy Noe, su prima pequeña. ¿Es verdad que te han despedido?

—¡Noelia!

Me recuerda a alguien igual de entrometido que ella.

Eva me mira asustada sin saber qué decir pero Noe se me adelanta.

—Si es verdad, esa gente es una panda de tarugos —opina indiferente—. ¡Me gustabas mucho! Eras la única que no dabas noticias estúpidas y además, decías cosas con consistencia.

A mi amiga se le cambia la cara. Yo sé que puede respirar tranquila. Noe es muy charlatana y metomentodo pero nunca se atrevería a delatarla. No es su estilo, es un pedazo de pan.

—Hala, ya tienes una fan —sonríe.

Eva abraza a Noe con afecto sincero. Leo sus labios cuando la tiene entre sus brazos. “Me encanta”.

¿Y cómo no? Es el mejor recibimiento que le podían dar después de por lo que está pasando. A mí también me ha gustado, he de reconocer, pero estoy un poco desconcertada por su aparición. Supongo que si hubiese sido otro el que se presentara por sorpresa, me habría quedado completamente rota. Lo que no entiendo es por qué me molesta que no haya sido así.

—Vamos, tengo el Mini fatal aparcado —se apresura mi prima conduciéndonos por el aeropuerto.

—Noe, le dije al tío que nos quedaríamos en mi casa.

—Ya lo sé —protesta—. Pero no esperabas coger un taxi estando yo aquí, ¿no?

La verdad es que no. No creo que vaya a desaprovechar todos los momentos que pueda para acribillarme a preguntas sobre mi vida madrileña. Como si no tuviera suficiente con todo lo que publico en la red.

—Papá y mamá pasarán la noche en el tanatorio con César —anuncia mientras metemos las maletas a duras penas en su coche. La pitada que nos dedica la caravana que ha formado nos retumba en los oídos—. Mamá ha dicho que no hace falta que vayas pero quiere que vengáis a comer a casa mañana.

Eso ya no me gusta tanto.

Es ridículo pensar que pueda escapar de mi tía en este viaje,

como lo ha sido cada vez que vengo. Siempre intento que esos ratos que compartimos no se den tan a menudo. Adoro a mi tía, como al resto de mi familia, pero me parte el corazón tenerla cerca.

Noe arranca alejándonos de un par de conductores encabronados que ya se habían decidido a salir de sus coches para comérsela viva. Eva se lo pasa bomba sin dejar de mirar atrás. Me sorprende que no les haya hecho una foto y la haya colgado, aunque me he fijado en que ya no usa las redes para publicar nada sino para informarse de todo lo que ocurre a su alrededor. Me pregunto cuándo volverá a tener humor para relatar su vida verso a verso en internet.

He vaciado la botella de litro y medio de Solares que tenía Noe en el coche. Mi garganta se ha secado como un secarral arrastrando toda la humedad posible a los lagrimales de mis ojos. No hemos tardado mucho en llegar a la zona de El Sardinero. Ya tengo la casa de mis padres frente a mis narices y aún así, soy incapaz de moverme y salir del coche.

Noe y Eva esperan pacientes a que la lucidez regrese a mi cerebro. Se han pasado todo el camino parloteando pero hace un par de minutos que se ha hecho el silencio dentro del coche.

Abro la puerta.

No me parece raro que la maleza no me llegue hasta las rodillas. Sé que mi tía pide a su jardinero que se pase por aquí de vez en cuando. No creo que soporte verlo abandonado como una mansión de cuento de terror. De todas formas, el buen hombre tan solo se limita a mantenerlo adecentado pero no a cuidarlo o a hacerlo florecer. Los rosales de mi madre pasaron a mejor vida hace tiempo y nadie se ha preocupado por ellos. Decoran la entrada de una forma oscura que me traspasa el corazón.

Giro la llave varias veces hasta lograr abrirla con un chirrido metálico que resuena en el interior. Lo primero que hago es desconectar la alarma. El polvo casi no me permite distinguir los números y la pantalla pero lo consigo.

La casa está en penumbra, gris y fantasmal. Todos los muebles están cubiertos de una capa de polvareda o en su defecto, de sábanas que cubren su delicado tapizado. Me dirijo al salón para correr las cortinas de uno de los ventanales pero ya ha anochecido y la diferencia que consigo es

mínima. Noe enciende las luces por mí. El polvo flota como purpurina por toda la casa. Huele a una mezcla de rocío y anticuario.

Hace tiempo esto fue un hogar. Hoy es un cascarón de recuerdos vivos y corazones muertos.

—Deberíais veniros a casa —sopesa Noe arrugando la nariz.

Eva pasa un dedo frustrada por una mesita del salón. Como se lo proponga una vez más, claudicará.

—Sé que es un poco deprimente...

—No, está bien —suaviza ella—. Pero será mejor que llames a un servicio de limpieza urgente o el asma me va a matar con tanto ácaro suelto.

Agradezco su comprensión pero es cierto que entre las dos no vamos a poder hacerlo. La casa es demasiado grande y ahora solo precisa profesionales. Noe me dedica una última mirada esperanzada pero ella reconoce la mía al instante.

—Haré un par de llamadas —refunfuña dejándose caer sobre el reposabrazos de un sofá.

Me aproximo hasta Eva que sigue anclada al suelo sin saber a dónde ir o mirar.

—Ven, te enseñaré la casa.

Según vamos entrando y saliendo de las habitaciones de la planta baja, me alegra saber que todo sigue exactamente igual a como lo dejé la última vez. Subimos las escaleras aguantando más lágrimas cuando paso junto a todas las fotos de familia que cuelgan de la pared.

Al cumplir los dieciocho, volví a esta casa buscando el sosiego que no encontraba en casa de mis tíos pero fue mucho peor el remedio que la enfermedad. Había demasiados recuerdos y el duro golpe seguía siendo muy reciente. Por mucho que diera la vuelta a las fotos o cerrara habitaciones que no quería abrir, veía sus caras y oía sus voces por todas partes. Temía estar volviéndome loca a pesar de que el psicólogo afirmara que no era algo tan raro.

Llegué a pasar una noche en la habitación de mis padres pero por más que lo intenté, dormir me fue imposible. Pasé toda la noche en vela reviviendo momentos felices y lejanos que solo consiguieron amargarme la existencia todavía más. Me juré no volver a repetirlo. Volví a mi cuarto y no mucho después decidí irme lejos para superarlo. Tal vez lo más insensato fue dejar el psicólogo y no seguir con la terapia en

Madrid. Aunque por aquellos años pensaba que la distancia sería motivo suficiente para ayudarme a olvidar, perdonar y dejar de odiar. No ha sido así.

Abro las puertas de mi habitación y enciendo la luz viajando al pasado de una niña de dieciocho años triste y resentida.

Hay un sofá en mitad del salón que apunta a una televisión plana encajada en la pared. A un lado reposa un escritorio enorme con un ordenador de mesa antiguo y un atril de partituras en la esquina. También hay una pequeña librería, una casa de muñecas abandonada junto a las cristalerías de la terraza y varios juguetes ridículos como un poni balancín. Al reparar en él, mi mente no me muestra imágenes de una criatura de seis años cabalgando como una miniamazona, sino que evoco el momento en que Morales sugirió que pensara en ponis para que me dejara encular a gusto.

Por favor, hasta me dejé encular.

—¿Esto es tu cuarto? —pregunta Eva sobresaltándome.

Asiento indiferente.

—La otra parte está aquí.

Abro unas puertas para mostrarle el espacio más íntimo con la cama, dos cómodas, un pequeño mueble con libros y una mecedora. A un lado se encuentra el área del vestidor y al otro, el baño.

Eva suelta una exclamación de sorpresa.

—¿Todo esto era para ti?

Intento reír pero en vez de eso me sale algo parecido a un bufido.

Sí, me consentían demasiado pero es que hasta que no supieron que iban a volver a ser padres, en casa todo su mundo era yo.

Lo primero que hace, sin titubear si quiera, es ir derecha al vestidor. Entro con ella. Es muy amplio, demasiado para una adolescente. Tiene un diván en medio y un tocador al fondo contra la pared. Sonrío. No tiene lucecitas incorporadas al contrario de lo que otros llegaron a pensar.

—Carla, ¡esto no es una habitación! ¡Es otro piso pegado a la casa de tus padres! —profiere riéndose a carcajadas.

Puede que tenga razón. Diría que mi piso de Madrid es ligeramente más pequeño que todo el área que destinaron mis padres para mí. Si pudieran ver la diminuta casa en la que vivo, no lo entenderían nunca. Morales tampoco lo comprendió pero no espero que lo haga.

No necesito tanto espacio. Si viviera en un sitio así, me sentiría más sola todavía. Para mí es ridículo que él viva en una mansión como la suya teniendo en cuenta las pocas horas que le dedica y que solo tiene a su abuela en el mundo. Además de un progenitor desconocido y amigos indeseables.

Yo no necesito nada de esto. Me sobra y lo vendería gustosa, pero como el negocio de mi padre, es una parte de ellos de la que no me quiero desprender. Si lo hiciera, es como si los perdiera un poquito más, como si aceptara de verdad que ya no están. De algún modo, quiero seguir conservando algo suyo aunque sea de lejos.

Las casas grandes, las joyas, la ropa, el dinero... no es algo que me preocupe. Probablemente porque lo he tenido siempre pero no le he dado más importancia de la necesaria. Siempre han estado ahí pero nunca han sido capaces de llenarme como lo hacía algo tan simple como un beso de mi madre antes de acostarme.

Cuando tenía guardias y no pasaba la noche en casa, no había juguete en el mundo capaz de distraerme de mis verdaderos anhelos. Solo quería verla. Con eso me bastaba para irme a dormir calentita y a pierna suelta.

—¡Qué chula! ¿Me la puedo probar?

Noe ha entrado sin que nos diéramos cuenta. Sostiene una blusa floreada demasiado formal para mi gusto. Ella es de constitución delgada y esa prenda debe de ser de poco antes del accidente. Seguro que le queda bien.

—Llévate lo que quieras —apremio. Si no me llevé todo esto en su día, fue por alguna razón.

—Qué pena no tener el mismo puñetero número —rumia Eva intentando dar de sí mis zapatos—. Me encantan estas sandalias.

—En media hora vendrán los del servicio de limpieza —asegura Noe—. Les he dado algunas especificaciones y dicen que con el personal que tienen disponible, en dos o tres horas habrán terminado.

Eso es mucho tiempo pero será mejor que acepte. Si lo hiciera yo, me pasaría la noche entera limpiando.

—Eva, ¿has salido a la terraza? —inquieta mi prima—. ¡Tiene vistas a la playa! Por la noche está todo el paseo iluminado, ¡ven!

Creo que mi amiga la sigue a regañadientes. Sé que prefiere seguir cotilleando trapitos retro a cualquier vista hacia ninguna playa.

Aprovecho para abrir la maleta y cambiarme de ropa antes de que llegue el servicio de limpieza. Mientras desdoblo varias prendas, mis ojos se mueven por sí solos desviándose hacia las puertas del fondo del pasillo.

Algo antiguo y retorcido me incita a echar a andar de un extremo a otro. Como un espíritu, camino hacia la entrada buscando redención. El interior tira de mí como un cordón invisible hasta que abro las puertas de par en par.

Enciendo la luz. Sonrío. Es como un viaje en el tiempo. La casa necesita modernizarse. La madera oscura de los muebles, el *toile de jouy*, los colores... es todo muy arcaico. A mi madre le gustaba lo clásico y tradicional y es algo que ha quedado impreso en su cuarto.

Me siento sobre la cama pasando la mano por el edredón estampado. Está frío, toda la casa lo está. Aún recuerdo cómo mi padre me enseñó a encender la chimenea. Casi ahogamos el salón entero en hollín. No me veo muy capacitada para volver a intentarlo. Será mejor que active la calefacción.

Me levanto para salir antes de que la memoria me aplaste pero los pies me traicionan y entran en el vestidor. Ya no me es tan familiar. No huele a Rive Gauche de Yves Saint Laurent, el perfume de mi madre. El olor es hermético y pesado. Las prendas siguen pulcramente colgadas y ordenadas siguiendo el maniático patrón del orden de mi padre. Si viera mi trastero, pondría el grito en el cielo.

Unas voces amortiguadas me llegan desde el pasillo.

—¿Qué hay aquí?

—No, no, no entres ahí.

Salgo alarmada cerrando las puertas detrás de mí.

Eva y mi prima me observan. Están tan quietas como un niño que sabe que se ha metido en apuros. Noe está en lo cierto, nadie debería entrar ahí pero tampoco en el área de mis padres y no me he podido resistir. Cada vez es más difícil porque cada vez tengo la estúpida esperanza de encontrármelos tan vivos como yo al otro lado.

No quiero que Eva me vea así. Derrotada y loca.

—No pasa nada, entra si quieres —sugiero no muy convencida—. Es la habitación de mi hermana.

Mi amiga está haciendo un esfuerzo por contenerse pero la curiosidad le puede. Abre la puerta con sigilo, como si temiera despertar a

alguien de un profundo sueño en su interior.

Las tres entramos, descorremos las cortinas y encendemos la luz. El cuarto es grande pero no tanto como los otros dos. Por aquel entonces tan solo iba a ser un bebé. Está pintada en blanco y tonos crema. En mitad del recinto hay una cuna blanca enorme y a su alrededor se disponen cómodas, armarios, un sillón, un moisés que me había pertenecido siendo niña y decenas de peluches por doquier. Todos míos.

Me hago con un conejo blanco y larguirucho de orejas lánguidas. Era mi favorito pero no me importó nada deshacerme de él para regalárselo a mi esperadísima hermana. Lo abrazo sorbiéndome la nariz.

—Es preciosa —susurra Eva a mi lado.

Me limpio unas lágrimas con el dorso de las manos.

—La decoramos mi madre y yo.

Nos pasamos las horas muertas aquí dentro. Estábamos muy emocionadas con la espera. Nunca se me pasó por la cabeza que nos la fueran a arrancar de un día para otro.

Noe me quita el peluche de las manos con suavidad. Salgo de mi trance y sigo a ambas volviendo al pasillo. Echo un último vistazo antes de cerrar. No creo que tenga estómago para ocupar esta habitación jamás.

—He pensado que podríamos salir a cenar las tres juntas —propone mi prima obligándome a volver con ellas—. No tienes comida en la cocina y dentro de poco os entrará hambre.

—Me parece una idea genial —acepta Eva sonriente.

Yo preferiría no salir de casa. Me siento más segura y libre de encontronazos indeseables aquí dentro pero no tengo nada que ofrecerles.

—Escoge el sitio —apremio a Noe—. Por el centro, mejor.

Ella asiente y comienza a buscar opciones con su móvil. Nosotras continuamos deshaciendo nuestro equipaje.

—Héctor me ha dicho que va a Madrid la semana que viene.

—Sí, es verdad —me vuelvo a Eva—. Se me olvidó decíroslo. Se va a quedar en mi casa otra vez y le he dicho que salga un rato con nosotras.

—Por mí no hay problema. ¿Carmen lo sabe?

Le hago señas inmediatamente para que se calle puesto que mi prima no tiene ni idea del tema. Héctor sabe mucho mejor que yo lo cotilla que es y hace todo lo posible para mantenerla al margen de todos sus escauceos y que lo deje tranquilo.

Eva me pide calma con las manos y desvía la atención hacia otro tema.

—¿Y tú, Noe? ¿Nunca bajas a Madrid?

—Técnicamente es subir —corrige ella—. Estáis en una meseta.

Eva arruga el ceño.

—¿Cómo dices?

—Es una empollona —apunto.

—¿Qué estudias?

—Medicina —responde muy orgullosa—. Quiero especializarme en neurocirugía.

Eva silba de admiración y no es para menos. Mi prima es la primera de su promoción en la carrera y además también habla inglés, francés y alemán. Es todo un partidazo que disputarse entre *headhunters*.

—¿Y nunca te apetece hacer una escapadita para correrte una buena juerga con tu prima?

—Tengo mucho que estudiar —confiesa resoplando—. Casi no tengo tiempo para salir de Santander.

—¿Tienes novio?

Mi pobre prima se pone roja de vergüenza.

—No, ahora no —balbucea—. Pero hay alguien...

Ambas nos miramos a la vez.

—¿Te gusta un chico?

Cabizbaja, atrapa el labio inferior entre sus dientes.

—Sí pero no me hace mucho caso. Casi ni me mira.

Se la ve miserable. Con tan solo veinte años, qué teatrera es.

Eva se lleva una mano al mentón y la estudia entrecerrando los ojos.

—Deberías vestirme un poquito más juvenil —segundo completamente su opinión—. Entre lo que he traído yo y lo que tiene Carla ahí dentro seguro que podemos hacer algo.

—¿Ahora? —pregunta sorprendida—. Él no va a salir, no es necesario.

—No pasa nada —sostiene Eva guiñándole un ojo—. Ya se fijará cualquier otro. La noche es larga, déjate querer.

No puedo evitarlo, estallo en carcajadas. Es incorregible.

Mi nombre queda suspendido en el aire. Es como estar en el vacío. Resuena haciendo eco. Alguien me está llamando. Reconozco su voz, es inconfundible.

—Carla...

Molesta, me giro sobre la cama y me encuentro con unos magníficos ojos verdes. Su sonrisa se ensancha y a mí se me corta la respiración.

—¡Carla!

Abro los ojos. Eva me mira preocupada.

—¿Qué haces?

Me siento de golpe y tomo aire.

—¿Qué paranoia...

—¿Qué pasa? —pregunta asustada.

—Nada, nada —apaciguo—. Una pesadilla.

Es inconcebible.

No puede ser que hasta sueñe con él. No recuerdo nada más, solo su precioso rostro sobre el mío y su voz llamándome suavemente. Me tiro de los pelos. ¿Cómo me lo voy a quitar de encima si mi subconsciente se niega a hacerlo?

—Ya estás despierta, olvídalo —aconseja Eva junto a mi cama.

Eso es justo lo que quiero. Olvidarlo.

—Voy a ducharme en el baño de abajo, date prisa o llegaremos tarde a casa de tu tía.

Cojo mi móvil de la mesita. Es media mañana pero antes que la hora, lo que me inquieta son las dos llamadas que he recibido de Morales hace rato. Estaba en silencio desde anoche, habrá vibrado. Igual lo he visto y me he vuelto a quedar dormida. Ha tenido que ser eso. No encuentro otra explicación a que se cuele en mis sueños.

Lo pongo a cargar y me deslizo fuera de la cama con un

escalofrío. Eva ha dormido conmigo. Cuando volvimos de madrugada, a pesar de haber activado la calefacción, la casa seguía igual de fría que antes. Son muchas habitaciones y muy espaciosas, va a tardar días en calentarse del todo. Lo único que podemos hacer es darnos calor entre las dos.

Hemos llegado dando un paseo. La casa de mis tíos está a veinte minutos andando de la de mis padres y no hace muy mal día. Está despejado pero el sol no calienta. Eva lo sufre abrigándose en su chaquetón de *snowboarding*. No es para tanto pero imagino que no está acostumbrada. Se ha traído ropa como si hubiéramos decidido pasar el fin de semana en las Islas Feroe.

Aprieto el timbre preparándome para el impacto. Golpeteo mi muslo con los dedos, distraída. Tiemblo sin querer. Eva me coge de la mano y me regala una sonrisa perfecta de tertuliana de *magazine*.

La puerta se abre y aparece mi tía dejándome sin aliento por unos segundos. Son como dos gotas de agua. No tengo ninguna duda de cómo sería mi madre si siguiera viva. Sería exactamente igual a la mujer que me abraza con ternura susurrando palabras de cariño en mi oído. Eva intenta desasirse de mi mano pero se lo impido. Algo, sea lo que sea, tiene que ayudarme a seguir aferrándome al presente.

Me echo a llorar como una niña. Mi tía me pasa la mano por la espalda reconfortándome sin dejar de obsequiarme palabras bonitas. Hasta la voz es parecida. La misma que me calmaba tras rabietas y disgustos tontos. Cierro unos ojos anegados y nublados. El olor de su pelo largo y rubio también me embriaga pero no es el mismo. Noto su cálido beso en mis húmedas mejillas y cómo las seca con sus dedos después. Abro los ojos. También está llorando.

No debo ser tan egoísta. Sé que ella lo pasa igual de mal.

—Estoy muy contenta de que estés aquí —suspira—. Siento que haya sido por la muerte de un amigo pero de verdad que me alegra verte.

Oigo un carraspeo a su lado pero no le presto atención. Sigo embobada con la mirada fija en las facciones del rostro de mi madre. Quiero decir, de mi tía.

—Hola, tú debes de ser Eva, Noelia nos ha hablado de ti —le

sonríe a mi amiga enjugándose las lágrimas—. Soy Lidia de La Cruz y él es mi marido, Pedro Aguilar. Somos los tíos de Carla.

Me frotó la cara con la mano, ni siquiera había reparado en mi tío. Está igual o más calvo que antes, con la barba negra medio cana cubriéndole la mitad del rostro. Sus ojos castaños me sonríen con dulzura antes de sostenerme también entre sus brazos.

—Es un placer —admite Eva sacudiéndose mi mano como si fuera una pegatina molesta.

Mis tíos arrugan la frente confundidos pero entramos en la casa en cuestión de segundos. La asistenta nos recoge los abrigos y los bolsos pero ambas nos quedamos con nuestros móviles. Da gusto estar aquí dentro, el calor es palpable ya desde la entrada.

—Vayamos al comedor —apremia mi tío—. César nos está esperando.

Doy un respingo al escuchar el nombre de ese desconocido.

—¿Qué está haciendo aquí? Pensé que era una comida familiar.

—No tiene a nadie, cielo —sosiega mi tía—. Iba a pasar todo el día solo.

Es verdad. Cualquier cosa es mejor a encerrarse en su habitación de hotel hasta que llegue el funeral.

Pasamos por el salón hasta llegar al comedor donde nos topamos con una figura con las manos en los bolsillos de espaldas. Se gira en cuanto escucha movimiento.

He de decir que es un hombre muy guapo. De cabello ensortijado negro, ojos oscuros y penetrantes, y piel aceitunada. Lleva un jersey negro y unos chinos beis. Se queda mirándonos a ambas con curiosidad. Son unos días duros para él, se le habrá olvidado hasta cómo saludar.

—Hola César, soy Carla —me presento posando la mano en su brazo y dándole dos castos besos en la cara—. Siento mucho tu pérdida.

Él asiente mudo e intentando esbozar una sonrisa que no le sale.

—Yo soy Eva, amiga de Carla —me imita mi amiga, aunque sus besos son bastante más sonoros que los míos—. Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias —responde lacónico.

Su voz es grave, casi imperativa. No dice nada más, sigue mirando a Eva cuando escuchamos nuevos pasos en otra entrada del comedor.

Las puertas se abren y aparece mi prima dejándome levemente boquiabierto. Lleva el pelo recogido en una cola de caballo bien bonita pero dejando unos más que sugerentes hombros desnudos al aire. Su vestido es de lana y le llega por encima de las rodillas. Lo combina con unos taconazos que cogió ayer de mi vestidor. Está radiante y me alegra verla así pero cuando le aconsejamos ser más juvenil, no quisimos decir llevar la menor cantidad de tela posible.

Ayer conseguimos enfundarla en una camiseta de Custo de Eva y unos pitillo azul eléctrico y estaba espectacular. Recibió atentas miradas de varios chicos del restaurante donde cenamos pero ella casi no les prestaba atención. Tiene que gustarle mucho ese chico del que habla.

Observo la reacción de mi tía, no creo que lo apruebe. Efectivamente, sacude la cabeza pero parece que lo deja estar cuando nos anima a todos a que nos sentemos a la mesa. Cada uno de mis tíos se posiciona en una punta. Yo, por supuesto, lo hago junto a mi tío, frente a César y con Eva a mi otro lado. Noe se sienta entre su madre y el sobrino de Ravel.

La cocinera ha preparado merluza en salsa verde. Está buena pero no tengo apetito. Juego con la comida atrayendo y alejando trocitos de pescado mientras doy algún que otro sorbo de vino blanco.

Eva ha monopolizado casi toda la conversación. Después de que mis tíos se interesaran por nuestros trabajos y el origen de nuestra amistad, todos hemos reparado en lo callado que se encuentra César. Parece abstraído y no presta mucha atención a nada de lo que decimos. Por eso Eva, muy lista ella, ha optado por bombardearle a preguntas banales. Parece que se anima un poco cuando ve que tienen varios puntos en común.

—Mi padre es de Núremberg —explica Eva—. Tenemos casa allí pero hace mucho tiempo que no voy.

—Yo vivo en Múnich —replica César medio sonriendo.

—¿Y dónde trabajas? Te lo preguntaría en alemán pero igual solo hablas bávaro —se burla ella.

—No, en absoluto —niega risueño—. Aprendí alemán en

España y luego lo perfeccioné allí. Trabajo en un laboratorio de genética.

Eva asiente masticando su pescado.

—¿Llevas mucho tiempo allí?

—Desde los veintiocho —hace un cálculo rápido—. Cuatro años.

La entrevista personal continúa aburriéndome y dejando flotar mi mente lejos de aquí. Tan solo vuelvo por unos instantes en que me quedo absorta mirando a mi prima. Esta muy callada. No es propio de ella, sobre todo en mitad de un interrogatorio en el que podría meter baza sin esfuerzo. Igual se siente intimidada por Eva. Tras una respuesta, cae otra pregunta sin descanso y a cada cual más personal. Me parece que Noe se queda en cuartos sin posibilidad de remontar.

De todas formas, me resulta muy curioso el modo en que sigue el hilo de la conversación. Se la ve muy interesada con cada respuesta, casi angustiada. Tampoco come mucho. Mordisquea su tenedor sin darse cuenta de que en él no hay nada que llevarse a la boca. Sigo la dirección de sus ojos que estudian con suavidad varios rasgos del hombre que tengo delante. Suspira comedida. Su descaro me hace sonreír.

¡Será posible!

—La nieve dificulta un poco que podáis salir en tacones —comenta César extrañado—. Aunque no sé por qué eso...

Eva le corta sin miramientos.

—Seguro que habrás conocido a mucha gente en la ciudad después de tanto tiempo.

La asistente retira nuestros platos para servir arroz con leche casero de postre.

A César se le nota cada vez menos entusiasmado con el tercer grado pero contesta a todas las preguntas educado. Sabe perfectamente que estamos intentando distraerle de los últimos acontecimientos.

—Sí que conozco a bastante gente pero los primeros meses no fueron fáciles. Ya sabes, allí la gente es más cerrada que aquí.

—¿Y vives solo?

Ay, no.

Mi prima aguanta la respiración y César tose levemente incómodo limpiándose con su servilleta. Tengo que parar esto antes de que parezca lo que no es.

Con todo el sigilo que puedo, le doy un rodillazo a Eva bajo la

mesa. En cuanto siento su mirada acusatoria sobre mi persona, le indico con un gesto con la cucharilla que ya puede cortar el rollo.

—Sí, vivo solo —admite César, ceñudo.

Eva le ignora y coge su móvil para trastear con él. Bien podría disimular un poquito lo poco que le interesa lo que diga.

—Uy, es Carmen. Me pregunta de qué firma era el vestido que llevabas el viernes, le gustó mucho. Díselo tu directamente —dice tendiéndome su teléfono.

¿Pero qué dice?

En la aplicación de notas veo una única pregunta:

«¿Qué pasa?».

Tecleo la evidencia del día y se lo devuelvo:

«A mi prima le gusta César.

Fíjate en ella».

El silencio ha vuelto a engullirnos pero Noe no pierde el tiempo y le ofrece sonriente a César un pequeño tarro de cristal.

—¿Quieres echarle canela?

—No, gracias —responde él.

Ni siquiera ha levantado la vista del plato.

Mi prima intenta disimular un puchero y vuelve a dejar el tarro sobre la mesa. Pobre mujer, no se lo está poniendo fácil. Observo cómo Eva esconde una sonrisilla y asiente en silencio.

—Carla, ¿quieres tú? —aprovecha mi tía tendiéndome la canela—. Siempre te ha gustado.

La acepto cabizbaja y sin mirarla.

Menuda familia.

Los Chemical Brothers y su “Galvanize” se escuchan junto a mi plato. Cambié mi tono esta mañana atiborrada de Avicii, puede que de tanta llamada inoportuna.

Desvío los ojos hacia la pantalla del iPhone y lo apago inmediatamente en cuanto leo su nombre.

—Puedes coger, Carla. Estás en tu casa —anima mi tío.

—No es importante —contesto espolvoreando canela.

El móvil vuelve a sonar y mi tío enarca una ceja sin apartar la vista del postre.

Cuelgo todo lo deprisa que puedo.

—Para no ser importante insiste bastante.

Mi tía y Eva conversan sobre qué visitar en Santander al tiempo que al otro lado de la mesa, los dos hombres dividen sus ojos entre mi móvil y yo. No para de vibrar.

«Morales: “Carla”».

«Morales: “He intentando darte espacio”».

«Morales: “Pero creo que cuanto más te doy”».

«Morales: “Más difícil va a ser que me escuches”».

Mi tío deja de estar tan interesado en su plato y yo cambio el móvil de sitio haciendo un esfuerzo por sonreír despreocupada.

«Morales: “Sé que el funeral es mañana”».

«Morales: “Es domingo”».

«Morales: “¿Qué haces?”».

¿Pero por qué sabe tantas cosas este hombre de repente?

Ravel era muy conocido en Santander pero no lo suficiente para que su muerte sea proclamada a los cuatro vientos en la prensa nacional. ¿Se habrá suscrito al Diario Montañés?

Quiero que me deje en paz, lo necesito. De lo contrario no me va a permitir pasar página. Tiene que entender que esto no va a ninguna parte, por mucho que intente disculparse. Imagino que es por eso por lo que me llama constantemente pero no le voy a dar el gusto de explayarse, no se lo merece.

La vibración se repite pero la paro antes de que se prolongue. Mi tía y Eva han dejado de hablar. Me siento observada. Sus miradas se pasean entre el teléfono y yo, como si asistieran a un partido de tenis.

«Morales: “No seas cría”».

Que no se haga el gallito conmigo.

Hago un esfuerzo por reprimir un resoplido pero no me sale.

Pulso teclas tensándome de la cabeza a los pies.

«Carla: “¡¡¡Estoy con mi familia!!!”».

Estrello el iPhone contra el mantel volviendo a mi postre. Engullo el arroz con leche hasta que casi me atraganto con una nueva agitación junto a mi plato.

«Morales: “Perdona”».

«Morales: “:-(”».

¿Carita triste? ¿Es idiota?

—¿Es tu novio?

Alzo la vista todo lo tranquila que puedo.

—Noelia... —la reprende mi tía.

Ella ni se inmuta. Sus cejas se alzan esperando una respuesta que tarda en llegar. Por muy fuera de lugar que haya estado la pregunta, todos callan por igual deseando que mi boca se abra para decir algo consistente.

—Eso es, Carla —inquire Eva—. ¿Qué es exactamente? ¿Tu novio?

Creo que se me disloca la mandíbula.

—No hagas preguntas estúpidas —mascullo roja de ira—. Y menos aquí.

Mi gesto facial pregunta claramente si se ha vuelto loca. No pienso hablar de esto con mi familia.

—¿Estás enfadada con un chico? —cotillea Noe.

—Si solo fuera con un chico...

Eva posa su servilleta con delicadeza sobre la mesa y se gira sobre el asiento. Se cruza de piernas como si se dispusiera a psicoanalizarme. ¡No quiero tener esta discusión aquí!

—Estás enfadada con el mundo entero —comienza—. Siempre lo estás.

—¿A qué viene esto ahora?

—No quiero discutir —calma levantando una mano—. Quiero que arregles las cosas, te vas a sentir mucho mejor.

—Noelia, haz el favor de estarte calladita —interviene mi tío

muy serio—. Mira lo que has conseguido.

Eva no le da demasiada importancia.

—No pasa nada, discutimos a todas horas.

Mi tía se lleva una mano a la mejilla en gesto de preocupación.

—Eso no es nada sano. Las parejas deben aprovechar el tiempo en amar y no en reñir.

Salto literalmente sobre mi silla. Claramente, me he perdido algo.

—No tienes por qué avergonzarte, cariño —continúa inclinándose en gesto conciliador—. Lo entendemos.

—Hombre... —me vuelvo a mi tío, que no sabe muy bien a dónde mirar.

—Lo entendemos, Pedro —interrumpe ella.

A ver, me siento un pelín desorientada. Creo que no lo estoy entendiendo bien. ¿O sí?

Eva frunce el ceño y me dirige una mirada que compartimos a la vez que se nos cruza la misma idea por la cabeza. Noe se tapa la boca con la mano intentando ocultar la risa y César nos mira francamente divertido.

—Si esa es tu decisión, nosotros la respetaremos —añade mi tía dulcificando su gesto—. Somos tu familia.

Mi tío se mesa la barba levemente incómodo.

—Yo reconozco que me ha chocado un poco.

—¿Pensáis que somos novias? —chillo sin poder controlar el tono histriónico en mi voz.

Eva ahoga un grito.

Mi tía balbucea.

—No sé si lo llamáis así u os llamáis amigas especiales o algo por el estilo...

—¡Joder! —exclama Eva con los ojos como platos—. Con todos mis respetos Lidia, se están confundiendo. A mí me gustan los rabos y le puedo asegurar que a su sobrina también.

—¡Eva!

La risa atronadora de César impide a mis tíos pedirle a mi amiga que se lave la boca con jabón.

No había mucho de lo que deshacerse. Casi no he comido nada así que no me ha costado soltarlo todo por la taza del váter. Me enjuago la boca y lavo mis manos en el lavabo.

Me retoco el maquillaje para darme un poco de color en la cara. Hacía tiempo que no recurría a esta vía de escape pero no por ello he perdido práctica. Tampoco es que requiera un máster. Es bien sencillo pero duele en todos los sentidos cada vez que lo hago.

No me siento a gusto con esto, soy la primera en detestarlo pero no puedo dejarlo. Aunque lleve tiempo sin hacerlo, siempre vuelvo a las andadas. Odio mi cuerpo, odio este baño, esta casa y mi vida vacía. Lo odio todo y es muy triste porque en el fondo, odio odiar.

“Galvanize” vuelve al ataque.

Hago chirriar mis dientes de indignación pero se me pasa en cuanto leo un nombre diferente.

—¿Cómo va todo por el norte?

—Bien, Vicky —contesto de camino al comedor—. Estábamos comiendo con César, el sobrino del socio de mi padre. Eva está intentando animarle.

—¿Te refieres a su manera tradicional?

—No, so guarra. ¡Hablando!

—Es que con ella nunca se sabe —se troncha.

—¿Tú qué tal?

—Bien, he quedado con Víctor dentro de un rato.

Mira, una que va a tener un domingo con final feliz.

—¡Eso es genial!

—No sé si voy a ir.

Ralentizo el paso cuando llego al salón. Todos toman café repartidos por el sofá y los sillones del lugar. Me demoro un poco más tras las puertas del comedor.

—Vicky, de verdad que no te entiendo.

—No es por mí —protesta—. Lo digo por Carmen. Raúl está a punto de llegar de París y no sé si es bueno que la pille sola.

Y luego dicen que yo exagero.

—No va a pasar nada, Vicky. Carmen ha tenido que aprender algo después de lo que le pasó el viernes. Él no tiene forma de saber que salió y se divirtió un rato, ¿no?

Vicky parece que se lo piensa mientras yo espío sin escrúpulos

lo que ocurre en el salón. Alcanzo a ver cómo mi prima le tiende una taza de café a César. Justo cuando ella se da la vuelta y no puede verle, él levanta la vista una única vez. Va directa hacia un culo cubierto de lana blanca y unas piernas semidesnudas.

—Supongo que no —dilucida Vicky unos segundos después—. A ella se la ve tranquila, puede que por fin hayamos conseguido que esto termine de una vez.

—No —me apresuro sonriente—. Lo ha conseguido ella solita.

Noe se sienta junto a César una vez más pero fracasa en su intento de entablar una conversación cuando mi tío aparece por medio y atrae la atención del otro.

—Vayamos a lo importante, en realidad yo te llamaba para otra cosa.

—¿El qué?

—Tenemos que buscar hueco de donde sea para comprarnos algo para la boda, Carla. ¡Es el finde que viene!

—Ay, es verdad...

No sé cómo puedo organizarme tan mal. Siempre acabo dejándolo todo para el último momento.

—No sabes cuándo vuelves, ¿no?

—A ver... Me gustaría volver en un par de días. En cuanto firme lo que tenga que firmar, me voy. Podemos ir el jueves o el viernes.

Vicky resopla. Está nerviosa.

—Mejor jueves que viernes, y mejor miércoles si es posible, ¡la boda es el sábado por la noche!

—¡Puf! —qué estrés—. ¿Y si tiramos de armario?

—No, ya he mirado. No me gusta nada de lo que tengo.

—Ya, a mí tampoco.

Toca una de compras exprés y no sé ni cuándo va a ser eso.

Desde la terraza puedo ver cómo aparecen las primeras estrellas titilantes de la noche. Unas nubes oscuras amenazan con hacerlas desaparecer de un momento a otro. He apagado las luces del piso de arriba y me he quedado absorta mirando el cielo mientras anocheecía dejándome envolver en oscuridad nortea. Me masajeo las sienes con los dedos. Me duele la cabeza. Ha sido un día peculiar.

Volver a ver a mi tía me ha entristecido y alegrado por igual, y las insistencias de Morales en mi móvil solo han logrado acrecentar mi dual estado de ánimo. Quiero dejar de pensar en todos ellos por un rato pero es complicado. Aquí voy a ver a mi tía a diario y Morales me hostiga al teléfono, mientras que en Madrid recibo las llamadas de mis tíos y debo seguir encargándome de la cuenta de Morales.

Eso es algo de lo que me tengo que encargar cuando vuelva. Si no voy a dirigirle la palabra a título personal, tampoco lo voy a hacer con IA de por medio. Ya veré qué se me ocurre. No quiero soportar más mentiras, sorpresas desagradables y súplicas a destiempo.

Por su bien, pues a mí ya me da igual, espero que cambie. Sus excesos le van a costar más disgustos de los que se imagina y si no, que me lo digan a mí.

Eva ha dicho que iba a llamar a sus padres, se ha quedado en el salón. Voy a desconectar y prepararme un baño de espuma.

Entro en mi cuarto de baño y abro el grifo de la bañera. Mientras se va llenando, enciendo unas cuantas velas y las reparto por todo el baño. Quiero la misma penumbra que se dibuja en el exterior. Si fuera verano, ya me habría sumergido en la piscina a la luz de la luna.

Me desnudo y hundo un pie comprobando que el agua está lo suficientemente caliente. Le doy un aprobado. Recojo mi pelo con una goma y me envuelvo en espuma blanca que rezuma olor a jazmín.

Solo me falta una cosa, música. Cojo mi móvil y abro Spotify para buscar qué hay de nuevo para mí. Lo último que escuché fue ese dichoso grupo. Salen varios discos como recomendaciones. Me voy a arriesgar, veamos si hay algo por aquí que me pueda interesar y sobre todo, evadirme por un rato.

Echo un vistazo a los primeros temas que salen. “Necesito droga y amor”.

—Mmm...

No.

“Putá”.

No.

“Tercer Movimiento: Lo de dentro”.

Esta misma.

Coloco el iPhone en la bandeja metálica de la bañera y dejo que suene.

¡Uf! Demasiado ruidosa para mí. Voy a poner otra.

Bah, ya me he recostado, no me apetece moverme. Cierro los ojos, tampoco está muy alto.

Una voz de hombre, canalla y encrespada, entona notas por las cuatro esquinas del cuarto de baño a media luz.

Sin patria ni bandera,
ahora vivo a mi manera;
Y es que me siento extranjero,
fuera de tus agujeros.

Enarco una ceja.

Miente el carné de identidad:
tu culo es mi localidad.
Miente el destino para hacer
que no te vuelva a ver.

Miente. Si dice no, me miente,
si dice sí, me miente;
y si calla, también miente.

Abro los ojos inmediatamente.

Dice que yo ya no te espero.
Un cabrón embustero,
es, mi corazón, que miente.

La espuma bombea arriba y abajo siguiendo las ondas del agua. Las marcan unos pulmones que no tienen espacio suficiente para abarcar el aire que me llevo dentro.

Los versos continúan y se me hace un nudo en la garganta cuando esa voz gorjea colérica.

Luz, maldita sea la luz,
que me desvela.
No, aquí no ve y la luz,

se desespera.

Entumecida, consigo abrir la boca. Quizá para pedirle inútilmente que se calle pero no encuentro las palabras. Están estancadas, taponadas todas en el fondo de mi garganta.

Dijo Amor antes de marchar:
ya no me gusta este lugar.
Oigo que vuelve y vuelvo a ver,
vuelvo a mover los pies.

Noto un espasmo. Mi labio inferior está temblando. Siento frío a pesar de que el agua debería estar enrojeciéndome la piel. La canción es rabiosa, desgarradora y me hiela hasta el tuétano.

Tiempo, devuélveme el momento,
quiero pasar las horas
nadando mar adentro.

Y revolcarme por el suelo
para empezar todo de cero.

En unos segundos, el hombre calla y alguien rasga una guitarra en un puente que me acelera el pulso. Me siento decidida a apagarla. Las burbujitas de espuma revolotean bajo mi mano cuando el índice queda suspendido sobre el móvil.

La rabia regresa con más fuerza y yo estoy a punto de silenciarla pero mi mano no se mueve. Es horrible y también morboso. Como la tortura y la sangre en las películas. Apartas la vista y al segundo vuelves a la pantalla preguntándote qué es lo que te incita a sufrir a lo tonto.

Y dicen que mi vida es un exceso,
y yo me vendo solo por un beso.
¿Qué voy a hacer si vivo cada hora
esclavo de la intensidad?
Vivo de la necesidad.

Mi vista se clava en el móvil. La tortura desemboca en un par de lágrimas que mojan la pantalla. Agarro la bandeja con tanta fuerza que el metal podría deshacerse entre mis dedos. Cuando el ritmo desciende y creo que por fin termina todo, suelto aire aflojando la presión.

Pero estaba equivocada.

Las gárgaras envenenadas me sacuden abriéndome unos ojos como los de una muñeca Blythe.

No se ve;
la vida se me queda a oscuras.
Venme a ver,
caminito de la locura.

Me mira, me droga,
las fuerzas me abandonan.
Me droga, me mira.

Hago resbalar unos pies desquiciados contra la bañera para impulsarme. Me empotró de espaldas al otro lado. El agua se desborda por todas partes.

Me dice, guasona,
métete en mi persona.
Me droga, me mira.

Mis sollozos se ahogan cuando me estrello la mano contra la boca.

Se volvió a gusano, mariposa.
Cansada de volar y no poder
arrastrarse al fondo de las cosas,
a ver si dentro puede comprender.

Mi corazón da un brinco cuando la puerta del baño se abre y una ráfaga de aire hace bailar las llamas de las velas a mi alrededor.

—¡Carla! —protesta Eva estupefacta—. ¿Pero qué estás

escuchando?

 Mi mano cae al agua.

 Casi no puedo hablar. Mis órganos se han encogido como garbanzos pero tengo bien claro lo que escucho:

 —Poesía.

«Morales: “Déjame adivinar...”».

«Morales: “Vas a estar las 24 horas del día con tu familia”».

No se da por vencido. Ha vuelto a llamar varias veces a primera hora. Su insistencia empieza a agobiarme. Me planteo seriamente cambiar de número cuando regrese a Madrid aunque no sé qué tipo de explicaciones voy a dar en McNeill al respecto. De todas formas, tendría que cambiar el personal también. Es muy desmoralizador. No me da la gana hacer girar mi vida entera por él.

No sé cuántas llamadas más estoy dispuesta a soportar antes de descolgar y mandarle a la mierda con todas las letras. Cuando dije que no quería que me volviera a tocar, lo dije muy en serio. Al menos, aquella noche.

Hoy, me aferro a los recuerdos de entonces para soportar no verlo. Me lo facilita un poco aunque no demasiado, puede que ni siquiera lo suficiente. Aún me parece un mal sueño.

Me aliso la solapa de la chaqueta del traje antes de entrar en recepción. He preferido venir con aspecto profesional dado que no es aconsejable que los empleados me vean como a una niñata con dinero a la que no saber respetar. Es estúpido cómo el atuendo de las personas puede crear un juicio de valor tan inmediato y decisorio entre los demás. Pero el caso es que lo hace.

Hay una mujer nueva atendiendo las llamadas. Es normal, ya han pasado muchos años, la anterior hasta debe estar jubilada. Me presento y nada más decir mi nombre, sus ojos atónitos me recorren de arriba abajo. No es hasta un momento después cuando reacciona ante mi incomodidad y se levanta para que la siga. Puede que mi traje no haya acompañado tanto como deseaba.

Cruzamos el *open space* donde varios empleados trabajan ensimismados en conversaciones telefónicas y pantallas de ordenador. No

reconozco a muchos. El tiempo ha pasado para todos y casi no recuerdo las caras de los más célebres cuando era una niña y alguna vez mi padre me trajo a su despacho.

La recepcionista abre las puertas de una sala de reuniones. Agradezco que mi tío no haya escogido el despacho de mi padre para vernos. César y él ya se encuentran sentados a la mesa, tomando café y echando un vistazo a varios documentos entre sus manos. Van vestidos de riguroso negro, igual que yo. Tienen intención de pasarse el día aquí dentro antes de acudir al funeral.

Pido otro café antes de que la mujer se marche dejándonos solos. Las ventanas tienen unas vistas fabulosas a la bahía dada su situación en el paseo Pereda. Ha llovido durante la noche pero ahora la luz del sol se refleja en el agua fría y calma. La ciudad despierta con niños correteando entre los árboles del paseo y corrillos de señoras de visón desayunando en terrazas acopladas al fumador.

Fuera, la vida parece sencilla. Dentro, tres cuervos se aglutinan en el cuento de nunca acabar.

Lo tienen clarísimo. Uno va a vender y el otro lleva toda la mañana intentando convencerme para hacer lo mismo. No ven otra salida posible. Es como si quisieran salir huyendo ahora que todo se ha desmoronado. No puedo juzgar a mi tío por ello, la primera en largarse dejándolo todo en sus manos fui yo pero lo hice con la convicción de que lo dejaba vivo mientras estuviera fuera. Hoy está todo muerto. Sus fundadores, sus proyectos y su espíritu.

—No pienso cambiar de opinión. Me vendrá bien el dinero —insiste César.

Si mi tío se empeña en que yo venda, yo lo hago en que César recapacite pero me está costando muchísimo.

—He ganado mucho dinero los últimos años gracias a este bufete, deberías sopesarlo —recomiendo casi al borde de la súplica—. Seguro que a tu tío le habría gustado que te involucraras. Tenía muchos planes, algunos los comentó en la última junta.

—Sí, ya los hemos revisado esta semana y estaré encantado de recomendárselos al comprador porque es imposible que yo me pueda hacer cargo de esto —contesta levantando montones de folios en la mano—. No

entiendo ni la mitad de las cosas que escribió.

—Tu abogado puede ayudarte.

—Mi abogado era mi tío —responde cortante y con ojos apagados—. Ahora me asesora un antiguo amigo.

—¿Y dónde está?

César no le da la debida importancia.

—Trabajando.

—¿Pero por qué no está aquí contigo? Yo tengo a mi tío pero...

Oh... Qué estúpida y qué vil encerrona. Ya lo entiendo todo. Los dos hombres intercambian una mirada de complicidad y alarma como si los acabara de pillar con las manos en la masa.

—No lo necesitas, ¿verdad? —respondo por él arrastrando las palabras—. Para lo que íbamos a hablar no te hacía ninguna falta.

Mi tío entrelaza las manos sobre la mesa.

—Carla...

Menuda pareja conspiradora. Salto de mi silla y me aparto de la mesa furiosa y engatusada.

—¿Habéis organizado esta reunión solo para convencerme entre los dos de que venda y me largue sin más? —estallo señalándoles con un dedo acusador.

—Carla, por favor —apacigua mi tío—. Esto se va a pique y si sigues involucrada, te arrastrará hasta el fondo. Lo perderás todo.

Me llevo las manos a la cabeza. Camino hasta pegar la frente contra el cristal de la ventana y cerrar los ojos. Ni siquiera puedo mirarlos a la cara. Lo tenían todo planeado. Puede que hasta hayan publicado la venta del resto de acciones sin decírmelo. Igual ya hay un comprador apalabrado y se encuentra en el despacho del otro abogado. Mi mente da vueltas con infinidad de posibilidades. Me siento devastada.

—Van a cambiar muchas cosas —oigo la voz de César a mi espalda—. Tu nuevo socio querrá eliminar mi apellido y poner el suyo...

Me vuelvo inmediatamente y con los ojos echando chispas.

—¡No! Tú haz lo que quieras pero mi apellido que ni lo toquen.

César me mira como si fuera un extraterrestre que acaba de aterrizar en la tierra.

—No puedes negarte a que quien venga quiera plasmar su

identidad y deshacerse de algo que ya no pinta nada.

Por supuesto que puedo. Me he negado y he impuesto muchas cosas desde que murió mi padre y dejó su legado a mi cargo.

—Soy la accionista mayoritaria —le recuerdo con mi tono más intimidatorio—. Si digo que no es que no.

César no parece impresionado. Sacude la cabeza y ríe desconcertándose.

—Eres tan cabezota como tu prima —se vuelve a mi tío—. Os viene de familia, ¿no?

Él suspira recostándose agotado sobre el asiento.

Sí, estará harto de oír mis negativas tras todos estos años pero yo también lo estoy de sus insistencias. Esto es un pulso a todas luces.

—Tienes que ser más transigente y ante todo, más lista —me ruega—. Los negocios son así y tienes que respetarlo.

—Aquí no estamos respetando la decisión de mi padre.

Él quiso dejarme esto por una razón, para mantenerlo vivo.

—Tu padre te dejó esto porque tenía esperanzas de que estudiaras Derecho y pudieras llevar el bufete tú misma, no que lo hiciera su cuñado por ti.

Sí, ya le fallé estudiando lo que no pensaba, esta segunda traición no debería importar tanto.

—No quiero ofenderte pero hace tiempo que esto ya no era Castillo y Ravel, solo era Ravel y ahora ya no es ni eso —añade César—. La empresa que conocías ya no existe. Es otra completamente distinta. No te estás despegando de nada sentimental.

Eso es verdad.

No reconozco la plantilla y ha habido varios cambios en la disposición del despacho desde que vine la última vez. Todo ha cambiado y es triste pero cierto que me siento una extraña aquí dentro.

—Es lo mejor que puedes hacer, despréndete de esto y mira hacia delante, Carla. Continúa con tu vida —prosigue—. No estás traicionando a nadie. Tu padre no querría que te arruinases por su culpa.

Pero es que yo no creo que vaya a resultar todo tan drástico. Las cosas han dejado de ser las mismas pero no por eso deben ir a peor como insisten ellos dos.

—¿Puedes dejarnos un momento a solas, por favor?

La voz prácticamente exigente de mi tío nos sobresalta a

ambos. César se levanta sin poner objeciones y sale no sin antes dedicarme una mirada pacificadora. Bufo cruzándome de brazos.

—Seamos claros —anuncia mi tío muy serio, sombrío y volviendo a inclinarse sobre la mesa—. Si continuas aquí, yo ya no podré ayudarte —mis brazos caen inertes a ambos lados de mi cuerpo—. Los nuevos socios requerirán de mucha atención y yo no podré dársela. Prácticamente Ravel se ocupaba de todo, ya lo hacíamos mal entonces. No voy a arriesgar mi reputación como asesor con lo que se nos vendrá encima, Carla.

Esto sí que no me lo esperaba. En el fondo sabía que intentarían convencerme para vender pero que mi tío me abandone es del todo desolador. Sin él, no puedo hacerlo y lo sabe. Podría inventarme que noto la amenaza en su discurso pero no es así. Me está advirtiéndome de una realidad. Me va a dejar, no lo dice con el fin de acelerar mi respuesta. Básicamente porque está visto que ya le da igual.

Me va abandonar igualmente.

—Tengo que pensarlo —murmuro apenada.

—No —me asedia como un jefe un lunes por la mañana—. Madura. Aquí hay decenas de trabajadores esperando tu decisión para saber si el mes que viene tienen un sueldo que llevar a casa o no. La mayoría ya estarán buscando trabajo en otro sitio, se nos va de las manos.

Me está haciendo sentir aún más culpable, no es justo.

—No puedo decirte algo ya...

—Mañana —me corta—. Volveremos a reunirnos, no puedes irte de Santander sin darnos tu consentimiento.

Creo que debo buscar una segunda opinión. Lo hace todo el mundo y más en casos tan serios y extremos como este. Tengo que hablar con alguien que me asesore, ya sea como abogado, accionista, empresario o financiero. Pero ante todo, necesito que alguien me dé la razón.

Me siento en un banco del paseo abrochándome bien mi abrigo para no congelarme con el viento del cantábrico y saco mi móvil del bolso. No sé si es lo más inteligente pero es alguien totalmente imparcial y que no me conoce.

—Hola, guapa.

—Hola Vicky, no quiero molestarte. Solo quería preguntarte si

puedes darme el número de Víctor.

—¿Y eso? —pregunta muy extrañada.

—Necesito consejo empresarial. Igual él puede ayudarme.

—Por supuesto. ¿No puede ayudarte tu tío?

—Sí, sí que lo hace. A su manera. Pero quiero una segunda opinión de experto.

—Víctor es licenciado en LADE y Derecho, seguro que puede echarte una mano.

—Estupendo.

Dos minutos después, Vicky me envía su contacto y marco su número muy decidida.

Soy una amiga maravillosa. Me acabo de acordar que ayer había quedado con él y ni lo he mencionado. Esta me la guarda.

—¿Diga?

—Hola Víctor, soy Carla, la amiga de... —¿de quién de los dos?— de Vicky, la amiga de Vicky.

—Hola —balbucea.

Esto le ha tenido que pillar por sorpresa irremediablemente. Si piensa que voy a amenazarle con que deje de verla o cuidármela como si fuera una muñeca de porcelana, puede quedarse tranquilo.

—Le he pedido tu número porque me gustaría hacerte una consulta empresarial. Dado que formas parte de una junta directiva, he pensado que serías la persona más adecuada. En mi círculo más íntimo no conozco a gente con esta formación y quiero pedirte una segunda opinión.

—Claro —se predispone enseguida.

Le explico todo lo brevemente que puedo mi situación actual así como un poco de histórico. Me hace algunas preguntas básicas y totalmente comprensibles y después se queda callado, pensando, o eso es lo que doy por hecho.

Cruzo los dedos.

—Tienes que vender, está claro.

Caigo en picado y mis esperanzas se revientan contra el suelo.

—Te vas a ahorrar muchas pérdidas, ese bufete va a tardar en remontar después de semejante transacción. Se correrá la voz. Si era tu apellido y el de tu socio el que mantenían la firma, todo apunta a una crisis de libro.

—Yo soy experta en comunicación de crisis —contesto

cogiendo carrerilla.

—Sí, serás experta en comunicarlas pero no en resolverlas. ¿O me equivoco?

No, para eso está la gente como él. Yo me limito a planificar cómo minimizar los daños de imagen.

Esto es exasperante. Era mi último recurso, no sé a quién más acudir y me da la impresión de que aunque tuviera a cien asesores más, todos me dirían lo mismo. ¿Cómo puedo perderlo todo de un día para otro? ¿Otra vez?

—Mi padre me lo dejó a mí —digo sin dirigirme a nadie en concreto.

—¿Tu padre quería que llevaras su empresa a la bancarrota?

No se anda con lisonjerías. Está visto que nadie va a hacerlo en lo que toca a los negocios. Es obvio, hay mucho dinero en juego.

—No.

—Entonces vende e invierte en algo que le gustase a tu padre —sugiere.

—Le gustaba la abogacía.

—Pues no vendas el paquete entero, guarda un mínimo por el que sigas teniendo derecho sobre la empresa. Claro que ya no será la misma, seguirá siendo un bufete pero no el suyo...

—Carla, invierte en la asociación de tus tíos.

La tensión se me dispara. La voz de Morales me aturde y me quedo embobada.

Llevaba días sin escucharla. Volver a tenerla rondando en mi cabeza me trae recuerdos imborrables. Eso me impide colgar de inmediato. Es raro, no me importa seguir escuchándola aunque no entiendo de dónde ha salido.

Hago trabajar a mi cerebro a destajo.

—¿Estoy en manos libres?

—Sí, perdona —se excusa Víctor en un tono algo nervioso—. Pensé que dos te podrían ayudar mejor que uno.

Es probable pero no me ha dado la solución que esperaba. Aunque el resultado es bastante satisfactorio. Sí, desde luego es una buena idea. Tendría que haberseme ocurrido a mí.

La asociación se fundó cuando yo era menor y más adelante nadie me ha pedido colaboración en el ámbito monetario. Si lo hiciera,

tendríamos más recursos y mayor cobertura a nivel nacional.

—Si no sabes dónde hacerlo, eso es una buena causa.

Su tono es suave, conciliador. Reprimo las lágrimas.

¿Por qué es tan listo y tan ocurrente? ¿No puede ser como todos los demás? ¿Por qué me resulta tan diferente? Y sobre todo, ¿por qué lo ha estropeado todo de la peor forma posible?

—Si tienes más dudas, yo también puedo ayudarte con esto.

No, no me lo puedo permitir. Su compañía conlleva un precio demasiado alto. Está totalmente fuera de mi alcance.

Lo que estaba haciendo con él ya era una locura, su confesión sirvió para abrirme los ojos. Es imposible que yo pueda mantener ningún tipo de relación con un toxicómano después de cómo he sufrido y sigo sufriendo las consecuencias de esa porquería.

Trago saliva reuniendo las pocas fuerzas que me deja.

—Lo sé —afirmo muy digna—. Pero por eso he pedido el número de Víctor.

Cuelgo sin despedirme. De ninguno de los dos. Uno por listo y otro por hacerme tanto daño en tiempo récord.

Doy un par de bocados, tengo el estómago cerrado. Eva y Noe charlan entretenidas mientras cenamos en mi comedor. Después de negarme a ir a cenar a casa de mis tíos, la cocinera de mi tía ha mandado varios platos bajo el brazo de mi prima y estamos degustándolos una vez finalizado el funeral.

Ha estado muy concurrido. Entre colegas de profesión, clientes y amistades, la iglesia estaba abarrotada. A algunos los recuerdo de cuando mi padre ejercía y ellos mismos han aprovechado para saludarme en cuanto me han reconocido. No he cruzado muchas palabras con ellos, la mayoría estaban interesados en el futuro del bufete y tampoco era el momento.

A pesar de no ser familia, nos hemos sentado en el banco con César para que se sintiera arropado. Eva y yo hemos advertido las miradas de preocupación que Noe le dirigía de soslayo pero él estaba demasiado absorto en mirar al suelo como para reparar en ello.

Me preocupa un poco las consecuencias de este encaprichamiento tonto. Mi prima bebe los vientos por él y no parece recordar que volverá a Múnich en cuanto le sea posible. No le veo futuro

alguno, las relaciones a distancia acaban por enfriarse y marchitarse. Espero que se olvide de él en cuanto se marche porque de lo contrario, lo va a pasar realmente mal. El paso del tiempo la ayudará a olvidar. Que se concentre en sus estudios es lo mejor que puede hacer para que se le quiten los pájaros de la cabeza.

Cuando los asistentes han hecho pasillo para despedirse de César, nosotros nos hemos retirado para darle espacio. Al llegar el turno de Noe, contra todo pronóstico, en vez de estrecharle la mano, le ha dado un abrazo. César ha abierto mucho los ojos y se ha quedado rígido como una estatua. A ella no ha parecido importarle, parecía que no iba a soltarlo.

Sin embargo, antes de escabullirme por las puertas, he alcanzado a ver cómo él la rodeaba con los brazos devolviéndole su gesto. Su expresión se ha suavizado y a mí se me ha partido el corazón. Se avecinan un aluvión de versos de canciones ñoñas y tristes en el perfil de Facebook de mi prima.

—Carla, haznos una foto —irrumpe Noe en mis pensamientos.

Busca su móvil, emocionada. Eva, por el contrario, no parece estarlo. Sé que le agrada mi prima. Se han pasado toda la mañana de turismo por la ciudad. Noe ha aparcado los libros por un rato para no dejarla sola y entretenerla. Según lo que me ha contado, han visitado el Palacio de La Magdalena, el faro y el centro histórico donde han comido algo durante el mediodía.

Aunque eso no quiere decir que le guste ser objeto de la prensa otra vez por un descuido fotográfico. Noe parece que se da cuenta.

—No te preocupes, no voy a colgarla en ningún sitio, solo quiero tenerla de recuerdo.

Eva sonríe, es lo único que necesitaba oír para acceder a sus deseos.

—Hazla con el tuyo —me pide mi prima—. El mío casi no tiene batería.

Saco el iPhone del bolsillo de mi pantalón y les hago una foto desde el otro lado de la mesa. Las dos posan mostrando su mejor sonrisa iluminando el comedor. Les hago otra para que elijan la que más les guste. Salen preciosas.

Me haría un *selfie* con ellas pero para salir con cara de perro, mejor me quedo donde estoy. Ya me haré todas las fotos que haga falta cuando recupere el humor el siglo que viene.

Me siento diferente, como si fuera otra persona. Acabo de perder un pedazo de mi vida que aunque no le prestara la atención que requería, me resultaba fundamental para seguir adelante sin remordimientos.

Atrapo un puñado de arena blanca y la dejo caer de mi mano fría y temblorosa. La playa de la Virgen del Mar estaría desierta de no ser por Eva y por mí, ambas sentadas frente a la orilla, corriendo el riesgo de contraer una cistitis de hospital.

Hoy ha sido uno de los días más difíciles de mi vida. Mi tío me ha obligado a repetir la firma del documento después del garabato ilegible que he estampado. Nunca me habían temblado tanto las manos. Recapacito, me pasó una vez, hace nueve años, y no pensé que la sensación se fuera a repetir entre la misma gente y la misma ciudad.

Firmar el documento de venta me ha roto algo por dentro. Está partido en dos. Un lado siente que es lo mejor y el otro que esta decisión me reconcomerá de por vida. Ya solo me queda su hogar. Un caserón muerto y vacío la mayor parte del año. Lo único que tenía vivo está pendiente de un comprador que aparezca lo antes posible para todos.

Una de las condiciones que se establecerán bajo contrato será la manutención de la plantilla actual durante dos años. Ninguno se merece una patada por la puerta de atrás, es lo mínimo que podemos hacer por ellos.

Mañana César y mi tío anunciarán lo acontecido a todos los miembros de Castillo y Ravel, futuro quién sabe qué. César ha comunicado su intención de buscar un avión para el jueves, se ha fundido sus vacaciones con este viaje fatal. Noe no ha querido acompañarnos en esta tarde fría antes de que pongamos rumbo a Madrid mañana por la mañana. Supongo que querrá exprimir todo el tiempo que le quede con quien le ha robado el corazón estos días. No la culpo, a mí puede venir a verme cuando quiera mientras que su historia con César, si es que la hay, es otro cantar.

La verdad, no sé por cuánto tiempo esperaba poder alargar este momento. Puede que confiase en que mis futuros hijos estudiaran Derecho y quisieran hacerse cargo del negocio de su abuelo. Algo que perdurara durante generaciones, tal y como él quería, y que su apellido se mantuviera siempre vivo en los juzgados santanderinos. Pues bien, eso no va a pasar. Se ha cerrado un capítulo de su historia, podríamos decir que un final definitivo.

Me restriego unos ojos llorosos con la palma de las manos. Llevo todo el día así y por más abrazos y arrumacos que me ha dedicado mi tía, no he mejorado. Al contrario, es como si mi propia madre me consolara por la atrocidad que acabo de cometer. Nunca me recuperaré de desprenderme de lo que mi padre más amaba. Aunque vaya a invertir el dinero en la asociación, el dolor no menguará deprisa. Es otra herida de muchas que quedará a medio cerrar para siempre.

Eva me pasa un brazo por los hombros. Está tiritando. Seguro que estará maldiciendo y preguntándose para sus adentros por qué la he traído hasta aquí. Me encanta esta playa, me serena y me renueva las fuerzas con su brisa gélida y las vistas a un horizonte infinito.

Por mucho que rabie, me alegra que esté conmigo. Esta escapada también le ha venido bien a ella. Se ha desprendido de sus temores laborales y ha mantenido la mente en otra parte. Espero que sepa encauzar su vida en el camino que haya decidido a nuestra vuelta.

—Eva, gracias por acompañarme —reconozco entre lágrimas—. Se me ha hecho un poquito menos difícil.

Ella sonrío con el cabello alborotado por el viento.

—Siempre que quieras, te acompañaré a donde sea.

Tiene toda mi gratitud. Puede que el secreto esté en no volver aquí sola. El calor de su abrazo me tranquiliza, aunque sea por unos minutos que pasan como segundos.

Tengo un sueño que me caigo muerta por las esquinas. Llevo ya tres cafés y no hay manera de despertarme oficialmente. He venido a la oficina directa desde el aeropuerto y entre los nervios, el madrugón y la cantidad de trabajo acumulado en mi mesa, estoy reventada.

Intento poner orden y priorizar mis tareas pero no sé ni por dónde empezar, todo me parece igual de urgente y a Sandra también. Lo quiere todo para ayer. Aún no se ha pasado por aquí, ni lo va a hacer. Quiere que vaya a buscarla a su casa para acudir a nuestra próxima visita. No sé si me tendré en pie.

Una compañera que sale del despacho de Gerardo me comunica que mi jefe quiere verme. Me quito las gafas y lo dejo todo para acudir a sus demandas, es lo que se hace con los jefes.

He estado dos días fuera, no es tiempo suficiente para que se haya desbaratado todo y tenga que recibir una amonestación por ello. Me pregunto qué querrá decirme.

Entro en su despacho y cierro la puerta. Está al teléfono pero me indica con un gesto que tome asiento. Lo hago y espero a que cuelgue. Igual me llevo una alegría y quiere subirme el sueldo por todo el sobreesfuerzo que hago en esta empresa. O no. Puede que estos dos días mi ausencia ni se haya notado y hayan decidido prescindir de mí sin consecuencias mayores. Me retuerzo las manos sobre la falda. Medio sonrío más nerviosa que serena.

—Hola, Carla —me saluda al terminar—. De nuevo, siento lo del socio de tu padre pero me alegra que estés de vuelta. Tenemos que hablar muy seriamente.

Asiento sin poder hablar. Su gesto es más que serio, parece preocupado.

—El lunes conseguí hablar con Virginia Ferrer.

Está claro que no hay día tranquilo en mi vida desde que conocí a Daniel Morales.

—Me ha contado la razón por la cual rescindieron el contrato con IA. Quiero que tengas conocimiento de la historia. Es importante.

Asiento otra vez. Tiene que ser algo gordo para querer compartirlo conmigo.

—Resulta que Virginia y Morales tenían una relación sentimental.

Está bien. Lo sospechaba y ahora se confirma. Todo claro.

—Pero un día Morales se cansó de ella y no solo quiso cambiar de comercial sino que se quitó a la agencia de encima del cabreo que tenía.

Eso me inquieta un poco más.

—Virginia dice que no hizo nada, simplemente él se hartó de lo que tenían y no quería nada cerca que le recordara a ella. Cuando la agencia supo el porqué, la echaron inmediatamente.

En ese caso me alegro mucho de haber cortado lazos con él de una vez por todas. Así no le he dado tiempo a que me mande a tomar vientos y haga lo mismo con McNeill. Lo que se traduciría básicamente en mi reputación y mi carrera.

No me puedo creer que Morales sea tan rencoroso como para arruinar la vida de esa pobre chica. Es un tanto sospechoso que involucrara también a la empresa en toda la historia. No me parece justo que la agencia tuviera que pagar la culpa de sus escarceos. Es como un adolescente enrabietado que la paga con todo lo que pilla a mano. No me extraña que Virginia se pase los días acudiendo a eventos buscando trabajo. Si esto es del dominio público, no lo va a tener fácil.

Todavía recuerdo aquella breve conversación que mantuvo al móvil con Morales en mi piso. No pude oír gran cosa así que no sé qué conclusiones sacar. Sea lo que sea lo que pasara, la actitud de Morales es desproporcionada y hasta despreciable.

Si es un hombre acostumbrado a codearse con prostitutas y descerebrados como Mario y João, es de esperar que se cansara de esta chica. Debería estar contento porque me haya quitado de en medio.

—Sé que no hace falta que te lo diga porque eres una mujer adulta y profesional pero ten cuidado con sus tonterías —me advierte Gerardo.

Ya es un poco tarde para eso. Disimulo haciendo uso de mi vena más profesional.

—Avísame si intenta propasarse contigo de alguna forma.

El atrevimiento me temo que ha sido mutuo pero eso ya no va a pasar.

—¿Vas a contratarla? —inquiero cambiando de tema.

Gerardo alza las cejas contrayendo la frente en arrugas diminutas.

—¿Pero cómo piensas que voy a contratar a alguien que mantiene ese tipo de relaciones con los clientes?

Creo que esto es justo lo que necesitaba para que me confirmaran que McNeill jamás aprobaría lo que ha pasado entre Morales y yo. No sé por qué estoy nerviosa. Si ya ha acabado todo no tengo de qué preocuparme. Igual es el hecho de que Morales continúe llamándome.

Gerardo me contempla desde su lado de la mesa con interés. Será mejor que diga algo.

—Sandra pensó que sería una buena idea.

—Sandra puede pensar lo que quiera. Yo sigo siendo el director de esta empresa. A esta mujer mía a veces se le ocurren unas cosas de bombero.

Oculto los labios evitando echarme a reír.

Me tranquilizo. Eso no podía traer nada bueno aunque me quedo con el gusanillo de saber más cosas de esa mujer.

—Puedes irte —me despacha—. Tendrás mucho por hacer.

Cierto. Cuanto antes acabe, antes me podré ir a descansar.

¡Por fin! Vuelta a casita. Estoy deseando coger la cama pero antes voy a picar algo. Dejo la maleta y el bolso en el salón mientras me quito el abrigo y me descalzo poniéndome cómoda. Abro la nevera, no hay mucho donde elegir y la mayoría ya está malo. Toca volver al súper. Pensativa, recorro a los armarios para ver qué me puedo preparar que sea fácil y rápido.

Uy, ¿qué hace la Nutella en primera línea de estantería? Desenrosco la tapa, alguien ha metido el dedo aquí dentro. Hago memoria mientras unto dos dedos y me los llevo a la boca. Pensé que el sábado pasado mis amigas me estaban esperando para el desayuno. No me imaginaba que hubieran pasado tanto hambre mientras dormía.

No queda pan de molde, se tendrían que conformar con los

dedos o una cuchara. Me encojo de hombros. Ya desayunaré mañana, voy a darme una ducha rápida antes de acostarme.

Hago rodar mi maleta hasta el dormitorio. Al entrar, mis pies quedan pegados al suelo. Tuerzo el gesto. Vuelvo la cabeza atrás y miro de nuevo al frente. Pestaño un par de veces.

—Mi cama está hecha.

Qué extraño, juraría que salí de aquí a toda prisa y se quedó abierta y sin hacer. Tamborileo el manillar de la *trolley* con los dedos. Me está entrando de todo. Qué mal rollo, tengo un *poltergeist* en casa. ¿Habrá entrado el conserje? No puede ser, me habría llamado por teléfono. No lo entiendo, nadie...

—Ay.

—Ay, no.

—Dime que no.

Mi frecuencia cardíaca se me dispara. Esto es lo último que me faltaba por ver. Lo primero que hago es abrir los cajones de mi ropa interior y buscar posibles bajas. Me vuelvo loca tirando bragas y tanguitos por el aire. Cuando vacío la cómoda, intento convencerme de que lo tengo todo. Me dirijo con piernas temblorosas al armario y tanteo mi ropa hasta que me hago con el pijama de ponis. Caigo de rodillas, aliviada. No falta nada.

Pero eso no importa tanto como que Morales haya tenido la indecencia de pasarse por aquí mientras estaba fuera. Tiene que haber sido él, nadie más tiene mis llaves. ¿Cómo se ha atrevido a hacer algo así después de lo que ha pasado? ¿Cuántas veces habrá venido?

Me levanto a trompicones para volver al salón y coger mi móvil. Antes de marcar, procuro calmarme respirando hondo un par de veces. Descuelga al primer tono.

—Hola.

—¿Has estado en mi casa mientras estaba fuera?

Se hace el silencio. No oigo nada de fondo, solo su respiración. Diría que está trabajando. O metiéndose, no lo sé.

—Sí.

Aprieto el puño de mi mano libre, me clavo las uñas en la palma de la rabia. Por un momento he llegado a pensar que me lo estaba imaginando todo. Qué ilusa soy siempre con él.

—¿Me has hecho la cama?

Su exhalación similar a la risa me encrespa.

—Sabía que te cabrearías.

—¡Y para qué quieres que me cabree!

—Para que me hables.

Su voz no suena divertida, más bien desamparada. Flaqueo unos segundos pero no me lo permito. Me obligo a mantener la mente fría. Es un loco maquiavélico. Tengo que colgarle, no quiero escucharle, me acabará liando.

—Ven ahora mismo —apremio en tono neutro—. Deja las llaves en el buzón. Y lárgate.

Cuelgo. Tiro el móvil al sofá. Sé que no me va a llamar. Le he dado vía libre para acercarse a la línea enemiga y con llaves a la puerta grande. No va a desaprovechar esta oportunidad.

Continúo sentada de brazos cruzados sobre el sofá. Se me ha quitado el hambre y las ganas de ducharme. Lo único que me apetece es cerrar los ojos y que al volverlos a abrir, sea mañana. Pero antes sé que se me avecina una buena. Si ha sido tan insistente estos días, hoy no va a ser diferente. Tengo muy claro que Morales va a subir a verme.

Suena el timbre de mi piso. Mis ojos ascienden lentamente encontrándose con la puerta principal. Curvo mis labios en una sonrisa. He dejado mis llaves puestas por dentro. No tiene forma de entrar.

Llama por segunda vez. Ni siquiera pestañeo. Al no obtener respuesta, escucho cómo una llave se introduce en la cerradura pero por suerte para mí, no gira. Oigo una maldición, Morales forcejea pero finalmente desiste.

—Carla, ya que he llegado hasta aquí, haz el favor de abrirme la puerta.

Me levanto estirándome como una goma elástica. Camino acercándome a la puerta para que me oiga bien alto y claro.

—Ten la decencia tú de devolverme mis llaves.

—Ábreme y te las daré.

Una única carcajada rebota en las paredes de mi salón.

—No me hagas reír. Dáselas a mi conserje y vete de aquí.

—Solo te las voy a dar a ti.

No va a ceder, es tan cabezota como yo.

Tengo un problemón. Me da que voy a tener que cambiar de cerradura en breve si no se me ocurre algo.

—Dámelas la próxima y última vez que vaya a IA —decido tras sopesarlo.

—¿La última? —pregunta tras unos segundos.

—Voy a pasarle la cuenta a Sandra.

—Qué chispa tienes.

—Hablo en serio.

Se calla otra vez.

Me gustaría ver qué cara pone. Me dispongo a andar de puntillas hasta la mirilla pero su ferocidad me detiene.

—No hagas estupideces, Carla. Nuestra relación de negocios no tiene nada que ver con lo que pasó el viernes. Ni se te ocurra amenazarme con eso.

Pongo los brazos en jarras, este tío piensa que puede hacer lo que quiera conmigo.

—Creo que estoy en posición para amenazarte con lo que me dé la gana —reprocho—. ¿Cuántas veces has estado aquí?

Escucho un roce y un golpe seco contra la madera. ¿Su cabeza?

—Solo una, el sábado —confiesa—. Vine a verte y no contestabas.

—¿Y cómo te enteraste de dónde estaba y lo que hacía?

Pasan los segundos y yo sigo esperando una respuesta. El silencio es tal que sospecho que se haya ido bajando las escaleras. Me pongo de puntillas para echar un vistazo por la mirilla. Tan solo puedo ver parte de su figura. Cabeza enmarañada alicaída y un hombro y un torso trajeados.

Suspiro, yo también estoy cansada de esto pero tengo derecho a saberlo.

—Dani... —¡no!—. Morales...

—Me lo dijo Víctor.

Suelto el aire y mis hombros caen como si me pesaran una tonelada. Me estampo la palma de la mano en la frente. ¿Cómo no lo he pensado antes? Son todos iguales, no se salva ni uno, tengo que hablar con Vicky de esto. A saber cuánto le ha contado y bajo qué circunstancias.

—¿Lo usas como agente secreto? —le acuso indignada—. ¿Primero me amenazas muy digno con mi amiga sin conocerla y después te

atreves a aprovecharte de ella a través de Víctor? ¿Cómo podéis ser tan hijos de...?

—A Víctor le gusta Vicky —me frena en seco—. No saques las cosas de quicio. Eso es tan cierto como que soy alérgico al Windows. Simplemente me aproveché de la circunstancia pidiéndole que me echara una mano.

Es muy rastrero, no me lo esperaba de Morales pero la verdad es que de Víctor tampoco.

—¿Entonces no quería quedar con ella?, ¿lo hizo para sacarle información?

—¡Claro que no! —protesta enojado—. Estaba loco por volver a verla. Fue mi empujón el que le ayudó a llamarla.

—Estarás orgulloso.

—Ábreme de una vez —repite hastiado—. Esto es ridículo.

—¿Qué te hace pensar que alguien como yo va a escuchar nada de lo que tengas que decir sobre el tema del que quieres hablar?

No contesta. Su mutismo me indica que no tiene excusa alguna para lo que hizo. Lo supe entonces y ahora lo tengo aún más claro. Aunque no fuera nada serio, aunque fuera una relación basada exclusivamente en el sexo, tendría que haber hecho un esfuerzo por contármelo en cuanto supo lo que les pasó a mis padres. Es más, aquella vez que pensó que me estaba fumando un peta, bien podría haberme aclarado entonces por qué le importaba tanto que las drogas se mezclaran con IA. Casi me entra la risa. Él puede hacerlo porque es quien manda y seguro que piensa que puede controlarlo pero los demás deben abstenerse por si repercute en su reputación empresarial. Qué locura.

—Estás más cerca.

Doy un respingo.

—¿Qué?

—Estás justo al otro lado —murmura—. Antes estabas más lejos.

Sí, no sé cómo lo hace que siempre que él quiere y yo no, me tiene pegada a él.

Cierro los ojos y me llevo el índice y el pulgar a los lacrimales. Siento una opresión en el pecho que parece querer desbordarse en forma de lágrimas. Mis sentimientos hacia Morales navegan a la deriva en un océano de dudas. Con cualquier otro ni habría hecho el esfuerzo de

mantener esta conversación. Hace rato que me habría dado media vuelta. Pero con él es muy duro. Este Morales de aspecto destrozado tampoco ayuda a hacer borrón y cuenta nueva. Detesto verlo, o más bien, escucharlo así. Por eso es mejor que no se me ocurra retirar mis llaves.

Verlo en persona va a ser tremendo pero tocarlo o dejar que me toque acabaría con todo lo que estoy luchando por olvidarlo. Después de lo que me hizo no tendría que costarme tanto pero incomprensiblemente lo tengo tatuado no ya en la piel, sino en el músculo, el hueso y el alma.

—Carla... —susurra—. No me odies.

Una lágrima cae por mi mejilla deshaciéndose en mi boca. La sal me sabe más amarga que nunca. Me ahogo. Y no como esas veces en que follamos como posesos y me ahogo de puro placer. Me ahogo de angustia y puro miedo.

Recuerdo palabra por palabra mi conversación con Gerardo esta mañana y me enderezo procurando parecer entera.

—Vete.

Es lo mejor para los dos.

El vestido es bonito. En realidad, es precioso. Toda una obra de arte. La dependienta del *showroom* y Vicky insisten en que me queda estupendamente. Es posible. Nunca me convencen demasiado esas aprobaciones, no confío en ellas. La prenda es exquisita así que al menos tengo la certeza de que ayudará a no verme tan mal.

Se trata de una joya de YolánCris intensamente larga y negra con transparencias en el pecho, las mangas y parte de las piernas. El resto es *paillettes* y *chantilly* escrupulosamente trabajado. Lo más bonito que he visto hasta ahora y que debería levantarme el ánimo pero ni la prenda más magnífica del mundo sería capaz de centrarme en el presente o lo que va a ser mi vida de aquí en adelante.

—Vamos, Carla, llevas media hora mirándote, ¿te lo llevas o no? —pregunta Vicky.

Ella ha escogido otro de color malva y de corte imperio en otro *showroom*. Yo he tardado un poco más en decidirme pero este se lleva la palma indudablemente.

Asiento y la dependienta parece respirar aliviada. No entiendo por qué. Con la cara que he puesto nada más verlo, tendría que haber vaticinado lo que pasaría después.

—¿Por qué estás tan triste?

Miro a Vicky sorprendida mientras la dependienta me ayuda a desvestirme.

—No estoy triste.

—Pues estás en otra parte. Llevas así toda la tarde. ¿Te ha pasado algo en la oficina?

—No.

Ahí sigue todo igual de ajetreado que siempre.

—Es Morales.

Desde que hablamos anoche con una puerta de por medio, no he vuelto a tener noticias de él. Cuando me he despertado esta mañana y no

me he encontrado con sus habituales llamadas intempestivas, me ha sorprendido y molestado más que confortado. Es como si por fin se hubiera dado cuenta de que seguir con esto es absurdo.

Su falta repentina de contacto me hace pensar. Desconozco si se trata de las explicaciones que quería darme o si esto va más allá y voy a recibir un email con la rescisión del contrato con McNeill. Ambas cosas me inquietan por igual.

—¿Qué ha hecho ahora?

A lo mejor Vicky no es la más adecuada con la que tener esta conversación dada la tirria que le tiene pero es la única que ha preguntado.

—Ha dejado de llamarme.

Mi amiga hace una mueca sentándose en un taburete.

—No comprendo, ya te has quitado un peso de encima. ¿O crees que tiene que ver con el trabajo?

—No... No lo sé.

Vicky suspira.

—Vamos a ver Carla, no me des estos sustos.

—¿Qué sustos? —repito apoyándome en la dependienta para salir del vestido.

—¿Te gusta Morales? ¿En plan de verdad? —pregunta suavemente hasta que abre mucho los ojos—. ¡No te habrás enamorado!

Doy un traspié a punto de desgarrar el vestido y llevarme a la dependienta al suelo.

—¡No!

Solo ella podía llegar a semejante conclusión con el historial que tiene detrás.

—Pues os veíais mucho, parecíais amantes.

Me anudo un batín, pensativa.

—Porque lo éramos, ¿no?

—Ser amantes implica un aspecto sentimental.

—¿Sí?

—Para mí al menos sí.

La dependienta asiente recogiendo el vestido. Espero que lo haya hecho distraída pensando en sus cosas.

—Entonces no —contesto enérgica—. Entonces éramos...

Al ver de nuevo que la mujer me observa de reojo, obligo a que Vicky me lea los labios.

—“Follamigos”.

Un momento, eso tampoco me convence.

—Tampoco éramos amigos —digo en voz alta.

—Complicado, ¿eh?

Sí, es el adjetivo que mejor lo califica.

La dependienta desaparece y al notar mi distracción, Vicky coge mi ropa y me la tiende indicándome que ya va siendo hora de irnos.

—Es normal que te sientas así —suaviza acariciándome un brazo.

—¿Tú crees?

—Pues claro. A todas nos gusta que ellos se arrastren. Eso. Es. Así.

A mí no me parecía que Morales se estuviera arrastrando. No ha hecho nada que lo pareciera. Solo parecía desesperado por decirme lo que fuese. Aunque ya no tengo forma de saberlo y debo estar agradecida. Nada puede excusarle.

—¿Habéis estado hablando las demás de esto a mis espaldas?

Vicky ríe divertida.

—Para eso están las amigas. Para ponerse verde de vez en cuando.

Aprieto los labios. Vete tú a saber lo que han estado diciendo. No sé cómo no me pitan los oídos.

«Jorge: “Hola Carla”».

«Jorge: “¿Qué tal?”».

«Jorge: “Solo quería saber”».

«Jorge: “Si lo de este finde sigue en pie”».

Hago un mohín. Por un momento pensé que mi móvil vibraba por Morales. Escribo sin muchas ganas de chufra pero lo prometido es deuda. No es justo para Jorge que ahora me eche atrás y a mi primo le vendrá bien su compañía.

«Carla: “Hola”».

«Carla: “Claro”».

«Carla: “Saldremos mañana”».

«Carla: “Te aviso con la hora y el sitio”».

«Carla: “Antes iremos a cenar algo”».

«Jorge: “Perfecto”».

«Jorge: “Tengo ganas de verte”».

«Jorge: “Y conocer nuevos sitios”».

«Jorge: “Espero tu llamada”».

Y yo esperaba una carita feliz pero claramente, no aparece por ninguna parte.

Navego por las redes sociales intentando pensar en otra cosa mientras el taxi me lleva a casa. Eva sigue sin manifestarse y eso parece que da sus frutos porque ya no es *trending topic*. Ha sido buena idea que desapareciera de las cámaras por unos días, ahora puede concentrarse en ver qué es lo que quiere hacer con su futuro. Aparte de apuntarse al paro.

Carmen, por su parte, tampoco da señales de vida. Debería darme vergüenza, no le he preguntado nada acerca de su reencuentro con Raúl. Puede que al dejarlo definitivamente esté completamente hundida y no tenga ganas ni de decírnoslo. Total, para oír un “te lo dijimos”, preferirá seguir escondida donde sea.

En Facebook Susana publica sus últimas fotos y cursilerías sobre la boda. Tengo unas ganas increíbles de que se pase de una vez. Estas invitaciones siempre te ponen en un compromiso. Tampoco somos tan amigas pero no podíamos hacerle el feo y Vicky siempre lo vio como una oportunidad donde conocer a solteros como nosotras.

El perfil de Patrick en el muro me distrae. Hacía tiempo que no le veía publicar nada. Anuncia una gira por Europa. Parece que sus cuadros están teniendo éxito por fin. Siempre soñó con convertirse en un pintor famoso y reputado. Apuntaré la fecha que aparece en Madrid para ir a saludarlo.

No me vendrá mal recordar tiempos mejores.

Contesto a los últimos *e-mails* urgentes antes de irme. Tengo que ir a buscar a Héctor a IFEMA y hacer la reserva en el restaurante de esta noche. Al final, Eva no nos va a acompañar. La única oferta de trabajo de la que la han llamado esta semana ha sido de presentadora en un *call tv* de madrugada y se ha desmoralizado tanto que ha preferido irse a cenar a casa de sus padres y pasar unos días con ellos. Entre eso y la boda que se celebra este fin de semana, no está de muy buen humor.

Sandra aparece de la nada frente a mi mesa con su bolso y el abrigo en la mano.

—Carla, necesitamos el reportaje del martes firmado por IA antes de poder publicarlo. Que te lo pasen hoy mismo.

Echo un vistazo rápido a la hora en mi pantalla. Hace ya mucho que se me tendría que haber caído el boli.

—¿Y me lo dices ahora?

Sandra echa a andar hacia al ascensor ignorándome.

—Cuando he tenido tiempo. ¡Vamos! —ordena ladeando la cabeza—. Antes de que se vaya todo el mundo.

Yo la mato. ¿Por qué me toca la moral de esta forma?

Busco el documento en el ordenador y lo ojeo con la esperanza de que con la firma de Juanjo sea suficiente. Podría pedírselo a Morales vía *e-mail* pero si es urgente voy a tener que hacer uso del teléfono.

Marco deprisa, deseando que sea tan infeliz como yo y no se haya ido a su casa todavía.

—Hola Juanjo, soy Carla.

—¡Hola! —saluda alegre—. ¿Cómo estás? ¿Sigues trabajando a estas horas?

—Sí, es uno de esos viernes, ya sabes —ríe entre dientes—. ¿Tú sigues en la oficina?

—Iba a apagar el ordenador en cuanto has llamado.

—Pues tengo que pedirte un favor —empiezo acordándome de

toda la familia de Sandra—. Necesito que me firmes la autorización para publicar el caso de éxito del martes.

—Yo no puedo firmarte eso, tiene que hacerlo Morales.

Lo suponía.

—Pero hasta el lunes no podrá ser.

—¿No está trabajando?

—No lo sé, la verdad. Los viernes a esta hora desaparece y no quiere que nadie le moleste.

Claro, por si se atraganta con la raya que se mete antes de salir.

Me despido de él y corto la llamada. Me meso la trenza pensando en todas las posibilidades que tengo a mi alcance antes de llamarlo. ¿Me cogería el teléfono?

Meneo la cabeza y busco en la lista de contactos.

—¿Carla?

—Hola, Víctor.

Hay que agotar todas las opciones antes de caer en la jaula del rey de la selva.

—¿Ya has vuelto?

—Pues sí pero imagino que lo sabes de sobra.

—¿Cómo?

Me desvío de mis propósitos y quiero terminar con esto ya.

—Necesito un documento firmado hoy mismo. Se lo he pedido a Juanjo pero dice que tiene que hacerlo Morales.

—Ahora es imposible, no lo localizarías.

—¿Está fuera?

—No, con su abuela.

Tengo que aguantarme la risa como puedo.

—¿Perdona?

—Está ingresada en una residencia para enfermos con Alzheimer.

—Oh...

—Sí, va a verla todos los viernes por la tarde —explica sin darle importancia—. Se queda con ella para darle de cenar y acostarla. Hasta que no termina no va a ninguna parte. No te va a coger el teléfono. Si es urgente, te lo puedo firmar yo, tengo autoridad para hacerlo.

Necesito unos segundos para digerir lo que acabo de escuchar.

Nunca me dijo que su abuela estuviera enferma, pensé que seguía viviendo en su casa en Parla. Sospecho que le están allanando el terreno.

—¿Me estás contando esto para que me ablande?

—No —ríe—. Solo te estoy informando. Es la verdad.

No sé por qué tengo una imagen distinta de los cocainómanos. No los concibo cuidando de sus familiares enfermos como si les importara algo más allá de su propio ombligo.

—Mándame eso, por favor —ruego viendo que se me echa el tiempo encima—. Hasta que no lo hagas, no podré irme.

—No es problema, ¿vais a salir?

Cuando le escucho decir eso, me da la impresión de que es otro quien pone las palabras en su boca.

—Me sorprende que no lo sepas ya. ¿No te lo ha dicho Vicky?

—Carla... —resopla—. Solo quería echar un cable a Morales, fue una forma inocente de hacerlo.

—Te aprovechaste de ella —le acuso subiendo la voz.

—No, también estaba preocupado por ti —replica dejándome atónita—. Morales me contó que no sabías nada y en cuanto te enteraras sabía que sufrirías. No debe de ser fácil teniendo en cuenta tu situación personal. Yo también quería saber cómo estabas.

—¿Por qué?

—Eres amiga de Vicky y lo has llegado a ser de Morales, un mínimo de interés tendré que tener, ¿no?

—No soy amiga de Morales —aclaro al momento.

—¿Te gustaría serlo? Le hace falta una.

Qué pregunta tan tonta. No quiero formar parte de su colección.

—Ya tiene muchas amiguitas.

—No son amiguitas, son prostitutas y eso también lo sabes.

Sí y no me interesa que alguien como Vicky se vea envuelta en todo eso.

—¿Tú también haces uso de sus servicios?

Por su silencio, o bien estoy en lo cierto o mi atrevimiento le ha pillado desprevenido.

—No —niega finalmente—. No es mi estilo y tampoco me drogo si quieres saberlo.

—¿Y por qué él sí?

—¡Pero si eso es lo que quiere explicarte!

Me muerdo el labio dándome tortazos mentales por ser tan bocazas. Mi subconsciente me juega otra mala pasada. Ya van unas cuantas.

—¿Tanto miedo te da verlo que ni le abres la puerta de casa?

Víctor me invita a sincerarme como en la consulta de un psicoanalista. Mi corazón se abre sin prestar atención a las advertencias de mi razón.

—Sí.

—Pues sí que os ha dado fuerte a los dos...

—Para mí es un tema muy doloroso.

—No es plato de buen gusto para nadie.

—Estoy hecha un lío —reconozco abstraída en otra parte—. En cierto modo, lo admiraba y descubrir que se metía esa mierda fue tan chocante... No encajaba en absoluto con el Morales que conocía. Su estilo de vida va en contra de todo lo que creo y respeto. Y por eso y por todo lo que he pasado debería odiarle pero no soy capaz y no lo entiendo.

Vuelvo a focalizar en cuanto creo oír una risa ahogada al otro lado del teléfono.

—¿He dicho algo gracioso?

—Habla con él, Carla.

Puede, debería. Pero ahora no. Ni tengo el tiempo ni me cogería el teléfono. Tengo que irme volando a IFEMA.

Se ha dejado perilla. Parece mayor. Mi primo Héctor sonrío afable con sus ojos azules tras las gafas negras de pasta. Jorge y él han congeniado. No sé de qué estarán hablando. Carmen, Vicky y yo nos hemos desligado de su conversación en cuanto ha desembocado irremediabilmente en el fútbol.

Estamos en mitad del postre y Carmen todavía no ha soltado prenda de su situación con Raúl. El reencuentro con Héctor ha sido más natural de lo que esperaba. Comentarle a mi primo que ella tenía novio le ha quitado la idea de camelársela de nuevo y Carmen le lanza alguna que otra miradita más curiosa que lujuriosa. Con una ruptura tan reciente, es normal que no esté pensando en este tipo de cosas tan pronto.

—Antes de que digáis nada, que sepáis que no hemos roto.

Mi tarta de queso cae de la cucharilla al plato.

Vicky me mira alarmada y conociéndola, no por terror a lo que acaba de oír, sino por lo que pueda decir yo. Y qué decir, si a estas alturas con este tema ya no se me ocurre nada nuevo.

—Cuando aterrizó tuvimos una bronca tremenda.

—¿Le pusiste en su sitio? —pregunta Vicky no muy convencida.

—Lo intenté pero él también tenía motivos por los que estar enfadado.

Me llevo los dedos a las sienes. Masajeo apelando al autocontrol deseando no explotar en mitad del restaurante.

—Resulta que salí en las fotos y los vídeos donde filmaron a Eva el viernes pasado. Como imaginaréis, no había contemplado esa posibilidad cuando accedí a salir.

“Accedí” ¿Le pusimos una pistola en la cabeza?

—Tenemos pactado no salir el uno si el otro está fuera.

—Ahora estás saliendo —apunta Vicky.

—Él está en un cumpleaños de uno de sus mejores amigos y solo van chicos. Una especie de juerga masculina o algo así.

—¿Y eso no te molesta?

—Estoy aquí con vosotras. Después de lo ocurrido es todo un lujo, ¿no?

—Entonces, seguís juntos —lo afirmo directamente, ¿qué sentido tiene preguntarlo?

Carmen asiente comiéndose su postre como si nada. Claro, para ella es el pan de cada día.

—Me teníais que haber avisado de este —protesta señalando a Héctor disimuladamente—. Si Raúl se entera de que tuvimos una historia, me corta la cabeza.

—Literalmente.

Carmen para de masticar por unos segundos pero sigue comiendo en silencio. Es como si su mecha habitual se hubiera extinguido.

—¿No replicas?

Tira su servilleta a la mesa y deja caer su cuerpo contra el respaldo de la silla. Vicky y yo nos miramos confundidas.

—En caliente no puedo darle un sentido a las cosas. Pero, a veces, en frío... Pienso que debería dejarlo —confiesa en voz baja.

—¡Aleluya!

Jorge y mi primo reparan en nosotras.

—¿Qué pasa? —pregunta Héctor.

—Nada —contestamos las tres.

Tanto Vicky como yo hacemos corrillo alrededor de Carmen.

—Hazlo ahora —imploro—. Llámale.

—¿Por teléfono? ¡No seas cruel!

—No se merece mucho más.

—Es que vosotras lo simplificáis todo mucho. No siempre es todo blanco o negro —replica lanzándome una mirada que no entiendo.

—No te engañes, Carmen —aconseja Vicky—. Cuando a alguien se le cruza el pensamiento de dejar a su pareja es que el tema es serio. Hay algo roto que o arreglas o cortas por lo sano.

—Sabias palabras —murmuro.

—Tendría que arreglar tantas cosas que no sé por dónde empezar. Estoy ya cansada de tanto discutir y de...

—¿He oído bien? —interviene Héctor muy interesado—. ¿Vas a dejar a tu chico?

Carmen se pone nerviosa. Lo sé por cómo le bailan los ojos a lo Marujita Díaz.

—¿Te ha puesto los cuernos o...?

—¡No!

—Es un capullo —aclaro.

—Carla, si sigues por ahí me levanto y me voy.

Retomo mi tarta, cabizbaja.

—Tiene sus manías, como todo el mundo.

Se me quita el hambre de golpe.

—Es un pelín controlador —añade Vicky haciendo un gesto con los dedos.

Héctor se rasca su cabello castaño.

—Si ese tío confía en ti no tiene por qué controlarte en nada. Cuando tienes novia te gusta que piense por sí misma no que sea un títere, ¿no? —comenta mirando a Jorge.

Él asiente.

—A los hombres nos gustan las mujeres con personalidad.

—¡Oye! —se queja ofendida—. Que yo tengo mucha personalidad.

—Sí, aquí y ahora, ya veremos cuando vuelvas a casa.

Hace como si yo no existiera.

—Es que siempre me está diciendo lo que tengo o no tengo que hacer.

Héctor ríe por lo bajo.

—Pues pareces más una mascota que una novia.

Lo que no saben es que la compensa con polvos de infarto y ella está encantada con la idea.

—Sí, creo que eso le divierte.

¿Pero por qué le hace más caso al mendrugo de mi primo que a mí?

—Dale caña tú también, es lo justo.

—Pero yo no soy así.

—Vale, vale, si lo que te va es el rollo sumisa entonces ya no me meto.

—Cállate, inútil —espeta Carmen tirándole la servilleta a la cara.

Héctor la pillá al vuelo echándose a reír.

—Deberías decirle lo que piensas. Él creerá que eres feliz con él y por lo que veo no es así. Si no le aclaras las cosas, no esperes que cambie.

Jorge nos deja a las tres con una cara de retrasadas para enmarcar. Este chico es un partidazo y yo por más que lo intento, no siento el morbazo que se me dispara con otros.

—Alguna vez hemos tenido ese tipo de charla pero no te creas que ha servido de mucho.

—No sé —contesta Jorge evitando meter cizaña—. Estoy hablando sin saber. Eres tú la que tiene que sopesar los pros y los contras.

—La balanza está muy igualada.

—No sé yo —se burla Héctor—. No lo estará tanto si te estás planteando dejarlo.

Qué bien, la presión hace su efecto. Carmen se ablanda. Unas cuantas copas más y esto está hecho. Solo espero que cuando se levante mañana se acuerde de esto y no se deje amilanar por un estúpido y tardío ramo de rosas. La veo tan veleta que puede pasar cualquier cosa.

Moma está hasta los topes pero eso no nos impide disfrutar de la noche. Solo llevamos una copa pero Carmen ya se ha desinhibido en mitad de la sala dándolo todo. Vicky y yo intentamos seguirle el ritmo pero nos estamos reservando para la boda. De lo contrario, no habrá quien aguante mañana.

Vicky no parece muy animada a dar coba a nadie. Se ha recluido en su móvil y me ha dejado a cargo de una Carmen con ganas de sudar la cena bailando y no volver a casa hasta el domingo.

Héctor y Jorge desaparecen de vez en cuando, sin duda buscándose sus propias presas lejos de nosotras. Los he visto metiendo fichas a diestro y siniestro sin mucho éxito. Carmen, en cambio, atrae la atención de más de uno y ella se los quita de encima sin reservas. Qué pena que no haya venido Eva con una ristra de cámaras detrás para que vuelva a salir en la prensa. Otra discusión con Raúl y ya tiene la mitad del trabajo hecho.

Bebo mi gin-tonic echando un vistazo a lo que nos rodea. Nada que destacar. El único que se me ha arrimado tenía las cejas mejor depiladas que yo y casi me he atragantado del susto. Si me paro a pensarlo, Jorge es el más atractivo de todo lo que he visto hasta ahora pero me voy a abstener de hacer cualquier tontería. Por mucho que añore el sexo demoledor, ni puedo jugar con sus sentimientos ni nada me va a asegurar que vaya a ser tan bueno como el que he tenido las últimas semanas.

Dejo mi copa en la barra y me voy al baño abandonando a Carmen a su suerte. Aún tengo la voz, los ojos y la boca de Morales rondando por mi cabeza. Si bien pensaba que con la falta de llamadas me libraría de él, resulta que soy yo misma quien acude a su recuerdo por instinto natural. No imaginaba que añorar algo tan simple como el sexo pudiera influenciarme y arrastrarme a un estado de ánimo tan plumizo. Supongo que en el fondo no solo se trata de eso sino de las payasadas, la espontaneidad y también la genialidad. Sin embargo, luego me acuerdo de lo farlopero que es y se me quitan las ganas de vivir.

A mi vuelta, no encuentro a nadie. Se habrán movido pero no los veo ni por la barra ni por ningún otro sitio. Justo cuando creo que trastabillo, alguien me sujeta y me estampa contra unos labios urgentes. Abstraída, dejo que una lengua entre en mi boca haciendo de las suyas. Llevo mis manos a la nuca de mi asaltante pero no encuentro lo que deseo, el cabello es demasiado corto y también fino. Su boca tiene un ligero sabor

a ron.

Abro los ojos a la vez que resucito mi lucidez y Jorge decide soltarme.

—Si no te pillo despistada, no lo consigo.

Besa bastante bien, he de admitir. Está aprendiendo a marchas forzadas.

Su rostro se inclina volviendo a las andadas y yo me obligo a pensar rápidamente qué es lo que debo hacer.

—¡Víctor!

Giro la cara buscando la voz que ha proferido el grito a nuestro lado. Los labios de Jorge alcanzan mi mejilla por error.

Vicky saluda entusiasmada al otro extremo de la sala y junto a ella, Carmen ahoga una exclamación y Héctor me mira sonriente.

Aparto a Jorge con las manos en su pecho lo más diligente que puedo y sigo los ojos de mis amigas. Víctor camina hacia nosotras. El “Animals” de Martin Garrix se escucha a vatios infinitos y el tiempo parece detenerse cuando otra figura más alta se hace paso a su espalda. Las luces iluminan sus facciones perfectas cada pocos segundos. Sus ojos buscan entre la multitud. Por inercia, me alejo unos pasos de Jorge. Sus dedos intentan enlazarse con los míos pero los rehúyo.

Morales fija su objetivo con dos amazonitas que brillan a cada poco. Los *samples* de “Animals” alcanzan su punto álgido y mi corazón bombea acompañando la base rítmica con cada paso que da. Su boca entreabierta me advierte que está dispuesto a gritar mi nombre a los cuatro vientos en cuanto vea mi reacción forzosa.

Dos piernas de blandiblu me giran haciendo un esfuerzo por andar rectas en pos de mi primo. Echo mano a mi bolso y maldigo en voz alta. Pero eso no me va a detener, lo puedo solventar de otra forma.

—Héctor, me voy —escupo subiendo la voz—. Pide al conserje que te abra cuando llegues, yo se lo diré ahora.

Mi primo arruga la nariz.

—¿Pero adónde vas tan pronto? ¿Qué pasa?

Me armo de valor y miro a Vicky. Está blanquísima.

—No sé cómo has tenido los ovarios de pedirle que venga.

Sus ojos denotan pavor.

—¡Si yo no sabía nada!

—Carla, no ha sido Vicky.

La voz de Víctor también se alza todo lo posible sobre la música que nos engulle.

No puedo apartar mi atención de la expresión de su rostro. Si lo hago, patinaré en mi esfuerzo de salir airosa de esta.

Sopesa mi reacción todo lo rápido que puede.

—Me dijo que estabais juntas y quise que Morales viniera conmigo.

Frunzo el ceño, ¿de qué habla?

—Esta tarde te he notado receptiva, he pensado...

—¿Pero este quién es? —pregunta Héctor con un brazo que se extiende a mi lado.

—Es un cliente —oigo la voz de Carmen.

—Su ex —aclara Vicky.

—Se lo tira.

—¡Carmen!

Me vuelvo con tal ímpetu que mi cabellera abofetea a mi pobre primo sin querer. Se aparta abriendo los ojos espantado.

—¿Te estás tirando a un cliente?

La presión en mi cabeza es tal que mi cara se ha debido volver de todos los colores posibles como un arcoíris hasta amoratarse.

—¡Dejadme en paz! —aúllo echando a correr.

Mi nombre no se hace esperar.

Lo oigo primero imperativo, después acuciante y por último ansioso.

Me doy dando tumbos entre la gente hasta que logro salir casi a codazos. Una vez fuera, vuelvo la vista atrás comprobando que no me sigue nadie. Aflojo mis pulmones y ando calle abajo buscando un taxi.

Madre mía, pobre Jorge. ¿Qué cara se le habrá quedado? Me tiro a clientes, beso a tíos por ahí, me largo sin más... Otro más que piensa que estoy zumbada.

—¡Carla!

¡No!

Me pego una carrera que no va a ninguna parte porque tras unos segundos, una mano me da alcance. Forcejeo angustiada.

—¡Para, para!

Debería hacerle caso. Mi intento de huida ha fracasado nada más verlo.

—¡Carla, para o te juro que un día de estos te levantas maniatada a la cama!

Freno mi chaladura. Lo conozco, aunque sea solo un poco, y sé que es muy capaz de hacerlo.

Sus dedos dejan de hacer presión en mi brazo y me liberan aún a riesgo de volver a salir corriendo pero no lo voy a hacer.

Mi mirada disgustada se mezcla con la suya, malhumorada e inquieta.

—Consumo coca para mantenerme despierto, Carla, no para irme de farra —suelta de golpe.

Menuda explicación absurda.

—Ambas cosas van unidas, ¿no?

—No —contesta tajante—. No me interesa salir a desfasar las horas muertas como un adolescente. Ni siquiera cuando empecé a consumir hace nueve años era ésa mi intención.

Nueve años, por Dios bendito...

Morales coge aire y se lleva las manos a la cintura. Su americana se abre al sacar pecho.

—IA creció muy rápido —comienza, pasándose la lengua por los labios—. Empecé a tener compradores por todas partes. No podía hacerme cargo de todo yo solo, tuve que contratar asesores, financieros y abogados a mansalva. Con el tiempo fui amasando una fortuna, por aquel entonces los presupuestos de los clientes eran pozos sin fondo...

—¿Qué tiene que ver eso con...?

—¡Déjame terminar!

Enmudezco del susto. Parece desesperado.

—Tuve que buscarme alianzas, un canal de distribución, dejé de tirar código para hacer de relaciones públicas. Me pasaba el día en comidas, viajes, reuniones... No había suficientes horas en el día para todo lo que tenía en mente. La primera vez que me metí estaba en una fiesta, es verdad. Pero empecé a consumirla para currar —se encoge de hombros—. Me ayudaba a sacarlo todo adelante.

—¿Lo haces por el trabajo? —pregunto boquiabierta.

Morales asiente pero creo que miente. No creo que desperdicie la oportunidad de hacerlo si le pillas de juerga.

—El viernes pasado no estabas trabajando.

—¡Sí que lo estaba! —se defiende levantando los brazos—. Os lo dije a todos y pasasteis de mí presentándoos en mi casa a la vez. Aquel día las cosas no fueron bien en Portugal. Estoy perdiendo negocio, el

mercado se queja de que mi producto es caro y las ventas caen en picado. Cuando vinisteis, estaba en una teleconferencia intentando buscar soluciones con varios empleados de la empresa. Me metí porque iba a pasarme el fin de semana entero trabajando.

Eso puede encajar con lo que Vicky y yo vimos esa noche. Pero sigue siendo una locura, no puede inmolarsse por su negocio, va a acabar con él. ¿Cómo no lo ha conseguido en nueve años? Tiene que tener algún tipo de autocontrol aunque me parece imposible.

Sé muy bien que no es lo mismo un cocainómano que lleva consumiendo años al que acaba de empezar. Ni uno que es consciente de su adicción a otro que consume compulsivamente y que ya ni recuerda por qué empezó a meterse. Tampoco lo es el que lleva poca droga en el cuerpo y otro que ya está acostumbrado y se ha convertido en parte de él.

Tengo muchas ganas de llorar.

—Estoy reventadísimo —se lamenta mirándose los zapatos y pasándose la mano por el pelo—. Si no lo hago, es imposible que IA se mantenga en pie.

—Dijiste que te estabas desenganchando.

Morales levanta la vista y en sus ojos veo un ligero resquicio de esperanza en mis palabras.

—Es verdad. Ingresé en una clínica hace dos veranos pero tuve que irme en cuanto me enteré de las pérdidas que estaba teniendo IA por toda Europa. Con tanto trabajo por delante volví a recaer. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Ya no sé si su voz suena patética o desesperada pero el fantasma miserable que me parecía mi persona ahora lo veo cien por cien reflejado en él.

—¿Y qué se supone que haces ahora para dejarlo?

—Volví a la clínica el verano pasado y lo volví a dejar —reconoce mordiéndose el labio—. Ahora voy a terapia con uno de sus médicos. Me ha dado unas pastillas que reducen las ganas de consumo —tuerce el gesto mirando el vacío—. Se supone.

—¿Cada cuánto consumes?

—Depende de la carga de trabajo que tenga. No me imagines como un consumidor compulsivo, Carla. Llevaba más de cinco meses sin hacer nada.

Me siento ligeramente aliviada al comprobar que todo este

tiempo lo he conocido lúcido aunque, tristemente, ninguna de sus respuestas acaba por dejarme totalmente satisfecha.

—Es la única forma para poder aguantar todas las horas que requiere IA. Es mi vida, no quiero cagarla.

Tenía razón, está loco. No sé cómo puedo ayudar a alguien que no solo consiente en vivir así, sino que siente que lo necesita.

—¿No has pensado en vender y soltar esa carga?

Morales se queda mirándome como si me viera por primera vez.

—Carga —repite embobado—. No sabes lo que significa esa empresa para mí. IA nació del dolor que me supuso perder a mi madre. No puedo perder esto.

Ya, lo entiendo mejor que nadie. Vender mis acciones ha sido lo más doloroso que me ha ocurrido en los últimos años. Sé lo que cuesta. Ahora, en cierta forma, entiendo su dolor. Está tan empeñado en mantener IA en lo más alto que se sacrifica a sí mismo de la manera más brutal posible. No se da cuenta de que se está matando y de que su familia jamás querría eso para él. No somos muy distintos y aun así, hay cosas que no comprendo.

—No lo hago por diversión Carla, no me divierte una mierda. Solo me ayuda a tener los ojos bien abiertos y la mente despierta.

—¿Y qué sentido tiene que lo estés dejando si en cuanto tengas un mínimo de pérdidas vas a volver a meterte otra vez?

Su boca se abre pero ninguna palabra llega a mis oídos. Se ha quedado tan paralizado buscando una contestación válida como mi corazón en mi pecho esperándola.

—Yo soy el primero al que no le gusta vivir así —responde sin apenas voz.

Una vez más, no conozco a este Daniel Morales. Por un lado está el hombre risueño y juguetón, por otro el cocainómano desenfrenado y por último, un espectro atormentado. Solo me gusta el primero y es el único al que estoy dispuesta a ver.

Si tan solo fuera un exdrogadicto, si tan solo me hablase en pasado... Podría echar una bomba de humo y estar dispuesta a pensármelo pero me da la impresión de que no quiere cambiar nada realmente. No confío en las pocas ganas que tiene de deshacerse de toda la porquería que lo rodea.

Ni siquiera entiendo por qué me lo cuenta. ¿Qué es lo que quiere? ¿Un indulto emocional?

—¿Por qué yo, Morales? ¿Por qué no persigues a otra?

Sus ojos se apagan acompañando a un rostro afligido.

Me duele verlo en ese estado pero no sé qué es lo que espera de mí. La nuez sube y baja al paso de una saliva que parece pesarle. Tiene una expresión desconocida para mí. Nunca me había mirado así. Juraría que a mí se me ha formado la misma nuez con la bola que tengo en la garganta a punto de estallar.

—Porque no me canso de ti.

Mi contención sale despedida en forma de vaho congelado por la nariz. Estoy a un paso de echarme a reír. Jamás dice nada de lo que ansío.

—Algún día lo harás —adivino convencida—. Como te cansaste de Virginia.

Morales retrocede como si eso hubiera sido la ofensiva de su vida.

—¿Vas a hacer que me despidan como a ella?

El escepticismo que leo en su mirada me confirma que no imaginaba que yo conociera la historia.

—¿Por qué iba a hacer eso? Yo no la despedí.

—Indirectamente sí, lo hiciste.

—Ella solita se lo buscó —afirma muy airado.

—¿Cómo puedes ser tan frío con ella?

—¿Frío? ¡Pero si está loca! —revienta con cara de desconcierto—. ¡Me intentó arruinar la vida!

Qué barbaridad.

—¿Por querer salir contigo?

—¡No! Eso fue lo de menos, la hija puta de ella aún sigue llamándome para pedirme perdón, está desquiciada.

—¿Para qué va a pedirte perdón a ti?

Es como si habláramos de otra mujer. Morales sacude la cabeza como si pusiera en orden sus ideas.

—Virginia y yo follamos un par de veces —admite adoptando su postura más seria—. Pero ella quería más. Se encoñó y empezó a acosarme. Te juro que nunca le di a entender que pudiera haber más pero se conoce que no me escuchó o no quiso hacerlo.

—Y te la quitaste de en medio.

—No —protesta pidiendo mi silencio—. Yo continué con mi vida pero Virginia se cabreó tanto que una noche me siguió con un fotógrafo de su agencia. Gracias a mi buena suerte, varias de las personas que iban conmigo se hicieron unas cuantas rayas. Yo no me metí ni una pero cómo no, salía en las fotos de lleno.

Uy, esto no tiene nada que ver con la trágica historia de amor que me contó Gerardo. No me sorprende mucho que esto me encaje más con la verdadera personalidad de Morales y no con un castigador cruel y rompecorazones.

—¿Te iba a chantajear?

Niega con la cabeza.

—Filtró las fotos a la prensa pero el medio a quien se las enseñó llamó a la directora de su agencia para contrastarlo antes de hacer nada. Era un tema demasiado gordo para que lo llevara alguien como Virginia en solitario —tiene toda la lógica del mundo—. La agencia consiguió pararlo para no perdernos como cliente. Despidieron a Virginia y al fotógrafo, y se reunieron conmigo. Quise despedirlos en cuanto me lo contaron pero fueron muy listos o muy hijos de puta, según lo veas.

Eso tiene cierto sentido.

—Fue la agencia quien quiso chantajearte.

Asiente dándome la razón.

—Virginia solo quería joderme pero yo tuve que pagar una millonada a su agencia a cambio de esas fotos y todas las copias posibles. Después de que nos reuniéramos con nuestros abogados quedó por escrito que tienen prohibida la difusión de las fotos. Tanto ellos, como el fotógrafo y Virginia, que estoy seguro de que tiene alguna copia por ahí.

Si Eva creía que su vida estaba arruinada, esto es mucho peor. No puedo ni imaginar la de cosas que se le pasarían a Morales por la cabeza al ver cómo su reputación iba a desmoronarse. De hacerse público, supondría muy probablemente el fin de la posición boyante de IA. Ni con toda la coca del mundo podría volver a llevarla al estrellato.

Menuda pieza la Virginia de las narices.

—¿Ahora lo entiendes? ¿Ves como es mucho más fácil cuando me dejas hablar y puedo explicarte las cosas?

Su voz se transforma en algo parecido a la hostilidad. Insisto en que no sé qué espera de mí. No puedo convivir con esto, es inútil pero

por lo que veo, él ni siquiera lo sospecha.

Debo seguir con mi vida, la que tenía antes de conocerlo y volverme del revés. Somos del todo incompatibles, ni siquiera podemos ayudarnos mutuamente. No somos más que un par de desgraciados que se han cruzado en el camino y cuyas confesiones agravan lo bueno que hubo una vez.

Levanto el brazo llamando la atención del primer taxi que se nos acerca.

Tengo que pensar que estaré mejor sin él.

—Tu historia no cambia nada —y es la verdad—. Has consumido y lo peor de todo es que sigues consumiendo. Ya te he escuchado. Punto y final.

Su rostro muda de asombro y casi de terror.

Esto es más de lo que puedo soportar. Abro la puerta del coche.

—Pero hay...

—Búscate a cualquier otra —ruego antes de desaparecer en el interior—. No te va a costar, todos lo sabemos.

Va a ser la boda más larga de mi vida. Ya puedo beberme un litro de café esta tarde porque si no, me retiraré en un santiamén. Apenas he logrado conciliar el sueño. He dado mil vueltas en la cama intentando borrar su recuerdo de mi mente sin éxito. Ya le he dado largas, ya le he dicho lo que hay, ¿por qué sigue pegado a mí como si lo llevara anudado a una correa imaginaria? No tengo ni una llamada ni un mensaje suyo, nada que me recuerde a él, ¿qué sentido tiene darle vueltas sin descanso?

Voy a darme una ducha para despejarme y ver si se me quita la tontería de encima de una vez. Pensé que con la luz del sol se me olvidaría pero igual hasta que no me pille un pedo esta noche no lo distorsiono todo como es debido.

Salgo somnolienta de mi cuarto y tropiezo con algo. El sofá cama. Casi olvido que tengo a Héctor aquí. Miro el reloj de la cocina, es tarde, se ha dormido el muy vago. Me apoyo en el reposabrazos para despertarlo con delicadeza cuando me paraliza una segunda cabeza semiescondida entre las sábanas. Me resulta familiar.

No es posible. O esto es un *déjà vu* o ya lo he vivido antes. Levantaría las sábanas de un tirón para salir de dudas pero no lo necesito. Esos mechones castaños son inconfundibles para mí. Retrocedo dejándome caer en una de las sillas del salón. ¿Pero qué ha hecho esta descerebrada?

—¡Carmen!

Los dos pegan un bote que está a punto de dar de sí el colchón. Estupendo, están los dos en pelota picada. Hago visera con la mano evitando encontrarme con los genitales de mi primo pues de Carmen, después de esto, ya lo he visto todo.

—¡Ay!

—¿“Ay”?, ¿“Ay”, Carmen? ¿Eso es lo que se te ocurre decir? ¡Pero qué habéis hecho!

—No grites prima, me va a estallar la cabeza.

Los dedos no me impiden ver cómo mi primo se sube unos

calzoncillos. Carmen sigue sentada en la cama tapándose con la sábana.

—Lo siento, Carla.

—A mí no me pidas perdón, yo no soy Raúl.

—Ya pero encontrarme así, aquí...

—Sí, eso es verdad. Ya os lo dije el año pasado, ¡esto no es un picadero! Héctor, si vienes a esto, ¡prefiero que te vayas a un hotel!

—Pero si hay confianza, es una amiga tuya.

Levanto la cabeza con los ojos a medio camino de incendiarse. Héctor me contempla con los brazos en jarras, el pelo castaño despeinado y las gafas puestas.

—Y no me grites, que yo estoy soltero y hago lo que me da la gana.

Completamente cierto. Pero eso no lo exime de convertir mi salón en la sala del pecado cada vez que viene a verme.

—Héctor —amenazo cabreada—, mira la hora que es, ¿no llegas tarde a algún sitio?

Saca un reloj de debajo de su almohada y muda de asombro.

—¡Mierda! —exclama saltando por encima de Carmen—. ¿Por qué no me has despertado antes?

Sí, claro, encima también quiere el servicio despertador.

Mi primo desaparece con un montón de ropa tras la puerta del baño. Desvío mis ojos a Carmen, quien a su vez, me observa compungida y diría que hasta extrañada.

—¿Qué?

—No lo comprendo. Si no te gusta Raúl, ¿qué más te da que haya hecho esto?

Yo alucino.

—¡Porque lo haces todo del revés, Carmen! Si estás mal con él, primero le dejas y luego ya echas los polvos que quieras con quien quieras, no le pones los tubos y luego le dejas.

Su abatimiento me demuestra que entiende perfectamente lo que digo. Nunca hace las cosas bien con este chico, tiene que poner los puntos sobre las íes de una vez.

—¿Qué he hecho? —se lamenta arrastrando los dedos por el pelo—. Al principio fueron unos besos tontos pero luego... No sé cuántas copas llevaba encima.

—No, guapa, no le echas la culpa al alcohol. Por mucha

ginebra que te corra por las venas, eres tan consciente de ponerle unos cuernos a tu novio, como que tienes dos brazos y dos piernas.

—Pero...

—Que no busques excusas.

La puerta del baño se abre sobresaltándonos. Héctor ya sale vestido con vaqueros, camiseta y una chaqueta en la mano.

—¡Me piro!

Ante mi desconcierto, le da un beso a Carmen en la frente y después hace lo mismo conmigo.

—Tú también me tienes que contar unas cuantas cositas, ¿no?
—me vacila burlón.

—¡Lárgate!

Sale corriendo como un rayo pero antes de cerrar la puerta, asoma la cabeza clavando sus ojos en Carmen.

—¿Te llamo luego?

—¡Fuera!

Héctor se esfuma desintegrado por mi grito.

Ya no recuerdo la última vez que tuve un fin de semana tranquilo. Me van a matar a sustos entre todos.

—¿Me quieres explicar qué es lo que pasó cuando me fui anoche? —pregunto a mi amiga ligeramente más tranquila.

Carmen resopla abriendo mucho los ojos.

—Fue un poco caótico. Víctor y Victoria empezaron a discutir, Jorge intentó salir detrás de ti... Héctor y yo lo retuvimos como pudimos. No paraba de preguntar quién era Morales y qué tenía que ver contigo. Yo por supuesto no le dije nada y eso le cabreó un poco. Tu primo tampoco entendía nada pero luego Jorge se fue y nosotros nos quedamos solos y... Por un momento, se me olvidó que tenía novio.

—Que eso no se olvida, coño.

Carmen se tapa la cara con las manos y dejar caer su peso sobre el colchón. Me levanto para acercarme y sentarme en una esquina. Hago lo posible por no rozar allí donde se han restregado los bajos de mi primo pero podrían haberlo hecho por todas partes.

—¿Qué hago ahora?

El día de después. Qué dilema. Afortunadamente nunca he tenido que preguntármelo pero he visto ya varias situaciones como esta. Su caso se me antoja sutilmente particular.

—No se lo cuentes —aconsejo—. Si fuera otro te diría que sí pero con Raúl... Vete tú a saber por dónde te sale.

Con ese carácter, ahora sí que tengo miedo de que pueda correr peligro de verdad. Lo de salir una noche con las amigas, aceptar un puesto de trabajo deseado o no acompañarle en un viaje de negocios son minucias comparadas con esta cagada.

—Nunca había hecho algo así, ¿qué me está pasando?

Otra que no se reconoce así misma. Parece una epidemia.

—No, si está claro que esta relación estaba condenada desde el principio.

Carmen se restriega las lágrimas con las manos. Sin poder evitarlo, me aproximo un poco más y le cojo una dándole unas palmaditas afectivas.

—¿Quieres que me quede contigo?

No tengo muchas ganas de ir a ninguna boda. A quién voy a engañar.

—No, no, ya la he cagado bastante haciendo esto y encima en tu casa —me exime colorada—. Ve a la boda, estaré bien.

Asiento entristecida. Era una buena oportunidad para pasar de ir y quedarme dormida en el segundo plato.

—¿Sabes? Sois muy silenciosos los dos porque ya va la segunda vez que no me entero de nada.

Carmen me estampa la palma de la mano en el hombro pero su minisonrisa corrobora mis sospechas.

La maquilladora ya ha terminado de dejarme presentable. Le doy mi aprobado tras observarme en el espejo y ver unos ojos azules ahumados y labios *nude*. Ha quedado bastante natural, con un toque *smokey* como le pedí.

Al pelo aún le queda un toque final. A mi peluquero le lleva lo suyo esmerarse con tanto género donde trabajar. Me está haciendo unas ondas que va a dejar sueltas sin recoger, siempre prefiero llevarlo así.

Solo me queda el vestido y ya podré ir a recoger a Vicky. La finca donde van a colocar la carpa está por la sierra madrileña y su casa nos pillará de camino.

“Galvanize” suena desde una mesita. Mi peluquero me lo

entrega volviendo a concentrarse en su obra.

Vaya por Dios.

—Víctor.

—Hola Carla, te llamo para pedirte disculpas, no debería haberme metido.

Lo ha dicho todo tan deprisa que casi me ha costado entenderle. Puede que tenga miedo de que vaya a colgarle sin escuchar sus explicaciones pero puede calmarse. Está defendiendo a un amigo. Lo entiendo. Solo que eso no implica que tenga que intervenir por él.

—Así es.

—Después de nuestra charla, pensé que te apetecería hablar con él.

—Cuando quiera hacer eso, lo llamaré yo misma.

—Lo sé y te pido disculpas de nuevo.

—Déjalo ya, no pasa nada. Carmen me ha dicho que Vicky y tú discutisteis.

Su respiración se torna profunda.

—Sí. Confesé lo de la fuga de información y no le hizo mucha gracia.

—Compréndelo. Estás defendiendo a alguien a quien odia.

—Morales y yo somos amigos desde hace muchos años —protesta abatido—. Tiene que entenderlo y respetarlo.

No va a ser tan fácil. No tenemos en mucha estima a los hombres que hacen daño a nuestras amigas. Si bien a estas alturas creo que Morales me ha sorprendido más que malherido, lo ha hecho para mal y eso tampoco cambia mucho las cosas. Víctor ha dado precisamente con la que, de entre todas, es la que más manía le tiene a Morales.

Mi peluquero suelta mi pelo y chasquea los dedos indicando que ya ha terminado.

—Oye Víctor, ahora no puedo hablar. Me estoy vistiendo, voy a salir.

—Vale, solo una cosa más.

—¿Qué?

—¿Podrías pedirle que me devuelva las llamadas? No me habla desde anoche.

Meneo la cabeza disgustada.

—Es un encanto de niña —añade.

Suspiro.

También sé que a ella le gusta mucho y no quiero que se estropee por mi culpa.

—Hablaré con ella.

—Gracias —contesta más animado.

No puedo prometer nada pero lo intentaré.

Los organizadores han hecho un trabajo precioso. Como la boda es multitudinaria, la carpa es inmensa y en ella nos codeamos todos alabando lo que nos rodea. La luz, blanca y amarilla, ilumina el decorado floral de mimosas en el centro del techo y los laterales. Los tonos blancos y plateados colman la estancia en el mobiliario y un cuarteto de música ameniza el cóctel mientras esperamos el regreso de los novios tras la ceremonia.

Hace un rato he dejado mi violín en custodia de los músicos. Voy a necesitar acompañamiento para la pieza que voy a tocar, así que les he entregado una partitura para que puedan ayudarme. No he ensayado mucho porque no me hace falta. La conozco desde hace muchos años y me la sé al dedillo. Espero que a Susana le guste.

Vicky y yo nos hemos mezclado con nuestros antiguos compañeros de universidad. Nos hemos puesto al día entre todos y nos hemos dedicado los halagos de rigor después de varios años sin vernos. Es una buena oportunidad para retomar relaciones, cotillear un rato y sobre todo, buscarle trabajo a Eva. Le está costando tanto encontrar algo que no le vendrá mal enterarse de las vacantes que haya en las empresas donde trabajan ellos.

Los novios regresan con una pompa propia de la realeza. Los recibimos entre aplausos al tiempo que se detienen a saludar a los invitados. Susana se ha recogido los rizos caoba en un moño espectacular. Se la ve radiante y no es para menos en un día como hoy. Su marido es algo mayor que ella, con barba oscura y pelo corto. Se lo ve tanto o más feliz que la novia. Conversa entusiasmado con un hombre que nos da la espalda. Es alto y con cabello castaño casi rubio medio arreglado.

Mis manos quedan suspendidas en el aire sin llegar a tocarse. Vicky está viendo lo mismo. Tiene sentido pues ha dejado de aplaudir casi al mismo tiempo que yo. Me empiezan a entrar sudores. La manga larga del vestido, a pesar de las transparencias, me sobra, y en las piernas me

ocurre igual. Se me atasca el aire en la garganta en cuanto la figura vestida de negro se da la vuelta y me apunta con sus ojos verdes.

Ambos recorren mi estampa de arriba abajo. El efecto es un temblor que me sacude como si me hubiera vuelto de papel. Como un imán, no me deja prestar atención a nada más. Morales está elegante como nunca, con camisa blanca y corbata negra. Recién aterrizado de Sunset Boulevard. Cuando da por concluido el examen visual, su lengua roza su labio inferior como si aprobara el plato principal de su menú y a mí me entra de todo.

Escucho un eco, una voz apagada. Vicky me zarandea reclamando su atención. Agacho la cabeza cortando el contacto como si mis párpados fueran tijeras de costura.

—¿Qué hace él aquí? —pregunta incapaz de ocultar su desagrado.

—Está claro que conoce a los novios.

—¿Pero de qué?

Con quien hablaba era con él.

—¿De qué trabaja el novio de Susana?

—Es director de una empresa, creo que de... —enmudece como un pasmarote— tecnología.

—¡Chicas! ¡Pero qué guapas estáis!

El grito estridente de Susana nos achanta pero nos recomponemos en un segundo. Le dedicamos un caluroso abrazo y yo hago lo que puedo porque mis ojos no vuelvan a desviarse del camino recto.

—Enhorabuena.

—Gracias, estoy como en una nube.

—Y yo —intervengo—. ¿De qué conocéis a Daniel Morales? Susana me mira anonadada.

—¿Tú lo conoces?

—Llevamos su cuenta en la agencia.

—¡Qué suerte! Mi novio, quiero decir, mi marido —corrige enseñándonos el pedrusco de su dedo sin querer—, está intentando ligárselo para firmar una alianza el próximo año. Creo que es algo secreto, no se lo digáis a nadie. Lo invitó por cortesía y no ha confirmado hasta el último momento. Es un hombre muy ocupado pero hasta donde yo sé, soltero —asegura guiñándonos un ojo—. ¡Aprovechad! ¡Está como un queso!

Su marido le tira del brazo para que salude a un grupo cercano y nos despedimos con una risa nerviosa.

—Necesito un cigarro.

Y soy yo quien tira de la mano de Vicky y me la llevo casi a rastras a un lateral para salir al frescor de la noche madrileña en pleno mes de noviembre.

Lo que yo decía, los fines de semana sin sobresaltos ya no existen para mí.

—Mucha casualidad, ¿no? —balbucea Vicky a un paso de congelarse.

—Para nada. Seguro que estaba invitado desde hace meses y nunca tuvo intención de asistir.

—¿Entonces por qué está aquí?

—Porque habrá visto a Susana entre mis contactos en Facebook y también en Twitter. Alguna vez he retuiteado alguna de sus estupideces sobre la boda.

Es lo único que se me ocurre y conociéndolo, es muy factible.

—Sabía que vendría.

—¿Te espía por internet?

—Algo así.

Mi brazo se dobla acercando el cigarro a mis labios pero se contrae ante un manotazo que me hace tropezar.

Morales aparece a mi lado.

No me puedo creer que haya hecho eso. ¡No es ni un porro ni una raya! ¿Me está vacilando?

Me enciendo otro cigarro con toda la tranquilidad del mundo pero cuando intuyo sus intenciones me alejo de él.

—Como vuelvas a hacer eso, te apago la colilla en la mano.

Sus labios se separan mostrando incredulidad y Vicky tiembla de brazos cruzados sin saber a dónde mirar.

Morales vuelve al interior de la carpa sin decir nada y con cara de circunstancia.

—He de decir que te has pasado siete pueblos —opina mi amiga.

Lo sé. A veces soy tan bruta.

He intentado concentrarme en la comida y pasar olímpicamente del hombre que me observa cuatro mesas más al fondo. En algún momento he disfrutado de la velada charlando con Vicky y el resto de compañeros pero la sensación de ser acechada por su mirada ha entorpecido la situación.

La lascivia ha regresado a mi cuerpo con cada encontronazo visual y me he recordado a mí misma como aquellas primeras veces en que nos vimos. Un manojo de nervios sofocado y sin cerebro. Pensaba que era agua pasada y sin embargo, hoy sigo sin poder actuar con naturalidad. A pesar de las últimas revelaciones continúo afectada por su aura como una colegiala. Me he quedado sin fuerzas para luchar contra ese sentimiento y también contra él.

Como un autómatas, me giro sobre el asiento imitando al resto de invitados. Los recién casados van a salir a bailar al centro de la pista. Los primeros acordes flotan en el ambiente. Al principio, mi mente embotada no presta atención a la melodía pero según van pasando los segundos, las notas quedan congeladas en el aire para mí. Solo para mí.

Escucho petrificada y escandalizada un tema que resquebraja mis últimas energías con crueldad. Sabía de la obsesión de Susana por los Rolling Stones pero que haya escogido esta canción para su baile remata una de las semanas más largas y negras de mi vida. Es lo único que necesito para desplomarme.

Me incorporo lentamente, procurando no llamar la atención de nadie, y me sostengo con nudillos blancos al respaldo para darme impulso y salir de la carpa. Al inspirar, el frío se enrosca en mis pulmones paralizándome. La música se oye también en el exterior. Me tapo los oídos con las palmas de las manos y cierro los ojos sin posibilidad de contener un aguacero que se desborda por mis mejillas.

Tengo unas ganas locas de gritar para callar a Mick Jagger y salir corriendo, mas el frío me lo impide. Respirar me duele y llorar aún

más.

De súbito, mis pies abandonan el suelo elevándose y quedando suspendidos en el aire. El calor de unos brazos y unas manos recias me aplastan contra un viejo conocido. Mi cuerpo rodea el suyo buscando su calor y hundiendo mi nariz en un cuello acompañado de mechones desgreñados. Las ansias de contacto hacen que quede completamente pegada a él y la música de fondo no hace sino dramatizarlo todo más.

Me aleja en volandas de mis peores pesadillas, las cuales cobran vida en mi mente inyectadas bajo presión. Inhalo su aroma mezclando emociones encontradas que giran en mi interior como una veleta en mitad de un huracán.

Entramos en un coche. Probablemente un Jaguar negro. La puerta se cierra y Morales me permite desahogarme a gusto sobre su regazo en los asientos de atrás. Ya no escucho la canción pero eso no impide que se reproduzca nota a nota en mi cabeza. El abrazo de Morales no llega a ser tan opresor como el mío pero su mejilla acaricia mi sien paciente y consoladora.

Sustituyo mis lágrimas por sollozos cada vez más hondos y pausados. Un beso casto se posa en mi hombro.

—¿Por qué odias “Wild Horses”, Carla?

De no ser por sus labios junto a mi oído, el susurro habría sido casi inaudible.

Avergonzada, me desprendo de su pecho y me limpio la cara procurando no estropear el maquillaje aunque ya lo intuyo estrepitoso. Morales me ayuda apartando las ondas negras y pasando los pulgares bajo mis ojos llorosos.

—Cuando llegué a la carretera, los operarios hicieron contacto con el coche de mis padres —rememoro con el rostro atrapado entre sus manos—. Estaban escuchando esa canción. Cuando murieron, estaban escuchando esa maldita canción.

Otro fascículo de lloros me agita ruborizada y cabizbaja. Morales me atrae de nuevo a él y sigo llorando bajo su silencio.

No puedo ocultar mi desconcierto ante lo que hago y con quién. Alguien como él tuvo la culpa de aquello, de arrebatarme lo que más quería. Aunque no, no fue él.

Aún recuerdo quién fue, recuerdo cómo salió impune en el juicio por ser menor y no tener antecedente alguno. Cuando pasó a mi lado

en el juzgado, quise llevar un arma para matarlo. Lo habría hecho. Tenía diecisiete años y estaba muerta de alma, no me quedaba nada, no perdía nada. Mis tíos no quisieron que acudiera pero quería volver a verle la cara. Para no olvidarla nunca y torturarme durante el resto de mi vida.

Las otras tres veces que me lo encontré en Santander fueron las suficientes para saber que no podía seguir compartiendo espacio con un monstruo como él.

Su rostro se desvanece al contacto de las caricias de Morales en mi brazo. Vuelvo a la actualidad. Su consuelo se ve transformado en suaves besos en mi coronilla y la frente. Dejo de llorar advirtiéndole su dulce intimidad. Nunca lo había concebido así, en esta postura. Esto es justo lo que necesito y la verdad, no pensaba que él pudiera ofrecérmelo.

—Lo siento, Carla —murmura—. Lo siento de verdad. ¿Cuándo me vas a perdonar?

Me sorbo la nariz dándome tiempo para pensar. Lo que quiere oír es algo que ciertamente yo también deseo. Sin embargo, mi orgullo y las heridas aún supurantes rezuman remordimientos difíciles de olvidar.

—¿Me perdonarás algún día?

¿Y qué perdonar? No se trata solo de su repugnante adicción sin solucionar.

—¿Y si me has pegado algo?

Morales me aparta mínimamente con ojos espantados.

—¿Con qué clase de putas te crees que me acostaba?

—Hablas en pasado.

—Te dije que mientras estuviera contigo, no volvería a ver a nadie.

Sacudo la cabeza.

—No te creo.

Sus rasgos se endurecen.

—No te he mentado nunca.

—Me has ocultado mucha mierda.

—Ocultar no es lo mismo que mentir.

Contengo un gruñido.

—No me jodas, Dani.

Me levanto para alcanzar la puerta pero antes de que pueda llegar a mi objetivo, Morales posa mi culo sobre sus piernas de un tirón.

—Vale, vale, perdona —ruega ansioso—. No te vayas.

No voy a hacerlo, me siento mucho mejor aquí con él que en ningún otro sitio. No puedo engañarme a mí misma. Ya no me transmite inseguridad alguna, al contrario, descubro que es muy capaz de darme lo que nadie puede y eso me aterra.

Mi mejilla encuentra su sitio en su hombro al tiempo que su mano se desliza arriba y abajo por mi muslo. Ha dejado de ser un consuelo. Ahora es una chispa que va creciendo a la vez que mi corazón se convierte en una locomotora. Sé lo que intenta.

—Ni se te ocurra.

Morales levanta mi cabeza ayudándose de la suya. Roza su nariz con la mía y me apunta con unos ojos cargados de metralla ardiente.

—Por favor, Carla. Lo necesito —dice con voz ronca—. Te necesito.

Sus palabras me abren los ojos como si contemplaran un espectáculo de fuegos artificiales. Es un inconsciente, todos los que me han dicho eso alguna vez lo han sido.

—No sabes dónde te estás metiendo.

Mis pensamientos han hablado en voz alta y su respuesta es una mirada que no comprende su significado.

No quiero hablar de esto con nadie.

—Te puedes tirar a cualquier otra, ya lo has hecho antes —añado distrayéndolo.

—Pero no quiero a otra, quiero hacer esto contigo.

Su semblante es una mezcla de deseo y desolación. Nuestros labios están demasiado cerca los unos de los otros. No podría escapar de él, ni aunque quisiera.

Besa mi labio superior deteniéndose más de lo necesario. Siento un golpe en el pecho que me deja sin aire. A continuación, besa el inferior y sigue por las comisuras, primero una y luego otra. Es una forma muy sutil de pedirme permiso. Como si llamara a la puerta imaginaria de mi boca.

Respondo a sus deseos sin vacilar. Su lengua sale en busca de la mía y juntas exploran la boca del otro con aire dominante y apresurado. Cuánto he echado de menos esto.

Enrosco mis dedos en el cabello junto a su nuca. Tiro alzando su rostro y yo me alzo con él. Morales recoge mi vestido para que pueda abrir las piernas y acoplarme a su cuerpo. Sus manos se escabullen bajo

mis medias, empujan mi culo hasta su erección sintiéndola en el punto certero de mi entrepierna. Pierdo oxígeno, me separo de su boca pero él alcanza la mía con impetuosidad, poseyéndola y disfrutándola con ansia.

Me balanceo presa de repetitivos gemidos que se confunden con los suyos. Es como si la tensión de los últimos días se desbloqueara liberando mi mente de cualquier temor. Morales me contagia su entrega, se disipa el dolor y caigo en un mundo donde solo tienen cabida las sensaciones. Todo es puro roce e intensidad. Es estar ciega y sorda al mundo y no tener sentidos más que para follar y ser follada.

Muerdo. Necesito recordar su carne entre mis dientes. Aprieto fuerte pero me detiene el aguijón de sus uñas en mis nalgas desnudas. Repito la acción y siento el culo centellear. Lo intento una vez más pese a que es imposible que pueda hacerlo si sigue torturándome así. Abro los ojos descubriendo dos ranuras verdes cómplices de una boca que muestra los dientes.

Hago una ligera presión y esta se amplifica en mi culo. Muy bien, ya entiendo. Si uno marca, el otro también. Lo veo justo. Pero no conveniente. Arrastro los dientes soltando su labio mientras trabajo rápido con su cinturón. Bajo la cremallera y antes de sacar el palo mayor, lo envuelvo en mi mano. Cojo aire. Está durísimo. Lo acaricio con el pulgar. Morales no me mete prisa, está entretenido rociando mi cuello con su saliva.

Le gusta que me guste esto. A pesar de la figura escultural, en el fondo son tanto o más inseguros que nosotras. Este único y sutil tacto les hace sentir poderosos. Mas yo no lo hago para que se enorgullezca sino para arrobarme en su textura, su calor y otras veces, su sabor. Me cautiva cómo me hace sentir estando dentro de mí y eso es exactamente lo que quiero ahora de él.

Me coloco el glande entre mis labios y lo absorbo cayendo lentamente sobre su carne. Curvo mi espalda jadeando y noto cómo Morales cierra su boca sobre mi pezón izquierdo a través del vestido. Muerde justo en el punto exacto. Suelto un grito apoyando las manos sobre sus hombros. Las suyas se escabullen por mi cintura y cubren mis pechos. Consigue descolocarme las copas. Mis tetas quedan libres y al volver a chupar y morder, la magnitud de su toque es mucho mayor.

Me contoneo cerrando los ojos a la incandescencia. Mi cuerpo se alimenta del suyo transformados ambos en adrenalina pura. La humedad

se condensa revolviéndose bajo mi vientre. Crece como un vendaval. Lo siento palpitante bajo mi piel.

—Adoro a estas dos —suspira Morales pellizcándome un pecho.

Gimo echando la cabeza hacia atrás. Me sujeto de las solapas de su chaqueta para ondularme como una onda magnética.

—Y a este también...

Un restregón en el clítoris me yergue. Mi cabello suelto cae entre ambos. Una cortina que casi no me deja ver el pulgar de Morales circulando por mi sexo.

—Y tu pelo... —jadea empapando su nariz en ondas azabache.

Mis dientes se pasean de un lado a otro por mi labio inferior. El huracán se acerca, presiento que me va a arrollar sin contemplación. Mi respiración se entrecorta, mis pestañas aletean, la fricción es demasiado profunda e intensa.

—Y esto, esto me vuelve loco...

Bajo la cabeza pero mi frente choca contra su índice. Me aparto instintivamente, creo que bizqueo con el dedo a un suspiro de mi cabeza. En un instante desaparece y sus manos me empotran en plena polla con un golpe seco. El impacto retumba en mi interior y sale disparado por mi garganta.

—¡Otra vez! —ordeno enardecida.

Morales me levanta sin esfuerzo y tira de mi cadera al tiempo que levanta la suya y chocamos en el aire. Es puro fulgor. Siento como si me hubieran rebotado todos los órganos de un empujón.

Volvemos a encontrarnos. Varias veces, cada vez más fuerte, si es posible. Ya no tengo voz para gritar. Mi sexo late a destiempo recibiendo una polla hinchada que creo que hace tiempo ha dado mi vagina de sí.

Morales apoya la cabeza sobre el asiento. Su frente queda bañada en sudor. Tiene el rostro marcado por la tensión, el cuello rígido y los ojos clavados en mi expresión. El seísmo le está asfixiando. Respondo a sus deseos.

Uno mis dedos a los suyos y sostengo nuestras manos unidas marcando mi ritmo. Me convierto en una bola de demolición. El bramido de Morales embelesa mis oídos. Me estampo contra su miembro arrasando sus últimas fuerzas. El clímax se cuela por la parte más estrecha del

embudo de mi sexo. Morales aprieta mis manos a punto de dislocarme los huesos y se corre como un surtidor que me colma embriagador.

El brote de orgasmo se expande y lo último que veo es una imagen borrosa de Morales fascinado y sumido en mi semblante. Con una caída más, me dejo llevar por un éxtasis que difumina mi realidad. Es una sobrecarga. Mis plomos saltan y me zarandeo por espasmos acompasados con las sacudidas de mi sexo.

Echa polvo, sucumbo al agotamiento. Me derrumbo sobre Morales. Su polla sigue latiendo y exalta la sensibilidad de mis músculos. Me estremezco. Sus brazos me rodean y apoya su cabeza sobre la mía. Ambos descansamos relajando nuestras respiraciones. Ojalá pudiera detener el tiempo en momentos como este, llenos de complacencia y plenitud. Podría quedarme así durante horas y después creer que han sido simples segundos.

El aroma natural de Morales nunca me había parecido tan apetecible. Inclino un poco la cabeza para besarle el cuello. Su sudor moja mis labios pero me da igual. Tampoco me importa su reacción a estas alturas. Lo he hecho porque simplemente me apetecía hacerlo. Su boca roza mi frente con otro beso. Me fundo como un metal al rojo vivo. Noto que me cuesta respirar. Me permito no pensar por unos instantes pero enseguida recuerdo dónde estamos y me aparto casi de un salto.

—¡Tengo que salir a tocar! —grito descompuesta.

Morales me mira aturdido sin moverse.

—¿Tocar?

Encorvada, sudada y muy alterada, recompongo mi atuendo lo mejor que puedo.

—Sí, le prometí a Susana que lo haría antes de que abrieran la barra libre.

—¿Y qué tocas? —pregunta abrochándose los pantalones.

—El violín.

Los labios de Morales se separan y su cinturón queda a medio cerrar.

—Sí, me lo dijiste una vez.

Hago memoria mientras me desenredo el pelo con los dedos.

—¿Te lo dije?

Él asiente arqueando las cejas.

—No sabía que siguieras tocando. Tienes otra cara que me

sigues escondiendo ¿eh, nena?, ¿guardas los trofeos de ballet debajo del colchón?

No me hagas hablar.

Abro la puerta del coche y me percató de que no hay nadie fuera antes de poner un pie en el césped. Sacudo mi vestido e intento contemplarme de un solo vistazo para ver si merezco el aprobado. No sabría qué decir. Necesito una segunda opinión.

Me giro extendiendo los brazos.

—¿Estoy guapa?

Morales únicamente evalúa mi rostro. Sus labios se curvan en una expresión feliz y relajada.

—Siempre.

Mis pulmones se contraen. Tiene que ser del frío. Será mejor que salga corriendo antes de que coja un resfriado o Susana provoque un asesinato el día de su boda.

Los músicos están preparados. Yo también. Me tiemblan un poco las manos pero se pasará en cuanto me evada al rasgar la primera cuerda. Hago una señal con la cabeza dando comienzo a la función. Reposo la barbilla en la mentonera y doy voz a mi violín con la versión de “Hijo de la Luna” de Vanessa Mae.

Cierro los ojos entregándome por completo a mi tarea. Es un placer tocar esta pieza. Susana ni siquiera me ha preguntado qué iba a tocar. No sé si confía en mi buen gusto o me quería solo de relleno. A mí me parece el broche final perfecto para su boda de cuento de hadas.

A mitad de canción decido analizar las reacciones del público bajo el escenario. Susana y su marido están abrazados mirándome. Ella me guiña un ojo satisfecha. He acertado. Vicky está en un lateral con las manos entrelazadas por delante y meneas la cabeza sonriente. Esta claro que esto le complace mucho más que verme destrozada en el fondo de una bañera.

Mis ojos vuelan por la masa de invitados a mis pies. Al fondo, distinguen una figura vestida de negro y con las manos en los bolsillos. No está con los demás, se mantiene alejado. Lo suficiente para que me cueste descubrir su expresión. ¿Qué es eso? ¿Miedo? ¿Asombro? Es el único de quien no podría decir qué está pensando exactamente. Me confunde.

Después de lo que acabamos de hacer tendría que estar eufórico, sobre todo teniendo en cuenta lo que le ha costado convencerme para entrar en razón. Lo he echado mucho en falta. Me tiene comiendo de su mano y eso me desquicia pero no es tan malo. Echar de menos algo inalcanzable es devastador, lo sé muy bien, y no quiero que me vuelva a pasar. Si es verdad que con Morales disfruto tanto, no debería lamentar nuestra historia pero no tengo ni la menor idea de cómo hacerle frente al problemón que nos separa. No puedo soportar que se esté haciendo esto.

Convivir con un adicto es prácticamente imposible. Un tormento. Por mucho que ellos insistan en estar en disposición de dejarlo,

siempre acaban por recaer. Aunque Morales sea un consumidor esporádico, me hará daño, nos lo haremos los dos. Si no le pone fin, yo no podré ayudarle y no tendremos nada que hacer.

Pasado un minuto, llego al final de la canción y todos me alaban con multitud de aplausos. Hago una reverencia sonriente. Ha estado bien. Ha sido un comienzo de fiesta agradable. Por varias razones.

La noche se me pasó volando. Después de la actuación, Susana y su marido me felicitaron, entre otros invitados, y dieron paso a la barra libre. La pista de baile se convirtió en escenario de centenas de bailarines al ritmo de canciones actuales y comerciales que duraron toda la noche. El primer gin-tonic dio paso a un segundo, después a un tercero, también a un cuarto y no sé si alguno más.

Lo que sí sé es que me extrañó no volver a ver a Morales por allí. Desapareció sin ser visto. Susana se me acercó en algún punto de la madrugada para preguntarme por él. Su marido, igual que yo, lo estaba buscando. Como sabían que lo conocía, pensaron que podría saber dónde se había metido pero ninguno lo sabíamos. Eché mano al móvil en varias, muchas ocasiones, esperando una respuesta o una explicación pero no llegó nunca.

Incluso cuando llegué a casa por la mañana, volví a encender la pantalla deseando encontrarme algún mensaje suyo pero seguía sin llegar. Al abrir la puerta, mi primo estaba al otro lado a punto de salir. Se rió a gusto a costa de mi lamentable aspecto resacoso mañanero y me dio un fugaz beso antes de marcharse a IFEMA. La indignación se me pasó en cuanto vi que me había dejado pasta con tomate en la nevera para combatir el hambre post-alcohólico. Este fin de semana no la hemos podido degustar juntos pero es un detalle que se haya acordado.

Como no podía ser de otra forma, me he despertado poco antes de ir a buscarlo para llevarlo al aeropuerto. Sigo sin tener noticias de Morales. Me muero de ganas por escribirle yo misma pero me contengo pensando que puede estar trabajando. Es a lo que se dedica cuando no me acosa a través de cualquier vía posible.

En el coche, Héctor y yo hemos hablado un poco del tema. Me he ahorrado varios detalles. Muchos detalles. Casi todos. Ya no podía ocultar que era mi cliente así que la regañina me la he tragado entera pero se ha calmado lo suficiente como para no dejarnos mal sabor de boca al

despedirnos. Lo que no entiende es por qué habíamos dejado de vernos y de pronto hemos vuelto. Lo he atribuido a temas laborales. No tengo ganas de que alguien de mi familia se entere de que me acuesto con alguien que consume drogas alguna que otra vez. Pensarán que tengo un desorden bipolar importante y no quiero someterme a sus juicios de valor.

Al llegar a casa, me he tirado en el sofá, cansadísima y sin ganas de hacer nada pero al escuchar el ligero zumbido de mi móvil desde el bolso, me he levantado corriendo para cogerlo.

Por fin, Morales.

«Morales: “¿Puedes venir mañana a mi oficina?”».

Pongo mala cara. Qué aséptico. No sé cómo interpretar su falta de comunicación en todo el día y la noche de ayer. No puedo tocar tan mal el violín cuando todo el mundo me felicita entusiasmado.

Compruebo mi agenda.

«Carla: “Sí”».

«Carla: “Por la mañana”».

Contesta casi al instante.

«Morales: “OK”».

«Morales: “Ven a las 10”».

Veo incrédula cómo se desconecta. Me recuerda a cierto viernes por la noche en el que estaba enfrascado en una teleconferencia. De todos modos, podría tener un poquito más de tacto después de cómo nos hemos corrido juntos hace unas horas.

«Carla: “¿Va todo bien?”».

«Morales: “Sí”».

«Morales: “Pero necesito que vengas”».

Necesitar. Otra vez. Está muy necesitado últimamente por lo que veo. Muy bien. Iré encantada, aún tenemos que aclarar un par de cosas pero ahora me vuelvo a la cama. Necesito estar fresca y lúcida para

expresarme con claridad.

He estado a puntito de no ponerme bragas. No sé lo que me espera ahí dentro, en el despacho de Morales, así que le he dado un par de vueltas antes de salir de casa. Al final me he puesto sus calzoncillos, los que seguían en mi casa junto a su camiseta y su pantalón. Pienso en la cara que va a poner cuando los vea. Estoy casi segura de que pedirá un intercambio. Me ruborizo solo de pensarlo pero ya no me importa tanto. Casi soy capaz de reírme al respecto.

Un móvil vibra. Es el mío. Lo saco del bolso contemplando la pantalla. Es un número extranjero, no lo conozco.

—¿Sí?

—¿Carla?

Madre mía.

No ha sonado así. Ha dicho “Cagla”. Un “Cagla” que me fue muy familiar durante un tiempo.

—¿Patrick?

—¡Hola, *chérie*! No sabía si conservabas el número.

Mil recuerdos me vienen a la mente. Patrick y yo no hemos vuelto a vernos desde hace años. Nos hemos escrito por e-mail o vía las redes sociales de forma cordial y amistosa pero no ha vuelto a España desde la universidad. Al menos, que yo sepa.

—Normal, ha pasado mucho tiempo.

—¿Sigues en Madrid?

—Sí.

—*Magnifique!* —exclama contento—. Voy a exponer mis cuadros allí en unos días, ¿lo sabías?

—Sí, lo vi en Facebook. Enhorabuena. Pensaba pasarme para darte una sorpresa pero me lo has estropeado.

—Entonces la sorpresa te la doy yo. ¿Me puedo quedar en tu casa?

No me importa ofrecérsela. Después de lo que vivimos juntos,

si yo viajara a Bruselas, sé que no se opondría a la idea. Nuestro idilio estudiantil quedó en una sincera amistad. Fue la irremediable distancia quien nos separó. Nunca nos hemos guardado ningún rencor.

—Claro, tonto.

—*Merci, chérie*. Financio el cien por cien de la exposición y necesito un techo durante la inauguración.

Mi casa va camino de convertirse en la fonda Carla Castillo.

—¿También sigues conservando el violín?

—Sí, claro.

—Muy buenas noticias entonces. Me gustaría volver a pintarte.

Sonríó para mis adentros. Ya no recuerdo ni cuál fue el último cuadro en el que me retrató. Hubo decenas.

—Pero si ya tienes muchas pinturas mías.

—Lo sé pero ahora han pasado los años. Podría hacer un díptico con el antes y el después. Jugando con las simetrías, por ejemplo. Tengo que repasar los trabajos anteriores...

Admito que no es la mejor idea que ha tenido. No creo que el cambio haya ido precisamente a mejor.

Erika, muy sonriente, me da paso después de intercambiar un par de palabras por su teléfono.

—Patrick, tengo que colgar. Estoy trabajando. ¿Me llamas más tarde y lo hablamos?

—*Oui, oui*, pero piénsatelo. Por los viejos tiempos.

—Lo haré —prometo no muy convencida—. *Au revoir*.

Tengo que comprobar qué día es la inauguración para avisar a las chicas. Se llevaban muy bien y a él le hará ilusión que vayamos a hacer bulto.

Me levanto atusando mi vestido marrón oscuro de falda sesentera y entro en el despacho procurando mostrar mi mejor cara de póquer. Voy a negociar con Morales, tengo que mostrarme lo más serena posible.

Está de espaldas, con las manos en los bolsillos, y mirando al horizonte a través del ventanal. Me acerco hasta su mesa dejando el bolso en una esquina. Hoy ha salido el sol y unos rayos de luz iluminan parte de su rostro de perfil. Es una mezcla de luces y sombras perfecta para enmarcar. Un bello cuadro para Patrick, aunque solo pinta mujeres.

Siento media nalga sobre la mesa cogiendo su trol. Enrosco mi dedo en el pelo verde fosforito jugueteando con él.

—Hola —saludo prudente.

—Hola, Carla —contesta en un susurro.

Levanta la vista carraspeando. Lo noto incómodo. Si va a decirme que no quiere desengancharse, me va a dar algo.

—No te he llamado para hablar de trabajo.

Eso ya lo sé. Aunque también me extraña que me haya hecho venir aquí.

—Tenemos que dejar de vernos.

El trol desaparece de mis manos. Oigo el ruido sordo de la caída. No sé si del muñeco o de mi mandíbula, totalmente abierta.

Mi cuerpo reacciona a su frase lapidaria con los pelos de punta y la piel de gallina.

—Todo esto ha sido un error.

Me acaba de caer un jarro de agua fría por encima. ¿A qué viene esto? Se lo preguntaría pero no encuentro mi voz. No puede decirme eso y quedarse tan tranquilo y menos cuando lo he sentido tanto. Tantísimo.

—A partir de ahora nos limitaremos a lo profesional —prosigue como si recitara un discurso de memoria—. Pero solo cuando sea estrictamente necesario que yo esté presente. Para las reuniones de rutina, te sentarás con Juanjo.

Estoy al borde de la cataplexia. Un torrente de emociones, a cada cual más negativa, me aplastan el pecho.

—¿Por qué? —consigo articular—. ¿Por qué ahora?

Su respiración ha cambiado. Se está acelerando.

—Iba a pasar más tarde o más temprano, ¿qué más dará cuándo?

Tengo ganas de pellizcarme, de cerrar los ojos angustiada y volver a abrirlos para encontrarme con otra realidad. ¿De verdad esto está pasando? Las preguntas forman una fila india en el fondo de mis pensamientos. Se me acumulan, no sé ni por dónde empezar.

—¿Y qué hay de lo que hicimos en la boda?

—¿Qué pasa con eso?

Ya lo entiendo. No era una reconciliación. Qué estúpida soy.

—Me querías echar un polvo de despedida —esclarezco

totalmente incrédula—. Te has cansado de mí.

Sabía que este día llegaría pero ni tan rápido ni de una forma tan asombrosamente dolorosa. Me niego a creerlo.

—Mírame.

Morales ni siquiera se inmuta. Me exaspera su impasibilidad. Esto no tiene por qué acabar así, es absurdo.

—Dani, mírame.

Sus ojos se abren de forma casi imperceptible.

—No lo voy a volver a repetir.

Gira la cara con lentitud para mirarme fijamente. Labios apretados, nariz que aletea por una respiración encrespada y expresión indescifrable.

—Mírame a los ojos y dime que te has cansado de mí...

Mi voz se quiebra. Ha sido un milagro que pudiera pronunciar la frase entera. Trago la bola pesada de ansiedad en la garganta y espero muy impaciente. Morales me estudia con una intensidad que me encoje el alma. No puedo soportar esa mirada. El miedo me empaña la vista.

—Vete de aquí, Carla.

Su orden se transforma en un puño contra mi estómago. Es una crudeza que me duele, me confunde y me espanta. Tengo ganas de tirarme al suelo de rodillas y ponerme a suplicar que hablemos las cosas, que hay otro modo de hacer esto pero me detiene un fogonazo de orgullo.

—Vete —repite cogiendo aire— y no vuelvas a no ser que Juanjo te lo pida.

Derrotada por dentro y todo lo inmutable que puedo por fuera, agarro el asa de mi bolso y lo arrastro por la mesa junto a mi culo. Tenso las piernas para mantenerme derecha. Me siento muy débil y menuda. Ando hacia la puerta y la abro sopesando si debo mirar una última vez atrás.

No lo hago. Rompería a llorar. Y no se lo merece.

Salgo de allí para dirigirme a los ascensores de manera mecánica. Ni siquiera he reparado en Erika, que creo que estaba fuera.

No entiendo esta reacción ni sus formas pero no parece dispuesto a darme explicaciones. Tampoco me las debe. Nunca nos hemos comprometido a nada y cualquier intento de enmendarlo fue ridículo.

Se acabó.

No voy a volver a verlo.

Asusta mucho más de lo que imaginaba.

“El antídoto que nos une”, segunda parte de “El veneno que nos separa”
saldrá a la luz en 2015.

Sobre la autora

Irene Hall, nacida en Glasgow el 20 de abril de 1969, es Licenciada en Contabilidad y Finanzas por la Universidad de Glasgow. Su vida profesional ha girado siempre en torno a la industria de la Tecnología y la Informática. Ha trabajado para diferentes compañías en lugares como: Londres, San Francisco, París y finalmente Madrid, donde reside actualmente. Aficionada a la lectura romántica, de aventuras y erótica desde joven, lleva años escribiendo relatos y novelas cortas. “El veneno que nos separa” es, sin lugar a dudas, su proyecto más ambicioso.

Páginas de interés

Facebook: [Facebook.com/elvenenoquenossepara](https://www.facebook.com/elvenenoquenossepara)

Facebook: [Facebook.com/irenehall](https://www.facebook.com/irenehall)

Twitter: [Twitter.com/Ms.IreneHall](https://twitter.com/Ms.IreneHall)